

BIBLIOTECA DE FILOSOFÍA Y CIENCIAS SOCIALES

Directores de la colección:

Salvador Aguilar y María T. Bretones

«No todo es predecible. Dentro de límites estrechos, los hombres son agentes libres. Los límites existen, pero dentro de ellos hay espacio para elegir. A menos que haya elección no hay acción humana. Todo es conducta.» (Isaiah Berlin)

DOUG McADAM, SIDNEY TARROW,
CHARLES TILLY

Dinámica de la contienda política

Con un Prólogo de Pedro Ibarra y Salvador Martí

Título original: *Dynamics of Contention* (publicado en inglés por Cambridge University Press, Cambridge, 2001).

Traducción castellana: Joan Quesada

Diseño de cubierta: Equipo editorial

Fotografía de cubierta: Trabajadores en paro llevan a cabo una marcha desde Jarrow hasta Londres para presionar al gobierno, octubre de 1936

BIBLIOTECA FLACSO - E C

© 2001 Cambridge University Press

© 2005 Amics i autors de les divulgacions culturals d'Editorial Hacer, S. L.

Ricou, Aguilar i Zeller, editors

c/ Carme, 16 2º 1ª

08001 Barcelona

Tel. y Fax: 93 317 58 01

e-mail: hacerproduccio@yahoo.es

Primera edición: abril de 2005

ISBN: 84-88711-70-0

Depósito legal: B. 9.946-2005

Composición: Medusa

Impresión: Novagrafik

Al personal de la CASBS,
por su exclusiva combinación de sabiduría,
tolerancia y efectividad.

Índice

Lista de figuras y tablas	XI
Nota del traductor	XIII
Prólogo a la edición castellana (Pedro Ibarra y Salvador Martí) ...	XVII
Prefacio y agradecimientos	XXV
Abreviaturas	XXXI

PRIMERA PARTE: ¿CUÁL ES EL PROBLEMA?

1. ¿Cuál es el objeto del griterío?	3
2. Lineamientos de la contienda política	41
3. Comparaciones, mecanismos y episodios	79

SEGUNDA PARTE: TENTATIVAS DE SOLUCIÓN

4. La movilización según una perspectiva comparativa ..	99
5. La acción contenciosa	137
6. Las transformaciones de la contienda	177

TERCERA PARTE: APLICACIONES Y CONCLUSIONES

7. Las trayectorias revolucionarias	213
8. Nacionalismo, desintegración nacional y contienda política	251

9. La democratización contenciosa	293
10. Conclusiones	339
Bibliografía	385
Índice onomástico y de materias	401

Lista de figuras y tablas

Fig. 1.1 El modelo simple del sistema político	12
Fig. 1.2 La agenda clásica de la teoría de los movimientos sociales para explicar la contienda política	19
Fig. 2.1 Un marco dinámico e interactivo para analizar la movilización en la contienda política	49
Tabla 3.1 Distribución geográfica de los episodios y según las formas de contienda convencionalmente asignadas	83
Fig. 3.1 Localización de nuestros episodios en cuanto a espacio del régimen	87
Fig. 5.1 Distribución de las identidades contenciosas	151
Fig. 5.2 Parrilla interacción-resultados	155
Fig. 9.1 La democratización efectiva	296
Fig. 9.2 La vía del estado fuerte hacia la democracia versus la del estado débil	300
Fig. 9.3 Las vías suiza y mexicana hacia la democracia, 1750-1990 .	303
Tabla 9.1 Muestras de mecanismos y procesos que favorecen la democratización	305

Tabla 10.1 Tres procesos sólidos y seis casos ilustrativos	350
Fig. 10.1 La constitución de actores a través de la interacción contenciosa	352
Fig. 10.2 La polarización	359
Fig. 10.3 Cambio de escala	369

Nota del traductor

DOS TÉRMINOS IMPORTANTES DE ESTE TRABAJO HAN SIDO OBJETO DE especial deliberación a la hora de determinar cómo se vertían a la lengua castellana. En línea con el tema de la obra, ellos mismos han sido polémicos, y han generado también una cierta «contienda».

El primero de ambos términos ha sido la propia traducción de *contention*. El lector que haya seguido la literatura de los autores publicada hasta la fecha en castellano es muy probable que perciba el cambio de opinión al respecto. En anteriores traducciones, después de numerosas consultas, argumentaciones y contraargumentaciones, se escogió el término «contestación» —y toda la familia de palabras relacionada: «contestar», «contestatario», etcétera— para el inglés *contention*. La traducción funcionaba bien, y expresaba correctamente en castellano la idea original de los autores. No obstante, la nueva traducción volvió a reavivar la discusión y puso en marcha una nueva ronda de consultas con los autores y otros diversos especialistas en los temas de los que trata el estudio. El resultado esta vez ha sido distinto y, como se pone de manifiesto ya en el título mismo, la versión preferida ha sido el término «contienda» —a menudo con el calificativo «política»— y toda su familia: «contencioso», «contender», etcétera.

No queremos aburrir al lector presentándole aquí un resumen de todos los argumentos barajados, aunque dada la notoriedad del cambio quizás sí resulte necesario aducir algunas de las razones que nos han llevado a realizarlo. La primera ha sido la literalidad. «Contienda» y *contention* están etimológicamente relacionadas, pero, sobre todo, ambas significan «lucha» e implican patentemente la idea de «enfrentamiento» abierto entre actores que tiene en la obra. El principal inconveniente en castellano parecía provenir de la amplitud de sentidos del término «contienda». Volvamos por un momento al título para ejemplificar lo que queremos decir. Si el título hubiera sido *Dinámica de la contienda* a secas, el lector

habría tenido que ojear el libro antes de decidir a qué tipo de contienda nos estamos refiriendo, algo así como lo que habría sucedido si lo hubiéramos traducido por *Dinámica de la lucha*. ¿De qué lucha hablamos? Por supuesto, después de leer unas cuantas páginas, la duda queda automáticamente resuelta, pero el hecho de tener que explorar el libro antes de decidir sobre el tema habría desmerecido el título, que debería dejar claro de antemano al menos sobre qué vamos a hablar. Así pues, para salvar el inconveniente y mantener el valor añadido que aporta la literalidad, la decisión fue añadir el especificador «política» allí donde fuera necesario en aras de la claridad. Si existía un modo simple de respetar la afinidad entre las lenguas inglesa y castellana, ¿por qué recurrir a una traducción «lateral» de *contention* como era el término «contestación»? Posteriormente, a sugerencia de los autores, se decidió, además, fundir dos expresiones inglesas en una castellana, y traducir las frases «contentious politics» y «political contention» por «contienda política» cuando fuera posible.

El segundo término que planteó dificultades también figura destacadamente en la obra. Se trata de la traducción de *brokerage* por «correduría». Aquí, el problema era que, no obstante la literalidad de significado entre ambas palabras, el término castellano ha caído en desuso y sencillamente, parece que «no suena bien», o «suena extraño» al lector nativo. Barajamos la posibilidad de utilizar «intermediación»; sin embargo, las razones que motivaron la elección de «correduría» y «corredor» para la traducción de los términos *brokerage* y *broker* son claras: ambos términos son el equivalente exacto en castellano de los términos en inglés y, por lo tanto, comunican correctamente todos los matices presentes en el uso original.

Comparemos las definiciones:

Broker (Collins Concise Dictionary): *an agent who, acting on behalf of a principal, buys or sells goods, securities, etc.*

Corredor (DRAE): *el que por oficio interviene en almonedas, ajustes, apuestas, compras y ventas de cualquier género de cosas.*

(En ambas lenguas, la definición que da el diccionario de los sustantivos abstractos *brokerage* y *correduría* remite al oficio de corredor.)

Si las definiciones son similares, lo mismo puede decirse de su contexto de uso habitual en ambas lenguas: un corredor de seguros, de bolsa, de apuestas.

En el caso del mecanismo, el sentido es algo diferente. El corredor político ejerce de enlace entre grupos antes no vinculados entre sí. La descripción más clara de la *correduría* en la obra quizás sea la siguiente (p. 157):

«La *correduría* es la vinculación de dos o más enclaves sociales actualmente desconectados gracias a una unidad que media las relaciones de éstos entre sí o con otro enclave distinto. En la versión más simple, enclaves y unidades son personas

individuales, pero la correduría también opera por medio de camarillas, organizaciones, lugares y, en el caso límite, programas. En una versión simple de la correduría, los enclaves 1 y 2 (por ejemplo, los hindúes de Panipur y los del pueblo vecino) no están conectados en un momento dado, pero el corredor (por ejemplo, Mr. Ghosh) no sólo los conecta, sino que habla en nombre de ellos con el objeto de sus reivindicaciones (pongamos por caso, el comisario de policía del distrito). En acción, el modelo se explica con facilidad, por ejemplo, con la creación de conexiones directas entre los enclaves 1 y 2, con la incorporación de enclaves adicionales, con la introducción de la negociación entre el corredor y el objeto inicial de las reivindicaciones o con el desplazamiento de los dos enclaves hacia unas posturas superpuestas con miembros y/o actividades comunes. La correduría crea nuevos actores colectivos. Cuando los enclaves recién conectados suponen unos recursos complementarios, tal y como ha señalado Ronald Burt (1992), la correduría genera nuevas ventajas para las partes, sobretodo para los corredores. De manera similar, la ruptura de conexiones previamente creadas por la correduría transforma la política y socava el poder de los intermediarios (Gould, 1998).

Los corredores varían ampliamente en posición social y modo de operar, lo que tiene importantes consecuencias para la contienda en la que éstos participen. Entre los diversos tipos de corredores están las élites locales, los árbitros, los actores biculturales, los intérpretes, los interlocutores, los emprendedores políticos, los nobles, los sacerdotes y los jefes. Algunos corredores mantienen a sus clientes deliberadamente separados entre sí, mientras que otros los funden activamente. Algunos levantan el campo después de realizar una conexión crucial, mientras que otros se forjan sus propias posiciones mediante una negociación continua. Algunos socavan la capacidad de ciertos enclaves para una reivindicación eficaz al emparejarlos con rivales ambiciosos, al llegar a acuerdos dudosos con los objetos de las reivindicaciones, al desviar los recursos disponibles para sus propios fines personales o al alejar a los seguidores. Algunos no saben que están ejerciendo la correduría, porque contemplan su propia actividad como chismorreos, sociabilidad, recolección de información, como dispensación de favores o como ayuda mutua. No obstante, en todos los casos, la correduría altera los conjuntos conectados de personas de un sistema político dado que tienen a mano una definición de intereses compartidos dentro del funcionamiento de dicho sistema político. La correduría crea nuevos lazos y nuevas conexiones entre actores políticos.»

A la vista de la descripción que acabamos de citar, quizás fuera igualmente plausible utilizar los términos «intermediación» e «intermediario». No obstante, éstos aparecen también en el texto, y la opción escogida permite establecer una diferencia entre el mecanismo propiamente dicho y otros usos más laxos de los términos «mediación» [mediation] o «intermediario» [intermediary], como en los siguientes ejemplos:

— p. 141 original —p. 156, en la traducción: «*Mediación: el grado en que la comunicación de las reivindicaciones depende de unos inter-*

- mediarios privilegiados, como opuesto a la confrontación directa con los objetos de las reivindicaciones.*» Mediación e intermediario no necesariamente equivalen aquí a corredor.
- p. 217 original — p. 240, en la traducción: «*Conscientes de la vergüenza y la disrupción que ocasionaría una campaña como ésta durante la visita de Gorbachov, los cargos del Partido intentaron por medio de intermediarios persuadir a los huelguistas de que abandonar sus planes y dejaran libre la plaza.*» Intermediario = negociador ≠ corredor.
- p. 300 original — p. 332, en la traducción: «*En el sector exportador de la producción de café, el Estado retiró su agencia de comercialización, INMECAFÉ, del mercado, lo que dejó a miles de pequeños productores sin protección frente a los intermediarios y frente al hundimiento de los precios mundiales del café que tuvo lugar en la década de 1980.*» Intermediario = comerciante ≠ corredor.

Sobre todo, el uso de «corredor» y «correduría» permite distinguir claramente entre los usos (no excesivamente, pero sí ligeramente diferentes) de «corredor» e «intermediario» al hablar del mecanismo de la «cooptación central de los intermediarios», tal y como lo ejemplifican los siguientes textos del original (p. 306 en la traducción):

«La cooptación central de intermediarios (la integración de corredores previamente autónomos y de líderes de las categorías subordinadas en las coaliciones gobernantes) favorece la integración de las redes de confianza en la política pública.»

«La correduría (la vinculación de dos o más enclaves sociales no conectados en ese momento gracias a una unidad que media sus relaciones mutuas y/o con otros enclaves) facilita los dos primeros mecanismos: la formación de coaliciones entre clases y la cooptación central de los intermediarios.»

Así pues, por lo general, «correduría» y «corredor» traducen bien los términos ingleses. Sin embargo, sigue en pie el inconveniente de que su uso es poco frecuente actualmente en lengua castellana y, por ello, suenan anticuados e, incluso, extraños, por lo que pueden hacer que la lectura sea menos ágil, menos agradable o hasta más difícil. Entramos a apreciar una cuestión más intuitiva que técnica, más relacionada con «el oído» del hablante que con la comprensión y el significado de los términos. Tan sólo una observación al respecto: si bien el traductor mismo, al utilizar las palabras «corredor» y «correduría» las primeras veces, no dejaba de sentir que las frases sonaban ciertamente «raras», la sensación desapareció con la costumbre. Espero que al lector le ocurra lo mismo.

Prólogo

a la edición castellana

¿CÓMO PRESENTAR UN LIBRO, COMO ES ÉSTE, QUE ANTES DE SU APARICIÓN ya constituía un clásico en la literatura de la acción colectiva? La premonición se cumple. Efectivamente, de su lectura se deduce que sus autores (autoridades mundiales en el análisis de la conflictividad social y política) han escrito un libro que marca un hito en esta área de conocimiento. Era un clásico y es un clásico. Y además, y esto es lo más sugerente, es un libro polémico.

Precisamente por ello, cuando nos enfrentamos a un texto como el que el lector tiene en las manos es natural que se padezca cierto vértigo. Tanto la autoría como el alcance y las pretensiones del texto, impresionan. Con todo, leer, dialogar y presentar la edición en castellano de *Dinámica de la contienda política* no deja de ser un lujo. Y un reto.

Este Prólogo se desarrollará en tres actos. En primer lugar se expondrán cuáles son las ideas clave que desarrollan McAdam, Tilly y Tarrow a lo largo del libro; en segundo lugar se señalarán las aportaciones que supone esta obra para el estudio de la acción colectiva y de los movimientos sociales; y, en tercer y último lugar, se esbozará el debate crítico que ha surgido alrededor de *Dinámica* con el objetivo de que el lector tenga elementos de contraste respecto a la obra que probablemente empezará a leer.

¿DE QUÉ VA *DINÁMICA* *DE LA CONTIENDA POLÍTICA*?

Antes de entrar en materia, es preciso advertir que *Dinámica* es una obra compleja cuya lectura no es fácil. Al leer uno disfruta de la obra, pero a me-

nudō puede aparecer la sensación de quedar saturado de información (tanto descriptiva como analítica). Ante ello se recomienda hacer pausas para digerir lo leído e incluso hacer anotaciones del sendero conceptual recorrido hasta el momento. En esta dirección *Dinámica* es diferente de otras obras escritas anteriormente por los tres autores, ya sean *Power in Movement* de Sidney Tarrow, *Freedom Summer* de Doug McAdam o *The Politics of Collective Violence* de Charles Tilly, que son más hilvanadas y (más) sencillas, y sobre todo, sin las pretensiones de renovación teórica que ésta sí tiene. Precisamente por ello, *Dinámica* necesita una lectura atenta o incluso, alguna relectura. Y es que (1) la notable cantidad de conceptos acuñados que se manejan y combinan en el libro, (2) el mosaico y la disparidad (temporal, geográfica y de entidad) de casos utilizados y (3) la permanente voluntad de recapitulación con el objetivo de establecer un programa analítico de investigación innovador, suponen un notable esfuerzo de comprensión.

Una vez advertidos los lectores, es de justicia decir que la obra de McAdam, Tarrow y Tilly supone un punto de inflexión en los estudios de acción colectiva. Y es que la pretensión de *Dinámica* es desarrollar un cuerpo analítico que comprenda todos aquellos procesos políticos en cuyos desenlaces la acción colectiva transgresiva (o, como la califican los autores, la «contienda política») resulta decisiva. Con esta pretensión, los autores identifican (es decir, describen y analizan a partir del utillaje analítico que construyen en el libro) ciertos acontecimientos históricos que se remontan al siglo XVIII y los comparan con otros de factura muy reciente, como la misma disolución de la URSS o la transición española a la democracia. Pero la disparidad comparativa no sólo es cronológica, también es geográfica: los autores nos hablan de 18 episodios que transcurren en lugares tan diversos como son Italia, Filipinas, Nicaragua, India, Kenia, México, Estados Unidos, Kazajstán, Francia, España, Ruanda o China. Con ello, a través de un amplio recorrido histórico y geográfico por fenómenos históricos donde la «contienda política» es crucial para configurar —y entender— su desarrollo y desenlace, los autores pretenden construir un marco analítico con el que interpretar conexiones causales y, por tanto, inferir leyes de medio alcance en base a las cuales comprenderlos mejor.

¿QUÉ HAY DE NUEVO EN *DINÁMICA*?

Una de las novedades —y virtudes, cabe decir— del libro es la aproximación al mundo de la política donde se observa lo convencional (lo que McAdam, Tarrow y Tilly califican de «contienda contenida») y lo no con-

vencional (que los autores llaman «contienda transgresiva») como algo profundamente interrelacionado, imbricado, consustancial (p. 8). Es más, en *Dinámica* se constata que la interacción de —y entre— las «dos contiendas» produce una dinámica consustancial a la actividad política y a su evolución (de la misma forma que el concepto *política* muchas veces se define a partir de la tensión conflicto-regulación) y, por tanto, se constata cómo esa interacción dinámica está en la base del proceso generador de desarrollos históricos complejos tales como la democratización de regímenes, la creación de naciones-Estado, la independencia de colonias, las revoluciones o las olas de protesta.

Desarrollando esta toma de posición, los autores construyen (y se sirven de) el concepto de «contienda política» (pp. 4-5), con el que se refieren a la acción política colectiva de una forma que supera la clásica disyuntiva entre el estudio de la «acción política convencional» y la «no convencional» y, con ella, el bloqueo epistemológico de un sector de la Academia que insiste en pensar que se trata de dos mundos estancos donde casi siempre se interpreta la primera como «la buena» y la segunda como «la mala». Tal como exponen los autores, el estudio de la política supone aproximarse, relatar y analizar mucha «contienda política», y así lo ejemplifican al referirse a los estudios de transiciones desde regímenes autoritarios hacia democracias liberales:

«[Muchos análisis] atienden de cerca a las interacciones de individuos, grupos y partidos. Pero al insistir en los incentivos individuales y los pactos entre élites, ambas explicaciones ignoran en gran medida la enorme cantidad de contienda política que precedió y acompañó cada uno de los episodios, además de los mecanismos de cambio político y conflicto político que crearon nuevos actores y nuevas identidades y transformaron la política institucional. (...) Los institucionalistas (...) ignoran la dinámica de la contienda» (p. 179).

Brevemente, un par de recordatorios sobre asuntos cercanos. La transición política española está construida sobre una montaña de contienda política. Los pactos entre élites o la lucidez estratégica de astutos políticos es sólo lo que está encima, en la cúspide. Otro más cercano todavía. Los resultados electorales españoles de marzo de 2004 —lo convencional— sólo son explicables si consideramos (no sólo, pero sí sobre todo) todos los procesos de movilización social —lo no convencional— del año anterior. Léase Prestige, léase anti-guerra de Irak y léase muy especialmente cómo esas movilizaciones generan una nueva cultura política, una nueva percepción de lo políticamente convencional.

Otra de las aportaciones —y en parte también novedad— es la pretensión de los autores de desarrollar un análisis dinámico de la acción colec-

tiva—con un denso contenido expositivo y cronológico—donde se integre, por un lado, el estudio de los diferentes actores políticos colectivos (a saber, los partidos políticos, los movimientos sociales, las guerrillas y los grupos de interés) y, por otro, los diversos ámbitos de actuación (las instituciones, el mundo asociativo, la calle). En esta dirección, McAdam, Tarrow y Tilly exponen que para un análisis riguroso de los episodios históricos es preciso estudiar la interacción entre actores y ámbitos (pues en el mundo real todo está íntimamente relacionado) y darle al estudio un carácter dinámico.

¿Cuál es la utilidad analítica de esta propuesta? Quizás la respuesta sea que la elaboración de un relato dinámico que se extienda cronológicamente permite el análisis de los movimientos sociales (que es el objeto de estudio clásico de aquellos, como nuestros autores, que se interesan por la política no convencional) más allá de los breves límites de su definición canónica. Pongamos un ejemplo. Cuando analizamos desde las perspectivas clásicas del estudio de la acción colectiva procesos históricos complejos donde hay acción política no convencional—ya sean insurrecciones, rebeliones, protestas, asonadas o transiciones de un régimen a otro—, siempre aparecen problemas a la hora de definir con precisión el actor político objeto de estudio: ¿se trata de un movimiento social o éste sólo es una expresión mínima de la acción colectiva? Y si no lo es ¿cuándo desaparece o muta y, ante ello, de qué nuevo actor hablamos?

En la dirección expuesta aparece la cuestión de que si bien las herramientas de análisis propias del estudio de los movimientos sociales (el estudio de la estructura de oportunidades políticas, el repertorio de acción colectiva, los marcos cognitivos o las estructuras conectivas) funcionan a la perfección para la interpretación de aquellos procesos políticos donde la acción colectiva tiene un papel fundamental, el estudio del quehacer de los movimientos sociales se agota con una notable celeridad. Y eso es lo que, precisamente, *Dinámica* pretende superar al presentar el estudio de la contienda política como un proceso dinámico donde la acción colectiva no se agota con la aparición y la activación de los movimientos sociales, sino que va más allá. En este sentido, el cuestionamiento que los autores elaboran de la agenda analítica clásica del estudio de los movimientos sociales puede suponer un avance, aunque no tanto porque ésta no sea consistente sino porque demasiadas veces supone congelar a dichos movimientos en fotos fijas que limitan extremadamente la comprensión de los procesos políticos.

Por ello, una de las grandes aportaciones de la obra es retomar las aportaciones de la agenda clásica de la teoría de los movimientos para insertarlas en un escenario histórico dinámico acotado en el tiempo (lo que los autores llaman *episodios*), dividiéndolo en secuencias relevantes de la contienda (que llaman *procesos*) que se caracterizan por la conexión y conca-

tenación de determinadas elementos (que llaman *mecanismos*), que son, en el fondo, determinadas variables que se «toman prestadas» de los enfoques pertenecientes a la agenda de la teoría clásica de los movimientos sociales. A saber, los «mecanismos causales» (p. 27) de que nos habla el libro, y que diferencia en «ambientales», «cognitivos» o «relacionales», nos remiten inevitablemente a la estructura de oportunidades políticas, a los marcos cognitivos o a las estructuras conectivas.

De lo expuesto podríamos concluir que las dos grandes aportaciones de este estudio son, por un lado, la aportación del concepto de «contienda política» en cuánto que éste nos indica que los procesos de cambio político sólo pueden entenderse a través la profunda interrelación que existe entre la política convencional y la no convencional y, por otro, el esfuerzo de deconstrucción de la agenda clásica de las teorías sobre movimientos sociales, desmenuzando sus aportaciones y aplicándolas en un contexto dinámico exento de las rigideces que suponen el «corsé» de estar trabajando sólo con los actores políticos colectivos más volátiles de las arenas políticas, a saber, los movimientos sociales.

¿QUÉ OBJETAMOS DE *DINÁMICA*?

Pero además de lo arriba expuesto, una de las pretensiones más insistentes de los autores es la búsqueda de conexiones causales entre los «mecanismos», «procesos» y «episodios» antes señalados. Es precisamente en este punto dónde ha aparecido un amplio debate en la Academia (ver en esta línea el vol. 8, nº 1, de la revista *Mobilization*, de 2003) que se cuestiona la forma en que *Dinámica* pretende operacionalizar dicha causalidad ya que, tal como dicen los autores, el objetivo es (1) identificar mecanismos causales clave que son recurrentes en una amplia variedad de contiendas, sus combinaciones y las secuencias en que aparecen (p. 40); (2) establecer paralelismos parciales e iluminadores y usarlos para identificar procesos causales y recurrentes (p. 37); y (3) todo ello a través del estudio atento de diferentes episodios. Pues según McAdam, Tarrow y Tilly:

«Cada mecanismo implica las mismas conexiones causa-efecto inmediatas en cualquier lugar y tiempo en que concurra. Pero las trayectorias y los resultados de los episodios en su totalidad son diferentes porque las condiciones iniciales, las secuencias y las combinaciones de mecanismos forman un compuesto que produce efectos globales variables. (...) los analistas de la contienda política tendrán que llegar a dominar la complejidad de las condiciones iniciales, las secuencias y las combinaciones» (p. 140).

Y es que si bien los autores, tal como exponen en las conclusiones (p. 339), están convencidos de que en *Dinámica* se ha presentado un programa de investigación centrado en la detección de mecanismos y procesos sólidos en los episodios contenciosos, y que han armado un modelo aplicable a todos los episodios mostrando que existen unos mecanismos y procesos similares que desempeñan un papel significativo y que producen unos resultados globales diversos en función de su secuencia, combinación y contexto, parece que algunos estudiosos de la acción colectiva manifiestan alguna reserva a esta pretensión, tal como así lo expresan en la revista *Mobilization* antes citada.

La mayor crítica que se hace a *Dinámica* es la dificultad de establecer secuencias lógicas y claras de «concatenación causal» entre los mecanismos y los procesos. Pues de los dieciocho casos analizados se infiere una gran cantidad de mecanismos dónde sólo el de la «correduría/mediación» se repite mientras que el resto de ellos sólo se encuentra —como mucho— en cuatro de los dieciocho. En cuanto a los procesos, la obra dice al final que sólo hay tres de sólidos y claves y que éstos sí aparecen en una amplia variedad de episodios (que son las unidades de estudio). Estos procesos son: (1) la construcción de nuevos actores políticos y de nuevas identidades en los episodios contenciosos; (2) la polarización de grupos políticos, que es la ampliación del espacio político y social entre los reivindicadores presentes en un episodio contencioso, con una gravitación hacia los extremos; y (3) el cambio de escala de la contienda política, que es el cambio en número y en el nivel de las acciones contenciosas coordinadas que conduce a una contingencia más generalizada.

Por otro lado, la obra prologada fue esperada con gran expectativa por la comunidad académica ya que agrupa, como dijimos, a tres de los más destacados y prolíficos estudiosos de los movimientos sociales contemporáneos (Charles Tilly, profesor de ciencias sociales de la Universidad de Columbia, Doug McAdam, profesor de sociología de la Universidad de Stanford, y Sidney Tarrow, profesor de gobierno y sociología de la Universidad de Cornell) y sintetiza gran parte de los debates elaborados en el seminario, financiado por la Mellon Foundation y auspiciado por el *Center for Advanced Studies in the Behavioral Sciences* de la Universidad de Stanford, sobre contienda política que éstos dirigieron y que duró tres años.

Así las cosas, un sector de la Academia especializada en el estudio de la acción colectiva considera que la obra no resuelve todos los dilemas que plantea. Sin embargo, al margen de que no resulta del todo exacta la crítica anterior, otro grupo de estudiosos ha convenido en señalar que el valor de *Dinámica* es sobre todo, su talante provocador. Quienes redactamos este Prólogo nos situamos en esta segunda posición, y preferimos tomar

prestada la idea de McAdam, Tarrow y Tilly cuando exponen que *Dinámica* es, sobre todo, un punto de partida. De un atrevido, pero sugerente y al tiempo riguroso, punto de partida. Y ojalá hubiera más atrevidos en la Academia. Eso.

Pedro Ibarra, catedrático de ciencia política
de la Universidad del País Vasco

Salvador Martí, profesor de ciencia política
de la Universidad de Salamanca

Prefacio y agradecimientos

NUESTRA EMPRESA SE INICIÓ CON UN GOLPE FALLIDO. EN 1995, AMIGOS, alumnos y colaboradores de Chuck Tilly organizaron una reunión en Amsterdam que pretendía lograr que Tilly se retirase. No captó el mensaje. Como segunda opción, McAdam y Tarrow decidieron distraer momentáneamente a Tilly de sus otros proyectos para enfrascarlo en uno que minimizara el daño que éste podría, si no, infligir al mundo. El resultado es este libro.

Dadas las dudas que albergaban sobre su capacidad para coaccionar a Tilly para que se sometiera a sus planes, ambos conspiradores tramaron ampliar sus maquinaciones. ¿Acaso no sería fantástico —pensaron— si los estudiosos de las áreas relacionadas de los movimientos sociales, las revoluciones, el nacionalismo y la democratización lograran encontrar un espacio en el que explorar las posibilidades de síntesis entre tales subespecialidades nominalmente diferenciadas? La conversación los llevó a presentar al Centro para el Estudio Avanzado de las Ciencias de la Conducta la propuesta de un Proyecto Especial de un año dedicado a la investigación y la síntesis que ellos tenían en mente. Después de reclutar a Tilly como co-conspirador, redactaron el borrador de la propuesta, que fue hábilmente corregido por Philip Converse y Bob Scott y resultó aprobado tanto por el Comité de Asesoramiento para Proyectos Especiales del Centro como por su Consejo de Dirección. ¡La conspiración iba en aumento!

Una vez iniciado el Proyecto Especial, nuestra empresa más general dio un giro decisivo. Al cobrar conciencia más rápidamente de lo esperado de lo excesivo de nuestros objetivos, Bob Scott nos animó a buscar el apoyo que nos permitiría alargar el marco temporal del proyecto. A sugerencia suya, en 1995 presentamos una solicitud a la Sawyer Seminar Series de la Mellon Foundation en busca de apoyo para una serie de seminarios

de tres años organizados en torno al tema general de la contienda política. Para nuestra sorpresa y satisfacción, Mellon accedió a nuestra solicitud. Queremos dar las gracias a Harriet Zuckerman por su visión —y la paciencia— para animar a esta variación poco habitual del formato del Sawyer Seminar, y a Neil Smelser (sucesor de Phil como Director del Centro) y Bob por aceptar la realización de éste en el Centro. También queremos agradecer al personal del Centro la paciencia y buen humor a la hora de hacer frente a los ataques de «los contenciosos» durante los años que duró nuestra colaboración.

Pero nos enfrentábamos ahora a un nuevo reto: dar con el núcleo adecuado de profesores en torno al cual edificar esa conversación. Tuvimos la suerte de atraer a cuatro colegas que se nos unieron en la fundación de lo que dio en llamarse el «Colegio Invisible de la Contienda Política». Con Ron Aminzade, Jack Goldstone, Liz Perry y Bill Sewell, trabajamos como equipo durante tres años para dar forma a un enfoque más interactivo de la contienda política. Uno de los frutos de tal esfuerzo es el que aparece en un volumen que acompaña a éste: *Silence and Voice in the Study of Contentious Politics*. Esperamos que pronto otros volúmenes se sumarán a los dos primeros. Nuestra propia obra se benefició tremendamente de la interacción con todos esos amigos y colegas, y se lo agradecemos encarecidamente.

Nuestra deuda alcanza más allá del núcleo de profesores del grupo de la Contienda Política. Aunque ni el Centro ni nuestros patrocinadores de la Mellon Foundation nos lo pidieron, nosotros siete estuvimos rápidamente de acuerdo en implicar a alumnos de postgrado en el proyecto, y no sólo a nuestros propios alumnos. ¿Quién mejor para aportar perspectivas frescas sobre temas importantes que unos académicos jóvenes y prometedores que aún no están casados con las fronteras disciplinarias o con las convenciones de las subespecialidades? A las cinco voces de ese primer grupo de graduados de 1996-1997 —Lissa Bell, Pamela Burke, Robyn Eckhardt, John Glenn y Joseph Luders— se sumaron otras nueve a lo largo de los dos años siguientes: Jorge Cadena-Roa, David Cunningham, Manali Desai, Debbie Gould, Hyojoung Kim, Heidi Swarts, Nella Van Dyke, Heather Williams y Kim Williams. No sólo ayudaron a enriquecer el proyecto general, sino que sus contribuciones a *Dinámica de la contienda política* son mayores de lo que ellos creen. Se lo agradecemos encarecidamente y esperamos que su colaboración con nosotros les recompensara tanto como nos recompensó a nosotros.

Y aún hubo otros que ayudaron. En cada uno de los tres años de proyecto Mellon, los siete profesores del grupo nuclear y sus colaboradores más jóvenes organizaron tres pequeñas conferencias, cada una de ellas centrada en un tema específico relevante para la comprensión general de

la contienda. Entre los temas que se exploraron se encuentran religión y contienda, emoción y contienda, globalización de la contienda, identidad y redes en la contienda. Cada una de esas tres conferencias contó con la participación de dos o tres expertos invitados. Tenemos que agradecer su colaboración a Mark Beissinger, Craig Calhoun, Bill Gamson, Jeff Goodwin, Roger Gould, Susan Harding, Michael Hechter, Lynn Hunt, Jane Jenson, Arthur Kleinman, Hanspeter Kriesi, Marc Lichbach, John Meyer, Ann Mische, Aldon Morris, Maryjane Osa, Gay Seidman, Kathryn Sikkink, Verta Taylor, Mark Traugott, Paul Wapner y Tim Wickham-Crowley.

Y aún son más nuestras deudas. Durante el tercer año del proyecto, mientras residíamos en el Centro, nuestro colega Ron Aminzade se sumó a nosotros para la organización de un seminario general sobre el tema de la contienda política para los miembros del Centro interesados en él. Fuimos afortunados al contar con la participación en ese seminario de un gran grupo de talentosos colegas miembros. Entre éstos estaban: Jerry Davis, Jane Mansbridge, Rob Sampson, Carol Swain, Ed Tiryakian y Katherine Verdery. Les agradecemos su predisposición a participar en nuestras a veces contenciosas discusiones.

Lejos del Centro, teníamos que defender lo que habíamos aprendido frente a los muchos expertos que nos habían ayudado en nuestro camino hacia un cierto conocimiento de sus especialidades. A ellos les tocará juzgar si hemos ampliado también sus conocimientos, además del nuestro. Recibimos inestimables consejos, críticas, información y ayuda técnica de Paloma Aguilar Fernández, Benedict Anderson, Ron Aminzade, Ramón Adell Argilés, Mark Beissinger, Richard Bensel, Valerie Bunce, Jorge Cadena-Roa, Lars-Erik Cederman, Ruth Collier, Maria Cook, Donatella della Porta, Rita di Leo, Rafael Durán Muñoz, Neil Fligstein, Jonathan Fox, Carmenza Gallo, Miriam Golden, Jack Goldstone, Roger Gould, Davydd Greenwood, Ernst Haas, Judy Hellman, Steven Kaplan, Peter Katzenstein, Mark Kesselman, Bert Klandermans, Gerry van Klinken, Ruud Koopmans, Hanspeter Kriesi, Hyeok Kwon, David Laitin, Peter Lange, Vina Lanzona, Marc Lerner, Mark Lichbach, James Mahony, David S. Meyer, José Ramón Montero, Reynaldo Yunuen Ortega Ortiz, Elisabeth Perry, Hayagreeva Rao, William Roy, Hector Schamis, Cathy Schneider, Jane Schneider, Peter Schneider, William H. Sewell jr., Vivienne Shue, Jack Snyder, Bô Strath, Yang Su, Andrew Walder, Elisabeth Wood, Barry Weingast, Thomas Weskopp, Viviana Zelizer y los miembros del taller de la Columbia University sobre Contienda Política.

Según el proyecto iba tocando a su fin, el Centro para el Estudio Avanzado de las Ciencias de la Conducta nos brindó todavía una oportunidad más para refinar nuestro trabajo. En un instituto de verano, veinte

animados jóvenes académicos midieron sus propios corceles intelectuales contra nuestro manuscrito en el verano del 2000, con McAdam y Tilly como jinetes y Tarrow corriendo brevemente junto a ellos. Gracias muy encarecidas a Kenneth Andrews, Joe Bandy, Neal Carter, David Cunningham, Christian Davenport, Bob Edwards, Gautam Ghosh, John Guidry, Frederick Harris, Peter Houtzager, Jason Kaufman, Deborah Martin, Byron Miller, S. Mara Pérez-Godoy, Kurt Schock, Paul Silverstein, Jackie Smith, David Stone y Deborah Yashar por sus atentos y profundos comentarios sobre el libro.

Todos los libros son una experiencia de aprendizaje tanto como un intento de comunicar un conocimiento a los demás. Escribir éste —quizás más que en la mayoría de casos— resultó una intensa experiencia de aprendizaje. Fue así por tres motivos. En primer lugar, nuestro programa requería el análisis de muchos episodios que quedaban fuera de nuestras áreas previas de competencia geográfica e histórica. En segundo lugar, el programa exigía un aprendizaje constante en el curso de la tarea de lograr que nuestros materiales encajaran entre sí. Porque si —tal y como mantenemos en adelante— unos mismos procesos y mecanismos de la contienda reaparecen a lo largo y ancho de amplias áreas territoriales y de diferentes formas de contienda, lo que aprendíamos de un episodio no podía separarse claramente de lo de los demás. Cada incursión en un nuevo territorio provocaba un retorno a un terreno familiar para plantear nuevos interrogantes respecto a una comprensión que antes resultaba cómoda. En tercer lugar, como ninguno de nosotros por sí solo contaba con suficiente autoridad para ejercer el veto sobre los demás («¿déjale que pruebe!»), las discusiones sobre contenido e interpretación eran acaloradas, a menudo contenciosas. Nuestras sesiones de trabajo se realizaban como seminarios rotativos, en los que los papeles de profesor, alumno y observador fluctuaban de forma constante.

¿Dónde encaja el libro resultante en el área en rápida expansión del estudio de la contienda política y en las ciencias sociales en su totalidad? Al igual que otros académicos y profesores, en nuestro libro trabajamos en un diálogo incesante con ideas y descubrimientos previos, incluidos los nuestros. No hay un solo párrafo que haya cobrado forma sin una reflexión o un debate sobre la relación entre lo que el párrafo dice y trabajos anteriores: esto confirma X; eso contradice Y; Z afirma lo mismo de un modo algo distinto, etcétera. Los dos primeros capítulos del libro identifican la literatura académica de la que hemos bebido ampliamente, pero no especifican dónde se sitúa el libro respecto a otros escritos. Otras versiones anteriores incluían la especificación mucho más costosa del origen de ciertas ideas en particular, los desacuerdos con explicaciones rivales y la identificación de obras paralelas a la nuestra. Incitados por las quejas de

los lectores respecto a esas anteriores versiones, acabamos por reconocer que tales referencias a obras relevantes oscurecían nuestros argumentos, a la vez que producían como resultado un libro largo y pesado.

Al reescribirlo, eliminamos casi todas las discusiones detalladas de trabajos previos. En general, restringimos las menciones explícitas de otros autores a las ideas y descubrimientos específicos de los que dependían directamente nuestros argumentos. Los especialistas en los diversos campos por los que el libro atraviesa pueden sentir a veces que hemos concedido un crédito insuficiente a trabajos relevantes de otros, o una atención insuficiente a puntos de vista opuestos. En términos generales, sin embargo, pensamos que la mayoría de los lectores se beneficiarán de prestar consideración a nuestros análisis sin verse distraídos por un ostentoso apuntar a las literaturas adyacentes.

Esperamos que la escasez de referencias a los análisis de otras personas que de ahí resulta no le sugiera a nadie un desdén por las ideas y esfuerzos de nuestros respetados colegas. No hemos dudado en relacionar nuestros argumentos con otros trabajos sobre la contienda política en otras publicaciones, tanto conjuntas como individuales (véase, por ejemplo, McAdam, Tarrow y Tilly, 1997; McAdam, 1999; Tarrow, 1998; Tilly, 2001). Pronto quedará claro, en cualquier caso, qué parte de este libro depende del diálogo y la polémica respetuosa con investigaciones recientes de la contienda política.

Los estudiosos de la contienda política es posible que deseen saber en qué lugar nos encontramos respecto a las controversias actuales entre estructuralistas, culturalistas y racionalistas. Si buscan muestras del tipo de guerra entre paradigmas que a menudo hace estragos en las páginas de las revistas especializadas, se sentirán decepcionados. Si se puede etiquetar de algún modo nuestro enfoque francamente sincrético, éste tendría que llamarse «relacional». A la vez que reconocemos las contribuciones cruciales de racionalistas, culturalistas y estructuralistas, pensamos que el área de la contienda política se beneficiará al máximo de la atención sistemática a la interacción entre actores, instituciones y corrientes de contienda política. Nuestro programa comienza a explorar desde esa perspectiva numerosas áreas de la contestación mediante el análisis comparativo de los mecanismos y procesos para llevarla a cabo.

¿Qué deben hacer aquellos estudiosos de la contienda política que encuentren el programa del libro atractivo? Muchos de los análisis anteriores lo que de hecho hacen es identificar mecanismos causales sólidos y utilizarlos para explicar las características más sobresalientes de los episodios de contienda. Tales análisis deberían seguir proporcionando modelos prácticos para futuros trabajos. Muchas de las preguntas, y algunas de las respuestas, planteadas por los analistas de lo que distinguimos a grandes

rasgos como los enfoques estructuralista, culturalista y racionalista siguen siendo importantes guías para la siguiente vuelta de investigaciones. En lugar de quemar sus manuales y deshacerse de sus cajas de herramientas, esperamos que los usuarios hábiles de las herramientas intelectuales existentes inventen nuevos modos de usarlas. Esperamos que intenten refutar, desafiar, modificar, ampliar —de vez en cuando, incluso verificar— con seriedad los argumentos de nuestro libro.

Ithaca, Nueva York
23 de septiembre de 2000

Abreviaturas

ANC	Congreso Nacional Africano (<i>African National Congress</i>)
BANAMERICA	Banco de América
BANDILA	Nación Unida en Espíritu y Misión (<i>Bayan Nakiisa so Diwa at Layanin</i>)
BANIC	Banco Nicaragüense
BAYAN	Nueva Alianza Nacionalista (<i>Bagong Alyansa Makabayan</i>)
BC	Conciencia Negra (<i>Black Consciousness</i>)
BCCs	Comunidades Cristianas de Base (<i>Basic Christian Communities</i>)
BISIG	Federación para el Avance del Pensamiento y la Praxis Socialistas (<i>Bukluran para sa Ikaunlad ng Sosyalistang Isip at Gawa</i>)
BJP	Partido Bharatiya Janata (<i>Bharatiya Janata Party</i>)
CBCP	Conferencia de Obispos Católicos de la Filipinas (<i>Catholic Bishop's Conference of the Philippines</i>)
CCOO	Comisiones Obreras
CEOE	Confederación Española de Organizaciones Empresariales
COSATU	Congreso de Sindicatos Sudafricanos (<i>Congress of South African Trade Unions</i>)
COSIP	(Más tarde COSEP) Consejo Superior de Iniciativa Privada
CORE	Congreso de la Igualdad Racial (<i>Congress of Racial Equality</i>)
CPP	Partido Comunista de las Filipinas (<i>Communist Party of the Philippines</i>)
CSCE	Comisión sobre Seguridad y Cooperación en Europa
EATUC	Congreso de Sindicatos del Este de África (<i>East Africa Trade Union Congress</i>)
ETA	Patria Vasca y Libertad (<i>Euzkadi Ta Askatasuna</i>)
FAT	Federación Autónoma del Trabajo
FRAP	Frente Revolucionario Antifascista Patriótico
FSLN	Frente Sandinista de Liberación Nacional
FMI	Fondo Monetario Internacional
INDE	Instituto Nicaragüense de Desarrollo
INMECAFÉ	Instituto Mexicano del Café
JAJA	Justicia para Aquino, Justicia para Todos (<i>Justice for Aquino, Justice for All</i>)
JOC	Juventudes Obreras Católicas
KASAMA	Federación de Organizaciones Populares (<i>Kalipunan ng mga Samaban ng Mamamayan</i>)
KAU	Unión Africana de Kenia (<i>Kenya African Union</i>)
KCA	Asociación Central Kikuyu (<i>Kikuyu Central Association</i>)

MIA	Asociación para la Mejora de Montgomery (<i>Montgomery Improvement Association</i>)
MIL	Movimiento Ibérico de Liberación
NAACP	Asociación Nacional para el Avance de la Gente de Color (<i>National Association for the Advancement of Colored People</i>)
NAFTA	Tratado de Libre Comercio Norteamericano (<i>North American Free Trade Agreement</i>)
NAMFREL	Movimiento Nacional por unas Elecciones Libres (<i>National Movement for Free Elections</i>)
NPA	Nuevo Ejército Popular (<i>New People's Army</i>)
OEA	Organización de Estados Americanos
PAN	Partido de Acción Nacional
PBSP	Empresas Filipinas por el Progreso Social (<i>Philippine Business for Social Progress</i>)
PCCCh	Partido Comunista Chino
PCE	Partido Comunista de España
PCI	Partido Comunista Italiano (<i>Partito Comunista Italiano</i>)
PKI	Partido Comunista Indonesio (<i>Partai Komunis Indonesia</i>)
PLN	Partido de Liberación Nacional
RPCCh	República Popular China
PRI	Partido Revolucionario Institucional
PRD	Partido de la Revolución Democrática
PRONASOL	Programa Nacional de Solidaridad
PSOE	Partido Socialista Obrero Español
SCLC	Conferencia del Liderazgo Cristiano del Sur (<i>Southern Christian Leadership Conference</i>)
SNCC	Comité Coordinador No Violento Estudiantil (<i>Student Non-violent Coordinating Committee</i>)
TVCCCh	Televisión Central China
UCD	Unión de Centro Democrático
UDEL	Unión Democrática de Liberación
UDF	Frente Democrático Unido (<i>United Democratic Front</i>)
UGT	Unión General de Trabajadores
UMALUN	Alianza de los Pobres Urbanos (<i>Ugnayan ng mg Maralita taga Lunsod</i>)
URSS	Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas
VHP	Consejo Mundial Hindú (<i>Vishwa Hindu Parishad</i>)

PRIMERA PARTE
¿CUÁL ES EL PROBLEMA?

1

¿Cuál es el objeto del griterío?

«**A**L PENSAR EN LOS ACONTECIMIENTOS QUE HAN TENIDO LUGAR DESDE el inicio de la semana», le confiaba el librero parisino Siméon-Prosper Hardy a su periódico el 17 de julio de 1789, «cuesta salir del asombro» (BN Fr 6687 [Bibliothèque Nationale, París, Fonds Français, n° 6687]). Verdaderamente, había sido una semana muy movida en París. Las páginas de esa semana del periódico, pulcramente redactado, de Hardy contienen retratos extraordinariamente vívidos de contienda política. Desde la Fronde, en 1648-1653, que París no se había visto sacudida por semejantes tumultos. Desde el momento en que los representantes del Tercer Estado en los Estados Generales de Versalles se habían autoconstituido en Asamblea Nacional, el 17 de junio, destacamentos de tropas reales se habían ido concentrando en torno a la región de París. Sin embargo, en diversas ocasiones, compañías enteras habían rehusado usar las armas contra los civiles o, incluso, se habían sumado a los ataques populares a las tropas que permanecían leales al rey. Para principios de julio, aparecían signos de una gran división dentro del régimen.

Cuando el rey despidió al popular ministro de finanzas Jacques Necker el 11 de julio, las calles de París se vieron inundadas de marchas y concentraciones masivas. Esa noche, la gente saqueaba las barreras de peaje del perímetro de la ciudad y bailaba después alrededor de las ruinas. Durante los días inmediatos, las asambleas electorales, sus comités provi-

sionales y sus milicias, formadas apresuradamente, comenzaban a gobernar gran parte de París. Mientras tanto, bandas de parisinos irrumpían en las prisiones y demás edificios públicos y liberaban a los presos, se adueñaban de las armas y se llevaban la comida que se almacenaba dentro.

El 14 de julio, la búsqueda de armas proseguía. Según lo describe Hardy:

La gente fue al castillo de la Bastilla a pedir al gobernador, el marqués Delaunay, que entregara las armas y la munición que tenía. Al negarse éste, los trabajadores del barrio de St. Antoine intentaron asediar el castillo. Primero, el gobernador hizo que sus hombres dispararan contra la gente, que llenaba toda la calle St. Antoine, mientras hacía aparecer primero una bandera blanca y después la hacía desaparecer, como si quisiera rendirse, pero incrementando el fuego de cañón. Por la parte de los dos puentes levadizos que dan al primer patio, después de fingir que aceptaba la solicitud de armas, hizo abrir la puerta del puente levadizo pequeño y dejó entrar a algunas de las personas allí presentes. Pero, cuando se cerró la puerta y se alzó el puente, hizo matar a tiros a todos cuantos había en el patio, incluidos tres de los electores de la ciudad, que habían entrado a negociar con él. Entonces, la milicia civil, indignada por el trato tan bárbaro dispensado a sus compañeros ciudadanos y con el apoyo de los granaderos de la guardia francesa, logró capturar el castillo en menos de tres horas (BN Fr 6687; para una descripción más precisa y detallada, véase Godechot 1965).

Ese día, los parisinos mataron no sólo al gobernador de la Bastilla, sino también al guardián de la pólvora del Arsenal, a dos veteranos de los Invalides que habían disparado allí sobre los invasores y al presidente del Comité Permanente de la ciudad. En los días inmediatos, delegaciones de muchas partes de la región, incluidos miembros de la Asamblea Nacional y tropas reales disidentes, se comprometían, con mucha pompa, con la causa parisina. Los días 16 y 17, el propio rey convocaba a Necker, retiraba las tropas de la región y, a pie, entre diputados y milicianos, hacía un peregrinaje repleto de carga simbólica al parisino Hôtel de Ville. Al amenazado rey le quedaban aún unos treinta meses de vida, la mayor parte de ellos como jefe nominal del Estado. Sin embargo, ya el 16 de julio de 1789, Francia había entrado en un largo y tortuoso periodo de contienda política.

LA CONTIENDA POLÍTICA

Llamar a los acontecimientos de 1789 «contienda política» puede parecer que equivale a degradar una gran revolución. Este libro pretende demostrar que la etiqueta «contienda política» no sólo tiene sentido, sino

que, además, ayuda a explicar lo que ocurrió en París y en el resto de Francia durante ese turbulento verano. El libro que tiene el lector en sus manos examina también las relaciones entre dos variantes de la contienda política —la contenida y la transgresiva— al entrar ambas en intersección en los grandes episodios de lucha. Además, muestra cómo las distintas formas de contienda —movimientos sociales, revoluciones, oleadas de huelgas, nacionalismo, democratización, etcétera— son el resultado de mecanismos y procesos similares. Su apuesta es que podemos aprender más de todas ellas mediante la comparación de sus respectivas dinámicas que si las estudiamos por separado. Finalmente, explora diversas combinaciones de mecanismos y procesos a fin de descubrir secuencias causales recurrentes en la contienda política.

Por contienda política entendemos:

La interacción episódica, pública y colectiva entre los reivindicadores y sus objetos cuando: (a) al menos un gobierno es uno de los reivindicadores, de los objetos de las reivindicaciones o es parte en las reivindicaciones, y (b) las reivindicaciones, caso de ser satisfechas, afectarían a los intereses de al menos uno de los reivindicadores.

A grandes rasgos, la definición se refiere a la lucha política colectiva.

Por supuesto, cada uno de los términos de una definición como ésta reclama mayores estipulaciones. El término «episódico», por ejemplo, excluye acontecimientos programados regularmente tales como las votaciones, las elecciones parlamentarias y las reuniones asociativas —aunque cualquiera de esos acontecimientos puede convertirse en trampolín de la contienda política. Además, entendemos que «público» excluye la reivindicación dentro de organizaciones con límites precisos, incluidas iglesias y empresas. A pesar de los paralelismos evidentes entre algunas de las luchas que se producen dentro y fuera de esos límites, aquí nos concentramos en aquellas que poseen ramificaciones manifiestamente políticas.

Sin embargo, aún queda espacio para objeciones: ¿Acaso esta definición no demarca un campo de estudio imposiblemente amplio? ¿Y qué pasa con la actividad política interna de las instituciones que trasciende la barrera de las reglas que éstas imponen para plantear reivindicaciones que desafían las normas y las expectativas existentes? Abordaremos esas objeciones una por una.

¿Es toda la política contenciosa? Según una lectura estricta de nuestra definición, por supuesto que no. Gran parte de la política —la mayor parte, diríamos— consiste en ceremonias, consultas, procesos burocráticos, recogida de información, informes sobre los acontecimientos y cosas similares. Inscribirse para el servicio militar, inscribirse para votar, pagar

impuestos, asistir a reuniones asociativas, poner en práctica políticas, hacer cumplir la ley, realizar tareas administrativas, leer la prensa, pedir favores oficiales y acciones similares conforman el grueso de la vida política. Normalmente, es poca la contienda colectiva que implican, si es que implican alguna. Gran parte de la política tiene lugar en las relaciones sociales internas que se dan en el seno de partidos, de agencias, de facciones, sindicatos, comunidades o de grupos de interés, y en ningún caso implica la lucha pública colectiva. La *contienda* política que nos interesa es episódica más que continuada, tiene lugar en público, supone interacción entre quienes reivindican y otros, la reconocen esos otros como algo que tiene efectos sobre sus intereses y hace intervenir al gobierno como mediador, objetivo o reivindicador.

¿Y qué relación guarda la amplitud de nuestra definición con la contienda dentro de las instituciones? ¿Sigue siendo éste un subconjunto de la política demasiado extenso y amorfo como para constituir un área coherente de investigación? Nuestra apuesta va en contra de tal suposición. Permítasenos expresarlo de manera tajante. La investigación oficial y el posterior proceso judicial contra Richard Nixon pertenecen al mismo universo de definición que la llamada revuelta Mau Mau en Kenia en la década de 1950. En nuestros términos, ambos reúnen las condiciones para ser considerados *episodios de contienda*. Tales episodios constituyen el ámbito de nuestras investigaciones.

No afirmamos que dichos episodios sean idénticos, ni que se adapten a un único modelo general. Evidentemente, difieren entre sí de muchas maneras, y cada una de ellas tiene sus propias consecuencias. No obstante, los agrupamos bajo la misma definición por dos motivos. En primer lugar, el estudio de la contienda política se ha desarrollado de una manera excesivamente focalizada, para luego multiplicarse en todo un conjunto de literaturas temáticas —revoluciones, movimientos sociales, conflictos industriales, guerras, política de los grupos de interés, nacionalismo, democratización— que se ocupan de fenómenos similares con vocabularios, técnicas y modelos diferentes. Este libro infringe deliberadamente tales límites en busca de paralelismos entre formas nominalmente distintas de contienda. Busca mecanismos y procesos causales semejantes en una amplia variedad de luchas.

En segundo lugar, cuestionamos la división entre política institucionalizada y no institucionalizada. El enjuiciamiento de Nixon se produjo casi exclusivamente dentro de los límites de los procesos oficialmente reconocidos, legalmente prescritos, para resolver ese tipo de conflictos. No fue así en el caso de la revuelta Mau Mau. Somos conscientes de tal diferencia. De hecho, pronto la utilizaremos para distinguir entre dos grandes categorías de la contienda: contenida y transgresiva. Pero, aun empleando

dicha distinción, insistimos en que el estudio de la política ha reificado durante demasiado tiempo la frontera entre la política oficial, prescrita, y la política por otros medios. Una de las desafortunadas consecuencias es que los analistas no han prestado atención, o han malinterpretado, tanto los paralelismos como las interacciones entre ambas.

La reificación alcanzó su grado máximo en las ciencias sociales norteamericanas de las décadas de 1950 y 1960, al crear una marcada distinción disciplinaria y conceptual entre la política convencional y la no convencional. La ciencia política reclamaba para sí la política «normal» prescrita como ámbito de estudio, y dejaba los movimientos sociales (en palabras irónicas de William Gamson) «para el psicólogo social, cuyas herramientas intelectuales lo capacitan para una mejor comprensión de lo irracional» (Gamson, 1990: 133). Los sociólogos reclamaban el ámbito de los movimientos sociales como el terreno de su elección, para ignorar con frecuencia las complejas relaciones entre éstos y la política institucional. A lo largo de los últimos treinta años, esa clara división disciplinaria del trabajo se ha disipado en gran medida. Sin embargo, nos ha dejado un lenguaje y un conjunto de categorías (revolución, movimiento social, grupos de interés, política electoral, etcétera) que reproducen la dualidad originaria.

Es difícil trazar con precisión las fronteras entre la política institucionalizada y la no institucionalizada. Y, aún más importante, ambos tipos de política interactúan incesantemente e implican procesos causales similares. Las coaliciones, la interacción estratégica y las luchas identitarias están ampliamente presentes en la política de las instituciones establecidas, tanto como en las disrupciones que suponen las rebeliones, las huelgas y los movimientos sociales. La guerra clandestina librada por Richard Nixon, que dio lugar a la calamitosa entrada furtiva en el edificio Watergate y al enjuiciamiento resultante, se derivó en gran medida de la hostilidad de Nixon hacia el movimiento contra la guerra y otros movimientos de la Nueva Izquierda. De modo parecido, la revuelta Mau Mau tuvo su origen, no en algún tipo de arrebato de violencia anticolonial, sino en un conflicto circunscrito en el que se hallaba implicado un conjunto de cuatro actores políticos legalmente constituidos: las autoridades coloniales de Kenia, los administradores británicos, los nacionalistas keniatas y la comunidad de colonos blancos de Kenia. Casi todos los movimientos sociales amplios, revoluciones y fenómenos similares tienen sus raíces en episodios menos visibles de contienda institucional. Uno de los propósitos centrales de este libro es excavar tales raíces.

CONTIENDA CONTENIDA Y TRANSGRESIVA

Empezaremos por dividir la contienda política en dos amplias subcategorías: *contenida* y *transgresiva*. (Preferimos esta división a la más común entre política «institucional» y «no convencional» porque nos permite resaltar tanto la transgresión dentro de las instituciones, como las muchas actividades rutinarias de los que las desafían desde el exterior.)

La *contienda contenida* hace referencia a aquellos casos de contienda política en los que todas las partes son actores previamente establecidos que emplean medios bien establecidos de reivindicación. Consiste en la interacción episódica y pública, colectiva, entre los reivindicadores y sus objetos cuando: (a) al menos un gobierno es uno de los reivindicadores, de los objetos de las reivindicaciones o es parte en las reivindicaciones; (b) las reivindicaciones, caso de ser satisfechas, afectarían a los intereses de al menos uno de los reivindicadores; y (c) todas las partes en el conflicto estaban previamente establecidas como actores políticos constituidos.

La *contienda transgresiva* consiste en la interacción episódica, pública, colectiva entre los reivindicadores y sus objetos cuando: (a) al menos un gobierno es uno de los reivindicadores, de los objetos de las reivindicaciones o es parte en las reivindicaciones; (b) las reivindicaciones, caso de ser satisfechas, afectarían a los intereses de al menos uno de los reivindicadores; y (c) al menos algunos de los participantes en el conflicto son actores políticos recientemente autoidentificados y/o (d) al menos algunas de las partes emplean acciones colectivas innovadoras. (La acción puede calificarse de innovadora cuando incorpora reivindicaciones, selecciona objetos de las reivindicaciones, incluye autorrepresentaciones colectivas y/o adopta medios que no tienen precedentes o que están prohibidos en el régimen en cuestión.)

Los casos de este libro caen abrumadoramente en el lado transgresivo de la línea: habitualmente implican, bien la formación de nuevos actores políticos, bien la innovación respecto a nuevos medios políticos, o bien ambos. Recurrimos a la distinción contenido/transgresivo por dos razones. En primer lugar, muchos casos de contienda transgresiva se originan en episodios existentes de contienda contenida; dicha interacción entre lo establecido y lo nuevo merece una atención explícita. En segundo lugar, el cambio político y social sustancial a corto plazo surge más a menudo de la contienda transgresiva que de la contenida, que tiende a reproducir con más frecuencia los regímenes existentes. O eso es lo que nosotros sostenemos.

En aras de la claridad, este libro concentra su atención en episodios de contienda que incluyen la contienda transgresiva. Insistimos en tipos de contienda que son más bien esporádicos que continuados, que hacen entrar en juego a nuevos actores y/o que implican una forma innovadora de reivindicar. En aras de una mayor simplicidad, los ejemplos a los que nos referimos repetidamente proceden principalmente de episodios en los que los estados nacionales eran participantes directos o partes significativas en las reivindicaciones que se planteaban. El hecho de centrarse en la contienda nacional, como opuesta a la local o regional, se debe sobre todo a intereses prácticos. Los episodios de contienda nacional generan con mayor frecuencia que los acontecimientos localizados el volumen necesario de materiales académicos. Eso no significa, no obstante, que nuestro programa alternativo de análisis sirva sólo para periodos de contienda nacional generalizada. Adecuadamente modificado, sirve también para las contiendas locales, sectoriales, internacionales y transnacionales.

Nuestra estrategia consiste en examinar comparativamente los procesos causales discernibles en quince grandes episodios contenciosos, así como los mecanismos componentes de dichos procesos. Ilustramos nuestro enfoque de los mecanismos y procesos en este capítulo y en el siguiente en relación a tres de esos episodios —la Revolución Francesa, los derechos civiles norteamericanos y el ciclo de protestas italiano—, para volver a ellos más adelante por su relativa familiaridad. En el capítulo 3, describimos con más detalle nuestra estrategia de comparación por pares de episodios. Por ahora, baste decir que la estrategia se basa en análisis detallados de múltiples episodios cuyos requisitos básicos eran que (a) implicaban variedades sustancialmente distintas de contienda dentro de tipos de regímenes significativamente diferentes, (b) se prestaban a comparaciones analíticamente valiosas y (c) existían suficientes materiales académicos como para dar sentido a los acontecimientos en cuestión.

Permítasenos regresar a la distinción entre procesos continuados y episódicos. La política pública puede implicar reivindicaciones enfrentadas y, sin embargo, desarrollarse en procesos incrementales. Durante la mayor parte de sus cuarenta años de historia, por ejemplo, las polémicas sobre la esclavitud que examinamos en el capítulo 6 se libraron en gran medida por medio de debates en el Congreso. A la inversa, las formas bien institucionalizadas de política suelen ser episódicas, como cuando los suizos doblaron su electorado en 1971 al admitir el voto de las mujeres. La combinación de reivindicaciones enfrentadas con acciones episódicas es lo que concentra la mayor parte de nuestra atención.

Insistimos en tal combinación, no porque sea el único punto digno de interés, sino porque a menudo:

- crea incertidumbre y, como consecuencia, incita a repensar y a buscar nuevas identidades que entren en funcionamiento,
- revela líneas defectuosas y, por consiguiente, posibles realineaciones dentro del cuerpo político,
- amenaza y anima a los desafidores a emprender nuevas acciones contenciosas,
- fuerza a las élites a reconsiderar sus compromisos y sus lealtades y
- deja un residuo de cambio en los repertorios de contienda, las prácticas institucionales y las identidades políticas en nombre de las cuales las generaciones futuras plantearán sus reivindicaciones.

¿QUÉ NOTICIAS HAY?

Este libro identifica semejanzas y diferencias, vías y trayectorias que atraviesan una gran diversidad de contiendas políticas—no sólo revoluciones, sino también oleadas de huelgas, guerras, movimientos sociales, movilizaciones étnicas, democratización y nacionalismo. En años recientes, los especialistas académicos han realizado avances sustanciales en la descripción y la explicación de cada una de esas importantes formas de contienda. En conjunto, han prestado poca atención a los respectivos descubrimientos. Los estudiosos de las huelgas, por ejemplo, raras veces recurren a la creciente literatura sobre la movilización étnica. Los estudiosos de la movilización étnica les devuelven el cumplido ignorando los análisis de las huelgas. No obstante, aunque sean parciales, existen paralelismos entre huelgas y movilizaciones étnicas, por ejemplo: en los modos en que las actuaciones de terceras partes afectan al éxito o al fracaso, y en el impacto de las redes interpersonales previamente existentes sobre los patrones de reclutamiento.

Otro ejemplo: los estudiosos de los movimientos sociales, la movilización étnica, los conflictos religiosos, las luchas entre trabajadores y capitalistas y el nacionalismo han descubierto independientemente la relevancia política de los rituales en los que los partidarios de uno u otro bando exhiben públicamente sus símbolos, su número, su compromiso y sus aspiraciones al espacio en disputa. No obstante, dichos especialistas casi nunca prestan atención al trabajo de sus vecinos, y mucho menos efectúan comparaciones sistemáticas de los rituales presentes en los diversos escenarios. Un historiador ubica eruditamente los ataques a musulmanes y judíos dentro de la estructura social de la Aragón del siglo XIV, por ejemplo, pero no recurre en absoluto a la guía de los estudios contemporáneos de antropólogos y

científicos políticos de parecida violencia categórica (Nirenberg, 1996; para los paralelismos que se encuentran a faltar, véanse, por ejemplo, Brass, 1996; Connor, 1994; Daniel, 1996; Roy, 1994). Nuevamente, un estudio bien documentado de un antropólogo de los desfiles y las exhibiciones visuales de los activistas del Ulster utiliza numerosos elementos de la teoría retórica y antropológica, pero ignora más bien otras manifestaciones similares en cualquier otro lugar de las Islas Británicas y de la Europa occidental lúcida-mente abordadas por geógrafos, científicos políticos, sociólogos e historiad-ores (Jarman, 1997; para los estudios relevantes, véanse, p. ej., Baer, 1992; Brewer, 1979-1980; Butsch, 1995, 2000; Davis, 1975; della Porta, 1998; Fillieule, 1997; Lindenberger, 1995; Plotz, 2000, Steinberg, 1999).

Igual que el de muchos de sus equivalentes europeos, el estudio del Ulster identifica un fenómeno que está presente en formas nominalmente diferentes de política. Los observadores tienden a asociar las exhibiciones públicas de uniformes y otros símbolos explícitamente políticos con la política de prescripción gubernamental, a causa de su frecuente utilización por parte de las autoridades para publicitar el poder del Estado. Pero, a veces, parecidas exhibiciones de uniformes y símbolos son característi-cas cruciales de la contienda más exacerbada. En realidad, la parodia de las ceremonias oficiales en formas tales como el ahorcamiento escarnecedor o los rituales de coronación suele proporcionar una ambientación fácil-mente reconocible a los disidentes. Bajo regímenes represivos, las cere-monias públicas autorizadas y las celebraciones de festividades son a me-nudo ocasiones para una reivindicación cuya realización en cualquier otro lugar, por muy fugaz que sea, conllevaría para los reivindicadores un ele-vado riesgo de detención o castigo. Tiempos y espacios similarmente se-guros atraen la realización de acciones reivindicativas en toda una varie-dad de tipos de contienda. (Polleta, 1999). Gran parte de los esfuerzos de este libro se invierten en la identificación de esos paralelismos, conexiones y variaciones.

DEL MODELO DEL SISTEMA POLÍTICO A LA DINÁMICA DE LA CONTIENDA

Pero eso lo hacemos en posteriores capítulos. Por ahora, debemos pre-guntar cómo identificar a los actores de la contienda política, sus reivindi-caciones, los objetos de tales reivindicaciones y las respuestas a la reivin-dicación. De las muchas cosas en nombre de las cuales la gente a veces reivindica, ¿por qué tan sólo unas pocas prevalecen típicamente como ba-

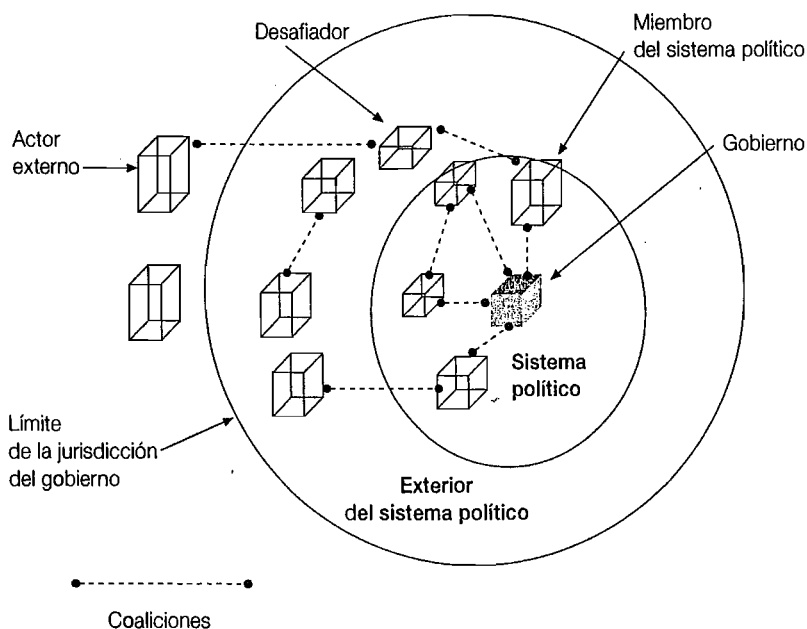


FIGURA 1.1 El modelo simple del sistema político

ses públicas de la interacción contenciosa en cualquier tiempo y lugar dados? ¿Por qué y en qué forma las personas oscilan colectivamente entre la acción y la inacción? Para clarificar las conexiones entre nuestros análisis de la contienda política y los estudios de la vida política en general, adoptamos dos simplificaciones iniciales.

Nuestra primera simplificación consiste en partir de una concepción estática de los escenarios políticos antes de pasar a los análisis dinámicos. La figura 1.1 muestra un modelo estático simple de los escenarios políticos en los que tiene lugar la contienda. Los regímenes, tal y como ahí se esquematizan, los conforman los gobiernos y sus relaciones con las poblaciones que caen dentro de las jurisdicciones que éstos reclaman (Finer, 1997). Para identificar a los actores políticos colectivos constituidos (aquellos que tienen nombre, organización interna e interacciones repetidas entre ellos en el dominio de la política pública), distinguimos entre:

agentes del gobierno

miembros del sistema político (actores políticos constituidos que gozan de acceso rutinario a los organismos y recursos gubernamentales)

desafiadores (actores políticos constituidos que carecen de dicho acceso rutinario)
sujetos (personas y grupos no organizados en el momento como actores políticos constituidos), y
actores políticos externos, que incluyen a otros gobiernos.

La política pública consiste en interacciones reivindicativas entre agentes, miembros del sistema político, desafiadores y actores políticos externos. La *contienda* política la conforma ese (gran) subconjunto en el que las reivindicaciones son colectivas y, si se satisficieran, afectarían a los intereses de sus objetos. La *contienda transgresiva* está presente cuando al menos alguna de las partes emplea una acción colectiva innovadora y/o al menos alguna de éstas es un actor político recientemente autoidentificado. Para hacer que un modelo así represente eficazmente unos procesos políticos dinámicos, tenemos que poner en movimiento a cada uno de los actores; permitir la presencia de múltiples gobiernos y segmentos de gobierno; mostrar unas coaliciones sujetas a crecimiento, declive e incesante renegociación y representar explícitamente la construcción, destrucción o transformación de los actores políticos.

Nuestra segunda simplificación guarda relación con los actores políticos. Pronto descubriremos que movimientos, identidades, gobiernos, revoluciones, clases y otros nombres igualmente colectivos no representan objetos fijos, impenetrables, claramente delimitados, sino abstracciones de los observadores a partir de unas interacciones continuamente negociadas entre personas y conjuntos de personas. Ya que cada persona sólo muestra una pequeña porción de su amplio espectro de estados fisiológicos, circunstancias cognitivas, conductas y conexiones sociales en cualquier situación particular, incluso las personas son algo menos fijo y bien delimitado de lo que el lenguaje ordinario sugiere. Además, cualquier persona en particular suele desempeñar papeles dentro de más de un actor político, y a veces toma parte como trabajador, otras como miembro de una congregación religiosa, etcétera. Sin embargo, para poner en marcha nuestro análisis presuponemos que los actores políticos los constituyen conjuntos de personas y relaciones entre personas cuya organización interna y sus conexiones con otros actores políticos mantienen una sustancial continuidad en el tiempo y el espacio. Más tarde relajaremos ese supuesto, de carácter limitador, y examinaremos los modos en los que se disuelven las líneas divisorias, las organizaciones cambian y las posiciones políticas varían. Nuestros serios esfuerzos en esa dirección comienzan en la segunda parte.

¿Cómo pasaremos, pues, de un análisis estático a uno dinámico? Tenemos que luchar en dos frentes a la vez: respecto a qué explicamos y a cómo lo explicamos. Los *procesos* sociales, según nuestra perspectiva, con-

sisten en secuencias y combinaciones de *mecanismos* causales. Explicar la contienda política es identificar sus mecanismos causales recurrentes, sus formas de combinación, las secuencias en que recurren y por qué diferentes combinaciones y secuencias, a partir de condiciones iniciales distintas, producen diversos efectos a gran escala. Comenzamos el capítulo siguiente con los procesos familiares de la movilización y los mecanismos que los componen. Rápidamente descubriremos que la movilización no es un proceso aislado: se solapa con otros mecanismos y procesos —tales como la creación y la transformación de los actores, su certificación o descertificación, su represión, su radicalización y la difusión de la contienda a nuevos emplazamientos y actores en las complejas trayectorias de la contienda política. Nuestro libro tiene como objeto principal la explicación de toda una variedad de procesos dinámicos. En lugar de pretender identificar las condiciones necesarias y suficientes para la movilización, para la acción o para ciertas trayectorias, buscamos mecanismos causales recurrentes y regularidades en su concatenación.

Es un programa muy exigente. Nos obliga a adoptar algunos dispositivos de economía:

En primer lugar, no pretendemos tener información de toda la política mundial, sino que tomamos muestras de una reducida parrilla de características de los regímenes derivadas de nuestro esquema del capítulo 3.

En segundo lugar, no prestamos la misma atención a todas las formas reificadas de contienda potencialmente comparables, y nos concentramos en cambio en los movimientos sociales, el nacionalismo, las revoluciones y la democratización.

En tercer lugar, consideraremos un éxito el poder identificar —en lugar de meramente postular— algunos mecanismos y procesos específicos recurrentes en las muchas formas de contienda política.

En cuarto lugar, esperamos comenzar el proceso de explicar tales especificidades respecto a diversas secuencias parciales, pero no lo completaremos en este volumen.

EXPLICACIONES NOMOLÓGICO-DEDUCTIVAS Y CAUSAS RECURRENTES

El énfasis que ponemos en los mecanismos y procesos recurrentes no significa que nuestra intención sea verter todas las formas de contienda en el mismo gran molde para someterlas a leyes universales de la contienda y

restarles profundidad hasta hacer de ellas una sencilla caricatura bidimensional. Al contrario, examinamos paralelismos parciales para identificar mecanismos explicatorios que operan ampliamente y que se combinan de modos diversos y, por lo tanto, producen resultados distintos en un escenario u otro. Descubrir la influencia de terceras partes tanto en las huelgas como en las movilizaciones étnicas no equivale en modo alguno a mostrar que los orígenes, las trayectorias y los resultados de las huelgas y las movilizaciones étnicas sean los mismos; no más que identificar similitudes entre los procesos de memoria de los ratones y los de los hombres prueba que los ratones y los hombres sean idénticos en todos los aspectos. Descubrir mecanismos de competencia y de radicalización tanto en la Revolución Francesa como en el movimiento por la libertad en Sudáfrica no es decir que los jacobinos y el Congreso Nacional Africano sean lo mismo. Buscamos paralelismos parciales para encontrar los mecanismos que dirigen la contienda en direcciones distintas. Sólo después, y en la tercera parte, examinamos cómo esos mecanismos se combinan en procesos políticos sólidos.

Procedemos mediante una serie de comparaciones por parejas. Llamamos la atención, por ejemplo, sobre las similitudes entre la revuelta Mau Mau en Kenia y la Revolución Amarilla en las Filipinas en 1986; entre los mecanismos que rigieron el conflicto hindú-musulmán en el sur de Asia y la democratización de Sudáfrica en la década de 1990; entre el desplome en 1860 del sistema político norteamericano anterior a la guerra y el hundimiento del régimen de Franco en España. Comparamos el despliegue de las situaciones revolucionarias con la expansión de los movimientos sociales, los episodios de democratización y las oleadas de huelgas. Al mismo tiempo, identificamos características históricamente específicas en diferentes tipos de contienda política; por ejemplo, cómo la historia previa de los movimientos sociales en un país dado da forma a la siguiente vuelta de contiendas en ese país y cómo sus procesos institucionales rutinarios entran en intersección con secuencias de contienda política episódica. Aunque nuestro objetivo es ir más allá de esos puntos y desafiarlos, partimos del sólido lecho de piedra que suponen los descubrimientos y los enfoques que se desarrollaron a partir de los movimientos de la década de 1960 en la Europa occidental y en los Estados Unidos.

LA AGENDA CLÁSICA DE LA TEORÍA DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Durante las décadas de 1960 y 1970, gran parte de los mejores trabajos norteamericanos y europeos sobre estas cuestiones se centraban en los movimientos sociales, para después asimilar otras formas de contienda a las explicaciones que de los movimientos sociales predominaban. La atención se centraba en cuatro conceptos clave: las *oportunidades políticas*, que a veces cristalizaban como estructuras de oportunidades estáticas, otras como entornos políticos cambiantes; las *estructuras de movilización*, tanto las organizaciones formales de los movimientos como las redes sociales de la vida cotidiana; los *marcos de la acción colectiva*, tanto las constantes culturales que orientan a los participantes como las que éstos mismos construyen; los *repertorios de la contienda* establecidos y cómo tales repertorios evolucionan en respuesta a los cambios en el capitalismo, en la construcción del Estado y en otros procesos menos monumentales.

Esta línea de pensamiento se desarrolló a partir de una cuádruple crítica de las anteriores tradiciones de investigación. En primer lugar, los historiadores sociales estaban lanzando lo que muchos de ellos llamaban «la historia desde abajo» como rebelión intelectual contra el énfasis en las élites y la alta política que prevalecía en los anteriores escritos históricos. Con sus aliados en las ciencias sociales, muchos historiadores perseguían la reconstrucción de las experiencias políticas de la gente común, fundamentar tales experiencias en la vida social rutinaria y desafiar el rechazo de la política popular considerada como reacciones irracionales ante el estrés provocado por las penurias del momento. En segundo lugar, con similar espíritu, muchos científicos sociales rechazaron la concepción predominante de los movimientos de masas y fenómenos parecidos como conducta colectiva, como la confusión del sentido común por las novedades, los engaños, los demagogos y por la influencia de la multitud. En tercer lugar, los historiadores y científicos sociales en cuestión combatieron las interpretaciones oficiales del activismo por los derechos civiles, de los movimientos estudiantiles, de la movilización de los trabajadores y de otras manifestaciones de la política popular de los años de 1960 como arranques impulsivos e irresponsables de autoindulgencia. En cuarto lugar (y como reacción en parte a las tres primeras líneas de pensamiento), Mancur Olson (1965) y otros teóricos de la acción racional se opusieron a los presupuestos simples respecto a la racionalidad de los que protestan. Hicieron dos observaciones reveladoras acerca de los análisis de la protesta popular. Dichos analistas (a) habían ignorado el hecho de que muchos, quizás la mayoría, de los conjuntos de personas que comparten un

motivo de queja o un interés nunca llegan a actuar por él, y (b) carecían de una teoría plausible de las condiciones o procesos bajos los cuales las personas que comparten un interés se organizan y actúan por él.

Una de las formas principales que adoptaron esas críticas pronto tomó el nombre de «movilización de recursos», término del que fue epítome y difusora la obra de John McCarthy y Mayer Zald sobre los movimientos sociales norteamericanos y sus organizaciones. Los modelos de movilización de recursos insistían en la importancia para los actores políticos populares de las bases organizativas, la acumulación de recursos y la coordinación colectiva. Resaltaban las similitudes y convergencias entre la política de los movimientos sociales y la de los grupos de interés. Leídos veinte o treinta años después, los primeros modelos de movilización de recursos exageran la centralidad para los movimientos sociales de las decisiones estratégicas deliberadas. Infravaloran la contingencia, la emotividad, la plasticidad y el carácter interactivo de la política de los movimientos. Pero, por lo menos, llaman la atención sobre la importancia de los procesos organizativos en la política popular.

Heredera precisamente de ese elemento del enfoque de la movilización de recursos, pronto apareció una segunda tendencia dentro de esa corriente de pensamiento. El análisis del «proceso político» se alejaba de sus colegas en su insistencia en el dinamismo, la interacción estratégica y la respuesta al entorno político (en diferentes estadios, los tres autores de este libro desempeñaron su papel en el desarrollo del pensamiento del proceso político, así como en la crítica de los modelos, más simples, de la movilización de recursos). Los trabajos históricos sobre el proceso político generaron investigaciones acerca de las formas de reivindicación que la gente utilizaba en situaciones reales —lo que ha dado en llamarse «el repertorio de la contienda». Para los teóricos de la política-proceso, los repertorios representan las formas culturalmente codificadas que tiene la gente de interactuar en la contienda política. Son invariablemente más limitadas que la totalidad de formas hipotéticas que podrían utilizar o las que otros podrían emplear en circunstancias y periodos de la historia diferentes. Más recientemente, los académicos que reaccionaron al estructuralismo de esos estudios anteriores se basaron en perspectivas sociopsicológicas y culturales, lo que añadió un cuarto componente a los estudios de los movimientos sociales: cómo los actores sociales enmarcan sus reivindicaciones, a sus oponentes y sus identidades. Han sostenido de manera convincente que el enmarcamiento no es simplemente la expresión de las reivindicaciones de grupo preexistentes, sino un proceso activo, creativo, constitutivo.

En una versión académica de la política identitaria que este libro analiza en extenso en capítulos posteriores, los analistas trazaron a veces fronteras entre ellos mismos, los observadores detectaron a veces escuelas de

pensamiento separadas, e incluso otros observadores sólo prestaron atención a la frontera que separaba esas líneas de pensamiento, relacionadas entre sí, respecto de la acción racional y la conducta colectiva. No haría ningún bien exagerar las distinciones entre los entusiastas de la movilización de recursos, del proceso político, de los repertorios de la contienda y del enmarcamiento. De hecho, poco antes de la década de 1980, la mayoría de los estudiosos norteamericanos de los movimientos sociales habían adoptado una agenda común para el estudio de los movimientos sociales, y las diferencias entre ellos estaban sobre todo en el énfasis relativo que ponían en los diferentes componentes de tal agenda.

La figura 1.2 esboza la agenda clásica de ese tipo. Con distintos grados de énfasis en cada uno de ellos y en sus conexiones, los investigadores — incluidos nosotros — se preguntaban regularmente:

1. ¿Cómo, y cuánto, afecta el cambio social (sea cual sea la forma que tengamos de definirlo): (a) a las oportunidades de los potenciales actores, (b) a las estructuras de movilización que favorecen la comunicación, la coordinación y el compromiso dentro de y entre los potenciales actores, (c) a los procesos de enmarcamiento que producen definiciones compartidas de lo que está ocurriendo? Por ejemplo: ¿En qué condiciones, cómo y por qué la expansión de las relaciones de propiedad capitalistas en una población agrícola expone a un segmento de esa población a nuevas oportunidades, transforma conexiones políticamente poderosas entre las personas afectadas por los cambios y altera el repertorio de definiciones disponibles de lo que está ocurriendo?
2. ¿En qué medida y de qué manera las estructuras de movilización dan forma a las oportunidades, a los procesos de enmarcamiento y a la interacción contenciosa? Por ejemplo: ¿La creación de nuevos mercados de productos y de trabajo altera las oportunidades a las que se encuentran expuestos los que participan en esos mercados además del modo que tienen de surgir las definiciones compartidas de lo que es posible o probable?
3. ¿En qué medida y cómo las oportunidades, las estructuras de movilización y los procesos de enmarcamiento determinan los repertorios de la contienda —la diversidad de medios que utilizan los participantes en la contienda política para sus reivindicaciones? Por ejemplo: ¿En qué medida y cómo los ataques de los capitalistas a la propiedad comunal, la formación de mercados extensivos y el surgimiento de ideas compartidas sobre la explotación promueven la creación de nuevas formas de política popular tales como la destrucción de máquinas?

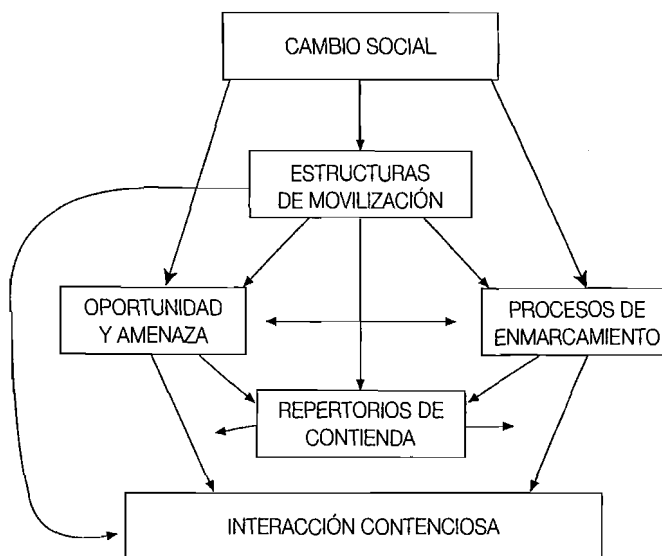


FIGURA 1.2 La agenda clásica de la teoría de los movimientos sociales para explicar la contienda política

4. ¿En qué medida y en qué modo los repertorios existentes median las relaciones entre las oportunidades y la interacción contenciosa, por un lado, y entre los procesos de enmarcamiento y la interacción contenciosa, por otro? Por ejemplo: ¿El hecho de que una población dada tenga una larga tradición de ceremonias de denigración pública de los réprobos afecta al tipo de oportunidades y a las interpretaciones disponibles de tales oportunidades a las que los miembros de esa población responden colectivamente?

En el capítulo siguiente, volveremos sobre esta agenda como fuente de ideas para la explicación del proceso de movilización. Por ahora, baste con decir que fue útil para el ámbito de los estudios de los movimientos sociales porque estimuló una gran cantidad de trabajos empíricos, pero también porque proporcionó un modelo base de los movimientos sociales razonable, aunque fuera sobre todo estructural y estático. Funcionó mejor como una narrativa acerca de los actores individuales unificados de los sistemas políticos democráticos. No funcionó tan bien cuando se enfrentó a

episodios de contienda complejos, tanto en estados democráticos como no democráticos. Además, al agrupar más relaciones causa-efecto en sus flechas mal especificadas que dentro de sus casillas etiquetadas, nos proporcionaba unas imágenes fijas de los momentos de la contienda más que unas secuencias dinámicas, interactivas. Tanto porque se trata de un modelo estático de actores individuales libres de causas como porque tiene incrustadas afinidades con la política relativamente democrática de los movimientos sociales, sirve poco de guía para la amplia variedad de formas de contienda política fuera del mundo de los sistemas políticos democráticos occidentales. Incluso en los Estados Unidos, el modelo resultaba parcial, centrado principalmente en una limitada variedad de actividades.

Considérese el movimiento norteamericano por los derechos civiles, tal y como se dio en Greenwood, Mississippi, a principios de los años de 1960. Base de los defensores de la superioridad blanca, Greenwood estaba situado en el territorio de las plantaciones del delta del Mississippi. Durante un año a partir de la primavera de 1962, Greenwood pasó de la reivindicación intermitente de los derechos de los negros a una arrolladora movilización (y, en última instancia, notablemente efectiva). Aunque muchos miembros de la comunidad negra de Greenwood prestaban un apoyo tácito y material, el informe de Charles Payne reza: «La viabilidad del movimiento dependía en gran parte de la habilidad de los jóvenes organizadores para ganarse la confianza de los empleados de ferrocarril y las sirvientas, los taxistas, las *esteticiens* y los barberos, los bedeles y los braceros» (Payne, 1995: 133). Activistas por los derechos civiles de todas partes trabajaban de cerca con la gente de la localidad e iban creando gradualmente unas redes de confianza mutua, mientras se organizaban en torno al censo electoral y eran hostigados en todos los frentes por las autoridades locales.

Fue una tarea intensa y peligrosa. Una idea de la intensidad y del peligro la da el informe presencial de Joyce Ladner, que después se convertiría en una gran analista de la raza, la política y la vida familiar en los Estados Unidos. Ladner pasó la última semana de marzo de 1963 en Greenwood, en las vacaciones de primavera de cuando estudiaba en el Tougaloo College:

Domingo, 24 de marzo: Por la tarde, alguien prendió fuego con una antorcha a las oficinas del Consejo de Organizaciones Federadas [Council of Federated Organizations], donde ella había pasado todo el día trabajando.

Lunes, 25 de marzo: Rescató los archivos que el fuego había respetado y luego se preparó para una concentración masiva por la tarde.

Martes, 26 de marzo: Ladner pasó el día realizando tareas de oficina de todo tipo; esa noche fue tiroteada la casa de Dewey Greene padre (miembro desde hacía mucho tiempo de la NAACP, padre de activistas en la lucha por los derechos civiles).

Miércoles, 27 de marzo: Marcha de protesta contra el tiroteo, confrontación con el alcalde: los activistas por los derechos civiles son atacados con perros policía y se producen arrestos. Otra concentración masiva.

Junto a la emoción y el peligro, también estaban la rutina aburrida y los procesos institucionales:

Jueves, 28 de marzo: Desplazar temporalmente el cuartel general; acompañar a la gente a inscribirse para votar; dar la clase de ciudadanía; un grupo de manifestantes es atacado por la policía con perros, después hay una concentración masiva.

Viernes, 29 de marzo: Clase de ciudadanía; registro para el voto; confrontación con la policía (un arresto) y concentración masiva.

Sábado, 30 de marzo: Tareas de oficina y búsqueda de personas dispuestas a inscribirse para votar (Payne, 1995: 168-170).

«De forma concentrada», señala Payne, «el informe de Ladner capta tanto el lado rutinario como la parte dramática del movimiento en ese momento. En el transcurso de una semana, había conocido a tres cargos nacionales de los grupos por los derechos civiles, había conocido a activistas de todo el sur, había estado expuesta a una quema, un tiroteo e incontables actos policiales de violencia e intimidación, además de mecanografiar, mientras tanto, un montón de clichés para ciclostil y llenar un montón de sobres. También había sido testigo de una comunidad negra que respondía a mayor represión con mayor activismo: con más concentraciones masivas, con manifestaciones diarias» (Payne, 1995: 170). Lo que los analistas suelen unificar en un único movimiento por los derechos civiles lo conformaban un sinfín de actividades, que no sólo incluían la violencia policial y la confrontación, sino también la creación día a día de conexiones entre las personas y la transformación de éstas, además de las interacciones políticas normales en el seno de las instituciones y en torno a ellas.

Si una sola semana de 1963 en Greenwood, Mississippi, muestra tal complejidad, comprimir todo el movimiento por los derechos civiles en las casillas de la figura 1.2 puede que nos proporcione una buena lista de puntos por los que debemos preguntarnos, pero no puede producir una explicación convincente. ¿Qué es lo que ocurrió dentro de las casillas? ¿Qué procesos causales representan las flechas? Para contestar a esas preguntas, antes debemos utilizar otros recursos intelectuales.

RECURSOS INTELECTUALES

Si dejamos nuevamente de concentrarnos tan sólo en la agenda clásica de la teoría de los movimientos sociales y miramos alrededor, encontraremos otros recursos intelectuales, pero también un obstáculo para su uso. Los nuevos recursos los conforman cuatro líneas de explicación de la contienda política con puntos de intersección pero en conflicto. Los obstáculos son las significativas incompatibilidades entre los diferentes modos en que los seguidores de esas diversas líneas han reunido pruebas y han compuesto sus explicaciones. Aunque los nombres mismos también son controvertidos, podemos llamar a las cuatro principales tradiciones la estructural, la racionalista, la fenomenológica y la cultural.

Los *análisis estructurales*, en su forma más pura, atribuyen intereses y capacidades a colectividades enteras —comunidades, clases, a veces incluso a esos vagos colectivos de personas que llamamos *sociedades*. Después, explican la conducta de individuos y grupos principalmente por su relación con las colectividades en cuestión. Metodológicamente, los estructuralistas se centran por lo común en demostrar que la participación y la acción dentro de los episodios de contienda responde a divisiones de la organización social a las que las teorías disponibles de la estructura y el cambio asignan intereses y capacidades específicos.

Los *análisis racionalistas* a veces atribuyen una dirección a colectividades tales como las empresas y los estados, pero por lo general se centran en las elecciones deliberadas que realizan los individuos a la vista de intereses, recursos e imperativos de la situación previamente definidos. Desde la década de 1960, los racionalistas han seguido un programa explicativo que compite directa y, a menudo, conscientemente con el programa estructural. Dentro de ámbitos de la contienda tales como el conflicto industrial y como la política electoral, los racionalistas han sido normalmente predominantes. En la práctica, los racionalistas suelen concentrarse en las pruebas de que los individuos, o los colectivos considerados como si fueran individuos que toman decisiones, realizan elecciones cruciales (p. ej.: si sumarse a una acción colectiva o abstenerse de ésta) que se adaptan a los intereses, recursos e imperativos de la situación que les son imputados.

Los *enfoques fenomenológicos* se centran también en los individuos (aunque a veces los individuos resultan demasiados amplios como unidad), y sondean sus estados de conciencia en busca de explicaciones de su implicación en la contienda política. Muchos analistas fenomenológicos resaltan cuestiones de identidad: las respuestas a las preguntas «¿quién

soy?», «¿quiénes somos?», «¿quién eres tú?» o «¿quiénes son ellos?». Al llevar a cabo sus investigaciones, los analistas fenomenológicos analizan normalmente elocuciones y textos (que a veces incluyen símbolos, objetos y prácticas considerados textos) por sus implicaciones respecto a la conciencia. Los estudiosos de la movilización étnica, el nacionalismo, el conflicto religioso y los movimientos sociales de afirmación de la identidad con frecuencia han hecho de la fenomenología la base de sus explicaciones.

Los *enfoques culturales* entran en intersección con la fenomenología al situar normalmente la cultura en las mentes individuales. En forma pura, sin embargo, estos enfoques atribuyen poder causal a las normas, valores, creencias y símbolos que los individuos experimentan y absorben de su entorno. Los analistas culturales han prestado especial atención a dos conjuntos de circunstancias: la organización explícita de la acción contenciosa en nombre de ideologías u otros sistemas bien articulados de creencias y la acción basada en la pertenencia a comunidades culturalmente específicas. Al igual que los fenomenólogos, los analistas de la cultura suelen dedicarse al tratamiento hermenéutico de textos. A veces, también interpretan estructuras como el parentesco y las redes comerciales a la manera de los etnógrafos, a quienes interesa más el significado que la topología de tales estructuras.

Las etiquetas estructural, racional, fenomenológico y cultural, está claro, designan tendencias más que campos claramente separados. La mayoría de los análisis reales de la contienda política se sitúan dentro de una o dos de esas categorías, pero utilizan ideas de las demás (Goodwin et al., 1999; McAdam, Tarrow, Tilly, 1997). El mejor análisis de la acción racional, por ejemplo, se centra en las propiedades estructurales y los efectos de mercados, empresas o estados al fijarse en cómo toman decisiones los individuos dentro de éstos. La línea de análisis llamada «conducta colectiva» se concentra en los cambios fenomenológicos que se producen dentro de agregados de personas, pero en sus versiones más atractivas incorpora las imposiciones culturales y estructurales sobre la probabilidad de que se produzcan tales cambios fenomenológicos. Muchos analistas estructurales se basan en la elección racional o en la fenomenología cuando intentan explicar cómo se producen los cambios críticos en la interacción contenciosa. En años recientes, sin embargo, algunos analistas procedentes de diferentes perspectivas han comenzado a adoptar lo que denominamos una perspectiva «relacional».

LA PERSUASIÓN RELACIONAL

Provenimos de una tradición estructuralista. Pero en el curso de nuestros trabajos sobre una amplia variedad de contiendas políticas en Europa y Norteamérica, descubrimos la necesidad de tener en cuenta la interacción estratégica, la conciencia y la cultura históricamente acumulada. Tratamos la interacción social, los vínculos sociales, la comunicación y la conversación no meramente como expresiones de una estructura, una racionalidad, una conciencia o una cultura, sino como enclaves activos de creación y cambio. Hemos llegado a concebir las redes interpersonales, la comunicación interpersonal y diversas formas de negociación continua —incluida la negociación de las identidades— como algo que ocupa un lugar central en la dinámica de la contienda.

Algo similar ha ocurrido con los analistas de la acción racional, que cada vez más conciben los problemas del agente principal, las relaciones con terceras partes, los juegos a múltiples bandas y otros fenómenos relacionales similares como algo que afecta poderosamente al inicio, los procesos y los resultados de la contienda política. Como consecuencia, irónicamente, cada vez son más frecuentes tanto las confrontaciones como las colaboraciones entre analistas estructurales y racionales (véase Lichbach, 1998; Lichbach y Zuckerman, 1997). Las «narrativas analíticas» propuestas por Robert Bates y sus colegas (Bates et al., 1998), por ejemplo, parten generalmente de una perspectiva racionalista, pero incorporan múltiples relaciones entre los actores políticos. No obstante, tal y como muestra ese estudio, sigue habiendo tres grandes brechas que separan a los enfoques relacionales de los analistas más racionales.

La primera brecha es ontológica. Implica la elección entre (a) considerar las mentes individuales como los enclaves básicos, o incluso únicos, de la realidad y la acción social y (b) afirmar que las transacciones sociales tienen una realidad eficiente que es irreducible a los acontecimientos que acaecen en las mentes individuales. El individualismo metodológico de la opción (a) centra sus explicaciones en las decisiones cruciales y sus motivos fundamentales, mientras que el realismo relacional de la opción (b) centra sus explicaciones en las redes de interacción entre enclaves sociales. Este libro presta amplia atención a la acción individual, pero atribuye gran eficiencia causal a los procesos relacionales.

La segunda brecha es epistemológica y lógica: la elección entre (c) pensar que construir una explicación consiste en subsumir generalizaciones empíricas de bajo nivel bajo generalizaciones empíricas de nivel superior, que en la cumbre se agregan a explicaciones nomológico-deductivas y (d) reconocer como explicación la identificación de cadenas causales consis-

tentes en mecanismos que reaparecen en una amplia variedad de escenarios pero en secuencias y combinaciones distintas y, por lo tanto, con diferentes resultados colectivos.

En la primera perspectiva, las explicaciones generales de la contienda política mostrarían que todos los casos de contienda responden a leyes encarnadas en situaciones, estructuras y secuencias recurrentes. En ella, encontraríamos similitudes entre los análisis de la contienda y la mecánica física. En la segunda perspectiva, no se pueden alcanzar en la práctica explicaciones verdaderamente generales, pero sí aparecen potentes, aunque selectivos, mecanismos y procesos recurrentes en variedades ostensiblemente distintas de contienda. Aquí encontraríamos parecidos entre los análisis de la contienda y la biología molecular. Este libro apuesta por la segunda perspectiva.

La tercera brecha es histórica y cultural. La elección es entre (e) no asignar ninguna importancia a la historia y su acumulación en las representaciones y prácticas compartidas que llamamos cultura excepto en la medida en que se traducen en intereses, recursos y limitaciones a la toma de decisiones especificables y (f) suponer que el escenario histórico y cultural en el que tiene lugar la contienda afecta de modo significativo a su movilización, actores, trayectorias, resultados y concatenaciones de mecanismos causales. En contraste, a este respecto, con una perspectiva racionalista pura, pensamos de los procesos de contienda que, como suficientemente incrustados en la historia que están, dentro de escenarios sociales concretos la enorme mayoría de actores, acciones, identidades, procesos de movilización, trayectorias y resultados que son lógicamente posibles —o que incluso se han producido en escenarios muy similares en otros lugares de la historia y la cultura— no se materializan. Las propiedades compartidas por escenarios histórica y culturalmente similares no consisten en unas grandes estructuras y secuencias similares, sino en mecanismos causales recurrentes que se concatenan en procesos causales. Son éstos los que esperamos desvelar mediante las interacciones que observamos en los episodios de contienda que aborda este libro.

MECANISMOS CAUSALES, PROCESOS CAUSALES, EPISODIOS CONTENCIOSOS

Nuestro libro se aleja de la investigación de modelos generales, como la elección racional, que pretenden resumir categorías enteras de contienda y se centra en el análisis de mecanismos causales de menor escala que

reaparecen en combinaciones distintas con diferentes consecuencias globales en diversos escenarios históricos. Permítasenos trazar a grandes rasgos las distinciones entre mecanismos sociales, procesos y episodios:

Los *mecanismos* son una clase delimitada de acontecimientos que alteran las relaciones entre conjuntos especificados de elementos de maneras idénticas o muy similares en toda una variedad de situaciones.

Los *procesos* son secuencias regulares de tales mecanismos que producen transformaciones similares (generalmente más complejas y contingentes) de esos elementos.

Los *episodios* son corrientes continuadas de contienda que incluyen reivindicaciones colectivas relativas a los intereses de otras partes.

Abordaremos primero nuestra concepción de los mecanismos, basada en una notable tradición, largo tiempo inactiva, de la sociología, para pasar después a los procesos y los episodios.

LOS MECANISMOS DE MERTON

Nuestro interés por los mecanismos sociales se remonta a Robert Merton, quien los definió como «procesos sociales que tienen consecuencias señaladas para partes señaladas de la estructura social» y pensó que la tarea principal de la sociología era identificar tales mecanismos (1968: 43-44). Mientras que los científicos políticos siempre han prestado atención a los mecanismos institucionales, concebidos de modo más bien estático, pocos sociólogos o científicos políticos aceptaron el desafío de Merton de fijarse en los mecanismos *sociales* dinámicos hasta la década de 1990, cuando Jon Elster (1989) y Arthur Stinchcombe (1991) iniciaron la cuestión.

Elster se centró en «los engranajes y ruedas sociales» internos que concretan las relaciones entre variables o eventos (1989: 3). «Los mecanismos», escribía Stinchcombe, son «retazos de teoría sobre entidades de un nivel distinto (p. ej.: los individuos) al de las entidades principales sobre las que se teoriza (p. ej.: los grupos) que sirven para hacer que la teoría de nivel superior sea más flexible, más exacta o más general» (1991: 367). Tanto la perspectiva de Stinchcombe como la de Elster diferían del modelo clásico de «explicación nomológico-deductiva» defendido por Hempel y sus seguidores. Siguiendo a Elster y a Stinchcombe, Hedström y Swedberg escogieron más tarde especificar los mecanismos que ligaban variables entre sí, en lugar de centrarse en la potencia de las correlaciones

entre éstas, que se ha convertido en moneda de cambio en las ciencias sociales cuantitativas y en la búsqueda de modelos causales (Hedström y Swedberg, 1998: 8-9).

Seguimos a Hedström y Swedberg en dicho convencimiento. Contemplamos los mecanismos como tipos delimitados de acontecimientos que cambian las relaciones entre conjuntos especificados de elementos de maneras idénticas o muy similares en toda una diversidad de situaciones. Sin embargo, nos alejamos de ellos cuando llegan a la conclusión de que la idea central del enfoque de los mecanismos es y debe ser el «individualismo metodológico» —aun en su versión más débil y menos holística (Hedström y Swedberg, 1998: 12-13). Su conclusión lleva a centrarse sólo en los mecanismos que operan en el nivel de los individuos —tales como la «profecía que se cumple a sí misma»— o en los «efectos de red» y los «efectos de arrastre por la corriente» que de tal nivel se derivan. Con tales procesos de nivel individual, estudiosos como James Coleman y Mark Granovetter han efectuado grandes progresos, pero éstos limitan gravemente nuestra capacidad para interpretar procesos colectivos como los que implica la contienda política.

Dentro de la contienda política, podemos imponer una distinción a grandes rasgos entre mecanismos ambientales, cognitivos y relacionales.

Los *mecanismos ambientales* son influencias externamente generadas sobre las condiciones que afectan a la vida social. Tales mecanismos pueden operar de forma directa. Por ejemplo: la reducción o el aumento de recursos afecta a la capacidad de las personas para implicarse en la contienda política (McCarthy y Zald, ed., 1987).

Los *mecanismos cognitivos* operan mediante alteraciones de la percepción individual y colectiva. Palabras como reconocer, entender, reinterpretar y clasificar caracterizan a tales mecanismos. Nuestras imágenes de París y Greenwood muestran cómo las personas cambian en su conciencia de lo que podría suceder gracias a la acción colectiva. Si miramos más de cerca, veremos múltiples mecanismos cognitivos en funcionamiento, individuo por individuo. Por ejemplo: el compromiso es un mecanismo individual ampliamente recurrente en el que personas que individualmente preferirían no asumir los riesgos de la acción colectiva se encuentran incapaces de retirarse sin herir a los demás cuya solidaridad valoran —a veces, al precio de sufrir graves pérdidas.

Los *mecanismos relacionales* alteran las conexiones entre personas, grupos y redes interpersonales. La *correduría*¹, un mecanismo recurrente

1. El término inglés es *brokerage*. Sobre la traducción escogida, véase la *Nota del Traductor* al inicio de esta edición (p. XIII). [T.]

en las partes segunda y tercera del libro, la definimos como la vinculación de dos o más enclaves sociales previamente desconectados mediante una unidad que media las relaciones entre éstos y/o con otros enclaves diferentes. La mayoría de los analistas ven la *correduría* como un mecanismo que relaciona grupos e individuos entre sí en enclaves estables, pero también puede convertirse en un mecanismo relacional para la movilización en periodos de contienda política, cuando nuevos grupos resultan unidos por el aumento de la interacción y de la incertidumbre y, de ese modo, descubren sus intereses comunes.

Los mecanismos ambientales, cognitivos y relacionales se combinan entre sí. En el capítulo 6, por ejemplo, veremos cómo el inicio de la Guerra Civil norteamericana se produjo sobre el telón de fondo de un mecanismo *ambiental* (el desplazamiento masivo de población y votantes hacia el oeste antes de la guerra); mediante un mecanismo *cognitivo* (la extendida interpretación de la expansión hacia el oeste del sur contra la de del norte como un juego de suma cero), y un mecanismo *relacional* (la *correduría* de una coalición entre los pobladores del oeste que buscaban suelo gratuito y los antiesclavistas del norte). Prestamos cierta atención a mecanismos ambientales tales como el crecimiento y el desplazamiento de la población, la proletarianización y la urbanización, pero prestamos más atención en nuestras descripciones a los mecanismos cognitivos y relacionales.

¿Cómo reconoceremos al verlo un mecanismo social relevante? En términos generales, cuando un mecanismo está operando, observamos interacciones entre los elementos en cuestión que alteran las conexiones establecidas entre ellos. Consideremos el mecanismo familiar de la contienda política que denominamos «lanzar señales». En una situación de riego, los participantes suelen buscar entre ellos señales de predisposición a sufrir costes sin desertar, y modulan su conducta de acuerdo con la valoración de la probabilidad de que los demás huyan. Cuando los presuntos manifestantes se reúnen antes de la manifestación, por ejemplo, los intercambios de palabras y gestos señalan su grado de determinación, de serenidad y de miedo. Los manifestantes veteranos y los organizadores expertos proyectan seguridad a los participantes menos experimentados. En la mayoría de circunstancias, ese modo de lanzar señales reduce la probabilidad de que los poco experimentados salgan corriendo. No obstante, si los veteranos en manifestaciones interpretan una rutilante alineación de tropas como algo peligroso y muestran su miedo, las señales promueven de hecho la desertión. El mecanismo es esencialmente el mismo; el resultado, significativamente diferente.

MECANISMOS Y PROCESOS

Los mecanismos raras veces operan solos. Habitualmente se concatenan con otros mecanismos en procesos más amplios (Gambetta, 1998: 105). Los procesos son cadenas causales, secuencias y combinaciones de mecanismos frecuentemente recurrentes. Los procesos que merece la pena distinguir aquí implican combinaciones y secuencias de mecanismos recurrentes que operan de forma idéntica o de modo muy similar en toda una variedad de situaciones. La tercera parte se encarga de analizarlos de un modo más sistemático que las secciones anteriores del libro. A partir de los bien conocidos macroprocesos de la revolución, la democratización y el nacionalismo, la tercera parte examina la concatenación de mecanismos en procesos más limitados tales como la constitución, la polarización y el cambio de escala de los actores. Encontraremos que esos procesos sólidos² son recurrentes en una gran diversidad de episodios contenciosos.

Mecanismos y procesos forman un continuo. Es arbitrario, por ejemplo, si llamamos mecanismo, familia de mecanismos o proceso a la corredería. En este libro, generalmente la consideramos un mecanismo para resaltar sus características recurrentes. En uno de los extremos del continuo, un mecanismo como el «cambio de identidad» —la alteración durante la reivindicación contenciosa de las respuestas públicas a la pregunta «¿quién eres?»— responde a las características de un mecanismo perteneciente al extremo más restringido. En el otro extremo del continuo, la democratización no puede considerarse en modo alguno un mecanismo simple. Claramente, implica múltiples mecanismos que se combinan de modos diferentes en diversas experiencias concretas. El capítulo 9 bosqueja una teoría del proceso de democratización que implica combinaciones y secuencias de mecanismos que producen avances hacia (y también en dirección opuesta a) la democracia.

Un repaso previo a los mecanismos y procesos que aparecen en el capítulo 2 servirá para ilustrar lo que tenemos en mente:

- La movilización, un proceso familiar que no examinamos en detalle hasta el capítulo 2, concatena un cierto número de mecanismos interactuantes, empezando por los ambientales que han sido etiquetados de modo muy general como «procesos de cambio social», pa-

2. A lo largo de toda la obra, traducimos sistemáticamente la expresión inglesa *robust processes* por «procesos sólidos». Se trata aquí de una expresión fija que, según se especifica más adelante, se refiere a combinaciones estables de mecanismos recurrentes en toda una variedad de episodios. [T.]

sando por mecanismos como la calificación de las oportunidades y amenazas, la apropiación social, el enmarcamiento de la disputa y la variedad de formas innovadoras de acción colectiva. Usando el movimiento por los derechos civiles como punto de referencia, exploraremos cómo la atención concertada a tales mecanismos puede poner en marcha la movilización.

- Otra familia de mecanismos es lo que llamamos la «formación de la identidad política». Como en el caso de la movilización, algunos de estos mecanismos son cognitivos y otros relacionales. La constitución de identidades políticas implica cambios en la conciencia de las personas implicadas, tanto como en la de las demás partes, respecto a tales identidades, pero también implica alteraciones en las conexiones entre las personas y los grupos afectados. En capítulos posteriores se trazan las regularidades en el proceso de formación de la identidad política y se observa cómo combinaciones y secuencias distintas del mismo pequeño conjunto de mecanismos producen variantes significativamente distintas de ese proceso y, por lo tanto, resultados notablemente diferentes en revoluciones, movilizaciones nacionalistas, procesos de democratización y movimientos sociales. El capítulo 2 deja de lado la movilización para ilustrar el mecanismo del cambio de identidad desde el punto de referencia de la Revolución Francesa.
- Ambos conjuntos de procesos se unen en las trayectorias de la contienda, junto a una familia de mecanismos típicamente asociada con los ciclos de protesta, las revoluciones y otras formas de contienda. Completamos el capítulo 2 con el recurso al tercer caso que nos sirve de punto de referencia, la contienda en Italia, para arrojar luz sobre cómo operan dentro de episodios contenciosos complejos los mecanismos de la represión, la difusión y la radicalización.

LOS EPISODIOS

Pretendemos hallar los mecanismos y procesos causales correctos situándolos dentro de episodios contenciosos. Los episodios no son meramente procesos complejos. Siempre implican dos o más procesos. Independientemente de cuán estrechamente delimitemos el episodio que denominamos la revolución parisina de julio de 1789, siempre descubriremos alguna combinación de movilización, cambio de identidad y polarización, tres procesos y mecanismos muy generales, aunque bien

delimitados, de la contienda política. La secuencia explicativa está clara. Consiste en:

- identificar los episodios de contienda o las familias de episodios de contienda que presentan alguna característica problemática;
- localizar los procesos presentes en su interior que constituyen o dan lugar a la característica problemática;
- buscar los mecanismos causales clave dentro de esos procesos.

Así pues, podemos examinar un conjunto de episodios en los que las personas respondan a una represión incrementada contraatacando a sus enemigos en lugar de con la huida o con la caída en la pasividad. En tales episodios, encontramos con frecuencia que los procesos de la movilización y la polarización concurren juntos. Dentro de esos procesos, encontraremos mecanismos tales como una atribución colectiva de amenaza y un refuerzo del compromiso que producen efectos cruciales. De ese modo, podemos comenzar a dar forma a una explicación causal de la resistencia a la amenaza masiva.

Tratar toda una oleada de confrontaciones como un único episodio nos permite pensar en términos de semejanzas y diferencias con oleadas de conflictos que han tenido lugar en otros lugares o en el mismo sistema en diferentes momentos históricos. El hecho de que Francia haya tenido revoluciones en 1830, 1848 y 1871 que en algún modo se parecían a la de 1789 no hace que todas las revoluciones francesas sean idénticas, pero sí que resulte interesante compararlas. Que Francia, Alemania, Italia y los Estados Unidos tuvieran brotes de contestación en 1968 no convierte a éstos en parte de un Gran Movimiento Único, pero plantea la cuestión de si en cada uno de ellos se activaron unos mecanismos y unos procesos similares —por no mencionar el hecho de que nos lleva a pensar en cuáles son las relaciones entre tales brotes.

Contemplar toda una oleada de confrontaciones como un único episodio plantea graves problemas. Muchos estudiosos han concebido las revoluciones, guerras, movimientos sociales, masacres, manifestaciones, rebeliones fiscales, disturbios por falta de alimentos y otros episodios por el estilo como entidades autocontenidas, mientras que otros han propuesto generalizaciones respecto a sus secuencias, formas, orígenes y resultados habituales. Nuestra idea va más allá de todos esos enfoques de cuatro maneras entre sí relacionadas:

- En primer lugar, tratamos la idea de uniformidades recurrentes en episodios enteros como una hipótesis dudosa que debemos comprobar cuidadosamente, en lugar de asumirla desde el inicio. En

nuestros trabajos, hemos detectado secuencias variables y combinaciones de mecanismos y procesos.

- En segundo lugar, concebimos los episodios, no como entidades naturales, sino como las lentes de los observadores, como entidades limitadas y observadas según unas convenciones establecidas por los participantes, los testigos, los comentaristas y los analistas de episodios pasados. Insistimos en la creación consciente de comparabilidad al delinear episodios, además de en el reconocimiento de que los principios de esa delineación —larga o corta, en pequeñas o grandes áreas, mediante una visión de arriba-abajo o de abajo-arriba— afectan significativamente a cuáles sean los mecanismos y procesos que se hacen visibles.
- En tercer lugar, consideramos el hecho de poner nombres y etiquetas a los episodios como actos políticos consecuentes en sí mismos, parte de lo que tenemos que acabar explicando. Para los participantes o sus sucesores, decidir que un episodio puede calificarse de revolución, o de gran disturbio, marca una gran diferencia respecto a las identidades que se activan, los aliados ganados o perdidos, las medidas gubernamentales que desencadena el episodio y la predisposición de otros ciudadanos a comprometerse en el curso de posteriores acciones políticas.
- Cuarto, contemplamos los episodios, no como secuencias lineales de contienda en las que los mismos actores atraviesan por repetidos movimientos de expresión conjunta de reivindicaciones preestablecidas, sino como lugares iterativos de interacción en los que se solapan diferentes oleadas de movilización y desmovilización, se forman y evolucionan las identidades y se inventan, se afilan y se rechazan nuevas formas de acción cuando los actores interactúan entre sí y con sus oponentes y terceras partes.

Utilizamos los mecanismos y los procesos como soportes de nuestra explicación; los episodios, como soportes de nuestra descripción. Por lo tanto, apostamos por una forma de funcionar del mundo social: que las grandes estructuras y secuencias nunca se repiten a sí mismas, sino que son el resultado de diferentes combinaciones y secuencias de mecanismos de alcance muy general. Incluso dentro de un único episodio, encontraremos actores, identidades, formas de acción e interacción multiformes, cambiantes y en proceso de autoconstrucción, tal y como revela un rápido vistazo al tercer caso que nos sirve de punto de referencia.

Para principios de la década de 1960, el «milagro» económico de la Italia de la posguerra estaba volviendo a la realidad. Mientras empezaba a agotarse el suministro de mano de obra barata del sur, cedían las tensiones

de la Guerra Fría, la secularización erosionaba el dominio político católico y las contradicciones incrustadas en su modelo de crecimiento comenzaban a agudizarse. Un brote de conflictividad industrial a principios de los años sesenta advertía de que era necesario efectuar cambios. Hubo un breve respiro cuando los socialistas entraron en el Gobierno y dejaron a sus aliados comunistas aislados en la oposición (Ginsborg, 1989: cap. 8). Siguieron reformas, pero cada una de las reformas que se ensayaron, o bien desató la reacción de la derecha (como ocurrió con la nacionalización de la electricidad) o bien abrió las compuertas a una mayor contienda (como sucedió con el paso a una ley de relaciones industriales moderna).

Cuando, a finales de los años de 1960, se produjo el estallido, a todos aquellos que habían temido una rebelión violenta de la clase trabajadora liderada por los comunistas les esperaba una sorpresa. La ola de protestas de 1967-1968 se inició con un actor social externo a la tradicional subcultura del PCI: la población estudiantil de clase media. Era significativo de las nuevas identidades que surgían en la población estudiantil que los primeros brotes de insurrección se produjeran tanto en las universidades laicas de Turín y Pisa como en los centros de enseñanza católicos de Milán y Trento. Como indicativo de la fuerza que aún tenía la subcultura marxista italiana, los insurgentes enmarcaron sus demandas en términos obreristas. Pero sus vínculos con la clase trabajadora industrial eran débiles. La fuerza principal de la rebelión de base universitaria cedió para 1969 (Tarrow, 1989).

Antes incluso de que acabara de remitir la primera, dio comienzo una segunda oleada de contiendas. Desde el principio, el 1968 en Italia estuvo marcado por los choques violentos entre la extrema izquierda y la extrema derecha —y de ambas contra las fuerzas del orden que, sin embargo, a los izquierdistas les parecían flojas con los derechistas. Un gran punto de inflexión en el nuevo ciclo de violencia fue el atentado con bomba contra el Banco de la Agricultura en la Piazza Fontana de Milán, seguido de «la muerte accidental de un anarquista» en custodia policial y el asesinato del oficial de policía a quien se creía responsable de su muerte. Alimentada por los nuevos reclutamientos procedentes de las escuelas secundarias y por las tácticas represivas de la policía, esta nueva oleada evolucionó hacia los ataques terroristas a industriales, cargos estatales y periodistas de principios y mediados de los años de 1970 (della Porta, 1990).

El año 1969 asistió también a la aparición de una tercera, y en gran medida autónoma, oleada de contiendas. Estimulada por el ejemplo de los estudiantes, por la nueva ley de relaciones industriales, entonces en proceso de discusión, y por el factor externo de la inflación de la era Vietnam, la contienda se extendió a las fábricas (Franzosi, 1995). El «Otoño Caliente» se limitó al principio a las fábricas del norte, pero fue especialmente vio-

lento entre la nueva oleada de trabajadores semiespecializados de «masa» que se habían incorporado a la fuerza laboral en los «milagrosos» años de la década de 1950. Los trabajadores especializados y los de cuello blanco, que habían gozado de salarios más elevados, respondieron a los éxitos de los trabajadores de «masa» solicitando la preservación de los diferenciales salariales. Los sindicatos, que no querían quedar desbancados, pronto se apoderaron de la insurrección de la clase trabajadora y se desplazaron abruptamente hacia la izquierda en sus reivindicaciones y en su ideología.

Todas esas oleadas de movilización interactuaron de distintos modos con la política pública. Para los tres conjuntos de actores, las divisiones en la élite exacerbaban el conflicto y crearon oportunidades para la contienda. Pero el movimiento de los estudiantes universitarios se abordó con una combinación de represión dispersa y una pálida reforma educativa. Los trabajadores industriales ganaron nuevos derechos de participación e importantes subidas salariales, y la amenaza terrorista se abordó con una represión concertada. Finalmente, la clase política cerró filas en una coalición de solidaridad nacional que incluía a los partidos de la izquierda para restaurar el crecimiento económico y defender al Estado de sus enemigos.

Nuestro modo de contemplar este episodio diferirá según nos centremos en los estudiantes de 1968 —en cuyo caso Italia no parece muy distinta de cualquiera de los otros países que ese año experimentaron revueltas estudiantiles—; en el movimiento de los trabajadores industriales —que describió una parábola mucho más larga y fue mucho más contenido que el movimiento estudiantil—; o en el fin violento del periodo, cuyos actores eran otros y sus formas de acción mucho más transgresivas. No sólo eso: encontraremos en funcionamiento mecanismos y procesos diferentes según el sector de contienda en que nos concentremos o el periodo del ciclo que examinemos. Todo eso se verá claramente en el capítulo siguiente.

NUESTRA AGENDA

En este estudio, la investigación de mecanismos y procesos explicativos sustituye a la relación de variables —oportunidad, amenaza, estructuras de movilización, repertorios, enmarcamiento— que vimos en la agenda clásica de la teoría de los movimientos sociales. Aunque nosotros mismos ayudamos a difundir la agenda que aparece en la figura 1.2, queremos que este libro vaya mucho más allá. Los problemas que plantea ca-

da casilla y cada flecha del diagrama vuelven a aparecer a lo largo de los capítulos que siguen. Pero buscamos modos más adecuados de tratar fenómenos tales como la formación de identidades políticas, la movilización de los diferentes actores, la fragmentación o fusión de la acción colectiva y la mutación de los caminos que siguen las luchas que se producen. Buscamos, por ejemplo, situar firmemente los procesos interpretativos en el toma y daca de la interacción social, más que tratarlos como fuerzas causales autónomas. A causa de la necesidad de acertar en las conexiones causales, rechazamos el esfuerzo por construir modelos generales para todas las contiendas, o siquiera para distintas variedades de ésta. En lugar de eso, dentro de cada uno de los principales aspectos de la contienda, buscamos mecanismos causales sólidos, de amplia aplicación, que expliquen las características cruciales —aunque no todas las características— de la contienda.

Vistos como un todo, la Revolución Francesa, el movimiento norteamericano por los derechos civiles y la contienda italiana parecen muy distintos entre sí. La primera derribó un régimen nacional y reordenó las relaciones entre todos sus actores políticos; la segunda introdujo en un régimen nacional que salió superviviente un poco más de igualdad política y un poderoso conjunto de precedentes para la reivindicación política; mientras que la tercera —a pesar de su elevado nivel de violencia— ocasionó pocos cambios palpables en la práctica política. Sin embargo, cuando desgazamos las tres historias, encontramos un número de mecanismos comunes que hicieron avanzar los conflictos y los transformaron: la creación de nuevos actores e identidades mediante el proceso mismo de la contienda; la correduría por parte de activistas que ponían en contacto a grupos locales de personas agraviadas previamente aislados; la competencia entre los contendientes que condujo a divisiones y realineaciones entre facciones, y muchos otros. Tales mecanismos se concatenaron en procesos más complejos tales como la radicalización y la polarización del conflicto, la formación de nuevos equilibrios de poder, y las realineaciones del sistema político siguiendo nuevas líneas.

Ésos son los tipos de conexiones que buscamos en este libro. Nuestro proyecto no consiste en identificar repeticiones al por mayor de grandes estructuras y secuencias, sino en identificar mecanismos y procesos significativos recurrentes, así como principios de variación. Nuestra estrategia general es la siguiente:

- reconocer que, en principio, la contienda incluye por igual guerras, revoluciones, movimientos sociales, conflictos industriales y todo un número de otras formas de interacción que los analistas han concebido de ordinario como *sui generis*;

- elaborar conceptos que llamen la atención sobre esas similitudes; recurrir, para comenzar, a los conceptos principales desarrollados a partir del estudio de los movimientos sociales en las democracias occidentales desde los años de 1960;
- mejorar esos conceptos mediante la crítica y la autocrítica, después mediante la aplicación de los resultados de la crítica y la autocrítica a otros escenarios y periodos de la historia;
- en todos esos escenarios y periodos, buscar la recurrencia, no entre fenómenos enteros, sino entre los mecanismos desvelados dentro de esos fenómenos —por ejemplo, paralelismos entre los mecanismos de correduría en los ciclos de los movimientos sociales y en las situaciones revolucionarias—;
- examinar cómo esos mecanismos causales se combinan en cadenas más largas de procesos políticos —por ejemplo: cómo el cambio de identidad y la correduría se combinan en episodios de nacionalismo—; a partir de la identificación de tales procesos, crear, no teorías generales de la contienda, sino teorías parciales correspondientes a esas sólidas semejanzas causales;
- establecer las condiciones de alcance respecto al tiempo, el espacio y el escenario social en los cuales tales teorías parciales son aplicables y aquellos en los que no; preguntar, por ejemplo, si la movilización transnacional refleja los mismos mecanismos internacionales que la movilización en los niveles nacional o local;
- tratar las discontinuidades en esas condiciones de alcance —por ejemplo, el descubrimiento de que las explicaciones forjadas en las teorías de los movimientos sociales procedentes de las democracias liberales son de difícil aplicación fuera de tales regímenes—, no como barricadas culturales, sino como desafíos para establecer nuevas teorías y comparaciones.

El presente libro no es una investigación monográfica. A pesar de sus innumerables ejemplos y de la continua presentación de casos, elabora las pruebas disponibles, sobre todo, para presentar e ilustrar nuevos modos de concebir la contienda política. Por esa razón, a menudo contiene resúmenes esquemáticos de los episodios, más que exploraciones profundas de sus fundamentos. Nunca, en ningún caso, pretendemos proporcionar explicaciones comprehensivas de los eventos contenciosos que el libro examina. Buscamos establecer paralelismos parciales e iluminadores y usarlos para identificar procesos causales recurrentes. Esperamos, así, inspirar nuevos modos de estudiar la contienda política.

MOVILIZACIÓN, ACTORES, TRAYECTORIAS

Agrupamos provisionalmente los problemas bajo tres grandes epígrafes: movilización, actores y trayectorias; categorías que guiarán nuestros esfuerzos en el capítulo siguiente y en la segunda parte:

- Con respecto a la *movilización*, debemos explicar cómo las personas que en un momento dado en el tiempo no plantean reivindicaciones contenciosas comienzan a hacerlo, y, al contrario, cómo las personas que sí las están planteando dejan de hacerlo. (A ese proceso inverso podemos llamarlo *desmovilización*.)
- Con respecto a los *actores*, cabe explicar qué tipos de actores se implican en la contienda, qué identidades asumen y qué formas de interacción generan. Reforzados por esas contribuciones, podemos elaborar un enfoque de los actores como construcciones contingentes, además de un enfoque de la interacción contenciosa en términos de repertorios que varían en función de las conexiones políticas de los actores.
- En cuanto a las *trayectorias*, nos enfrentamos al problema de explicar el curso y la transformación de la contienda, incluido su impacto sobre la vida fuera de las interacciones inmediatas de la contienda política.

Las relaciones entre la movilización-desmovilización, los actores y las trayectorias serán objeto de nuestra atención a lo largo de todo el libro. ¿En qué medida, por ejemplo, ciertos actores políticos manifiestan patrones de movilización específicos que producen trayectorias estándar? ¿Cuando se formaron los comités y las milicias provisionales por toda Francia en el verano de 1789, en qué medida y por qué la movilización, la lucha y la transformación en una localidad se parece a su contrapartida en París o en otras localidades? ¿Hasta qué punto fueron regulares los patrones que siguieron los negros del sur al implicarse en la lucha por los derechos civiles y en qué medida dichos patrones determinaron el curso y el resultado de las luchas por los derechos civiles? ¿Y, a pesar de toda su inventiva, pasaron los trabajadores italianos de la inacción a la acción, y de vuelta a la inacción, de modos tan predecibles que la trayectoria de una lucha se parecía normalmente a la de la anterior?

En la segunda parte del estudio, pasamos de los tres casos de referencia a un conjunto más amplio de comparaciones por parejas diseñado para llevar el análisis a conectar movilización, actores y trayectorias. En el curso de tales comparaciones, identificamos mecanismos y procesos causales

recurrentes que afectan a la movilización, a la acción, a las trayectorias, así como a la interacción entre esos tres ámbitos, en una amplia variedad de escenarios y tipos de contienda.

Finalmente, nuestras tentativas nos obligarán a abandonar las distinciones entre movilización, actores y trayectorias que organizan la primera parte del libro. Las preguntas sobre quiénes actúan, cómo pasan de la acción a la inacción o qué trayectorias seguirán sus acciones resulta que son sólo eso: buenas preguntas. Las respuestas disuelven las preguntas de dos modos. En primer lugar, descubrimos que el mismo abanico de mecanismos y procesos causales opera en las tres esferas, ostensiblemente separadas. Luego encontramos que cada una de ellas es simplemente un modo de observar los mismos fenómenos. Las preguntas sobre la movilización se convierten en preguntas sobre la trayectoria cuando dejamos de asumir que existe una abrupta discontinuidad entre la contienda y el resto de la política; las preguntas sobre la trayectoria se convierten en preguntas sobre los actores, las identidades y las acciones cuando nos ponemos a examinar de qué modo varían las interacciones entre enclaves con el avance de la contienda. Así pues, al pasar a la tercera parte, desmontamos el andamio con el cual hemos edificado las partes primera y segunda.

La segunda y la tercera parte utilizan las comparaciones de modos distintos. La segunda parte busca mecanismos y procesos causales que produzcan efectos similares en una amplia variedad de contiendas políticas. Lo hace emparejando tipos de episodios manifiestamente diferentes y mostrando luego que idénticos mecanismos y procesos desempeñan papeles significativos en tales episodios. El capítulo 3 explica detalladamente dicha estrategia. Manteniendo provisionalmente la división entre movilización-desmovilización (capítulo 4), actores (capítulo 5) y trayectorias (capítulo 6), los análisis de la segunda parte producen un inventario de nueve mecanismos de amplio alcance.

La tercera parte adopta una estrategia diferente. Abandona las distinciones entre movilización, acción y trayectorias y se centra en tres variedades de episodios contenciosos para los que existen nombres y literaturas separados: revolución, nacionalismo y democratización. El objetivo es triple: en primer lugar, mostrar que los tipos de mecanismos y procesos identificados en la segunda parte ayudan de hecho a explicar las diferencias más destacadas entre episodios contrastantes de categorías tales como revolución, nacionalismo y democratización; en segundo lugar, determinar que de hecho reaparecen unos mecanismos y procesos similares en unos tipos tan amplios de contienda; y finalmente, examinar si los procesos recurrentes se componen regularmente de los mecanismos con los cuales los identificamos en nuestros casos. Examinados en detalle, las revoluciones, el nacionalismo y la democratización son el

resultado de causas similares en escenarios, secuencias y concatenaciones diferentes.

Así es, pues, como funciona nuestro libro. El capítulo siguiente (capítulo 2) establece los problemas explicativos del libro. Utiliza tres casos de referencia para examinar la movilización, los actores y las trayectorias. El capítulo 3 cierra la primera parte exponiendo el mapa de nuestras comparaciones y la lógica que hay tras ellas. El capítulo 4 abre la segunda parte con el proceso de movilización en la rebelión Mau Mau y en la Revolución Amarilla de las Filipinas. El capítulo 5 compara la construcción y la politización del conflicto hindú-musulmán y sus implicaciones respecto a la movilización y las trayectorias con mecanismos y procesos similares en Sudáfrica. En el capítulo 6, trazamos las trayectorias del antiesclavismo norteamericano y la democratización española para explicar cómo se fueron transformando las identidades y cómo se inició la movilización en tales episodios. Después, resumimos las conclusiones relativas a las intersecciones entre movilización, actores y trayectorias, antes de disolver esas distinciones.

La tercera parte del estudio aborda tres literaturas específicas sobre la contienda política —la revolución, el nacionalismo y la democratización— teniendo presentes los caminos que ha seguido nuestra búsqueda. El objetivo de esa sección de conclusión es resaltar lo que hay de común, y también de diferente, en esas formas de contienda mediante un examen de los mecanismos y procesos políticos explicativos que hemos desvelado en la primera y la segunda parte. Para eso, damos dos saltos integradores que nos sirven para desplazarnos (a) fuera de la agenda clásica de la teoría de los movimientos sociales que ha dominado la investigación de la contienda política en los Estados Unidos durante los últimos años y (b) a través de toda una variedad de métodos. Para dar tales saltos, sobre todo, mostramos cómo los mismos tipos de mecanismos causales que identificábamos en la segunda parte reaparecen en el curso de los procesos revolucionarios, en las reivindicaciones nacionalistas y en la democratización.

En términos de la agenda clásica de la teoría de los movimientos sociales, ofrecemos nuevas respuestas a viejas preguntas. Antes de que dé inicio una contienda política concertada, ¿cuáles son las oportunidades, las amenazas, las estructuras de movilización, los repertorios y los procesos de enmarcamiento que cuentan, a quién pertenecen y cómo son? De las muchas cosas en nombre de las cuales la gente a veces plantea reivindicaciones, ¿por qué sólo unas pocas suelen prevalecer típicamente como bases de la interacción contenciosa? ¿Qué es lo que dirige el curso y el resultado de dicha interacción? ¿Cómo altera la participación misma en la contienda las oportunidades, las amenazas, las estructuras de movilización, los repertorios y los procesos de enmarcamiento? Preguntas como

éstas dejan claro que el enfoque clásico de los movimientos sociales centra su atención en la movilización y la desmovilización y ofrece una guía relativamente débil para la explicación de la acción, los actores, las identidades, las trayectorias y los resultados. Incluso dentro del ámbito de la movilización, tal enfoque funciona mejor cuando uno o unos pocos actores políticos previamente constituidos entran en la contienda pública. Para entender procesos contenciosos más amplios y menos estructurados, debemos elaborar una agenda mayor de puntos a investigar.

Insistimos: nuestro objetivo no es construir modelos generales para la revolución, la democratización o los movimientos sociales, y mucho menos para toda la contestación política en cualquier lugar o en cualquier momento. Al contrario, aspiramos a identificar mecanismos causales clave que son recurrentes en una amplia variedad de contiendas, pero producen diferentes resultados globales en función de las condiciones iniciales, de sus combinaciones y de las secuencias en que aparezcan. Empezamos con lo que mejor conocemos, o creemos conocer: tres episodios contenciosos occidentales y modernos en Francia, los Estados Unidos e Italia. De ahí pasamos a la comparación sistemática de casos que no conocemos tan bien. En la sección final de libro, nos ocupamos de la revolución, el nacionalismo, la movilización étnica y la democratización para identificar interacciones y paralelismos entre ellos. Si lo hemos conseguido, los lectores dejarán este libro con una comprensión fresca de unos procesos familiares y con un nuevo programa para la investigación de la contienda política en todas sus variedades.

2

Lineamientos de la contienda política

¿EN QUÉ CONDICIONES SE ECHARÁN A LA CALLE, DEPENDRÁN LAS herramientas o levantarán barricadas personas normalmente apáticas, asustadas o desorganizadas? ¿Cómo aparecen y cómo se transforman los diferentes actores e identidades en los episodios contenciosos? Y, finalmente, ¿qué tipos de trayectorias siguen esos procesos? Tal y como queda claro en el capítulo final, nuestro interés último no está en el reclutamiento de unos actores estáticos e invariables para unos movimientos simples, sino en los procesos dinámicos a través de los cuales surgen, interactúan, se coaligan y evolucionan nuevos actores políticos, nuevas identidades y nuevas formas de acción durante episodios contenciosos complejos. Como la vía que conduce a esos procesos es larga y difícil, nos acercaremos a ella con una serie de pasos de aumento gradual.

En este capítulo, nos ocupamos primero de la movilización de las personas en movimientos; para pasar de ahí a la formación de actores e identidades colectivos; y desde ésta, a las trayectorias de la contienda en que tienen lugar esos procesos, donde desplegamos las pruebas de nuestros tres casos clave de los Estados Unidos, Francia e Italia. Partimos primero de la agenda clásica de la teoría de los movimientos sociales, para proponer un modelo más dinámico del proceso de movilización. Después, interrogamos a ese modelo para mostrar de qué modo los mecanismos ligados a los actores, las identidades y las acciones interseccionan con la movili-

zación. Finalmente, examinamos algunos mecanismos asociados a las trayectorias de la contienda para sugerir de qué forma tanto la movilización como los actores, las identidades y las acciones se pueden transformar en el curso de los episodios contenciosos.

LA MOVILIZACIÓN EN MONTGOMERY

En los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, el inicio de la Guerra Fría renacionalizó la cuestión de la raza en los Estados Unidos. Más de una década de contienda contenida, en la que estuvieron implicados diversos cargos federales, políticos sureños y grupos por los derechos civiles establecidos, precedió a la fase transgresiva de la lucha por los derechos civiles (McAdam, 1999). Esa fase inicial de la posguerra produjo casos legales, divisiones en el Partido Demócrata, creó activistas y provocó experiencias que, a mediados de la década de 1950, se combinaron para producir el gran episodio contencioso que la historia identifica como el movimiento por los derechos civiles. Comenzaremos por el episodio desencadenador de la fase transgresiva.

Montgomery, Alabama, diciembre de 1955

La fase críticamente importante del movimiento por los derechos civiles se inició en esa ciudad sureña de medianas dimensiones. El 1 de diciembre de 1955, la costurera y antigua activista de los derechos civiles Rosa Parks fue arrestada por violar las ordenanzas municipales que regulaban la manera en que debían sentarse las diferentes razas en los autobuses de la ciudad. En realidad, su delito no fue el hecho de no sentarse en la parte trasera del autobús, sino algo más complicado e ilustrativo de la calidad mezquinamente degradante de la segregación de Jim Crow. Los autobuses de Montgomery estaban divididos en tres secciones: una en la parte delantera, reservada a los blancos; una más pequeña en la parte trasera, reservada a los negros; y una en el centro, que podían ocupar miembros de cualquiera de las dos razas, siempre que ningún negro se sentara frente a un blanco. Al subirse al autobús, que estaba lleno, Parks se ajustó a la convención, pero con el autobús lleno entraba en vigor un segundo mandato. Si un autobús se llenaba, los pasajeros negros estaban obligados por ley a ceder sus asientos en la sección central a cualquier blanco que se subiera después de ellos. Eso es lo que Parks se negó a hacer. Lo

que siguió fue lo que la historia recuerda como el boicot al autobús de Montgomery. Parks decía más tarde:

Desde el momento de la detención el jueves por la noche [1 de diciembre de 1955] y durante el viernes, el sábado y el domingo, se había corrido la voz sobre mi arresto por todo Montgomery. Y la gente comenzó a decidir que no usarían el autobús el día del juicio, que era el lunes, 5 de diciembre. Y el lunes por la mañana, cuando los autobuses salieron para realizar sus viajes regulares, se quedaron vacíos. La gente iba andando, se subía como podía en los coches de las personas que los recogían. El lunes por la noche, se había convocado la concentración masiva en la iglesia baptista de Holt Street y acudieron miles de personas. No paraba de llegar gente, y algunos no pudieron llegar a entrar en la iglesia. ¡Había tanta gente! El primer día de renuncia a utilizar el autobús había sido un éxito tal que quedó establecido que no utilizaríamos el autobús hasta que se nos concedieran nuestras demandas (citado en Burns, 1997: 85).

Parks dijo después que, simplemente, «me habían llevado hasta el límite de lo que era capaz de soportar [...] Había decidido que tenía que saber de una vez por todas cuáles eran mis derechos como ser humano y como ciudadana» (citado en Raines, 1983: 44).

El arresto de Parks no fue en absoluto el primero de su clase que se producía de acuerdo con las ordenanzas que establecían el modo de sentarse en los autobuses de Montgomery. De hecho, los malos tratos en los autobuses urbanos eran tan comunes que se habían «manifestado como el problema más agudo de la comunidad negra» de Montgomery a principios de la década de 1950 (Burns, 1977: 7). Así pues, ¿por qué la decisión de Rosa Parks provocó una reacción más amplia de la comunidad como fue la de 1955? Parte de la respuesta radica probablemente en los fuertes vínculos de la señora Parks tanto con la comunidad por los derechos civiles de Montgomery como con las comunidades eclesiásticas de clase media —los dos ámbitos organizativos que conformarían el núcleo del boicot subsiguiente (Morris, 1984: 51-53). Pero parte de la razón también deriva de la dinámica misma del incidente, del modo en que tanto la comunidad negra como la blanca lo percibieron y de cómo lo enmarcaron los medios de comunicación y el poder político.

Sea cual sea la respuesta a nuestra pregunta, la comunidad negra de Montgomery respondió realmente al arresto de Parks de una forma radical y sin precedentes. La mañana del 5 de diciembre, se estima que entre el 90 y el 95 por ciento de los usuarios negros de los autobuses municipales no subieron al autobús, lo que cogió totalmente por sorpresa al *establishment* blanco de Montgomery —y a los ciudadanos ordinarios. Animados por el éxito de lo que se había planteado como una protesta simbólica de una jornada, los líderes negros decidieron hacer del boicot algo más per-

manente. En una reunión sostenida esa tarde en la iglesia baptista de Dexter Avenue, los organizadores del boicot crearon la Asociación para la Mejora de Montgomery (MIA [Montgomery Improvement Association]) y eligieron a su primer presidente, un tal Martin Luther King jr., de 26 años, que también salió elegido para dirigir el boicot. Y eso fue lo que hizo durante los casi 13 tumultuosos meses que pasaron hasta el triunfante final de la campaña y el fin de la segregación en los autobuses municipales el 21 de diciembre de 1956.

Más importantes que el fin mismo de la segregación fueron los efectos más amplios de la campaña. El boicot atrajo la atención favorable de la prensa nacional y generó, por lo tanto, una conciencia pública mucho mayor respecto a la cuestión. Después, la campaña se extendió con boicots similares a al menos otras seis ciudades sureñas. Y aún más significativo fue el hecho de que llevara a la creación de la primera organización por los derechos civiles exclusivamente sureña. Dicha organización, que acabó llamándose la Conferencia de Liderazgo Cristiano del Sur (SCLC [Southern Christian Leadership Conference]) y que también dirigía King, sería crucial como cuña de la corriente principal del movimiento a lo largo de las décadas de 1950 y 1960. El resto, como suele decirse, ya es historia.

Pero nos estamos adelantando. Lo que en realidad nos interesa aquí no es el movimiento que siguió, sino los hechos acaecidos en Montgomery. Comenzaremos con un interrogante: ¿qué es lo que llevó a los afroamericanos tanto de Montgomery como del resto del sur, normalmente sumisos, a poner en riesgo su sustento y su vida para apoyar la lucha por los derechos civiles? Cabe que recordemos, del capítulo 1, que en la «lista clásica de elementos de los movimientos sociales» los factores que entran en juego son los siguientes:

- Los *procesos de cambio social* inician un proceso de cambio y desencadenan cambios en los entornos político, cultural y económico.
- Las *oportunidades e imperativos políticos* se hacen presentes a un desafiador dado. Aunque los desafiadores suelen enfrentarse a un déficit de recursos y están excluidos de la toma rutinaria de decisiones, el entorno político presente en un momento dado no es algo inmutable. Las oportunidades políticas para que un desafiador se embarque con éxito en una acción colectiva varían con el tiempo. Esas variaciones afectan a los altibajos en la actividad de un movimiento.
- Las *formas de organización* (tanto informales como formales) suponen para los insurgentes un lugar inicial para la movilización en el momento en que se presentan las oportunidades y condicionan su capacidad para explotar los nuevos recursos. A pesar de cierta evidencia en sentido contrario (Piven y Cloward, 1977), hay un gran

- corpus* de pruebas que establecen una correlación entre la fuerza organizativa y la capacidad de los desafiadores para obtener el acceso y lograr concesiones (Gamson, 1990).
- El *enmarcamiento*, un proceso colectivo de interpretación, atribución y construcción social, media entre la oportunidad y la acción. Por lo menos, la gente debe sentirse agraviada en algún aspecto de sus vidas y optimista respecto al hecho de que actuar colectivamente puede reconducir el problema (Snow et al., 1986; Snow y Bendford, 1988). Los movimientos enmarcan las quejas específicas dentro de los marcos de la acción colectiva que dignifican las reivindicaciones, las conectan con otras y ayudan a generar una identidad colectiva entre los reivindicadores.
 - Los *repertorios de contienda* aportan los medios que utiliza la gente para embarcarse en la acción colectiva contenciosa. Tales formas no son neutras, continuas o universalmente accesibles. Constituyen un recurso que los actores pueden utilizar en nombre de sus reivindicaciones (Taugrott et al., 1995). El uso de formas transgresivas ofrece las ventajas de la sorpresa, la incertidumbre y la novedad, pero las formas contenidas de contienda poseen la ventaja de ser aceptadas, familiares y relativamente fáciles de emplear por parte de los reivindicadores, sin necesidad de recursos especiales o de una predisposición a incurrir en costes y asumir grandes riesgos.

La agenda clásica realizó tres contribuciones duraderas al estudio de los movimientos sociales. En primer lugar, proclamó con fuerza la cercana conexión existente entre política rutinaria y contienda política, lo que ayudó a reenmarcar el estudio de los movimientos sociales como el terreno propio tanto de la sociología como de las ciencias políticas. En segundo lugar, al llamar la atención sobre el papel de las «estructuras de movilización», representó un poderoso desafío a la insistencia en la desorganización y la reacción nerviosa en el antiguo paradigma de la conducta colectiva. En tercer lugar, produjo una imagen creíble de la movilización en los movimientos sociales que venía apoyada por una buena cantidad de pruebas empíricas que ponían en correlación los factores más arriba bosquejados con el aumento de la movilización.

No hemos abandonado los interrogantes clave que motivaron la formulación de ese modelo. Sin embargo, como herramienta para el análisis de la contienda política, éste tiene cuatro grandes defectos: (1) Se centra en relaciones estáticas, más que dinámicas. (2) Funciona mejor cuando aborda movimientos sociales individuales, y peor para episodios de contienda más amplios. (3) Su génesis en la política relativamente abierta de los años «sesenta» en Norteamérica llevó a resaltar más las oportunidades que las amenazas, y

a una mayor confianza en la expansión de los recursos organizativos que en los déficits organizativos que sufren muchos de los desafiadores. (4) Estaba excesivamente centrado en los *orígenes* de la contienda más que en sus fases posteriores (para una crítica más detallada, véase McAdam, 1999).

Es posible que ningún otro caso esté más vinculado a la explicación de la movilización que proporciona el enfoque clásico de los movimientos sociales que la lucha por los derechos civiles en los Estados Unidos (McAdam, 1982; Morris, 1984). La explicación prevaleciente de dicho movimiento refleja fielmente el modelo más arriba esbozado, primero, al sostener que se desarrolló en respuesta a una serie de cambios societarios y políticos entre 1930 y 1955. Tales cambios, reza el argumento, socavaron gradualmente el sistema de política racial que había prevalecido en los Estados Unidos desde el fin de la Reconstrucción en 1876 (McAdam, 1982, cap. 5). Los mecanismos ambientales clave que desestabilizaron el sistema fueron el declive de la economía algodonera del sur y los flujos migratorios paralelos —del sur al norte y del medio rural al urbano— desencadenados por el hundimiento del rey Algodón.¹

Las cuatro «casillas» constitutivas de la agenda clásica de la teoría de los movimientos sociales empiezan entonces a operar:

- Al transformar el «voto negro», algo previamente inexistente, en un recurso electoral cada vez más importante para la política presidencial, el éxodo hacia el norte reorganizó las *oportunidades políticas* al alcance de los afroamericanos.
- Al mismo tiempo que la migración hacia el norte reorganizaba el paisaje político, la urbanización del sur impulsaba el desarrollo de *estructuras de movilización* específicas —iglesias negras, *colleges* negros y capítulos de la NAACP— dentro de las cuales se desarrollaría el movimiento masivo de la década de 1950.
- Tales cambios restaron fuerza a la autoridad cultural de Jim Crow, lo que permitió a las fuerzas por los derechos civiles *enmarcar las quejas* de maneras nuevas y más contenciosas.
- También les otorgó la capacidad de adoptar un *repertorio de contienda* más amplio, con manifestaciones, sentadas y otras transgresiones del poder blanco.

Los estudiosos de los derechos civiles han aportado numerosas pruebas en apoyo de esa explicación. Pero la explicación era más estática que

1. La expresión *King Cotton* [rey Algodón] se acuñó en la 2ª mitad del siglo XIX en el sur de los Estados Unidos vinculada a la creencia de que el algodón «reinaba» en la economía mundial: una interrupción prolongada de su suministro, se pensaba, llevaría a la quiebra a las industrias norteamericana y británica, lo que arrastraría consigo al resto de las economías del planeta. [T.]

dinámica; se centraba en un movimiento único más que en el episodio más amplio de contienda del que éste formaba parte; no especificaba suficientemente la construcción histórica y cultural de la disputa; y atendía al período de la contienda transgresiva, para dejar fuera muchas de las transacciones más contenidas que la precedieron y la acompañaron. Además, presentaba una explicación estructuralmente determinada de aquello que se debía explicar: la creación de las bases organizativas, institucionales y conductuales de la movilización. Iniciaremos nuestra búsqueda con la reformulación de esa agenda de la movilización.

HACIA UN MODELO DINÁMICO DE LA MOVILIZACIÓN

Allí donde la agenda clásica de la teoría de los movimientos sociales asignaba una importancia central al cambio social, las oportunidades políticas, los marcos y las formas de acción transgresivas, nosotros intentamos identificar los mecanismos dinámicos que relacionan tales variables entre sí y con los demás actores significativos. Nuestra perspectiva pone en movimiento cada una de las partes constitutivas de la agenda clásica: oportunidades, estructuras de movilización, enmarcamiento y repertorios.

- En lugar de contemplar «oportunidades y amenazas» como factores estructurales objetivos, las consideramos como algo sujeto a atribución. Ninguna oportunidad, por muy objetivamente abierta que se encuentre, invitará a la movilización si no es (a) visible para los potenciales desafiantes y (b) percibida como una oportunidad. Lo mismo vale para las amenazas, un corolario poco enfatizado del modelo (no obstante, véase Aminzade et al., en preparación, cap. 2). Mientras la amenaza de la represión era más palpable que la oportunidad de participar, surgieron numerosos movimientos a causa de que sus participantes o no acertaban a percibirlos o se negaban a reconocerlos como una amenaza. La atribución de oportunidad o amenaza es un mecanismo activador parcialmente responsable de la movilización de poblaciones previamente inertes.
- En lugar de apuntar a las estructuras de movilización preexistentes, llamamos la atención sobre la apropiación activa de los enclaves para la movilización. Los teóricos originales de la movilización de recursos edificaron su teoría sobre una tendencia correctamente ob-

servada en los Estados Unidos de las décadas de 1960 y 1970: la expansión de las oportunidades organizativas para la acción colectiva (McCarthy y Zald, 1973, 1977). Pero insistir en dicho fenómeno no parece que sea válido para una gran parte del mundo, donde lo más probable es que los desafiadores sufran un déficit de recursos organizativos, en lugar de disponer de ellos. Incluso en los Estados Unidos, los desafiadores, más que crear nuevas organizaciones, se apropiaron de las existentes y las convirtieron en vehículos para la movilización. La apropiación social es un segundo mecanismo que a veces permite superar los déficits organizativos a poblaciones oprimidas o pobres en recursos.

- Más que limitar el «enmarcamiento» a una herramienta estratégica de los líderes del movimiento, ampliamos nuestra visión del enmarcamiento para incluir la construcción interactiva de las disputas entre los desafiadores, sus oponentes, los elementos del Estado, las terceras partes y los medios de comunicación. El contexto político en que se monta un movimiento ayuda a enmarcar sus reivindicaciones. Inadvertidamente, los medios de comunicación enmarcan un movimiento tanto para quienes participan en él como para los demás. Y los recursos culturales constriñen y dan forma a los esfuerzos deliberados de enmarcamiento de los líderes de los movimientos.
- En lugar de limitar nuestro alcance a los repertorios de acciones de los grupos desafiadores, nos centramos en la acción colectiva innovadora de los desafiadores y de los miembros opuestos a ellos.
- Por último, más que centrarnos en los orígenes de un episodio contencioso en el que personas previamente inertes se movilizan y pasan a la acción, nos centramos en el proceso de movilización en general y dejamos el origen de la contienda como algo a especificar, como una de las variables empíricas del proceso más general.

LA MOVILIZACIÓN EN MARCHA

Las transformaciones que conducen, a partir de una agenda estática, a unos mecanismos interactivos se resumen en nuestro modelo revisado de la movilización de la figura 2.1. La figura nos ofrece un marco provisional, dinámico e interactivo, para analizar los orígenes de la contienda política. Describe el inicio de la contienda como el resultado altamente contingente de una secuencia interactiva que incluye al menos a un conjunto de actores estatales y a un grupo insurgente. En resumen:

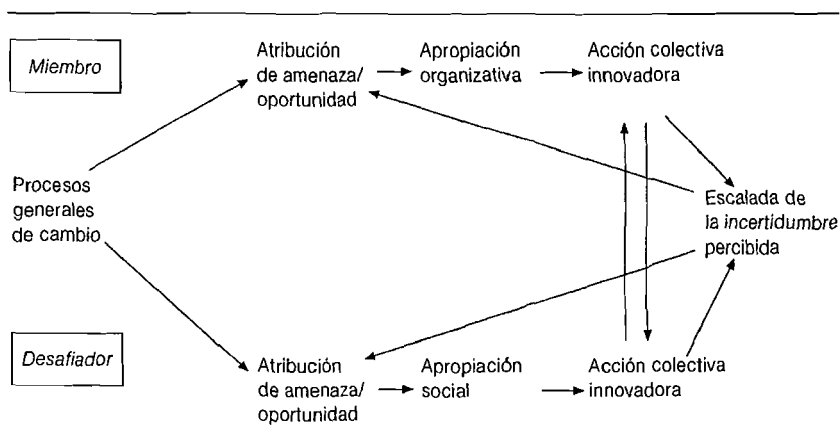


FIGURA 2.1 Un marco dinámico e interactivo para analizar la movilización en la contienda política

- Oportunidades y amenazas no son categorías objetivas, sino que dependen del tipo de atribución colectiva que la agenda clásica limitaba al enmarcamiento de los objetivos del movimiento. También implican a otros actores distintos de las organizaciones formales del movimiento: miembros del sistema político y sujetos, además de otros desafiadores.
- Las estructuras de movilización pueden ser preexistentes o crearse en el curso de la contienda, pero en cualquier caso es necesario que sean apropiadas para servir como vehículo de la lucha.
- Episodios enteros, con sus actores y sus acciones, son enmarcados interactivamente por los participantes, por sus oponentes, por la prensa y por las terceras partes relevantes.
- Las acciones innovadoras llaman la atención, introducen nuevas perturbaciones en un campo interactivo y típicamente tienen como resultado un incremento gradual de la incertidumbre compartida por todas las partes presentes en un conflicto emergente.
- La movilización es algo que se da durante un episodio de contienda. La interacción entre los mecanismos del modelo es tanto continua como recurrente, y la movilización puede entenderse, en parte, como función de dicha interacción. Pero, antes de pasar a su interacción, permítasenos decir algo más de la activación de cada uno de esos componentes usando el ejemplo de la lucha por los derechos civiles en Norteamérica para ilustrar nuestra perspectiva.

DE LA ESTRUCTURA DE OPORTUNIDADES A LA ATRIBUCIÓN DE AMENAZA Y OPORTUNIDAD

Las «amenazas» y «oportunidades» no se pueden interpretar automáticamente a partir de los tipos objetivos de cambios en los que suelen basarse los analistas. Volvamos a Rosa Parks. No se trata de una comedia señora del sur que aprovechó automáticamente una estructura de oportunidades objetiva. Tenía todo un historial de activismo por los derechos civiles que la llevó, a ella y aquellos que la apoyaban en Montgomery, a atribuir una oportunidad, no sólo a la injusticia de la segregación en los autobuses, sino también a la potencial influencia económica de la población negra de la ciudad. No fue sólo la urbanización—un mecanismo ambiental— lo que llevó al boicot a los autobuses, sino la percepción de que la economía de la ciudad dependía de los trabajadores negros y los consumidores negros y de que tal recurso, si era posible movilizarlo de manera efectiva, brindaría al movimiento la oportunidad de presionar a los patrones de la ciudad.

Las oportunidades y amenazas no fueron algo que únicamente interpretaran los actores del movimiento. El movimiento por los derechos civiles surgió en respuesta a los reticentes intentos de reforma de los cargos federales, lo que supuso para los insurgentes negros otro punto de apoyo desde el que presionar en sus reivindicaciones. Pero a pesar de toda la atención prestada a los factores facilitadores, los analistas con frecuencia han limitado su atención a la fase transgresiva del movimiento. Eso exagera la especificidad de la fase de masas del conflicto, tanto como impide una comprensión clara del despliegue del episodio en su totalidad. En lugar de pensar que sólo los insurgentes son intérpretes de los estímulos ambientales, nosotros vemos a desafiadores, miembros y sujetos como grupos que responden simultáneamente a los procesos de cambio y a las acciones de los demás en su intento por explicarse sus situaciones y dar forma a líneas de actuación basadas en sus interpretaciones de la realidad.

En el movimiento por los derechos civiles, no sólo los grupos pro derechos civiles establecidos, sino también cargos federales (sobre todo en los poderes ejecutivo y judicial) y los segregacionistas del sur atribuyeron oportunidad y amenaza a una situación incierta y en proceso de evolución y actuaron de acuerdo con dichos cálculos. La primera ruptura con la tradición llegó ya en 1946, cuando el presidente Truman nombró un Comité de Derechos Civiles y le encargó la investigación de «remedios actuales a los derechos civiles en el país y la recomendación de medidas legislativas apropiadas para solventar las deficiencias descubiertas». Las acciones de

los grupos pro derechos civiles experimentaron la escalada que experimentaron en presencia de tales esfuerzos federales, al igual que sucedió con el aumento de la militancia en la NAACP y en otras organizaciones (Lawson, 1976; McAdam, 1982; Meier y Rudwick, 1973). Por su parte, los segregacionistas sureños también se intranquilizaron más, doblemente amenazados por la legislación federal y por un activismo negro en crecimiento. Durante la Administración Truman, los blancos del sur comenzaron a desertar de la sólida tradición sureña de apoyo al Partido Demócrata. Esa «rebelión de Dixiecrat» se vio magnificada durante los años de Eisenhower por el activismo judicial del Tribunal Supremo de Warren.

En respuesta tanto al incremento de las protestas como a la creciente desintegración del sólido sur, la Administración Kennedy, con su minúscula mayoría en el Congreso, llegó a contemplar el aseguramiento de los votos de los afroamericanos como una oportunidad. Pero tampoco eso supuso la apertura automática de una estructura de oportunidades objetiva. Hizo falta que se percibiera, se construyera y se sopesara cuidadosamente contra la amenaza que suponía la deserción de los blancos del sur y la falta de entusiasmo de la clase trabajadora del norte respecto a los derechos civiles. Sólo tras todas esas dudas llegó la administración a atribuir a los derechos civiles el estatus de una oportunidad a aprovechar a pesar de los riesgos políticos que implicaba.

Vale la pena resaltar cuánto nos hemos alejado de Montgomery. Más que como el inicio del movimiento, el boicot a los autobuses se nos aparece como un episodio local transgresivo dentro de un conflicto nacional cuyos inicios precedieron a Montgomery en muchos años e implicaron la atribución interactiva de amenaza y oportunidad por parte de los actores constituidos.

DE LAS ESTRUCTURAS DE MOVILIZACIÓN A LA APROPIACIÓN SOCIAL

Es la capacidad del desafiador para apropiarse de una organización y de suficientes personas que le presten una base social/organizativa —y no la organización en sí misma— lo que hace posible la movilización. Los posibles activistas (los miembros tanto como los desafiadores y los sujetos) deben crear un vehículo organizativo o utilizar uno ya existente y transformarlo en un instrumento para la contienda. En el caso de los derechos civiles, el vehículo fueron las redes locales enraizadas, en su gran mayoría,

en las iglesias negras. Pero, hasta que apareció un movimiento de masas, la iglesia negra había sido por lo general una institución conservadora que insistía, no en «el evangelio social en acción», sino en la obtención de recompensas en la vida ulterior (Johnson, 1941; Marx, 1971; Mays y Nicholson, 1969). Incluso para convertir algunas de las congregaciones negras en vehículos de protesta colectiva, los primeros líderes del movimiento hubieron de desarrollar una tarea cultural/organizativa creativa por medio de la cual se redefinían los objetivos de la Iglesia y la identidad colectiva que la animaba de acuerdo con los fines de la incipiente lucha.

Igual que la atribución de oportunidad y amenaza, el proceso de apropiación social implica a todas las partes presentes en un episodio contencioso incipiente. Miembros y desafiadores, tanto como los sujetos, se enfrentan al problema de los recursos organizativos de la movilización. Es posible que cualquiera de los actores tenga que enfrentarse a los líderes organizativos establecidos que no compartan su interpretación de los acontecimientos recientes como una amenaza significativa, o una oportunidad, para la consecución de los intereses de grupo. Miembros y desafiadores están en clara ventaja sobre los sujetos en lo que respecta a la apropiación social. Para los miembros y los desafiadores, la mayor parte de la interpretación de las condiciones ambientales tienen lugar dentro de organizaciones formales adaptadas a la defensa o al apoyo de intereses bien establecidos y organizados en torno a identidades colectivas estables explícitamente vinculadas a esos fines.

DEL ENMARCAMIENTO ESTRATÉGICO A LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL

A pesar de su importancia, los esfuerzos enmarcadores de los movimientos maduros dependen de «momentos» interpretativos anteriores y mucho más contingentes en la vida de un episodio contencioso dado. Las dos secciones anteriores resaltan tales momentos. Mucho antes de que se hiciera evidente la gran habilidad enmarcadora de Martin Luther King, fueron la interpretación colectiva y la atribución colectiva de nuevas amenazas y oportunidades por parte de actores políticos establecidos las que pusieron en marcha la lucha por los derechos civiles del periodo de la Guerra Fría. Después, fueron los esfuerzos de interpretación que se produjeron en Montgomery los que transformaron la Iglesia negra en un vehículo legítimo de movilización, lo que desencadenó la fase transgresiva del episodio.

Así pues, al contrario que la agenda clásica ilustrada en la figura 1.2, nosotros no contemplamos el enmarcamiento como una casilla o una variable distinta del desencadenamiento de la contienda política. Para nosotros, el enmarcamiento y la interpretación van mucho más allá de cómo se forman estratégicamente los objetivos de un movimiento, para convertirse en un conjunto más amplio de procesos interpretativos. Entre los más importantes de éstos se cuentan aquellos que dan lugar a la atribución de nuevas amenazas y oportunidades por parte de una o más de las partes a un conflicto incipiente y la reideación de los fines legítimos vinculados a enclaves sociales establecidos y/o a identidades establecidas.

DE LOS REPERTORIOS TRANSGRESIVOS A LA ACCIÓN COLECTIVA INNOVADORA

Finalmente, introducimos dinamismo en el concepto estático de repertorio al resaltar los cambios innovadores de enclave, formas y significado de la acción colectiva que suelen darse al inicio de un episodio contencioso.

En conjunto, el conocimiento previo compartido, las conexiones entre individuos clave y la dirección ejercida sobre el terreno gobiernan el curso de la acción colectiva. Los reivindicadores, por lo general, interactúan estratégicamente con los objetos de sus reivindicaciones, con unos públicos significativos y con los representantes de las autoridades públicas. A menudo, tienen también que contender con rivales o enemigos. Esas interacciones se siguen de las conexiones anteriores y de la experiencia acumulada. Por ese motivo, podemos concebir el repertorio como *performances*, como interacciones que siguen un guión a la manera del jazz o el teatro callejero, más que como las rutinas repetitivas de las canciones con ambición artística o de los rituales religiosos. Tales *performances* se agrupan en repertorios, conjuntos de interacciones posibles conocidas que caracterizan a un conjunto particular de actores.

Las *performances* innovan a partir de los repertorios heredados y a menudo incorporan formas rituales de acción colectiva. La contienda innovadora es aquella acción que incorpora unas reivindicaciones, selecciona un objeto de las reivindicaciones, incluye una autorrepresentación colectiva y/o adopta medios que no tienen precedente o que están prohibidos dentro del régimen en cuestión (véase el capítulo 1). En el movimiento por los derechos civiles, cada nueva fase de innovación y cada nuevo enclave de contienda que se elegía eran en parte reacciones a la respuesta de las autoridades a la fase previa (McAdam, 1983). Los repertorios evolucionan

como resultado de la improvisación y de la lucha. Pero, en cualquier momento dado, limitan las formas de interacción que son probables e inteligibles para las partes en cuestión.

La innovación no se limita a los desafiadores. En el caso de la lucha por los derechos civiles, la adopción de una nueva visión y mucho más incierta del mundo en la posguerra llevó a una amplia gama de grupos —miembros, desafiadores y sujetos— a enfrascarse en acciones innovadoras en relación a la «cuestión negra». Irritados y asustados por ese rechazo del statu quo, los segregacionistas reaccionaron con toda una variedad de nuevas maneras, desde la escenificación de la revuelta de Dixiecrat en 1948 hasta la fundación de los Consejos de Ciudadanos blancos o la campaña de «resistencia masiva» desde mediados hasta finales de los años de 1950. Obsesionados con la amenaza del comunismo, ciertos cargos federales rompieron con la duradera política de «manos fuera» con respecto a la raza en favor de una campaña por una reforma significativa de los derechos civiles. Impulsados por un cambio tan transparente en la política federal, los nuevos grupos por los derechos civiles se unieron a los más antiguos en una campaña continuada de insurrección innovadora (McAdam, 1983).

Sin embargo, pocas veces fueron realmente nuevas las formas innovadoras de acción adoptadas por las partes en el conflicto. Se trataba más bien de modificaciones creativas o extensiones de rutinas familiares. Los fiscales del Departamento de Justicia, por ejemplo, no eran extraños al hecho de archivar sumarios *amicus curiae*, pero nunca antes los habían archivado en nombre de los litigantes por los derechos civiles. De manera similar, los blancos del sur habían practicado la violencia contra los afroamericanos desde la llegada de africanos al continente, pero fue la campaña por los derechos civiles la que los llevó a utilizar bombas, linchamientos y asesinatos de modos nuevos y concertados. Por último, las congregaciones negras que fueron punta de lanza durante la fase transgresiva de la lucha adaptaron meramente las rutinas familiares de la Iglesia a las demandas del movimiento. Las prácticas habituales de los servicios eclesiales se convirtieron en el guión del comportamiento en las «reuniones masivas». Con ligeros cambios en las letras, los tradicionales himnos *gospel* se convirtieron en «canciones de libertad». Y, tal y como lo expresó el propio Martin Luther King:

Los llamamientos en las reuniones masivas, cuando solicitábamos voluntarios, eran muy parecidos a los llamamientos que se producían cada domingo por la mañana en las iglesias negras, cuando el pastor proyecta la llamada a los presentes para que se unan a la Iglesia. De veinte en veinte, de treinta en treinta, de cuarenta en cuarenta, la personas respondían al llamamiento a unirse a nuestro ejército (King, 1963: 59).

¿A DÓNDE HEMOS LLEGADO?

Encontramos tres virtudes principales en la perspectiva de la movilización esbozada más arriba. Éstas están en correspondencia con las diversas «objeciones» planteadas antes respecto a la agenda clásica de la teoría de los movimientos sociales.

- En primer lugar, la comparación de la agenda clásica de la teoría de los movimientos sociales de la figura 1.2 con el marco propuesto en la figura 2.1 nos muestra el paso claro de unas variables estáticas a unos mecanismos dinámicos. Los verbos han sustituido a los nombres. En el lugar de la explicación objetiva de las oportunidades, la capacidad organizativa, los marcos y los repertorios disponibles a una «estructura de movilización» dada, nosotros colocamos el análisis dinámico de los debates internos y los procesos interactivos mediante los cuales los grupos sociales buscan definir y actuar en base a un sentido compartido de la finalidad y la identidad colectivas.
- Nuestra nueva perspectiva también nos permite trascender el marco del actor individual que hay incrustado en la agenda clásica de la teoría de los movimientos sociales. Está claro que la agenda infravalora incluso el alcance típico de tal interacción, al representarla como algo que sólo implica a dos partes. Pero, aun si nos limitamos a tan sólo dos actores, la idea general debería quedar clara: toda la política —transgresiva o contenida— opera mediante interacciones que implican a miembros, desafidores y sujetos.
- La tercera implicación de la figura 2.1 hace referencia a la relación entre el concepto temporalmente limitado de los «orígenes» y el proceso más general de la movilización. Aunque hemos ilustrado la discusión con los orígenes de un movimiento, creemos que la movilización es algo que se desarrolla en el transcurso de los episodios contenciosos. Y vamos aún más lejos: este marco puede ayudarnos a iniciar el análisis de la *desmovilización*, además del de la movilización. De hecho, en último término, nosotros sostenemos que ésta es tan importante para la comprensión de la política rutinaria como lo es para la comprensión de la contienda política.
- La implicación más importante de nuestra agenda consiste en resaltar el desarrollo de la contienda a través de la interacción social, y en situar la construcción social en el centro de nuestro análisis.

Hemos ilustrado todos esos puntos para el caso de un movimiento social bien conocido, pero creemos que los mecanismos que hemos de-

ducido también aparecen combinados en otras formas de contienda. El inicio de una oleada de huelgas, una declaración de guerra, un episodio nacionalista o el despegue de la democratización también implican la atribución interactiva de oportunidades y amenazas, la apropiación de instituciones y organizaciones existentes, el enmarcamiento o reenmarcamiento de aliados y enemigos, buenos y malos, y una combinación de formas innovadoras y contenidas de acción colectiva. Como veremos más adelante, la revolución parisina de 1789 nos ofrece un gran número de ejemplos en los que las fuerzas reales tomaron la iniciativa y provocaron respuestas defensivas; una gran parte de la contienda italiana la desencadenaron las acciones de la policía, de los partidos políticos o de terceras partes. Como veremos en posteriores capítulos, se pueden observar procesos de movilización similares en movimientos anticoloniales tales como la rebelión Mau Mau en Kenia, en episodios de democratización como la llamada «Revolución Amarilla» en las Filipinas y en episodios de nacionalismo y de desintegración nacional. Una vez que pasamos de los componentes estáticos de la agenda clásica de la teoría de los movimientos sociales a un modelo dinámico basado en los mecanismos de la movilización, ese modelo se aplica a toda una variedad de formas de contienda.

Aun así, es pronto para hacer demasiadas afirmaciones. Hace falta desarrollar un mayor trabajo teórico y empírico antes de que podamos poner en movimiento todas esas ideas. Por una razón: hasta el momento sólo nos hemos ocupado de una única forma de contienda: un movimiento social. Capítulos posteriores examinan hasta qué punto ese marco encaja bien con otras formas de contienda. En segundo lugar, la contienda no consiste únicamente en movilización. Dicho proceso se solapa con los imperativos ambientales y con otros mecanismos y procesos. Por ejemplo, hasta el momento, hemos prestado poca atención a la formación y transformación de los actores, de sus acciones y de sus identidades. Tampoco hemos analizado las características de las trayectorias de contiendas prolongadas, tales como la difusión de la movilización, el efecto sobre ésta de la represión, el impacto de la radicalización o la moderación y las relaciones entre diferentes desafiantes. Para ilustrar el funcionamiento de tales mecanismos y procesos y sus interacciones con la movilización, retomaremos antes otro de nuestros casos clave —el estallido de 1789 durante la Revolución Francesa— para volver después a la contienda italiana de las décadas de 1960 y 1970.

LOS INSURGENTES PARISINOS

Abrumado por la incapacidad de su Estado de pagar las deudas generadas por la guerra, fracasado en sus intentos de intimidar a los *parlements* regionales para que autorizaran nuevos impuestos, frustrado en sus esfuerzos por establecer autoridades que consintieran nuevos impuestos allí donde tales cuerpos intermediarios carecían de jurisdicción y dependiente en exceso de futuros acreedores y garantes para dejar directamente de pagar la deuda gubernamental, Luis XVI convocó reticentemente los Estados Generales a reunirse en Versalles a principios de mayo de 1789. Después de una campaña por todo el país de asambleas preparatorias, elecciones, panfletos, debates y redacción de *cahiers de doléances* —declaraciones de quejas y propuestas elaboradas por una asamblea— los delegados nacionales de los tres estados (clero, nobleza y comunes) acudieron a Versalles para deliberar por separado.

Las esperanzas reales de encontrar una solución sólida a la crisis fiscal pronto se vinieron abajo. La delegación del Tercer Estado, a la que se unieron algunos miembros del clero y la nobleza, convocados por separado, se proclamó a sí misma como la auténtica asamblea nacional el 17 de junio de 1789.

«¿Qué es el Tercer Estado?» preguntaba retóricamente el abate Sieyès en el primer intento deliberado de forjar una nueva identidad en esta revolución forjadora de identidades. «Todo», respondía retóricamente.

«¿Qué ha sido hasta ahora, en el sistema político?» «Nada», se respondía a sí mismo.

«¿Qué desea ser? Algo», concluía (citado en Sewell, 1994: 41).

El 7 de julio, la nueva asamblea dominada por los miembros del Tercer Estado nombraba un comité para redactar el borrador de una constitución.

El Tercer Estado no estaba solo en su emergencia como identidad política en esos primeros días. En la cercana París, los oradores defendían una reforma radical en espacios libres como el Palais Royal; miembros de las unidades militares declaraban sus reticencias a actuar contra el pueblo; los electores de París debatían medidas drásticas en el Hôtel de Ville, mientras que grupos de parisinos se congregaban y se manifestaban para declarar su apoyo a los representantes de lo que cada vez más llamaban la Nación. Después de que el rey destituyera y exiliara al popular ministro de finanzas Jacques Necker el 11 de julio, el domingo 12 la gente que se había congregado en el Palais Royal sacaba los bustos de Necker y del duque de Orléans (el sobrino supuestamente liberal del rey) del museo de

cera de Curtius y organizaba una manifestación de 5.000 personas por las calles de París bajo banderas negras de duelo. Los manifestantes se enfrentaron a las tropas reales en la Place Vendôme y en las Tullerías, donde miembros de la (también real) Guardia Francesa se unieron al ataque de la multitud a un regimiento alemán que intentaba desalojar las dependencias de palacio.

Durante el día, determinados grupos liberaron a los presos retenidos en La Force y en la Conciergerie. Esa noche, merodeadores organizados destrozaron postas de peaje por todo el perímetro parisino, saquearon el monasterio de San Lázaro y asaltaron talleres de armas por toda la ciudad. Para entonces, las unidades de la Guardia Francesa del rey se negaban a entrar en acción o participaban activamente en los ataques a las prisiones y a otros bastiones de la tiranía. Al día siguiente (13 de julio), la asamblea de electores de París se reunió en el Hôtel de Ville para constituir una milicia para toda la ciudad (una *milice bourgeoise*) y un Comité Permanente que la administrara. Los miembros del Comité prometieron a sus electores que no cederían el control del ayuntamiento mientras prosiguieran los problemas presentes. En nombre del pueblo de París, desafiaron abiertamente la autoridad del rey para gobernar París.

Todos esos pasos conformaron una revolución porque dentro del centro mismo de Francia establecieron un poder autónomo que disponía de una fuerza militar propia. Los agentes de las asambleas parroquiales hacían sonar un tambor o tocaban a rebato (el repique rápido de una sola campana de iglesia que indicaba una crisis colectiva) y celebraban sesiones de emergencia en iglesias de toda la ciudad. Muchas de las asambleas locales creaban milicias y después las enviaban a demostrar su apoyo al Comité. «Mientras las asambleas deliberaban», informaba Siméon-Prospér Hardy,

en las calles no se veía sino gente armada de todas las maneras, muchos de ellos vestidos con harapos. Llevaban rifles, bayonetas, espadas, sables, pistolas, barrotes con puntas de metal, etcétera. Casi todos gritaban «viva el Tercer Estado», lo que, por el momento, parecía haberse convertido en el grito de adhesión (BN Fr, 6687).

El Tercer Estado, que había entrado en el episodio como una categoría social abstracta invitada a Versalles para votar los nuevos impuestos del rey, se había transmutado en una identidad política. Pronto otros —catapultados por la difusión de la contienda a París— pasarían a la acción. En el ayuntamiento, los milicianos iban a encontrarse con los diputados del Tercer Estado que se trasladaban de Versalles a París. Hacia las ocho de la noche Hardy vio lo siguiente:

Siete u ocho jinetes del Tercer Estado, seguidos de unos trescientos soldados de la Guardia Francesa, los granaderos y otras unidades, armados y desfilando a toque de tambor, liderados por sargentos y sin oficiales, seguidos de una considerable multitud de insurgentes armados de modos muy distintos y vestidos con una gran variedad de uniformes. También éstos tenían tambores. Se dirigían, según decía la gente, a la Place de Grève, a dar la bienvenida a los ochenta diputados de Versalles cuando llegaran al Hôtel de Ville (BN Fr, 6687).

Cuando volvió de nuevo a sonar el toque a rebato el 14 de julio, los ciudadanos volvieron a congregarse en sus parroquias. Posiblemente unas 7.000 personas fueran a los Invalides, donde exigieron y les fueron entregadas las armas —una docena de cañones y entre treinta y cuarenta mil rifles— de los veteranos semirretirados (*invalides*) que allí se alojaban.

La siguiente parada se encontraba al otro lado de la ciudad, en la Bastilla, donde las multitudes habían comenzado a concentrarse al anochecer del día 13. A la venerable fortaleza y prisión, las autoridades habían trasladado apresuradamente gran parte de la pólvora de la ciudad y la habían puesto bajo la protección del gobernador de la Bastilla, el marqués de Launey. Cuando el gobernador se negó a rendir la fortaleza o entregar la pólvora, miembros de la creciente multitud irrumpieron en el patio más exterior, donde su pequeño destacamento de tropas disparó contra ellos. Civiles y miembros de los regimientos reales desafectos acudieron rápidamente a la Bastilla, donde dio comienzo un asalto completo, con artillería, que forzó la capitulación de la fortaleza después de tres horas de sitio en las que murieron un defensor y varios cientos de atacantes. Los parisinos, vengativamente victoriosos, liberaron a los siete prisioneros de la Bastilla, masacraron a seis o siete de sus defensores, mataron a de Launey y pasearon su cabeza por las calles. También decapitaron a Jacques de Flesselles, miembro del Comité Permanente, a quien acusaron de traicionar la causa al negar armas de fuego, pólvora y munición a quienes estaban dispuestos a atacar la Bastilla.

Todas esas acciones entraban claramente dentro del radio de la política transgresiva, de hecho, dentro del ámbito de la lesa majestad y la revolución. Aunque la Bastilla en sí misma poseía poco valor estratégico y sólo albergaba siete presos ruinosos, la fuerza compuesta de tropas reales desafectas, milicias populares y ciudadanos comunes lograba tomar una notable ciudadela-prisión y ejecutaba a su gobernador. Tales actuaciones ponían de manifiesto la vulnerabilidad del régimen de un modo mucho más dramático que los días de debate en la Asamblea Nacional. Para el 16 de julio, el rey hacía regresar a Necker de su Suiza natal y ordenaba a las tropas que habían rodeado París que volvieran a sus cuarteles habituales. Un día después, flanqueado por doscientos jinetes de la milicia parisina y

un centenar de miembros de la Asamblea Nacional, el rey mismo desfilaba hasta el Hôtel de Ville, lo que simbolizaba su aceptación del nuevo régimen. Ningún otro alzamiento popular había impuesto un revés tan fuerte al poder real desde la Fronde en 1648-1653.

Sin embargo, los dramas del 12 al 14 del julio de 1789 también seguían guiones familiares. Cuando eran autorizadas por los cargos apropiados, las convocatorias de las parroquias y las asambleas urbanas, la formación de milicias y las procesiones con pancartas, todas formaban parte de las respuestas a las crisis que establecía el viejo régimen. La decapitación y la exhibición de la cabeza cortada era un castigo raro pero notable, reservado al verdugo del rey para nobles que habían cometido traición. Al llevar a cabo tales acciones sin el consentimiento del rey y acompañadas de ataques armados, los parisinos estaban innovando, tomándose la ley por su mano, y entraban en la revolución. Pero también eran deudores en gran medida de los precedentes del viejo régimen.

¿QUIÉN ES QUIÉN?

La gran novedad de todos esos acontecimientos radica en quién actuó y en nombre de quién lo hizo en la activación, creación y transformación de identidades colectivas que tuvo lugar en Versalles y en el París revolucionario. Como miembros del Tercer Estado, como ciudadanos vinculados, no a la monarquía, sino a la Nación, como participantes en milicias autoconstituidas y como enemigos identificables de las autoridades constituidas, los parisinos estaban construyendo nuevas identidades. También iban camino de producir pares de identidades relacionadas tales como las de revolucionario o contrarrevolucionario, patriota o aristócrata, ciudadano o súbdito. Ninguna de esas identidades descansaba simplemente sobre la base de unos atributos estables de los individuos. Ninguna de ellas llegó nunca a ser la única marca de un individuo cualquiera. Todas ellas coexistieron con otras identidades tales como las de carpintero, parroquiano o esposa. Todas ellas tenían límites premonitoriamente discutidos. Todas ellas cambiaban continuamente en función de la interacción con las otras partes. Sin embargo, la mayor parte del tiempo, participantes y observadores de la contienda política de la revolución actuaban como si identidades tales como la de patriota o republicano fueran coherentes, reales, sólidas y comprometedoras. A tales efectos, las identidades que surgieron en el París revolucionario son semejantes a las identidades políticas de cualquier otro lugar en el que éstas operen.

La formación de identidades políticas importa, no tanto porque afecte a la comunicación y a las disputas entre académicos, como por dos razones mucho más profundas: en primer lugar, porque se convierten en temas de intensa disputa entre los participantes; en segundo lugar, porque la respuesta a la pregunta sobre la identidad afecta a la explicación misma de los procesos políticos contenciosos en general. Adelantaremos, e intentaremos conciliar, seis afirmaciones distintas respecto a la creación, apropiación, activación, transformación y supresión de las identidades políticas:

1. Los participantes en la contienda política constantemente manipulan, crean estrategias, modifican y reinterpretan las identidades de las partes implicadas en su contienda, incluidos ellos mismos.
2. En una amplia gama de contiendas políticas, la movilización de las identidades constituye una parte importante de la reivindicación.
3. Mientras surgen nuevas identidades durante los episodios de contienda, la mayoría de los individuos se suman a la lucha mediante la apelación interactiva a las identidades existentes y la apropiación con éxito de éstas.
4. La forma, el contenido y la efectividad de la movilización de las identidades afecta poderosamente tanto a la acción colectiva como a sus resultados.
5. La creación, la transformación y la extinción de actores, identidades y formas de acción en el curso de la contienda alteran la gama de actores, identidades y actuaciones que estarán presentes en la política rutinaria y en contiendas posteriores una vez que ha finalizado un episodio contencioso en particular.
6. Cuando se trata de explicar la contienda política, el campo de batalla crucial para los mecanismos causales no está en las mentes individuales, sino en la interacción social.

Las seis afirmaciones apuntan hacia un análisis globalmente dinámico y relacional de la formación de actores y de su transformación en la contienda política, de cuáles son los procesos que interactúan con el proceso de movilización y de qué es, de hecho, lo que afecta a su curso y a sus resultados.

¿Por qué combinamos nosotros el análisis de la acción con el de los actores y las identidades? Es lo que se sigue de nuestra perspectiva interactiva de la contienda política. Los actores, en nuestro enfoque, no son entidades con límites precisos, autopropulsadas y con unos atributos fijos, sino seres constituidos e incrustados en la sociedad que interactúan incesantemente con otros seres de la misma clase y sufren modificaciones en sus límites y en sus atributos según interactúan. Las acciones no consisten

en emisiones autodeliberadas de energía individual, sino en interacciones entre tales enclaves. Las identidades no son inherentes a tales enclaves como los atributos fijos, y menos aún a los estados de conciencia de esos enclaves, sino a las conexiones entre esos enclaves y las interacciones en las que éstos están implicados. Dentro de actores ostensiblemente unitarios, la coordinación, la negociación y la modificación actúan incesantemente. La contienda política no activa simplemente unos actores preexistentes, sino que hace que los actores entren en una serie de actuaciones interactivas —nuestros repertorios— que se producen como improvisaciones dentro de unos guiones definidos de modo general y dentro de unos imperativos organizativos. La contienda altera las partes, las relaciones y las formas de acción al producirse.

Será útil contrastar nuestro enfoque relacional de los actores, las identidades y las acciones con dos de los enfoques actualmente populares que se han aplicado al estudio de la contienda política: el racionalismo y el culturalismo.

- *Racionalismo*. Al interpretar los intereses y las capacidades como algo dado y de base individual, al tratar las trayectorias desde la toma de decisiones hasta la acción y hasta las consecuencias como algo dado o no problemático y al interpretar la toma colectiva de decisiones como nada más que una toma de decisiones individuales a gran escala, los teóricos de la acción racional están condenados a tener problemas a la hora de explicar de qué modo la interacción social —incluida la lucha directa— y sus resultados modifican los actores, las acciones y las identidades. Cuando pedimos a los racionalistas que expliquen las luchas parisinas del 11 al 14 de julio de 1789, éstos pueden decirnos qué es lo que se jugaban el rey, Necker o Flesselles, pero se tambalean cuando se trata de explicar el surgimiento del Tercer Estado como categoría política y símbolo movilizador o el surgimiento de las milicias y los comités como actores principales de la escena parisina. De hecho, son justamente ésas las dificultades que han llevado recientemente a los analistas de los actores racionales a estudiar más de cerca los contextos, la confianza, las relaciones con terceras partes y los juegos a múltiples bandas (p. ej.: Bates et al., 1998; Burt y Knez, 1995; Gambetta, 1988, 1993; Greif, 1994; Greif, Milgrom y Weingast, 1994; Landa, 1994; Lichbach y Zuckerman, 1997).
- *Culturalismo*. Nuestro enfoque se distingue también de las recientes explicaciones culturales de la contienda política. Tales enfoques se ocupan más que sus rivales racionalistas de la construcción de identidades, pero en sus explicaciones, la construcción y la inter-

pretación se producen en la cabeza de las personas. Las acciones son el resultado de estados fenomenológicos, y las identidades constituyen uno de los aspectos más importantes de los estados fenomenológicos. Así pues, convertirse en un activista consiste en adoptar un cierto estado mental —«imaginarse» a uno mismo como miembro de una nación, en una versión bien conocida (Anderson, 1991). Pero al excavar de manera tan profunda en la fenomenología, los culturalistas se privan a sí mismos de la oportunidad de describir, y menos aún explicar, cómo cambian las representaciones colectivas, cómo estados colectivos de conciencia tienen sus efectos sobre la interacción contenciosa, y de examinar la interacción contenciosa como enclave constitutivo para la formación de actores e identidades. Por ejemplo, los culturalistas no han producido una explicación plausible del proceso que detuvo el decidido intento de Luis XVI de recuperar el control militar y político de la ciudad en julio de 1789.

Como consecuencia de los grandes esfuerzos realizados recientemente en estas cuestiones, miembros de las escuelas tanto racionalista como culturalista están comenzando a entender que la contienda política siempre implica la construcción social de categorías políticamente relevantes, tales como la de nativo o la de feminista; siempre adopta la forma de interacción con aliados, con aquellos que la apoyan, o siempre persigue reivindicaciones que innovan dentro de los rigurosos límites que establecen las formas previamente conocidas de reivindicación, y nunca se moviliza sin estar significativamente fundada en los lazos creados por las contiendas previas y/o por la rutina de la vida social. Nuestro enfoque relacional profundiza en esa dirección al centrarse explícitamente en la interacción social como enclave en el que se forman las identidades, se coaligan, se separan y se transforman y se solapan con otros procesos —como, por ejemplo, la movilización. A continuación, ilustraremos cómo interactuó la formación de identidades con los cuatro mecanismos de movilización que esbozamos en la primera sección de este capítulo.

LA CREACIÓN DE REPUBLICANOS

Desde la hagiografía que se ha extendido del asalto a la Bastilla después del 14 julio, hasta la coreografía de los festivales revolucionarios, o hasta los conflictos respecto a qué aspecto deberían tener los monumentos revolucionarios, o el diseño de los vestidos republicanos y de la religión

secular, sabemos mucho de cómo los hombres que lucharon para transformar Francia en una república intentaron reconstruir las identidades francesas (Hunt, 1984; Ozouf, 1988; Schama, 1989). Pero, como muchos de esos autores se centraron estáticamente en los objetos culturales y tuvieron dificultad para distanciarse de la historia política, sus obras carecen de un vínculo explícito entre la formación de identidades y la movilización política. Capítulos posteriores prestan atención explícita a los mecanismos de formación de la identidad en toda una variedad de casos y, de una forma más deliberada, en la contienda en el sur de Asia y en el sur de África (capítulo 5), en la España en proceso de democratización y la Norteamérica de preguerra (capítulo 6) y en la Italia de la unificación nacional y la Unión Soviética en proceso de desintegración (capítulo 8). Por ahora, permítasenos que ilustremos la intersección de actor y cambio de identidad con los mecanismos de movilización que aislamos en la figura 2.1 a fin de concentrarnos en ellos.

En primer lugar, volviendo a los *mecanismos ambientales* que desencadenan el inicio del proceso, en Francia, la construcción de identidades se edificó sobre procesos de cambio social. Aunque el Tercer Estado sólo surgió como categoría política en 1789, su base estaba en la acumulación de riquezas no nobles y no clericales a lo largo de las décadas previas a la revolución. El famoso ensayo de Sieyès habría caído en saco roto si no hubieran existido entre los delegados de los Estados Generales unos correlatos objetivos de la reivindicación de universalismo y de preeminencia que él efectuó para el Tercer Estado. Además, la construcción de la identidad francesa no se produjo en medio de un vacío nacional. El término «patriota» mismo, que se convirtió en una seña de identidad republicana, se tomó en bloque de las revoluciones americana y holandesa en la década anterior (Schama, 1989, cap. 7).

En segundo lugar, con respecto a la *atribución de oportunidades y amenazas*, las nuevas identidades que surgieron de la fase inicial de la revolución se desplegaron rápidamente para reunir a nuevas combinaciones de actores contra los enemigos y villanos contruidos. A las multitudes que se movilizaron en París en las varias *journées* las animaban identidades que iban emparejadas —revolucionario o contrarrevolucionario, patriota o aristócrata, ciudadano o súbdito— y que surgieron de la primera fase de la contienda. Aunque muchos de los primeros líderes de la revolución procedían de la aristocracia (piénsese en Lafayette y Mirabeau), los ataques contra los oponentes aumentaban en ferocidad cuando se les etiquetaba de aristócratas o antipatriotas y una vez que los atacantes habían llegado a contemplarse a sí mismos como patriotas o republicanos. Los episodios clave de movilización dependieron con frecuencia de la variedad y la transmutación de esas estructuras movilizadas. Por ejemplo,

cuando el rey fue conducido a la fuerza al Hôtel de Ville, su sumisión a la República quedó literalmente coronada cuando, de una forma poco ceremoniosa, le encastaron el gorro revolucionario en la cabeza.

En tercer lugar, con respecto a la *apropiación social de las organizaciones existentes*, las llamadas «revoluciones municipales» que siguieron al asalto de la Bastilla movilizaron las nuevas identidades presentes en las actuaciones contenciosas: en nombre de la revolución, grupos de republicanos locales se apropiaron las administraciones locales como herramientas de la revolución provincial, estableciendo así los fundamentos tanto del Estado napoleónico como del movimiento federalista que, en partes de Francia, acabaría organizando revueltas regionales contra el poder de París. Con respecto a la Iglesia, la Constitución Civil del clero tuvo efectos igualmente polarizadores: allí donde triunfó, el proceso de secularización puso la religión al servicio de la construcción del Estado; allí donde fracasó, dio lugar a una salvaje guerra civil entre los republicanos y una coalición de legitimistas, clérigos y campesinos (Tilly, 1964).

En cuarto lugar, con respecto al *enmarcamiento*, toda la década revolucionaria constituye un estudio del enmarcamiento y reenmarcamiento de identidades, significados y rituales. La obra de Mona Ozouf sobre los festivales revolucionarios (1988) y la obra de Hunt sobre los monumentos y la vestimenta revolucionaria (1984) y sobre la denigración de la familia real (1992) nos muestran cómo se manipularon los símbolos de identidad para producir una identidad republicana y restar legitimidad a la monarquía. Dichas campañas movilizaron a los hombres y mujeres franceses en el nombre de identidades nuevas o transformadas y despojaron a sus objetivos de su legitimidad —hasta el punto de que los cargos revolucionarios hubieron de frenar en ocasiones los entusiastas ataques a espías y aristócratas imaginarios por parte de unos ciudadanos cuyo ardor se veía resaltado por unas polaridades entre identidades muy claramente delineadas (Hunt, 1984: 52).

Por último, la *acción colectiva innovadora* dependía de las cambiantes definiciones de miembros, desafiadores y sujetos, y contribuía a dar forma a esas mismas definiciones. Los gobiernos tanto prescribían, toleraban o prohibían actos reivindicativos como respondían de forma diferente a los diferentes actores políticos. Reconocían a algunos (p. ej., las tropas reales en julio de 1789) como *agentes* del régimen, a otros (p. ej., las asambleas de electores) como *miembros* establecidos del sistema político, a otros (p. ej., las milicias) como *desafiadores* constituidos pero ilegítimos y a otros todavía (p. ej., la gente que ocupaba la calle junto a la Bastilla) como *sujetos* sin capacidad para actuar. En una situación de certeza relativa, donde está bastante claro qué es lo que ocurrirá después, los sujetos y algunos de los desafiadores constituidos permanecen inactivos. Con el

aumento de la incertidumbre, ambos tipos de actores se desplazan hacia formas de acción toleradas y prohibidas. Incluso los miembros del sistema político recurren a actuaciones prohibidas en los momentos de máxima incertidumbre. Sin embargo, durante la mayor parte del tiempo, cuanto más establecido está un actor político, mayor es la probabilidad de que las reivindicaciones de ese actor se mantengan dentro los canales de la política pública prescrita o tolerada.

La sublevación de París hizo que creciera la incertidumbre en toda Francia, lo que estimuló a los actores excluidos (entre ellos, los campesinos oprimidos) a organizar formas tanto toleradas como prohibidas de reivindicación. Incluso los miembros del sistema político respondieron a las incertidumbres del verano de 1789 alejándose de las formas prescritas hacia las toleradas y, a veces, hasta las formas prohibidas de contienda. Como la interacción contenciosa implicó a las autoridades y engendró a nuevas autoridades, las luchas en cuestión comenzaron a redefinir las fronteras entre las actuaciones prohibidas, toleradas y prescritas para el sistema político en su totalidad. A lo largo del año siguiente, por ejemplo, las asambleas de las milicias pasaron de estar prohibidas a ser meramente toleradas, hasta convertirse en características estándar de la vida política francesa. Las multitudes parisinas que reiteradamente irrumpían en la Asamblea Nacional o en la Convención, lo hacían con la seguridad de representar al Pueblo y de que tenían derecho a imputar sus reivindicaciones a sus representantes.

Permítasenos que refinemos la situación estratégica de los actores de la contienda. Tomemos en consideración la situación en la que se encuentra un actor socialmente construido en un instante dado del curso de la contienda, por ejemplo: una compañía de la milicia parisina el 13 de julio de 1789. Desde la perspectiva de un único actor en un momento congelado del tiempo, ésta tiene a su alcance una variedad de interacciones posibles. Cada interacción cuenta con un abanico de resultados posibles, abanico que nuestro hipotético actor valora en función de las interacciones previas con similares partidarios, aliados, objetos de sus reivindicaciones, autoridades que no son objeto de reivindicaciones pero que tienen el poder de intervenir y observadores. Los miembros de nuestro hipotético actor razonan en ambas direcciones: de las acciones a los resultados (si hago X, ¿qué ocurrirá?) y de los resultados a las acciones (si queremos el resultado X, ¿qué interacciones podrían producirlo y con qué probabilidad?). Una parte significativa de la organización, la deliberación y la negociación dentro de actores colectivos consiste en el logro de acuerdos provisionales relativos al contenido de dichas tablas, además de en la creación de vías de elección por medio de ellas. Pero la reivindicación contenciosa y sus resultados reales modifican continuamente esas tablas y, por lo tanto, la for-

ma y la elección de las interacciones. Imaginemos, pues, la escena que acabemos de construir como un único fotograma de una película muy larga.

En el sangriento encuentro en la Bastilla el 14 de julio de 1789, vemos justamente el despliegue de una película como ésa. Las fuerzas militares que hay dentro de la fortaleza crean una lectura de su situación; múltiples grupos de soldados y civiles se concentran fuera, y la acción pasa del envío de delegaciones al combate armado y a la ejecución ritual. Además, en explicaciones retrospectivas, los que se encuentran fuera se convierten en un actor unitario y heroico: el Pueblo decidido que conquistó un bastión de la tiranía. Así pues, la construcción social de la acción tiene lugar y evoluciona como consecuencia de la interacción continuada, tanto entre actores socialmente contruidos como dentro de ellos. En resumen, el claro esquema de los cuatro mecanismos de la movilización que presentamos en la figura 2.1 tenemos que ponerlo en intersección con la formación de nuevos actores e identidades, y con cómo éstos interactúan con los demás actores mediante la escenificación de la contienda política.

¿Cómo procederemos? Pensemos en cinco pasos:

Primer paso: Reconocer el carácter contingente, construido, colectivo, de los actores, las acciones y las identidades en la contienda política. Tal reconocimiento situaría en un lugar destacado de nuestra agenda explicativa el hecho de dar cuenta de la variación en los tipos de identidades que de hecho movilizan, experimentan y despliegan los participantes en la contienda. En el caso del París de 1789, examinar cómo creaban, transformaban y representaban los parisinos las relaciones sociales categóricas en su calidad de revolucionarios, ciudadanos, miembros de las unidades de las milicias y del Tercer Estado.

Segundo paso: Especificar las relaciones entre los actores, las acciones y las identidades rutinarios no contenciosos, por un lado, y las identidades que ocupan un lugar prominente en la contienda, por el otro. ¿En qué medida y bajo qué condiciones son similares o diferentes? En el París de 1789, trazar el mapa que conduce de los vínculos y prácticas sociales previamente existentes y correspondientes a pares tales como noble-plebeyo, sacerdote-parroquiano o capataz-trabajador hasta los nuevos pares de patriota-aristócrata, ciudadano-cargo electo y soldado-miliciano.

Tercer paso: Especificar las conexiones entre (a) la construcción y la apropiación de actores, acciones e identidades y (b) las relaciones de los actores, acciones e identidades relevantes con las estructuras cambiantes del poder en los entornos de los actores. En el París revolucionario, explicar el proceso por el cual el Comité Permanente de las milicias se convirtió en el centro de una toma colectiva del poder en nombre de la nación mediante medios de acción que nadie se atrevía a emplear uno o dos meses antes.

Cuarto paso: Analizar de qué manera la contienda misma transforma las identidades colectivas, y luego cómo tales transformaciones alteran el carácter y los efectos de la contienda. En la situación parisina, mostrar cómo y por qué la toma de la Bastilla redefinió quiénes eran los actores principales en la escena nacional y cómo estaban conectados los unos con los otros.

Quinto paso: Examinar cómo la creación, la transformación y la extinción de actores, identidades y formas de acción en el curso de la contienda alteran tanto la política transgresiva como la rutinaria después de la finalización de un episodio de contienda política en particular. En el caso francés, trazar el impacto de los turbulentos procesos contenciosos de julio de 1789 en la naturaleza de la política parisina y nacional durante los meses siguientes, por ejemplo, mediante el examen de cómo las vías de difusión, las presiones de la represión y las tensiones de la radicalización produjeron un sistema político cada vez más polarizado.

Eso nos lleva a la cuestión general de las trayectorias de la contienda, que no es tanto un proceso como un campo en el que se producen en combinación diversos procesos tales como la movilización, la constitución de actores y la polarización. Centrémonos en nuestro tercer caso clave para ilustrar un patrón así de interacción tomando prestados una familia de mecanismos típicamente asociados con procesos dinámicos. Veremos dichos mecanismos dinámicos en funcionamiento en los movimientos italianos de protesta de finales de los años de 1960 y principios de los de 1970.

LOS CONTENCIOSOS ITALIANOS

En el año académico de 1967-1968 comenzaron los debates, largo tiempo pospuestos, sobre la reforma del anticuado sistema educativo de Italia. Como producto lateral del milagro económico de la década de 1950, millares de nuevos alumnos entraron a raudales en unas universidades cuyas estructuras estaban mal equipadas para acogerlos y cuyos profesores suspiraban por el sistema elitista que habían heredado del fascismo. Pero, como en el caso de los derechos civiles y del Tercer Estado francés, los cambios ambientales dan comienzo a nuestra historia, pero en modo alguno la explican. Mientras una coalición de socialistas, democristianos y pequeños partidos de centro-izquierda daban inicio a sus ruidosas deliberaciones sobre la reforma de la universidad, los grupos estu-

diantiles oficiales —la mayoría de ellos corporativistas o dependientes de los principales partidos políticos— pretendían influir en el debate parlamentario. Fracasarían en eso, pero las minorías radicales dentro de su seno se apropiaron de sus estructuras y aprovecharon la oportunidad del debate educativo para sus propios propósitos, para enmarcar la cuestión, no como la de la reforma técnica de un sistema sobrecargado, sino como la de la «autonomía» de los alumnos respecto a sus universidades. Alrededor de ese tema, desarrollaron un repertorio contencioso de acciones dirigidas a establecer su autonomía frente a los líderes de sus propias organizaciones tanto como frente a los partidos que los habían controlado hasta entonces.

El episodio resulta apreciable, en primer lugar, porque empezó siendo un episodio de contienda contenida y, en según lugar, porque ilustra nuestra lista de mecanismos de movilización (Tarrow, 1989: cap. 6). Pero aún más importante fue que constituyó el crisol en el que se forjó una nueva identidad estudiantil y surgieron unos nuevos actores. Procedentes de una variedad de entornos —marxista, liberal, católico—, los activistas estudiantiles integraron sus reivindicaciones en torno a la cuestión de la autonomía frente a las estructuras autoritarias de las universidades tanto como frente a la mano dura de los grupos estudiantiles dirigidos por los partidos políticos. Tal construcción se produjo, en parte, en las mentes de las personas —por ejemplo, hubo una gran demanda de libros del teórico marxista italiano Antonio Gramsci—, pero, sobre todo, gracias a la interacción dentro del instrumento que eligieron los estudiantes para la contienda: la ocupación de los edificios de las facultades.

Las ocupaciones no eran tan sólo una nueva forma transgresiva de acción colectiva innovadora. Eran encuentros interactivos en los que los distintos grupos de estudiantes se reunían, debatían sinceramente, se organizaban en animados grupos de estudio, planificaban las actuaciones futuras, expulsaban a los oponentes externos y —sobre todo en el caso de las mujeres jóvenes— experimentaban un sentido de liberación personal frente a la vida enclaustrada de la familia. Una atmósfera de feria permanente fomentaba un sentimiento de solidaridad y creaba lazos que, para muchos, durarían toda una generación (Lumley, 1990).

A partir de esas ocupaciones estudiantiles y de los cambios de identidad, apareció un nuevo surtido de organizaciones y pequeños periódicos de izquierdas que llevó a las viejas organizaciones y publicaciones a una lucha por mantenerse al ritmo acelerado de los cambios ideológicos y programáticos (Tarrow, 1989: cap. 6). Si analizamos sus documentos, observamos un proceso iterativo de radicalización de las cuestiones y de ampliación de la cuestión central. Los primeros de esos nuevos grupos tenían una organización laxa y se enorgullecían de su democracia interna y su

espontaneidad. Los modelos extranjeros —maoísmo, situacionismo, la revuelta estudiantil de Berkeley— se entremezclaban con tradiciones domésticas tales como el obrerismo y el anarquismo para producir toda una sopa de letras de *gruppuscoli*. Sólo los unía su fuerte oposición a la autoridad y el deseo de autonomía frente al patrocinio de los partidos políticos, a los que cada vez se acusaba más de revisionistas, de leninistas o de ambas cosas. El mayo francés, que siguió de cerca todos esos desarrollos, los hizo cristalizar dentro de un molde de antiautoritarismo y permitió que los estudiantes identificaran su movimiento con una imaginaria oleada mundial de revolución que liderarían los estudiantes.

Pero esa fase de entusiastas ocupaciones universitarias pronto perdió tanto la unidad como la espontaneidad. Aunque habían desaparecido las antiguas divisiones entre marxistas y católicos de izquierdas, aparecieron otras nuevas entre los simpatizantes de una u otra tendencia o líder. Tales grupos comenzaron a reunirse por separado para diseñar resoluciones y plantear en las asambleas de estudiantes debates sobre su gestión. Desilusionados por ese leninismo renaciente, aburridos por el incesante zumbido de los debates que fomentaban los grupos organizados e intimidados por las evacuaciones cada vez más brutales por parte de la policía y por los ataques de los grupos fascistas, la masa de los estudiantes comenzó a desintegrarse, lo que dejó un núcleo comprometido de activistas que se lamía las heridas y buscaba nuevas oportunidades de contienda fuera de las universidades. Al «momento de locura» de 1968 siguió un proceso de polarización (Zolberg, 1972) que condujo a algunos activistas al peligroso terreno del terrorismo, mientras que otros comenzaban una larga marcha por las instituciones (Tarrow, 1989: cap. 11).

DOS MODELOS PARCIALES

¿Cómo podemos captar la dinámica del movimiento estudiantil universitario italiano? Son dos los modelos clásicos que se han apropiado los estudiosos de las trayectorias: la «evolución de un movimiento» y el «ciclo de protesta»:

El *modelo de la evolución de un movimiento* surgió a partir del núcleo de la tradición de la sociología weberiano-michelsiana (Alberoni, 1968). Postulaba orígenes espontáneos no institucionales para las organizaciones de los movimientos, una tendencia lineal hacia la desradicalización y la burocracia y una evolución que lleva de los líderes carismáticos que reclaman

un cambio radical a los especialistas organizativos más preocupados por defender sus posiciones (Michels, 1962). Como consecuencia, la contienda describe a grandes rasgos una parábola que va del movimiento al grupo de interés; de un sentimiento de *statu nascenti* a uno de toma racional de decisiones, y de la oposición por principio a las instituciones a la participación en la política pragmática (Lowi, 1971; Piven y Cloward, 1977).

Tal modelo resumía correctamente lo que le había ocurrido a la social-democracia europea a principios del siglo XX. Pero se trataba sólo de un único movimiento, no de un episodio prolongado de contienda, y poseía unas características específicas que no encajaban bien con la situación de los movimientos de la década de 1960 y posteriores (Calhoun, 1995). Para esa época, la forma de organización de los movimientos era descentralizada e informal; era más probable que el activismo tomara la forma de «equipos transitorios» que la de monolitos burocráticos; y los partidarios se reclutaban sobre la base de cada campaña más que en función de unas filas compactas de afiliados que satisfacen una cuota (McCarthy y Zald, 1977; Rosenthal y Schwartz, 1990).

Además, el modelo michelsiano —aunque dinámico— era lineal y rígido. Tal y como sugiere nuestro ejemplo italiano, muchas de las organizaciones de los movimientos surgidos de los años de 1960 desmentían la tendencia inexorable hacia la desradicalización que Michels predecía. Y, todavía más importante, el modelo de la evolución de un movimiento otorgaba un lugar de privilegio a la dinámica interna de las organizaciones de sólo un movimiento y las separaba de las interacciones que influyen en sus objetivos, su organización y sus tácticas (Oliver, 1989). En Italia, esas interacciones produjeron nuevos actores y nuevas identidades, contribuyeron a la radicalización de algunos grupos, institucionalizaron otros e hicieron avanzar el episodio hacia su precario y contradictorio final. ¿Es posible excluir a esos otros actores e interacciones de la evolución de las organizaciones del movimiento? Seguramente, no. Eso nos lleva a un segundo y más ambicioso enfoque de las trayectorias de la contienda.

El *modelo del ciclo de protestas* abandonaba la idea de reseguir los episodios de contienda a través de la evolución de las organizaciones de sólo un movimiento y se fijaba en trayectorias más amplias que implicaban a toda una variedad de grupos y actores (Tarrow, 1989). Postulaba una fase de conflicto e interacción intensos que atraviesan todo el sistema social, una rápida difusión de la acción colectiva de los sectores más movilizados de la sociedad a los menos movilizados, un ritmo intenso de innovación en las formas de contienda, la creación de marcos de acción colectiva nuevos o transformados y una combinación de contienda organizada y desorganizada.

La teoría cíclica es una representación perfecta de la agenda clásica de la teoría de los movimientos sociales una vez que ésta va más allá de los orígenes de los movimientos. Combinaba la idea de las oportunidades políticas crecientes, de los recursos organizativos nuevos y antiguos, de la organización de la acción colectiva en torno a «marcos maestros» tales como los derechos o la autonomía y de una eclosión de acción colectiva innovadora. Insistía en el papel de la incertidumbre, que ofrece oportunidades para reivindicar, pero también amenaza a los grupos establecidos, lo que lleva a la competencia entre los reivindicadores por el espacio político (Eisenger, 1973; Stinchcombe, 1999). En algunas de sus versiones, resaltaba la alteración de las identidades en el curso de un ciclo (Klandermans, 1994). Y, en contraste con el modelo de la evolución de un movimiento, contemplaba tanto la radicalización como la institucionalización como mecanismos importantes en los episodios de contienda.

El punto fuerte de esta teoría es que era interactiva. A través de la contienda públicamente organizada, las acciones de los desafiadores se comunican a otros grupos y generan oportunidades políticas para éstos. Eso lleva a los estados a diseñar estrategias generales de represión y facilitación. Los movimientos responden a dichas estrategias mediante la radicalización o la moderación. Los ciclos acaban gracias a una combinación de agotamiento, sectarización y cooptación. El punto débil de la teoría es que seguía siendo en gran medida una *teoría de fases* basada en una fase de movilización deductivamente postulada, seguida por una fase específica de desmovilización, lo que no acertaba a teorizar las relaciones entre los actores, sus actuaciones y sus identidades. Al postular una forma parabólica recurrente para los episodios de contienda, la teoría cíclica incurría en una petición de principio respecto a la composición interna del ciclo y respecto a si existen episodios que adoptan una forma globalmente distinta.

Nuestra perspectiva nos lleva a superar tanto el modelo de la evolución como el modelo cíclico de las trayectorias.

- Una vez que nos dimos cuenta de que un único movimiento está inserto en diferentes contextos de contienda e interactúa con otros actores en un baile iterativo de movilización y desmovilización, formación de identidades y acción colectiva innovadora, llegamos a entender las limitaciones del modelo michelsiano.
- Una vez entendido que las trayectorias de la contienda no necesariamente toman una forma parabólica, que no pasan por estadios invariables y que la fuerza que rige su progresión radica en la interacción entre los actores, llegamos a contemplar el modelo cíclico como una forma empírica de trayectoria, y fuimos libres de volver nuestra atención hacia los mecanismos y procesos que les aportan su energía.

- Al comprender cuáles son los mecanismos y los procesos que ponen en marcha un episodio de contienda y dónde lo conducen, podemos entender mejor por qué algunos episodios son breves, mientras que otros son prolongados; por qué algunos acaban con la desmovilización, mientras que otros evolucionan hasta la revolución; y por qué algunos producen cambios fundamentales en las alineaciones y la cultura política, mientras que otros no dejan tras de sí nada excepto un residuo de amargos recuerdos.

Cabe tener presentes las implicaciones de nuestro descubrimiento. No significa que no existan patrones o, ni siquiera, que todas las secuencias imaginables se den en la realidad. Por el contrario, significa que las regularidades en las trayectorias no están en las secuencias estándar, tanto si se trata de la evolución de un movimiento, de los ciclos de protesta o de cualquier otra cosa. Las regularidades están en los mecanismos que introducen nuevos actores, suprimen a los antiguos, transforman las alianzas y varían las estrategias de los actores cruciales. Éstos se concatenan en procesos que identificaremos más adelante. Por el momento, a modo de ilustración, perfilaremos simplemente algunos de los mecanismos observables en este episodio de contienda.

LOS MECANISMOS DE LOS PROCESOS DINÁMICOS DE CONTIENDA POLÍTICA

Casi todos los episodios prolongados de contienda política producen un mecanismo de *competencia por el poder*. Nuestros tres episodios clave revelan estos dos mecanismos:

- Partiremos de nuestro episodio más antiguo. Después del periodo inicial que Crane Brinton denominó «el reino de los moderados» (1965: cap. 5), los miembros radicales de la coalición revolucionaria que competían por el poder se volvieron contra los moderados y utilizaron las herramientas de la represión estatal y la movilización popular para liquidarlos, en un «reino del terror y la virtud». Primero, los moderados constitucionales fueron derrotados por una coalición de los republicanos. Después, la coalición republicana se dividió en grupos en competencia y, luego, en girondinos y jacobinos. Finalmente, los jacobinos, triunfantes, derrotaron y eliminaron a sus colegas girondinos. Mediante un proceso de polarización, la revolución francesa «devoró a sus hijos».

- La dinámica del movimiento norteamericano por los derechos civiles también ilustra la competencia interna, pero con resultados menos desastrosos. Según Martin Luther King y la rama moderada del movimiento iban convirtiéndose en los favoritos de los principales medios de comunicación, las corrientes radicales vinculadas al SNCC y al CORE contestaron su liderazgo y presionaron en la dirección de una interpretación más radical de los derechos civiles (Carson, 1981; Meier y Rudwick, 1973). Y, al desplazarse el movimiento hacia el norte, una nueva generación de activistas del ghetto condenó el liderazgo de grupos como la NAACP por su moderación y su pacto con las autoridades.
- Finalmente, nuestro caso italiano también da claras muestras de competencia: primero, entre grupos estudiantiles radicales y moderados; después, al competir los grupos más radicales por ganar apoyos, entre quienes adoptaron la lucha armada y quienes evolucionaron hacia una vía más institucional; y, por último, entre extrema izquierda y extrema derecha, con la lucha por acabar con la república desde extremos opuestos.

Cuando los especialistas examinan de cerca estos episodios, encuentran, por supuesto, factores históricos y contextuales que ayudan a explicar la competencia en cada caso: la amenaza de una invasión extranjera que indujo a los jacobinos a acusar a sus oponentes de colaborar con el enemigo; el agotamiento de la lista moderada de reivindicaciones del movimiento por los derechos civiles con la aprobación del Acta de Derechos de Voto, de 1964; la anomalía histórica de que Italia conservara vestigios tanto de obrerismo militante como de fascismo. Tales factores no son tanto equivocados como expresiones específicas de un mismo mecanismo.

La lección que nos enseña el examen de la competencia puede generalizarse. En lugar de profundizar en el contexto para ofrecer pruebas de las causas específicas para cada caso de los mecanismos que encontramos, nuestro proyecto consiste en examinar los contextos específicos en los que surgen y sus conexiones con otros mecanismos en procesos más generales de contienda. Buscamos mecanismos que estén presentes en los tres casos, no para restar profundidad a nuestros episodios y hacerlos encajar en un único gran molde, sino para explorar si los procesos de contienda están constituidos por un mismo tejido básico en cualquier lugar en el que podamos encontrarlos.

Otros mecanismos que encontraremos en muchas trayectorias de la contienda son la difusión, la represión y la radicalización.

Empecemos por tomar en consideración la *difusión*, un mecanismo que es casi coextensivo al de ciclos de protesta (Hedström, Sandell y

Stern, 2000; McAdam, 1995; McAdam y Rucht, 1993; Myers, 2000; Oliver y Myers, 1999; Strang y Meyer, 1993). En el nivel más general, la difusión incluye cualquier transferencia de información a través de las líneas de comunicación existentes. Aquí nos concentramos en la *transferencia en la misma forma o en forma similar de modos de contienda y de llamamientos a la contienda que cruzan el espacio o atraviesan sectores y líneas de división ideológicas*. La apreciamos en la Revolución Francesa en la extensión de la insurrección desde París, en el contagio del «gran miedo» de los campesinos por todo el campo y en las «revoluciones municipales» que permitieron a los republicanos locales tomar el control de ciudades de varias partes del país. La volvemos a encontrar en el movimiento por los derechos civiles en la diseminación de la forma de reivindicación de las «sentadas» en varios tipos de edificios públicos por todo el sur y en las «marchas por la libertad» que organizaban los diferentes grupos pro derechos civiles. La encontramos en Italia, en la adopción del marco «autonomía», procedente del movimiento estudiantil, por el movimiento de los trabajadores industriales y por una rama de los grupos extraparlamentarios, que adoptaron la *autonomía* como etiqueta.

Atendamos ahora a la *represión: los intentos de suprimir las actuaciones contenciosas o los grupos y organizaciones responsables de éstas*. En una u otra forma, la represión es una respuesta predecible a la contienda, con efectos relativamente predecibles: por lo general, endurece la resistencia por parte de las comunidades amenazadas; propicia la ocultación a la vigilancia y hace variar las tácticas de los actores bien organizados; y desalienta la movilización o las acciones de otras partes. La represión puede ser selectiva, en cuyo caso aísla los grupos más militantes y les cierra el acceso a los medios de contienda tolerados o prescritos. O puede ser generalizada, en cuyo caso arroja a los moderados en brazos de los extremistas.

Encontramos la represión y sus efectos en nuestros tres casos clave. Enfrentados a la amenaza de verse forzados a ingresar en los ejércitos republicanos, los campesinos jóvenes de la Francia occidental se unieron bajo la bandera de la resistencia clerical-legitimista. Enfrentados al rechazo de la comunidad por los derechos civiles más amplia y después de percibirse a sí mismos como amenazados por la policía blanca, los militantes de los ghettos formaron estrechos grupos urbanos como los Panteras Negras, que llevaban uniformes al estilo militar, empuñaban armas y alienaban a los defensores liberales blancos de la lucha por los derechos civiles. Llevados a la clandestinidad por la represión, los militantes veteranos del movimiento estudiantil italiano pasaron a los únicos tipos de contienda que aún les quedaban abiertos: los ataques violentos a sus oponentes o al Estado.

A continuación, consideremos la *radicalización: la expansión de los marcos de acción colectiva a listas de reivindicaciones más extremas y la adopción de formas más transgresivas de contienda*.

En un trascendente paso hacia la radicalización, los jacobinos franceses votaron la ejecución del rey en 1791 para cerrar la puerta a la vuelta atrás en su proyecto revolucionario. De un modo menos trágico, el agotamiento de la lista de reivindicaciones de la igualdad de oportunidades en el movimiento por los derechos civiles del sur dejó a los activistas de izquierdas más jóvenes del movimiento a la búsqueda de nuevos temas y nuevas formas de acción que pudieran usar para mantener la vitalidad del movimiento y desplazarlo hacia el norte. Y, al luchar en Italia los grupos estudiantiles recién formados por el reconocimiento y el apoyo, unos superaban a los otros con programas cada vez más extremos y formas de acción más radicales.

La difusión, la represión y la radicalización se combinaron en las trayectorias de nuestros tres casos clave y generaron procesos de polarización.

Demos ahora un paso atrás. Nosotros no sostenemos que todos los episodios de contienda se basan en los mismos mecanismos o describen las mismas trayectorias. Muchos episodios, de hecho, se mantienen contenidos en sus enclaves originales, suponen una escasa amenaza para los oponentes y se saldan con retoques de poca importancia en el sistema político. Habrá, además, factores adicionales a tener en cuenta: de qué modo la historia de la contienda en un país en particular representa un conjunto de lecciones para el presente; de qué forma la presencia de otros mecanismos como la «correduría» puede superar los cismas ideológicos y disuadir de la competencia; o cómo los «efectos de flancos radicales» llevan a actores opuestos entre sí a oponerse a las amenazas de los extremos. Nuestro libro examina un número de episodios en los que tales mecanismos se unen en combinaciones más o menos explosivas, mientras que, en otros casos, las trayectorias avanzan hacia un final relativamente contenido. Lo importante aquí no es postular trayectorias deductivamente lineales y resultados predecibles, sino identificar los procesos y sus mecanismos constituyentes que conforman las diferentes dinámicas de la contienda política.

CONCLUSIÓN Y PREMISA

No hemos propuesto aquí ninguna ley general para el estudio de la contienda política, ni lo haremos en ninguna otra parte de este libro.

Hasta el momento, hemos intentado ilustrar dónde queremos llegar con un número de mecanismos y procesos imprecisamente conectados:

- Un proceso de movilización desencadenado por cambios ambientales y que consiste en una combinación de atribución de oportunidades y amenazas, apropiación social, creación de marcos, situaciones, identidades y acción colectiva innovadora.
- Una familia de mecanismos aún por elucidar en torno a los procesos de constitución de actores e identidades y las acciones que los constituyen.
- Un conjunto de mecanismos que a menudo aparecen en las trayectorias de la contienda y que son recurrentes en episodios prolongados de contienda: competencia, difusión, represión y radicalización.

En sus partes segunda y tercera, nuestro libro vuelve sobre algunos de esos mecanismos y procesos y añade otros que se hacen presentes a partir de nuestras investigaciones.

De modo más general, el desafío de sustituir los modelos estáticos de un solo actor que han prevalecido en gran parte del campo de estudio por unas explicaciones dinámicas e interactivas genera series enteras de nuevas aventuras. En primer lugar, tenemos que profundizar más en la movilización, la acción y las trayectorias a fin de detectar la negociación continua que tiene lugar dentro de cada una de ellas. En segundo lugar, tenemos que examinar la interacción entre la movilización, los actores y las trayectorias en lugar de tratarlos como tres fenómenos independientes. Al final, de hecho, disolveremos esas distinciones convencionales en favor de su interpretación como abstracciones distintas a partir de las mismas corrientes continuas de interacción social. En tercer lugar, tenemos que reformular el problema analítico para convertirlo en la identificación de mecanismos y procesos sólidos y con consecuencias que expliquen las características cruciales de los episodios contenciosos. A continuación nos ocuparemos de todas esas tareas.

3

Comparaciones, mecanismos y episodios

LAS LUCHAS REVOLUCIONARIAS PARISINAS, LOS DERECHOS CIVILES NORTEAMERICANOS, LOS CONFLICTOS ITALIANOS y la posguerra: las tres secuencias esbozadas en los capítulos 1 y 2 representan variedades específicas y bien conocidas de contienda política en la tradición occidental. Nuestro modo de abordarlas planteó las preguntas estándar relativas a la movilización, los actores y las trayectorias. En el curso de la contienda política: (1) ¿Qué procesos mueven a las personas a entrar y salir de la reivindicación pública colectiva y de qué modo? (2) ¿Quién es quién y qué hace? (3) ¿Qué gobierna el curso y los resultados de la interacción contenciosa? En cada caso encontramos que la agenda estándar de la teoría de los movimientos sociales —cambio social, estructuras de movilización, oportunidad— ofrecía un modo disciplinado de interrogarse acerca de los acontecimientos, pero apuntaba a respuestas insatisfactorias. Las respuestas eran insatisfactorias porque eran estáticas, porque nos ofrecían explicaciones de unos actores únicos más que relaciones entre los actores y porque, en el mejor de los casos, identificaban conexiones probables más que secuencias causales.

Los capítulos 1 y 2 exploraban tanto los puntos débiles de los enfoques existentes como los recursos intelectuales para reparar tales puntos débiles. Cuando se abordan los orígenes y la movilización de la contienda política, descubrimos que la definición misma del problema en esos términos

conlleva serias dificultades. A pesar de la necesidad de contar historias con un principio, un punto intermedio y un final bien definidos, los episodios contenciosos raramente se inician y se detienen tajantemente. Por el contrario, la movilización de algunos actores, la desmovilización de otros y la transformación de una forma de acción en otra están a menudo presentes en la contienda más compleja. Encontramos muchas circunstancias, por ejemplo, en las que la contienda contenida se mantiene durante un periodo sustancial para pasar sólo después a la contienda transgresiva: la contienda en la que actores y/o formas de acción previamente no reconocidos ocupan un lugar prominente. Incluso la separación de las estructuras de movilización de la acción colectiva resulta que plantea dificultades, ya que la interacción contenciosa transforma de hecho las relaciones sociales rutinarias dentro de las comunidades, las iglesias, las asociaciones, las empresas y demás estructuras que los analistas han venido concibiendo como existentes antes de la acción y forjadoras de tal acción. Aquí, nuevamente, el carácter estático, individualista y a menudo reificado de análisis previos —incluido el nuestro— barra el paso a unos análisis dinámicos, interactivos, de la movilización y la desmovilización.

En el caso de la acción contenciosa, los análisis del sujeto requieren claramente nuevas formulaciones que capten y ayuden a explicar el modo de operar fluido, estratégico e interactivo de actores, identidades y formas de acción colectiva. Los enfoques estructuralista, racionalista y culturalista no ofrecen medios suficientes para la tarea propuesta. En todos ellos, la reificación y la individualización impiden el paso a unas explicaciones dinámicas e interactivas de la acción contenciosa.

Similares dificultades envuelven a los tratamientos de las trayectorias de la contienda. Las ideas de la evolución de un movimiento y el ciclo de protesta introducen un cierto dinamismo en los tratamientos de la contienda, pero al coste, en el primer caso, de centrarse excesivamente en unas organizaciones del movimiento aisladas y, en el caso del segundo, de una imagen de secuencias relativamente invariables con unos principios, mitades y finales bien delimitados. Hasta el momento, los modelos disponibles nos ofrecen poca guía respecto a qué es lo que realmente sucede en los momentos críticos. ¿Cómo y por qué varían significativamente las relaciones entre los actores y las formas predominantes de interacción en el curso de la contienda?

No somos, con seguridad, los primeros en darnos cuenta de las debilidades de los modelos existentes de la movilización, la acción y las trayectorias de la contienda. Los racionalistas han buscado repetidamente introducir el dinamismo en sus modelos tratando los episodios contenciosos como juegos estratégicos iterativos; los culturalistas y teóricos de la conducta colectiva lo han hecho sondeando las alteraciones de la conciencia;

y los estructuralistas, especificando procesos de cambio social a gran escala. Ninguno de esos esfuerzos ha generado la explicación dinámica e interactiva de la contienda que exigen episodios tales como la revolución parisina de 1789, las luchas por los derechos civiles en Norteamérica y los conflictos italianos de posguerra. La versión del proceso político de la agenda clásica para el estudio de los movimientos sociales (como indica su propio nombre) llegó a ser un modo de pensar en los aspectos dinámicos de la contienda. Sin embargo, su manera de funcionar consistió principalmente en llamar la atención sobre los cambios en las estructuras de movilización, las oportunidades, las amenazas, los marcos de interpretación y los repertorios de acciones como la causa de los cambios en la acción. No ofrecía teorías satisfactorias de las alteraciones en tales elementos individuales o de su interdependencia.

Además, la agenda estándar de la teoría de los movimientos sociales se ocupa de las interacciones entre los actores, sus objetivos, sus oponentes y terceras partes de una manera torpe. En la medida en que interviene, el estado actúa generalmente como *diabolus ex machina* y genera oportunidades, espera la movilización y actúa con dureza sobre algunos actores y facilita otros, pero no participa directamente en la contienda. Tal y como se sostiene en el capítulo 2 (p. ej., en la figura 2.1), los estados y los desafiantes se encuentran enfrascados, de hecho, en una interacción continua. Cada uno de ellos define las amenazas y las oportunidades, moviliza los recursos existentes y los recientemente creados, emprende acciones colectivas innovadoras en respuesta a las maniobras de otros actores y, en algunos casos, transforma el curso de la interacción.

AMPLIACIÓN DEL ALCANCE DE LA EXPLICACIÓN

Podemos ampliar el alcance de nuestra explicación pasando de la búsqueda de modelos generales que pretenden resumir categorías enteras de contienda al análisis de mecanismos causales de menor escala que reaparecen en diferentes combinaciones con distintas consecuencias agregadas en diversos entornos históricos. No pretendemos aislar unas leyes generales de la «acción colectiva» que cubran los movimientos sociales, el conflicto étnico, la política de los grupos de interés o la revolución. En lugar de eso, buscamos mecanismos que aparecen combinados de modos diversos en todas esas formas de contienda política, además de en otras. Una perspectiva viable de la contienda política, defendemos, comienza con la

búsqueda de analogías causales: la identificación de causas similares en tiempos, lugares y formas de contienda ostensiblemente separados.

Iniciamos los capítulos 1 y 2 concentrándonos en un pequeño número de episodios familiares y bien documentados en Francia, los Estados Unidos e Italia. Ahora ha llegado el momento de ampliar nuestro espectro. En lo que queda del estudio, abandonamos y trascendemos nuestras «bases» por diversas razones: para evitar malinterpretar históricamente las características específicas de los sistemas políticos occidentales y tomarlas como características generales de la contienda; para ver hasta dónde es posible extender los conceptos y explicaciones para atravesar escenarios políticos claramente diferentes sin forzar tales escenarios hasta desfigurarlos; para multiplicar las oportunidades de realizar descubrimientos inesperados y encontrar desafíos no esperados a las ideas recibidas.

En la segunda parte examinamos un cierto número de fenómenos contenciosos a partir del periodo que se inicia en 1800 y que varían significativamente en cuanto a tiempo, lugar, escala, duración, unidad, régimen político, tipos de actores y formas de contienda. Aquí presentamos la lista de los seis casos que examinaremos por parejas en la segunda parte:

- la movilización anti-Marcos en las Filipinas, 1983-1986, y la movilización Mau Mau en Kenia, 1950-1960;
- el reciente conflicto hindú-musulmán en el sur de Asia, y las luchas sudafricanas contra el apartheid y sus secuelas, 1980-1995;
- la movilización en contra de la esclavitud en el siglo XIX en Estados Unidos, y la democratización de España en los años de 1970.

Claramente, no hemos reunido para su examen una muestra aleatoria de episodios contenciosos a partir de 1800, independientemente de lo que una muestra así pudiera contener. Por el contrario, hemos buscado ejemplares de contienda política que contrastaran de una forma instructiva y para los cuales existen ya análisis académicos sustanciales. A continuación, hemos efectuado comparaciones por parejas; comparaciones encaminadas a aislar mecanismos clave en un contexto de diferencias sustanciales.

La segunda parte comienza a partir de los tres temas ya familiares de los capítulos precedentes: la movilización versus la desmovilización, los actores y sus modos de acción y las trayectorias de la contienda. Pero abarca un espectro más amplio de casos, con una menor preocupación por el canon existente y en un primer intento de identificar analogías causales en formas diferentes de contienda. La tercera parte extiende dicha lógica con el análisis de seis casos más y ocupándose de abordar episodios deliberadamente emparejados pero aún más ampliamente variados que suelen agruparse dentro de tres literaturas habitualmente específicas:

Revoluciones: el capítulo 7 compara los mecanismos que encontramos en la revolución sandinista de Nicaragua en 1979 con la crisis de Tiananmen en China en 1989.

Nacionalismo: el capítulo 8 repasa episodios nacionalistas de construcción nacional y hundimiento de estados y compara la unificación italiana, 1848-1900, con la desintegración soviética después de 1985.

Democratización: el capítulo 9 compara los mecanismos y los procesos del conflicto político suizo, 1830-1848, con los de la prolongada democratización de México a partir de 1968.

La tabla 3.1 resume el espectro y la variedad de casos de los que nos ocupamos —incluidos también los que abordamos en la primera parte— según su escenario histórico-geográfico, el tipo de régimen y el tipo de contienda bajo el que se suelen codificar tales casos. Etiquetas como «movimiento social», «revolución» y «democratización» no son, pues, representativas de nuestra clasificación de los episodios, sino que seguimos las categorías que otros analistas han adoptado comúnmente al analizarlos.

**TABLA 3.1 Distribución geográfica
de los episodios y según las formas de contienda
convencionalmente asignadas**

Episodios	Geografía					Tipos de contienda			
	Estados Unidos	Europa	Asia	África	Latinoamérica	Movimiento social	Revolución	Democratización	Nacionalismo
1. Antiesclavismo en los Estados Unidos	+					+		+	
2. Conflicto contemporáneo hindú-musulmán			+			+			+
3. Unificación italiana		+						+	+
4. Revuelta Mau Mau				+			+		+
5. Crisis de Tiananmen, 1989			+			+	+		
6. Movimiento anti-Marcos, Filipinas			+			+	+	+	
7. Revolución Sandinista					+		+	+	
8. Sudáfrica, 1980-1995				+		+	+	+	
9. Descomposición soviética		+				+	+	+	+
10. Democratización española		+						+	
11. Unificación suiza		+						+	+
12. Democratización mexicana					+	+	+	+	
13. Derechos civiles en Estados Unidos	+					+		+	
14. Ciclo de protestas en Italia, 1960s/1970s		+				+			
15. Revolución parisina, 1789		+					+		

Tal y como podemos verificar si echamos un vistazo a la tabla 3.1, no se trata de una muestra aleatoria. Aunque entre nuestros casos hay dos latinoamericanos, dos asiáticos y dos africanos, hemos buscado incrementar la variación cultural más que lograr una distribución geográfica uniforme. Nuestros dos ejemplos asiáticos, por ejemplo, son enormemente diferentes. La revolución anti-Marcos de mediados de los años de 1980 se desplegó en unas Filipinas cuyas instituciones políticas, religiosas y económicas llevaban fuertemente grabadas las improntas de los dos amos coloniales de la región: España y los Estados Unidos. El conflicto contemporáneo hindú-musulmán, a pesar de estar moldeado en parte por el colonialismo británico, depende en gran medida de divisiones religiosas y culturales no occidentales.

De forma parecida, los dos casos africanos que abordamos —la rebelión Mau Mau de la década de 1950 y las luchas que la supremacía blanca provocó en Sudáfrica— derivan de distintos patrones de dominación europea y encarnan culturas regionales bastante diferentes. Los dos casos latinoamericanos —la prolongada democratización de México y la revolución sandinista— son profundamente diferentes en ritmo, en dinámica y en resultados. Incluso la relativa proximidad cultural y geográfica de los Estados Unidos y de los episodios europeos enmascara una significativa diversidad cultural e histórica: la confederación suiza, el antiesclavismo de preguerra en los Estados Unidos, la unificación italiana de los años 1860, la democratización española de los años 1970 y la descomposición soviética de los años 1990 difícilmente encajan en una única categoría de eventos o regímenes políticos.

Como pronto se hará evidente, la clasificación de los ejemplos de la tabla 3.1 en «movimientos sociales», «revoluciones», «democratizaciones» o «nacionalismo» nos ofrece tan sólo una primera aproximación. Supone una invitación a descomponer términos tan grandiosos en procesos y mecanismos específicos. Sin embargo, ilustra que los analistas con frecuencia han abordado seis de nuestros quince casos —el antiesclavismo y la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos, el conflicto hindú-musulmán, las luchas italianas de posguerra, la movilización anti-Marcos y la democratización mexicana— en términos de la agenda clásica de la teoría de los movimientos sociales, mientras que los otros nueve se han contemplado como especies específicas de contienda política. Nuestro objetivo no es atacar tal agenda, sino señalar que todas esas formas distintas de contienda se superponen, tanto como son similares en parte en características cruciales, y que sus resultados son consecuencia de combinaciones distintas de unos mecanismos básicamente similares en escenarios históricos diferentes.

Por ejemplo, mientras que muchos observadores han contemplado las luchas que se produjeron en Sudáfrica entre 1980 y 1995 como un caso de

«democratización», es igualmente posible codificar tales luchas como un movimiento social o una revolución, por no mencionar como una guerra, un conflicto industrial y una movilización étnica, categorías que no figuran entre los encabezamientos de la tabla 3.1. De modo parecido, dentro de la movilización antiesclavista norteamericana están incluidos el militante movimiento social del abolicionismo, una guerra civil, un intento de fundar la Confederación como un sistema político separado y un importante proceso de democratización: la Reconstrucción. Respecto a la desintegración de la Unión Soviética, no es difícil preguntarse: ¿De qué fenómeno general es ejemplo? ¿El nacionalismo? Sí, por supuesto, pero en el curso del mismo episodio encontramos movimientos sociales, conflictos industriales y guerras civiles étnicas que surgen e interactúan en un proceso compuesto que cualquier analista debería dudar a la hora de clasificar. Los más optimistas incluirían también la democratización. Muchos otros observadores, además, han visto la crisis de la Europa oriental como una serie de revoluciones o, al menos, de situaciones revolucionarias.

CAPACIDAD DEL ESTADO Y DEMOCRACIA

Además de su extensión geográfica y cultural, hemos distribuidos los casos según los diferentes tipos de régimen, definidos en función de dos dimensiones clave: la capacidad del estado y el alcance de la democracia.

Con *capacidad del estado* nos referimos al grado de control que los agentes del Estado ejercen sobre las personas, las actividades y los recursos dentro de la jurisdicción territorial del gobierno. Cuando la capacidad del estado aumenta, lo hace mediante cuatro procesos a menudo complementarios: la sustitución del gobierno indirecto por el *gobierno directo*; la *penetración* por parte de los estados centrales de las periferias geográficas; la *estandarización* por parte de las prácticas y las identidades estatales; y la *instrumentalización* —el desarrollo de los medios para implementar las políticas deseadas. Los estados en cuestión van desde la capacidad alta (aunque ya bajo amenaza) del Estado sudafricano hacia 1980 hasta la capacidad espectacularmente baja de la Confederación suiza como un todo (aunque no de cada uno de sus cantones) en 1830.

Estas cuatro dimensiones son distintas desde el punto de vista lógico y, a veces, también empírico. Por ejemplo, aunque los regímenes que siguieron a la Revolución Francesa avanzaron en el gobierno directo, estandarizaron las identidades, penetraron la periferia y construyeron nuevos ins-

trumentos para desarrollar las políticas deseadas, el régimen post-revolucionario de los Estados Unidos avanzó con dificultades hacia el gobierno directo por una vía federal y seccional y sólo estandarizó las identidades después de una gran guerra civil; incluso la penetración y la instrumentación siguieron el mismo ritmo. Pero, históricamente, los diversos canales de evolución de la capacidad del estado tendieron a alimentarse entre sí y a seguir temporalmente un cauce principal unificado.

Con *democracia* nos referimos esencialmente a regímenes de consulta protegida. Al juzgar la presencia o la ausencia de democracia combinamos cuatro dimensiones, que se explicarán más adelante, en el capítulo 9. Éstas son: la *amplitud* de la pertenencia al sistema político; la *igualdad* en la pertenencia al sistema político; la fuerza de la *consulta* colectiva entre los miembros del sistema político respecto a los miembros del gobierno, las políticas y los recursos. Ésta última la entendemos como un múltiplo de (a) el grado en que es vinculante la consulta y (b) hasta qué punto la consulta controla efectivamente todo el espectro de personas del gobierno, todas las políticas y todos los recursos, y de la *protección* de los miembros del sistema político y de las personas que pertenecen a éste frente a actuaciones arbitrarias de los agentes del gobierno.

Estas cuatro dimensiones también son distintas desde el punto de vista lógico. En cierta medida, podemos analizar independientemente las variaciones dentro de cada una de ellas, por ejemplo, señalando que los regímenes autoritarios a menudo imponen la pertenencia masiva al sistema político en forma de estructuras corporativistas o partidos de masas, a la vez que ofrecen poca o ninguna protección a sus ciudadanos. Sin embargo, las cuatro dimensiones interactúan con suficiente fuerza como para que gran parte del espacio lógico que implican sea empíricamente vacío. Una pertenencia amplia al sistema político, por ejemplo, raras veces va acompañada de una pertenencia desigual al sistema político. En el periodo transcurrido desde 1800, la correlación entre las cuatro dimensiones ha sido suficientemente alta como para que podamos agrupar a todo un conjunto de regímenes como más o menos democráticos. Si tuviéramos que evaluar la amplitud, la igualdad, la consulta y la protección de las democracias capitalistas actuales, con la puntuación de 0 como el valor históricamente más bajo para cada dimensión y la de 1 como el valor más alto observado nunca a escala de una nación, es probable que la puntuación estuviera entre 0,65 y 0,85 para cada una de las cuatro dimensiones.

La figura 3.1 hace una estimación de la situación de cada régimen al inicio de nuestro episodio. Está muy simplificada, al considerar tanto la capacidad como la democracia como alta, media o baja. Según eso, por ejemplo, la Italia de la posguerra figuraría como media en capacidad y alta en

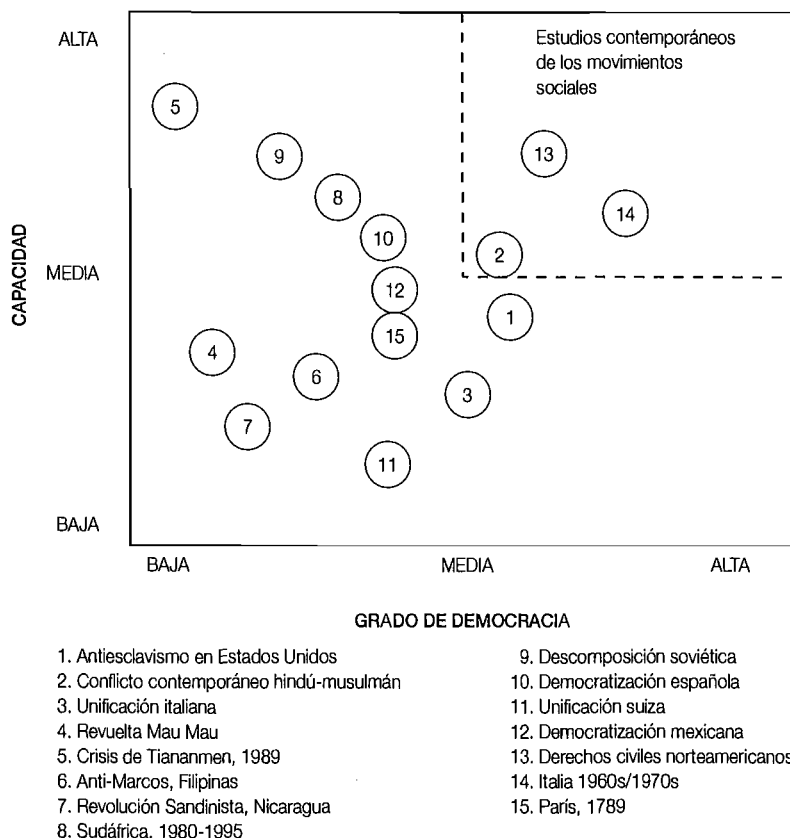


FIGURA 3.1 Localización de nuestros episodios en cuanto a espacio del régimen

democracia, mientras que la Italia del proceso de unificación (que implicó, por supuesto, la consolidación de muchos estados en uno) la podemos calificar de baja en capacidad y bastante mezclada en democracia. El hecho de que los regímenes en cuestión fueran compuestos, protestados y estuvieran en transición nos recuerda saludablemente una cosa: nuestra taxonomía es tan sólo un punto de partida. Sirve fundamentalmente para apuntar que los procesos contenciosos que estamos comparando empezaron y terminaron con escenarios sociales muy distintos.

La taxonomía también sirve para subrayar nuestro intento de trascender el ámbito relativamente estrecho de la mayoría de los estudios de los

movimientos sociales. Mientras que la mayoría de éstos suelen situarse en el cuadrante superior derecho de la figura 3.1, la mayoría de nuestros casos están concentrados en los otros tres cuadrantes. Si la agenda clásica de la teoría de los movimientos sociales de la que partimos es «euroamericana», lo sabremos rápidamente. La taxonomía también nos ayudará a examinar el papel de la contienda política en las trayectorias de cambio de sistema político. ¿Cómo y en qué medida, preguntamos, se requieren diferentes formas de contienda y diferentes resultados de dicha contienda para transformar el sistema político y hacer que pase de la categoría de capacidad baja a la de capacidad alta, de la no democracia a la democracia y atraviase todos esos conjuntos de categorías? La estrategia que nos ayudará a hacer tal cosa es la de efectuar comparaciones por parejas.

ESTRATEGIAS DE COMPARACIÓN POR PAREJAS

En el campo de la política comparativa predominan dos modos principales de comparación:

Análisis de los sistemas más diferentes: Se trata sobre todo de análisis cuantitativos de múltiples casos seleccionados para que representen toda la variación dentro de un universo: todos los sistemas políticos, todas las democracias, todos los países de la OCDE, todas las guerras recientes, todos los casos de democratización o cosas similares.

Análisis de los sistemas más similares: Se ocupan de dos o de unos pocos casos cercanos para maximizar la comparabilidad con el empleo de métodos configurativos, históricos y cualitativos. Las comparaciones de este tipo van desde las anecdóticas y etnográficas hasta las comparaciones sistemáticas y rigurosas.

Los científicos sociales han debatido mucho sobre en qué medida ambos métodos se basan o deberían estar basados en una misma lógica. Algunos sostienen que la misma lógica de inferencia debería subyacer a las comparaciones cualitativas de un pequeño número de casos y a los análisis cuantitativos de un gran número de casos (King, Keohane y Verba, 1994, 2000). Otros mantienen que los intentos de aplicar la lógica de la inferencia estadística de los estudios de un gran número de casos a los de pocos casos hace que se desperdicie la rica información contextual que nos proporcionan los análisis configurativos y narrativos.

Los defensores de las comparaciones de pocos casos apoyan sus análisis en el sólido lecho de la similitud institucional y cultural y la proximidad geográfica con la intención de controlar las variaciones, pero sus críticos señalan que sus trabajos están aquejados de un problema de «muchas variables/pocos casos» y suelen extraer sus muestras del interior de la variable dependiente (véase APSR, 1995). En el caso de las revoluciones, se suelen seleccionar las «grandes revoluciones», y se ignoran las de menor grandeza o las que nunca llegaron a producirse (Geddes, 1990). Entre los investigadores cualitativos, sólo Charles Ragin (1987, 1994) y otras pocas almas valientes han intentado integrar el análisis sistemático de un número pequeño de casos respecto a variables clave.

Los defensores del estudio cuantitativo de un gran número de casos siguen la lógica contraria y esperan explotar el potencial para manipular variaciones que les ofrece el gran número de casos y la variación significativa de las poblaciones de los casos que estudian. Sus críticos apuntan a su falta de conocimiento íntimo de los países individuales y de su historia, así como a la significativa reducción de la especificidad que provoca la necesidad de estandarizar las variables para muchos casos diferentes. En el estudio de la contienda política, eso significa reducir a «estudios de conflictos» toda una amplia variedad de fenómenos que van desde la microviolencia hasta las revoluciones sociales, pasando por los disturbios, las rebeliones y los movimientos sociales.

BASES COMUNES Y NO COMUNES

Igual que aquellos que se dedican al estudio de los casos más similares, hemos escogido la lógica de la comparación entre casos contextualizados basada en pruebas en gran medida cualitativas. Pero nos hemos alejado de la mayoría de los defensores de las comparaciones por parejas. La mayoría de dichos académicos escogen para las comparaciones casos en los que las variaciones que observan se analizan en el contexto de unas bases comunes subyacentes, y utilizan las características compartidas por los casos para ocuparse de cerca de las diferencias que resultan decisivas a la hora de distinguirlos. Tienen la esperanza de que las similitudes entre sus casos hagan menos probable que sean variables no observadas las que expliquen los resultados que pretenden explicar. Por ejemplo, Barrington Moore jr. (1966) basa gran parte de su análisis de la vía violenta hacia la democracia en Francia en la comparación por parejas con Gran Bretaña. Peter Katzenstein (1984) compara las políticas económicas corporativis-

tas de Suiza y Austria como dos ejemplos de la adaptación de estados pequeños a la competencia internacional. Peter Hall (1986) contempla las variaciones en las decisiones político-económicas de Gran Bretaña y Francia a la luz de todo aquello que tienen en común ambos países como estados liberales.

Este enfoque de «las bases comunes» tiene tanto ventajas como inconvenientes. Podemos ilustrar unas y otros con el recuerdo del hundimiento de la democracia en Alemania y en Italia tras la Primera Guerra Mundial. Cuando esos dos países viraron hacia el autoritarismo después de recientes ampliaciones del sufragio que hicieron que la clase trabajadora entrara a formar parte del sistema político, algunos observadores concluyeron que el «autoritarismo de la clase trabajadora» era la principal causa de defunción de la democracia (Lipset, 1960: cap. 4). Pero el enfoque de las «bases comunes» oscurecía unos puntos de partida profundamente distintos en cada país: una Alemania con una gran cultura socialdemócrata, aunque burocratizada, instalada principalmente en la clase trabajadora, y una Italia en la que el peso de radicalismo rural tenía más peso que la importancia de la clase trabajadora industrial en los movimientos de la izquierda. Eso produjo una polarización en el campo italiano que puso tanto a los grandes propietarios terratenientes como a los campesinos con pocas tierras en manos de Mussolini. El proceso político italiano fue muy diferente de la polarización que paralizó la república de Weimar. Centrarse en las bases *no* comunes habría ayudado a Lipset y a otros a localizar los diferentes mecanismos que condujeron a la caída de la democracia en Italia y en Alemania.

¿En qué se diferencia nuestro trabajo en los próximos capítulos? Nosotros partimos de la tradición de las «bases comunes» debido a la utilización de comparaciones por parejas, pero no para maximizar las similitudes o, ni siquiera, para señalar las diferencias entre países enteros, sino para descubrir si existen unos mecanismos y unos procesos similares que gobiernan los cambios en periodos, lugares y regímenes sustancialmente divergentes. Consideremos la investigación de Valerie Bunce sobre la innovación política en los regímenes socialistas de estado y en los regímenes democráticos occidentales (1981). A comienzos de los años de 1980, Bunce observó que la sucesión en el liderazgo de la Unión Soviética coincidía con grandes incrementos del gasto presupuestario. En lugar de volver la vista hacia el enfoque (entonces predominante) de los estudios del ámbito de la política soviética, lo que podría haber resaltado las luchas de poder internas, los rasgos burocráticos del sistema o las características personales de los nuevos líderes, Bunce recurrió al estudio de la sucesión política en los regímenes liberales capitalistas, donde descubrió importantes similitudes en las consecuencias presupuestarias del cambio de li-

derazgo. El desvelamiento de resultados similares del cambio de liderazgo en sistemas tan diferentes la llevó a buscar los mecanismos que vinculan la sucesión con la innovación política en tipos de sistemas muy diferentes. Si Bunce se hubiera mantenido dentro del seguro recinto de los «estudios soviéticos» su trabajo habría sido mucho menos rico y teóricamente sugestivo.

El desafío que supone la comparación por parejas de casos poco comunes consiste en desvelar de qué forma unos mecanismos de cambio similares se combinan de modos distintos con unas condiciones ambientales distintas para producir trayectorias específicas de cambio histórico. Volvamos a tomar en consideración la movilización: un ejemplo familiar es cómo el marxismo socialdemócrata quedó alterado con su difusión desde la Europa central occidental a la Europa oriental hacia comienzos del siglo XX. Marxistas tales como Plekhanov y Lenin estuvieron expuestos a un modelo esencialmente socialdemócrata en Occidente, que movilizaba a sus militantes de forma abierta y poco estricta a través de las elecciones y de los sindicatos. Pero en las condiciones que conformaban el telón de fondo de la Rusia zarista, la movilización tenía que adoptar una forma encubierta y controlada: justo lo que prescribía Lenin en *¿Qué hacer?* El episodio históricamente único de la Revolución Rusa surgió en parte a partir de un proceso de movilización que, a su vez, fue consecuencia de unos mecanismos específicos de reclutamiento, control y conflicto.

Además, identificar mecanismos causales en casos ampliamente diferentes puede explicar mejor aquellos resultados que raramente se comparan o que resultan incluso contradictorios. Pensemos en el nacionalismo. La mayoría de los estudios del fenómeno se centran en la construcción de la nación-estado o en la desintegración del estado como resultado de la nacionalidad. En contraste, en el capítulo 8 comparamos el nacionalismo constructor de un estado en la Italia del siglo XIX con la desintegración de la Unión Soviética en el siglo XX, para descubrir mecanismos semejantes en dos casos ostensiblemente opuestos. Mecanismos semejantes, resultados radicalmente diferentes. Nuestras comparaciones no sólo resaltan esos mecanismos, sino que también revelan cómo éstos se solapan entre sí y con las características contextuales de los casos individuales. También queremos que nos muestren de qué modo diferentes escenarios, secuencias y combinaciones de mecanismos producen procesos y resultados políticos contrastados.

Una estrategia de «bases no comunes» plantea riesgos considerables. Aparte del hecho de que no somos —ni aspiramos a ser— expertos en todos los casos que examinaremos en la segunda parte y en la tercera, nos arriesgamos a que nos pasen desapercibidos los factores contextuales que enriquecen el estudio de la contienda política. Hemos intentado compen-

sar el primer peligro con la consulta de expertos en nuestros casos como parte integral del proceso de redacción. Por lo que respecta al segundo de los peligros, estaríamos más preocupados si nuestro objetivo fuera la identificación de una explicación general nomológico-deductiva de la contienda política.

¿QUÉ CLASE DE PROGRAMA ES ÉSTE?

La pretensión de explicar la contienda política mediante la identificación de los mecanismos y procesos cruciales dentro de cada episodio y en varios de éstos obliga a romper con los modos convencionales de estudiar la contienda. Por la parte negativa, el programa implica:

1. Abandonar los esfuerzos por reparar las casillas y las flechas de la agenda clásica de la teoría de los movimientos sociales con la adición de variables, la reinterpretación de sus elementos o la especificación de nuevas conexiones entre ellos.
2. Eliminar los análisis que consistan esencialmente en contrastar los episodios con las casillas que postula la agenda: cambio social, estructuras de movilización, oportunidades políticas, procesos de enmarcamiento, repertorios y acción contenciosa.
3. Utilizar las divisiones entre movilización, actores y trayectorias como un instrumento clasificatorio cuando resulte útil, pero alejarse de éstas en las explicaciones.
4. Emplear comparaciones entre casos que sólo parcialmente se concentran en condiciones necesarias y suficientes (p. ej.: huelga o no huelga, revolución o no revolución) y, sobre todo, especificar qué es lo que tiene que explicar un análisis más dinámico.
5. De forma parecida, emplear el análisis de la covariación (p. ej.: mediante correlaciones estadísticas) principalmente para especificar qué características de la contienda son sólidas y, por lo tanto, requieren explicación.

El programa también tiene un importante lado positivo. Promueve los análisis empíricos de la contienda que cumplen uno o más de los siguientes requisitos:

6. Identificar procesos relativamente comunes (combinaciones y secuencias de mecanismos) para un estudio más de cerca y comparar

episodios y familias de episodios para detectar el modo de operar de tales procesos: en capítulos posteriores de este libro, por ejemplo, se resiguen procesos similares de movilización/desmovilización, cambio de identidades y polarización en una amplia variedad de episodios.

7. Identificar los mecanismos particulares que aparecen en una variedad de episodios contenciosos y mostrar de qué forma producen los efectos que producen; por ejemplo, en capítulos posteriores aparece repetidamente el mecanismo de la correduría como creador de conexiones entre enclaves sociales previamente desconectados o menos conectados y, de ese modo, como facilitador de una actuación coordinada entre dichos enclaves.
8. Cuando se ocupan de episodios enteros, (a) reconocer que la asignación de un principio y de un final implica establecer convenciones entre los observadores, y examinar de cerca las consecuencias de las convenciones adoptadas; (b) especificar qué hay de distintivo en un episodio o familia de episodios y, por lo tanto, requiere explicación; (c) apoyar dicha especificación con la comparación con al menos otro episodio que difiera respecto a esa característica específica; (d) identificar cuáles son los mecanismos clave y los procesos sólidos que producen las características específicas. Aunque este libro presta relativamente poca atención a los problemas de observación, medida y comparación formal, las tres comparaciones por parejas de la segunda parte ilustran lo que ocurre cuando seleccionamos los episodios a comparar sobre la base de los procesos más destacados que tienen lugar en su interior: procesos de movilización y desmovilización, procesos de transformación de las acciones y de las identidades y procesos que afectan más directamente a las trayectorias de la movilización y de la acción, respectivamente.
9. Repetir el programa que acabamos de establecer con familias de episodios que comparten enclaves, acciones, actores, trayectorias o resultados. La tercera parte de este libro busca establecer comparaciones de episodios altamente dispares pero lógicamente comparables que implican procesos revolucionarios, procesos de movilización étnico-nacionalista y procesos de democratización.

Las partes segunda y tercera de este libro presentan intentos preliminares de implementación de un programa así, a la vez que pretenden localizar mecanismos y procesos importantes.

NUESTROS EPISODIOS

Los mecanismos y los procesos que esos mecanismos producen son los componentes de los episodios: secuencias únicas de alteraciones en las relaciones entre elementos conectados. Una espiral reconocible de compromiso y actuación puede formar parte de una secuencia más larga en la que los participantes en la democratización de un país (por ejemplo, los trabajadores italianos, los estudiantes, terratenientes, sindicatos, partidos, nacionalistas regionalistas, empresarios, legisladores y los continuadores del fascismo en la década de 1960) se movilizan, se desmovilizan, forman coaliciones y luchan entre sí. Explicar la democratización única de ese país después de la Segunda Guerra Mundial significa descomponerla en mecanismos y procesos coherentes, recurrentes y documentados.

Los capítulos siguientes trazan una clara línea que separa los episodios, por un lado, de los mecanismos y procesos que los comprenden, por el otro. Repasan y comparan episodios diferentes con la esperanza de identificar (1) mecanismos y procesos que figuran significativamente en esos episodios y explican las características principales de su evolución; (2) configuraciones específicas de mecanismos que distinguen a los episodios y que explican las principales diferencias entre éstos.

Bajo el epígrafe de movilización, por ejemplo, el capítulo 4 compara los mecanismos de la atribución de oportunidad/amenaza, la apropiación social y la correduría tal y como éstos se combinan en la rebelión Mau Mau de Kenia y en la Revolución Amarilla de las Filipinas a mediados de los años de 1980. El capítulo 5 analiza algunas de las características de dos episodios contenciosos complejos: el desarrollo del conflicto politizado hindú-musulmán en el sur de Asia y el derribo del régimen del apartheid en Sudáfrica. En cada caso, determinamos cómo operan cuatro mecanismos —la correduría, la formación de categorías, el cambio de objeto y la certificación— que afectan al nombre bajo el cual y al tipo de organización sobre cuya base se movilizan y efectúan sus reivindicaciones los actores de la contienda. Bajo el epígrafe de trayectorias (capítulo 6), la correduría aparece tanto en la creación del Partido Republicano Americano antes de la Guerra Civil como en la democratización española, y también encontramos el mecanismo del «efecto de flancos radicales», mediante el cual las acciones de fuerza de los extremos de un continuo político llevan a los actores que ocupan el terreno intermedio a construir alianzas más próximas y efectuar reivindicaciones más concertadas de lo que habrían hecho en otras circunstancias.

También examinamos el cambio del repertorio de la interacción contenciosa. Tales cambios incorporan, o se derivan de, los mecanismos de la

correduría, la formación de categorías, el cambio de objeto y la certificación, pero dependen también de otros mecanismos que se hacen más visibles cuando pasamos de las acciones, los actores y las identidades a nuestros otros dos centros de atención: la movilización-desmovilización y las trayectorias. Queremos que nuestras comparaciones por parejas desvelen, en episodios diferentes, mecanismos poderosos y recurrentes, aunque sean parciales, para identificar así mecanismos de gran alcance.

Por razones prácticas, es imposible explicar la totalidad de una trayectoria contenciosa en toda su complejidad, tanto como que un geólogo pueda explicar —o se preocupe por explicar— todas las características de una cordillera montañosa. Explicar consiste en destacar las características problemáticas de los fenómenos disponibles, para después identificar los mecanismos recurrentes que dan lugar a tales características. Tenemos ante nosotros todo un reto. Tenemos que regresar a la movilización, la acción y las trayectorias contenciosas para identificar ahora los mecanismos y procesos causales que aparecen prominentemente en ellas. Tenemos que examinar los episodios contenciosos con más detalle y esbozar explicaciones parciales de sus características problemáticas. Debemos ocuparnos de clases enteras de episodios —a saber, de aquellas que implican una movilización nacionalista, una democratización y una revolución— para demostrar que el descubrimiento de los principales mecanismos y de los procesos que éstos producen remodela las explicaciones de esos tipos de episodios.

Las partes segunda y tercera adoptan enfoques muy distintos. En la segunda parte, examinamos episodios muy contrastados para establecer sobre todo dos principios. En primer lugar, que procesos y mecanismos causales similares aparecen en variedades bastante distintas de contienda política. A pesar de la tentación de pensar en los conflictos industriales, la guerra, el genocidio y otras formas de contienda como formas de contienda que encajan en conjuntos separados de regularidades, al examinarlos más de cerca, vemos que sus detalles están hechos de cadenas causales similares. En segundo lugar, que aparecen mecanismos y procesos similares en episodios que producen resultados generales enormemente diferentes. Aunque, por definición, unos mecanismos y procesos sólidos generan los mismos efectos inmediatos en cualquier ocasión en la que operen, los contextos y concatenaciones de éstos también tienen su importancia. Las condiciones iniciales, las combinaciones y las secuencias afectan de forma significativa a los resultados a gran escala. Aunque los conjuntos de mecanismos y procesos básicos de dos episodios fueran idénticos, no podríamos esperar que sus trayectorias y sus resultados también lo fueran si no es que, en el mundo de la fantasía, las condiciones iniciales, las combinaciones y las secuencias también fueran idénticas.

La tercera parte supone un cambio de rumbo. Está edificada sobre la segunda parte al emparejar deliberadamente episodios de las siguientes características:

- Pertenecen a categorías de contienda para las cuales los analistas han propuesto a menudo modelos generales de uno u otro tipo.
- Sus trayectorias y sus resultados globales son rotundamente diferentes.
- Sin embargo, su explicación plantea en principio problemas similares.
- Podemos identificar ciertas características suyas como problemáticas a la vista de la comprensión convencional de los fenómenos de que disponemos: revoluciones, movilización nacionalista y democratización.

Así pues, la tercera parte eleva la apuesta hecha en la segunda parte al mostrar que unos conjuntos pequeños y bien escogidos de mecanismos y procesos causales explican las características problemáticas de episodios poco parecidos. De hecho, eso queda demostrado dos veces: primero en las comparaciones por parejas y, después, para ciertos mecanismos y procesos que trascienden los límites de los tipos generales de contienda que convencionalmente se contemplan: las revoluciones, el nacionalismo y la democratización.

Por conveniencia, los capítulos de la segunda parte mantienen la distinción entre movilización, acción y trayectorias. Ya debería haber quedado claro que esas tres etiquetas sirven sobre todo como útiles heurísticos, más que identificar fenómenos analíticamente distintos. El capítulo 4 se centra en la movilización e introduce procesos y mecanismos implicados también en la formación de identidades y en las trayectorias. En el capítulo 5, la discusión de actores, acción e identidades recoge las cuestiones de la movilización y las trayectorias, y en el capítulo 6 el nuevo análisis de las trayectorias capitaliza todos los análisis anteriores con la incorporación de observaciones relativas a los actores y a su movilización.

Y ése es nuestro modo de proceder. Los capítulos 4, 5 y 6 se encargan de la movilización, los actores y las trayectorias por separado, y se centran en pares de episodios provocativos: la rebelión Mau Mau en Kenia y la expulsión de Ferdinand Marcos en las Filipinas (capítulo 4), el conflicto hindú-musulmán en el sur de Asia y la destrucción del apartheid en Sudáfrica (capítulo 5), la movilización antiesclavista en los Estados Unidos y la transición del autoritarismo a las primeras fases de la democratización en la España de la posguerra (capítulo 6). Después pasamos a discutir por separado la revolución (capítulo 7), el nacionalismo (capítulo 8) y la democratización (capítulo 9), antes de concluir nuestra aventura (capítulo 10).

SEGUNDA PARTE
TENTATIVAS DE SOLUCIÓN

4

La movilización según una perspectiva comparativa

¿DÓNDE NOS ENCONTRAMOS EN ESTOS MOMENTOS? EL CAPÍTULO 2 identificó las dificultades que comportaban los análisis estándar de los orígenes de la contienda. El capítulo 3 propuso, a continuación, poner remedio a esas dificultades con la identificación de unos mecanismos causales de aplicación amplia y de las combinaciones de éstos en procesos recurrentes en la movilización y la desmovilización, en los actores y en las trayectorias. En este capítulo, empezamos a demostrar la aplicabilidad de tal enfoque al amplio abanico de episodios que se incluyen en la tabla 3.1 y la figura 3.1. No estamos poniendo a prueba una teoría general de los orígenes de la contienda. Más bien, pretendemos identificar mecanismos importantes que desempeñen un papel causal significativo en una amplia variedad de movilizaciones y desmovilizaciones.

Nos centramos en la rebelión Mau Mau en Kenia en los años de 1950 y en la Revolución Amarilla de las Filipinas en la década de 1980 para plantear algunos interrogantes primordiales acerca de la movilización —el proceso que primero abordamos en el capítulo 2. Ambos episodios son enormemente diferentes entre sí: la revuelta Mau Mau desplegó altos niveles de violencia; el movimiento de las Filipinas fue en gran medida no violento. El episodio Mau Mau casi no implicó organización formal alguna; la Revolución Amarilla de las Filipinas dependió de un rico espectro de organizaciones e instituciones tanto establecidas como emergentes.

Aunque durante mucho tiempo se lo ha contemplado como una revuelta anticolonial, el episodio Mau Mau fue, simultáneamente, algo así como una guerra civil interna entre los kikuyu. Los acontecimientos de las Filipinas no fueron ni una revuelta anticolonial ni una guerra civil, pero sí estuvieron próximos a constituir un amplio movimiento socialdemócrata que congregó a la mayoría de los habitantes de Manila, si no a la totalidad de la sociedad filipina. Aunque más moderado en su retórica y en su textura general que la revuelta Mau Mau, el episodio filipino habría que calificarlo de revolución. En definitiva, provocó la caída de un régimen. Por el contrario, muchas personas, a pesar de la gran cantidad de literatura académica en contra, siguen contemplando la revuelta Mau Mau como una insurrección atávica vinculada a cultos religiosos.

A pesar de las diferencias entre sí, el análisis de ambos casos revelará que operan tres mecanismos causales —la *atribución de amenaza y oportunidad*, la *apropiación social* y la *correduría*— que encontramos que aparecen de modo recurrente en muchos casos de movilización. Eso no significa que no operen otros mecanismos, tanto aquí como en otras partes. Por ejemplo, ambos episodios revelarán la presencia de la certificación y la descertificación, mecanismos a los que regresaremos en más detalle en capítulos posteriores. Aquí y en el resto de la segunda parte, nuestro interés no radica en explicar las diferencias globales entre los dos episodios que hemos emparejado. Lo que pretendemos es mostrar que en ambos aparecen idénticos mecanismos causales y que los tres mecanismos antes citados contribuyeron de forma central a la movilización. La tarea de comparar exhaustivamente los episodios para explicar sus principales diferencias no nos ocupará hasta llegar a la tercera parte, en los capítulos 7 a 9.

LA REVUELTA MAU MAU

Mau Mau es el término que se usa habitualmente para describir la insurrección armada que tuvo lugar en Kenia entre principios y mediados de la década de 1950 y que enfrentó a una fuerza irregular predominantemente kikuyu de «luchadores por la libertad» contra las tropas británicas y las unidades de la Guardia Kikuyu, que les fueron leales. Es difícil precisar las fechas exactas de inicio y final de la revuelta. No obstante, la fecha clave en la escalada de ésta fue el 20 de octubre de 1952. Ese día, la Administración colonial declaró un estado de emergencia que trajo como consecuencia la detención del líder nacionalista Jomo Kenyatta y de otras 145 figuras políticas kenianas. La causa inmediata de la declaración del estado de emergencia fue el asesinato del jefe Waruhiu —un líder tribal conservador y aliado nominal de los británicos— el 7 de octubre. Pero lo que

impulsó al Gobierno a tal actuación fue el aumento general de los ataques a líderes conservadores africanos y, esporádicamente, a los colonizadores europeos en los dos años anteriores a la declaración de la emergencia. El Gobierno, que se imaginaba que existía una conspiración unificada y centralizada, acusó a Kenyatta de «dirigir la Mau Mau, una sociedad secreta juramentada para expulsar de Kenia al Gobierno británico y a las colonias de granjeros blancos» (Lonsdale, 2000: 197).

La declaración alteró la naturaleza del conflicto de forma profunda y duradera. Amenazados por la actuación del Gobierno, miles de seguidores leales a los Mau Mau se refugiaron en las reservas forestales del norte y del oeste de Nairobi, donde emprendieron una campaña guerrillera, en gran medida defensiva, que persistió de forma más o menos continua hasta mediados de 1956. Pero, tal y como han señalado Rosberg y Nottingham (1966: 277), la fase casi militar de la revuelta «fue consecuencia de las condiciones del estado de emergencia mismo». En ese sentido, «la emergencia [...] suponía un ataque prepotente de los titulares de la autoridad colonial contra un segmento significativo del liderazgo político de Kenia y de sus partidarios» (Berman y Lonsdale, 1992: 253). Así lo entendieron tanto las autoridades coloniales como los kikuyu, que pensaban que «la intención del hombre blanco era eliminar a la totalidad de la tribu kikuyu» (Barnett y Njama, 1966: 71). Pero el conflicto no debería entenderse simplemente como una revuelta anticolonial, iniciada y dirigida por los insurgentes kikuyu. Además, tal y como Lonsdale y Berman (1992: cap. 12) se ocupan de señalar, el conflicto fue también en cierta forma una guerra civil kikuyu, nacida de la rigurosa escasez de tierras después de la Segunda Guerra Mundial y de los efectos corrosivos que ésta tuvo sobre la tradicional «economía moral» de la sociedad kikuyu.

Al final, la revuelta sucumbió ante una fuerza militar superior y ante la escasez crónica y la falta de coordinación general de los Mau Mau. Pero, como ironía final en un conflicto lleno de ironías, las fuerzas de reacción colonial acabaron ganando la guerra y perdiendo el país. El blindaje político frente a los Mau Mau, que se prolongó hasta mucho después de acabado el periodo de la lucha activa y que quedó encarnado en la muerte con intento de encubrimiento de once «detenidos» en el campo de «rehabilitación» de Hola, en marzo de 1959, acabó despojando a la Administración colonial del apoyo del Ministerio del Interior británico y precipitó el fin de su gobierno. Escribe Edgerton:

Convencido por los acontecimientos de Hola de que era necesario acelerar el ritmo de los cambios en África, [el primer ministro británico Harold] Macmillan tomó una decisión que cambiaría el curso del futuro de Kenia. Sustituyó al [secretario colonial] Alan Lennox-Boyd por Ian Macleod, hombre profundamente ofendido por lo que había sucedido en Hola (1989: 198).

Mcleod, por su parte, diseñó rápidamente un acuerdo entre las diversas partes —colonos blancos, nacionalistas africanos, autoridades coloniales— que apostaba por la rápida transformación de Kenia en una democracia parlamentaria basada en el sufragio universal. La independencia final le fue concedida el 12 de diciembre de 1963, apenas once años después de que se hubiera declarado el estado de emergencia inicial.

LOS PROCESOS DE CAMBIO HISTÓRICO EN LOS ORÍGENES DE LOS MAU MAU

Los orígenes del movimiento que llegó a conocerse como Mau Mau ilustran la importancia de los procesos generalizados de cambio como catalizadores de la contienda. Antes de ocuparnos de los cambios específicos que ayudaron a crear el contexto de los Mau Mau, vale la pena subrayar una de las afirmaciones que realizábamos en el capítulo 2. No asociamos a tales «procesos de cambio» un estatus epistemológico diferente del que asociamos a los diversos mecanismos de los que nos ocupamos en este libro (de hecho, si enfocáramos nuestra lente empírica sobre esos «procesos de cambio», veríamos que también éstos combinan mecanismos relacionales, cognitivos y ambientales). Pero, para evitar una regresión *ad infinitum*, aquí los tratamos más como un contexto histórico necesario que como objetos de estudio en sí mismos.

Los cambios relevantes, en este caso, fueron de dos tipos: los que afectaron a la economía política interna de Kenia en el periodo de posguerra y la tendencia general hacia la descolonización posterior a la Segunda Guerra Mundial (Cooper, 1996; Mamdani, 1996). Esta última tendencia está bien documentada y no es algo peculiar del caso de Kenia. El primer conjunto de cambios requiere una mayor explicación.

El final de la Segunda Guerra Mundial marcó el inicio de un periodo de prosperidad económica sin precedentes en Kenia, así como unos altos niveles de inmigración de colonos blancos en el país. Ambas tendencias estaban claramente relacionadas: la inmigración incrementaba la producción agrícola, y una economía que era en general prometedora alimentaba la inmigración. Existía, sin embargo, una tendencia negativa en dicha dinámica, por lo demás, saludable. La inmigración blanca de los años de posguerra generó una grave escasez de tierra que afectó a la población africana de Kenia en general y a los kikuyu en particular. Tal escasez se vio más agravada todavía por la mecanización de la agricultura por parte de los colonizadores, por el rápido crecimiento de la población africana y

por la imposición de políticas agrícolas específicas por parte de la Administración colonial. Entre tales políticas estaban la expulsión de los ocupantes africanos —habitualmente kikuyu— de las tierras masai y de los distritos de colonos, seguida de un nuevo reasentamiento forzoso en las reservas kikuyu.

El efecto global de esas diversas presiones demográficas y económicas fue la disrupción total de la economía material y moral propia de la forma de vida de los kikuyu. Tal y como lo expresa John Walton (1984: 111):

La posibilidad de ampliar las propiedades era crucial para el sistema de clanes familiares y de poblados, así como para los gobiernos regionales. Después de alcanzar la edad de la madurez y pasar por el rito de la circuncisión, a los jóvenes guerreros kikuyu se los recompensaba, en su primer matrimonio, con una parcela nueva o ya existente de la tierra familiar. La posesión de tierras confirmaba al guerrero y a sus esposas como ciudadanos plenos del poblado y del clan familiar. Los varones con tierras podían llegar a convertirse más tarde en ancianos del poblado y a formar parte de los consejos, organizados según una jerarquía democrática descentralizada que alcanzaba hasta los niveles regional y tribal [...] Cuando los colonos comenzaron a ocupar las tierras de los kikuyu, [...] comenzaron, simultáneamente, a destruir los cimientos de su sociedad.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el ritmo acelerado de la inmigración de colonos blancos, con la consecuente pérdida de tierras anteriormente kikuyu, agravó las tensiones generacionales, de género y de clase entre los kikuyu. Tal agravamiento ayuda a explicar las diferentes facciones que se desarrollaron durante el conflicto. Los antiguos propietarios, con control dinástico sobre la tierra, tendían a ser conservadores y a abstenerse de cualquier implicación, o a ser activamente leales a las autoridades en sus simpatías y en sus acciones. Los miembros de los «grupos de edad» jóvenes que carecían de tierras (o del derecho a la tierra) eran susceptibles de ser más militantes y activos en su apoyo al movimiento.

La crisis de terreno que afrontaban los kikuyu —y algunas comunidades específicas en particular— se instauró sobre el telón de fondo de otro proceso de cambio destabilizador: la tendencia general en la posguerra hacia la descolonización y hacia el aumento de la actividad política contenida de los nacionalistas kenianos, que las perspectivas de independencia habían contribuido a poner en marcha. La actividad política institucionalizada topó con la total resistencia de las autoridades coloniales, atrapadas como estaban entre las políticas cada vez más liberales del Ministerio del Interior británico y la intransigencia de los colonos blancos. Existía también una base ideológica para la resistencia de las autoridades coloniales. Éstas pensaban, genuinamente, que la actividad política solamente exacerbaría las tensiones que estaba provocando

la «modernización» y socavaría las reconfortantes (y apolíticas) tradiciones de la vida tribal. A los africanos se los consideraba mal preparados cultural y psicológicamente para la política al estilo occidental y, por lo tanto, cualquier respuesta favorable a las iniciativas políticas de los «indígenas» era contemplada, por parte de las autoridades, como una renuncia a su responsabilidad paternalista de proteger a los «cargos» indígenas de las tensiones de la modernización. Ésos eran, pues, los procesos de cambio que afectaban a Kenia en el periodo de posguerra. Pero los orígenes de los Mau Mau no están en los cambios mismos, sino en el modo en que las diversas partes del conflicto interpretaron e intentaron responder a dichos procesos.

ATRIBUCIÓN DE AMENAZA Y OPORTUNIDAD EN LA KENIA DE LA POSGUERRA

La atribución colectiva de amenaza u oportunidad es un mecanismo clave para la movilización. Implica (a) la invención o la importación y (b) la difusión de una definición compartida referente a los cambios en las probables consecuencias de las actuaciones posibles (o, igualmente, de la renuncia a actuar) emprendidas por algún actor político. La atribución de amenaza-oportunidad suele surgir de la competencia entre los defensores de interpretaciones diferentes, una de las cuales acaba por prevalecer. En el caso de los Mau Mau, está claro que se produjo tal tipo de competencia. Las partes implicadas en el desarrollo del conflicto keniano interpretaron los grandes cambios sociales como amenazas y oportunidades significativas. La tendencia de la posguerra hacia la descolonización y la oleada de movimientos nacionalistas que ésta ayudó a extender fue percibida como una grave amenaza por parte de la considerable población de colonos blancos de Kenia y, en menor medida, por las autoridades coloniales. Esa sensación de amenaza se vio perceptiblemente reforzada por el inicio en 1948-1949 de una poderosa rebelión procomunista en la colonia británica de Malasia (Kattenburg, 1990). (Las autoridades coloniales de allí respondieron en 1949 con la declaración del estado de emergencia, un modelo que pronto imitarían sus equivalentes en Kenia.)

Por su parte, los nacionalistas kenianos percibían tales acontecimientos como prueba de que tenían a su alcance una oportunidad sin precedentes para lograr la independencia. El resultado fue el aumento de la movilización popular en Kenia y en todas las demás partes de África. De hecho, incluso antes del final de la guerra, el creciente optimismo respec-

to a la forma que tomaría el mundo en la posguerra había inspirado el aumento de la actividad política contenida de los nacionalistas moderados de Kenia. Una de las manifestaciones de esa tendencia en el nivel organizativo fue la fundación de la Kenya African Union [Unión Africana de Kenia] (KAU) en 1944.

El cese de las hostilidades militares tuvo poco efecto a la hora de calmar los ánimos de los nacionalistas kenianos. Al contrario, se siguieron en rápida sucesión una serie de acontecimientos que claramente reforzaron el sentimiento de cambio inminente que prevalecía. Primero vino el anuncio de Londres de la nueva política de «multirracismo» del Gobierno británico con respecto a las colonias africanas. Aunque vago, el anuncio parecía prometer un alejamiento radical de la realidad de supremacía blanca de la preguerra. Después llegó la evolución del drama de la independencia de la India. La excitación con que se recibió en 1946 el regreso del exilio de la principal figura nacionalista de Kenia, Jomo Kenyatta, da una idea de los ánimos que predominaban entre la comunidad nacionalista de Kenia en los turbadores días que siguieron a la guerra. La ascensión de Kenyatta al cargo de presidente de la Unión Africana de Kenia en 1947 reforzó dichos ánimos. Anunciaba un periodo de intensa actividad política, no sólo por parte de la KAU, sino también de otras organizaciones políticas establecidas. Por ejemplo, el Congreso de Sindicatos del Este de África [East Africa Trades Union Congress] (EATUC), con base en Nairobi, llevó a cabo una huelga general en Mombasa en la que participaron unos 15.000 trabajadores y que reforzó aún más el sentimiento general de incertidumbre y cambio que predominaba en Kenia durante el periodo de la inmediata posguerra.

Si a los colonos blancos les preocupaba la tendencia general de la posguerra hacia la descolonización, el aumento de la actividad política de la mayoría africana de Kenia todavía los alarmaba más. Amenazados por ambas evoluciones, así como por la imprecisa política de «multirracismo» de Londres, los colonos formularon e hicieron público en 1949 su plan para la supremacía blanca al estilo de Sudáfrica. Bajo el título de *El plan de Kenia*, el manifiesto se publicitó ampliamente en los círculos políticos africanos y fue interpretado como una amenaza para los intereses indígenas por parte de los nacionalistas kenianos.

Los episodios de contienda se desarrollan habitualmente a partir de, y dependen de, la percepción de una incertidumbre ambiental significativa por parte tanto del estado y las élites no estatales como de los desafiadores. Tal percepción compartida asegura que ambos bandos siguen viendo la situación como una situación que plantea amenazas y/u oportunidades para la realización de los intereses de grupo. La tendencia general hacia la descolonización del periodo de la inmediata posguerra sirvió para crear

justamente dicho tipo de incertidumbre generalizada con respecto a la estructuración de la política racial en Kenia. Citando a Lonsdale:

Después de la Segunda Guerra Mundial [...] los hilos discordantes de la historia de Kenia quedaron atados en la cuestión nodal de quién ejercería el control en el futuro. ¿Se convertiría Kenia en un dominio de la minoría blanca, como Sudáfrica, en un pacto multirracial, tal y como se discutió para la República Centroafricana, o en un estado negro? ¿Durante cuánto tiempo podría mantenerse sin desvelar el futuro un Gobierno colonial menguado en todo el mundo? (Lonsdale, 2000: 202).

A su vez, el sentimiento intensificado de amenaza u oportunidad que va asociado a la incertidumbre impulsó a todas las partes establecidas del conflicto a vigilar de cerca las acciones de los demás y a reaccionar con unas movilizaciones que iban en escalada. Para 1950, el conocido modelo de acción iterativa que caracteriza a la movilización en la contienda política (véase la figura 2.1) resultaba bien palpable en Kenia. De hecho, en ese año asistimos a un ejemplo clásico de dicha secuencia iterativa, surgido del extendido sentimiento de incertidumbre que impregnaba la política de la posguerra en Kenia. El Congreso de Sindicatos del Este de África lanzó una campaña contra el plan británico, aparentemente inocuo y en gran parte ceremonial, de conceder el control político de los distritos kikuyu circundantes al Gobierno de la ciudad, controlado por los blancos. Durante la campaña que siguió, el líder del Congreso, Fred Kubai, fue arrestado junto con otros activistas. Después vino una huelga general que duró dieciocho días, antes de poder ser reprimida por la policía y los soldados.

En ese mismo año, Kenyatta y la KAU iniciaron una campaña de peticiones encaminada a lograr la devolución de las tierras perdidas, en su mayoría kikuyu. La campaña se alargó hasta 1951 y tuvo como resultado la recolección de unas 67.000 firmas. Las autoridades coloniales nunca se dignaron responder a las peticiones. Kenyatta hizo que la campaña de peticiones fuera seguida de la apelación directa a James Griffiths, secretario de Estado para las colonias, para que añadiera doce miembros africanos electos al Consejo Legislativo de Kenia. Dicha apelación tuvo lugar durante la visita a Kenia de Griffiths, en mayo de 1951, y trajo como resultado la consecución, no de doce, pero sí de dos nuevos asientos en el Consejo Africano y la promesa de celebrar una «conferencia constitucional» sobre el problema más general al año siguiente. A causa de la declaración del estado de emergencia, la conferencia nunca llegó a celebrarse.

DE LA CONTIENDA CONTENIDA A LA TRANSGRESIVA

A grandes rasgos, esos fueron los acontecimientos que definieron la movilización cada vez más activa de la contestación contenida en Kenia durante el periodo de la inmediata posguerra. No obstante, simultáneamente, se dio una segunda corriente de acción colectiva incipiente que representaba un desafío más transgresivo, no sólo al *establishment* racial de Kenia, sino también a las tradicionales relaciones de edad, clase y género dentro de la sociedad kikuyu. Esa segunda corriente respondía, no tanto a la amenaza o promesa de una Kenia en proceso de descolonización, como a la severa crisis de tierras del periodo de posguerra.

Los inicios de esta segunda corriente de actividades insurgentes no están del todo claros, pero un buen caso puede contribuir a mostrar la importancia decisiva de la campaña de resistencia de la población rural que se desarrolló entre algunos de los ocupantes, recientemente reubicados, de un asentamiento en la tierra masai conocida como Olenguruone. En realidad, los «ocupas» habían sido desalojados de las regiones montañosas blancas sobre las que aún mantenían derechos de propiedad en la década de 1940, y habían sido reubicados en tierras masai en Olenguruone. El modo de vida desarrollado entre los ocupas de las zonas montañosas quedó completamente truncado con la expulsión y posterior reubicación en Olenguruone. Para añadir más leña al fuego, los ocupas fueron obligados, como parte del programa de reasentamiento, a participar en un programa de trabajo intensivo y culturalmente denigratorio de construcción de terrazas para la conservación del suelo. También se les aplicaron otras reglas onerosas.

Ese choque entre las autoridades coloniales y las redes de confianza y destino compartido que se habían creado entre los ocupas de Olenguruone provocó una campaña de resistencia generalizada. Siguió una larga lucha entre la negativa kikuyu a obedecer las reglas y la amenaza oficial de expulsión.

Para complicar todavía más las cosas, las autoridades coloniales dependían considerablemente del poder coercitivo de los «jefes» kikuyu oficialmente reconocidos y otras élites tribales tradicionales para imponer el cumplimiento de los términos del programa de reasentamiento. El conflicto llegó a un punto decisivo en 1946, cuando un gran grupo de ocupas realizó una marcha de 250 kilómetros para consultar con el jefe Koinange, a la vez que pedían ayuda también a Kenyatta.

La más antigua de las asociaciones africanas de Kenia, la Asociación Central Kikuyu [Kikuyu Central Association] (KCA) ayudó a organi-

zarse a 3.000 de los ocupas de Olenguruone en la Asociación de Propietarios de Tierras Kikuyu Ocupas de las Montañas [Kikuyu Highlands Squatters Landlords Association]. A pesar de toda esta oleada de actividad, los resultados fueron nulos. El jefe Koinange, Kenyatta y las demás élites kikuyu propietarias de la tierra mostraron algo menos que agresividad en su apoyo a los ocupas en lucha. Las autoridades coloniales, decididas a cortar de raíz cualquier «insurrección indígena», respondieron con agresividad para reprimir la insurrección. La revuelta había fracasado para mediados de 1947, pero no sin antes: (1) haber ampliado las divisiones dinásticas, de clase y de edad entre los kikuyu —la mayoría de los jefes acabaron oponiéndose a la revuelta— y (2) haber endurecido a las autoridades coloniales y a los colonos blancos ante la amenaza de disturbios populares, aunque éstos siguieran ciegos a las divisiones que se estaban produciendo entre los kikuyu.

La revuelta de Olenguruone contribuyó a dar forma al conflicto que se estaba gestando de un modo todavía más decisivo. En la revuelta se iniciaron los «juramentos radicales», que se convertirían en emblema de los Mau Mau y en su principal medio de reclutamiento. La práctica de generar solidaridad y reforzar los compromisos colectivos mediante la juramentación era desde hacía tiempo un elemento básico de la vida tribal kikuyu. Pero dicha práctica se limitaba convencionalmente a aquellos kikuyu (p. ej.: ancianos cabeza de familia, varones con tierras) a quienes se estimaba dignos de las responsabilidades que conferían los juramentos. Lo que hizo de los juramentos realizados en conexión con la revuelta Olenguruone algo tan significativo —y tan amenazador para los ancianos kikuyu cabeza de familia— fue su abrupta ruptura con las prácticas culturales tradicionales. En el contexto de la revuelta, los juramentos se usaban para reclutar a cualquiera —varones sin tierras, mujeres e incluso niños— que deseara unirse a la lucha y resistirse a los términos del programa de reasentamiento. Además de los lazos que los unían a las autoridades coloniales, fue el firme desafío cultural y político que suponían los juramentos radicales lo que llevó a la élite kikuyu tradicional a ver con malos ojos la campaña de los ocupas.

Significativamente, los juramentos radicales no se terminaron con el fracaso de la revuelta de los ocupas. La escasez de tierras de la posguerra había creado condiciones similares a las de Olenguruone por todas las montañas y los territorios masai. El juramento de Olenguruone se extendió con rapidez entre los ocupas afectados, igual que el compromiso generalizado a resistirse a los onerosos términos de los programas de reasentamiento. Aun así, esta segunda campaña de resistencia de la población rural podría haberse mantenido difusa y acabar remitiendo de no ser por una breve alianza entre una imprecisa federación de militantes jóvenes sin

tierra con base en Nairobi y antiguos veteranos moderados de la KCA con base en Kiambu, un distrito rural de los alrededores de Nairobi. Las motivaciones que subyacían a la alianza no están del todo claras. Quizás la extensión del juramento había convencido a los veteranos de la KCA de que existía un electorado más joven y más radical del que podían sacar algún partido. O quizás estaban simplemente frustrados por la intransigencia total de las autoridades coloniales y tenían realmente la intención de crear una alternativa rural a la política más tradicional de efectuar peticiones y utilizar la persuasión.

Fueran cuales fueran sus objetivos, los veteranos de la KCA abandonaron rápidamente la alianza, probablemente por el mismo sentimiento general de amenaza y la misma repulsa cultural que habían sentido los jefes por los ocupas de Olenguruone. Porque la abortada alianza generó una campaña de juramentación hasta más radical que la alimentada por la revuelta de Olenguruone. La campaña fue más radical que su predecesora en dos modos distintos. En primer lugar, a pesar de que no existía una forma estándar de realizar el juramento, algunas de las variantes eran coercitivas y se componían de prácticas culturalmente toleradas (p. ej., sexual y/o físicamente dolorosas). En segundo lugar, los requisitos de comportamiento que implicaba el juramento pasaron, al menos para algunos de los iniciados, a ser algo más que las formas generalmente pasivas de resistencia que habían caracterizado a la revuelta de los ocupas. Así pues, con el inicio de la campaña en 1950, empezamos a percibir un nivel bajo de violencia proactiva dirigida contra personas y propiedades vinculadas al Gobierno colonial y contra la complicidad kikuyu con tal Gobierno. Uno de los primeros ejemplos de esa violencia puede servir de ejemplo de la práctica general. A comienzos de 1950, uno de los hijos del jefe Koinange fue asesinado por negarse supuestamente a realizar el juramento o por la sospecha, generalizada, de que se trataba de un informador del Gobierno.

Aunque con base inicialmente en Nairobi, la nueva campaña de juramentación se extendió rápidamente a otros distritos kikuyu —sobre todo a Murang'a y Nyeri—, igual que se extendieron los ataques, vinculados a la campaña, contra aquellos a quienes se consideraba responsables de las crecientes desigualdades dentro de la sociedad kikuyu. No es sorprendente que los ataques —sobre todo cuando se los empareja con la fermentación de la política keniana institucionalizada— provocaran la alarma y el miedo generalizados entre los colonos blancos y las autoridades coloniales. La violencia también fue responsable de una crisis cada vez más aguda entre los propios kikuyu. No obstante, debido a su ceguera ante las divisiones en el seno de la sociedad kikuyu, los kenianos blancos y los británicos interpretaron los ataques esporádicos como una rebelión coordinada y generalizada de los kikuyu. Específicamente, las autoridades colo-

niales estaban convencidas de que la *política contenida* o institucionalizada de Kenyatta y la KAU estaba de algún modo conectada con (y era quizás un modo de encubrir) la creciente oleada de violencia.

El momento decisivo en esa dinámica de acción, interpretación y reacción, que iba en escalada, fue la declaración del estado de emergencia el 20 de octubre de 1952. La justificación nominal de tal declaración fue el asesinato de un nuevo líder tribal tradicional aliado de los británicos. Pero el asesinato del anciano jefe Waruhiu —sucesor del jefe Koinange en su cargo— el 7 de octubre no fue sino una excusa bien recibida para el decisivo golpe de poder que los colonos blancos llevaban algún tiempo exigiendo a las autoridades coloniales. Las actuaciones de las autoridades el 20 de octubre e inmediatamente después de la declaración de la emergencia revelaban su convicción de que los ataques y la actividad política cada vez más intensa de Kenyatta y otros políticos moderados kikuyu no eran sino aspectos distintos de una insurrección unitaria.

Inmediatamente después de la declaración, las autoridades barrieron todo Nairobi y las reservas kikuyu circundantes y arrestaron a 146 figuras políticas, la mayoría de las cuales eran personas con puntos de vista relativamente moderados. No obstante, la detención más sonada en esa barrida fue la de Kenyatta, de quien las autoridades seguían pensando que era el malvado cerebro que se escondía detrás de la rebelión. A continuación, fue juzgado y, basándose en unas pruebas claramente prefabricadas, fue encarcelado durante casi diez años. Lejos de calmar la resistencia africana, el juicio de Kenyatta en Kapenguria provocó la oposición generalizada al Gobierno colonial británico tanto dentro de Kenia como en otras partes. Una informe policial confidencial de diciembre de 1952 señalaba que:

Un espíritu nacionalista ha nacido en Kenia y [...] es intención obvia de la *intelligentsia* explotarlo a fondo. El escenario de Kapenguria [...], clara prueba del apoyo que los africanos de Kenia pueden esperar de la costa oeste, de la India y del Sudán, está teniendo un efecto de gran alcance en los africanos, quienes lo contemplan, no sólo como el juicio de los líderes kikuyu, sino también como el juicio de la relación de fuerzas entre «nacionalismo» e «imperialismo». Dicha influencia insidiosa del exterior es altamente peligrosa y, tal y como evidentemente persigue, animará la creencia de que los kikuyu están luchando por una causa justa (Lonsdale, 2000: 236).

La reacción popular a los arrestos masivos fue rápida entre los más comprometidos de los iniciados Mau Mau. A lo largo de los pocos meses siguientes, tantos como 20.000 varones kikuyu, la mayoría jóvenes y pobres (léase «sin tierra») huyeron a las reservas forestales del norte y del

oeste de Nairobi. La fase militarmente activa de la lucha había comenzado. Había surgido de un patrón complejo, pero ahora familiar, de interacción conflictiva entre los diversos desafiadores y las élites del Estado y no estatales, todos ellos gradualmente más sincronizados con las respectivas actuaciones y con un sentido compartido de la incertidumbre y de la amenaza que encarnaba la situación que se estaba desplegando. En este sentido, la emergencia declarada y el retiro de los kikuyu a las montañas no fueron sino dos de los últimos y más dramáticos avances iterativos en la escalada del conflicto.

APROPIACIÓN SOCIAL Y CORREDURÍA EN LA REBELIÓN MAU MAU

¿Cuáles fueron las bases sociales, estructurales y culturales del episodio contencioso que hemos esbozado más arriba? Cuando las atribuciones de amenaza y oportunidad llevaron a los tipos de acción colectiva innovadora que claramente se produjeron en Kenia, los actores particulares se apropiaron frecuentemente del espacio social y las identidades colectivas existentes para ponerlos al servicio de dichas interpretaciones. Llamamos a tal mecanismo —que vimos por primera vez con el papel movilizador de las iglesias negras en el movimiento norteamericano por los derechos civiles— *apropiación social*. Relacionada con ésta, vemos la *correduría* como un segundo mecanismo clave en la producción, agregación y transformación social de los actores contenciosos. La correduría la definimos en el capítulo 1 como la vinculación de dos o más enclaves sociales previamente desconectados por medio de una unidad que media las relaciones de éstos entre sí o con otros enclaves. ¿Qué aspecto tomaron esos mecanismos en el caso del conflicto keniano?

Muchos casos de contienda política se originan a partir de una secuencia inicial de actuaciones colectivas innovadoras por parte de las partes establecidas. Pero éstos sólo llegan a convertirse en revoluciones, rebeliones campesinas, sublevaciones nacionalistas o movimientos de masas si el conflicto lleva a la movilización de segmentos previamente desorganizados o apolíticos de la población. La revuelta de los ocupas de Olenguruone y la campaña de juramentos radicales y resistencia generalizada que desencadenó desempeñaron esa función en el caso del conflicto en progreso en la Kenia de posguerra.

Esos acontecimientos entre la población campesina obtuvieron gran parte de su significación de la incertidumbre generalizada respecto al futu-

ro del Gobierno colonial que caracterizó a la Kenia de la posguerra. Pero, a su vez, transformaron el conflicto para hacerlo pasar de la interacción estratégica entre fuerzas políticas establecidas (p. ej., las autoridades coloniales, la KAU, las organizaciones de colonos blancos, etcétera) a constituir un episodio genuino de contienda transgresiva. Como en muchos episodios del estilo, la clave de la transformación estuvo en la movilización de los previamente no movilizados —en particular, de los ocupas de Olen-guruone y, más tarde, de los primeros iniciados en la segunda oleada, con base en Nairobi, de juramentaciones radicales. ¿Qué estructuras y redes asociativas existentes estuvieron presentes en la movilización? ¿Qué identidades establecidas fueron apropiadas en el proceso? ¿Quiénes jugaron el papel de corredores en la diseminación de los juramentos radicales?

Ya que la fase campesina de la lucha tuvo dos orígenes geográfico-temporales distintos —Olen-guruone a mediados de los años de 1940 y Nairobi hacia 1950—, nuestra intención es responder a estas preguntas separadamente para cada «enclave». Ahora bien, quizás a causa de la mayor proximidad temporal entre la campaña con base en Nairobi, la emergencia y el inicio de la fase militar del conflicto, existen trabajos académicos más sistemáticos sobre la campaña de Nairobi que para los acontecimientos anteriores en Olen-guruone. En cualquier caso, abordaremos los dos lugares por separado.

OLENGURUONE

Existen pocos estudios sistemáticos sobre los orígenes sociales y las identidades rutinarias que dieron forma a la revuelta de Olen-guruone. Pero, dada la amplia base de la revuelta y su aparente aceptación por todo el asentamiento, podríamos conjeturar que se extendió en paralelo con las líneas de autoridad dinástica y generacional establecidas. Las pocas explicaciones generales de los acontecimientos de Olen-guruone que existen (Buijtenhuijs, 1982; Furedi, 1974; Spencer, 1977) son coherentes con tal suposición. Por ejemplo, sabemos «que Samuel Koina, el líder del asentamiento de Olen-guruone, “llevó el juramento [radical] a Kiambaa y Githkunguri [dos asentamientos cercanos] [...] [donde] se fundió con el juramento tradicional y se convirtió en un juramento de unidad”» (Spencer, 1977: 238, cita de James Beauttah, prominente figura política kiambu y testigo ocular del acontecimiento aquí mencionado).

Si el mismo «líder» del asentamiento estaba activamente implicado en la diseminación del nuevo juramento, podemos asumir sin riesgos que la

campaña gozaba de una aceptación amplia y semioficial dentro de toda la comunidad. Dado tal hecho, puede ser que el juramento y la campaña de resistencia a éste vinculada se desarrollaran dentro de los cuerpos de decisión establecidos del asentamiento y se viera alimentada precisamente por las tradicionales apelaciones a la unidad del poblado y por el habitual complemento de las identidades dinásticas, generacionales y de género en torno a las cuales giraba la vida de la comunidad. Sin embargo, por muy plausible que sea esta explicación, repetimos que está basada en unos materiales empíricos muy limitados y generales.

Sin embargo, sí que sabemos mucho más acerca de la diseminación del juramento de Olenguruone por todas las montañas y mesetas blancas, así como acerca de las formas de *correduría* que alimentaron el proceso de difusión. Los estudios sistemáticos apuntan al papel de tres tipos de corredores en la diseminación del juramento de Olenguruone y de la campaña de resistencia (Furedi, 1974a, 1974b). Furedi identifica dos de los grupos implicados en el proceso de difusión:

La lucha de Olenguruone causó un gran impacto entre los ocupas del distrito de Nakaru. Una carretera directa conectaba Olenguruone con Molo y Elburgon [...] Los activistas de la KCA de Elburgon estaban en contacto constante con Olenguruone. A principios de 1946, un cierto número de militantes de Olenguruone marchó hacia las granjas a conseguir el apoyo de los ocupas para su lucha. Administraron el nuevo juramento de unidad a un número de activistas de la KCA del área de Elburgon y de la enorme propiedad de Soysambu [...], importante centro de actividad de la KCA (Furedi, 1974a: 3).

Tanto «los activistas de la KCA» como «los militantes de Olenguruone» participaron activamente en la diseminación del juramento radical y del compromiso con la lucha de la población campesina que éste implicaba.

El papel de los activistas de la KCA es coherente con las explicaciones de la extensión de las protestas de la población campesina en los primeros días de un buen número de movimientos y revoluciones. Al presentir la presencia de una oportunidad de fortalecer o revitalizar su organización mediante la facilitación de las actividades de los campesinos, los miembros de las organizaciones establecidas suelen servir de corredores de los movimientos emergentes. En el caso presente, las motivaciones de los veteranos de la KCA probablemente fueran muy similares a éstas. Claramente, éstos prestaron su apoyo a los objetivos generales de la campaña de Olenguruone. Además, es posible que esperaran que, al aprovechar las energías de los campesinos movilizados por la campaña, podían revitalizar una organización un tanto eclipsada por la fundación de la KAU y por su asociación con el carismático Jomo Kenyatta.

Pero los activistas de la KCA no fueron los únicos que diseminaron las «buenas noticias» de la lucha de Olenguruone. Resueltos a movilizar a la gente en apoyo de su campaña, los líderes de la lucha se implicaron activamente en la difusión del juramento y de los objetivos e ideas más generales del movimiento a las granjas de las montañas y mesetas de los blancos. Según Furedi (1974a: 1), «la importancia de Olenguruone no [fue] [...] meramente simbólica o ejemplar, sino que entra dentro del ámbito de la organización política. Los pobladores de Olenguruone iniciaron un proceso de movilización política que dio un ímpetu organizativo directo al desarrollo del movimiento Mau Mau en las montañas y mesetas de los blancos».

Un último grupo participó activamente en la diseminación inicial de la revuelta de los ocupas. Se trata de los comerciantes itinerantes cuya rutina diaria les exigía viajar entre la reserva en que vivían, en Nairobi, y las granjas de las tierras montañosas blancas. Como los vínculos que mantenían dichos comerciantes ya existían con anterioridad, sirvieron menos de corredores de nuevas conexiones que como agentes de difusión. Pero no por eso fueron menos importantes para la difusión de los juramentos. La presencia misma de dichos comerciantes era en parte el resultado de la escasez de tierras de la posguerra. No se trataba de comerciantes ricos que habían escogido su oficio por afán de beneficio, sino de hombres marginales forzados por la escasez de tierra y la falta de empleos adecuados en la ciudad a subsistir con trabajos esporádicos en las granjas y con actividades comerciales oportunistas organizadas en torno al mundo tripartito de los kikuyu en la posguerra.

A pesar de lo humilde que era la vida de los comerciantes, sus desplazamientos regulares desde los entornos urbanos de Nairobi, a través de las reservas y de los terrenos montañosos blancos, los convirtieron en una fuente indispensable de información y de comunicación. Eran el tejido que unía a la sociedad kikuyu. Fueron corredores cuya correduría precedió con mucho a la revuelta Mau Mau. En su explicación de los acontecimientos de Olenguruone, Berman y Lonsdale (1992: 418) se refieren al papel de esos «débiles lazos» comerciales (Granovetter, 1973) en la diseminación del juramento radical: «juraban solidaridad de granja en granja, animados por comerciantes exocupas en contacto con Olenguruone».

NAIROBI

¿Qué sucede con la campaña posterior con base en Nairobi? ¿Qué estructuras sociales preexistentes y qué identidades colectivas establecidas

logró apropiarse? ¿Es posible identificar a los corredores que desempeñaron la misma función con respecto al movimiento urbano que los veteranos de la KCA, los activistas de Olenguruone y los comerciantes itinerantes habían desempeñado en relación a la anterior revuelta de los ocupas? Afortunadamente, disponemos de estudios mucho más sistemáticos para contestar a estas preguntas en el caso de Nairobi que en el caso de Olenguruone. ¿Qué nos dicen todos esos materiales?

Los orígenes de esta segunda campaña de juramentos, más radical, siguen siendo objeto de debate (cf. Buijtenhuijs, 1982: 14). Sin embargo, existe un amplio acuerdo respecto al perfil más general de la historia. Spencer nos ofrece una explicación representativa de los inicios de la campaña:

Aunque algunas de las personas que vivían en Nairobi habían realizado el juramento [de Olenguruone], éste se había dado mayormente en las áreas rurales. Para extenderlo a Nairobi, los «mbari» [término reservado a los poseedores de derechos de sucesión dinásticos dentro de la sociedad kikuyu y, por lo tanto, a los líderes tribales tradicionales] dieron instrucciones al [jefe] Koinange de contactar con dos de los líderes sindicales más conocidos, Fred Kubai y J. M. Mungai (secretario y presidente respectivamente del Sindicato del Transporte y de los Trabajadores Aliados) y ver si éstos estarían dispuestos a sumarse al movimiento. Los visitó a finales de 1948, y éstos estuvieron de acuerdo en hacer el juramento con dos condiciones: en primer lugar, que dejara de estar restringido a quienes podían pagar [...] y a los miembros de la KCA o a aquellos que contaban con la aprobación de los miembros de la KCA y, por lo tanto, fuese administrado a cualquier kikuyu que fuese de fiar, y, en segundo lugar, que el juramento se volviera más militante. Los «mbari» tuvieron sus dudas, pero finalmente estuvieron de acuerdo, y Kubai y Mungai llevaron a diez de sus asociados más de su confianza a Kiambaa (donde vivía el jefe Koinange) para que realizaran el juramento. A dichos hombres se les acabaría conociendo como el Grupo de Acción. Después, Kubai escogió a veinticuatro líderes sindicales y éstos realizaron el juramento en Kiambaa. Tras eso, un grupo de «criminales» (según palabras de Kubai) cuidadosamente seleccionados efectuaron el juramento y recibieron el encargo de conseguir armas —de forma lenta, pero segura. Después, los taxistas de Nairobi realizaron el juramento [sic], y éstos organizarían los transportes para la mayoría de los posteriores juramentos masivos (Spencer, 1975: 9-10).

Los primeros iniciados de esta segunda campaña parece ser que fueron extraídos de dos comunidades de solidaridad principales. Con mucho, la más importante de éstas era la comunidad de sindicalistas radicales de Nairobi. Dicha comunidad estuvo involucrada en la campaña y, por lo tanto, en los Mau Mau, de cuatro modos principales. En primer lugar, en la medida en que se puede hablar de «líderes» en relación con la campaña, Kubai y Mungai podrían merecer tal denominación. En segundo lugar, el

fundamental «Grupo de Acción» procedía en forma desproporcionada del movimiento sindical. En tercer lugar, veinticuatro líderes sindicales más realizaron el juramento al principio de la campaña. Por último, los miembros rasos de uno de los sindicatos clave afiliados—los taxistas—estuvieron entre los primeros y, como veremos, los más importantes iniciados de la campaña.

La segunda comunidad de solidaridad que ocupa un lugar destacado en esta y en algunas otras explicaciones (p. ej., Furedi, 1973) de la campaña es el *Anake wa Forty* o Grupo del Cuarenta, del que procedían la mayoría de los «criminales» mencionados por Kubai. Denominado el Grupo del Cuarenta en referencia al año aproximado en el que los miembros del grupo entraron culturalmente en la edad adulta, el *Anake wa Forty* era una colección poco estable de gamberros callejeros o criminales de poca monta que el Grupo de Acción aprovechó para la tarea esencial de recolectar armas para el movimiento. Aunque el grupo dejó de existir de forma organizada en 1949-1950, la red asociativa que conformaba el núcleo del grupo siguió sirviendo como importante puerta de entrada en un movimiento en crecimiento.

Y lo mismo para las estructuras sociales e identidades colectivas que fueron clave en los principios de la campaña de Nairobi: ¿qué hay de los corredores que facilitaron su diseminación? Son tres los tipos de figuras que aparecen en la explicación de Spencer y, de forma más general, en la literatura sobre la cuestión. Irónicamente, la primera de tales figuras constituía una comunidad solidaria que abandonó el movimiento rápidamente, cuando sus fines se volvieron más radicales y más violentos. La conformaba la difusa red de veteranos de la KCA y *mbari* propietarios de tierras (incluido Kenyatta) que desencadenaron la campaña. Pero en la medida en que ese grupo actuó de hecho con la intención de crear lazos de unión y, así pues, facilitar la difusión del movimiento a la comunidad sindical radical, actuaron claramente como corredores cruciales para la lucha.

El segundo grupo clave de corredores fue el llamado «Grupo de Acción», que (aunque fuera sólo por corto tiempo) medió en la diseminación de la campaña de juramentación. Después de todo, fue el Grupo de Acción el que seleccionó a los grupos y comunidades (p. ej., los líderes sindicales, el Grupo del Cuarenta, los taxistas) de entre los cuales se reclutó a los primeros iniciados. No obstante, los corredores clave de la campaña fueron, en muchos respectos, los taxistas, ya que fue ése el grupo que constituyó la red fundamental de lazos de carácter débil que puso en contacto a las élites (p. ej., los *mbari*, los líderes sindicales) con las masas, y a la ciudad de Nairobi con las áreas rurales circundantes. De hecho, fue precisamente por eso por lo que el Grupo de Acción los aprovechó para servir al movimiento. Fue una elección inspirada y decisiva. Como

los taxis viajaban entre Nairobi y las reservas rurales y las tierras montañosas de los blancos, llevaron el juramento a grupos cada vez más dispersos, que poco sabían del Grupo de Acción y que le otorgaban a éste una autoridad aún menor para dirigir sus actividades. Así pues, los lazos débiles que forjaron los taxistas facilitaron la diseminación del movimiento, pero no de una dirección centralizada. El arresto masivo de los líderes clave—incluidos Kubai y Mungai—que siguió a la declaración del estado de emergencia como mucho dejó al movimiento a la deriva.

La falta de una dirección centralizada y la ausencia de una correduría organizativa formal hace de la revuelta Mau Mau algo radicalmente distinto del movimiento anti-Marcos que se desarrolló en las Filipinas entre 1983 y 1986. Después de describir este segundo caso con cierto detalle, volveremos a estas cuestiones en la sección de conclusión. Con ello buscamos refinar nuestra comprensión, no sólo de la relevancia general de nuestros mecanismos, sino también de cómo sus combinaciones y secuencias específicas dan forma al despliegue de episodios contenciosos.

LA REVOLUCIÓN AMARILLA DE LAS FILIPINAS

Nuestro segundo caso de movilización contenciosa tiene que ver con el movimiento que se desarrolló en las Filipinas en el periodo 1983-1986 y que acabó deponiendo a Ferdinand Marcos después de unos diecisiete años de gobierno autocrático. El movimiento dio en llamarse la Revolución Amarilla por las cintas amarillas (el amarillo era el color favorito de Benigno Aquino) que decoraban las marchas y manifestaciones en el estadio de máximo apogeo de la lucha. Aunque hacía mucho tiempo que existía una oposición activa al Gobierno de Marcos, los actores principales de dicha oposición—el Partido Comunista—permanecieron en la periferia de la Revolución Amarilla. La lucha puso en contra del régimen a nuevos grupos, principalmente de las élites y de la clase media, y fue desencadenada por el asesinato del sempiterno rival de Marcos, Benigno Aquino, a su regreso de su exilio en los Estados Unidos a las Filipinas el 21 de agosto de 1983. El asesinato aportó solidez a la oposición al régimen y la extendió, y puso en marcha una serie de desafíos institucionales que se vieron exacerbados y polarizados por la reacción de Marcos frente al movimiento.

Después del asesinato, Marcos intentó calmar a quienes se sintieron ultrajados por el crimen con el nombramiento de un comité de investi-

gación del asesinato. Pero al colocar en el comité a una gran cantidad de viejos amigos y colegas, lo único que consiguió fue echar más leña al fuego. Presionado por la oposición extranjera y doméstica, Marcos acabó por ceder en esa cuestión y nombrar un nuevo comité —más o menos neutral— para investigar el crimen, pero mantendría su modelo general de desafío abierto e intransigencia seguidos por reticentes esfuerzos para calmar los ánimos durante todo el curso de la lucha. El caso máximo se produjo en febrero de 1986, con la celebración de las «elecciones rápidas» que había anunciado en la televisión norteamericana el otoño anterior. Las elecciones tenían como finalidad calmar a los críticos de Marcos con la demostración del apoyo popular a su régimen. No obstante, a pesar de la presencia de equipos de observación tanto domésticos como internacionales, las fuerzas de Marcos se dedicaron a un fraude electoral transparente y a la intimidación de los votantes, retrasaron el anuncio de los resultados y, finalmente, declararon ganador a Marcos por un amplio margen.

Los acontecimientos llegaron a un punto decisivo el 16 de febrero, cuando la oponente de Marcos en las elecciones, Cory Aquino, convocó una huelga general para protestar por los resultados. Cientos de miles de manifestantes respondieron al llamamiento de Aquino y tomaron las calles. Seis días después, el ministro de defensa, Juan Ponce Enrile, y el teniente general Fidel Ramos —hasta entonces aliados de Marcos— tomaban el control del cuartel militar de Camp Aguinaldo en Manila. Se temía una represalia militar por parte de Marcos, y el cardenal Jaime Sin efectuó un llamamiento a los ciudadanos para que rodearan la base y protegieran a los militares rebeldes. Nuevamente, cientos de miles de ciudadanos respondieron al llamamiento y bloquearon eficazmente la respuesta militar de Marcos. Negada la opción militar y perdido el apoyo político —incluso el de la Administración Reagan—, Marcos abandonó las Filipinas el 25 de febrero y se exilió en Hawai. Posteriormente, Aquino juró su cargo como nueva presidenta del país y se inició un periodo de intensa movilización de las diversas partes presentes, en el conflicto. La lucha entre los partidos se centró en la reestructuración de la política filipina. Esta última lucha duró al menos hasta 1987. El presente capítulo, sin embargo, se concentra en los orígenes de la Revolución Amarilla. Al igual que hicimos con la insurrección Mau Mau, comenzaremos con los procesos generales de cambio histórico que están detrás del episodio.

LOS PROCESOS DE CAMBIO HISTÓRICO EN LOS ORÍGENES DE LA REVOLUCIÓN AMARILLA

La Revolución Amarilla es un caso interesante por su mezcla de unos procesos de cambio a largo plazo con los repentinos acontecimientos de transformación (McAdam y Sewell, 2001; Sewell, 1996) que ayudaron a ponerla en marcha. Entre estos últimos, el asesinato de Aquino sirvió como catalizador inmediato del episodio. Pero, para entender este acontecimiento en su totalidad, principalmente la reacción frente al mismo de la clase media y de elementos de las élites de Manila, es necesario situar el asesinato en el contexto histórico adecuado. Eso requerirá un repaso de la historia del régimen de Marcos hasta el momento de la muerte de Aquino. Dicha historia incluye dos líneas narrativas distintas, aunque claramente relacionadas. Una guarda relación con el despliegue de la competencia y la ancestral enemistad política y personal de Marcos y Aquino; la otra, con la conformidad inicial de Marcos y su posterior ruptura con lo que Anderson (1998) ha denominado «la democracia caciquista de las Filipinas». Comenzaremos por ésta última.

La proclamación de la República de las Filipinas en 1946 tuvo poco efecto a la hora de cambiar la distribución básica del poder político y económico en el país. El mismo pequeño puñado de poderosas familias que había dominado la sociedad filipina antes de la independencia siguió conformando una oligarquía claramente identificable después de ésta. El único cambio real fue el establecimiento de un cargo presidencial con gran poder —tan sólo restringido por un límite de dos ejercicios— que prometía (y, durante un tiempo, supuso) todo un desfile de oligarcas como característica institucional de la política filipina. El ascenso de Marcos a la presidencia en 1965 fue completamente coherente con el marco normativo-institucional existente. Sin embargo, la declaración de la ley marcial en 1972 (penúltimo año de su segundo y último ejercicio presidencial) marcaba una ruptura decisiva con las convenciones establecidas de la democracia caciquista, así como con los demás oligarcas que le habían dado forma. Anderson (1998: 214-215) explica:

Por lo que respecta a la oligarquía, Marcos la atacó directamente a la yugular: el «gobierno de la ley». Desde los primerísimos días, Marcos utilizó los poderes que le confería la ley marcial plenaria para avisar a los oligarcas que soñaran con oponérsele o suplantarlo de que la propiedad no era poder, ya que con un trazo del bolígrafo marcial dejaba de ser propiedad. La dinastía López [...] se vio privada en seco de su imperio mediático y de su control de la principal compañía

eléctrica de Manila. La Hacienda Osmenda, de 500 hectáreas, se vio afectada por la «reforma agrícola» algún tiempo después. No existía posibilidad alguna de recurrir, ya que el poder judicial estaba totalmente intimidado y el poder legislativo estaba repleto de aliados y de parásitos. Pero Marcos no tenía ningún interés en trastocar el orden social establecido. A los oligarcas que le siguieron la corriente y se abstuvieron de la política en favor de las ganancias se les dejó, por lo general, tranquilos.

Pero la ley marcial no se mantuvo simplemente porque Marcos hubiera incluido a los demás oligarcas. Además, movilizó una poderosa coalición, aunque amorfa, de aliados de contrapeso que inicialmente conferían al régimen una pátina de legitimidad progresista. Nuevamente, Anderson (1998: 215) nos ofrece una valiosa visión:

Al comienzo, el régimen de ley marcial contaba con una sustancial [...] base social. Su retórica anticomunista, «reformista», «modernizadora» y de «ley y orden» le atrajo el apoyo de los aspirantes frustrados a tecnócratas, de gran parte de la [...] clase media urbana e incluso de sectores del campesinado y de los pobres de las ciudades [...] Pero, con el paso del tiempo, la codicia y la violencia del régimen eran cada vez más evidentes y gran parte del apoyo desapareció. Para finales de la década de 1970, los tecnócratas eran una fuerza gastada, y la clase media urbana era cada vez más consciente del decaimiento de Manila, de la devastación del sistema universitario, del carácter abyecto y ridículo de unos medios de comunicación monopolizados y del declive económico del país.

A esta lista de antiguos aliados ahora perdidos deberíamos añadir uno más: la jerarquía oficial de la Iglesia católica de las Filipinas. Para finales de los años de 1970, todos esos sectores le habían dado la espalda a Marcos. Algunos empezaban a actuar en función de su descontento.

A la vista de los acontecimientos que vinieron a continuación, las actividades de la comunidad empresarial opuesta a Marcos y de la jerarquía de la Iglesia merecen una atención especial. Aunque las relaciones entre el régimen y la Iglesia se fueron deteriorando constantemente a lo largo de la década de 1970, la cúspide de la jerarquía eclesiástica no deseaba «arriesgarse a crear una brecha con el Gobierno, bien por emprender una crítica enérgica, bien por defender a las personas más activas en los programas de justicia social de la Iglesia» (Youngblood, 1982: 52). Sin embargo, la respuesta cada vez más represiva del régimen frente a los elementos de izquierda progresista de la Iglesia hizo que resultara imposible mantener ese tipo estratégico de silencio. Instigados en parte por la visita del papa en 1981, los líderes de la Iglesia empezaron a desafiar al régimen más abiertamente. «En enero de 1983, la CBCP (Conferencia de Obispos Católicos de las Filipinas [Catholic Bishops' Conference of the Philippines]) deci-

dió retirarse del Comité de Enlace Eclesiástico-Militar, en un claro reconocimiento del conflicto cada vez más agudo entre las fuerzas militares y los activistas de la Iglesia» (Hedman, 1998: 278). Un mes más tarde, «los obispos emitieron una virulenta carta pastoral en la que acusaban al régimen de represión, corrupción y mala gestión económica» (Youngblood, 1990: 197).

Aunque siempre por detrás de la actividad opositora de la Iglesia, la moderada comunidad empresarial de Manila siguió casi la misma trayectoria de apoyo inicial, tolerancia tácita y, finalmente, oposición pública al régimen. Si bien algunos grupos tales como el Comercio Filipino por el Progreso Social (PBSP) [Philippine Business for Social Progress] ya se implicaron en diversos tipos de actividades políticas en un momento tan temprano como es el segundo ejercicio de Marcos (1969-1973), la mayor parte de la comunidad empresarial se mantuvo firme en su apoyo al régimen y contempló la declaración de la ley marcial como un estabilizador necesario de la vida política y económica. Pero la situación cada vez más comprometida de los derechos civiles desde mediados hasta finales de los años de 1970, la creciente amenaza de una insurrección comunista en el campo y el agudo declive de la economía según iba avanzando la década fueron erosionando el apoyo de las empresas al régimen. Aun así, igual que la Iglesia, la comunidad de empresarios mantuvo en gran parte su silencio sobre estas y otras cuestiones entrada la década de 1980. «Eso sólo empezó a cambiar», observa Eva-Lotta Hedman (1998: 289-290),

con el inicio de una recesión mundial, a comienzos de los años de 1980, que hizo sentir su onda expansiva en las Filipinas y, por lo tanto, contribuyó a desenmarañar la economía política de un «capitalismo de colegas» [...] Las proclamas cuidadosamente no políticas y los proyectos del PBSP poco a poco fueron cediendo el paso al renovado activismo empresarial de los años de 1980, que fue convergiendo en torno a la voz cada vez más abierta y poderosa del Club Makati de Empresarios, que entró por primera vez en la escena política nacional de las Filipinas en 1981.

Aún más importante que el Club Makati de Empresarios para la movilización y la expresión de la creciente oposición corporativa al régimen fue la Conferencia de Empresarios de las Filipinas [Philippine Businessmen's Conference]. Fundado originariamente en 1971, en un inicio el grupo se alineó con el régimen. Sin embargo, como reflejo del patrón general descrito más arriba, a comienzos de la década de 1980 la Conferencia se había convertido en un semillero de sentimientos y actividad anti-Marcos.

Para principios de los años de 1980, centros institucionales e ideológicos clave de la sociedad filipina, antes aliados cruciales de Marcos, se habían vuelto abiertamente hostiles al régimen. En pocas palabras, el asesinato de Aquino no fue la causa, en un sentido simple, del movimiento. «Si el asesinato supuso el catalizador que desencadenó vigiliias de oración y concentraciones con confeti por las plazas y distritos comerciales del país, el cambio y la reactivación coordinada de las redes asociativas católica y corporativa a mediados de los años de 1980 también reflejaba [...]» [las] redes de cambio social a largo plazo que estamos repasando aquí (Hedman: 266). No obstante, afirmar que sectores clave de la sociedad filipina se habían extrañado del régimen para principios de la década de 1980 no significa restar importancia para el inicio del episodio al asesinato de Aquino, ni a la enemistad ancestral más general entre Marcos y Aquino.

ATRIBUCIÓN DE AMENAZA Y OPORTUNIDAD EN LA REVOLUCIÓN AMARILLA

La experiencia filipina señala los límites de la imagen de «*big bang*» asociada a la idea de un único acontecimiento que actúa como precipitante. Porque el acontecimiento catalizador no es, a menudo, ni accidental ni el punto primordial de inicio del episodio. En el caso de las Filipinas, el asesinato de Aquino fue la mera culminación de una prolongada rivalidad política entre Marcos y Aquino. Su enemistad data por lo menos de principios de los años de 1970. De hecho, la declaración de Marcos de la ley marcial en 1972 fue diseñada, en parte, para evitar la confrontación con Aquino en las elecciones presidenciales programadas para 1973. A continuación, Aquino fue encarcelado por el régimen de Marcos por diversos «delitos políticos». No obstante, estando aún en la cárcel, Aquino lideró una de las candidaturas de la oposición a las elecciones a la Asamblea Legislativa Interina de 1978. Aunque le fue negado su escaño en la asamblea por medio del fraude electoral, la estrella de Aquino brillaba aún con más fuerza como resultado de su valiente oposición al régimen de Marcos.

Con la presión de la Administración Carter, Aquino fue puesto finalmente en libertad y se le permitió viajar a los Estados Unidos para someterse a una operación de corazón. Después de eso, permaneció exiliado en los Estados Unidos, aprovechando cualquier oportunidad para hacer pública su oposición a Marcos. Según todos los análisis, el regreso de Aquino a las Filipinas estuvo motivado en gran parte por los informes

de la mala salud de Marcos y de que, por lo tanto, no duraría mucho en el poder. De hecho, Aquino creía posible que él mismo convenciera a Marcos de «preparar una transferencia pacífica de poder a la oposición o, si eso fracasaba, de asumir él mismo el liderazgo de la oposición» (Lande, 1986: 115). En otras palabras, fue el convencimiento de Aquino de que Marcos era, desde hacía poco, más receptivo, o más vulnerable al desafío, lo que lo impulsó a abandonar el exilio.

Si las actuaciones de Aquino estuvieron motivadas por un sentimiento de «oportunidad política», entonces el asesinato representó una repuesta táctica innovadora —si bien poco aconsejable— por parte de los seguidores de Marcos dentro de las fuerzas armadas frente a la amenaza percibida del regreso de Aquino a las Filipinas. A su vez, el asesinato ayudó a crear el sentimiento generalizado de incertidumbre y cambio respecto al futuro de la política filipina que hemos sostenido que resulta crítico para el desencadenamiento de un episodio sostenido de contienda política.

De forma más precisa, ese sentimiento de incertidumbre generalizada nació él mismo de las reacciones de las diversas partes clave en el conflicto tras el asesinato. Específicamente, fue la enérgica condena del asesinato, y del régimen en general, por parte de ciertos aliados nominales de Marcos o de élites que habían permanecido previamente en silencio lo que alimentó la incipiente definición de la situación como una «crisis». Entre los nuevos críticos se contaban elementos de la comunidad empresarial filipina, la corriente principal de los medios de comunicación filipinos, ciertos cargos gubernamentales de los Estados Unidos y el cardenal Jaime Sin, junto a la jerarquía oficial de la Iglesia católica filipina.¹ Podría decirse que el último de todos esos grupos fue el más importante para un movimiento en proceso de desarrollo.

El arzobispo Sin y otros altos cargos de la Iglesia llevaban años sometidos a una considerable presión por parte de elementos izquierdistas activos en la organización de los pobres desde la Iglesia para que se opusieran firmemente al régimen. Sin embargo, hasta el asesinato, Sin se había abstenido por lo general de criticar abiertamente a Marcos o de pronunciarse enérgicamente sobre cuestiones políticas. Eso no significa que Sin o la je-

1. El capítulo 7 aborda la cuestión clave de cómo las situaciones revolucionarias llevan a resultados revolucionarios, para defender que la clave de tal transformación es el proceso de desertión de las élites y de formación de coaliciones entre diversas clases. Con esto nos referimos al establecimiento de vínculos de cooperación entre élites políticas y/o económicas anteriormente aliadas del régimen y los grupos de oposición tradicionales. Utilizamos el caso de la Revolución Sandinista de Nicaragua para ilustrar tal proceso, pero la Revolución Amarilla muestra un raro paralelismo con el primer caso. Igual que en Nicaragua, el abandono de Marcos por parte de las élites previamente implicadas en su gobierno —y la desertión en masa de la clase media filipina— resultó clave para el triunfo revolucionario final del conflicto.

rarquía formal de la Iglesia, encarnada en la Conferencia de Obispos Católicos de las Filipinas (CBCP) [Catholic Bishop's Conference of the Philippines] fueran firmes aliados de Marcos. Al contrario, las relaciones entre la Iglesia y el régimen habían sido tensas desde mediados de los años de 1970 y se habían debilitado aún más a comienzos de la década de 1980 a causa de las campañas cada vez más sonoras del Gobierno en contra de la «infiltración comunista» en las filas de la Iglesia (Youngblood, 1987: 352). Aun así, las desavenencias eran en gran medida invisibles, lo que preservaba la percepción pública de un apoyo tácito de la Iglesia al régimen.

Con el asesinato, la situación cambió drásticamente. Sin y otros cargos de la Iglesia reaccionaron enérgica e inmediatamente a la muerte de Aquino y criticaron severamente al régimen tanto por su aparente culpabilidad en el crimen como, más tarde, por sus torpes intentos de llenar el comité encargado de investigar el asesinato de Marcos de personas leales a Marcos. Al oponerse con tanta energía al régimen inmediatamente después del asesinato, Sin estaba enviando una importante señal a las clases media y alta filipinas, inertes pero políticamente alerta. Con sus críticas cada vez más frecuentes y sonoras a Marcos, Sin ayudó a articular y a dar forma a la reacción pública frente a los acontecimientos al expresar públicamente los sentimientos privados de muchos. Se sintió ofendido y muy molesto con el asesinato y por lo que éste significaba respecto al lamentable estado de la democracia filipina.

La desertión de Sin contribuyó de forma importante al surgimiento del sentimiento de crisis e incertidumbre que mantuvo vivo el episodio. Tal sentimiento de incertidumbre generalizada estaba igualmente relacionado con las incipientes interpretaciones de la amenaza y la oportunidad que se desarrollaron en los días inmediatamente posteriores al asesinato. Por parte de la clase media, normalmente conservadora, el asesinato llegó a ser contemplado como una profunda amenaza a los malogrados restos de la estabilidad filipina. Por parte de la tradicional oposición de izquierdas —que nunca había dudado de la amenaza que suponía el régimen de Marcos— la muerte de Aquino se tomó como una «oportunidad» real para expulsar a Marcos del poder.

A pesar de sus diversas maniobras políticas, Marcos nunca fue capaz de restablecer un sentimiento generalizado de estabilidad y orden político que podría haber socavado las percepciones de amenaza y oportunidad que alimentaron el desarrollo del conflicto. En lugar de eso, igual que ocurre en la fase de escalada de todos los episodios de contienda política, sus actuaciones sólo sirvieron para reforzar el sentimiento creciente de crisis social e incertidumbre generalizada. Tampoco la salida de Marcos de las Filipinas y el ascenso de Cory Aquino a la presidencia restauraron inmediatamente —en un sentido tanto estructural como cognitivo— el

orden político y la estabilidad que se habían echado de menos durante los dos años y medio anteriores. Por el contrario, la falta de información sobre las inclinaciones políticas de Cory Aquino, junto a su llamamiento el 23 de abril de 1983 a elaborar el proyecto de una nueva Constitución, desencadenaron casi un año de intensa movilización política e interacción entre todas las partes interesadas en contestar la forma y la sustancia del nuevo orden político filipino.

Vincent Boudreau (próxima publicación: 10) capta el palpable sentimiento de incertidumbre y posibilidad que caracterizó el periodo inmediatamente posterior al llamamiento de Aquino a la reestructuración de la política filipina. «Individuos y asociaciones se precipitaron en ese vacío, ávidos por participar en la reconstrucción de su gobierno. Fue una época de llamadas telefónicas a media noche, en la que los rumores políticos se sucedían rápidamente por toda la capital y los activistas medían el tiempo por los intervalos que transcurrían entre los mítines y las manifestaciones.» Sólo cuando quedaron claras la política del régimen de Aquino y la forma general del statu quo emergente (con la aprobación de la nueva Constitución, un paso crucial en el proceso) disminuyó el sentimiento generalizado de incertidumbre —así como las percepciones de amenaza y oportunidades a éste vinculadas— y, con ello, los altos niveles de movilización e interacción característicos de todos los episodios contenciosos.

APROPIACIÓN SOCIAL Y CORREDURÍA EN LA REVOLUCIÓN AMARILLA

En su rico estudio de la movilización popular en las Filipinas durante, e inmediatamente después, del derrocamiento del régimen de Marcos, Boudreau, con razón, insta a los estudiosos de los movimientos sociales a abordar su fracaso a la hora de tomarse en serio los procesos dinámicos mediante los cuales los ciudadanos de a pie llegan a movilizarse al servicio de movimientos nacionales amplios tales como la Revolución Amarilla, así como los procesos mediante los cuales se desmovilizan al concluir la lucha. En resumen, Boudreau trata en gran medida de la dinámica de lo que hemos denominado *apropiación social y correduría*. Nacida de dicho interés teórico general, Boudreau ha producido una de las explicaciones más ricas que se pueden encontrar de la movilización y la desmovilización.

Entre el puñado de otras investigaciones sistemáticas de la apropiación social y la correduría, existe un segundo estudio que también hace del

movimiento anti-Marcos su centro de atención. Sin embargo, este segundo estudio, de Eva-Lotta Hedman (1998), se centra en grupos y actores sociales muy diferentes de los del estudio de Boudreau. Juntos, pues, abarcan los dos patrones dominantes de movilización y desmovilización de la oposición que caracterizaron el episodio. Por eso, ambos atraen nuestra atención, tanto por separado como conjuntamente.

El centro de interés general de la investigación de Boudreau lo constituyen los esfuerzos de los intereses opositores de la izquierda establecida por reclutar compañeros de coalición a partir de las organizaciones de la población campesina pobre. Por lo que respecta al tiempo, Boudreau no se ocupa estrictamente de los orígenes, pero su explicación es tan rica que nos ofrece una ventana en general a una forma importante de apropiación y correeduría que dio forma a la lucha en las Filipinas y que es generalmente significativa en muchos episodios distintos de contienda política. En su estudio, observamos los procesos mediante los cuales unos grupos de oposición bien definidos intentan apropiarse de las identidades rutinarias y las redes cotidianas de confianza mutua y destino compartido de agrupaciones sociales previamente inactivas (o, al menos, marginalmente activas).

Boudreau se encuentra con la compleja mezcla de actores establecidos y emergentes que hemos mantenido que es característica de muchos ejemplos de contienda política transgresiva. «La insurrección», escribe (próxima publicación: 8), «fue un momento histórico que dependió de dos décadas de oposición al Gobierno, tanto como de un periodo más espontáneo de agitación y protesta a mediados de los años de 1980. Las [manifestaciones finales de apoyo a los militares rebeldes] [...], además de la ruidosa campaña electoral que desencadenó la insurrección, fueron notables en su poder para atraer a participantes desorganizados de la clase media y del entorno urbano a las manifestaciones y protestas colectivas. Las protestas, sin embargo, dependieron también de los recursos organizativos y las tradiciones activistas de varios movimientos políticos a largo plazo bien establecidos».

Las filas de algunas de las diversas organizaciones opositoras bien establecidas —estudiantes, granjeros, trabajadores, etcétera— aumentaron considerablemente durante el episodio. Además, éste creó o revitalizó varias organizaciones paraguas amplias que representaban a la izquierda filipina tradicional. Entre estos grupos estaban: el BAYAN (o Nueva Alianza Nacionalista); el KASAMA (la Federación de Organizaciones Populares), y el BISIG, que se contemplaba a sí mismo como la alternativa socialista a las actividades de frente popular del BAYAN. Toda esta rica mezcla de asociaciones sectoriales establecidas (de estudiantes, granjeros, trabajadores, etcétera) y de organizaciones paraguas actuó como un

importante agente de apropiación social y corredería en el curso de la lucha anti-Marcos.

Galvanizadas por el asesinato, esas pequeñas organizaciones sectoriales pusieron en marcha llamamientos al reclutamiento para objetivos particulares, diseñados para atraer a la refriega a un número mayor de sus constituyentes inmediatos. Además, el mismo proceso se estaba produciendo simultáneamente en todos los niveles de la sociedad filipina. Las organizaciones locales de granjeros y campesinos utilizaron el asesinato (así como cada uno de los «ultrajes» que lograba perpetrar Marcos) para reclutar a nuevos miembros. Del mismo modo, las asociaciones nacionales de granjeros, sobre todo la Federación de Granjeros Libres, se volvieron más agresivas en su intento de activar y aumentar el número de afiliados locales nominalmente bajo su control.

Pero la movilización y la simultánea agregación de intereses locales, regionales y nacionales durante el desarrollo del conflicto sólo nos cuenta la mitad de la historia —y la mitad menos interesante. Después de todo, dichos intereses sectoriales sólo suponían partes de la limitada oposición de izquierdas dentro de la sociedad filipina. Lo característico de la Revolución Amarilla no fue tanto la renovada actividad de los grupos de oposición tradicionales como la activa movilización de las clases media y alta de las Filipinas, preocupadas por el comunismo, pero disgustadas con Marcos. Hedman (1998) se ocupa en su estudio de esa otra mitad de la historia de la apropiación y la corredería.

Tal y como lo expresa Hedman, a este segundo segmento del movimiento lo atrajeron a la lucha, no tanto las asociaciones sectoriales establecidas, sino unas organizaciones paraguas más moderadas surgidas durante la lucha y, en menor medida, como resultado de los llamamientos directos de las instituciones y las figuras centrales en las vidas de las clases media y media-alta. El llamamiento del arzobispo Sin a los ciudadanos para que rodearan Camp Aguinaldo en los últimos días del régimen de Marcos puede que fuera el ejemplo más drástico de esta segunda dinámica, pero los periódicos conservadores y las asociaciones nacionales de empresarios también desempeñaron su papel aquí.

Entre las más moderadas —y típicamente efímeras— de las organizaciones paraguas que atrajeron a las clases media y media-alta a la lucha, son tres en particular las que deberíamos destacar y mencionar especialmente. La primera es la BANDILA, una organización socialdemócrata aliada desde hacía tiempo de la Iglesia católica. La centralidad de la BANDILA en el episodio nos recuerda una vez más el importante papel que jugó la Iglesia en la legitimación de la participación de la clase media en el episodio. El segundo grupo, la JAJA (Justicia para Aquino, Justicia para Todos [Justice for Aquino, Justice for All]), surgió claramente durante la

lucha como poco más que un vehículo para coordinar las manifestaciones callejeras que servían de emblema al movimiento.

Igual que la JAJA, la tercera y última organización, el Movimiento Nacional por unas Elecciones Libres [National Movement for Free Elections] (NAMFREL), también fue un cuerpo efímero diseñado menos como expresión organizada de intereses sectoriales que como una solución temporal a un problema particular. El problema en cuestión era cómo asegurar que las «elecciones rápidas» de febrero de 1986 se realizaban limpiamente y sin el fraude generalizado y la intimidación de los votantes que hacía tiempo que constituía uno de los aspectos fundamentales del régimen de Marcos. El NAMFREL fue la respuesta a ese problema. Sin embargo, aunque nominalmente no partidista, la investigación de Hedman deja claro que el NAMFREL llegó a servir como semillero del activismo anti-Marcos y como una vía común por la que la clase media se vio atraída a la lucha.

El punto más general que recorre todo el estudio de Hedman es que, a diferencia de los patrones de reclutamiento y movilización estudiados por Boudreau, la clase empresarial y la clase media católica evitaron las organizaciones sectoriales establecidas de la izquierda filipina en favor de organizaciones paraguas moderadas del tipo que aquí repasamos, o en favor del reclutamiento por medio de las instituciones establecidas de la sociedad filipina (p. ej.: la Iglesia católica y las asociaciones de empresarios).

EL PERRO QUE NO MORDÍA: LOS COMUNISTAS AUSENTES

Antes de concluir nuestra discusión de la apropiación y la correduría, permítasenos abordar brevemente lo que resultó ser una decisión con grandes consecuencias por parte de otro de los actores clave de la política filipina de *no* desempeñar un papel significativo en la Revolución Amarilla. Nos referimos a la decisión de los insurrectos comunistas de abstenerse de implicarse activamente en los acontecimientos de 1983-1986 y posteriores. Trataremos la cuestión, no sólo por el interés de ofrecer una explicación completa del caso filipino, sino para señalar que la apropiación social y la correduría implican también el desperdicio de ciertos marcos y ciertos vínculos, tanto como las estrategias y líneas de acción que de hecho se adoptaron. Esto es lo que pasó con los comunistas y la lucha para expulsar a Marcos.

En las vísperas de esa lucha, los comunistas estaban bien establecidos y suponían una seria amenaza nacional, tanto para el régimen de Marcos co-

mo para la estabilidad política filipina en general. «Durante finales de la década de 1970 y gran parte de la de 1980», según Benedict Kerkvliet,

los vientos políticos en las Filipinas favorecían la aceleración del Nuevo Ejército Popular [New People's Army] (NPA) y del Partido Comunista de las Filipinas [Communist Party of the Philippines] (CPP). A partir de finales de la década de 1960, en que contaban con una minúscula cifra de miembros y aún menos rifles, el partido y la guerrilla se habían desarrollado hasta llegar a constituir una de las fuerzas políticas y militares de la nación, para verse después agobiados por el régimen de Marcos y los enormes problemas económicos y políticos vinculados a su mandato. Para mediados de la década de 1980, el NPA tenía entre 20.000 y 24.000 miembros y se estimaba que controlaba un 20 por ciento de los pueblos y distritos urbanos del país [...] Pero hacia principios de los años de 1990, la suerte de los movimientos clandestinos había caído en picado. Su «base popular» había disminuido al 3 por ciento de los pueblos y barrios del país [...] y el número de miembros armados del NPA había descendido hasta una estimación de 10.600 (Kerkvliet, 1966: 9).

El fuerte declive en la suerte de los insurgentes comunistas data de la Revolución Amarilla y de las decisiones tácticas tomadas por los líderes del movimiento durante los años de dicha lucha y los primeros días del régimen de Aquino. Aunque las decisiones fueron enérgicamente contestadas, la determinación de abstenerse de cualquier implicación activa en el movimiento anti-Marcos y, después, en el régimen de Aquino siguió reafirmandose a cada momento crítico. Hasta este momento, el impacto de esa postura de distanciamiento ha sido desastroso:

Mientras que los comunistas no podrían haber instigado ni evitado la revuelta de 1986 aunque lo hubieran querido hacer, los críticos internos y externos del CPP están de acuerdo en que el [...] movimiento habría sufrido menos con el cambio de régimen político si hubiera participado en el proceso. Si no hubiera optado por el boicot y se hubiera unido a la amplia oposición para derrotar a Marcos, primero en la votación y después en la calle, el movimiento revolucionario habría estado en mejor posición para influir en el curso de los acontecimientos que siguieron (Weekley, 1996: 29).

¿Qué explica este grave fallo por parte de los comunistas? El rico cuerpo de investigación etnográfica producido por Roseanne Rutten (1991, 1996) sobre la organización de los comunistas en el nivel de los pueblos durante sus días de apogeo muestra claramente que el fallo no puede atribuirse a la falta de habilidad para las tareas, entre sí relacionadas, de la apropiación social y la correduría. Al contrario, los esfuerzos de los insurgentes a tal respecto podrían conformar un buen libro de texto para la

movilización campesina en general. En la hacienda en la que la autora realizó su trabajo de campo, Rutten documenta de qué modo los organizadores, lenta y dificultosamente, se infiltraron y se apropiaron de las estructuras de la Iglesia local y de los sindicatos, así como de las identidades colectivas sobre las que éstos se apoyaban. El éxito de sus esfuerzos se convirtió, en parte, en un ejemplo clásico de lo que Snow y Benford (1988) han denominado «crear un puente entre marcos»: el esfuerzo consciente por fundir la ideología de un movimiento con un marco cultural ya existente. Explica Rutten:

Los primeros activistas, pues, acabaron llegando a los trabajadores de la hacienda gracias a su vinculación con las redes sociales de la Iglesia y los sindicatos, que llegaban a un gran número de las haciendas y los pueblos de la provincia. Además, conectaron con la teología de la liberación, que era en buena medida compatible con el marco ideológico del NPA. En toda la nación, el CPP-NPA había desarrollado un interés por los clérigos de la Iglesia católica romana opuestos al régimen de ley marcial y se había comprometido con el llamamiento a favor de la justicia social del Vaticano II. En Negros Occidental, los sacerdotes y las monjas progresistas apoyaban a dos sindicatos muy militantes, la Federación de Granjeros Libres [...] y el sindicato Federación Nacional de Trabajadores del Azúcar [...] Finalmente, los activistas del NPA iniciaron el reclutamiento entre los organizadores locales de las Comunidades Cristianas de Base y del sindicato de trabajadores (Rutten, 1996: 120).

Después de apropiarse eficazmente de esas dos instituciones locales clave, los organizadores del NPA encontraron pocas dificultades para establecer fuertes lazos de confianza y lealtad dentro de la sociedad de la hacienda en general, así como para traducir tales recursos personales en una eficaz estructura de cargos formales del NPA a nivel de la población. Después, al entrelazar dichos cargos en el nivel de la población para formar redes más amplias de insurgentes, los organizadores locales ejercieron la correduría que llevó a la existencia de un fuerte movimiento nacional (aunque regionalmente variable).

Con dicha estructura organizada, no era difícil imaginarse a los comunistas sumándose activamente a la crisis de 1983-1986 e intentando establecer fuertes vínculos —ideológica y estructuralmente— con elementos de la coalición anti-Marcos. Si lo hubieran hecho, el resultado del episodio y la estructura de la política filipina tendrían un aspecto muy distinto del que tienen hoy. Así pues, la decisión de los comunistas de boicotear la Revolución Amarilla sirve para subrayar la naturaleza contingente, interactiva y dependiente del contexto de todos los episodios de contienda. El asesinato de Benigno Aquino cambió fundamentalmente el contexto de la política filipina. No fue el acto lo que llevó a efecto tal transformación, sino las

interpretaciones y las nuevas líneas de actuación que forjaron, interactivamente, las diversas partes del conflicto que dieron luz al episodio. Entre las interpretaciones con mayores consecuencias y, en este caso, entre las líneas de *no actuación*, están las que dominaron dentro del NPA y el CPP.

Por último, el caso de los comunistas filipinos permite señalar de nuevo la importancia decisiva de la historia y la cultura a la hora de dar forma a las actuaciones de todas las partes en un episodio contencioso. Durante la mayor parte del tiempo, la gente experimenta la cultura como un conjunto de restricciones conductuales, afectivas y cognitivas vinculantes, más que como herramientas opcionales para la acción. Así parece ser que ocurrió con los cerebros comunistas durante la Revolución Amarilla:

La historia del Partido y su situación estratégica antes de la convocatoria por sorpresa de elecciones militaban en contra de una decisión distinta [...] Igual que en cualquier otra institución, la historia y la cultura propias del Partido siempre han sido fuertes determinantes de la toma de decisiones —éstas dan forma a la visión que el Partido tiene de los «hechos estructurales objetivos» del mundo que lo rodea y, en general, tienden a hacer más lento el proceso de adaptación a los cambios exógenos. En ese momento en particular de la historia política de las Filipinas y del movimiento revolucionario, personas clave entre los líderes del CPP no supieron interpretar los cambios producidos fuera del marco probado de guerra popular prolongada (Weekley, 1996: 29).

El hecho de encontrarse inmersos en la historia previa llevó a los líderes por mal camino respecto a lo que era posible en la volátil política filipina de su tiempo.

CONCLUSIÓN

Los mismos mecanismos básicos de movilización—*atribución colectiva, apropiación social y correeduría*— aparecen en los dos episodios de contienda claramente distintos que hemos comparado. Tomados por separado e inmediatamente, tales mecanismos producen los mismos efectos en todas partes. La atribución colectiva, por ejemplo, siempre pone a disposición nuevas definiciones de lo posible y de lo probable y, por lo tanto, altera las elecciones estratégicas. No obstante, las trayectorias y los resultados globales de la movilización no siguen en absoluto los mismos patrones en todas partes. Éstos difieren porque la secuencia, la combinación, la interacción y el contexto de activación de tales mecanismos influyen profundamente en las consecuencias que entre todos comparten. Para

ilustrar dicha variabilidad, echemos un vistazo a las diferencias entre los dos episodios que estamos comparando.

Diferencias en los efectos agregados de la correduría

Tomemos en consideración los agentes clave de la correduría en Kenia y en las Filipinas. A pesar de la naturaleza autocrática, corrupta y violentamente represiva del gobierno de Marcos, las Filipinas mantenían un rico abanico de asociaciones locales, regionales y nacionales que representaban tanto a la izquierda tradicional como a las comunidades empresarial y católica. Tal y como deja claro el análisis de Boudreau (citado), los primeros de esos grupos sirvieron como vehículos de apropiación social y correduría tras el asesinato de Aquino y, de hecho, durante todo el desarrollo del conflicto. Y como ilustra el estudio de Hedman, los segundos se movilizaron contra el régimen de Marcos cuando ya empezaba a sonar para éste el toque de difuntos. Durante la lucha, no sólo se produjo la apropiación de las instituciones de la Iglesia y los empresarios, de importancia central; éstas ayudaron a producir todo un conjunto de organizaciones paraguas de reciente creación —incluido el NAMFREL— que ejercerían la correduría de gran parte de la movilización popular.

El contraste con la revuelta Mau Mau no podría estar más claro. En Kenia, existían pocas asociaciones políticas establecidas en vísperas del episodio. Los arrestos masivos que acompañaron a la declaración del estado de emergencia, además, diezmaron las pocas que estaban activas (p. ej., la KAU y la KCA). La ausencia de unas estructuras de movilización centralizadas confirió al movimiento una textura más reticular, descentralizada. También confundió a las autoridades coloniales. Inmersos en una visión del mundo como «cadena formal de mando», no podían imaginar ninguna otra forma de organización social. Según eso, contra toda evidencia, insistieron una y otra vez en que la rebelión era una conspiración planeada. El juicio de Kenyatta fue tan sólo la manifestación más visible de su búsqueda de los líderes putativos de la revuelta.

Este contraste entre ambos casos en el *locus* y en el grado de centralización de la correduría (alto en las Filipinas, bajo en Kenia) puede ayudar a explicar los niveles mucho más altos de violencia de la rebelión Mau Mau frente a la Revolución Amarilla. Por ejemplo, las organizaciones formales es posible que se sientan más inclinadas a evitar la violencia que los grupos insurrectos que están organizados de un modo menos formal y más descentralizado. Lo que aquí se presupone es que una organización formal tiende a implicar una mayor participación en el sistema y, por lo

tanto, una menor disposición a utilizar la violencia al servicio de los fines del movimiento. Se trata, por supuesto, de una conjetura por nuestra parte, pero es una conjetura coherente con ciertas tendencias teóricas (Gerth y Mills, 1946; Michels, 1962; Piven y Cloward, 1977) y con las trayectorias tan diferentes de los dos casos que examinamos aquí.

Diferencias en los efectos agregados de la certificación y la descertificación

Los resultados divergentes de ambos casos no son del todo consecuencia de las diferencias iniciales en la dinámica de la movilización. Otros mecanismos que operaron posteriormente en los episodios tuvieron profundos efectos sobre las trayectorias y los resultados de la contienda en Kenia y en las Filipinas. Tomaremos en consideración una pareja de mecanismos —la *certificación* y la *descertificación*— que estudiaremos mucho más de cerca en los capítulos 5 y 7. La certificación implica la validación de unos actores, de sus actuaciones y de sus reivindicaciones por autoridades externas. La descertificación es la retirada de tal validación por parte de los agentes certificadores. Los dos episodios aquí analizados presentan un interesante contraste en la dinámica y las variables consecuencias de la certificación y la descertificación en función de su intersección con otros mecanismos.

En nuestra discusión de la revuelta Mau Mau, hablamos del juicio y posterior encarcelamiento de Jomo Kenyatta y otros líderes nacionalistas kenianos. Tratado en términos de mecanismos, dicho juicio efectivamente *descertificó* a Kenyatta, al movimiento nacionalista moderado e incluso a la rebelión Mau Mau en general, descrita en el juicio como un culto violento y atávico. El éxito de esa descertificación condicionó el episodio que siguió de diversas maneras que acarrearón importantes consecuencias. La descertificación de Kenyatta acabó con su papel de intermediario entre las autoridades coloniales y los insurrectos. Si las autoridades hubieran trabajado al lado de Kenyatta —fundamentalmente, certificándolo como legítimo negociador—, habríamos presenciado lo que los estudiosos de los movimientos sociales han denominado «efecto de los flancos radicales», por el cual los actores moderados se aprovechan de una situación polarizada para ganar peso ante las autoridades (véase el capítulo 6). El resultado final podría haber sido la aceleración del proceso de independencia y el ascenso de Kenyatta a la autoridad política formal. Por el contrario, con todos los actores indígenas descertificados, las autoridades coloniales pudieron detener temporalmente el movimiento a favor de la independencia y aislar y reprimir a los rebeldes Mau Mau con relativa impunidad.

La certificación y la descertificación también desempeñaron un papel importante en la Revolución Amarilla, pero por lo general éste fue como facilitador. Por un lado, el creciente movimiento anti-Marcos se benefició de la certificación en un cierto número de momentos decisivos. Quizás el que tuvo mayores consecuencias fue el aval inicial y sin ambages del arzobispo Sin al movimiento. Si una de las características decisivas del movimiento fue la movilización de la clase media, fue Sin, más que ningún otro, el que señaló la legitimidad de la participación en la lucha. Pero en el episodio hubo intercalados otros casos decisivos de certificación. Por ejemplo, los descubrimientos del Comité de Agrava, que implicaban a figuras próximas a Marcos en la planificación y ejecución del asesinato de Benigno Aquino, tanto descertificaron al régimen como certificaron a las fuerzas anti-Marcos.

La descertificación también provino con fuerza de la antigua potencia colonial, cuya duradera influencia política, económica y cultural en las Filipinas no debe subestimarse. El hecho de que en los hogares filipinos pudiera verse a diario el modo en que aparecía retratado su país en la televisión norteamericana, como controlado por una clase política corrupta, clientelista y criminal, ayudó mucho a la descertificación del régimen. El equipo oficial de vigilancia electoral de los Estados Unidos, enviado por el presidente Reagan para asegurar unas elecciones limpias y democráticas, reforzó tal descertificación por parte de la hegemónica ex potencia colonial. Tal y como explica Carl Lande:

Marcos ha dicho que su peor fallo fue convocar las elecciones de febrero. Otro fallo, seguramente, fue invitar a observadores internacionales, incluidas las varias misiones de los Estados Unidos. El miembro más prominente de dichas misiones era el senador Richard Lugar. Tras llegar con una mentalidad abierta, para el final de las elecciones Lugar estaba convencido de que el proceso electoral había quedado fatalmente deteriorado por las enormes trampas del Gobierno. Después de regresar rápidamente a Washington, su papel fue crucial a la hora de persuadir a Reagan de tal hecho (Lande, 1987: 41).

Por su parte, la decisiva retirada del apoyo a Marcos por parte del presidente Reagan en las horas finales de la crisis, aunque llegara con gran retraso, sirvió como ejemplo final de descertificación.

¿Qué podemos concluir a partir de estos tres conjuntos de observaciones?

- En primer lugar, que los mismos mecanismos básicos de movilización —atribución colectiva de oportunidad y amenaza, apropiación social y correeduría— estuvieran presentes en los dos episodios de

contienda, claramente distintos, sugiere que éstos resultarán ser unos componentes sólidos de cualquier proceso de movilización y desmovilización. Dicha conjetura requiere refinamientos, réplicas y comprobaciones, pero sugiere que hay que prestar menos atención a las diferencias en forma y resultados de la contienda que a los mecanismos y procesos dinámicos que parecen tener en común los episodios.

- En segundo lugar, al llamar la atención sobre la significación de los tres mecanismos en los dos casos, no afirmamos que tales mecanismos produjeron en conjunción efectos idénticos en los dos episodios, ni que eso ocurra en cualquier otro caso. Por el contrario, las trayectorias tan diferentes de los dos episodios se debieron en gran parte a las diferentes manifestaciones de los procesos aquí discutidos. El análisis comienza con la identificación de mecanismos en la contienda política, y debe ampliarse a las secuencias de éstos, sus concatenaciones y sus contextos.
- En tercer lugar, no sostenemos que nuestros tres mecanismos de movilización agoten la dinámica de nuestros dos episodios ni, a ese respecto, de ningún episodio de contienda. La certificación, que jugó un papel crucial en el caso de las Filipinas, tendrá un papel aún mayor en los casos del Asia meridional y de Sudáfrica, de los cuales nos ocupamos en el próximo capítulo. Y aún serán más los mecanismos —el cambio de identidad y la radicalización— que desempeñarán un papel clave en el repaso del antiesclavismo norteamericano y la democratización española en el capítulo 6.

Pasemos ahora a ocuparnos de esos casos y de esos mecanismos de la contienda política.

5

La acción contenciosa

A PRINCIPIOS DE LA DÉCADA DE 1960, AMITAV GHOSH VIVÍA EN DHAKA, que era entonces la capital de Pakistán Oriental, donde su padre servía en la misión diplomática india. «Había», señala Ghosh,

una cierta ironía en el hecho de vivir en Dhaka como «extranjeros», porque Dhaka era, de hecho, la ciudad de nuestros ancestros. Mi padre y mi madre provenían de familias que pertenecían a la comunidad hindú de clase media que una vez había florecido allí. Pero, mucho antes de la creación del Estado de mayoría musulmana del Pakistán, mis antepasados se habían trasladado al oeste y, gracias a su pasión por viajar, ahora éramos indios y Dhaka era, para nosotros, territorio extranjero, aunque aún hablábamos su dialecto y seguíamos teniendo varios familiares que vivían en los antiguos barrios hindúes del corazón de la ciudad (Ghosh, 1992: 205).

Para los hindúes de la India, Pakistán y Bangladesh, el nombre Ghosh apunta a una historia familiar de casta superior. El Ghosh de nuestro relato nos habla de una noche de enero de 1964 en la que su padre le ordenó al cocinero que confinara a un Amitav de ocho años de edad en la habitación de matrimonio de su enorme casa. Cuando el cocinero, atemorizado, salió a hurtadillas a uno de los balcones próximos a ver qué estaba pasando abajo, el joven Amitav lo siguió, miró hacia la calle y presencié una escena que casi treinta años más tarde recordaba con estas palabras:

Una gran multitud se amontona alrededor de nuestra casa, una turba de centenares de hombres con las caras encendidas de rojo a la luz de las antorchas que sostienen en la mano, telas atadas en palos cuyas llamas lamen nuestros muros con lenguas de fuego. Cuando miro, las llamas empiezan a bailar alrededor de las casa y, mientras éstas rodean los muros, la gente que está congregada dentro se apelotona en el jardín, se agacha formando piñas y se cubre la cara (Ghosh, 1992: 208).

En esta escena, recordada sólo a medias, las personas que están dentro son hindúes, las de fuera musulmanes; la relación entre ellos es de miedo y odio. Esa noche los que estaban fuera —que en Dhaka en general eran los de dentro— finalmente no hicieron nada más que lanzar escombros por encima del muro del jardín. A la mañana siguiente, los asaltantes ya se habían ido; los refugiados del ataque habían recuperado la calma en el jardín y el cocinero había recobrado la compostura:

Después, nos acucillamos en un rincón y, mientras me señalaba a los grupos de personas que había a nuestro alrededor, me iba susurrando al oído sus historias. Reconocería esas historias años más tarde, cuando ojeaba una colección de periódicos antiguos y descubría que justo la misma noche que yo había visto danzar las llamas en torno a los muros de nuestra casa, había habido disturbios también en Calcuta, parecidos en todo excepto en que allí habían sido los musulmanes los que habían sufrido los ataques de los hindúes. Pero en ambas ciudades, igual en una que en otra —y esto hay que decirlo, hay que decirlo siempre, porque es el conjuro que nos devuelve la cordura—, tanto en Dhaka como en Calcuta, hubo historias exactamente paralelas de hindúes y musulmanes acudiendo en rescate los unos de los otros, de modo que mucha más gente resultó salvada que asesinada. [Ghosh, 1992: 209-210]

Desde 1964, nos llegan, cada vez con más frecuencia, informes de este tipo de contienda política en muchas partes del mundo (Gurr y Harff, 1994). Los informadores suelen aplicar a esta clase de acontecimientos las etiquetas de «conflicto entre comunidades», «competencia étnica», «tribalismo», «nacionalismo», «odios ancestrales» o, incluso, «genocidio». Etiquetas como éstas se han vuelto incómodamente familiares en nuestros tiempos. Sin embargo, vistos a la luz, más fría, de los análisis actuales de la contienda política, hay tres características de la vívida explicación de Ghosh que plantean algunas dudas: etiquetar a los que están fuera (y no a los de dentro) de «turba», describir esos acontecimientos y otros similares como «disturbios» y asumir los términos «hindú» y «musulmán» como atributos no problemáticos de los individuos implicados. Las autoridades, los que tienen el poder y los enemigos suelen usar el término «turba» —en inglés *mob*, de *mobile vulgus*, el «populacho voluble» —pa-

ra describir aquellas concentraciones que no aprueban. Del mismo modo, la palabra «disturbio» sugiere una condena de la acción colectiva cuyos participantes directos casi invariablemente llaman de otra forma: manifestación, marcha, concentración, represalia, lucha, etcétera.

Por lo que respecta a nombres colectivos como «hindú» y «musulmán», la gente de hecho los trata como si designaran atributos esenciales y congruentes de las otras personas y, a veces, de sí mismos. Adoptan la idea implícita de un módulo autodirigido con un identificador único. Aunque resulta muy atractiva para los posibles líderes de comunidades solidarias, dicha idea resulta poco convincente como fundamento de la descripción o explicación de la conducta social. Pierde credibilidad cuando se la contrasta con ciertas realidades contrarias. Nótese la gran variedad de identidades que una persona media activa la mayoría de los días: esposa, padre, miembro de un hogar, viajero, consumidor, trabajador, supervisor, miembro de este o aquel grupo. Obsérvese lo raro que es que alguien exprese alguna vez simultáneamente todos los aspectos de un yo complejo —de hecho, cuántas personas se utilizan mutuamente como canal para expresar selectivamente diferentes identidades. Obsérvese la socialización, la disciplina y la segregación excepcionales que parecen ser condición necesaria para que, de forma continuada, una identidad predomine sobre todas las demás, como en las novatadas de la academia militar, en el reclutamiento para un culto o en la creación de una red terrorista. Incluso esas medidas extremas suelen fracasar a la hora de subordinar otras identidades de género, de parentesco o de amistad. Nótese los modos en los que las identidades y sus contenidos modifican el curso de la interacción social, donde las personas ajustan su conducta con la adquisición de nuevas identidades e intentan redefinir las identidades que los demás les atribuyen y negocian sutilmente quién es quién en relaciones tan complejas como las de obrero y jefe, las de la pareja que corteja o las de parentesco político. Considérese, por último, el carácter errático, imprevisto, reflexivo, negociado y socialmente forjado de la acción individual tal y como ésta suele desplegarse. Dirigirse a uno mismo de una forma deliberada, efectiva y autónoma es raro. Igual que lo son las personas que desarrollan su vida dentro de una única identidad.

La complejidad de las identidades nos hace regresar a tres preguntas fundamentales sobre la contienda política que ya antes planteamos indirectamente:

Actores: ¿Quiénes reivindican y por qué lo hacen?

Identidades: ¿Quiénes dicen que son y quiénes dicen los demás que son, y por qué dicen que son eso?

Acciones: ¿Qué formas toman sus reivindicaciones y por qué?

Este capítulo investiga esas tres cuestiones dos veces; primero, con la búsqueda de conceptos que aporten disciplina a cualquier investigación que busque la respuesta a esas preguntas; después, con la identificación de un puñado de mecanismos causales recurrentes que ayuden a responder a las preguntas relativas al «por qué» en toda una variedad de contiendas. En ambas búsquedas, no pretendemos encontrar explicaciones totales, sino simplificaciones parciales útiles. Nuestras simplificaciones, como no resulta sorprendente, resaltan la interacción social como lugar y base de la contienda. Se basan implícitamente en los paralelismos entre la contienda política y la conversación argumentativa, que sigue una dinámica irreducible a las intenciones iniciales de los conversadores. Sobre todo, rompemos con el supuesto habitual de que las intenciones —o, peor aún, las razones que aducen los participantes— explican los procesos sociales. Sin embargo, irónicamente, acabamos observando que las afirmaciones de los actores unitarios y las actuaciones que éstos llevan a cabo para validar tales afirmaciones juegan un papel central en una gran variedad de contiendas políticas. El hecho de postular una unidad con un impulso propio resulta ser tanto una ilusión socialmente organizada como una verdad profunda de la contienda.

En primer lugar, exploraremos dichas cuestiones con respecto al conflicto hindú-musulmán en el Asia meridional a partir de la Segunda Guerra Mundial, para avanzar gradualmente hacia la especificación de los mecanismos que forman y transforman a los actores, sus identidades y sus acciones. A continuación, con mucha mayor brevedad, mostraremos que los mismos mecanismos relativos a la identidad aparecen en la contienda sudafricana de 1985 a 1995. Por último, planteamos la cuestión de que los mecanismos en cuestión —correduría, formación de categorías, cambio de objeto y certificación— operan de manera similar en una amplia variedad de contiendas políticas. Operan de manera similar, es decir, sin que produzcan en absoluto las mismas trayectorias y resultados globales. Cada mecanismo implica las mismas conexiones causa-efecto inmediatas en cualquier lugar y tiempo en que concurra. Pero las trayectorias y los resultados de los episodios en su totalidad son diferentes porque las condiciones iniciales, las secuencias y las combinaciones de mecanismos forman un compuesto que produce efectos globales variables. Finalmente, pues, los analistas de la contienda política tendrán que llegar a dominar la complejidad de las condiciones iniciales, las secuencias y las combinaciones. Por el momento, sin embargo, podemos realizar una contribución significativa especificando simplemente los mecanismos clave vinculados a la identidad.

HINDÚES CONTRA MUSULMANES EN PANIPUR

Para entender con más claridad qué es lo que estamos discutiendo, permítasenos avanzar 25 años en el tiempo desde 1964, para volver luego a diez años antes de esa misma fecha. En los años inmediatamente anteriores y posteriores a 1990, la etnógrafa americana Beth Roy realizó repetidas estancias en la población de Panipur, en Bangladesh (antes de las sucesivas divisiones, Panipur había pertenecido, por supuesto, a la India y posteriormente a Pakistán). En ese pueblo de terratenientes ausentes, pequeños propietarios de tierras y trabajadores sin tierras, las cambiantes aguas de la cuenca del Ganges exacerbaban las preocupaciones de los campesinos por los derechos de posesión y los límites de las posesiones. En el pueblo había hogares etiquetados de hindúes o de musulmanes, pero la vida ordinaria transcurría según todo un conjunto más fino de distinciones —a menudo entrelazadas—, a saber: las de casta, clase, propiedades y género.

Aunque los residentes en Panipur que confiaron en Roy se describían a sí mismos como viviendo en armonía con sus vecinos multiculturales, Roy acabó encontrando pruebas de profundos conflictos multiculturales en el pasado del pueblo. Conoció a un Mr. Ghosh local, miembro de la casta superior *kayastha* (Sudhir Kakar habla incisivamente de «los *kayastha*, bien conocidos por su identificación con los maestros a quienes tan hábilmente han servido, tanto si el Gobierno era británico como musulmán» [Kakar, 1996: 10]). Mr. Ghosh fue el primero en revelar a Roy que el pueblo había sufrido toda una serie de conflictos violentos (Roy, 1994: 15-16). Como un petirrojo que tira de un hilo suelto en busca de material para hacer su nido y acaba destejiendo un jersey entero, ella siguió haciendo preguntas sobre un determinado incidente acaecido en 1954, hasta recoger todo un amplio abanico de historias y poder realizar una reconstrucción plausible de las luchas que habían dado pie a tales historias. Después de que Mr. Ghosh le diera la primera oportunidad, ella la aprovechó sin descanso.

¿Qué había ocurrido en 1954? La vaca de Fakir se había soltado, se había descarriado, había traspasado los límites de la propiedad de Golam y se había comido las lentejas del campo de Kumar Tarkhanía. En esa época, Panipur pertenecía a Pakistán, un Estado predominantemente musulmán con una importante minoría hindú. Sólo posteriormente se independizaría la región de Pakistán Oriental para convertirse en el Estado abrumadoramente musulmán de Bangladesh. En la partición religiosa más general del pueblo, el propietario de la vaca, Golam, era considerado un musulmán, y

Kumar, el dueño de las lentejas, un hindú. Los amigos de Kumar atraparon la vaca, y después Golam la liberó por la fuerza ante las protestas de los que la estaban vigilando. En ese momento, los dos hombres podrían haber llevado su disputa al tribunal local, que sin duda habría ordenado a Golam que compensara a Kumar según la escala de daños establecida.

Sin embargo, en lugar de resolver sus diferencias inmediatamente, ambos granjeros llamaron a sus parientes, patrones y aliados. Como resultado, una disputa menor fue el desencadenante de unas alineaciones cada vez más generales en dos bloques opuestos. Al día siguiente, por ejemplo, Golam ató su vaca provocadoramente en el mismo lugar antes de marcharse, y al regresar más tarde se encontró con que alguien había llevado sus propias vacas (ahora más de una) a su propio campo de lentejas. Cuando Golam empezó a perseguir a las vacas para sacarlas de allí, los dos hermanos de Kumar entraron en el campo e intentaron sacarlo a él junto con la vaca autora de la ofensa. Atendieron el consejo de un anciano que les pedía que lo soltaran, pero, cuando Golam los amenazó con terribles consecuencias, lo volvieron a coger:

Volvieron corriendo hacia mí y me volvieron a coger. Una vez más, me ataron y empezaron a arrastrarme. Uno de ellos me hizo un corte con la hoz en el brazo derecho. Yo gritaba. A poca distancia había algunos musulmanes y, al oírme gritar, vinieron corriendo hacia mí. Cuando llegaron, me liberaron (Roy, 1994: 55).

La escalada continuó. Los partidarios de uno y otro bando empezaron a coger las vacas de los otros. Los seguidores de uno y otro acabaron cogiendo cuchillos, hoces, guadañas, espadas, palos, escudos y lanzas y se plantaron frente a frente en dos filas paralelas de grupos hostiles. Intervino la policía, que acabó disparando contra la multitud. El fuego de la policía mató a dos o tres personas y dispersó la gran concentración. Cuando cada uno de los bandos reclamó justicia, se sumaron al conflicto personas anteriormente externas y periféricas y, cuando las autoridades locales intentaron pacificarlas, la intervención hubo de subir de rango en la jerarquía de la Administración pakistaní. Con cada nuevo aumento del número de implicados y de la gravedad del conflicto, se producía una redefinición de éste. Cuantas más extenso y más grave se volvía el incidente, menos tenía que ver con las complejas relaciones locales entre granjeros, mediadas por la casta y la clase, y más pasaba a formar parte de las luchas a nivel nacional entre las comunidades hindú y musulmana (cf. Turner, 1982: 69-70). Igual que en Córcega las disputas individuales se desarrollan hasta convertirse en odios ancestrales entre clanes (Gould, 1999), en el Asia meridional las discusiones locales se convierten en guerras intercomunitarias.

Incluso las personas de la localidad redefinieron su propio conflicto después de los hechos. Mr. Ghosh y sus equivalentes musulmanes, por ejemplo, explicaban que, al principio, ellos no tenían nada que ver con el conflicto, excepto como observadores distantes, pacificadores o mediadores. Para Mr. Ghosh, el bando hindú del conflicto lo constituían al principio los *namasudra*, pertenecientes a la casta inferior de granjeros y pescadores, no la gente respetable como él. Él mismo se mantuvo apartado de éste. Pero las personas como él, tanto hindúes como musulmanes, acabaron por definir la lucha, no como una confrontación entre los *namasudra* y sus equivalentes de rango inferior musulmanes, sino entre hindúes y musulmanes en general. Esas categorías más amplias acabaron por dominar la memoria colectiva.

Tal y como señala Paul Brass respecto a la India contemporánea:

En el nivel de los pueblos y sus alrededores, el *jati*, el aspecto local de la casta, puede que constituya la base de las acciones económicas, de la organización política y del conflicto social. Sin embargo, en una unidad de las dimensiones de un distrito, se hacen necesarias unidades de acción política correspondientemente más grandes, o coaliciones políticas que atraviesen las fronteras de los *jati*, para una acción política efectiva [...] En el nivel nacional, la casta se vuelve casi inefectiva como base de una movilización política sostenida, porque las categorías de casta disponibles en ese nivel carecen de un contenido social o económico apropiado. También existen alternativas a la casta como principio organizador del conflicto político en cada uno de los niveles de la política india, en particular a partir del nivel del distrito y superiores. En dichos niveles, categorías tales como hindú y musulmán ganan en prominencia, las lealtades lingüísticas se vuelven cruciales, el estatus personal de inmigrante o «hijo de la tierra» puede ser decisivo, o pueden prevalecer la facción, el partido o la ideología como bases de la división política (Brass, 1994: 155; para una calificación de las lealtades lingüísticas en la India, véase Laitin, 2000).

Al analizar la violencia hindú-sij en Delhi tras el asesinato de Indira Gandhi por dos de sus guardaespaldas sij, Stanley Tambiah percibe un paralelismo importante con las observaciones de Brass:

¿Quiénes participaron en los disturbios de Delhi? Resulta tentador y reconfortante decir que los agresores eran extraños y enemigos entre sí, y no amigos y vecinos. Un contraste binario de ese tipo no describe bien el conflicto que nos ocupa. No obstante, puede decirse que cuanto más evolucionaba la violencia de las turbas en la dirección de movilizar a personas a las que se equipaba con medios de destrucción y se incitaba a la violencia, mayor era la probabilidad de que conspiradores «externos» se convirtieran en dirigentes de las facciones, ayudados por informadores y colaboradores de dentro (Tambiah, 1997: 1.178-1.179).

Al reseguir una historia que se le hacía esquivar, Beth Roy estaba desvelando las jerarquías de la contienda política en el Asia meridional.

ENFOQUES INDIVIDUALISTAS Y RELACIONALES DE LAS IDENTIDADES

Además de la empatía de su descripción y de su astuto trabajo de detective, el estudio de Roy fascina por su paciente desvelamiento de las complejidades de los actores, de las acciones y de las identidades. *Some Trouble with the Cows* [*Problemas con las vacas*] (el título se hace eco de uno de los primeros relatos sobre los conflictos de 1954 recogidos por Roy) se centra en cuestiones de identidad:

Quando trato de historias de comunalismo en los pueblos, quiero saber cómo las personas veían el mundo, cómo situaban en él sus propios deseos y cómo su sentido de las posibilidades políticas se veía influido por lejanos vientos de cambio. Se ha vuelto habitual afirmar que las conductas domésticas más íntimas están de hecho socialmente construidas. La experiencia colectiva se traduce en realidad psicológica mediante una red de ideas internalizadas como asunciones invisibles sobre el mundo. Para desvelar las realidades psicológicas de la conducta colectiva, creo que debemos mirar a las áreas compartidas de la comprensión social y la posición social. Por ejemplo, las acciones de grupo se formulan a partir de la experiencia de la identidad, es decir, de la construcción compleja de la posición de un individuo en la comunidad y de sus lazos con los demás. De manera semejante, el deseo de acción nace de ideologías detalladas que a menudo se sienten como sentido común o como asunciones no examinadas sobre los derechos y sobre los poderes (Roy, 1994: 3).

En este pasaje introductorio y a través de toda su soberbia reconstrucción de antiguos conflictos, Roy muestra una ambivalencia entre dos puntos de vista, y a veces trata la identidad y la acción como realidades mentales individuales multiplicadas, y otras sitúa la identidad y la acción en las relaciones sociales: «la posición de un individuo en la comunidad y sus lazos con los demás». Por eso, apunta a una importante dificultad de los análisis contemporáneos de la contienda política (véase Cerulo, 1997: 393-394). El paradigma clásico de los movimientos sociales que queremos dismantelar y mejorar está aquejado de dicha dificultad, igual que el grueso de los demás esquemas de las tradiciones racionalista, culturalista, fenomenológica y estructuralista.

La dificultad es la siguiente: los humanos viven con un cuerpo de carne y hueso, acumulan vestigios de las experiencias en su sistema nervioso,

organizan los encuentros presentes con el mundo en forma de cogniciones, emociones y acciones *intencionales*, explican historias sobre sí mismos en las que actuaron deliberada y eficazmente o en las que no pudieron hacerlo porque se lo impidieron la emoción incontrolada, la debilidad o los malévolos otros, la mala suerte o la inflexible naturaleza, y cuentan historias similares sobre las demás personas. Los humanos llegan a creer en un mundo lleno de individuos continuos, claramente delimitados y autogobernados y cuyas intenciones interactúan con los accidentes y los límites de la naturaleza para producir la totalidad de la vida social. En sus muchas versiones, entre tales «límites de la naturaleza» se cuentan normas, valores y guiones inculcados y reforzados por los poderosos otros—pero, después, internalizados por unos individuos que se dirigen a sí mismos.

Sin embargo, vistos de cerca, resulta que esos mismos humanos interactúan repetidamente con los demás, renegocian quiénes son, ajustan los límites que ocupan, modifican sus acciones en rápida respuesta a las reacciones de los demás, seleccionan entre los guiones disponibles y los alteran, improvisan nuevas formas de acción conjunta, dicen frases que nadie ha dicho antes y, sin embargo, responden predeciblemente a su posición dentro de unas redes de relaciones sociales que ellos mismos no pueden trazar con detalle. Explican historias sobre sí mismos y sobre los demás que facilitan su interacción social más que establecen hechos verificables sobre unas vidas individuales. De hecho, viven en mundos profundamente relacionales. Si se produce la construcción social, se produce socialmente, no en los recesos de aislamiento de las mentes individuales.

El problema se vuelve agudo en las descripciones y las explicaciones de la contienda política. Los actores políticos ofrecen típicamente explicaciones individualizadas de la participación en la contienda, aunque los «individuos» a los que atribuyen un impulso propio delimitado, unificado y continuo son a menudo actores colectivos como comunidades, clases, ejércitos, empresas, sindicatos, grupos de interés u organizaciones de movimientos sociales. Atribuyen a los individuos implicados valoraciones morales y responsabilidades, los alaban o los condenan por sus acciones y califican las identidades que anuncian desde inaceptables (p. ej., la turba) hasta loables (p. ej., los mártires). Según eso, en la contienda política se invierten grandes esfuerzos en generar unas representaciones polémicas de los actores clave como dignos o indignos, unificados o fragmentados, grandes o pequeños, comprometidos o no comprometidos, poderosos o débiles, bien conectados o aislados, duraderos o efímeros, razonables o irracionales, codiciosos o generosos.

Sin embargo, la observación meticulosa de esos mismos esfuerzos acaba por decir, incluso a un observador ingenuo, lo que casi cualquiera de los dirigentes implicados en la lucha, sean líderes sindicales u organizadores

políticos, reconoce en privado: que tanto las representaciones públicas de las identidades políticas como otras formas de participación en la lucha funcionan gracias a una coordinación intensa, a la improvisación contingente, a las maniobras tácticas, a las respuestas a señales de los demás participantes, a las reinterpretaciones sobre el terreno de lo que es posible, deseable o eficaz y por medio de unas cadenas de resultados inesperados que incitan a nuevas improvisaciones. Las interacciones entre unos actores con límites, estructuras internas e identidades cambiantes resulta que dejan entrever lo que, retrospectivamente o desde una perspectiva distante, los analistas denominan movimientos sociales, guerras, huelgas, rebeliones o campañas electorales gobernadas por actores. De ahí la dificultad de conciliar las imágenes individualistas con las realidades interactivas.

ACTORES, IDENTIDADES Y ACCIONES

¿Quiénes son los actores? ¿Qué tipos de personas es posible que se impliquen en la contienda política? Es decir, ¿qué tipos de personas es posible que lleven a cabo reivindicaciones públicas concertadas que impliquen a gobiernos como objetos o como terceras partes y que, si se satisficieran, afectarían de forma visible a los intereses de personas externas a sus propias filas? En principio, cualquier conjunto conectado de personas dentro de un sistema político dado que tiene a su disposición la definición de unos logros compartidos en el funcionamiento de dicho sistema político puede ser candidato. En la práctica, si pensamos más allá de una escala muy reducida, todos los actores que participan en una reivindicación incluyen por lo menos a un grupo de personas previamente conectadas entre las cuales han circulado ampliamente historias sobre su situación estratégica: oportunidades, amenazas, medios disponibles de acción, consecuencias probables de tales acciones, evaluaciones de dichas consecuencias, capacidades de actuación, recuerdos de contiendas previas e inventarios de otras partes probables en cualquier acción.

En la práctica, además, tales actores, por lo general, se han relacionado antes —de forma contenciosa o no— con otros actores colectivos. Tales relaciones han moldeado las estructuras internas de los actores y han ayudado a generar sus historias. En la práctica, por último, las unidades constitutivas de los actores de la reivindicación suelen consistir, no en individuos completos vivos y animados, sino en grupos, organizaciones, haces de relaciones sociales y enclaves sociales como las profesiones y los barrios. Los actores consisten en redes que despliegan historias, culturas

y conexiones colectivas con otros actores, todas ellas parcialmente compartidas. Los «cientos de hombres» que se congregaron en el exterior de la propiedad de la familia de Amitav Ghosh en enero de 1964 con antorchas y que llevaban antorchas y lanzaban ladrillos formaban una red de ese tipo.

Tales actores, sin embargo, casi nunca se describen a sí mismos como redes compuestas. Más bien, responden a nombres colectivos. Se llaman a sí mismos trabajadores, mujeres, residentes en X, o Frente Unido contra Y. Los miembros de la muchedumbre que rodeó la propiedad de los Ghosh se identificaban a sí mismos como musulmanes, y los que estaban dentro, como hindúes. Las otras partes suelen oponerse a esas descripciones de sí mismos y sustituirlas por nombres colectivos tales como chusma, inadaptados o gentuza. Al hacerlo, aceptan por lo general la noción implícita de que los actores tienen identidades unitarias. Los responsables del censo ayudan, al incluir a cantidades de personas dentro de categorías religiosas. El censo de la India de 1981, por ejemplo, presentaba al 11 por ciento de la población nacional como musulmanes, con una distribución que iba del 1 por ciento en el Punjab al 64 por ciento en Jammy y Cachemira (Brass, 1994: 231). ¿Podemos aceptar tales cifras como hechos objetivos con los que evaluar el conflicto hindú-musulmán? David Ludden señala tajantemente el problema que existe en hacer tal cosa:

Igual que el término «musulmán», el término «hindú» hace pensar en una identidad que se define de formas diferentes, incluso por un mismo individuo, dependiendo del contexto. No se sabe cuántas personas se hubieran identificado a sí mismas como hindúes en la India si se les hubiera preguntado simplemente «¿cuál es tu religión?» en 1800, 1900, 1947 o 1993. La vasta tradición religiosa a la que nos referimos con «hinduismo» no tiene un único cuerpo central de instituciones unánimemente aceptado como el Corán, la *umma* (comunidad de creyentes del islam), la Biblia, la Iglesia católica o el Talmud, en torno al cual podría haber quedado unificada tradicionalmente una identidad religiosa hindú. Los principios filosóficos centrales —los *dharma* (deberes religiosos), el karma (acción fatídica) y el *samsara* (el ciclo de renaceres)— racionalizan una división de los creyentes hindúes en cuatro jerarquías rituales (*varna*)—*brahman*, *kshatriya*, *vaishya* y *shudra*— y son las diferencias, y no las similitudes, entre los innumerables grupos de casta (*jati*) las que proveen los cimientos de la identidad social hindú [...] La identidad hindú es múltiple por definición, y la India la conforman también muchas otras identidades religiosas, incluidas las de los musulmanes, los zoroástricos, los sij, los cristianos y los judíos (Ludden, 1996: 6-7).

Además, esos otros grupos ostensiblemente unitarios también comienzan a parecer fragmentarios y diversos cuando los amplificamos igual que hace Ludden con los hindúes.

¿Qué sucede? Las identidades en general consisten en relaciones sociales junto con sus representaciones, tal y como éstas se ven desde la perspectiva de uno u otro actor. La identidad no es un atributo duradero y abarcador de las personas o de los actores colectivos como tales. Tener la identidad de madre es estar en una cierta relación con un hijo. La misma persona que tiene la identidad de madre en un contexto adopta fácilmente las de jefe, cliente, alumna y hermana en otros. Un subconjunto crucial de las identidades son categóricas. Pivotan sobre una línea que separa a los X de los Y, y establece relaciones distintas de los X con los X, de los X con los Y, así como de los Y con los Y. Musulmán/hindú es una par categórico de gran influencia en Dhaka y en Panipur. Pero también lo son en otros lugares del Asia meridional los pares musulmán/cristiano, hindú/budista y budista/cristiano, por no mencionar las importantes distinciones que separan y vinculan a pares de las categorías musulmán, hindú, budista y cristiano. Cada par define, no sólo un límite, sino también un conjunto localmente variable de relaciones entre ambos lados de ese límite.

Vistas como relaciones sociales con sus representaciones, todas las identidades tienen un lado político, de hecho o en potencia. Sea el par marido-mujer, o musulmán-hindú, cada par categórico tiene sus formas históricamente acumuladas de deliberación y de lucha. Gran parte de las deliberaciones y de las luchas basadas en la identidad plantean cuestiones que, si se generalizan, se convierten en problemas relativos al bien común: cuestiones de desigualdad, de equidad, de derechos, de obligaciones. Los debates públicos y las identidades privadas suelen interactuar, como cuando hombres y mujeres desarrollan en sus vidas diarias las cuestiones y los términos de las grandes batallas públicas en torno a la desigualdad de los géneros. Finalmente, todos los sistemas políticos dejan espacio para algún tipo de reivindicación sobre la base de una identidad compartida, y todos los sistemas políticos introducen explícitamente algunas identidades en la vida política pública. Las reivindicaciones en nombre de una minoría religiosa ilustran el primer fenómeno; la instauración de distinciones legales entre ciudadanos y extranjeros, el segundo. A pesar de reconocer la ubicuidad de la política identitaria en algunos de los sentidos del término, denominamos a una identidad explícitamente *política* cuando responde a ambos de esos aspectos: cuando las personas efectúan reivindicaciones públicas sobre la base de dicha identidad, reivindicaciones con respecto a las cuales los gobiernos son, bien objetos, bien terceras partes.

Así pues, las identidades son políticas en la medida en que implican relaciones con los gobiernos. Ejemplos evidentes de éstas son: cargo público, militar veterano, ciudadano, preso delincuente o beneficiario del sistema social. Identidades como la de trabajador, residente y mujer también se vuelven políticas en algunos regímenes, bien allí donde los gobiernos

ejercen de hecho su autoridad por medio de tales identidades, o bien allí donde cualquier conjunto de personas que suscriba el mismo programa tiene derecho a plantear reivindicaciones colectivas. Una de las cuestiones más polémicas en la política india actual es si el cada vez más influyente Partido Bharatiya Janata (BJP) [Bharatiya Janata Party], con sus raíces en el nacionalismo hindú, si llegara al poder, inscribiría las categorías religiosas dentro de la estructura gubernamental india, previamente secular.

En el sistema indio actual, las personas que comparten identidades religiosas rutinarias ya gozan del derecho a formar partidos propios, siempre que se representen a sí mismos como personificación de formas de vida específicas, y no de credos como tales. Actualmente, las autoridades niegan ese derecho en Turquía, Argelia, Tanzania, Afganistán y en partes de la antigua Unión Soviética. En dicha medida, muchas identidades religiosas ya son identidades políticas en la India. De hecho, tal y como muestran las observaciones de Amitav Ghosh y Beth Roy, el par hindú/musulmán funciona por toda Asia meridional principalmente en relación al gobierno (véase, por ejemplo, Copland, 1998). Designa una distinción política, más que separar entre sí dos visiones del mundo bien definidas, unitarias y trascendentales. En un grado desconocido, pero probablemente significativo, las orientaciones compartidas de los miembros de las categorías son consecuencia, más que causa, de las relaciones políticas recurrentes entre los miembros de las diferentes categorías.

Las identidades políticas, no obstante, varían a lo largo de un continuo que va desde las más incrustadas a las más distantes. Las identidades *incrustadas* moldean un amplio espectro de relaciones sociales rutinarias, como ocurre en un pueblo en el que la pertenencia a una familia dada afecta poderosamente las relaciones diarias con la mayoría de las demás personas. Las identidades *distantes* sólo moldean un abanico restringido, especializado, de relaciones sociales intermitentes, como cuando la pertenencia a una promoción concreta de una escuela (por muy poderosa que fuera cuando los miembros eran jóvenes) queda reducida a alguna reunión de vez en cuando o a encuentros esporádicos. Sin embargo, las identidades distantes pueden ser a veces de gran importancia cuando se activan, como en los casos de las sociedades secretas, los militares veteranos y los hijos ilegítimos. Las identidades incrustadas pueden volverse más distantes, como cuando las divisiones profesionales o de localidad empiezan a suplantar a las divisiones por linaje y, por lo tanto, las relaciones de linaje disminuyen su alcance e impacto. Las identidades distantes también pueden incrustarse, como cuando los residentes de dos barrios adyacentes empiezan a pelearse, trazan fuertes líneas divisorias entre ellos y comienzan a hostigarse y vituperarse a cada encuentro. En resumen, las etiquetas «incrustada» y «distante» no describen el contenido de las identidades, sino su conexión con la vida social rutinaria.

Las identidades políticas aparecen tanto en la vida social rutinaria como en la contienda política. Los cargos gubernamentales, por ejemplo, están implicados por profesión en una amplia variedad de relaciones sociales no contenciosas, así como en la contienda política pública. Sin embargo, algunas identidades políticas se originan o se especializan en la contienda. La figura 5.1 esquematiza el espectro de variación que tenemos en mente. Señala que (a pesar de una cierta correlación empírica entre la rutina y las identidades incrustadas y entre la contienda y las identidades distantes), las distinciones rutinario-contencioso e incrustado-distante son lógicamente independientes entre sí. La familia, afirma, suele proporcionar la base de las identidades incrustadas que operan principalmente en la vida social rutinaria más que en la contienda política. Las identidades familiares, sin embargo, adquieren tintes políticos cuando los encargados del censo listan a sus miembros, a los reclutas del servicio militar o a los jóvenes exentos sobre la base de sus relaciones con esposas e hijos, o cuando alguien organiza una respuesta casa por casa a un plan de reestructuración urbana. Todas estas relaciones con el gobierno se vuelven fácilmente contenciosas. La pertenencia a un jurado también opera primordialmente en la vida social rutinaria más que en la contienda pública, pero incorpora una relación distante con la mayor parte de la interacción social. De vez en cuando, la pertenencia a un jurado sienta las bases para la participación en la contienda política, como cuando las partes decepcionadas con un veredicto atacan al juez y al jurado. Ésa es la razón por la cual nosotros la etiquetamos como una identidad distante situada principalmente en la vida social rutinaria.

¿Por qué situamos las conspiraciones revolucionarias en la esquina superior derecha, igual que la combinación de la incrustación con su situación en la contienda política? Como identidad política, la pertenencia a una conspiración revolucionaria incluye normalmente un amplio espectro de la vida social —es decir, constituye una identidad incrustada—, pero adquiere gran parte de su significación de unas reivindicaciones contenciosas ligadas a los gobiernos o a otros actores políticos. Aunque la participación en algunos partidos sea similar a la pertenencia a una conspiración, en global, la pertenencia a un partido es algo que se activa intermitentemente y, sobre todo, en el fragor de la contienda política. De ahí su localización en la esquina distante/contencioso. La ciudadanía aparece en el centro mismo de nuestro diagrama para indicar que, aún más que los otros tipos de identidad representados en las esquinas, la ciudadanía varía desde ser principalmente distante y rutinaria (como en el caso del derecho a los beneficios sociales administrados por el Estado) hasta ser principalmente incrustada y contenciosa (como en las recientes luchas sobre quién es ciudadano de Yugoslavia, Serbia, Kosovo, Croacia o Bosnia). Al igual que otras identidades contenciosas, la ciudadanía ocupa de hecho un

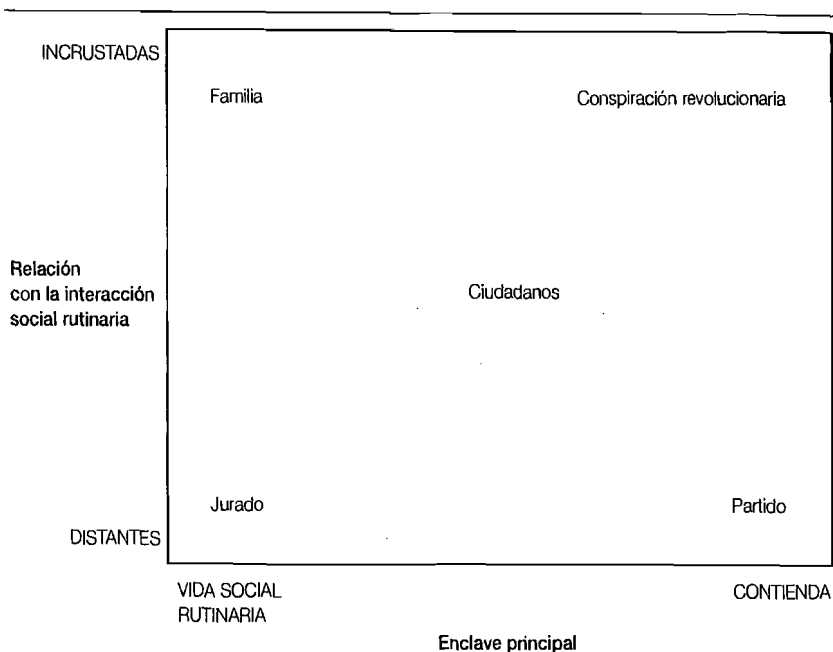


FIGURA 5.1 Distribución de las identidades contenciosas

espacio irregular con respecto a nuestras dos dimensiones, más que la zona única que esta versión simplificada le asigna.

En el curso de la contienda política, los actores pasan a la acción en nombre de unas identidades. Las identidades definen sus relaciones con los otros específicos. Sus acciones, de hecho, consisten en *interacciones* con tales otros, interacciones centradas en la reivindicación. Escenifican una reivindicación mutua y pública mediante identidades que van emparejadas. En nombre de la identidad colectiva que se está sosteniendo, los interlocutores de los actores exigen, ordenan, requieren, piden, suplican, solicitan, imploran, prometen, proponen, amenazan, atacan, destruyen, arrebatan o reivindican respecto a bienes que están bajo el control de alguna otra parte. Cuando los interlocutores de los otros replican en nombre de sus propias identidades políticas, ha dado comienzo un episodio de contienda política. Según avanza el proceso, las identidades relevantes suelen irse modificando. El episodio complejo reconstruido por Beth Roy comenzó como un altercado entre dos granjeros que se identificaban como tales, pero terminó siendo un combate casi militar entre hindúes, musulmanes y cargos públicos.

LOS REPERTORIOS Y LA INTERACCIÓN POLÍTICA

Un enfoque tan conversacional, teatral, de la interacción contenciosa llama la atención sobre la combinación de guión e improvisación en la reivindicación en sí. Si se la compara con todas las interacciones de que son técnicamente capaces los actores, en cualquier escenario y episodio particular se utilizan repetidamente un pequeño conjunto de rutinas, y se innova dentro de los límites que establece la historia de las interacciones previas. Por ejemplo, el BJP de la India, de base hindú, ha entrado en la contienda electoral nacional con desfiles de automóviles y procesiones de carros para publicitar su causa:

Los carros mismos son una amalgama de lo viejo y de lo nuevo: superestructuras de carros templo montadas sobre modernos camiones y camionetas, equipados con altavoces, generadores eléctricos, etcétera. Son, de hecho, modernas elaboraciones compuestas que incluyen también elementos decorativos tomados de la película de Peter Brook sobre el *Mahabharata*, como en el caso del carro sobre el que marchó [el presidente del BJP, Lal] Advani, en 1990. Los objetivos «religiosos» de la «peregrinación» y la «guerra santa» se combinaron con los cálculos electorales y la búsqueda de poder político. Los jóvenes reclutados se convirtieron en «trabajadores sagrados» (*karsevaks*); los *sadhu* y los *sant* mezclaron su salmodios rituales con el vandalismo de la militancia, y a las ofertas rituales a las divinidades llamadas *puja* y *yajna* asistieron políticos que se representaban a sí mismos como aspirantes a revivir la nación hindú y futuros ministros del Estado (Tambiah, 1996: 248; véase también Davis, 1996).

Así pues, no es una rutina, sino toda una gama de escenificaciones públicas, la que representa las reivindicaciones hindúes para los seguidores del BJP, sus rivales, el Gobierno e, indirectamente, para los musulmanes, desazonados espectadores.

Por ese motivo, es razonable hablar de unos repertorios contenciosos: conjuntos limitados de rutinas para la mutua reivindicación que están a disposición de los pares de identidades. Tomamos prestada una metáfora teatral —repertorio— para transmitir la idea de que los participantes en las reivindicaciones públicas adoptan unos guiones que ya han escenificado anteriormente, o por lo menos los han observado. No inventan simplemente una nueva forma de acción eficaz ni expresan cualquiera de los impulsos que sienten, sino que reelaboran las rutinas ya conocidas en respuesta a las circunstancias del momento. Al hacer tal cosa, adquieren la capacidad colectiva de coordinar, anticipar, representarse e interpretar las acciones de los demás. Así, las personas que están en una relación de pa-

trón y obrero en las economías capitalistas contemporáneas suelen tener a su disposición la discusión de la producción en el puesto de trabajo, unos procedimientos de queja, el despido, las ofertas de empleo, las manifestaciones, las huelgas, la apelación a los cargos gubernamentales y algunas otras rutinas para desarrollar reivindicaciones contenciosas entre ellas. Quedan fuera del repertorio establecido rutinas que una vez concurren frecuentemente en las relaciones obrero-patrón en los países occidentales y que siguen siendo técnicamente posibles como, por ejemplo, el saqueo de la casa de un jefe o un trabajador malvados. Aunque, estrictamente, los repertorios pertenecen a cada par de identidades, por conveniencia, a menudo los generalizamos a una población, a un periodo y/o a un lugar, y hablamos, por ejemplo, del repertorio contencioso predominante entre los activistas religiosos de la India en la década de 1990.

Las actuaciones dentro de los repertorios no siguen unos guiones precisos al pie de la letra. Se parecen a una conversación en el hecho de que se atienen a unas reglas de interacción implícitas, pero implican una improvisación constante por parte de todos los participantes. Así pues, la manifestación de hoy se desarrollará de una forma diferente a la de ayer en función de quién participe, de si llueve, de cómo la policía se comporte con la multitud, de lo que los participantes hayan aprendido ayer y de cómo respondan las autoridades a las reivindicaciones de ayer. Manifestaciones que empiezan de maneras semejantes acaban convirtiéndose en concentraciones masivas, marchas solemnes, ataques a edificios públicos o batallas campales entre la policía y los activistas. De hecho, las actuaciones estereotipadas suelen perder eficacia, de la misma manera que un discurso maquinal pierde relevancia. Reducen la ventaja estratégica de los actores, socavan la pretendida convicción de los manifestantes y disminuyen la notoriedad del acontecimiento. Como consecuencia, la innovación a pequeña escala modifica los repertorios continuamente, sobre todo cuando uno u otro conjunto de participantes descubre que hay una nueva táctica, un nuevo mensaje o una nueva presentación de uno mismo que ofrece recompensas que sus predecesores no ofrecían.

Consideremos las circunstancias estratégicas de unos actores con unos repertorios de acciones reivindicativas ya bien definidos. La figura 5.2 (p. 155) simplifica la situación de un participante único en la contienda cuando está a punto de comenzar la acción, por ejemplo: un resumen ideal de los refugiados que se apiñaban en el jardín de la familia de Amitav Ghosh una noche de enero de 1964. La historia previa de las interacciones de la misma categoría ha establecido unas interpretaciones compartidas que vienen representadas por la red de interacción-resultados de la figura 5.2. En el eje horizontal están las n interacciones posibles con los asaltantes que se encuentran fuera de los muros del jardín, con las autoridades de

Dhaka y con la familia Ghosh. Entre las interacciones que tienen a su disposición probablemente se cuenten ciertos modos de contraatacar, ciertas maneras de huir y determinadas formas de apelar a las autoridades. Sólo un estudio histórico detallado nos puede decir cuáles son realmente las formas de rutina entonces disponibles. Dichas interacciones posibles constituyen el repertorio relevante para la presente situación de alarma tal y como ésta se ve desde la perspectiva de una sola de las partes. En el eje vertical aparecen los resultados probables de dichas interacciones posibles, condicionados igualmente por la experiencia previa de dichas situaciones. Dentro de cada una de las celdas de esa matriz idealizada aparecen dos elementos relacionados: (1) una cierta probabilidad de que el inicio de la interacción X producirá el resultado Y, y (2) una teoría causal que conecta Y con X. Así pues, el actor razona a partir de los resultados para calibrar las interacciones apropiadas, a partir de las interacciones para calcular los resultados probables o, más plausiblemente aún, de ambas formas a la vez. Incluso en esta radical simplificación se puede percibir la gran importancia de la experiencia previa a la hora de dar forma a unos repertorios de contienda altamente selectivos.

También podríamos complicar el esquema de la figura 5.2 y hacerlo más dinámico. Podríamos representar a dos de los reivindicadores (por ejemplo, los que se refugian en el jardín y la familia Ghosh) y uno de los objetos de las reivindicaciones (por ejemplo, los que asedian desde el exterior) y dos tipos de interacción, cognitiva y estratégica. Aparecerían entonces dos redes en el diagrama para registrar el hecho de que los reivindicadores y los objetos de las reivindicaciones interpretan las posibilidades de maneras diferentes, porque cada uno de ellos cuenta con una información limitada respecto a los recursos, las capacidades y los planes estratégicos del otro y porque cada uno de ellos llega a ese encuentro a partir de una historia contenciosa de algún modo diferente.

En un bosquejo así, todavía muy simplificado, los reivindicadores 1 y 2 ya están de acuerdo en las posibilidades y los resultados probables de actuar conjuntamente, aunque puede que no estén de acuerdo respecto a lo deseables que resultan los posibles resultados. Los reivindicadores 1 y 2 están involucrados en una interacción cognitiva con la red de interacciones-resultados que comparten, diseñando cursos de actuación posibles, mientras que el objeto de las reivindicaciones lleva a cabo un proceso cognitivo similar. Los reivindicadores 1 y 2 están interactuando estratégicamente —coaccionándose o engatusándose el uno al otro, creando una división del trabajo, etcétera— al contender con el objeto de sus reivindicaciones. Múltiples veces repetidas, como los fotogramas de una película, dichas interacciones producen alteraciones en la semejanza y en los contenidos de ambas redes que, a su vez, sirven de guía a la siguiente vuelta de

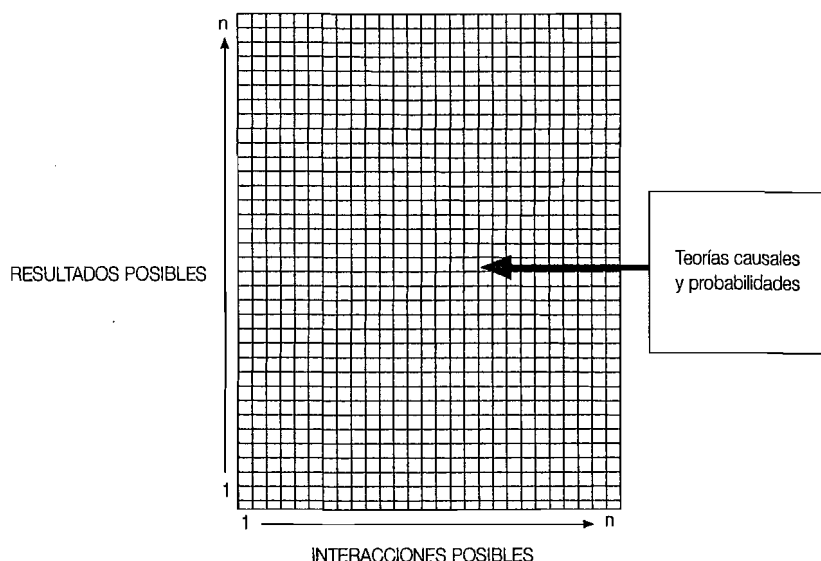


FIGURA 5.2 Parrilla interacción-resultados

interacciones. La innovación a pequeña escala sigue operando desde el principio hasta el final del episodio contencioso. El modelo no nos ofrece una imagen realista de la contienda política. Nos muestra cómo podemos incorporar la historia y la cultura en una explicación de la contienda sin destruir la interacción estratégica.

Tal y como hemos observado en las luchas de Panipur por las vacas y las lentejas, unas interacciones que comienzan dentro de los repertorios no contenciosos de la vida cotidiana —las rutinas de pasto de las vacas, las marcas de los límites de los campos, etcétera— evolucionan a veces hacia los repertorios de la contienda política. No experimentan simplemente una escalada o un estallido, ni se inflaman espontáneamente, sino que cambian a un repertorio de interacción distinto. Igual que dos amigos completamente bilingües pasan a menudo de una lengua a otra para señalar un cambio de ánimo, de tema o de contexto, éstos también pasan a una forma alternativa de comunicación (Gumperz, 1982: cap. 4). Eso sucede porque las redes sociales y las interpretaciones compartidas que tienen a su disposición canalizan a los participantes hacia las disposiciones disponibles de lo que está sucediendo, hacia los medios disponibles de comuni-

cación y cooperación, hacia las prácticas disponibles para la resolución del conflicto y hacia los modismos culturales disponibles. Cuando los observadores describen unos acontecimientos así como «espontáneos», como ocurre a menudo, están realizando una distinción implícita entre episodios en los que se produce una transición sistemática pero sutil de la interacción no contenciosa a la contenciosa y episodios que se siguen directamente de una deliberación y organización previa por parte de al menos uno de los participantes.

Los repertorios contenciosos varían en tres dimensiones:

Particularidad (como opuesta a la modularidad): con qué grado de especificidad se encuentran vinculadas las formas de reivindicación en cuestión a ciertas localidades, grupos o temas.

Escala: cuántos grupos de personas ya distinguibles en la vida social rutinaria participan en las reivindicaciones.

Mediación: el grado en que la comunicación de las reivindicaciones depende de intermediarios privilegiados, como opuesto a la confrontación directa con los objetos de las reivindicaciones.

En global, la contienda política que se construye sobre identidades incrustadas suele presentar unos repertorios relativamente particulares y de escala reducida, y se divide entre la confrontación directa (a menudo violenta) a escala local y la mediación por parte de las autoridades a mayor escala. La contienda política que se construye sobre identidades distantes suele implicar con mayor regularidad formas modulares, generalizadas, de reivindicación, coordinación a gran escala y dependencia de representantes especializados o de emprendedores políticos. Desde el punto de vista de un observador casual, la contienda basada en identidades incrustadas suele parecer mucho más «espontánea» que la contienda basada en identidades distantes. Sin embargo, desde nuestra perspectiva analítica, la diferencia tiene que ver con los tipos de cambios que conectan la vida social rutinaria con la contienda política. Allí donde en la contienda predominan las identidades distantes, los emprendedores políticos, las asociaciones, las redes extensivas de comunicación y los acontecimientos de ámbito nacional juegan un mayor papel en la interacción contenciosa.

Fijémonos en las implicaciones, tanto positivas como negativas, de este punto de vista. Negativamente, niega que podamos explicar la contienda política asumiendo la existencia de unos actores políticos unitarios, con conciencia de sí mismos, que interactúan sobre la base de cálculos parecidos a los de un juego. Positivamente, sin embargo, nos exige que describamos y expliquemos los procesos mediante los cuales se forman los actores y sus identidades —incluidas, irónicamente, esas circunstancias

especiales en las que los líderes de los grupos pueden funcionar, de hecho, como si dirigieran o respondieran a unos actores políticos unitarios y conscientes de sí mismos que interactúan sobre la base de cálculos parecidos a los de un juego. Nos lleva a centrar la atención en el análisis de unas relaciones sociales cambiantes como base de la contienda política.

MECANISMOS

Hasta el momento, hemos insistido en los problemas conceptuales: cómo preguntarnos, y no cómo responder, acerca de los actores, las identidades y las acciones. Nuestra codificación conceptual se basa en unos paralelismos aproximados entre la contienda política y la conversación, principalmente la conversación argumentativa que implica a múltiples interlocutores, oyentes y terceras partes ausentes pero relevantes. Dichos paralelismos clarifican los mecanismos causales recurrentes en la contienda. Permítasenos que ilustremos la utilidad de nuestro marco con la identificación de cuatro mecanismos, cada uno de ellos de los ámbitos de los actores, las identidades y las acciones, más uno relativo a la interacción entre actores, identidades y acciones. Podemos denominar a tales mecanismos *correduría*, *formación de categorías*, *cambio de objeto* y *certificación*.

La *correduría* es la vinculación de dos o más enclaves sociales actualmente desconectados gracias a una unidad que media las relaciones de éstos entre sí o con otro enclave distinto. En la versión más simple, enclaves y unidades son personas individuales, pero la *correduría* también opera por medio de camarillas, organizaciones, lugares y, en el caso límite, programas. En una versión simple de la *correduría*, los enclaves 1 y 2 (por ejemplo, los hindúes de Panipur y los del pueblo vecino) no están conectados en un momento dado, pero el corredor (por ejemplo, Mr. Ghosh) no sólo los conecta, sino que habla en nombre de ellos con el objeto de sus reivindicaciones (pongamos por caso, el comisario de policía del distrito). En acción, el modelo se explica con facilidad, por ejemplo, con la creación de conexiones directas entre los enclaves 1 y 2, con la incorporación de enclaves adicionales, con la introducción de la negociación entre el corredor y el objeto inicial de las reivindicaciones o con el desplazamiento de los dos enclaves hacia posturas superpuestas con miembros y/o actividades comunes. La *correduría* crea nuevos actores colectivos. Cuando los enclaves recién conectados suponen unos recursos complementarios, tal y como ha señalado Ronald Burt (1992), la *correduría* genera nuevas ventajas para las partes, sobre todo para los corredores. De manera similar, la

ruptura de conexiones previamente creadas por la correduría transforma la política y socava el poder de los intermediarios (Gould, 1998).

Los corredores varían ampliamente en posición social y modo de operar, lo que tiene importantes consecuencias para la contienda en la que éstos participen. Entre los diversos tipos de corredores están las élites locales, los árbitros, los actores biculturales, los intérpretes, los interlocutores, los emprendedores políticos, los nobles, los sacerdotes y los jefes. Algunos corredores mantienen a sus clientes deliberadamente separados entre sí, mientras que otros los funden activamente. Algunos levantan el campo después de realizar una conexión crucial, mientras que otros se forjan sus propias posiciones mediante la negociación continua. Algunos socavan la capacidad de ciertos enclaves para una reivindicación eficaz al emparejarlos con rivales ambiciosos, al llegar a acuerdos dudosos con los objetos de las reivindicaciones, al desviar los recursos disponibles para sus propios fines personales o al alejar a los seguidores. Algunos no saben que están ejerciendo la correduría, porque contemplan su propia actividad como chismorreos, sociabilidad, recolección de información, como dispensación de favores o como ayuda mutua. No obstante, en todos los casos, la correduría altera los conjuntos conectados de personas de un sistema político dado que tienen a mano una definición de intereses compartidos dentro del funcionamiento de dicho sistema político. La correduría crea nuevos lazos y nuevas conexiones entre actores políticos.

La *formación de categorías* crea identidades. Una categoría social consiste en un conjunto de enclaves que comparten un límite que los distingue a todos ellos de, y los relaciona a todos ellos con, al menos otro conjunto de enclaves que queda palpablemente excluido por dicho límite. La formación de categorías se produce mediante tres submecanismos diferentes: la invención, el préstamo y el encuentro. La invención supone trazar una frontera y prescribir unas determinadas relaciones entre el interior y el exterior de ésta, como cuando los líderes serbios de Bosnia decretan quién en Bosnia es un serbio y quién no, para regular después cómo deben interactuar los serbios con los no serbios. El préstamo supone importar un paquete que consta de una frontera y unas relaciones y que ya existe en otro lugar e instalarlo en el escenario social, como los revolucionarios rurales franceses se dividieron en torno a la línea patriota/aristócrata que ya había dividido París y otras ciudades francesas importantes. El encuentro supone un contacto inicial entre redes previamente separadas (pero bien conectadas internamente) en el curso del cual los miembros de una red empiezan a competir por los recursos con los miembros de la otra e, interactivamente, van definiendo dónde está la frontera y qué relaciones hay entre ambos lados de ésta. Norbert Elias y John Scotson (1994) describen el encuentro de personas similares en dos barrios

casi idénticos en las afueras de Leicester, que creó un conjunto de distinciones, etiquetas, interpretaciones y prácticas mutuamente hostiles que separaban a los recién llegados de los residentes más antiguos. Estaban creando un nuevo par de categorías.

O consideremos un encuentro que tuvo lugar en Oriente Medio. Amitav Ghosh, que pasó años trabajando como etnógrafo en Egipto, nos cuenta una historia sobre los trabajadores egipcios en Irak que su amigo Isma'il le había explicado en 1988:

Aquel mismo año, Egipto había jugado antes un partido de fútbol contra Argelia en el que se decidía cuál de los dos equipos participaría en los Mundiales. Había ganado Egipto, y los egipcios de todo el mundo se habían vuelto locos de alegría. En Irak, los dos o tres millones de egipcios que vivían congregados, todos ellos jóvenes, todos ellos hombres, sin familia, sin hijos y sin esposa, sin nada que hacer que no fuera mirar sus televisores recién comprados, habían salido en masa a la calle en un delirio de alegría. Su equipo de fútbol les había devuelto el amor propio que sus reproductores de cassettes y sus televisores no habían podido aportarles. A los iraquíes, que nunca han tenido nada parecido a una vida política normal y que probablemente nunca habían visto multitudes de no ser por los peregrinajes, las masivas congregaciones de egipcios les debieron de parecer la llegada del fin del mundo. Respondieron atacándolos en las calles, a menudo con armas de fuego: una gente bien entrenada en la guerra que cayó sobre la multitud jubilosa y desarmada de obreros egipcios. (Ghosh, 1992: 352-353)

En ese momento, Isma'il decidió dejar un Irak rico en petróleo por su pueblo empobrecido, exportador de mano de obra. Su experiencia con el proceso de formación de categorías lo había asustado.

Ni la invención, ni el préstamo, ni el encuentro, ni la combinación de éstos, crean un perímetro completo o una población homogénea a uno u otro lado de la frontera. Siempre sobreviven casos mixtos, nuevas divisiones y grados variables de conformidad. La formación de categorías lleva tiempo y se produce a incrementos discretos, pero afecta poderosamente a las identidades en nombre de las cuales interactúan los participantes en la contienda. Así pues, si la gente de una población dada reivindica colectivamente como mujeres, ciudadanos, iraquíes o terratenientes depende en parte de la correduría y en parte de la formación de categorías.

El *cambio de objeto* afecta significativamente al repertorio contencioso. El cambio de objeto significa la alteración de las relaciones entre los reivindicadores y los objetos de sus reivindicaciones, como cuando las partes cambiantes en Panipur y sus corredores escalaron en la jerarquía administrativa de Pakistán en busca de aliados y, de ese modo, propiciaron la militarización de su conflicto local. El cambio de objeto suele producirse a corto plazo, durante la interacción estratégica de la contienda.

Bandas enfrentadas se unen contra la policía; la intervención de un oficial público en un conflicto en el mercado hace que los ataques de los consumidores se vuelvan contra él; un administrativo del departamento de hacienda que hace intervenir al alcalde. Por supuesto, tales cambios alteran normalmente a los actores, así como las identidades vinculadas que éstos despliegan, pero afectan también a las formas de reivindicación colectiva disponibles, apropiadas y que es probable que resulten eficaces. El cambio de objeto también se produce a largo plazo y fuera de la interacción contenciosa.

Cuando los cuerpos legislativos electos ganan poder frente a reyes, militares y patrones políticos, por ejemplo, la reivindicación no sólo se desplaza hacia el cuerpo legislativo y sus miembros, sino también hacia las campañas electorales, las demostraciones de poder electoral y mecanismos tales como el *lobbying* (Tilly, 1997). Ese tipo de parlamentarización suele propiciar cambios en el repertorio: de particular a modular; de la pequeña escala a la gran escala, y de estar mediados por los notables del lugar a ser dirigidos o mediados por los legisladores y emprendedores políticos. La formación del Congreso Nacional Indio en 1885 y su adopción, coordinada por Gandhi, de una estructura jerárquica aproximadamente correspondiente al sistema británico de administración de arriba abajo propició y fue consecuencia de la creciente orientación de los líderes indios hacia el Parlamento británico. Dentro de su esfera de acción, esa evolución generó unas reivindicaciones modulares, a gran escala y relativamente carentes de mediación dirigidas a los partidos, a la Administración y al Parlamento británicos (Johnson, 1996: 156-162). Durante los primeros años, el Congreso efectuó sus reivindicaciones a la manera ordenada de un grupo de presión británico, mediante el *lobbying*, las peticiones y con la redacción de demandas (Bose y Jalal, 1998: 116-117).

El cambio de objeto es importante porque los repertorios residen en las relaciones sociales, no en los actores o en las identidades individuales. Un cambio de objeto selecciona o genera formas específicas de reivindicación mutua. Claro está que un cambio de objeto a largo plazo se halla en intersección con toda otra cantidad de procesos formativos. Cuando cambian las relaciones entre trabajadores y gerentes y cuando los gobiernos intervienen de una forma más o menos activa en las disputas entre los obreros y la dirección, las tres partes experimentan transformaciones internas, de las cuales sólo algunas son resultado directo de la interacción con las demás partes. El gobierno se convierte en un objeto más prominente de las reivindicaciones de los trabajadores y de la dirección, pero ese cambio se produce en una relación de interdependencia con muchos otros. El cambio de objeto también depende en parte de la correduría y de la formación de categorías, ya que los corredores conectan a los actores

con los objetos específicos de las reivindicaciones, y la formación de nuevas categorías produce nuevos aliados, enemigos y espectadores para unos conjuntos de reivindicadores a otros respectos similares.

La *certificación* se refiere a la validación de los actores, de sus actuaciones y de sus reivindicaciones por parte de autoridades externas. Es la versión política de un fenómeno muy general. Mientras reflexiona sobre las razones por las que la débil y periférica Suecia entró en la virulenta guerra europea de 1630, Erik Ringmar reflexiona sobre este fenómeno general:

Yo resaltaría el carácter social de las identidades: las personas solas no pueden decidir quiénes o qué son, sino que una decisión así siempre se toma en conjunción con otros. Necesitamos el *reconocimiento* de las personas que suponemos que somos, y sólo *como identidad reconocida* podemos llegar a fijarnos una identidad de un modo concluyente. La búsqueda de reconocimiento ocupará, por consiguiente, gran parte del tiempo de las personas o los grupos que no saben con certeza quiénes son. Todos queremos que se nos tome en serio y que se nos trate con respeto. Todos queremos que se nos reconozca como el tipo de persona que afirmamos ser. Sin embargo, tal reconocimiento rara vez es automático y, antes de lograrlo, a menudo se nos obliga a que probemos que nuestra interpretación de nosotros mismos encaja bien, de hecho, con nosotros. Para proporcionar una prueba así, a menudo nos vemos forzados a *actuar* —tenemos que *luchar* para convencer a las personas de la aplicabilidad de nuestras descripciones de nosotros mismos. (Ringmar, 1996: 13-14)

El lenguaje de Ringmar transmite la desafortunada implicación de que la certificación es sobre todo un modo de satisfacer una necesidad psicológica. Su análisis de la intervención de Suecia en la Guerra de los Treinta Años, sin embargo, demuestra ampliamente que lo que estaba en juego era mucho más que la autosatisfacción nacional: el reconocimiento internacional de Suecia como una gran potencia a causa de su destreza en la guerra alteró sus relaciones con todas las demás potencias europeas, confirió a su diplomacia una credibilidad de la que antes carecía y afectó a las políticas de sus vecinos europeos. De hecho, los tratados de Westfalia (1648), que pusieron fin a la Guerra de los Treinta Años, establecían un nuevo conjunto de potencias, identificadas ahora como estados soberanos, que constituían tanto los principales actores certificados de la escena europea, como, colectivamente, los certificadores de las entradas y salidas de tal escena. Después, durante dos siglos, los sucesores de esas potencias mantuvieron el proceso de certificación y, finalmente, lo ampliaron a todos los estados del mundo.

El proceso se produce en todos los sistemas políticos, sean de escala internacional, nacional o local. Todos los sistemas políticos establecen implícitamente una lista de los actores políticos con derecho a existir, a

actuar, a efectuar reivindicaciones y/o a beneficiarse rutinariamente de los recursos controlados por el gobierno. Éstos trazan el mapa de sus miembros y de los desafiadores. Al hacerlo, cada sistema político difunde también implícitamente (y, a veces, explícitamente) los criterios que debe seguir toda organización, pertenencia, identidad, actividad y reivindicación política aceptable. Algunas organizaciones se especializan en la supervisión y certificación de las versiones aceptables e inaceptables de organización, pertenencia, identidad, actividad y reivindicación. Por poner un ejemplo extremo, aunque significativo, en 1945 las potencias que resolvieron la Segunda Guerra Mundial, y, al hacerlo, redelinearon ampliamente el mapa europeo, cedieron la tarea de reconocer a los estados válidos a las Naciones Unidas. Durante la gran oleada de descolonizaciones que siguió poco después, los cargos de las Naciones Unidas dedicaron gran parte de sus esfuerzos a supervisar actuaciones y reivindicaciones del tipo:

Somos una nación específica y, por lo tanto, merecemos un estado propio.

Somos personas injustamente oprimidas y, por lo tanto, merecemos un estado propio.

Fuimos una vez un estado independiente y merecemos ser de nuevo independientes.

Nuestros patrones coloniales están listos para concedernos la independencia.

Nuestras aspiraciones a la dirección del nuevo estado son más válidas que las de nuestros rivales.

Cada reivindicación conllevaba actuaciones por parte de los aspirantes a líderes nacionales; actuaciones que aportaban pruebas de sus derechos legales, de su liderazgo, de su capacidad administrativa, de su apoyo popular, de su control militar interno, de la viabilidad económica y del apoyo de al menos una de las grandes potencias. Tales actuaciones tenían que ser polivalentes y determinar su credibilidad ante públicos muy diversos, algunos de ellos enfrentados entre sí. El conjunto mínimo de tales públicos incluía, no sólo a los cargos de las Naciones Unidas, sino también a los líderes de las antiguas potencias coloniales, al electorado doméstico, a los aspirantes rivales a ejercer la representación en la nación en cuestión y a los gobernantes de los estados adyacentes, que a menudo planteaban simultáneamente sus propias reivindicaciones territoriales. Aleccionados por los representantes de las grandes potencias, los cargos de las Naciones Unidas rechazaron, siguiendo esta tónica, a muchos más aspirantes de los que aceptaron, pero, aun así, certificaron a más de cien nuevos estados, con sus correspondientes gobernantes y formas de gobierno, entre 1945 y 1990.

En este caso extremo, las grandes potencias mundiales crearon una burocracia internacional que estandarizó radicalmente las reivindicaciones en este ámbito. Pero hay procesos semejantes que funcionan de un modo menos burocrático y a menor escala en todo el mundo de la contienda política. Cada régimen distribuye las formas de organización, las identidades que se afirman públicamente y las formas de interacción colectiva a lo largo de un continuo que va desde lo prescrito a lo tolerado y a lo prohibido. De hecho, buena parte de la lucha política guarda relación con cuáles son las formas de organización, las identidades y las formas de interacción colectiva que el régimen que está en el poder debería prescribir, tolerar o prohibir. Lo que la gente denomina imprecisamente el nacionalismo hindú se centra en la demanda de un lugar prioritario a tal respecto para el hinduismo tal y como lo define el Rashtriya Swayamsevak Sangh (RSS), una organización coordinadora nacida en Nagpur en 1925. Como el RSS sostiene que sijs y budistas son de hecho hindúes, su programa insiste en la certificación estatal del par hindú/musulmán (Tambiah, 1996: 244-245). Queda por ver si una coalición del RSS en el poder convertiría en ley la totalidad de su programa.

Los regímenes, incluidos los del Asia meridional, varían de un momento a otro en los tipos de organizaciones, identidades e interacciones colectivas que prescriben, toleran y prohíben. Pero todos ellos crean procedimientos para la supervisión pública de lo que resulta aceptable a tales respetos. Dichos procedimientos cristalizan en leyes, registros, inspecciones, prácticas policiales, subvenciones, organizaciones del espacio público y políticas represivas. Tal y como implica el relato de Isma'il de 1988, el régimen represivo iraquí de 1988 no dejaba espacio alguno a manifestaciones callejeras multitudinarias por parte de los trabajadores egipcios, lo que convirtió a dichos trabajadores rebeldes en presa fácil del ataque de los jóvenes iraquíes.

Dado que la certificación cuenta, algunos elementos importantes de la contienda política que un cálculo estricto en términos de medios y objetivos haría que parecieran misteriosos tienen en realidad sentido. ¿Por qué, por ejemplo, los participantes en los movimientos sociales gastan tanta energía en llevar a cabo afirmaciones públicas de su identidad compartida: manifestaciones conjuntas, exhibición de símbolos compartidos, representaciones de solidaridad? Muchos observadores han pensado que la solidaridad y la identidad compartida proporcionan una satisfacción intrínseca, pero una explicación así ignora tanto el gran número de ocasiones en que la exhibición de la identidad aporta poco más que sufrimientos a los participantes, como los esfuerzos que dedican los líderes a coordinar las actuaciones públicas correctas en apoyo de las supuestas identidades. La reivindicación con éxito del valor, la unidad, el número y el compromiso

colectivos aporta el reconocimiento como participante creíble en el juego político, con capacidad para incidir sobre los resultados de la siguiente ronda de luchas políticas. En el Asia meridional, la certificación de un grupo como interlocutor válido de una de las principales categorías religiosas otorga un peso enorme a una organización o una red de líderes.

INTERSECCIÓN DE MECANISMOS EN EL ASIA MERIDIONAL

Los cuatro mecanismos de los que hemos tratado se encuentran en intersección en los conflictos hindú-musulmanes del Asia meridional. En Ayodhya, India, había una mezquita del siglo XVI, Babri Masjid, bautizada en honor al primer emperador mogol, Babar. En la década de 1980, grupos de hindúes militantes empezaron a reclamar la destrucción de la mezquita y la erección de un templo a Ram, el héroe mitológico del *Ramayana*. Justo antes de las elecciones de 1989, activistas del BJP transportaron lo que ellos llamaban ladrillos santos a Ayodhya y, con gran ceremonia, pusieron los cimientos de su templo. Al año siguiente, el presidente del BJP, Advani, realizó un peregrinaje (*rath yatra*) en su carrocaravana por el norte de la India, durante el cual amenazaba con iniciar la construcción del templo de Ram en Ayodhya. Advani comenzó su peregrinaje en Somnath, lugar legendario de un gran templo hindú destruido por los merodeadores musulmanes.

Los seguidores de Advani habían transformado su camioneta Toyota en un simulacro del carro del héroe legendario Arjuna, una imagen familiar que atraía pétalos de rosa, cocos, quema de incienso, pasta de sándalo y oraciones por parte de las mujeres al paso de la caravana por ciudades y pueblos (Kakar, 1996: 49). Las autoridades arrestaron a Advani antes de que pudiera comenzar la última etapa de su viaje a Ayodhya, pero no antes de que muchos de sus seguidores lo precedieran en su llegada a la ciudad. Cuando algunos de ellos saltaron las barricadas de la policía próximas a la afrentosa mezquita, la policía abrió fuego sobre ellos y mató a montones de activistas del BJP (Kakar, 1996: 51). Tal y como lo explica Sudhir Kakar:

Sus cuerpos fueron incinerados a la orilla del río Saryu y las cenizas fueron devueltas por los trabajadores del BJP a los pueblos y ciudades de las distintas partes del país de las que procedían los muertos. Allí, fueron aclamados como mártires de la causa hindú. Pronto se desataron disturbios hindú-musulmanes en muchas partes del país (Kakar, 1996: 51).

No obstante, los «disturbios» también se centraban en la resistencia pública de los estudiantes de casta superior a la recuperación por parte del Gobierno de un programa afirmativo de acciones en nombre de las Otras Clases Retrasadas (Tambiah, 1996: 249).

En la *Hyderabad* de 1990, según explica Sudhir Kakar, la violencia proseguía:

Más de 1.600 kilómetros al sur de Ayodhya, los disturbios dieron comienzo con el asesinato por parte de dos hindúes de Sardar, un conductor de *rickshaw* musulmán. Aunque el crimen se vinculó posteriormente a una disputa de tierras entre dos bandas rivales, en el momento en que sucedió quedó enmarcado en el contexto de las crecientes tensiones hindú-musulmanas de la ciudad. Los musulmanes se vengaron con el apuñalamiento de cuatro hindúes en diferentes partes de la ciudad amurallada. Después, Majid Khan, un influyente líder local de Subzimandi que vive y prospera instalado en el espacio de penumbra que conforma la intersección del crimen con la política, fue atacado con una espada por algunos trabajadores del BJP, y se extendió el rumor de que éste había muerto. Hordas de musulmanes salieron a las calles y callejones de la ciudad amurallada, seguidos por hordas de hindúes que hicieron lo mismo en las áreas en que eran dominantes, y los disturbios de 1990 ya estaban en marcha. Durarían 10 semanas, se tomarían más de 300 vidas y miles de heridos (Kakar, 1996: 51).

Aunque el derramamiento de sangre del incidente de Hyderabad superó con mucho al de Panipur en 1954, el mecanismo de escalada mediante cambio de objeto está presente en ambos conflictos.

Y el conflicto tampoco se terminó aquí. El 6 de diciembre de 1992, militantes del BJP destruyeron el altar musulmán de Ayodhya y comenzaron la construcción de un templo hindú en el mismo enclave. «Igual que todos los movimientos y las fechas escogidas con anterioridad», explican Chaturvedi y Chaturvedi,

la elección del día 6 de diciembre también tenía una oculta connotación hindú. Era el día en que había comenzado la guerra de dieciocho días del *Mahabharata*, cuando el señor Krishna había exhortado a Arjun a cumplir con su deber sin reparar en costes. Nuevamente, como en muchas ocasiones anteriores, el VHP [Vishwa Hindu Parishad] había utilizado el simbolismo ritual hindú para emitir un duro mensaje de nacionalismo hindú e identidad hindú, para gran ventaja propia (Chaturvedi y Chaturvedi, 1996: 182-183).

Más o menos al mismo tiempo, los militantes del BJP de Uttar Pradesh atacaban y demolían una mezquita en Faizabad, además de reclutar a seguidores para la campaña de Ayodhya. En la población de Baba ka Gaon, en Uttar Pradesh, los propios explotadores de la casta superior de los trabajadores de Casta Registrada [Scheduled Caste] pretendían reclutarlos

para un alianza panhinduista constituida para tal propósito (Dube, 1998: 212-214). La obra de los militantes en Ayodhya surgió de una combinación de correduría, formación de categorías y cambio de objeto. Después buscaron la certificación de su acción por parte de un Gobierno central duramente presionado. El incidente desencadenó luchas entre hindúes, musulmanes y la policía en muchas partes de la India, con un total probable de 1.200 muertes (Bose y Jalal, 1998: 228; Brass, 1997: 214-253; Chaturvedi y Chaturvedi, 1996; Madan, 1997: 56-58; Tambiah, 1996: 251).

La correduría, la formación de categorías, el cambio de objeto y la certificación estuvieron todos presentes en esos conflictos. Sandria Freitag señala los fuertes paralelismos entre el movimiento de Protección de las Vacas de los años de 1880 y 1890 con las luchas ostensiblemente comunitarias de la India un siglo después. La «habilidad para vincular las identidades y valores locales a una ideología más amplia», señala Freitag, «distinguía al movimiento de Protección de las Vacas de otras acciones similares del periodo, por lo demás, localizadas» (Freitag, 1996: 216). En el movimiento:

Sacerdotes itinerantes, con el patrocinio de los notables de la localidad, convocaban reuniones en las que unos pósters impresos explicaban historias sobre la necesidad de proteger a la Madre Vaca. Como modelo, se proponían unas reglas impresas para las nuevas *sabha* [asociaciones para la protección de las vacas]: cuando la gente de la localidad estableciera su propia *sabha*, adaptarían dichas reglas para que reflejaran las costumbres locales y las fricciones particulares de su área. A partir de esas reglas escritas, descubrimos que en algunas áreas las *sabha* tenían como objetivo a los musulmanes, mientras que en otras el objetivo eran las castas inferiores, los intocables o grupos de vagabundos. En las ciudades, los objetivos solían ser los cristianos conversos (Freitag, 1996: 216-217).

De forma similar, la agitación en Ayodhya dependió de la correduría de las organizaciones y los líderes regionales, implicó la acentuación y la transformación de las relaciones categóricas entre hindúes y musulmanes, supuso un cambio de objetos de los enemigos locales al Gobierno nacional y —hasta el momento sin éxito— buscaba la certificación de la estilizada acción de recuperar supuestos enclaves religiosos antiguos de manos de la ocupación musulmana. Aunque necesitamos más mecanismos causales para explicar el conflicto hindú/musulmán en su totalidad, nuestra pequeña batería de mecanismos ayuda a explicar características significativas de la situación en el Asia meridional.

La correduría, la formación de categorías, el cambio de objeto y la certificación no tienen por qué darse juntos. La correduría, por ejemplo, juega comúnmente un papel crucial en las huelgas que reúnen a distintos grupos de trabajadores agraviados en una acción coordinada contra el mismo

conjunto de empresarios. En tales casos, las categorías ya existen anteriormente, no se produce cambio de objeto alguno y la certificación de los sindicatos y los trabajadores implicados como actores válidos se sigue directamente de las rutinas burocráticas. Tampoco es necesario que los mismos mecanismos produzcan las mismas consecuencias generales en cualquier lugar. En los conflictos del sur de Asia, el cambio de objeto ha asimilado repetidamente conflictos locales que oponían a bandas, especuladores o granjeros individuales entre sí a unos repertorios, retóricas y categorías nacionales relativos al conflicto hindú-musulmán.

Sin embargo, el cambio de objeto en otros lugares funciona a veces lateralmente o de arriba abajo: bien transfiriendo la interacción contenciosa a otro contexto paralelo o convirtiendo a enemigos locales en víctimas de grupos reunidos en nombre de una causa nacional. En el primer caso, los bandos en lucha a veces se unen para atacar a la policía enviada para dispersarlos. En el segundo, los saqueos que siguen a las luchas concertadas entre disidentes y autoridades a menudo tienen poco que ver con los objetos originarios de las reivindicaciones de los disidentes o con sus demandas. En ambos casos, no sólo las partes interactuantes, sino también los repertorios, la retórica y las categorías cambian significativamente.

MECANISMOS DE IDENTIDAD EN SUDÁFRICA

La experiencia sudafricana entre 1980 y 1995 nos proporciona numerosos ejemplos de correduría, formación de categorías, cambio de objeto y certificación tal y como éstos operaron en circunstancias muy distintas, en combinaciones diferentes y con resultados distintos de los del Asia meridional. En el periodo en su totalidad, el elaborado sistema de apartheid sudafricano se desmoronó cuando los negros africanos se movilizaron contra la explotación, las organizaciones y los gobiernos extranjeros organizaron boicots más efectivos, aumentaron las demandas de los trabajadores negros, los sistemas existentes de segregación se vieron socavados, las inversiones tanto domésticas como extranjeras en la economía sudafricana cayeron en picado, los blancos que habían prosperado huyeron del país, el Partido Nacional en el Gobierno se dividió en torno a programas rivales de contención y acomodación y un 30 por ciento de sus miembros *afrikaner* abandonaron el partido. Durante la década de 1980, el Gobierno alternaba entre, por un lado, los intentos de incluir a sudafricanos de raza mixta («de color») y de origen asiático, así como a líderes negros sumisos, y una represión sostenida, por otro. Una serie compleja de interac-

ciones estratégicas puso en contacto a los líderes negros rivales, a los representantes de otras categorías étnico-raciales como los *afrikaner* o los de color, a las fuerzas militares del régimen y a miembros del propio Gobierno.

La correduría marcó una diferencia crucial. Los líderes del militante movimiento Conciencia Negra [Black Consciousness] (BC, fundada por Steve Biko en 1969, en deliberado contraste con el Congreso Nacional Africano [African National Congress], ANC, de carácter no racial), por ejemplo, empezaron a forjar nuevas coaliciones en la década de 1980. El BC jugó un papel central en la organización de un frente de resistencia llamado el Fórum Nacional. También se alineó de cerca con los militantes sindicatos de base negra. En competencia y en colaboración con el ANC, los activistas del BC comenzaron a organizar campañas:

Muchos activistas del BC, influidos por unos vínculos cada vez mayores con el ANC, llegaron a la conclusión de que lo que ahora hacía falta era una resistencia menos ideológica y más sustentada en la masa y localmente organizada. El Estado, desintencionadamente, favoreció esa nueva estrategia cuando en 1979, con la intención de calmar a sus oponentes, instituyó unas reformas que concedían un cierto espacio para respirar a organizaciones de masas de mayores dimensiones. Irónicamente, las organizaciones de masas que estaban surgiendo se beneficiaron de las reformas, a la vez que las rechazaron públicamente para reforzar aún más su atractivo popular. Por ejemplo, cuando P. W. Botha propuso más tarde un nuevo parlamento tricameral pensado para recuperar la lealtad de los de color y los asiáticos mediante la concesión de una limitada representación, los activistas utilizaron la propuesta como impulso para la unificación nacional de una resistencia localizada bajo el Frente Democrático Unido [United Democratic Front] (UDF), fundado en 1983 (Marx, 1998: 202-203).

Este esfuerzo organizativo se produjo en medio de la formación ampliamente extendida de asociaciones cívicas locales y de una expansión significativa de la militancia obrera en general (Price, 1991: 162-182). La formación de un Frente Democrático Unido nacional a partir de 575 organizaciones dispares —en sí misma, una gran hazaña de la correduría— se basó en los contactos establecidos por los entonces ilegales BC y ANC, aunque superaba ampliamente a ambas organizaciones. En 1985, una coalición similar (de hecho, solapada) de sindicatos dio origen al COSATU, el Congreso de Sindicatos Sudafricanos [Congress of South African Trade Unions]. Esas organizaciones, fruto de una buena correduría, coordinaron la resistencia generalizada al régimen. A pesar de la declaración del Gobierno del estado de emergencia (julio de 1985) en la mayoría de los centros industriales, a pesar de la prohibición de muchas organizaciones comunitarias y a pesar de la detención sin juicio de miles de activistas, la

movilización negra se aceleró a finales de la década de 1980. La resistencia se combinó con la presión internacional para hacer que el control blanco de la política pública se tambaleara.

Bajo la presión doméstica e internacional, incluso el bloque *afrikaner* empezó a resquebrajarse. En 1982, los parlamentarios del Partido Nacional opuestos a cualquier pacto ya habían abandonado el NP [National Party] para formar un Partido Conservador, más reducido y con mayor determinación. Lo que quedó del Partido Nacional empezó a tender cautelosamente hacia el acuerdo. En 1989, el primer ministro y líder del NP, F. W. de Klerk, se hizo cargo de las negociaciones con la ANP, antes prohibida. Para 1990, de Klerk gobernaba consultando de cerca a la ANP. Liberado de prisión, el líder de la ANP Nelson Mandela se convirtió en uno de los principales participantes en la política nacional. En 1991, la activista del COSATU Cyril Ramaphose ganó las elecciones a la secretaría general del ANC. Mientras tanto, el Partido Inkatha por la Libertad [Inkatha Freedom Party], de Mangosuthu Buthelezi, jefe de las tierras KwaZulu, que antes había recibido apoyo clandestino del Gobierno y del Partido Nacional, se encontraba cada vez más aislado. El Inkatha aumentó sus ataques contra sus rivales del ANC, pero para las elecciones de 1994 sólo recibía un 6 por ciento del voto nacional negro, comparado con el 75 por ciento del ANC.

No obstante, el ANC hubo de negociar entre 1990 y su triunfo electoral en 1994. La desintegración parcial de la Unión Soviética en 1989 había reducido el apoyo financiero y diplomático exterior del ANC, lo que, a su vez, había animado a los Estados Unidos a presionar a ambas partes para que alcanzaran una solución de compromiso lejos de la revolución. Tal y como reflexionaba Joe Slovo, uno de los líderes principales del ANC y del Partido Comunista Sudafricano, en 1992:

El *punto de partida* para desarrollar un marco dentro del cual abordar algunas de las cuestiones más generales durante el proceso de negociación es responder a la pregunta: *¿por qué estamos negociando?* Estamos negociando porque hacia finales de los años de 1980 llegamos a la conclusión de que, como consecuencia de una crisis que iba en escalada, el bloque de poder del apartheid ya no podía seguir gobernando a la vieja usanza y buscaba sinceramente una ruptura con el pasado. Al mismo tiempo, estaba claro que *no estábamos tratando con un enemigo derrotado*, y no podía plantearse de forma realista la pronta toma revolucionaria del poder por parte del movimiento de liberación. Esta conjetura sobre el equilibrio de fuerzas (*que sigue reflejando la realidad actual*) suponía un escenario clásico que incluía en su orden del día la negociación. Y, correctamente, iniciamos todo el proceso en el que el ANC fue aceptado como el principal adversario negociador (Saul, 1994: 178).

Así pues, una situación casi revolucionaria dio paso a un pacto remarkablemente negociado. Vemos a Slovo analizar un proceso que combina (a) la certificación del ANC por parte de las autoridades gubernamentales y de las potencias extranjeras y (b) la correduría en el seno del ANC, así como entre las fuerzas dispares de oposición que se habían movilizado en la década de 1980.

Tomemos el caso de la movilización del Inkatha en Natal. Las tierras KwaZulu dirigidas por el jefe Buthelezi consistían en 29 grandes extensiones de terreno y 41 pequeñas extensiones diseminadas por el interior de Durban. Los KwaZulu exportan mano de obra a las áreas urbanas e industriales de todo Natal, la región más grande alrededor de Durban, en la costa, y que rodea toda la zona de los KwaZulu. También envían grandes cantidades de trabajadores emigrantes al Rand, en los alrededores de Johannesburgo. Muchos de sus emigrantes (especialmente los del Rand) viven en hostales que les proporcionan las empresas, a menudo en distritos destinados a los africanos, según el sistema de apartheid. Como grupos exclusivamente de hombres en zonas segregadas, han tenido repetidos enfrentamientos con la gente del distrito, sobre todo con los varones jóvenes.

En gran parte de las zonas KwaZulu y de sus áreas de emigración, los jefes guerreros que controlan a sus propios hombres juegan a los clásicos juegos del gobierno indirecto. Dentro de sus propios territorios, reclutan y disciplinan a los trabajadores emigrantes, dirigen la extorsión a cambio de protección, gozan de los monopolios de productos como la cerveza y cobran cuotas a toda una variedad de comerciantes locales. El Partido Inkatha por la Libertad, de Buthelezi, hacía tiempo que gozaba del apoyo financiero, político y (cuando era necesario) militar de dichos jefes:

Los jefes guerreros tendían a unirse al Inkatha porque en las tierras KwaZulu dicha relación se basaba en un *quid pro quo* —como recompensa porque los dejan tranquilos y se les permita ocuparse de sus propios asuntos, se encargarán de proporcionar una cierta cantidad de hombres para los actos del Inkatha, así como de suministrar «soldados» para cualquier lucha que sea necesario sostener. A veces, envían vigilantes a otros jefes guerreros que necesitan ayuda, u organizan ataques de los vigilantes contra las plazas fuertes del Frente Democrático Unido/Congreso Nacional Africano (Minaar, 1992: 65).

Durante la década de 1970, parecía posible una alianza del ANC y el Inkatha contra el apartheid. Sin embargo, para principios de los años de 1980, Buthelezi y el ANC se habían convertido en enemigos esenciales. La creación del Frente Democrático Unido en 1983, la del COSATU en 1985 y sus esfuerzos conjuntos por coordinar la oposición al régimen en Natal amenazaban la hegemonía del Inkatha sobre los trabajadores de las

tierras KwaZulu y alrededores. El Inkatha contraatacó. Por ejemplo, cuando los sindicatos afiliados al COSATU comenzaron a organizar a los trabajadores en la región de Pietermaritzburg en Natal, el Inkatha creó y estableció allí un sindicato rival, trazó un plan para conseguir la expulsión de los trabajadores afiliados al UDF y emprendió una agresiva campaña de reclutamiento forzoso en los distritos próximos. Las luchas entre el UDF y el Inkatha produjeron 691 muertes en la región de Pietermaritzburg entre 1985 y 1988 (Minaar, 1992: 7). Los jefes guerreros y sus seguidores tuvieron papel importante en su calidad de agentes impositores del Inkatha.

Sin embargo, durante la movilización que siguió al reconocimiento de los partidos políticos de base africana en 1990, muchos jefes guerreros se convirtieron en agentes del Inkatha, aún más activos, y no sólo continuaron con sus actividades acostumbradas, sino que aumentaron el pago de tributos al partido de Buthelezi, suministraron personas para las manifestaciones públicas de apoyo al Inkatha y organizaron ataques a los activistas del ANC (en toda la nación, algo más de 5.500 personas murieron en los conflictos políticos de Sudáfrica entre 1984 y 1989; Charney, 1999: 184; véase también Seidman, 2000). Mientras tanto, los oponentes del Inkatha en los distritos —especialmente los estudiantes y los ex estudiantes en paro— se alineaban cada vez más con el ANC. Se fundaron asociaciones cívicas por todas partes, para relacionar a los jóvenes activistas con los miembros más antiguos y mejor establecidos de las comunidades, mientras que las redes de asociaciones cívicas creaban conexiones entre los distritos. Así pues, las redes de correduría crearon dos formidables fuerzas políticas en Natal.

Como ocurre en todas partes, el mecanismo de la correduría explica muchos de los alineamientos y realineamientos de la política sudafricana entre 1980 y 1995. Los corredores conectan enclaves previamente desconectados y, por lo tanto, propician la creación de nuevos actores colectivos y de nuevas relaciones con los demás actores y, por lo tanto, nuevas identidades. La gran movilización de los africanos que se produjo inmediatamente después de la apertura de 1990 dependió menos de la atracción de nuevas personas a la contienda política que de la integración dentro de unos actores políticos más amplios de personas que ya habían estado implicadas en la lucha a menor escala. La correduría fue la que aportó las conexiones.

En el curso de la turbulenta historia de Sudáfrica entre 1980 y 1995:

- La correduría estuvo repetidamente presente cuando los organizadores políticos unieron a facciones y localidades inconexas en frentes comunes.

- El cambio de objeto hizo que los actores políticos alternaran sus reivindicaciones entre los actores internacionales, las autoridades nacionales y objetivos locales, con los correspondientes cambios de repertorios, retórica y categorías.
- La certificación tuvo un papel central, tanto en la respuesta internacional ante los sucesivos regímenes nacionales como en el reconocimiento de organizaciones políticas y económicas previamente prohibidas como actores válidos dentro de la política nacional sudafricana.
- La formación de categorías jugó un papel menos destacado en la política pública sudafricana porque la mayoría de las categorías fundamentales habían cobrado forma bajo el apartheid o antes.

Quizás la transformación de categorías más importante que se produjo entre 1980 y 1995 en Sudáfrica fue la que tiene que ver con las relaciones hombre-mujer dentro de la población africana. La entrada masiva de las mujeres africanas en el trabajo remunerado se combinó con el descenso del apoyo de los hombres a sus esposas e hijos para propiciar el surgimiento de las mujeres como una categoría pública significativa, cuyas portavoces declaraban que tenían situaciones, quejas e intereses políticos específicos, distintos de los de los hombres. «Al extenderse la organización política e intensificarse la movilización», explica Gay Seidman,

las mujeres empezaron cada vez más a organizar sus propios grupos. Para 1986, se habían formado organizaciones separadas de mujeres en la mayor parte de Sudáfrica. La Organización de Mujeres Unidas se creó en 1983, y la Federación de Mujeres Sudafricanas, fundada en 1954, revivió a comienzos de la década de 1980. Para finales de los años de 1980, muchos de esos grupos habían comenzado a articular una perspectiva de género dentro del movimiento nacionalista (Seidman, 1993: 306).

Aun así, durante la transición de 1989-1994, las mujeres no figuraron, evidentemente, como un bloque político distinto ni como una parte separada en el nuevo acuerdo. Las iniciativas feministas dentro del ANC fracasaban generalmente cuando se trataba de votar dentro del Congreso (Seidman, 1993: 312-315). Hasta ese momento, la formación de categorías se produjo de forma lenta, y la certificación de las representantes de las mujeres, sencillamente, nunca se produjo.

No obstante, con la llegada del ANC al poder, hubo un cambio de equilibrio. La formación de categorías y la certificación interactuaron. Las partes presentes en las negociaciones nacionales sobre el futuro de Sudáfrica lograron un acuerdo en 1991 para la creación de un Comité de Asesoramiento sobre el Género que se encargaría de supervisar el im-

pacto sobre los géneros de las propuestas para la reorganización política. Bajo el liderazgo de Nelson Mandela, la dirección nacional del ANC adoptó una política que incluía a las mujeres en todos los comités significativos desde 1992. Durante la negociación multipartidista de la nueva Constitución:

A principios de 1993, las mujeres activistas del ANC decidieron que el comité de asesoramiento sobre el género era inadecuado, y hacía falta una implicación más directa de las mujeres. Buscaban asegurarse de que la voz de las mujeres sería escuchada dentro de las salas de negociación y, en marzo de 1993, en un acontecimiento poco publicitado, las mujeres activistas del ANC irrumpieron en las salas de negociación y bloquearon las conversaciones hasta que, literalmente, se les concedieron asientos en la mesa. Sorprendentemente, la totalidad de los 26 partidos que tomaban parte en el proceso de negociación aceptaron una cuota de género —una decisión que reflejaba hasta qué grado las mujeres de todos los bandos habían planteado ya la cuestión de la representación de género en la construcción de la democracia. El 50 por ciento de cada equipo de dos personas tenían que ser mujeres. Así pues, la mitad de los negociadores que acabaron aceptando una Constitución provisional y pusieron en marcha las elecciones eran mujeres —una composición que tuvo implicaciones reales en los tipos de instituciones que se crearon al amparo de la nueva Constitución (Seidman, 1999: 294).

La creciente preponderancia de la desigualdad de géneros, la voz política de las mujeres y los servicios públicos para las mujeres fueron consecuencia de la confluencia de la movilización interna en Sudáfrica con los contactos con el activismo feminista internacional. En los años de 1990, las feministas sudafricanas podían apelar a sus aliadas internacionales y a su propia amplia experiencia internacional para insistir en que una democratización válida requería del apoyo del Gobierno a los derechos de las mujeres. En 1995, la delegación sudafricana, de un alto nivel, en la Conferencia sobre las Mujeres de las Naciones Unidas en Pekín a su regreso a Sudáfrica hacía público que la promoción de la igualdad de género era «una obligación internacionalmente reconocida» (Seidman, 1999: 297). Como telón de fondo estaba operando la formación de categorías: la creación de identidades políticas como mujeres en medio de la enorme fragmentación étnica, política y económica de la vida sudafricana. El cambio de objeto consistió en el hecho de apuntar directamente al nuevo Gobierno como blanco de las demandas feministas. La certificación tuvo un lugar destacado, ya que los líderes sudafricanos reconvirtieron su política de género para adaptarse a los estándares internacionales. La corrección de las líderes feministas hizo posible que los programas quedaran enmarcados en términos generales de género, a pesar de las enormes disparidades raciales y étnicas de la condición de mujer.

Así pues, cuando examinamos de cerca las experiencias del Asia meridional y de Sudáfrica, nos aparecen unos mecanismos semejantes que transforman a los actores, sus acciones y sus identidades en ambos escenarios. No obstante, ahí terminan las semejanzas. Mientras que en el Asia meridional vemos una tendencia creciente a que las divisiones categóricas definidas a nivel nacional entre hindúes y musulmanes predominen por encima de otras bases de conflicto y cooperación, en Sudáfrica vemos pruebas de una realineación masiva de las identidades y de las relaciones entre éstas durante un breve periodo de tiempo. De una forma más general, tanto los entornos en los que operan como su concreta concatenación provocan, evidentemente, una gran diferencia en los resultados políticos de los mecanismos que afectan a la identidad. El hecho de que unas causas y unos efectos similares operen en enclaves y formas de contienda política distintos no garantiza en modo alguno que éstos producirán a gran escala unas estructuras o unas secuencias similares.

CORREDURÍA, FORMACIÓN DE CATEGORÍAS, CAMBIO DE OBJETO Y CERTIFICACIÓN

Tomados individualmente, nuestros cuatro mecanismos de transformación de la identidad reaparecen esencialmente en la misma forma en toda una amplia gama de contiendas políticas. Tomemos por ejemplo la correduría: la conexión de dos o más enclaves sociales actualmente desconectados por parte de una unidad que media las relaciones entre éstos y/o con otros enclaves. La correduría reduce los costes de transacción en las comunicaciones y en la coordinación entre enclaves y crea nuevos actores colectivos potenciales. Con el tiempo, la correduría establece tendencias al uso de las mismas conexiones en lugar de utilizar otras conexiones posibles que producirían, en principio, tipos de interacción colectiva diferentes. En el capítulo anterior, por ejemplo, vimos cómo los comerciantes itinerantes conectaron Nairobi con los centro de rebelión de las montañas en las luchas de los años de 1950 en Kenia. Esos corredores ayudaron a crear una estructura de comunicación altamente descentralizada, pero bastante eficaz, que durante mucho tiempo desconcertó a las autoridades coloniales. De hecho, las autoridades buscaban una organización conspiradora única y centralizada inexistente, que ellos creían liderada por Jomo Kenyatta.

Podemos pensar en la formación de categorías como un mecanismo simple o como un conjunto de tres mecanismos relacionados muy de cerca.

La formación de categorías crea un conjunto de enclaves que comparten unos límites que los distinguen a todos ellos conjuntamente de, y los relaciona con, al menos un conjunto de enclaves palpablemente excluido por dichos límites. La variante de la formación de categorías que denominamos *invención* supone la creación autoritaria de unos límites nuevos y la prescripción de unas relaciones entre ambos lados de tales límites. La formación de categorías se produce por medio del *préstamo* cuando las personas implantan localmente una combinación de límites y relaciones entre ambos lados de dichos límites que ya se encontraba en funcionamiento en algún otro lugar. El *encuentro*, nuestra tercera variante, crea categorías cuando los miembros de redes previamente separadas pero internamente conectadas entran en contacto entre sí, empiezan a competir por los recursos y negocian interactivamente la definición de unos límites y de las relaciones entre ambos lados de dichos límites. En sus tres variantes, la formación de categorías aparece en una amplia variedad de contiendas políticas, desde el nacionalismo hasta el genocidio o la democratización. El capítulo 6, por ejemplo, nos mostrará cómo operó la formación de categorías en el siglo XIX en los Estados Unidos, cuando las fuerzas pro y antiesclavistas crearon entre sí una terrible frontera. A veces, el encuentro, la invención y el préstamo contribuyeron todos ellos a la formación de esa misma frontera en regiones diferentes de los Estados Unidos.

El *cambio de objeto* altera las relaciones entre los reivindicadores y los objetos de sus reivindicaciones. Son ejemplos típicos la generalización de un ataque, a partir de unos enemigos locales, a sus supuestos aliados y la apelación a terceras partes para su intervención en una disputa. El cambio de objeto activa relaciones sociales nuevas o diferentes y, de esa forma, transforma la información, los recursos y los guiones de interacción disponibles. Difiere de su prima la *correduría* en que se centra en la reivindicación y, por lo tanto, siempre altera las respuestas previamente activadas a las preguntas sobre quién es quién. No hay reivindicación alguna que se produzca sin una identificación, al menos implícita, del reivindicador, el objeto de sus reivindicaciones y las relaciones entre éstos. Ya hemos visto funcionar ampliamente el cambio de objeto en la escalada del conflicto de Panipur y en los llamamientos sudafricanos a las sanciones internacionales contra el régimen de apartheid. Nuevamente, el capítulo 6 nos mostrará el cambio de objeto en funcionamiento, en España, con el llamamiento de los disidentes del régimen de Franco a sus aliados europeos en busca de ayuda.

Por lo que respecta a la *certificación*, ésta hace referencia a la validación de los actores, sus actuaciones y sus reivindicaciones por parte de autoridades externas. Recordemos que casi todas las personas, enclaves sociales o actores políticos constituidos mantienen múltiples relaciones con otras

personas, enclaves sociales o actores políticos constituidos y, por lo tanto, disponen de múltiples identidades, una por cada relación. La certificación funciona como un poderoso mecanismo de selección en la contienda política, ya que un enclave certificador siempre reconoce tan sólo un número muy limitado de identidades, de actuaciones y de reivindicaciones. Así pues, tal y como hemos visto, Naciones Unidas evalúan las actuaciones que se producen en nombre de la afirmación «somos una nación», para rechazar la mayoría de las aspiraciones. Aunque miles de actores han efectuado esa misma reivindicación desde 1945, sólo son ciento y pico las actuaciones de ese tipo que les han proporcionado a sus actores la pertenencia a la ONU. El capítulo anterior nos presentaba a los Estados Unidos actuando como agente certificador en el caso de la oposición filipina a Ferdinand Marcos en 1986.

Nuestros cuatro mecanismos —correduría, formación de categorías, cambio de objeto y certificación— distan mucho de proporcionar un modelo comprensivo de la contienda política en su totalidad. Los presentamos como una muestra de los mecanismos que delinear las identidades y que aparecen en una amplia variedad de entornos, no como un conjunto definido e interactuante que opera siempre del mismo modo, independientemente del entorno. Después de concentrarnos aquí en su papel en la transformación de los actores, de las acciones y de las identidades, aún nos queda explorar su papel en la movilización, en la desmovilización y en las trayectorias de la contienda. Los cuatro mecanismos se concatenan de maneras diferentes y producen resultados distintos en entornos distintos. No obstante, cada uno de ellos opera de manera similar en toda una variedad de épocas, regiones, escenarios sociales y tipos de contienda. Los vemos reaparecer en la guerra, en la revolución, en los conflictos industriales, en el nacionalismo, en los movimientos sociales y en la democratización.

Esta es la cuestión: con respecto a los actores, las identidades y las acciones, ciertos mecanismos causales operan en toda una amplia gama de contiendas políticas. Éstos arrojan luz sobre una de las grandes paradojas de la contienda política: cómo unos ensamblajes contingentes de redes sociales pueden crear la ilusión de unos actores políticos determinados, unificados y automotivados que luego actúan públicamente como si se creyeran esa ilusión.

6

Las transformaciones de la contienda

EN MAYO DE 1856, CHARLES SUMNER, UN CONOCIDO ABOLICIONISTA DE Massachussets, fue apaleado hasta casi la muerte después de pronunciar un discurso en el Senado de los Estados Unidos sobre «El crimen contra Kansas» (Sewell, 1976: 279-280). En un tono vituperante incluso para su época, el discurso de Sumner atacaba a un senador de Carolina del Sur, Andrew Butler, por su apoyo a las fuerzas violentas favorables a la esclavitud de Kansas. Eso enojó tanto al primo de Butler, el representante Preston Brooks, que éste se fue hasta Sumner en el Senado, lo acusó de calumniador y lo golpeó hasta dejarlo sin sentido (Ransom, 1989: 153). Sumner sobrevivió al ataque de Brooks. Sin embargo, dado que éste se produjo en medio de los ataques de las fuerzas favorables a la esclavitud a los colonos abolicionistas de Kansas, el «sangrante Sumner» se sumó a la «sangrienta Kansas» como los símbolos en torno a los cuales se reorganizó la coalición que unificaba las cuestiones de la tierra gratuita, la tierra libre y las personas libres dentro del nuevo Partido Republicano. «Lo que ahora está dando comienzo es la segunda revolución americana», avisaba un corresponsal del abolicionista Ben Wade (citado en Sewell, 1976: 280). Tenía razón, pero nadie podía adivinar las dimensiones de la guerra civil que vendría a continuación.

El 20 de diciembre de 1973 se produjo un acto de violencia aún mayor en la España de Franco, donde, tres décadas antes, otra guerra civil había

terminado en una dictadura. En una calle estrecha de Madrid, una bomba colocada por el grupo terrorista vasco ETA acababa con la vida del presidente del Gobierno de Franco, Luis Carrero Blanco (Payne, 1987: 588-590; Reinales, 1987: 123). Buen amigo de Franco, decidido a que España resistiera como baluarte contra una conspiración masónico-comunista, Carrero Blanco era uno de los puntales del búnker del régimen de Franco. Su asesinato parecía un macabro augurio de lo que podría ocurrir cuando abandonara la escena el anciano dictador: una nueva guerra civil. Ésta nunca llegó a estallar y, en su lugar, lo que se produjo fue una transición pacífica a la democracia. La liquidación de la élite que tuvo lugar como resultado perdonó la vida a los incondicionales del régimen; de hecho, incorporó a muchos de ellos en el Gobierno de transición; aceptó la legitimidad de las oposiciones comunista y socialista, y marcó la entrada en un proceso de despolitización.

ÉLITES, INSTITUCIONES Y CONTIENDA POLÍTICA

Violencia no del todo letal en el Senado de los Estados Unidos, y atentados terroristas en las calles de España. ¿Por qué la primera contribuyó a una brutal guerra civil, mientras que los segundos precedieron a una suave transición hacia la democracia? No basta con contestar «los españoles ya habían tenido una guerra civil y habrían hecho cualquier cosa para evitar otra». Si la visión del pasado fuera suficiente para evitar la repetición de los desastres, este siglo no habría presenciado una segunda guerra mundial, ni las reiteradas secuencias de lucha en los Balcanes. Hay una manera mejor de plantear la cuestión que la vincula directamente con la dinámica de la contienda. Es la siguiente:

¿Por qué en España la trayectoria del conflicto, a pesar de que transformó el país para hacerlo pasar de una dictadura a una democracia y de que implicó una gran cantidad de contienda, recuerda a un ciclo de protestas pacíficas, mientras que el conflicto de Norteamérica fue en escalada hasta alcanzar la lógica de una revolución?

Hay dos enfoques, pertenecientes a tradiciones opuestas de las ciencias políticas actuales, que nos ofrecen respuestas parciales. Ambos se centran en los incentivos individuales y en los pactos institucionales:

- Los institucionalistas históricos como Guillermo O'Donnell y Philippe Schmitter sostienen que la transición española debería contemplarse como el resultado de las negociaciones con éxito de unos pactos institucionales entre las élites políticas, lo que llegó a denominarse una *reforma pactada* entre el Gobierno y la oposición (1986).
- Los institucionalistas racionales, como Barry Weingast explican el hundimiento del sistema político norteamericano de anteguerra como el resultado de la ruptura de un acuerdo entre las élites que, cuarenta años antes, había generado un pacto institucional (Weingast, 1999; véase también Riker, 1982).

Dichos analistas, para su crédito, atienden de cerca a las interacciones de individuos, grupos y partidos. Pero, al insistir en los incentivos individuales y en los pactos entre élites, ambas explicaciones ignoran en gran medida la enorme cantidad de contienda política que precedió y acompañó a cada uno de los episodios, además de los mecanismos de cambio político y conflicto político que crearon nuevos actores y nuevas identidades y transformaron la política institucional. A pesar de su inclinación por los mecanismos ambientales, la explicación racionalista aduce sobre todo mecanismos *cognitivos individuales* para el fracaso del sistema de partidos anterior a la guerra. Los institucionalistas que estudian la transición española se ocupan de un mecanismo relacional —la *correduría*—, pero lo limitan a las élites e ignoran la dinámica de la contienda (Pérez Díaz, 1993: cap. 5).

La ruptura del consenso entre las élites fue seguramente una variable crítica para la ruptura de la unidad norteamericana, mientras que la construcción de un nuevo consenso entre las élites resultó crítica para la transición española a la democracia. Pero nosotros vemos en ambos países unos mecanismos más amplios que implicaron tanto a las élites como a las no élites durante los puntos de inflexión clave de sus respectivos conflictos:

- la *correduría*, dentro y a través de las principales líneas de división que separaban a los defensores del régimen de la oposición;
- el *cambio de identidad* (la alteración de las definiciones compartidas de una frontera entre dos actores políticos y de las relaciones entre ambos lados de dicha frontera), cuando ambos países se aproximaban a los episodios que aquí examinamos;
- la *radicalización*, la contradicción creciente entre reivindicaciones, programas, descripciones de uno mismo y descripciones de los otros dominantes a ambos lados de una frontera como la citada, y su opuesto:

- la *convergencia*, o lo que a veces se ha llamado «el efecto de flancos radicales», en el que el incremento de las contradicciones en uno o ambos extremos de un continuo político lleva a los actores políticos menos radicales a alianzas más próximas.

No sostenemos que los dos casos sean similares. De hecho, los hemos escogido precisamente porque son diferentes. Tampoco afirmamos que esos mecanismos, en combinación, produjeran idénticos resultados. Al contrario, se combinaron con mecanismos ambientales muy diferentes para producir resultados divergentes. En Norteamérica, el paso de una lógica de ciclo de protesta a la de una espiral revolucionaria puede reseguirse en la formación de unas identidades regionales simétricas, en el aumento de los acuerdos fruto de la correduría entre activistas abolicionistas, nativistas y colonos del oeste, y en (a) la radicalización de las perspectivas del norte y del sur según se iba acercando el conflicto y (b) la convergencia de las fuerzas moderadas y radicales en ambos lados. Después, mostramos que en España, gobernada igualmente por grandes cambios de identidad, nuevos acuerdos derivados de la correduría y las divisiones *dentro* de los campos del régimen y de la oposición, la radicalización quedó compensada por la convergencia, mientras que la contienda fue contenida institucionalmente.

UN CICLO MOVIMENTISTA QUE SE CONVIERTE EN UNA REVOLUCIÓN: LA RUPTURA DEL SISTEMA POLÍTICO DE ANTEGUERRA

Para comprender la dinámica del sistema político norteamericano de anteguerra, tenemos que ir a buscar en el tiempo mucho antes de la Guerra Civil (véase Rustow, 1970). En la Norteamérica de preguerra, eso nos hace retroceder a la década de 1820, periodo en el que surgieron el movimiento abolicionista y los demócratas jacksonianos predominantes en el segundo sistema de partidos. También es el momento del surgimiento del primer conflicto institucional importante en torno a la esclavitud, desencadenado por la cuestión de si el territorio de Missouri debía entrar en la Unión como un estado esclavista o libre. El tema se zanjó con el pacto informal de compensar la admisión de Missouri como estado esclavista con la de Maine como estado libre (Poole y Rosenthal, 1997: 94). Eso dio lugar a la «regla del equilibrio», que, según Weingast, mitigaría las

contiendas relativas a la admisión de nuevos estados en la Unión durante otros cuarenta años (Weingast, 1999: 151). Pero dicho acuerdo era tan imperfecto como frágil, no sólo porque lo rompieran frecuentemente políticos desertores, sino también porque había otras cuestiones, además de la esclavitud, que ampliaban la brecha entre el norte y el sur, así como porque un nuevo actor que se afirmaba —el oeste— hizo que la balanza se inclinara hacia el norte.

Para comprender tanto la contención de la contienda como su transgresión final, hace falta recordar que, excepto por la infame regla de los 3/5, los fundadores de la Constitución federal pasaron de puntillas por la cuestión de la esclavitud, y dejaron que los estados regulasen al respecto.¹ Los del norte, es cierto, ocupaban un número dominante de asientos en la Cámara de Representantes, de elección popular. No obstante, para atraer a los estados esclavistas (generalmente menos poblados) a la Unión, los fundadores crearon un Senado que adjudicaba dos asientos a cada estado, grande o pequeño. Mientras que los activistas antiesclavistas de la Cámara presentaban periódicamente resoluciones para acabar con la esclavitud, la paridad en la representación en el Senado permitía que el sur las bloqueara con la misma regularidad. Sólo si el número de estados libres llegaba a superar seriamente al de estados esclavistas en el Senado, o si se combinaban con la cuestión de la esclavitud otras cuestiones capaces de lograr que el oeste se uniera al norte, el equilibrio podía cambiar. Eso suponía un incentivo para que los políticos del norte y del sur que buscaban la estabilidad equilibraran la entrada de nuevos estados libres con la admisión simultánea o casi simultánea de estados esclavistas.

¿Por qué habrían de querer tal cosa? Durante la mayor parte del periodo que siguió a 1828, los demócratas, con una sólida base en el sur, controlaban el Congreso y la Presidencia. Usaban su situación para defender la esclavitud. El partido *whig* estaba dividido: con un apoyo sustancial de los intereses comerciales del norte, que ganaba dinero financiando y enviando el algodón del sur a Inglaterra, era reticente a oponerse a la institución. Además, tanto demócratas como *whig* tenían una sustancial representación electoral incluso en aquellas regiones en las que no eran mayoritarios. Permitir que la esclavitud polarizara el debate político sería arriesgarse a perder los enclaves *whig* en el sur y los demócratas en el norte y en el oeste. Cada partido necesitaba también una mayoría de votos en

1. La regla de los 3/5 dice que, para proporcionar electoralmente los escaños del Congreso, los individuos no libres tendrán 3/5 del peso que tienen los individuos libres. Otras decisiones clave fueron el Artículo 1, sección 20, que dejaba el control de los contratos laborales en manos de los estados, y el Artículo 4, sección 2, que evitaba que los esclavos ganaran la libertad escapando al norte.

los colegios electorales para elegir a un candidato presidencial. Por todos esos motivos, los líderes de ambos partidos tenían incentivos para mantener la cuestión sectorialmente divisoria de la esclavitud fuera de la agenda política (Ransom, 1989: 29-32; Silbey, 1985). Había un «imperativo partidista» para dejar el tema de la esclavitud en manos de los estados, un imperativo que subyacía a un gobierno basado en un equilibrio informal y que venía a reforzar las reglas institucionales establecidas por la Constitución.

Había excepciones a la regulación de la esclavitud por parte de los estados: el comercio de esclavos, la esclavitud en el distrito de Columbia y el transporte de esclavos entre estados. Esas cuestiones fueron motivo de irritación en la Unión durante todo el periodo de preguerra, pero ninguna de ellas tuvo la potencia necesaria para romperla. El comercio de esclavos se volvió ilegal en 1808. La esclavitud en el distrito de Columbia era una cuestión relativamente menor, aunque tenía un valor simbólico. El transporte de esclavos, por su parte, quedaba en gran parte en manos de los tribunales. Eso no hacía que dejara de ser una cuestión de debate público, pero la devolución de los esclavos a sus amos era un tema que podía dejarse tranquilamente en manos del Tribunal Supremo, que simpatizaba en buen grado con los intereses esclavistas.

La expansión hacia el oeste era lo que tenía mayor potencial para generar conflicto, y todo el mundo era consciente de ello. Cuando la inmigración hizo crecer la población en el norte, el equilibrio de población y de dinamismo económico entre el norte y el sur comenzó a cambiar (Ransom, 1989: 131). A la inversa, cuando el miedo a la pérdida de la paridad de la región se extendió por el sur, éste buscó la creación de nuevos estados esclavistas para mantenerse al mismo ritmo de expansión que el norte. Mientras el equilibrio entre estados esclavistas y libres siguiera estable, el conflicto político estaría contenido. Hasta mediados de la década de 1850, sólo amenazaron dicho equilibrio las disputas sobre la entrada de Texas y la guerra con México.

Pero si éstos eran todos los problemas del sistema de partidos de la anteguerra, ¿por qué éste se hundió justo en el momento en que lo hizo? La explicación tradicional lo atribuye a la economía más dinámica y expansionista del norte. Pero, por sí sola, la expansión económica no explica el cambio político. Piénsese en el florecimiento de la economía de Sudáfrica durante décadas de apartheid. El argumento de Weingast de que los políticos tenían incentivos para desertar de un gobierno de equilibrio intersectorial nos ofrece otra razón. Pero ¿por qué habrían de desertar las élites si sus votantes se mostraban indiferentes ante la esclavitud? Nuestro argumento es cuádruple:

- En primer lugar, los votantes del norte y del oeste eran cada vez menos indiferentes a la cuestión, aunque eso no significa que simpatizaran con los esclavos.
- En segundo lugar, la oposición a la institución incluyó también a otras cuestiones dentro de una identidad política emergente que estimuló un cambio de identidad simétrico en el sur.
- En tercer lugar, dichas identidades se combinaron con el nativismo y la expansión de la economía de trabajo libre del norte en una serie de formaciones políticas y culminaron con la correduría de los intereses del norte y del oeste dentro del nuevo Partido Republicano.
- Aunque los republicanos no eran todos en absoluto defensores del antiesclavismo, su presencia electoral en el norte y en el oeste les proporcionaba un incentivo para unificarse en torno a los intereses económicos compartidos por las dos regiones, mientras que su capacidad para forjar una mayoría electoral en ambas regiones les privaba de cualquier otro incentivo para pactar con el sur.

Estas cuatro afirmaciones dependen de nuestra lectura de los cambios que tuvieron lugar en la contienda política al margen de las élites políticas. Examinemos ahora cuáles fueron esos cambios.

De la abolición moral al antiesclavismo político

Mientras el Congreso evitaba la cuestión de la esclavitud gracias al pacto institucional, ésta iba cobrando intensidad fuera de Washington. El tema giraba en torno a un cierto número de cuestiones: la esclavitud en el distrito de Columbia, la guerra de guerrillas librada entre facciones pro y antiesclavitud en la frontera, el movimiento ilegal de esclavos a través de las fronteras de los estados y el acta de esclavos fugitivos que se aprobó para detenerlo. Como en muchos otros casos, una reducida y activa minoría planteó insistentemente una cuestión impopular: el movimiento abolicionista.

El abolicionismo como movimiento social nunca constituyó más que una pequeña minoría, objeto de mofa por su utopismo y considerada como algo irritante incluso en el norte. Surgió del mismo «segundo gran despertar» de la década de 1820 del que surgieron la religión entusiasta, los abstemios, el sabatarianismo, los derechos de las mujeres y la antimasonería. Tenía un cierto aire de familia con todos esos movimientos. Los «nuevos» historiadores americanos del periodo nos han enseñado a tener una visión romántica de la abolición o a exagerar su importancia (Silbey, 1985: 88-91). Lo cierto es que los abolicionistas eran numéricamente dé-

biles y estaban ideológicamente divididos desde el principio (Sewell, 1976: 40). Sin embargo, tuvieron un cierto efecto sobre la política de dos modos indirectos. En primer lugar, el abolicionismo aportó un lenguaje de pecado y condena para caracterizar una institución que la mayoría de los norteamericanos contemplaban como un tipo de propiedad (Davis, 1969; Foner, 1995: cap. 3). En segundo lugar, ayudó a crear una generación de políticos antiesclavistas que gravitaba en grandes números en torno a la oleada de partidos de los años de 1840 y 1850 para, después, militar en el Partido Republicano (Barnes, 1957; Sewell, 1976). Aunque el abolicionista moral más famoso, William Lloyd Garrison, rechazara la política durante la mayor parte de su carrera, el antiesclavismo se convirtió en argumento de persuasión política, con un potencial electoral capaz de atravesar las cómodas líneas que separaban la militancia *whig* de la demócrata. Para volver a nuestra tipología del capítulo 1, generó una política transgresiva dentro de las instituciones.

La evolución del antiesclavismo, de ser un movimiento de ultraje moral a ser una forma de activismo político, se produjo de forma gradual y poco uniforme. Primero vinieron el *lobbying* y las campañas de peticiones de la década de 1830 (Barnes, 1957); después la formación de los partidos Liberty [*Libertad*] y Free Soil [*Tierra Gratuita*] en las décadas de 1840 y 1850 (Sewell, 1976: caps. 1 y 3), y finalmente la aparición en 1856 de una facción mayoritaria del Partido Republicano que subió al poder de la nación con la elección de Lincoln en 1860. Mientras que los abolicionistas morales estaban aislados en la extrema rectitud, los activistas políticos antiesclavistas operaban dentro de la política, forjaban coaliciones con oponentes moderados de la esclavitud y con otros cuyo interés en la esclavitud era mínimo. Su perspicacia política se puso de manifiesto cuando, en 1856, el demócrata Stephen A. Douglas intentó ganar un respaldo electoral de ámbito nacional para sus ambiciones presidenciales admitiendo la esclavitud al norte de la línea pactada de Missouri en 1820. «Casi todas [las fuerzas antiesclavistas] percibieron con rapidez las oportunidades políticas que eso les proporcionaba y se apresuraron a capitalizarlas» (Sewell, 1976: 260).

Pero el antiesclavismo político habría seguido siendo impotente de no ser por todo un conjunto de cambios más generales en la sociedad norteamericana. En primer lugar, un conjunto de cambios estructurales que unieron más al norte con el oeste y separaron a éstos cada vez más del sur. En segundo lugar, un cambio de identidad en ambas regiones que contribuyó a la radicalización del conflicto. Y, en tercer lugar, la corrección de una coalición entre el antiesclavismo, el nativismo y la colonización del oeste que destruyó los acuerdos del sistema de partidos de la preguerra y produjo el Partido Republicano y la Guerra Civil.

Cambio estructural

Entre 1845 y 1854, poco menos de tres millones de personas entraron en los Estados Unidos —la mayoría de ellas procedentes de Irlanda y Alemania, muchas de ellas gentes urbanas y muy bebedoras (Ransom, 1989: 131). La mayoría se establecieron en el norte, lo que hizo que bajaran los salarios e indujo a muchos norteros a desplazarse hacia el oeste, en una poderosa cadena de vacíos económico-demográficos hecha de migración y reposición. La expansión dejó al sur, con su sociedad rural más estática, muy atrás.

La población del norte y del oeste no sólo creció mucho más rápido que la del sur. Muchos de los pobladores del oeste procedían de los estados no esclavistas del noreste y compartían un fondo protestante y un espíritu de empresa. Aunque los periodos de crecimiento económico anteriores habían conectado al norte con el sur, con la expansión del norte «la economía nortera se volvió cada vez mas integrada, al viajar más el comercio por el eje este-oeste que por el eje norte-sur» (Weingast, 1999: 184).

Con la integración, se desataron las tensiones. A los nuevos norteamericanos de origen extranjero se los culpó ampliamente del aumento del desorden social y de la bebida (Ransom, 1989: 133; Silbey, 1967: 47-63), y la rectitud fue un producto paralelo del Segundo Gran Despertar. El hecho de que muchos de esos extranjeros (sobre todo los irlandeses) fueran movilizados por las máquinas demócratas de las ciudades del este identificó a los demócratas con los extranjeros a los ojos de los votantes protestantes del norte y del oeste. En los nuevos estados emprendedores del oeste, principalmente protestantes, toda una base de la población quedaba a disposición del nativismo; así como de la oposición a los propietarios de esclavos del sur, que competían por la tierra con los granjeros del norte.

Cambio de identidad: norte y sur

Si el cambio demográfico y económico proporcionó los cimientos estructurales del cambio político, también propició la acción colectiva mediante la formación de nuevas identidades. Los activistas antiesclavistas se unieron a los no-abolicionistas del norte en torno a un programa de colonización del oeste por unos hombres libres sobre una tierra libre. El partido político que llevó a cabo la mayor parte del trabajo de preparar al país para la división se bautizó a sí mismo, reveladoramente, *Free Soil* [*Tierra Gratuita/Libre*] (Sewell, 1976: cap. 8). *Free Soil* representaba a una generación de granjeros y aspirantes a granjeros que veían con aprensión el impulso competidor hacia el oeste de los granjeros del sur, propie-

tarios de esclavos. Fuese cual fuese su opinión de los esclavos —y muchos de los pobladores del oeste los despreciaban—, admitir la esclavitud en los nuevos estados del oeste concedería a los sureños unas ventajas económicas de las que carecían los del norte. El partido Free Soil fue el resultado directo de esa situación.

Pero la «tierra libre» era más que una ideología de partido: se convirtió en el marco maestro de la política del oeste y puso en contacto a quienes se habían introducido en la política como abolicionistas morales con aquellos cuya mayor preocupación era la colonización del oeste y la creación de una sociedad libre de la propiedad de esclavos. De los primeros procedía el fervor moral que confirió a la política de mediados de siglo un aire apocalíptico; de los segundos el deseo pragmático de mantener la competencia de la agricultura esclavista fuera del oeste. Con la creación de lazos entre abolicionistas políticos, granjeros del oeste y comerciantes y protestantes del este, su visión de la sociedad y su identidad política se amplió hasta convertirse en la de hombres libres que utilizan el trabajo libre en una tierra libre y gratuita, en oposición a «las ilegítimas coerciones de la esclavitud y las condiciones de trabajo del norte» (Foner, 1995: XXIII). Tal y como escribe Foner:

El antiesclavismo político no era una doctrina meramente negativa, un ataque a la esclavitud sureña y a la sociedad edificada sobre ella. Era la afirmación de la superioridad del sistema social del norte —una sociedad capitalista dinámica y expansionista cuyos logros y cuyo destino eran casi enteramente el resultado de la dignidad y de las oportunidades que ofrecía al hombre medio trabajador (Foner, 1995: 1).

El antiesclavismo dio un brillo moral a esa nueva identidad. Igual que el aborto en la década de 1980, era una cuestión simbólica que englobaba posturas relativas a toda una cantidad de dimensiones. «Nos oponemos a la extensión de la esclavitud», escribía el *New York Post* en 1857,

porque degrada el trabajo, desmoraliza el carácter, corrompe a los jóvenes [...] es un obstáculo para tener unos asentamientos compactos y, como consecuencia, para cualquier sistema general de instrucción pública, literaria o religiosa. Desarrolla las malas pasiones sin proporcionar medio alguno para disciplinarlas o controlarlas y genera un estado social sin ley (citado en Sewell, 1976: 293).

Los conflictos de la década de 1850 produjeron un proceso simétrico de cambio de identidad en el sur. Antes de 1830, según Fredrickson, «afirmar abiertamente la inferioridad permanente [de los negros] era algo muy raro» (Fredrickson, 1971: 321). Pero cuando los defensores del antiescla-

vismo publicitaron a voces las virtudes del trabajo libre en contra de la «energía esclava» del sur, los sureños forjaron una imagen de los nortños como despiadados, codiciosos de dinero y farisaicos y de su propia civilización como edificada en torno a los símbolos de la familia, la religión y el respeto a la tradición (Genovese, 1969: segunda parte, y 1992; Wyatt-Brown, 1979). Tal y como observa irónicamente Fredrickson: «Hizo falta el asalto de los abolicionistas [...] para forzar a los practicantes de la opresión racial a desarrollar una teoría acorde con su conducta» (Fredrickson, 1971: 321).

Los sureños se sentían ofendidos por tener que escuchar sermones morales que los conminaban a renunciar a su propiedad sin compensación alguna. Novelas como *La cabaña del tío Tom* provocaron una respuesta y una refutación todavía más airadas por parte del norte, que aducía que «mantendrán la esclavitud ante el público lector a lo largo de los años venideros» (Sewell, 1976: 235). Después de que quedaran clausurados los lazos periodísticos entre las regiones, el norte y el sur pasaron a depender de unos informes de los debates del Congreso que sólo reflejaban un único punto de vista, de los severos testimonios de las familias que se veían obligadas a huir de ambientes hostiles y de los relatos de los enfrentamientos cada vez más violentos entre colonos de la frontera favorables y contrarios a la esclavitud, sobre todo en la «sangrienta Kansas».

La disputa en Kansas entre vigilantes libres y esclavos, pro y antiesclavitud, resumía la creciente polarización de las identidades nortña y sureña. Tal y como escribe Michael Fellman:

La mayoría de los colonos que llegaban a Kansas eran gente del oeste que no había desarrollado unos sentimientos fuertemente a favor o en contra de la esclavitud [...] Pero las preconcepciones generales, las fricciones diarias y la batalla convirtieron unos vagos sentimientos en unas sonoras identidades sectarias (Fellman, 1979: 289).

Correduría y radicalización

Los «nuevos» historiadores políticos de la década de 1960 contemplaban las cuestiones relativas a la esclavitud, tales como la de la «sangrienta Kansas», como una excepción al centro de atención en gran medida local de la política nacional hasta las vísperas de la Guerra Civil. Pero las «cuestiones locales» reflejaban unos intereses económicos regionales cruciales que no eran tanto opuestos al antiesclavismo como perpendiculares a éste —lo que hacía posibles las alianzas entre regiones (Weingast, 1999). No

fue el ataque moral a la esclavitud lo que provocó el hundimiento de la unidad nacional; fue la convergencia del antiesclavismo político con el Free Soil y su correduría por parte de una nueva generación de emprendedores políticos. A esto cabe añadir la reacción nativista a la migración de católicos europeos de clase trabajadora, que generó el movimiento denominado Know-Nothing [No-Sé-Nada] y puso los cimientos para la formación de una coalición política transregional que englobaba diversas cuestiones (Ransom, 1989: 135).

Los efectos disruptivos del nativismo y de la expansión hacia el oeste sobre el sistema de partidos se hicieron evidentes en las elecciones al Congreso de 1854, cuando irrumpieron en la escena política tanto los Know-Nothing como el Free Soil. Aunque ninguno de ambos partidos ganó un escaño en el Senado, entre ambos se hicieron con 43 asientos en la Cámara, lo que puso en peligro el equilibrio entre el partido *whig* y el Demócrata y desató un ciclo de radicalización. Los demócratas recuperaron lo que habían perdido en las elecciones presidenciales de 1856 (Ransom, 1989: 137), pero el nativismo, el Free Soil y el antiesclavismo se combinaron para iniciar el hundimiento del segundo sistema de partidos norteamericano.

No se trataba de una mera realineación partidaria: las elecciones de 1856 llegaron en medio de un clásico ciclo de protesta, en el que se fundían ejes de conflicto anteriormente diferenciados. Tal y como escribía en aquellos tiempos Stephen Douglas (quien fue él mismo responsable en parte), la derrota demócrata se produjo a partir de:

Un crisol en el que se vertieron el abolicionismo, los partidarios de la prohibición del alcohol en Maine y lo que quedaba de la ideología *whig* del norte, junto con el sentimiento protestante contra los católicos y el de los nativos contra los extranjeros (citado en Ransom, 1989: 135).

El resultado fue la polarización sectorial, ideológica y partidista del sistema político norteamericano, el colapso del gobierno del equilibrio y la polarización en soberanismos rivales.

Lincoln personificaba esa nueva coalición y su cristalización en las elecciones de 1860. Persona del oeste, tibio defensor del antiesclavismo, en el mejor de los casos, y en el peor, negrófobo, su campaña para las elecciones de 1860 reunió, sin embargo, a una coalición del norte y el oeste, los nativistas, los defensores de la tierra gratuita, los *whigs* y los demócratas del norte. Los sureños interpretaron su elección como la conquista del sistema de partidos por parte de la brecha provocada por la cuestión de la esclavitud. No era tan simple, pero con el bloqueo de cualquier oportunidad de extender el sistema esclavista al oeste y con un partido de coalición

entre sectores que controlaba la Presidencia y el Congreso y que ya no necesitaba los votos del sur, a los estados del sur profundo no les quedaba más remedio que doblegarse a la hegemonía republicana o segregarse. Más que un ciclo de protesta que terminara con la renovación del sistema político existente, lo que había sido un conflicto político contenido dentro de las rutinas institucionales acabó produciendo una revolución.

Convergencia contra pacto

Ni el sur ni el norte estaban unificados, sino que la distancia entre ambas regiones se amplió con la radicalización dentro de cada uno de ambos campos políticos. En el sur, al aproximarse la secesión y alinear sus fuerzas los grandes estados esclavistas del sur profundo, entendieron la necesidad de lograr la unidad regional y presionaron a los estados dubitativos de la frontera para que se unieran a la secesión (Crofts, 1989). En el norte y en el oeste, los defensores radicales del antiesclavismo del Partido Republicano presionaban a sus colegas moderados para iniciar la confrontación con discursos como el que le valió el apaleamiento a Sumner. Foner lo resume así:

Según iban apareciendo tendencias conservadoras dentro del Partido Republicano, los líderes radicales pronunciaban intencionadamente discursos inflamatorios en el Congreso, en los que hacían aparecer con mayor fuerza las cuestiones morales y religiosas presentes en el movimiento antiesclavista (Foner, 1995: 111).

Para 1858, la realineación de la política norteamericana según líneas sectoriales ya se había completado, y el norte y el oeste formaban una sólida mayoría y los demócratas aparecían cada vez más como un partido regional (Poole y Rosenthal, 1997: 99).

Correduría, cambio de identidad, radicalización y convergencia: no existe una lista corta de mecanismos causales que explique todos los episodios de contienda, y tampoco se concatenan de la misma manera en todos los contextos unos conjuntos de mecanismos en particular. La correduría y el cambio de identidad pueden combinarse con resultados globales completamente diferentes en condiciones diversas, por ejemplo, cuando algunos grupos se radicalizan mientras que otros convergen en torno al centro. Esto se puede ilustrar con nuestro segundo episodio —la transición española a la democracia—, que muestra cómo esos mecanismos se combinaron para la sustitución pacífica, gradual y considerablemente civil de un sistema sociopolítico por otro.

UNA GUERRA CIVIL QUE NUNCA SE PRODUJO: LA TRANSICIÓN ESPAÑOLA A LA DEMOCRACIA

Si alguna vez un sistema político pareció estar en peligro de estallar en una guerra civil, eso fue en los últimos años de la dictadura de Franco. El asesinato de Carrero Blanco en 1973 no sólo fue un ataque a los puntales del antiguo régimen. Inició un aumento continuo de la polarización que estimuló el recuerdo del devastador conflicto civil de los años de 1930 que muchos temían que estallara de nuevo (Aguilar Fernández, 1995). Stanley Payne estima que, durante dicha guerra, se produjeron más de 100.000 ejecuciones y asesinatos en ambos bandos (1987: 219). Pérez Díaz nos recuerda que en la zona republicana se asesinó a casi 7.000 sacerdotes durante los primeros meses del conflicto (Pérez Díaz, 1993: 129). Éste supuso un cataclismo tan endurecedor para la memoria política española como lo fue la guerra entre estados en los Estados Unidos.

El régimen de Franco que surgió de la guerra reprimió sin piedad a los defensores de la República. La población de presos de la posguerra se multiplicó hasta alcanzar la cifra de 270.000 en 1939 (Pérez Díaz, 1993: 223). Aunque fueron raras las ejecuciones masivas al estilo nazi, las autoridades nacionales procedieron metódicamente, población por población, y arrestaron a simpatizantes republicanos, sindicalistas y a los culpables de «pasividad grave» (Maravall, 1979: 67). La Iglesia estatal se lanzó a una política de limpieza moral, y organizaba «desfiles, procesiones, entradas pomposas, dedicatorias al Sagrado Corazón y a la Virgen y manifestaciones de fe católica y obediencia al papa» (Pérez Díaz, 1993: 131). Los autonomistas regionales se retiraron a un exilio interior, forzados oficialmente a desistir de utilizar sus lenguas y con sus expresiones culturales reducidas a folklore, canciones y danzas populares (Buxó i Rey, 1995: 126; Johnston, 1991: cap. 4; Pérez-Agote, 1987: 3-10).

La represión tampoco acabó en normalización (Linz, 1973: 181). Tan tarde como en 1958-1961, periodo en el que la oposición política se encontraba en su punto más bajo, el Comité Europeo pro-Amnistía informaba de 600 sentencias de prisión política (Maravall, 1979: 90). Los conflictos industriales de finales de la década de 1960 y principios de la de 1970 desataron una nueva oleada de arrestos tanto de sindicalistas como de simples trabajadores (Maravall, 1979: 73). Bien entrados los años de 1970, la policía y la Guardia Civil respondían a las protestas de los trabajadores con arrestos y palizas.

Y, sin embargo, España pasó de un régimen autoritario a una monarquía democrática mediante un proceso de liberalización en gran medida pacífico

que algunos han denominado una «ruptura pactada». Según los relatos de la mayoría de expertos, para principios de la década de 1980 el país había consolidado extensivamente su sistema democrático (Linz y Montero, 1999; Linz y Stepan, 1996: 108; Morlino, 1998: 19). Todos esos autores ven la transición como algo llevado a efecto mayoritariamente por unas élites asociadas al viejo régimen que ignoraron en gran medida el proceso de polarización marcado por la violencia extremista y por la cada vez mayor militancia laboral (no obstante, véase Maravall, 1979; Reinares, 1987: 127).

En cuanto a la convergencia de las élites, hubo una buena cantidad de ésta. Después del fracaso de la estrategia represiva que siguió al asesinato de Carrero Blanco, la figura más central de la transición fue el primer presidente del Gobierno después de Franco, Adolfo Suárez, que construyó una democracia «con los ladrillos del sistema autoritario» (Linz y Stepan, 1996: 93-96; Preston, 1986: cap. 5). Fue Suárez quien diseñó los pactos entre los elementos moderados del régimen de Franco y los partidos y sindicatos de la oposición e hizo de España «el modelo mismo del moderno acuerdo entre las élites» (Gunther, 1992) y lanzó el proceso de autonomía de las regiones dentro de la Constitución (Pérez Díaz, 1990: 198-201).

Entre los estudiosos de la democratización, la experiencia española alimentó una saludable reacción contra los modelos estructurales que habían animado los anteriores debates. Quienes temían la reaparición de los conflictos de entreguerras se sintieron aliviados con su transición pacífica y aprendieron de ésta la lección de que una transición «pactada», liderada por las élites, podía constituir un modelo para la transición con éxito a la democracia en cualquier otro lugar (di Palma, 1990; Gunther, 1992; Karl, 1990; no obstante, véase Linz y Stepan, 1996: 56). Pero (al igual que las nuevas explicaciones institucionalistas de la Guerra Civil norteamericana y a la vista de la violenta insurgencia en el País Vasco) esas explicaciones, sorprendentemente, poco más tienen que decir de la contienda política o de los mecanismos de transición distintos de la negociación entre élites.

La contención institucional de la contienda

La historia de la transición española consta de los siguientes componentes principales: pequeños grupos de élites autoritarias «segregadas» que se aprovechan de un proceso de liberalización dentro de una dictadura que se está erosionando y que se veía incapaz de frenar la lógica de la liberalización una vez iniciada ésta. Al ir implicando progresivamente a los elementos moderados en pactos y acuerdos, dichos grupos construyeron puentes con la oposición y los convencieron de que podían permitirse el riesgo de jugar al juego democrático. Su participación en el proceso, y las

concesiones que voluntariamente hicieron, convencieron a su vez a las élites reaccionarias —el bien conocido *búnker*— de que no tenían nada que temer en aceptar la liberalización del viejo régimen.²

Una vez comenzado, el argumento sigue así: el proceso de liberalización fue engordándose como una bola de nieve mientras diversos grupos, tanto internos como externos al régimen, veían sus intereses servidos con la participación en las negociaciones de la Constitución y convencían a sus seguidores de que siguieran la corriente para limitar las pérdidas en el resultado final. El periodo de negociaciones preconstitucionales de julio de 1976 (cuando se instaura el Gobierno de Suárez) hasta junio de 1977 (cuando se celebran las primeras elecciones generales) fue la fase más crítica del proceso, que sirvió para aumentar la confianza y reducir la incertidumbre entre unas élites previamente divididas (Linz y Stepan, 1996: 91-98; Pérez Díaz, 1993: 218-225).

Los pactos fueron mucho más allá de la reforma política. En los Pactos de la Moncloa, fundamentales, el Gobierno se compromete a emprender un programa continuado de reformas tanto institucionales como de la vida económica. La participación de los comunistas y de los socialistas en el proceso aseguró a las empresas que los trabajadores sobre los que éstos tenían influencia se abstendrían de una actividad huelguista excesiva y de unas demandas extremas. Por lo menos, eso dice nuestro relato. La intervención militar quedó descartada gracias al cuidado que tuvo Suárez de tomar en sus manos ciertas cuestiones clave y al hecho de que ninguna facción política significativa reclamó a los militares que intervinieran (Gunther, 1992: 66). El proceso otorgó autoridad a la organización de empresarios (la CEOE) y fortaleció a las dos principales confederaciones sindicales (las CCOO, de liderazgo comunista, y la UGT, de liderazgo socialista), a costa de sindicatos más pequeños y más radicales (Pérez Díaz, 1990: 225). Culminó con la desaparición del político que lo había iniciado —Adolfo Suárez— y de su partido, la UCD, después de terminar su turno presidencial y de quedar sustituido por un PSOE ahora moderado. El relevo condujo a una temprana y pacífica alternancia entre gobierno y oposición, con lo que se produjo la consolidación democrática (Linz y Montero, 1999: 21-31).

Igual que el gobierno de equilibrio en el Senado de los Estados Unidos, los pactos y acuerdos institucionales alcanzados por la élite saliente y sus

2. Por supuesto, existen variaciones y permutaciones en esta historia en la versión de los diversos autores. Mientras que Giuseppe di Palma y Donald Share resaltan las transacciones entre las élites y O'Donnell y Schmitter resaltan la liberalización del sistema franquista desde dentro, Maravall y Preston insisten en la lucha, tanto dentro de la sociedad española como dentro de la élite franquista, que hizo posibles los pactos democráticos de 1976-1979.

competidores de la oposición fueron un intercambio en el que cada actor hacía concesiones por lo que se refiere a los resultados que esperaba de su política óptima a cambio de un conjunto de órdenes institucionales dentro de los cuales poder perseguir sus objetivos (Przeworski, 1986). Pero, igual que el gobierno de equilibrio dependía de las alineaciones dentro del sistema de partidos y contenía la contienda dentro de la sociedad norteamericana, los pactos que subyacen a la transición española son difíciles de entender aislados de la naturaleza del viejo régimen y de la contienda política dentro de la sociedad española.

Un régimen autoritario

¿Ante qué tipo de régimen nos encontramos? Con la derrota de la República y el triunfo de la reacción en Europa, los nuevos gobernantes españoles adoptaron al principio muchos de los adornos del totalitarismo fascista: militantes de camisetas azules que desfilan en apretada formación en apoyo del dictador; una organización sindical corporativista designada para transmitir las prioridades del Estado a los representantes, elegidos a dedo, del capital y del trabajo; un Movimiento Nacional diseñado para representar la «sana» opinión; unas Cortes sancionadoras de leyes pero carentes del derecho a promoverlas y sin apenas derecho a influir en ellas; represión de las autonomías regionales que la República había prometido a las agitadas regiones vasca y catalana; unos cuerpos dirigentes llenos de militares y un alto funcionariado predominantemente procedente de las clases altas; una Iglesia estatal que no sólo imponía el orden moral, sino que servía de bastión del régimen (Maravall, 1979: 4-6; Payne, 1987: 517: cap. 12; Pérez Díaz, 1990, cap. 3).

Pero Franco era un líder demasiado perspicaz y prudente como para acatar del todo el modelo de partido único que le instaban a implantar sus aliados fascistas europeos. Cuando los vientos de la guerra se volvieron desfavorables a las potencias de Eje, Franco mantuvo a los agitadores de la Falange a cierta distancia y formó gabinetes con un juicioso equilibrio de facciones, y gobernó mediante todo un conjunto de instituciones débiles lideradas por hombres de una lealtad predominantemente personal. El régimen podría caracterizarse de «autoritario», con un pluralismo limitado, una mentalidad —más que una ideología rígida— conservadora, con el cultivo de la apatía más que de la movilización y con un partido de masas con poco poder real (Linz, 1970, 1973; Linz y Stepan, 1996: cap. 3).

El aislamiento de las tendencias políticas y culturales de Occidente fue una poderosa arma para el mantenimiento del control del Estado. Convencidos de que España estaba prácticamente sola contra una conspi-

ración mundial masónico-comunista, los franquistas intentaban mantener alejadas las corrientes disidentes o modernizadoras. Su éxito puede medirse por el bajo nivel de crímenes comunes hasta los años de la transición y por el alto grado de religiosidad que registran las encuestas. La proporción de españoles que se declaran católicos «creyentes» o «practicantes» era del 77 por ciento en fecha tan reciente como es a finales de los años de 1960 (Fundación FOESSA, 1970: 448; Montero, 1997).

La autarquía económica fue el segundo mecanismo mediante el cual España quedó acordonada fuera de las corruptas corrientes de Occidente (Maravall, 1979: 66-69). Sin embargo, igual que en la Italia fascista, ésta tuvo efectos perversos: propició un sector privado no competitivo y un sistema financiero clientelista repleto de amigos, y creó un gran sector público protegido en un régimen hostil al colectivismo. Los salarios eran bajos y los sindicatos verticales dejaban poca autonomía a los trabajadores; sin embargo, no resultaba fácil despedirlos. Durante la década de 1960, se permitió el desarrollo de un cierto tipo de negociación colectiva no oficial para alejar el riesgo de conflicto industrial.

El tercer recurso de España fue su capacidad para mantenerse apartada de los conflictos y alineamientos de la política internacional. Recordamos los horrores de Guernika y la intrusión de comunistas y fascistas en la Guerra Civil española, pero olvidamos con facilidad que Franco, a diferencia de Mussolini en Italia, evitó que España compartiera los costes de la guerra de Hitler. Con la aparición de la Guerra Fría, los Estados Unidos se convirtieron en el principal patrocinador internacional de Franco, proporcionaron una legitimación crucial para su régimen y permitieron que la dictadura tuviera una vida más larga de la que habría tenido de otro modo.³

El cambio estructural

Al desencadenarse el milagro económico europeo, la economía española comenzó a beneficiarse de la expansión de sus vecinos —entre otras cosas, mediante el turismo. Pero quedaba cada vez más claro que la economía quedaría asfixiada si seguía permaneciendo aislada. Se favorecieron la industria y el turismo con generosos subsidios; se animó a los trabajadores a emigrar a otros países, donde se convertían en una fuente de divisas

3. En comunicación personal, David Greenwood señala que «por lo que sabemos, en 1949 Franco estaba listo para caer, cuando el embajador de Truman le dijo a éste que España podía ganarse por poca cosa. De ahí el pseudo-Plan Marshall de después de 1949 y las bases de EE.UU. en suelo español. A partir de ese momento, los EE.UU. se convirtieron en uno de los grandes patrocinadores de Franco».

y también se veían expuestos a ideas subversivas (Malefakis, 1982: 219). Entre 1964 y 1973, la economía creció a un ritmo trepidante —en términos reales, a una tasa del 7,3% anual—, mientras que el PNB per capita pasó de ser de menos de 300 dólares en 1960 a 3.260 en 1970 (Gunther, Sani y Shabad, 1986: 34). Para la década de 1960, de la «dictadura de la victoria», España había pasado a ser «una dictadura del desarrollo» (Carr, 1980: 165). El *boom* no cedió hasta los años 1974 y 1975, los dos años posteriores a la conmoción del petróleo.

Los movimientos de población fueron el marcador más radical del cambio estructural (Maravall, 1979: 25). Entre 1961 y 1968, más de 2,9 millones de personas cambiaron de residencia, y desde 1950 a 1970 la población agrícola bajó del 42 al 25 por ciento (Maravall, 1995: 71). Ese paso del campo a las ciudades vino acompañado del declive de las formas tradicionales de latifundio, además de por la desaparición del proletariado agrícola español, una vez tan radical (Linz y Montero, 1999: 82; Malefakis, 1970). Como resultado, hubo tanto un aumento de la fuerza laboral industrial como un gran aumento del sector servicios y una subida de los ingresos reales. En términos reales, la renta per capita se triplicó entre 1960 y 1975.

Pero aparecieron ciertas contradicciones entre las obstinadas instituciones corporativistas del país y ese acceso de crecimiento. La falta de un sistema fiscal moderno, la precariedad de la política social, la dependencia de la prosperidad de los vecinos y de una reserva de trabajadores con salarios bajos se combinaron con el miedo del régimen a la desestabilización para obstruir su adaptación al nuevo estatus económico. Un indicador entre muchos era la severa desigualdad de rentas. Para 1970, un grupo de científicos políticos norteamericanos escribía que

el 1,23 por ciento superior, en términos de ingresos, de la población española poseía una mayor porción de la renta nacional total (el 22,39) que el 52,2 por ciento inferior de la población (que poseía tan sólo el 21,62 por ciento de la renta nacional) (Gunther, Sani y Shabad, 1986: 26).

La crisis económica que arrasó Occidente en 1973 golpearía a España de manera especialmente fuerte, justo en el momento en que Franco perdía poder y se estaba gestando una nueva oleada de contienda política.

La contienda política en un régimen autoritario

¿Consiguieron los treinta y pico años de gobierno de Franco y el crecimiento económico de los años de la posguerra borrar la herencia de la Guerra Civil? ¿Qué sucedería con las divisorias políticas tradicionales

cuando Franco saliera de escena? Juan Linz, el intérprete más autorizado de España, preveía en 1967 que los comunistas y la izquierda socialista ganarían el 41 por ciento de los votos en unas elecciones postfranquistas, mientras que la derecha obtendría el 14 por ciento. Linz esperaba que un partido democristiano al estilo italiano llenaría el vacío (1967: 267).

Con el fin de la década de 1960, el resurgimiento del conflicto industrial en la Europa occidental aportó modelos de acción colectiva también para España (Crouch y Pizzorno, 1978), con la diferencia de que aquí las Comisiones Obreras, clandestinas y lideradas por los comunistas, eran la principal fuerza organizada en la fábricas. Desde mediados de los años de 1960 en adelante, la clase trabajadora española mantuvo un nivel de huelgas «que encajaba bien con el patrón de la Europa occidental, aunque tales conflictos industriales eran ilegales [en España]». El número de horas de trabajo que se perdieron en las huelgas pasó de 1,5 millones en 1966 a 8,7 millones en 1970 (Fishman, 1990: 88). No eran protestas únicamente económicas. Hacia 1965 se desarrolló una nueva forma de acción colectiva, la *huelga general local*, que combinaba reivindicaciones económicas y políticas y demostraba que los obreros tenían una alta capacidad de movilización política —y no sólo ocupacional (Maravall, 1979: cap. 2).

Aunque las tácticas de los trabajadores eran moderadas (Durán Muñoz, 1997) y autocontenidas (Pérez Díaz, 1993: cap. 5), esa gran oleada de conflictos industriales señalaba a la oposición política la existencia de una base masiva para la democratización. La contienda se difundió por las áreas industriales y demostró la unidad de la clase trabajadora gracias a un número cada vez mayor de huelgas solidarias, que pasaron de suponer el 4 por ciento de todas las huelgas a mediados de los años de 1960 a más del 45 por ciento después de 1967. En las viejas regiones industriales en particular (la minería en Asturias, la metalurgia en el País Vasco, en Cataluña y en Madrid), pero también en las nuevas áreas industriales, las huelgas de solidaridad se volvieron cada vez más comunes a principios de la década de 1970. Éstas fueron especialmente efectivas en el País Vasco, donde, en uno de los conflictos de 1974, el 80 por ciento de la población activa secundó una huelga general regional (Maravall, 1979: 37).

En esa región, pero también en Cataluña, el régimen se enfrentaba a una resistencia de un tipo mucho más feroz. Se trataba, después de todo, de regiones industriales muy desarrolladas donde la política cultural franquista había reprimido las aspiraciones regionalistas. En ambas regiones se desarrollaron unos movimientos separatistas que combinaban las reivindicaciones económicas con el resentimiento por las políticas centralistas de Madrid. Fue desde esas dos regiones desde donde se desarrolló una resistencia tanto violenta como simbólicamente importante. Entre 1960 y el año de la muerte de Franco, ETA (el movimiento terrorista clandestino

vasco) provocó 43 muertes (Linz y Stepan, 1996: 99) e hizo cristalizar una cultura de la violencia (Pérez-Agote, 1987: cap. 1). Tras la muerte de Franco, la violencia se intensificó y el número de muertes se elevó a 67 en 1979, el año de las segundas elecciones generales y de la aprobación del Estatuto de Autonomía vasco (Reinares, 1987: 127). El nacionalismo catalán era más pacífico, pero generó una resistencia sutil y simbólicamente importante en esta región, la más «europea» de España (Buxó i Rey, 1995: 95; Johnston, 1991; Pérez-Agote, 1990: 194-197).

Se formó también una oposición muy lejos de las fábricas y de las dos grandes regiones minoritarias. Después del Vaticano II, algunos clérigos católicos, sobre todo de rango inferior, se implicaron cada vez más en el movimiento democrático. La oposición clerical (y su convergencia con otros sectores de la oposición) se hizo visible por primera vez con la condena de los sindicatos oficiales de trabajadores por parte de la Conferencia Episcopal española y su llamamiento a la legalización de los sindicatos (Preston, 1986: 16). La nueva actitud de la jerarquía animó a la radicalización a los sacerdotes jóvenes vinculados a las JOC (Juventudes Obreras Católicas) y a los curas-obreros, muchos de los cuales llevaban la misma vida que los trabajadores emigrantes de las periferias de las grandes ciudades (Preston, 1986: 18-19). Un nuevo activismo religioso, desdeñoso para con el «nacional catolicismo» de la Iglesia y ansioso por una «moral de la autenticidad» se desarrolló a la sombra del régimen (Pérez Díaz, 1990: 157-161).

Al mismo tiempo, en las universidades, una nueva generación de alumnos, alimentada por el crecimiento económico, presionada por el desafío de los estudios en el extranjero y estimulada por la relajación en el control de la prensa, organizaba grupos ilegales de izquierdas, asambleas permanentes y manifestaciones masivas. Para finales de los años de 1960, era tan fácil encontrar opúsculos marxistas en las universidades de Madrid o Barcelona como en las de Roma o París (Payne, 1987: 519). «Las universidades se convirtieron gradualmente en un ghetto subcultural dentro de la sociedad española», escribe Maravall, «y, en tales enclaves, las ideas que dominaban eran las ideas del movimiento estudiantil» (1979: 117).

Los barrios de una sociedad urbana en expansión eran otra fuente de creciente movilización. En 1964, el régimen había introducido la Ley de Asociaciones, que legalizaba las asociaciones de padres, de vecinos, de consumidores y algunos otros grupos (Bier, 1980: 27-32). Las organizaciones populares se desarrollaban fuera de ese marco semioficial, lo que dio origen a otras organizaciones rivales, a menudo semioficiales, promovidas por las autoridades municipales (Blyth, 1999: 9). Para principios de la década de 1970, se organizaron asociaciones de barrio por toda España, centradas en torno a temas que iban desde la brutalidad policial y los altos precios de la propiedad hasta la pobreza de las luces de Navidad y la falta

de espacios verdes (Blyth, 1999: 10). Para 1974, dichas asociaciones oficiales y semioficiales empezaban a coordinar sus esfuerzos a escala de ciudades enteras y a ampliar sus reivindicaciones de los problemas estrictamente vecinales a «los cargos locales corruptos y antidemocráticos, la falta de inversión» e incluso para solicitar cambios en la clase política local (Bier, 1980: 40-44; Blyth, 1999: 10-11).

¿Cómo pudo un régimen autoritario mantener bajo control a una sociedad que se estaba movilizandando económica, étnica e intelectualmente y que se estaba organizando desde las fábricas hasta las regiones minoritarias o las barriadas urbanas? A mediados de la década de 1960, la respuesta parecía ser el desarrollo económico y la absorción de los elementos llamados «tecnócratas» en los círculos del Gobierno, en detrimento de los bastiones tradicionales del régimen como, por ejemplo, la Falange. El oscuro grupo secular católico del Opus Dei debió su ascenso dentro de la política española a esta apertura, igual que la relajación de la censura de prensa y la aparición de una cierta cantidad de nuevos y refrescantes diarios (Maxwell, 1983). Pero, con la proliferación de las huelgas y la intensificación de la violencia de ETA, el camino que se escogió fue el incremento de la represión.

Los defensores de la «escuela elitista de la transición» se olvidan a veces de la atmósfera salvajemente represiva que precedió a la transición. Para 1973, las condenas del Tribunal de Orden Público habían aumentado un 250 por ciento desde principios de los años de 1960 (Maravall, 1979: 41; Payne, 1987: 502). Llevado por el miedo al aumento del terrorismo en la región vasca, el régimen respondió con suspensiones, despidos y arrestos (Maravall, 1979: 41). El punto culminante llegó con la oleada de arrestos que siguió al asesinato de Carrero Blanco. En lugar de ampliar su Gobierno para incluir a los diversos sectores del régimen, el sucesor de Carrero, Carlos Arias Navarro, nombró un gabinete «compuesto mayoritariamente de los vestigios del núcleo burocrático del régimen». Quedaron excluidos tanto los militares como los tecnócratas del Opus Dei, que habían entrado en el Gobierno durante el periodo de reformas (Payne, 1987: 592-593). Desde 1973 hasta fines de 1975, más de 6.300 vascos fueron arrestados (Payne, 1987: 601).

La represión y la difusión de la contienda

Aunque la represión desencadenó el terrorismo vasco, tuvo el efecto de aislar al régimen no sólo de esa región, sino también del mundo del trabajo, de la Iglesia, de los oponentes políticos, de las otras minorías regionales y de los industriales clave, que habrían preferido solucionar sus

disputas industriales en términos económicos. También aisló a España de Europa, y de la emergente Comunidad Económica Europea, donde las élites económicas españolas esperaban introducirse (Marks, 1993). El juicio de Burgos contra los nacionalistas vascos, en 1970, atrajo la atención de simpatizantes de toda Europa (Reinares, 1987: 123).

La represión fracasó a la hora de frenar la contienda. No sólo el terrorismo de ETA continuó durante 1974 y 1975 (Pérez Díaz, 1990: 200); para 1975, los días de trabajo perdidos por huelgas habían aumentado a 14,5 millones. En 1976 (el año de las negociaciones políticas más críticas), los días de huelga aumentaron hasta 150 millones. Y, mientras que las demandas económicas comprendían el grueso de las huelgas de la década de 1960, una proporción cada vez mayor de éstas eran ahora políticas (Maravall, 1979: 33-37). La contienda también se desplazó fuera de las fábricas; *El País* refería casi 800 acciones colectivas entre el 4 de mayo de 1976 y finales de 1978. Justamente mientras se negociaban los pactos de la transición, los españoles se echaban a la calle. En 1974, vieron la luz toda una dispersión de grupos de izquierdas, como el FRAP y el MIL, de corta existencia. ETA, antes dividida en un ala militar y un ala político-militar, se escindió y quedó bajo el control de sus militantes armados (Reinares, 1987: 124-125). Los grupos de derechas, los sindicatos, las asociaciones de vecinos, los estudiantes y los grupos «alternativos», todos se unieron a la refriega.⁴

La represión también dio lugar a su propia oleada de contiendas. Incluso antes de la muerte de Franco, miles de españoles se manifestaron por «una amnistía total para los presos políticos de la dictadura franquista, una reivindicación que en muchos casos iba acompañada de la de una amnistía laboral» (Aguilar Fernández, 1997: 89). La acción colectiva a favor de la amnistía estaba vinculada de cerca a la memoria colectiva de la Guerra Civil, y eso explica en gran medida «la obsesión de los actores colectivos [...] por convencer a las autoridades de que sus acciones serían *pacíficas*» (Aguilar Fernández, 1997: 89). Esa oleada de manifestaciones muestra las intrincadas formas en que interseccionan las protestas masivas y la política de élites. Tal y como concluye Nancy Bermeo:

Los pactos entre las élites fueron ciertamente la clave de la democratización de España, pero dichos pactos se forjaron en una situación en la que se daban simultáneamente el extremismo y la moderación (Bermeo, 1997: 309).

4. El movimiento nacionalista vasco, más complejo, a menudo reducido a los ataques armados de ETA, también se valió de la clase trabajadora y de la disensión católica. Tres estudios importantes son los de Azurmendi, 1998; Garmendía, Parraluna y Pérez-Agote, 1982; y Pérez-Agote, 1987.

No sólo concurrían tanto el extremismo como la moderación: las contiendas entre las élites y entre las no élites estaban recíprocamente relacionadas —«elecciones intersticiales», en el vocabulario de Pérez Díaz (Pérez Díaz, 1990: 6). Si las élites y las contraélites de España resolvieron la transición mediante un proceso medurado de negociación en salas de conferencias, ello se debió en parte a la presión de la política transgresiva en las calles, en las fábricas y en las regiones minoritarias.

El cambio de identidad

Entonces, ¿por qué fue tan contenida la política de la transición? Parte de la razón está en la permanente capacidad coercitiva del Estado español, que quedaba clara a partir de su continua represión de la disensión, hasta la transición misma y durante ésta (Durán Muñoz, 1997: caps. 5-6). En parte se debió a la determinación de la oposición de mantener bajo control la movilización para negar a los militares un pretexto para un golpe de estado preventivo (Aguilar Fernández, 1997). Un tercer elemento es el que guarda relación con los objetivos moderados de los manifestantes mismos y su sincero apoyo a la democracia (Fishman, 1990; Pérez Díaz, 1990: cap. 5). Pero existe una respuesta más profunda que sólo puede captarse con la comprensión de algunos de los penetrantes cambios que se produjeron en la sociedad española antes de que el régimen se aproximara a su fin. De ser un país situado en la periferia de Europa y que veía a Europa como «el extranjero», España había experimentado un cambio de paradigma en la mentalidad y en el comportamiento tanto de sus élites como del país en general. Dicho «referente europeo y la construcción de una identidad europea para España ha sido uno de los mecanismos más cruciales que operaron a lo largo de todo el proceso» (Pérez Díaz, 1990: 5).

Consideremos la religión: animados por los cambios del Vaticano en la década de 1960, los líderes de la Iglesia católica atravesaron por un proceso de reforma desde dentro. Pero la reforma la dirigió una generación más joven de sacerdotes y seglares devotos que respondían a una sociedad que estaba empezando a evolucionar en una dirección secular. Para finales de los años de 1960, el sacerdocio había perdido popularidad como carrera y la presencia de la Iglesia en la sociedad había descendido (Fundación FOESSA, 1970: 470; Pérez Díaz, 1990: 165). Aunque la mayoría de la población seguía afirmando ser católica practicante, la asistencia a la iglesia estaba en claro declive en las ciudades, así como entre los más jóvenes (Fundación FOESSA, 1970: 442-444; Linz y Montero, 1999: 88-90).

Con el declive de la religiosidad, se extendieron tanto la educación secular como la exposición cultural a Europa. El número de estudiantes uni-

versitarios subió de 76.000 en 1961 a 229.000 diez años después (Maravall, 1995: 71), y eran muchos los que iban a estudiar al extranjero. Para el momento de la muerte de Franco, la universidad había desarrollado una cultura de disensión política y había experimentado un estado de agitación continua durante la mayor parte de los 15 o 20 años precedentes. Además, con la relajación de la censura de prensa gracias a una ley aprobada en 1966 (Payne, 1987: 511), los españoles podían saber más de lo que estaba ocurriendo en el mundo y en su propio país. Eso quedaba simbolizado por los nuevos medios de comunicación que iban apareciendo y, de la forma más sorprendente, por la aparición de *El País*, que emulaba a *Le Monde* y simbolizaba la europeización de España (Edles, 1998: 46; véase también Maxwell, 1983).

España no sólo se estaba volviendo más europea. Los españoles se identificaban cada vez más con Europa. Eso se hizo evidente por primera vez en la oposición a Franco. A lo largo de toda su historia en el exilio, el PSOE defendió con ahínco la unión con Europa (Marks, 1993: 3-4). Pero también la defendían las empresas, que veían como iban quedándose atrás respecto a sus competidores sin el acceso a los mercados y a la tecnología europeos. Eso ya se veía claro en los años de 1960, cuando la investigación de de Miguel y Linz mostraba cómo los gerentes españoles rechazaban el paternalismo y aceptaban los modelos modernos de relaciones industriales (citado en de Miguel, 1976).

En contraste con las identidades de izquierdas y de derechas abruptamente divergentes de la República, los españoles de clase media experimentaron la transición a la democracia después de haberse construido una nueva identidad política. Se aprecia en la victoria de la facción moderada del PSOE de Felipe González sobre sus competidores; en la sorprendente victoria del partido casi desconocido de Suárez en las primeras elecciones post-Franco; en la debilidad del comunismo en las primeras elecciones post-Franco; y en el fracaso de los partidos democristianos. Estos últimos tenían una larga historia en España, pero sus vestigios de integristismo no entusiasaban a los españoles seculares, mientras que la jerarquía de la Iglesia les negó su apoyo (Edles, 1998: 68-69).

En el periodo de la transición, no sólo aparecieron identidades orientadas hacia Europa. También se produjo la cristalización y la expansión de las identidades autonomistas. La inclusión de la autonomía regional en la nueva Constitución no fue una concesión de las élites realizada desde arriba. De hecho, en Cataluña, Suárez «evitó pactar con los partidos políticos y alcanzó un acuerdo con Tarradellas [líder catalán histórico] para la restauración de la Generalitat [o Gobierno] de Cataluña» (Pérez Díaz, 1993: 199). Al otorgar al autonomismo un lugar prominente en la Constitución, Suárez estaba reaccionando ante los movimientos regionales en los que

«la evolución democrática de las instituciones permitía lentamente la aparición de un discurso autonomista anterior» (Buxó i Rey, 1995: 127).

Cataluña y el País Vasco eran también las regiones de la oposición de la clase trabajadora y de los católicos al franquismo. En Cataluña, por ejemplo, el movimiento nacionalista se transformó en la década de 1970 en «una legítima oposición antifranquista» gracias al contacto con «los numerosos trabajadores catalanes que participaban activamente en el movimiento de la clase trabajadora» y gracias a «su relación con el catolicismo progresista, que lo hizo más aceptable para la clase media» (Johnston, 1991: 123-124). El movimiento en favor de las autonomías formaba parte de un cambio de identidad más general de la sociedad española que se construyó mediante los procesos de la contienda política. Incluso regiones como Andalucía, que poco habían sabido de nacionalismo regional en el pasado, comenzaron a agitarse como resultado de la estrategia de regionalización del Gobierno (Pérez Díaz, 1990: 200-202).

La correduría

Igual que los movimientos de población de los Estados Unidos de la preguerra, la secularización y la modernización económica no son más que procesos estructurales que generan los límites de los cambios potenciales. El cambio de identidad no hace más que señalar los marcos dentro de los cuales es posible moverse. Como en la formación de una coalición antesclavista en la Norteamérica de preguerra, todos esos parámetros tenían que transformarse en acuerdos efectivos para permitir que España trascendiera un régimen que había gobernado el país durante cuarenta años.

El modelo de negociación entre las élites de la transición española capta una parte importante de ese proceso, la porción que era observable en el momento de la transición. La correduría tuvo lugar dentro de la oposición, cuando sus líderes negociaron, primero, la Plataforma de Convergencia Democrática y, después, la Coordinación Democrática. Posteriormente, se produjo entre las élites y las fuerzas moderadas del régimen. Pero las élites no se limitaron a *escoger* fórmulas para la revisión constitucional desde arriba sino que ejercieron la correduría durante el proceso de pactos *en nombre* de los grupos a los que representaban o pretendían representar.

Es cierto que los líderes de la oposición pactaron con los representantes del viejo régimen para restringir «una excesiva actividad huelguista» en pago por los compromisos de reforma política (Gunther, 1992: 55). No obstante, dichos acuerdos se habrían hundido de no ser por el apoyo de las bases de una clase trabajadora altamente movilizada cuyos militantes

de base se «autolimitaban» porque en gran medida aceptaban el objetivo de la democratización (Pérez Díaz, 1990: 222). Gunther observa correctamente que los principales logros que aportaron los Pactos de la Moncloa fueron una mayor integración de las élites y la legitimación del Partido Comunista. Pero los partidos de la izquierda pudieron actuar como corredores en ese pacto precisamente porque contaban con la amenaza que representaban las bases de clase trabajadora que había tras ellos.

La correduría también funcionó en el seno de los católicos organizados. Después del Vaticano II y del desarrollo de una generación de activistas católicos que rechazaban el papel de la Iglesia de estado, una nueva generación de líderes pasó a ocupar posiciones de poder dentro de la jerarquía española. Entre ellos se encontraba el llamado «Grupo Tácito», «un grupo de funcionarios y profesionales católicos [...] que acabó convirtiéndose en una fábrica de líderes y en un laboratorio de fórmulas políticas para la transición democrática» (Pérez Díaz, 1993: 169). Entre 1975 y 1978, la Iglesia «realizó una contribución decisiva para reducir la hostilidad de la derecha conservadora hacia el nuevo régimen democrático» (Pérez Díaz, 1990: 171).

También hubo correduría por debajo de las alturas. España, en los años de 1960, contaba con un cierto número de enclaves que vinculaban entre sí a los grupos de la oposición. CC.OO. se aprovechó de los cambios en las prácticas de las relaciones industriales para poner en contacto a trabajadores de distintos sectores y fábricas. Los clérigos más jóvenes aportaron los templos en los que se reunían y se organizaban los activistas contrarios al régimen. Para comienzos de la década de 1970, los clérigos ofrecían las parroquias incluso a los sacerdotes, los estudiantes y los obreros que se manifestaban por el nacionalismo vasco (Payne, 1987: 499, 562-563).

El lugar más importante de la correduría fue uno que el modelo de la negociación entre las élites suele en gran medida ignorar: entre los dos partidos principales de la oposición. Enemigos históricos con recuerdos de atroces luchas cuerpo a cuerpo y traiciones durante la Guerra Civil, el PCE y el Partido Socialista firmaron una serie de pactos a principios de los años de 1970 que les permitieron presentar un frente unido cuando las negociaciones iniciaron la apertura del régimen. Tal cosa, por supuesto, habría sido imposible de no ser por las posturas moderadas de sus bases, pero eso nos dice, simplemente, que los mecanismos del cambio de identidad y de la correduría fueron de la mano a la hora de producir una oposición relativamente unida que se enfrentaba a una coalición del régimen partida por las brechas entre un búnker de línea dura y los proponentes de la liberalización.

Convergencia y radicalización

En la Norteamérica de la anteguerra, según se iban separando el norte y el sur, se producía una polarización dentro de cada una de ambas regiones. En España, la radicalización de los extremos acercó a los grupos moderados del régimen y de la oposición. Existieron razones estratégicas para tal convergencia: los líderes de la oposición recordaban bien los estragos de la Guerra Civil, y el bando que la había ganado. Temiendo un golpe preventivo por parte del búnker, se esforzaron por encontrar fuentes de acuerdo con los sectores moderados del régimen.

Pero la convergencia también fue consecuencia de unos cambios bien asentados y duraderos dentro de la sociedad española. Consideremos, como ejemplo, las alteradas relaciones entre el clericalismo y el voto de derechas, por un lado, y el anticlericalismo y el apoyo a la izquierda. En la historia de España, la cuestión clerical había envenenado las relaciones entre la derecha y la izquierda (Cruz, 1997). Ser de izquierdas significaba virtualmente ser anticlerical, mientras que el apoyo al dominio secular de los valores católicos era condición *sine qua non* del conservadurismo. El grado de religiosidad sigue variando entre la izquierda y la derecha en España, igual que en todos los países católicos (Linz y Montero, 1999: 88). Pero para principios de la década de 1990, como muestra José Ramón Montero, la ocurrencia simultánea de una ideología derecha-izquierda y de un determinado nivel de religiosidad ha disminuido abruptamente (1997: tabla 6).

Pero la convergencia tuvo como contrapartida la radicalización de ambos extremos, el de la izquierda y el de la derecha. Por un lado, según iba progresando la transición, los grupos de derechas en los márgenes del régimen se opusieron a las políticas «permisivas» que permitían la aparición de contiendas. Los datos de Adell Argilés muestran que el 10 por ciento de las manifestaciones y el 24 por ciento de los participantes en las protestas en Madrid por él estudiadas en 1976 eran de grupos de extrema derecha.⁵ Y empezaron a aparecer grupos con nombres tales como Fuerza Nueva y Guerrilleros de Cristo Rey, situados a la derecha del régimen.

Por otra parte, la movilización de la derecha la desencadenó y coincidió con el aumento de la violencia vasca. En abril de 1975, se declaró el estado de excepción en el País Vasco y, en agosto, se aprobó una nueva ley antiterrorista. En septiembre de ese año, fueron ejecutados cinco militantes de ETA y del FRAP. En enero de 1977, diez personas murieron en la «semana negra» de Madrid y, en mayo, seis más fueron asesinadas en una

5. Los datos sobre las protestas de extrema derecha en Madrid nos fueron amablemente facilitados por Ramón Adell Argilés, procedentes de su investigación original.

oleada de violencia en el País Vasco. En 1978 (el año en que se aprobó la Constitución), las muertes que se cobró la violencia extremista ascendieron a 65 (Linz y Stepan, 1996: 99). En 1981, un golpe militar de derechas —provocado por los ultrajes de ETA y por la incapacidad del Gobierno para contenerlos— amenazó la supervivencia de la democracia misma.

Pero en España la radicalización tuvo el efecto opuesto al que tuvo en la Norteamérica de preguerra: generó un «efecto de flancos radicales» que aisló a los extremos, forzó a los sindicatos y partidos de la izquierda a definir sus proyectos como pacíficos y reforzó la colaboración entre los partidos de la oposición y el régimen. Aunque el apoyo a la independencia de Cataluña y el País Vasco aumentó en los inicios de la transición, éste descendió fuertemente con el aumento del terrorismo de ETA y cuando un referéndum creó la base popular para la aprobación de los Estatutos de Autonomía de España (Linz y Stepan, 1996: 103-105; Pérez Díaz, 1990: 198-204). Cada nueva vuelta de tuerca de la lucha armada entre los terroristas de ETA y la policía aumentaba el rechazo entre el público de masas y ayudaba a generar convergencia en torno al centro del espectro político.

En resumen: el cambio estructural creó las bases de una sociedad que era capitalista, laica y pragmática; el cambio de identidad orientó a los españoles hacia Europa y los alejó de su pasado; la correduría creó vínculos dentro la oposición y entre ésta y los sectores moderados de apoyo al régimen; y la radicalización aisló a los extremos en lugar de dividir a la sociedad. Lo que podía haber sido una convulsión revolucionaria acabó pareciéndose a un ciclo de protestas entrelazado con una transacción entre élites.

LA NORTEAMÉRICA DEL SIGLO XIX Y LA ESPAÑA DEL SIGLO XX

Los resultados de ambos episodios no están exentos de ironías. Aunque iniciados en el contexto de un sistema formalmente democrático y visibles principalmente a través de la política institucional, los conflictos políticos norteamericanos de la década de 1850 sobre la tierra gratuita y la esclavitud se unieron a unos procesos de transformación de las identidades y de ampliación de las divisiones presentes en la base de la sociedad norteamericana para dar lugar a una política verdaderamente transgresiva y a una conflagración nacional. Aunque implicó oleadas simultáneas de contiendas laborales, étnicas, religiosas y civiles, la transición española alcanzó sus resultados por medio de unos pactos negociados con el mí-

nimo de disrupción institucional. La violenta tragedia americana, la pacífica transición española: dos situaciones muy diferentes y, en términos tradicionales, incomparables. Pero una atención concertada y comparativa a los mecanismos de la contienda presentes en su seno nos ha ayudado a comprender sus resultados, así como a rebajar los muros que habitualmente separan los análisis de formas nominalmente diferentes de contienda.

La comparación de dos episodios muy diferentes nos ha mostrado cómo el hecho de situar unos mecanismos similares (en este caso, el cambio de identidad, la correeduría, la radicalización y la convergencia) dentro de sus contextos históricos puede contribuir a explicar por qué algunos episodios acaban en una guerra civil o una revolución, mientras que otros toman un rumbo más circunspecto y se parecen más a un ciclo de protestas. Pero nuestro objetivo va más allá de la contextualización. Aunque algunos han interpretado el hundimiento del sistema político de preguerra en Norteamérica como, principalmente, una realineación de partidos (Gienapp, 1987), donde el antiesclavismo era poco más que una cuestión lateral, y otros han visto la transición española como poco más que una «transición por transacción» (Share, 1986), ambos procesos fueron parte de unos episodios más amplios de contienda que vinculaban a las élites con los sectores clave de un público activamente movilizado.

En ambos casos, la política institucional y de las élites eran la prueba visible de unos cambios profundos bajo la superficie. Tales cambios sólo pueden comprenderse si atendemos también a las acciones de los movimientos sociales y de los actores sociales. En ambos casos, lo que se inició como unos movimientos débiles e incipientes de unas minorías coincidió con cambios en las élites y en la política institucional para producir grandes episodios de contienda y, esencialmente, unos nuevos sistemas políticos—inclusivo pero descentralizado, en España, y en los Estados Unidos, un sistema federal sólido más que uno dominado por los estados.

Los resultados a corto plazo variaron respecto a los resultados a largo plazo. En España, el primer estadio después de la muerte de Franco fue una liberalización pactada bajo el liderazgo de elementos asociados al sector más pragmático del viejo régimen. En los Estados Unidos, la primera consecuencia de la Guerra Civil fue el ascenso de los republicanos radicales y una reconstrucción del sur que prometía la igualdad de derechos para los antiguos esclavos. Pero los resultados a largo plazo fueron bastante distintos: la desaparición de la centrista UCD y la consolidación de la democracia en España, bajo el liderazgo de un PSOE antifranquista; la consolidación de un Estado federal más fuerte tras la Reconstrucción por parte de un régimen que devolvió el sur a la hegemonía blanca, aunque sin esclavitud.

Si la transición española la llevaron a efecto las élites con medios mayormente pacíficos, lo que la hizo posible fue un cambio de identidades, la correeduría entre segmentos de la sociedad y una combinación de radicalización de los extremos y convergencia en el centro. Si los Estados Unidos dejaron sin representación en el sur a los afroamericanos, se debió en gran parte a la concentración de la nueva mayoría en el norte y en el oeste en torno a un proyecto dinámico de expansión capitalista (Bensel, 1990). En ambos casos, la transformación de la contienda ocasionó la transformación de los sistemas políticos.

¿QUÉ ESTÁ PASANDO AQUÍ?

Nótese lo que está ocurriendo con esta extravagante comparación de las luchas de los Estados Unidos en el siglo XIX y las transformaciones políticas de la España del siglo XX:

En primer lugar, unos mecanismos causales similares —cambios de identidad, correeduría, radicalización y convergencia— jugaron un papel significativo a la hora de producir unos episodios de contienda muy diferentes.

En segundo lugar, los efectos a gran escala de esos mecanismos dependieron sustancialmente de los escenarios en los que éstos operaron, de la secuencia en que se activaron y de las combinaciones en las que concurieron.

En tercer lugar, su análisis nos ha obligado a romper con las barreras provisionales que erigimos inicialmente entre los actores, la movilización y las trayectorias. El cambio de identidad, por ejemplo, a primera vista parece que sólo concierna a los actores, pero pronto resulta que es un desencadenante de la movilización y que condiciona las trayectorias.

En la segunda parte de este estudio, hemos andado mucho desde nuestro punto de partida en el capítulo 2: con las preguntas sobre la movilización en el movimiento norteamericano por los derechos civiles; con las preguntas sobre las identidades en la Revolución parisina de 1789; y con las preguntas sobre la trayectoria de los conflictos italianos de finales de los años de 1960. Mediante la identificación de paralelismos parciales entre la movilización o la desmovilización en los Mau Mau de Kenia y en la Revolución Amarilla de las Filipinas en el capítulo 4; entre las características de actores, acciones e identidades en el conflicto hindú-musulmán y en el final del apartheid en Sudáfrica en el capítulo 5, y entre las trayectorias del antiesclavismo norteamericano y de la salida de España del régi-

men de Franco en este capítulo, hemos seguido el rastro de unos mecanismos causales idénticos que atraviesan dos tipos diferentes de fronteras: entre episodios, escenarios y tipos de contienda ostensiblemente disimilares, y entre actores, movilización y trayectorias.

Considérense los mecanismos y procesos que hemos resaltado en estos tres capítulos:

- La atribución de amenaza u oportunidad, la apropiación social, la correduría y la certificación en la comparación entre Kenia y las Filipinas.
- La correduría, la formación de categorías, el cambio de objeto y la certificación en la comparación entre el Asia meridional y Sudáfrica.
- El cambio de identidades, la correduría, la radicalización y la convergencia en la comparación entre los Estados Unidos y España.

Las intersecciones son significativas. La correduría explica características destacadas de los seis episodios, mientras que el cambio de identidad, el cambio de objeto, la certificación y la apropiación social forman un haz de mecanismos que interactúan. La mayoría de esos mecanismos están conectados con la radicalización y la convergencia. A pesar de sus etiquetas, ninguno de ellos pertenece exclusivamente a ninguno de los dominios separados —la movilización, las identidades o las trayectorias— con los que dio comienzo la primera parte.

Los tres nuevos mecanismos introducidos en este capítulo (cambio de identidades, radicalización y convergencia) funcionan claramente en una gama mucho más amplia de contiendas políticas que la de las transiciones y regresiones democráticas. Concebido como la transformación de las definiciones compartidas de la frontera que separa a dos actores políticos y de las relaciones entre ambos lados de dicha frontera, el cambio de identidad tiene consecuencias sobre la guerra, sobre la movilización nacionalista, sobre las revoluciones y sobre muchas otras formas de lucha política. Recordemos ahora el cambio de identidades tan rápido y decisivo que se produjo en París en julio de 1789, cuando el régimen francés y sus súbditos negociaban nuevas definiciones de sus relaciones mutuas. Reflexionemos sobre cómo unos nuevos súbditos, que se definían a sí mismos como la nación y que, individualmente, pertenecían a la categoría de ciudadanos, alteraron la política francesa. El cambio de identidad es algo importante.

Igual que, evidentemente, lo es la radicalización —la contradicción creciente entre las reivindicaciones, los programas, las descripciones de uno mismo y las descripciones de los demás a ambos lados de la barrera

que separa a los actores políticos. Durante las primeras fases del ciclo de protestas de la posguerra italiana que examinamos en el capítulo 2, una creciente contradicción separó a los estudiantes y a los trabajadores movilizados de los elementos leales al régimen. También observamos radicalización en Sudáfrica, con los Mau Mau, en la Revolución Amarilla de las Filipinas y en todos los demás lugares. La radicalización, igual que el cambio de identidad, es un mecanismo sólido y de amplio espectro.

Por último, pensemos en la convergencia, donde las contradicciones crecientes en uno o ambos extremos del continuo político llevan a los actores políticos situados entre los extremos a alianzas más próximas. Para los estudiosos de los movimientos sociales, un caso clásico es el que examinamos también en el capítulo 2: el movimiento por los derechos civiles en los Estados Unidos. En éste, el surgimiento de los nacionalistas negros, por un lado, y los segregacionistas intransigentes, por el otro, propició coaliciones entre unos grupos moderados recientemente definidos que, antes de la década de 1960, se oponían vigorosamente entre sí. Las últimas fases del ciclo de protestas de la Italia de posguerra puso también en juego ese desplazamiento de los flancos hacia la radicalización cuando la oposición comunista se sumó a la mayoría gubernamental. En las movilizaciones nacionalistas, por ejemplo, la convergencia suele unir a rivales anteriores que temen una acción destructiva y el descrédito de su causa por parte de otros a los que etiquetan de extremistas. Nuevamente, un mecanismo que hemos discernido en un par concreto de episodios resulta que opera en una amplia variedad de contiendas políticas.

Comparado con el punto de partida de este libro, ahora incluimos dicho reconocimiento por adelantado. La agenda clásica del proceso político para la explicación de los movimientos sociales presentaba unas casillas etiquetadas como cambio social, estructuras de movilización, procesos de enmarcamiento, oportunidades políticas, repertorios y surgimiento del movimiento. Unas flechas sin etiquetar conectaban las casillas. En realidad, hemos puesto tales flechas al microscopio para observar qué sucede dentro de ellas. Lo que allí encontramos son mecanismos y procesos cognitivos, relacionales y ambientales.

El examen de los mecanismos y procesos que hemos desarrollado en la segunda parte de este estudio nos ha ayudado a superar tres inconvenientes frecuentemente criticados de la agenda estándar identificada en la primera parte: su carácter estático, su pobre representación de la interacción entre los actores y su reducción de una experiencia compleja al enmarcamiento y el cálculo estratégico. También nos ha reportado la ventaja adicional de escapar de la compartimentación en movimientos sociales, revoluciones, democratizaciones y demás formas de contienda como fenómenos *sui generis* con literaturas separadas y diferentes reglas de ba-

se. Al hacer tal cosa, fortalece la resistencia a la seducción de las reglas generales y los modelos generales: cómo funciona el movimiento social ideal; cómo funciona la revolución ideal, etcétera. Sean cuales sean sus propios puntos débiles, este enfoque de mecanismos, procesos y episodios nos lleva inexorablemente a la observación de la interacción dinámica y contingente entre actores sometidos ellos mismos a una continua creación y transformación. Ésa es la tarea de la tercera parte.

TERCERA PARTE

APLICACIONES Y CONCLUSIONES

7

Las trayectorias revolucionarias

ES HORA DE QUE SOMETAMOS EL ENFOQUE DESARROLLADO EN LA SEGUNDA parte a una prueba más dura. Allí nos propusimos mostrar que es posible identificar mecanismos similares en episodios disimilares y que éstos se pueden utilizar para clarificar las conexiones causales internas de dichos episodios. Ahora nos preguntamos si los tipos de mecanismos que desvelamos dentro de esos episodios pueden arrojar luz sobre los procesos complejos que otros han agrupado bajo los rótulos de «revoluciones», «nacionalismo» y «democratización». Veremos que así es. Para desarrollar nuestra argumentación, pasaremos de comparar episodios a comparar éstos con transformaciones más vastas que normalmente sólo se comparan entre sí. El capítulo 7 compara los procesos revolucionarios de Nicaragua y de China a finales del siglo XX y sus éxitos y fracasos. El capítulo 8 compara la integración y la desintegración de estados en la Italia del siglo XIX y su contrapartida en la Unión Soviética del siglo XX. El capítulo 9 cierra la trilogía con la comparación de los procesos de democratización (y, a veces, de desdemocratización) de la Suiza del siglo XIX y de México en el siglo XX. En el capítulo 10, nos ocuparemos de algunas preguntas que quedan por responder y probaremos aún más la solidez de nuestro enfoque con la aplicación de algunas combinaciones de los mecanismos que identificamos a partir de un conjunto de casos a otros de los casos de nuestro repertorio, así como a tres episodios enteramente nuevos.

ENTRE LOS ORÍGENES Y LOS RESULTADOS EN EL ESTUDIO COMPARATIVO DE LA REVOLUCIÓN

En un influyente ensayo, Jack Goldstone presentaba una descripción de las dos primeras generaciones de estudios de la revolución: la primera se centraba en las «historias naturales» de la revolución, y la segunda en la «tensión estructural» (Goldstone, 1980). En la primera generación, los académicos describían las trayectorias de las revoluciones siguiendo unos estadios rígidos, mientras que en la segunda no se prestaba atención alguna al proceso, y los orígenes de las revoluciones se deducían directamente de las tensiones sociales subyacentes. Goldstone pasa a describir después lo que él denomina la «tercera generación» de teorías en el estudio de las revoluciones: un enfoque comparativo que resalta el papel de los factores estructurales en los orígenes de la revolución. Entre los factores más importantes de esa tradición se encontraban unos cambios políticos, económicos y demográficos amplios que socavaban la estabilidad de los regímenes establecidos (Goldstone, 1991; Skocpol, 1979).

Aún hoy en día es una cuestión abierta si el mejor modo de describir las escuelas teóricas recientes es a modo de «generaciones» (después de todo, el «enfoque estructural» de la revolución se remonta a muchas generaciones atrás, hasta la obra de Marx y Engels). Pero el ensayo de Goldstone captaba un cambio claro en la orientación de los estudiosos de las revoluciones, a la vez que contribuía a dicho cambio. Se trata de un enfoque explícitamente comparativo, que busca bajo la superficie de los acontecimientos las causas subyacentes de la revolución; sus raíces son internacionales, y va más allá de los orígenes para examinar también los resultados revolucionarios. De hecho, era un tipo particular de resultados el que interesaba tanto a Goldstone como a Skocpol: la revolución social.

Esa tercera generación de estudios revolucionarios alcanzó numerosos logros, pero también dejó pendientes otros muchos. Para empezar, el molde estructuralista que lo caracterizaba dejaba poco espacio a los actores para perseguir sus sueños, forjar alianzas, aprender los unos de los otros y cometer errores. Como reflejo del giro cultural de las dos últimas décadas, una «cuarta generación» de académicos concede mayor atención al papel de la agencia humana y de la construcción cultural en el surgimiento de la revolución.¹

1. Entre las personas que resaltan la necesidad de prestar atención a tales componentes se encuentran Foran (1993), Goodwin (1994), Keddie (1995), Selbin (1993), Sewell (1985) y Wasserstrom (1995).

La atención que hemos prestado a factores tales como la atribución de amenaza y oportunidad, la apropiación social y el cambio de identidades en los capítulos anteriores hace evidente nuestra simpatía por ese último giro. Pero esa cuarta generación compartió algunos de los problemas de la tercera. Al limitar su atención a las grandes revoluciones sociales, ambas pasaban por alto los factores que distinguen a las revoluciones sociales de otras revoluciones triunfantes, y no acertaban a examinar los mecanismos transformadores que producen resultados revolucionarios a partir de situaciones revolucionarias. Tal y como señala Goldstone en un artículo más reciente, las revoluciones triunfantes no son un género aparte, sino que comparten características con los movimientos sociales, las revoluciones fracasadas y los ciclos de protesta (1998).

Esta concepción truncada del tema central de los estudios revolucionarios tuvo dos efectos negativos. En primer lugar, limitó el número de investigaciones sistemáticas de cómo las situaciones revolucionarias evolucionan hasta producir resultados revolucionarios. En segundo lugar, mezcló los orígenes revolucionarios con las trayectorias. Una explicación teórica completa de las revoluciones requiere responder a tres preguntas progresivas:

1. ¿En qué condiciones y mediante qué procesos surgen unos contendientes viables del poder estatal?
2. ¿En qué condiciones y mediante qué procesos consiguen dichos contendientes desplazar al régimen implicado?
3. ¿En qué condiciones y mediante qué procesos la lucha sostenida por el control de un nuevo estado produce como resultado una revolución social?

Sólo la primera de esas preguntas puede examinarse analizando los orígenes de las revoluciones. Para responderla, además, haría falta contar con una muestra representativa de situaciones revolucionarias, y no meramente con las que acabaron triunfando. Las preguntas 2 y 3 sólo pueden examinarse mediante una atención sistemática a las trayectorias, es decir, a lo que ocurre *después* de que se presente una situación revolucionaria. Además, requieren muestras de episodios muy diferentes: la primera, una muestra de situaciones revolucionarias (con sólo algunas de ellas triunfantes), y la pregunta 3, una muestra de resultados revolucionarios (sólo algunos de los cuales representen una revolución social). Este capítulo ignora la primera pregunta para centrarse en las trayectorias de una revolución triunfante y una fracasada, y concentra su atención en los procesos que condicionaron el destino de los contendientes revolucionarios.

No nos faltan ayudas para seguir tal programa. Los pocos estudios sistemáticos que se ocupan de la cuestión de los resultados revolucionarios dentro de todo un catálogo de situaciones revolucionarias nos acaban contando una historia similar: tanto *Guerillas and Revolution in Latin America* (1992), de Wickham-Crowley, como *European Revolutions, 1492-1992* (1993), de Charles Tilly, muestran que son pocos los casos de revoluciones triunfantes de entre toda una vasta muestra de situaciones revolucionarias. De los once casos revolucionarios latinoamericanos de Wickham-Crowley, sólo en dos se alcanzaron unos resultados revolucionarios. De los 709 casos de la historia europea de Tilly, sólo una veintena de ellos llegaron a tener éxito (y, si nos concentráramos en la pregunta 3, veríamos que la proporción de revoluciones que produjeron una transformación social es aún menor). Algo debe ocurrir —no en los orígenes o en las condiciones estructurales, sino en las trayectorias de las contiendas— para que haya tan pocos éxitos de entre tantas situaciones revolucionarias.

Cuando nos ocupamos de las trayectorias, ni la insistencia de los estructuralistas en los orígenes ni la de los culturalistas en la agencia nos llevan demasiado lejos, porque ninguna de ambas se ocupa de las interacciones cruciales que se producen dentro de la contienda política y que dan como resultado nuevas alineaciones, nuevas identidades y el hundimiento de regímenes opresivos. Por ahora, no será sorprendente que creamos que lo que ocurre dentro de una trayectoria revolucionaria se puede entender mejor como resultado de la intersección de un cierto número de mecanismos causales. No ofrecemos una explicación sistemática de todos esos mecanismos ni de su interacción en toda una muestra de situaciones revolucionarias. En lugar de eso, usamos la comparación del par que forman la revolución nicaragüense de 1979 y la rebelión estudiantil china en 1989 para apuntar a un proceso en particular: la desertión de elementos significativos de una coalición de gobierno dominante. Definimos este proceso de desertión del régimen como «un proceso sostenido mediante el cual elementos significativos de una coalición gobernante previamente estable se alinean con los programas de actuación de grupos revolucionarios u otros grupos de oposición».

Nos interesan particularmente las desertiones del régimen que ligan a los aliados del régimen a unos grupos de oposición de base amplia. Tales grupos, aunque no sólo ellos, parecen ser los más implicados en las revoluciones triunfantes. Como veremos, en Nicaragua apareció una coalición de ese tipo a lo largo de una década de política revolucionaria, pero ésta estuvo ausente en China, a pesar de la tradición del Estado chino de partido único de utilizar regularmente la contienda popular para alcanzar sus objetivos políticos. No reseguiremos todos los elementos presentes en la prolongada lucha entre el régimen de Anastasio Somoza Debayle y el

Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), ni tampoco en la derrota de la insurrección estudiantil en China en 1989. Por el contrario, nos limitaremos a subrayar cómo funcionaron o dejaron de funcionar algunos mecanismos clave de desertión del régimen, para resaltar el papel de los acontecimientos contingentes en cada episodio y describir el giro revolucionario, en uno de los casos, y el revés revolucionario, en el otro. Nuestro objetivo es resaltar el proceso que dio lugar a unos resultados tan distintos.

LA TRAYECTORIA DE LA REVOLUCIÓN DE NICARAGUA

El derrocamiento en 1979 del régimen de Somoza puso fin a casi cinco décadas de gobierno brutal y corrupto de la familia Somoza. También marcó la entrada en un periodo de significativa democratización, ya que los sandinistas pretendían —con éxito, en última instancia— compartir el poder con los elementos moderados de la oposición a Somoza con los que habían formado una frágil coalición revolucionaria. Pero si los sandinistas estuvieron poco tiempo en el poder, no fue así con las reformas democráticas por ellos instituidas. A pesar de todas las desgracias (incluidos los efectos devastadores del huracán Mitch), la nicaragüense es hoy una sociedad muy distinta y mucho más democrática de lo que era bajo el gobierno de los Somoza. Si el cambio de régimen de 1979 no cumple los requisitos de una auténtica gran revolución o revolución social, sin embargo sí que debe considerarse que sus resultados fueron significativamente revolucionarios. Nuestra tarea en esta sección es buscar en la historia de la revolución unos procesos y mecanismos dinámicos que contribuyan a dar cuenta de cómo evolucionó una situación revolucionaria considerablemente típica en el contexto de finales del siglo XX en América Latina hasta dar lugar a una exitosa y significativa transferencia del poder del estado.

Primero, debemos establecer en qué momento Nicaragua entró en una situación revolucionaria. Definimos una situación revolucionaria como aquella que implica tres elementos (Tilly, 1993: 10):

- Aparición de contendientes, o coaliciones de contendientes, que presentan unas reivindicaciones de competencia exclusiva para el control del estado o de algún segmento de éste.
- Compromiso con tales reivindicaciones de un segmento significativo de la ciudadanía.

- Incapacidad o reticencia por parte de los gobernantes para suprimir la coalición alternativa y/o compromiso con sus reivindicaciones.

Aunque la aplicación de esta definición exige, evidentemente, mayores especificaciones (p. ej., ¿qué constituye «un segmento significativo de la ciudadanía»?), parece claro que para 1970 el FSLN había movilizado el suficiente apoyo popular y se había mostrado suficientemente resistente a las campañas de represión de la Guardia Nacional como para satisfacer los tres criterios (Black, 1981; Booth, 1982; Christian, 1986; Farhi, 1990; Parsa, 1999; Vilas, 1986; Wickham-Crowley, 1992). Así pues, Nicaragua puede caracterizarse como un país en situación revolucionaria durante toda la década de 1970. Pero, tal y como deja claro el trabajo comparativo de Wickham-Crowley, Nicaragua no estaba exactamente sola en esa situación entre los países de América Latina. Según dicho trabajo, Latinoamérica generó otras diez situaciones revolucionarias tan sólo en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial. Pero sólo en uno de esos diez casos —Cuba— el proceso de la contienda revolucionaria dio lugar a la transferencia con éxito del poder del estado. Igual que en el caso de Cuba, Nicaragua es la excepción, más que la regla.

¿Cómo dar cuenta de dicha excepción? El proceso de desertión del régimen ocupa un lugar prominente, no sólo en la mayoría de explicaciones empíricas de esa revolución (véase Black, 1981; Booth, 1982; Christian, 1986; Foran, 1990; Parsa, 1995; Selbin, 1993), sino también en análisis comparativos más generales que distinguen las trayectorias de las revoluciones triunfantes de las de las revoluciones fracasadas (Dix, 1984; Midlarsky y Roberts, 1985; Russell, 1974; Wickham-Crowley, 1989, 1992). Como consecuencia, para 1979 Somoza se enfrentaba a un amplio movimiento de oposición compuesto no sólo de los elementos de la izquierda tradicional —estudiantes, sindicatos, campesinos y el FSLN, en la vanguardia—, sino también de la jerarquía católica del país, la corriente principal de la prensa y gran parte de las élites empresariales. Entre los actores institucionales clave que aparecen típicamente en los dramas revolucionarios, sólo los militares permanecieron sustancialmente leales al *somozismo*.

Queremos identificar los mecanismos clave implicados en ese proceso. Tres son los mecanismos que parecen especialmente significativos. Éstos son *el infringimiento de los intereses de la élite, la imposición repentina de agravios y la descertificación*. No contemplamos tales mecanismos ni como los únicos acontecimientos clave en Nicaragua, ni como la piedra de Rosetta para descodificar todos los resultados revolucionarios, cosa que resultaría aún más arriesgada. Sólo afirmamos que desempeñaron un papel importante a la hora de desencadenar el crítico proceso de la desertión

del régimen. También operaron otros mecanismos que tuvieron sus consecuencias, algunos de los cuales los mencionaremos de paso. Creemos que nuestra tarea requiere retroceder un paso desde la «deserción del régimen» para preguntar: ¿qué mezclas distintas de mecanismos dieron forma a dicho proceso y con qué efectos consiguientes?

MECANISMOS DE LA CONTIENDA REVOLUCIONARIA

Si en 1970 el FSLN representaba la presencia de una alternativa revolucionaria viable en Nicaragua, eso sucedía sin que éste contara con la ayuda de aliados significativos entre las élites. Aunque ya se habían extendido hasta superar con mucho sus humildes inicios a principios de los años de 1960, los sandinistas todavía eran poco más que la vanguardia de una pequeña colección de los grupos sociales más desaventajados de Nicaragua. Además, hacia finales de la década de 1970, la remota región centro-norte del país seguía siendo el único bastión real del movimiento. Y aún más importante, el FSLN sólo atraía a un número limitado de seguidores entre los estudiantes, los sindicatos radicales y los pobres de las ciudades. Sin embargo, para 1977 los sandinistas se habían convertido en la indiscutida punta de lanza revolucionaria de una amplia coalición de oposición que incluía a representantes de la mayoría de instituciones de las élites del país. ¿Cómo pudo suceder algo así en unos escasos cinco o seis años cuando el grueso de los movimientos guerrilleros latinoamericanos estaba fracasando?

La literatura existente sobre Nicaragua sugiere que la mayor parte de la responsabilidad de la deserción a gran escala de elementos de las élites a favor de la causa revolucionaria la tienen las prácticas y las actuaciones rutinarias de Somoza y sus agentes. Así pues, nuestra interpretación del desarrollo del episodio durante la crucial década de 1970 se hace eco de las dos generalizaciones que ofrece Jeff Goodwin en el inventario de estudios de revoluciones que presenta en su artículo. Goodwin escribe:

En primer lugar, la mayoría de esos estudios demuestran que las prácticas represivas o disruptivas del estado, incluidas aquellas supuestamente bienintencionadas, pueden acarrear la consecuencia no buscada tanto de concentrar o fundir unos agravios populares dispares, como de concentrarlos en el estado mismo (...). En segundo lugar, todos los estudios que hemos examinado más arriba sugieren que hay un tipo de régimen autoritario especialmente vulnerable no sólo

a la formación de movimientos revolucionarios fuertes, sino también al derrocamiento, de hecho, por parte de dichos movimientos; a saber: las dictaduras personalistas autónomas, corruptas y represivas (...) Al alienar a las élites y a las capas medias tanto como a las clases populares, [concluye,] tales dictaduras se convierten en blanco de unos amplios movimientos de protesta multiclasistas (1994: 757-758).

Y eso es lo que sucedió en Nicaragua. Dos de los tres mecanismos que describimos más abajo se centran en los efectos de las acciones de Somoza a la hora de llevar a las élites y los estratos medios de Nicaragua a una incómoda asociación revolucionaria con los sandinistas.

EL INFRINGIMIENTO DE LOS INTERESES DE LAS ÉLITES

Casi todos los regímenes duraderos hunden sus raíces en unas coaliciones relativamente amplias de actores de élite, una alianza que se sostiene gracias al reconocimiento y apoyo mutuo en relación a los respectivos intereses. Eso parece que es cierto incluso en el caso del régimen de Somoza, al menos hasta un cierto punto. Black escribe:

Desde sus primeros días, el poder de Somoza había descansado sobre la habilidad de la familia para conseguir el dominio dentro de la clase dirigente, para después alcanzar acuerdos mutuamente beneficiosos —pactos políticos, por un lado, y alianzas comerciales, por otro— con los restantes sectores burgueses. Aceptadas esas reglas, la burguesía se agrupó en el BANIC y el BANAMERICA [dos amplias redes comerciales] y prosperó. Con su consolidación, aumentó la necesidad que se tenía de Somoza. Se hizo el reparto del negocio agrícola, del comercio y de la industria, y cada grupo disfrutaba de un determinado coto. El crudo control monopolista que ejercían sobre la masa del pueblo nicaragüense ocasionó un conflicto de clases cada vez más violento y, para reprimirlo, una burguesía unida dependía cada vez más de Somoza (1981: 62-63).

Salvo por el caso de Costa Rica, en su perfil básico la economía política nicaragüense en poco se diferenciaba de la de los demás países centroamericanos, la mayoría de los cuales experimentaron movimientos revolucionarios del mismo tipo que los de Nicaragua, aunque sobrevivieron a ellos (Paige, 1997; Yashar, 1997). Hay una implicación clara: las graves disparidades entre clases, junto a la explotación económica, es posible que ayuden a desencadenar situaciones revolucionarias, pero no son suficientes

por sí mismas para producir resultados revolucionarios. Para que eso ocurra, los intereses materiales/políticos de segmentos de la coalición dominante del régimen tienen que verse seriamente comprometidos.

Según todas las explicaciones, la ruptura definitiva se produjo después del gran terremoto que arrasó la capital, Managua, el 23 de diciembre de 1972 (Black, 1981; Booth, 1982; Christian, 1986). Somoza mismo describió el terremoto como una «revolución de las posibilidades». Ciertamente, sabía de lo que estaba hablando. Explotó tales posibilidades con una codicia poco disimulada, reservándose los diversos mercados generados por la reconstrucción de Managua y negándoles a todos cualquier participación en ella, excepto a unos pocos amigos de confianza. El clan Somoza acabó ejerciendo un control monopolista sobre la demolición, la especulación inmobiliaria, las obras viarias y la construcción de nuevos hogares y edificios comerciales, éstos últimos vendidos a cuatro o cinco veces su valor original. La avaricia personal de Somoza y sus reticencias a la hora de compartir las inesperadas ganancias generadas por la crisis provocaron otra crisis de consecuencias todavía mayores. Black escribe:

De un día para otro, los patrones de control económico y la relación de Somoza con la burguesía quedaron transformados [...] Las secuelas del terremoto también introdujeron una nueva frase en el vocabulario de la oposición burguesa: *competencia desleal*.² Se habían violado las reglas del juego y, con éstas, el frágil consenso que mantenía unido el Estado dictatorial (1981: 59-61).

Las primeras fisuras en la alianza gobernante se produjeron casi inmediatamente después del terremoto, pero no fueron claramente visibles hasta comienzos del año 1973. Para entonces, las dos principales organizaciones que representaban los intereses de la élite empresarial habían adoptado una fuerte postura política de oposición al régimen. Ambas organizaciones, el Consejo Superior de la Iniciativa Privada (COSIP y, más tarde, COSEP) y el Instituto Nicaragüense de Desarrollo (INDE), se distanciaron aún más de Somoza en 1974 mediante el copatrocinio de una convención de la élite económica nicaragüense en la que se exigía el fin de la corrupción gubernamental y se hacía un llamamiento a la reforma para ayudar a las «grandes mayorías de desposeídos». Ese mismo año, apareció una tercera gran organización, la UDEL, que pronto se estableció como una oposición aún más fuerte que el COSIP o el INDE. Resultado de la unión de diversos grupos políticos y sindicales, la estridencia de la UDEL era atribuible tanto a su independencia respecto a los intereses económicos de la élite como a la visibilidad y el carisma de su fundador y líder nominal, Pedro

2. En español en el original. [T.]

Joaquín Chamorro, editor de *La Prensa* y una de las muy pocas figuras públicas que merecía un cierto grado de visibilidad nacional y de respeto.

Pero a pesar de la clara brecha que se había creado entre el régimen y elementos clave de la clase gobernante tradicional, ninguna de esas organizaciones estaba preparada para hacer un llamamiento a la revolución. Ciertamente, ninguna de ellas veía al FSLN como un aliado. Pero tres años más de notables ultrajes de manos del régimen, incluida la imposición de Somoza de un tipo particularmente salvaje de ley marcial en diciembre de 1974, hizo que los oponentes de las élites viraran hacia la izquierda. Para 1977, el tercer año del «estado de sitio» de Somoza, la brecha entre el régimen y sus antiguos aliados de las élites se había convertido en un cisma. Con la imposición de nuevos impuestos sobre los negocios y la supresión de todo un conjunto de exenciones fiscales ese mismo año, el cisma se volvió aún más ancho. Tal y como escribe Booth:

La mayoría de los intereses comerciales seguían prefiriendo una reforma de la «unidad nacional» que se deshiciera de Somoza pero que mantuviera intacta la estructura política básica —incluidos la Guardia Nacional y el PLN [...] Un grupo clave de capitalistas nicaragüenses contribuyó a ampliar la coalición revolucionaria y estableció [...] vínculos comerciales con el FSLN. Entre ellos se encontraban el industrial Emilio Baltodano Pallais, el empresario y abogado Dr. Joaquín Chamorro, el magnate de los supermercados Felipe Mántica y el banquero internacional Arturo Cruz Porras. Sus contactos con el FSLN y su aval de tal organización a mediados de 1977 llevaron supuestamente a los líderes de la guerrilla a proponerlos, junto con otras ocho personas, para ocupar puestos en el gabinete de un gobierno revolucionario. Este «Grupo de los Doce», descubierto en 1977, huyó de Nicaragua por razones de seguridad. Desde el exilio, comenzaron a confabular en contra de la ayuda internacional a Somoza y a organizar la coalición antisomozista dentro de Nicaragua (1982: 102).

La desertión de Los Doce provocó una escalada en la polarización de la clase gobernante tradicional de Nicaragua. El asesinato de Pedro Joaquín Chamorro el 10 de enero de 1978 marcó un punto sin retorno para gran parte de la burguesía. Después de haberse abstenido de la acción directa hasta ese momento, el COSIP, el INDE y todo un conjunto de otras organizaciones del sector privado asumieron un papel activo en una sucesión de huelgas y cierres de empresas a escala nacional diseñados para protestar por el asesinato de Chamorro tanto como para forzar a Somoza a abandonar el cargo. Durante los últimos dieciséis meses de su régimen, Somoza sintió todo el peso y la diversidad de la desertión de las élites de Nicaragua. De hecho, con la mayoría de sus antiguas élites alineadas en contra de él, sólo mediante la represión pudo sobrevivir en el cargo tanto tiempo como lo hizo.

LA IMPOSICIÓN REPENTINA DE AGRAVIOS

En un influyente artículo de 1983, Edward Walsh y Rex Warland introdujeron en la investigación de los movimientos sociales el concepto de «agravios impuestos repentinamente». El acontecimiento específico al que ellos aplicaron el concepto fue el accidente en la planta nuclear de Three Mile Island. Pero presentían que el accidente no era sino un ejemplo de algo más general: los acontecimientos singulares que dramatizan y resaltan la importancia política de ciertas cuestiones en particular (en su caso, los peligros de la energía nuclear). Otros ejemplos también mencionados por los autores comparten con el accidente de Three Mile Island un cierto carácter de «intervención divina»: los acontecimientos no son fruto de una actuación humana voluntaria. Pero parece razonable ampliar el concepto para incluir en él acciones voluntarias que movilizan a la oposición mediante la misma mezcla de alarma y ultraje que señalan Walsh y Warland en relación con Three Mile Island.

Tal tipo de actuaciones ocuparon un lugar prominente en Nicaragua. Debemos contarlas como otro de los mecanismos importantes que facilitaron las deserciones del régimen, tan cruciales para los resultados revolucionarios que allí se alcanzaron. Igual que sucedía en el caso del infrin-gimiento de los intereses de las élites, fueron Somoza y sus agentes los responsables (o se los creyó responsables) de la serie de «celebradas» atrocidades que ayudaron a dramatizar y hacer más notable la opresión y la naturaleza arbitraria de su mandato.

Ninguno de esos agravios repentinamente impuestos tuvo mayores consecuencias que el asesinato del editor de *La Prensa*, Pedro Joaquín Chamorro, que potenció la oposición popular y de las élites al régimen. La respuesta popular al crimen fue inmediata. Pocas horas después del asesinato, unos 50.000 manifestantes, de duelo, se concentraron a las puertas de la casa de Chamorro. Dos días después, durante la procesión del funeral, una muchedumbre indignada de unas 30.000 personas quemó Plasmafersis y otros negocios de Somoza. Y aún más importante, tal y como explica Paige:

El asesinato de Chamorro supuso un punto crítico de inflexión para la burguesía nicaragüense. Chamorro había estado en el centro de una densa red de familias conservadoras de Granada y era un símbolo nacional de la oposición a Somoza. Su muerte fue el indicador para muchos miembros de la burguesía de que nadie estaba a salvo (1997: 38).

La expresión organizada de esta oposición más amplia y más militante de la élite fue la huelga general empresarial lanzada el 24 de enero de 1978.

Incluso el Partido Conservador, socio oficial del Gobierno liderado por Somoza, manifestó su oposición a un régimen del que él mismo era parte e instigó a sus miembros a boicotear las elecciones municipales rutinarias que se celebraban en febrero de ese mismo año.

El contexto, las circunstancias y el impacto final de ese acontecimiento se parecen a los que caracterizaron a otro asesinato que discutimos en el capítulo 4: la muerte de Benigno Aquino en las Filipinas. En el caso de Nicaragua, las pruebas sugieren que el asesinato fue ordenado por los propietarios de la empresa Plasmaferis en venganza por la denuncia en *La Prensa* de las exportaciones de plasma sanguíneo de la compañía, un bien escaso en el país. Uno de los propietarios de la empresa, Anastasio Somoza Portocarrero, era hijo de Somoza y, con toda probabilidad, el heredero de la dinastía política familiar. El efecto inmediato de los dos crímenes sobre la movilización de la oposición popular y de la élite en ambos regímenes sugiere un sólido nexo causal entre una determinada forma de agravio repentinamente impuesto y el proceso de deserción del régimen.

Pero, a pesar de toda la significación, en términos de clímax, del asesinato de Chamorro y de sus secuelas, dicho acontecimiento no fue el único ejemplo de agravios impuestos repentinamente durante el desarrollo del proceso revolucionario. Vemos aquí otra similitud y una diferencia entre los acontecimientos de las Filipinas y los de Nicaragua. La similitud es que, en ambos casos, el proceso de formación de una coalición interclasiista estuvo salpicado por toda una sucesión de actuaciones del régimen mal concebidas y, en gran parte, fue alimentado por éstas. La diferencia está en que, en las Filipinas, la serie de ultrajes se inició con el asesinato, mientras que en Nicaragua el crimen llegó casi al final de este proceso de ultrajes salteados. En particular, fueron varias las acciones catalizadoras que sirvieron de puntos de referencia en la marea de sublevación revolucionaria que sumió a las élites tradicionales de Nicaragua.

La más importante de esas acciones fue la supresión por parte de Somoza de las libertades políticas y de prensa durante el estado de sitio de 33 meses impuesto por el régimen. Para entender la importancia de las acciones de Somoza, vale la pena recordar que una mayoría de la burguesía nicaragüense probablemente había apoyado la ley marcial cuando ésta fue declarada a finales de diciembre de 1974. Porque la declaración se produjo en medio de un acontecimiento que sacudió fuertemente a la élite nicaragüense, aunque fortaleció el apoyo popular al FSLN. El acontecimiento en cuestión fue el exitoso ataque por sorpresa de los sandinistas el 27 de diciembre de 1974 a una fiesta de vacaciones celebrada por el ministro de agricultura de Somoza, José María Castillo.

El ataque les reportó a los comandos sandinistas una impresionante colección de rehenes de las altas esferas del régimen, de círculos diplomá-

ticos extranjeros, de la familia Somoza y de la sociedad nicaragüense en general. También les proporcionó un foro internacional ante el que presentar sus opiniones y, al final, un sorprendente triunfo revolucionario cuando Somoza accedió a todas sus demandas, incluidos un aumento salarial para un amplio espectro de trabajadores (también de su propia Guardia Nacional), la liberación de varios prisioneros clave, un rescate de 2 millones de dólares y el transporte seguro hasta Cuba. Las multitudes que aclamaron a los comandos del FSLN cuando éstos eran transportados al aeropuerto subrayaban la profunda humillación que se había cernido sobre Somoza a raíz del ataque.

A una gran parte de la burguesía nicaragüense, el ataque no tanto los humilló como les infundió miedo. Hasta entonces, la insurrección en el norte había sido una preocupación lejana. Aunque la oposición a los excesos de Somoza había ido en aumento dentro de sus filas, las élites aún apoyaban al régimen en su guerra contra los sandinistas. Pero si el miedo al FSLN hizo que muchos nicaragüenses acaudalados apoyaran en inicio la declaración de la ley marcial, el uso manifiesto que hizo Somoza del estado de sitio para hacer la guerra, no sólo contra los rebeldes campesinos del norte, sino también contra los líderes moderados de la oposición, radicalizó rápidamente a muchos de sus seguidores. Las intenciones del dictador quedaron claras con el encarcelamiento arbitrario de diversos líderes del UDEL, las restricciones punitivas a los sindicatos nacionales y la imposición de una censura total de prensa. Al fin, el ataque, junto a la declaración de la ley marcial que se produjo como consecuencia, «agravó la crisis política de la burguesía nicaragüense. Delineó más claramente que nunca cuáles serían los sectores [...] que, en última instancia, se mantendrían junto al dictador y cuáles los grupos burgueses cuya oposición se volvería cada vez más abierta» (Black, 1981: 88). En lugar de utilizar los temores generados por el ataque para frenar la ola de desertiones entre las élites, la reacción indiferenciada de Somoza condujo a sus oponentes entre las élites a abrazar con más fuerza, aunque a regañadientes, al FSLN.

LA DESCERTIFICACIÓN

Hasta aquí, hemos recalcado el papel de Somoza y de sus agentes a la hora de animar inconscientemente a las élites a una desertión que creemos que fue clave para generar los resultados revolucionarios que se produjeron en Nicaragua. Pero, por si pudiera parecer que nosotros sostenemos que las actuaciones del estado dan forma por sí solas a la trayectoria de

una revolución, examinaremos un mecanismo que sitúa a un grupo muy distinto de actores —lo que llamaremos «agentes certificadores»— en el centro de la acción. La *certificación* la definimos en el capítulo 5 como la validación de los actores, sus actuaciones y sus reivindicaciones por autoridades externas. Por *descertificación* entendemos la retirada de tal validación por parte determinados agentes certificadores clave. Sin el apoyo de grupos prominentes de la élite, ni siquiera el dictador más despiadado sobrevivirá mucho tiempo.

Los regímenes también se hallan ubicados en una estructura de validación secundaria; una estructura que los vincula al sistema internacional de estados-nación por medio de sus relaciones con otros regímenes y cuerpos transnacionales. Tal y como vimos en el capítulo 4 para el caso de la Revolución Amarilla, la retirada del apoyo de otros estados significativos tiene normalmente un efecto tanto directo como indirecto sobre la estabilidad del régimen. Los efectos directos van desde la retirada de apoyo financiero o militar básico hasta la imposición de severas sanciones económicas, la ayuda a los insurgentes o la intervención militar de estados extranjeros. Los efectos indirectos se centran en el impacto que la retirada del apoyo extranjero tiene sobre los actores domésticos clave. La descertificación suele animar a los insurgentes a incrementar sus operaciones contra el régimen, o suele hacer que grupos de las élites que antes le prestaban su apoyo abandonen a un régimen que ahora ven como irremparablemente dañado. En el caso de Nicaragua, son claramente visibles ambos tipos de efectos.

Con el tiempo, las actuaciones de cinco países desestabilizaron y descertificaron eficazmente el régimen de Somoza. Los cinco países son: Costa Rica, Venezuela, Panamá, México y, especialmente, los Estados Unidos. Por su parte, los Estados Unidos, con el presidente Carter, emprendieron diversas acciones que incitaron claramente al proceso revolucionario. Entre dichas acciones, la que llamó más la atención fue la drástica reducción de la ayuda norteamericana a Somoza después del ascenso de Carter al cargo en 1977. Como reflejo de los esfuerzos del presidente por vincular la ayuda extranjera a las prácticas de los derechos humanos, la ayuda económica de los Estados Unidos a Nicaragua se redujo en un 75 por ciento entre 1974-1976 y 1977-1978 (Atkins, 1977; Servicio de Investigación del Congreso, 1979). La ayuda miliar se redujo en un 43 por ciento en el mismo periodo.

Esas reducciones tuvieron efectos tanto directos como indirectos sobre la estabilidad del régimen. El efecto directo de la política de derechos humanos «fue la reducción de los recursos de la Guardia Nacional y la disminución de la capacidad militar del régimen» (Booth, 1982: 129). Los efectos indirectos fueron quizás más importantes. La drástica reducción de la ayuda económica redujo simultáneamente los subsidios del Estado a

varios sectores clave, a la vez que desencadenó un significativo éxodo de inversores extranjeros de la economía nicaragüense. El efecto neto de esa evolución consistió en exacerbar un mecanismo —el infringimiento de los intereses de las élites— que ya hemos discutido anteriormente.

La fisura abierta entre los Estados Unidos y Somoza animó a los sandinistas. En palabras de Booth (1982: 129): «Los rebeldes, mientras tanto, temían cada vez menos tener que enfrentarse a los Estados Unidos en los combates y se volvieron cada vez más audaces, mientras el edificio político de la dictadura se iba desmoronando.» Pero, justo en el momento en que los insurgentes se estaban volviendo más activos, una segunda acción de los Estados Unidos debilitó la capacidad del régimen para plantarles cara. Presionado por Carter, Somoza acordó en septiembre de 1977 levantar el estado de sitio, que ya duraba 33 meses y que había sido impuesto durante el ataque a la residencia de Castillo. Desde un punto de vista estrictamente estratégico, la decisión fue claramente un error. A pesar de sus efectos corrosivos sobre el apoyo doméstico al régimen, el estado de sitio sí que había sido eficaz, de hecho, para limitar la actividad de los rebeldes. Al levantar la represión, los sandinistas se encontraron con una mayor libertad para movilizarse precisamente en el momento en que la brecha entre los Estados Unidos y Somoza los estaba animando a hacerlo. En octubre y noviembre de 1977, los insurgentes lanzaron sus acciones de mayores dimensiones y más duraderas hasta ese momento. El mismo guión se repetiría en gran parte nueve meses más tarde, cuando, en junio de 1978, Somoza cedió a la presión de los Estados Unidos e invitó a regresar al país a los líderes de la oposición moderada —los Doce—, que habían huido del país el año anterior. Motivada por la esperanza de buscar el favor de la Administración Carter, la acción de Somoza sólo actuó en contra de él. No estaba previsto ningún aumento de la ayuda norteamericana, y el retorno de los Doce ocasionó una tumultuosa concentración en el aeropuerto y una oleada de agitación generalizada.

El régimen de Marcos dependía principalmente del apoyo norteamericano, pero Nicaragua formaba parte de una estructura regional más compleja, aunque ésta estuviera dominada por los Estados Unidos. Entre los otros países que facilitaron el proceso revolucionario, quizás ninguno contribuyó más a la descertificación del régimen que Costa Rica. Motivada por una larga y mordaz historia de conflictos con su vecino del norte, Costa Rica ayudó a la revolución de diversas formas. Ninguna otra contribución fue tan importante como la libertad que le concedieron tres presidentes sucesivos al FSLN para operar a sus anchas en la remota región del norte del país lindante con Nicaragua. Allí, los rebeldes eran libres para poner en funcionamiento campos de entrenamiento y lanzar ataques en Nicaragua.

Costa Rica también permitió que los cargamentos de armas destinadas a los sandinistas entraran en el país desde Panamá, e incluso dejó que, discretamente, personal del Ministerio de Seguridad Pública transportara los cargamentos directamente hasta los rebeldes (Booth, 1982: 131). Además de alojar a las guerrillas del FSLN, Costa Rica también fue el lugar de exilio de los Doce, y allí el grupo se enfrascó libremente en la propaganda antisomozista y en la recaudación de fondos internacionales. Dicha descertificación tácita pasó a ser oficial el 23 de octubre de 1978, cuando Costa Rica se convirtió en el primer país en cortar los lazos diplomáticos con el régimen de Somoza.

Otros países jugaron un papel menos importante, aunque todavía significativo, en la descertificación del gobierno de Somoza. Tal y como hemos señalado más arriba, Panamá —quizás el más extraño de los compañeros de los sandinistas— ayudó directamente a los insurgentes al servir como punto de entrada y principal arteria para el transporte de las armas que el FSLN compraba a Cuba y otros países. Con Omar Torrijos, el gobierno panameño también concedió asilo al comando sandinista que, en un vergonzoso revés para Somoza, tomó el Palacio Nacional nicaragüense en agosto de 1978. Torrijos también prestó armas a Costa Rica y le prometió ayuda militar para disuadir a Nicaragua de emprender acciones militares contra ese país en venganza por servir de refugio al FSLN.

Venezuela y México se contaban entre los oponentes más activos y más ruidosos del régimen de Somoza. Por su parte, Venezuela actuó incluso antes que México y en febrero de 1978 promovió su primer llamamiento público ante la OEA (Organización de Estados Americanos) para ejercer sanciones contra Somoza. Finalmente, en mayo de 1979, Venezuela convenció a sus vecinos del Pacto Andino para que siguieran su iniciativa y cortaran lazos diplomáticos con el régimen de Somoza. A finales de 1978, México se unió a Venezuela en su uso de la OEA como foro de denuncia de Somoza y realizó un llamamiento a investigar posibles violaciones de los derechos humanos. México también presionó al Fondo Monetario Internacional (FMI) y a otras instituciones financieras para que suspendieran los créditos a Nicaragua. Ese abanico de acciones por parte de sus vecinos dejó a Somoza cada vez más aislado de las fuentes internacionales de ayuda política, financiera y militar, tan cruciales para la viabilidad a largo plazo de los estados pequeños y dependientes. Igual importancia tuvo el hecho de que la erosión del apoyo externo propició toda la dinámica interna resaltada por nuestro análisis.

La trayectoria de la revolución nicaragüense no se agota en el proceso general de deserción del régimen ni en los tres mecanismos cuyo papel en dicho proceso hemos puesto de manifiesto. Aunque nosotros consideramos que la presencia de importantes deserciones por parte de las élites gu-

bernamentales es un factor importante de predicción del derrumbamiento del régimen, los mecanismos que hemos identificado no son ni los únicos relevantes al caso, ni están necesariamente presentes en todas las revoluciones que consiguen producir resultados revolucionarios. No obstante, es difícil imaginar dichos resultados sin la presencia de deserciones del régimen significativas del tipo que hemos encontrado en Nicaragua. Ilustraremos esta afirmación con la referencia a un caso de revolución fracasada.

CONTIENDA POLÍTICA EN CHINA, 1973-1989

Sería difícil imaginarse una situación revolucionaria que alcanzara un fracaso más rotundo o público que el movimiento estudiantil de 1989 en China. Después de acaparar la total atención de los medios de comunicación internacionales, las enérgicas medidas adoptadas los días 3 y 4 de junio respondían a cualquier pregunta sobre la capacidad de la línea dura de los comunistas para gobernar, aunque provocaran la condena mundial de su actuación. A pesar de toda la publicidad que acompañó a los acontecimientos de 1989, hasta la fecha ha sido poca la producción de análisis académicos de los orígenes y la dinámica del movimiento (véanse, no obstante, Black y Munro, 1993; Calhoun, 1994; Wasserstrom, 1991; Zhao, 1997, 1998, 2000). Además, la mayoría de los trabajos académicos sobre este episodio se han centrado exclusivamente en los acontecimientos de la primavera de 1989 y, en definitiva, en la decisión de los líderes chinos de reprimir a los manifestantes. Nuestro enfoque difiere de esos estudios de dos modos:

- Empezamos por examinar los lazos entre el conflicto de facciones de la élite y la movilización de las masas, lo que nos permite investigar el papel que desempeñó la política de coaliciones entre ambos niveles.
- Situamos los acontecimientos de 1989 en el contexto más amplio de la historia del conflicto entre facciones que siguió a la «restauración» de Deng Xiaoping, de 1973, y a la serie de movimientos populares que precedió al movimiento estudiantil de 1989. Fue ese conflicto que estaba en marcha el que dio vida al movimiento.

Comenzaremos con una breve explicación histórica de ese periodo más amplio para volver luego nuestra atención sobre los acontecimientos de 1989 en sí mismos. Nos centraremos en la interacción entre la contienda entre las élites y con la masa.

CONTIENDA POPULAR Y ENTRE LAS ÉLITES EN CHINA

A lo largo de todo este volumen, hemos insistido en los vínculos inextricables entre las élites y la contienda popular. Se trata de una relación de naturaleza recíproca. No sólo la mayoría de los casos de contienda popular surgen de episodios temporalmente anteriores de conflicto entre las élites, sino que éstos últimos tienen la capacidad de influir en dichos episodios y remodelar significativamente los sistemas más amplios de poder institucionalizado en el que se dan.

Mientras que la relación entre la contienda entre las élites y la popular es una característica ubicua de la vida social, la fuerza de tal relación varía de un sistema político a otro. Antes pretendíamos diferenciar entre regímenes en línea con dos dimensiones: la capacidad del estado y la consulta protegida (ver pp. 86-87). Si todos los demás aspectos coinciden, esperamos que la relación entre la contienda entre las élites y la popular sea más poderosa en estados con capacidad alta que en los de capacidad baja, y que sea mayor en los estados menos democráticos que en los más democráticos. La combinación de ambas dimensiones produce una predicción especialmente audaz: *la contienda entre las élites y la contienda popular se encuentran emparejadas más de cerca en los regímenes de capacidad alta no democráticos*. La historia de la «lucha de masas» y del conflicto entre las facciones internas dentro de los círculos del Estado de partido único de China a partir de 1949 parecería apoyar ciertamente dicha predicción. De hecho, dentro de la categoría «capacidad alta, estados no democráticos», resulta difícil encontrar un estado que ejemplifique mejor tal principio que la República Popular China (RPCh).

La conexión entre la contienda entre las élites y la contienda popular en la República Popular China viene reforzada por dos características particulares de la vida política y social china. La primera guarda relación con la interdependencia de las relaciones Estado-Partido. Incluso 40 años después del ascenso al poder de los comunistas, no existía un Estado separado del Partido Comunista Chino (PCCh). Quien controlaba el Partido controlaba de hecho el Estado. La segunda característica es el extraordinario grado de penetración del aparato del Partido-Estado en la mayoría de los ámbitos de la sociedad china. Para implementar y asegurarse la conformidad con su visión de una sociedad verdaderamente revolucionaria, Mao y otras élites del Partido Comunista decidieron construir un sistema muy elaborado de control del Partido-Estado, jerárquicamente organizado en todos los principales segmentos de la sociedad china (Oi, 1991; Walder, 1986; Walder, Li y Treiman, de próxima publicación). Históricamente,

camente, ese sistema ha servido para limitar la actividad política autónoma de los campesinos, a la vez que ha otorgado a las élites del Partido de cualquier nivel un extraordinario vehículo para movilizar el apoyo popular a cualquier tipo de iniciativa del Estado.

Esas dos características de la política china, por su parte, han delineado el carácter de la contienda popular en la República Popular China. Simplemente, para los líderes chinos, la contienda popular —«lucha de masas» en el vocabulario chino— ha sido durante mucho tiempo un medio convencional de hacer la guerra entre facciones, contra los enemigos internos del Partido. Las razones son dobles. En primer lugar, el grado de penetración del Partido en la vida ordinaria de los ciudadanos comunes ofrece a las facciones de las élites suficiente control como para movilizar acciones masivas. Eso explica el «cómo» de la contienda popular, pero no el «por qué». ¿*Por qué* se arriesgarían las élites a movilizar a las masas, en primer lugar? Irónicamente, el modo que tiene el PCCh de ejercer su monopolio del poder limita las acciones estratégicas de las élites del Partido. A falta de unas instituciones políticas independientes (p. ej.: unas elecciones libres, un sistema judicial autónomo o unos sindicatos independientes), el Partido dispone en realidad de pocos vehículos para resolver los conflictos internos entre las facciones. El extraordinario control sobre la mayoría de los sectores de la sociedad china de que gozan las élites del Partido hace de la lucha orquestada de masas una respuesta lógica al problema.

¿Significa eso que todos los casos de movilización popular resulta que están orquestados deliberadamente desde arriba? Después de leer los trabajos de muchos sinólogos, se podría perdonar que alguien llegara a tal conclusión. Pero, de hecho, la respuesta sólo puede ser negativa. La fuerza y la eficacia del sistema de partido-estado varían según la región, lo que permite una mayor autonomía de la población campesina y un mayor potencial para la agitación popular en algunas áreas (las rurales, más que las urbanas, por ejemplo) que en otras. Pero, incluso en los lugares en los que el sistema es más poderoso y elaborado, existe una potencia para la movilización popular espontánea. Si no existiera, sería difícil explicar los extremos a que tuvo que llegar el Partido-Estado en 1989 para restaurar el orden. Sin embargo, un modelo base de la contienda popular en la República Popular China debería asumir de entrada que la mayoría de los casos de acciones masivas dan comienzo como extensión orquestada de las luchas entre facciones de las élites del Partido-Estado. En verdad, los principales ejemplos de contienda popular que se pueden observar en los años siguientes a la notable resurrección de Deng Xiaoping en el X Congreso del Partido Comunista Chino en septiembre de 1973 responderían a ese modelo.

EL MOVIMIENTO DEL 5 DE ABRIL

Aunque notable en sí mismo, el regreso de Deng a un lugar prominente en 1973 no supuso el final de los conflictos entre facciones en el seno del Partido. El periodo de 1973 a 1977 estuvo más bien marcado por una tensa guerra de nervios, mientras Deng, el primer ministro Zhou Enlai y otros pragmáticos del Partido luchaban en todos los niveles por recuperar el control del Partido-Estado de manos de los defensores del maoísmo —sobre todo el llamado Grupo de los Cuatro—, que habían ascendido al poder durante la Revolución Cultural. Hasta la muerte de Mao en septiembre de 1976, los resultados de esa intensa lucha entre facciones eran muy dudosos. En realidad, en vísperas de la muerte de Mao, parecía quizás que el Grupo de los Cuatro tenía un control mayor del que había tenido antes de ese mismo periodo. El control del Grupo de los Cuatro parecía haberse solidificado después de la mortífera guerra que se desencadenó con la muerte de Zhou Enlai en enero de 1976. Aunque su importancia en el panteón de héroes revolucionarios del Partido sólo era menor que la de Mao, la muerte de Zhou no contó con el luto solemne y los servicios funerarios habitualmente reservados a los altos cargos del Partido. La razón fue que, como personificación de la política pragmática del Partido, Zhou había sido anatematizado por el Grupo de los Cuatro.

El descontento popular y entre las élites con el trato deslustrado de que fue objeto la muerte de Zhou acabó de cristalizar el 25 de marzo de 1976, cuando el diario oficial de Shangai, *Wenbui Bao*, atacó a Zhou llamándolo «desviado capitalista».³ Con la ayuda de estudiantes, trabajadores y otros sectores disgustados por el ataque, la facción de Deng contraatacó. En Nanjing, estudiantes y trabajadores tomaron las calles el día después del ataque y protagonizaron casi una semana de protestas. Los acontecimientos se desencadenaron algo más tarde en Pekín, motivados por el acercamiento de un oneroso Qing Ming, las fiestas tradicionales chinas dedicadas a los muertos. Aunque los comunicados oficiales se pronunciaban en contra de esa «cuestión supersticiosa» y prohibían a los obreros la participación en cualquier ceremonia de duelo no autorizada, el primer día de las fiestas, el 4 de abril, cientos de miles de manifestantes tomaron la plaza de Tiananmen para demostrar la pena y el afecto por Zhou y, con el paso del día, su oposición cada vez más abierta al Grupo de los Cuatro.

3. Término fundamental de la retórica de las campañas contra la derecha, «desviado capitalista» se usa para atacar a los que se han perdido del camino revolucionario y se sospecha que albergan «tendencias burguesas o capitalistas».

El episodio experimentó una abrupta escalada el 5 de abril de 1976, después de que las fuerzas de seguridad retiraran las coronas de flores y los tributos depositados por los manifestantes a los pies del monumento a los héroes del pueblo el día anterior. Disgustados por la acción, una multitud de entre 10.000 y 15.000 personas solicitó la devolución de las coronas y tributos y desafió repetidamente las órdenes de dispersarse, lo que forzó a la Oficina de Seguridad Pública a vaciar la plaza con una serie de batallas campales que se alargaron hasta bien entrada la noche. La reacción oficial ante ese primer incidente de Tiananmen fue rápida, y reflejaba en términos inconfundibles la cercana conexión existente entre la tienda popular y la lucha por el control del Partido y el Estado chinos. En una declaración cuidadosamente redactada efectuada la noche del 5 de abril, el alcalde de Pekín, perteneciente a la línea dura, identificaba a Deng Xiaoping como la «mano negra» que se escondía tras la protesta.

Pocos días después del incidente, Deng quedó nuevamente despojado de todos sus cargos oficiales. Sin embargo, este segundo destierro sería mucho más corto que el primero. El propio Mao moría en septiembre de 1976, y la facción pragmática de Deng recuperaba su ventaja. Apenas un mes después de la muerte de Mao, el Grupo de los Cuatro fue arrestado y juzgado posteriormente en relación con su actuación durante la Revolución Cultural. Aun así, los maoístas de la línea dura siguieron ocupando cargos en todo el país, lo que refleja la naturaleza jerárquica del control del Partido-Estado. Los acontecimientos posteriores, en 1977-1978, fueron una campaña concertada de la facción de Deng para acabar de raíz con los maoístas y reafirmar su amplio control ideológico de la sociedad china. Este último aspecto de la campaña implicaba una drástica reconstrucción de la reciente historia política de China.

En el verano de 1978 se liberó a montones de presos políticos llevados a prisión por el Grupo de los Cuatro. Se rehabilitó oficialmente a unas 200.000 personas perseguidas durante la campaña antiderechas de 1957. A continuación, el Partido se dedicó a rectificar la postura de los sublevados después de la muerte de Zhou Enlai. Primero, las protestas de Nanjing recibieron la sanción oficial. Después vino el sorprendente punto culminante de la campaña. El 15 de noviembre de 1978, el Partido decidió que las protestas de Tiananmen habían sido

«una acción totalmente revolucionaria de las masas» contra el Grupo de los Cuatro. Por primera vez desde 1949 el Partido daba su bendición a una acción popular espontánea libre del control oficial. «¡Viva el pueblo!» rezaba el titular del editorial del *Diario del Pueblo* [...] El Cinco de Abril, los sublevados, escribían los editores, habían evitado que China «se convirtiera en un estado fascista manipulado por un puñado de líderes ambiciosos». Los elementos perniciosos de ayer se convertían en los héroes de hoy (Black y Munro, 1993: 40-41).

La afirmación de los autores de que el movimiento del Cinco de Abril fue «una acción popular espontánea libre del control oficial» puede que subestime la implicación de la facción de Deng en las manifestaciones de 1976. Aun así, la realidad de las protestas tenía menor importancia para los elementos democráticos de la sociedad china que la inversión de la opinión oficial del Estado. Al parecer que abrazaban la acción popular democrática, los pragmáticos del Partido no sólo administraban una dolorosa reprimenda a sus enemigos maoístas dentro del Partido, sino que ofrecían ayuda y consuelo a todos aquellos que deseaban que las medidas fiscales de Deng fueran acompañadas de unas reformas políticas limitadas. Irónicamente, el fin simbólico de un conflicto marcó el comienzo de otro: el que oponía a los pragmáticos del Partido contra un incipiente movimiento democrático puesto en marcha por las reformas de Deng y su oportunista abrazo de la protesta popular.

En esa lucha, cabe atribuir a Deng un papel similar al desempeñado por Mao en la Revolución Cultural. Deng facilitó la aparición del movimiento democrático al usarlo como arma en su lucha contra los elementos maoístas de la línea dura. Sin embargo, con sus reticencias a una verdadera reforma política, la respuesta de Deng frente a tal movimiento resultaba cuanto menos oportunista: lo instigaba cuando le parecía útil para su agenda más general de modernización, pero aprobaba su represión cuando parecía que el movimiento amenazaba la estabilidad del gobierno del Partido en China.

EL MOVIMIENTO DEL MURO DE LA DEMOCRACIA

Este patrón de oscilación entre la facilitación y la represión por parte de las élites se aprecia con claridad en los principales momentos democráticos que precedieron a los acontecimientos de 1989. El primero de tales acontecimientos lo desencadenó la decisiva campaña antimaoísta de 1978, si es que no fue una extensión deliberada de ésta. Denominado rápidamente el Muro de la Democracia, el episodio dio comienzo en firme justo cuatro días después del editorial del 15 de noviembre del *Diario del Pueblo*, cuando apareció un póster en el área de Xidan en Pekín que se atrevía a criticar al mismo Mao por los errores cometidos en sus últimos años. La osadía del póster y el comedimiento mostrado por las autoridades a la hora de ocuparse de las críticas dio lugar a un extenso periodo de debate público y de disenso. En Xidan, los pósters proliferaron.

El 27 de noviembre de 1978, los manifestantes ocuparon la plaza de Tiananmen durante dos días para debatir una amplia variedad de cuestiones y realizar alocuciones públicas.

A principios de diciembre, empezaron a salir a la venta en Xidan publicaciones independientes. Aunque seguían estándares occidentales, las revistas y demás publicaciones no tenían precedentes en la República Popular, y abrieron nuevos canales de expresión pública y de crítica de las políticas establecidas. ¿Por qué, pues, se permitió que sobrevivieran las revistas? La respuesta más evidente subraya nuevamente la cercana conexión entre la contienda popular y la de las élites. Si al principio las luchas del momento dentro del Partido entre la facción reformista de Deng y los maoístas de línea dura dio ánimos al movimiento, parece que, a su vez, Deng utilizó el movimiento, por lo menos inicialmente, en apoyo de su agenda de reformas y como cómplice de ésta.

Para ser más específicos, las protestas de finales de 1978 y comienzos de 1979 se produjeron en el contexto de dos acontecimientos clave para el programa de Deng y para su supervivencia política a largo plazo. El primero fue el Tercer Congreso General del Partido a mediados de diciembre de 1978, en el cual Deng consiguió consolidar su poder, en parte debido a la manifestación de apoyo popular que le brindó el movimiento. Aún más trascendental fue la histórica visita de Deng a los Estados Unidos en enero y febrero de 1979, una visita que se interpretó como la demostración de la apertura pragmática de su país a Occidente. La visita fue todo un triunfo de Deng, en parte porque el comedimiento mostrado por el Partido hacia el movimiento del Muro de la Democracia ayudó a asegurar a un escéptico Congreso, así como al *establishment* de la política exterior, la voluntad de China de conceder unas reformas políticas limitadas.

Con esos dos acontecimientos a sus espaldas, Deng viró hacia la izquierda, tanto para refrenar al movimiento como para acabar con las críticas de la línea dura del Partido. El 16 de marzo de 1979, pronunció un discurso que reiteraba el compromiso del Partido con los Cuatro Principios Cardinales —la vía socialista, la dictadura democrática del pueblo, el liderazgo del Partido Comunista y el pensamiento marxista-leninista-maoísta— y limitaba efectivamente los tipos de discurso y de críticas que el Partido estaba dispuesto a tolerar. En cuestión de días, las autoridades detuvieron a dos de los líderes más radicales del movimiento (Wei Jingsheng y Ren Wandong) por hacer caso omiso de los avisos implícitos en el discurso de Deng. A lo largo de la primavera, las autoridades controlaron de cerca el movimiento. Para el verano, «el Muro mismo quedó clausurado y se les proporcionó un lugar alternativo en un parque lejos del centro de la ciudad y en el cual todos los pósters tenían que haber sido registrados por las autoridades y su contenido tenía que haber sido

aprobado por adelantado» (Black y Munro, 1993: 52). El movimiento siguió adelante hasta entrado el otoño, pero, bajo el peso de esas nuevas imposiciones, nunca más volvió a constituir una fuerza significativa.

EL PERIODO DE LAS REFORMAS DE GENGSHEN

La movilización popular aumentó por segunda vez a finales de los años de 1980, después del anuncio por parte de Deng de sus reformas de Gengshen:

El centro del programa de Gengshen [escriben Black y Munro] lo constituía la campaña electoral de 1980. Deng hacía saber que los Congresos recién elegidos formaban parte de «un sistema de supervisión masiva para que las masas y los miembros ordinarios del Partido pudieran supervisar a los cuadros, especialmente a los cuadros dirigentes». Igual que Mao, Deng veía en la «democracia» una útil herramienta para movilizar al pueblo en apoyo de las políticas del Partido (Black y Munro, 1993: 58).

Una vez más, la frágil coalición de fuerzas democráticas de Pekín respondió a la iniciativa reformista de Deng. En su forma, tanto como en su temporización, este último «momento» democrático revelaba la ya familiar relación de estímulo-respuesta entre el Partido y la política popular. Mientras que los primeros dos episodios habían implicado poco más que expresiones públicas de protesta, el movimiento de 1980 tomó la forma de una campaña electoral popular. Los veteranos de los movimientos del Cinco de Abril y del Muro de la Democracia, además de otras figuras reformistas prominentes, participaron con entusiasmo en la campaña durante el periodo de un mes que fue del 3 de noviembre hasta principios de diciembre. Aunque pocos de los candidatos progresistas resultaron elegidos, hubo muchos dentro del movimiento democrático en general que vieron en esas elecciones un momento decisivo para la política china.

Este tercer periodo de tolerancia sería breve. Una semana después de las elecciones, el Comité Central del Partido se encerró para acordar unas directrices oficiales (bajo el inocuo título de Documento Número 9) que dejaban fuera de la ley a todas las organizaciones y publicaciones ilegales. Preocupados por el hecho de que las elecciones habían vuelto a dejar sueltos a los elementos problemáticos del movimiento democrático (y pendientes de la crisis que Solidaridad estaba provocando entre los cargos del Partido en Polonia), la línea dura del Partido presionó hasta obtener el

apoyo de Deng a tal medida. Deng utilizó después esa misma medida para orquestar unas severas y enérgicas acciones contra los magullados restos del movimiento del Muro de la Democracia y de las campañas electorales progresistas.

PEKÍN, DICIEMBRE DE 1986

El tercer y último episodio democrático que precedió a los acontecimientos de Tiananmen tomó la forma de una breve pero intensa ráfaga de acciones de protesta en diciembre de 1986. Aunque el precipitante inmediato de las protestas fue un discurso pronunciado el 4 de diciembre ante los estudiantes de Hefei por el notable astrofísico (y personaje incómodo para el Partido) Fang Lizhi, el episodio coincidió con otro nuevo hito en la influencia de los reformistas dentro del Partido. Anteriormente ese mismo año, en previsión del Sexto Congreso General, los cargos del Partido habían anunciado el movimiento de las Cien Flores Nuevas, un movimiento de apertura del *establishment* académico de China a todo tipo de influencias externas. En el Congreso,

el propio Deng pronunció los discursos inaugurales y resucitó el fracasado «espíritu de Gengshen» de 1980, y Hu Yaobang [protegido de Deng durante largo tiempo y sucesor designado de éste] orquestó el ataque [a la línea dura] [...] Pero quizás el más claro de todos los socios de Hu Yaobang fuera el nuevo director de propaganda del Partido, Zhu Houze [...] Zhu fue el único miembro del cuadro dirigente que se atrevió a tratar la espinosa cuestión de hasta qué punto China debería arriesgarse a lo que los izquierdistas denominaban la «occidentalización al por mayor». Éste les explicaba a sus colegas: «Ningún único país o persona puede monopolizar todos los mejores frutos del pensamiento, la cultura y la tecnología.» Tal afirmación, sin apenas disimulo, significaba aceptar no sólo el dinero y el saber científico de Occidente, sino también determinados elementos de su sistema político (Black y Munro, 1993: 91).

Fue en ese contexto en el que se iniciaron las protestas estudiantiles de diciembre de 1986. Si el discurso de Fang supuso la chispa, no había sido ésa su intención. Pero los estudiantes se aferraron a una frase de su discurso en la que les había recordado retóricamente que «la democracia no es un favor que se conceda desde arriba, [...] [sino] algo que se gana con el esfuerzo del pueblo».

Una vez en marcha, las protestas se extendieron con rapidez. Para mediados de diciembre éstas afectaban a doce ciudades, incluida la ciudad

industrial clave de Shanghai. Con los trabajadores de la ciudad que amenazaban de unirse a las protestas, Deng volvió a emprender acciones decisivas. Siempre consciente del delicado equilibrio entre facciones requerido para mantener sus reformas económicas, Deng actuó para hacer suya la diseminación de lo que, en los círculos del Partido, había dado en denominarse la epidemia polaca. Los movimientos democráticos basados en unos vínculos firmes entre trabajadores y estudiantes (u otros elementos burgueses reformistas) serían reprimidos a cualquier precio. El precio, en este caso, incluía la expulsión del Partido de Fang Lizhi, la persecución selectiva de trabajadores activistas y, la medida más drástica, el retiro forzoso del Partido de los dos principales reformadores: Hu Yaobang y Zhu Houze.

PEKÍN, PRIMAVERA DE 1989

Hemos dedicado tanto espacio a los acontecimientos que tuvieron lugar entre 1976 y 1988 porque el movimiento de 1989 sólo resulta comprensible cuando se lo contempla a la luz tanto del abrazo esporádico (aunque oportunista) de la reforma política por parte de Deng a lo largo de los doce años anteriores, como de los episodios democráticos que dieron la bienvenida a los avances de Deng. De hecho, en muchos respectos, el movimiento de 1989 conforma, junto con los cuatro episodios previos, un único acontecimiento. Recordemos que, en sus orígenes, lo más parecido a ese movimiento fue el movimiento del Cinco de Abril. El primero de ambos vino desencadenado por la expresión popular de duelo y rabia que acompañó a la muerte de Zhou Enlai y el poco respeto que el Grupo de los Cuatro y sus aliados habían otorgado a dicha muerte. Esta vez, fue la muerte del desacreditado reformador Hu Yaobang, el 15 de abril de 1989, lo que precipitó los acontecimientos. En ese momento, igual que antes, el movimiento se inició con miles de ciudadanos ordinarios de Pekín que entraron en la plaza de Tiananmen los días 16 y 17 de abril para depositar coronas y tributos a los pies del monumento a los Héroes del Pueblo.

Pero si los orígenes de la primavera de Pekín recuerdan al movimiento del Cinco de Abril, hubo también importantes diferencias. Una de las más significativas es que el primero de ambos movimientos se produjo en el contexto de una clara lucha entre facciones entre la línea dura maoísta y la facción de Deng, más pragmática. A pesar de los esfuerzos para ver la presencia de una lucha similar entre facciones en los acontecimientos de 1989, las pruebas de la existencia de un conflicto así son, cuando menos, débiles.

Repasaremos dichas pruebas más adelante. Por el momento, lo importante es que, mientras que, ciertamente, los acontecimientos de marzo a abril de 1976 fueron incitados —si no orquestados— por Deng y sus aliados, las pruebas disponibles no apoyan la tesis de que Zhao Ziyang, el reformador más visible del Partido en 1989, jugara un papel parecido en 1989.

También resulta evidente una importante diferencia logística en los acontecimientos de 1989. Los manifestantes de 1976 nunca llegaron a ocupar la plaza. Sin embargo, esta vez, temerosos de que las fuerzas de seguridad retirarían de nuevo los tributos de cara al día siguiente, miles de sublevados en duelo ocuparon la plaza la noche del día 17 para evitar que volviera a ocurrir lo mismo. La batalla por la plaza de Tiananmen y, por extensión, por el Partido y el Estado, estaba servida.

Los propósitos analíticos de este capítulo excluyen un análisis detallado de los acontecimientos que se produjeron a lo largo de las siete semanas siguientes. La líneas más generales del episodio se conocen razonablemente bien y están disponibles en otros lugares (Black y Munro, 1993; Brook, 1998; Calhoun, 1994; Zhao, 1997, 2000). En un breve resumen, los estudiantes ocuparon la plaza de un modo más o menos continuo desde el 17 de abril hasta los decisivos acontecimientos de los días 3 y 4 de junio. Este periodo de siete semanas estuvo marcado por todo un conjunto de señales aparentemente mixtas de los cargos del Partido, lo que llevó a la creencia tanto de los observadores como de los manifestantes de que se estaba produciendo una gran lucha por el control del Partido-Estado. Los cargos del Partido actuaron con un comedimiento poco característico en los días anteriores al funeral oficial de Hu Yaobang, igual que durante éste. No sólo se permitió a los estudiantes que ocuparan la plaza durante todo el periodo, sino también que cruzaran las líneas policiales el día del funeral para presentar una petición oficial dirigida al primer ministro Li Peng.

Sin embargo, tres días después todo el comedimiento se desvaneció cuando la Televisión Central China (TVCCCh) retransmitió un editorial duramente expresado (pensado para ser publicado en el *Diario Popular* del 26 de abril) del alcalde de Pekín, Chen Xitong, de la línea dura. El editorial describía al movimiento como una conspiración planificada contra el Gobierno y el socialismo, y amenazaba con graves consecuencias a todos aquellos que continuaran apoyando las protestas. El editorial sólo logró provocar aún más la ira de los estudiantes y ayudó a revivir a un desalentado movimiento. El 27 de abril se produjo la mayor de las manifestaciones hasta ese momento. Se estima que unos 150.000 estudiantes desafiaron las directrices del Gobierno y marcharon a través de la plaza (Brook, 1998: 31).

Después de fracasar en el intento de atajar el movimiento mediante la intimidación, los cargos del Partido moderaron su tono durante las sema-

nas siguientes. Lo que más llamó la atención durante ese periodo fueron los dos discursos conciliadores pronunciados por Zhao Ziyang los días 3 y 4 de mayo. El segundo de éstos, en una importante reunión del Banco Asiático de Desarrollo, alababa a los estudiantes por su lealtad y su apoyo fundamentales al sistema y, simultáneamente, animaba a una mayor apertura en los medios de comunicación oficiales chinos. A partir de la buena voluntad que manifestaban los discursos de Zhao, parecía como si el movimiento empezara a contraerse, con los estudiantes que habían participado satisfechos por abandonar la plaza y aceptar la oferta de «diálogo» oficial del Gobierno, previsto para el día 14 de mayo. Con la llegada del presidente soviético Mijail Gorbachov prevista para el día siguiente para la primera cumbre sino-soviética en años, la noticia del aparente acuerdo con los estudiantes habría sido bien recibida por los cargos del Partido-Estado.

Dichos cargos —y la mayoría de los partidarios del movimiento— no habían contado con la radicalización: con la determinación de un número relativamente pequeño de activistas estudiantiles de continuar con la ocupación de la plaza. La radicalización supuso el inicio de una huelga de hambre de dos días antes de la llegada prevista de Gorbachov. Conscientes de la vergüenza y la disrupción que ocasionaría una campaña como ésa durante la visita de Gorbachov, los cargos del Partido intentaron por medio de intermediarios persuadir a los huelguistas de que abandonaran sus planes y dejaran libre la plaza. Pero el comedimiento mostrado durante las negociaciones reforzó aún más la creencia de los radicales de que los reformistas estaban ejerciendo una considerable influencia dentro de los círculos del Partido-Estado.

El comedimiento oficial se mantuvo durante la visita de Gorbachov. Pero, lejos de confirmar una gran división entre facciones dentro del Partido, la moderación parece que fue consecuencia del deseo de los cargos del Estado de ver cómo la cumbre llegaba a su fin sin incidentes. Esta interpretación encaja bien con las acciones del Gobierno la noche del 19 al 20 de mayo. Justo un día después de que Gorbachov abandonara Pekín, una fuerza militar china de al menos 100.000 hombres intentó recuperar la plaza por la fuerza, para verse rechazados por los ciudadanos que, espontáneamente, actuaron para proteger a los estudiantes (Brook, 1998: 70). Después de unas tensas 45 horas de plantas entre militares y ciudadanos, se ordenó a las tropas que regresaran a sus bases. Unida al estancamiento surrealista de la situación durante las dos semanas siguientes, esa acción sirvió para otorgar un crédito todavía mayor a la interpretación de la lucha entre facciones. Después llegaron los acontecimientos decisivos de los días 3 y 4 de junio. Esa noche, las tropas irrumpieron a través de las improvisadas barricadas y de las legiones desesperadas de ciudadanos peki-

neses que durante dos semanas habían bloqueado los principales accesos a la plaza de Tiananmen y recuperaron la plaza en medio de un gran caos y una gran violencia (véase Brooks, 1998: cap. 5-6, para una descripción detallada de los acontecimientos de esa fatídica noche). La situación casi revolucionaria terminó rápidamente.

El movimiento estudiantil chino de 1989 muestra una significativa conexión entre la contienda popular y la de las élites. Igual que los episodios que hemos resumido anteriormente, a primera vista parece que la movilización de las masas que se produjo durante la primavera de 1989 se hubiera dado a partir de la contienda entre las élites. Sin embargo, en este caso las luchas de las bases presentan una mayor autonomía que la que caracterizó a los anteriores episodios. El movimiento no se derivó de unas profundas divisiones entre facciones dentro del Partido. Por el contrario, fueron pocos los signos de división entre facciones que aparecieron durante la lucha. Ese hecho ayuda a explicar, no sólo la trágica resolución del conflicto, sino también la relativa estabilidad política existente desde 1989. Exploraremos con mayor profundidad la aparente contradicción entre los acontecimientos de 1989 y las características generales de la contienda en China. En primer lugar, nos ocuparemos de la conexión entre las acciones de las élites y las de las masas.

LUCHAS DENTRO DEL PARTIDO Y ACCIONES DE MASAS

Existen diversos modos significativos de interpretar el movimiento de 1989 como producto de anteriores contiendas entre las élites. En primer lugar, y más importante, éste se desarrolló en el seno de la amplia «comunidad democrática» alimentada por el programa de reformas de Deng y por la serie de movilizaciones populares que hemos repasado antes. Aunque opuesta a las reformas explícitamente políticas, la visión modernizadora de Deng requería la expansión y la liberalización de ciertas esferas institucionales (p. ej., la educación, la investigación patrocinada por el Estado y la publicación). A su vez, las redes poco densas que se desarrollaron dentro de dichas esferas, así como entre éstas, facilitaron el surgimiento de una comunidad democrática amorfa unida por el deseo de que las reformas económicas de China fueran acompañadas de una ampliación comparable de las libertades políticas. Además de sus orígenes funcionales en la economía en proceso de modernización de China, la capacidad contenciosa de la comunidad también debía mucho a la facilitación oportu-

tunista de los anteriores episodios democráticos por parte de Deng. Es decir, al incitar esos momentos democráticos anteriores, Deng y sus aliados habían hecho abrigar esperanzas a los demócratas, además de proporcionarles una inestimable experiencia en el arte de la política de masas.

El precipitante inmediato del movimiento de 1989 también refleja la cercana conexión de la política de masas con la de élites en la República Popular China. Después de todo, fue la muerte de un reputado reformista, Hu Yaobang, lo que puso en movimiento a los estudiantes en un primer momento. Al salir a la calle para honrar a Hu, los estudiantes señalaban su apoyo a los tipos de reformas políticas que se creía que éste había favorecido. Y más importante aún, también se estaban alineando con los presuntos herederos políticos de Hu, sobre todo con Zhao Ziyang y su principal ayuda, Bao Tong.

Por su parte, siguiendo una larga tradición en la política comunista china, Zhao, Bao y otros cargos del Partido favorables a las reformas probablemente intentaron utilizar el movimiento tanto para presionar a favor de unas reformas políticas limitadas como para mejorar su posición dentro de los círculos del Partido. Con esos objetivos, Zhao Ziyang aprovechó la ocasión que le brindaba la reunión de alto nivel en Pekín del Banco Asiático de Desarrollo para pronunciar un discurso inaugural que legitimaba muchas de las preocupaciones planteadas por los estudiantes (p. ej., la corrupción oficial), mientras que defendía «el uso de formas democráticas y legales para la resolución [del conflicto]» (Black y Munro, 1993: 167). El hecho de que el discurso fuera pronunciado el día del septuagésimo aniversario del movimiento estudiantil del 4 de mayo, altamente emotivo, sólo sirvió para incrementar la tensión dramática y la significación de las observaciones de Zhao.⁴ En una acción relacionada algunos días antes, Zhao había revertido las directrices anteriores del Partido y había autorizado a los editores de nueve de los principales diarios a ofrecer una cobertura completa y objetiva de las manifestaciones estudiantiles, a lo que se añadía que el Partido simpatizaba con muchos de los objetivos de los estudiantes. Es difícil interpretar dichas actuaciones como algo que no sea un conjunto de acciones estratégicas diseñadas para animar a los estudiantes, galvanizar un amplio apoyo público para el movimiento y hacerles más difícil a los partidarios de la línea dura la represión de las manifestaciones.

4. El 4 de mayo de 1919, miles de estudiantes se concentraron en Pekín para protestar los términos de la conferencia de paz de Versalles y, cosa aún más significativa, para apelar a la sociedad en general a abrazar los ideales occidentales de democracia y ciencia. Esta movilización sin precedentes de los estudiantes chinos se la apropiaron posteriormente los comunistas y, más tarde, las «fuerzas democráticas», como un acontecimiento clave perteneciente a la herencia de ambos.

Pero ¿por qué Zhao decidió jugar con fuego de esa manera? Black y Munro (1993: 164) nos ofrecen una explicación:

Cuando Zhao miraba las multitudes en las calles, veía una fuente de palanca política [...] Es un poco lo mismo, quizás, que había visto Deng Xiaoping en las masas del Muro de la Democracia en 1978. Zhao sentía que su autoridad se veía fortalecida por el próximo aniversario del movimiento del Cuatro de Mayo, que era seguro que marcaría una nueva cumbre del movimiento estudiantil. Ese año, la fecha era importante también por otra razón: cientos de banqueros internacionales se reunirían en el Gran Salón del Pueblo ese día para escuchar el discurso inaugural de Zhao al Banco Asiático de Desarrollo. Estaba seguro de que los partidarios de la línea dura no se arriesgarían a tomar medidas enérgicas en un momento como éste.

Existen incluso unas sugerentes pruebas de que el ayudante de Zhao, Bao Tong, filtró la información de que los planes de Partido eran declarar la ley marcial y limpiar la plaza por la fuerza el 20 de mayo, lo que concedió tiempo a los ciudadanos comunes de Pekín para levantar barricadas en el camino a la plaza de Tiananmen. Esa filtración desbarató los planes del Partido y prolongó la crisis otras dos semanas. Sea cual sea la verdad respecto a dicho incidente, los defensores de la línea dura dentro del Partido se creyeron ciertamente la acusación y la usaron para encarcelar a Bao Tong durante tres años por «filtrar secretos de estado» a las fuerzas del movimiento.

Finalmente, fuera cual fuera realmente la situación, en el transcurso del movimiento, tanto observadores como activistas llegaron a *creer* que se estaba produciendo una decisiva batalla por el control del Partido. La batalla, se creía, la libraban los reformadores como Zhao contra los pragmáticos de Deng y los maoístas de la línea dura, que seguían oponiéndose a las reformas modernizadoras (léase «capitalistas») de Deng. Fue en dicho contexto compartido y altamente cargado de energía en el que se desplegó el movimiento. Fue esa visión popular la que moldeó las interpretaciones de los ambiguos mensajes procedentes del Partido durante la lucha; mensajes que, en su incoherencia, sólo reforzaban la atribución popular de oportunidades políticas al episodio.

En contraste con tal visión, vemos pocas pruebas de una lucha titánica entre facciones en los acontecimientos que se produjeron de abril a junio. En su libro, Dingxin Zhao (2000) argumenta de modo convincente contra la idea de que el faccionalismo fuera la clave para interpretar el movimiento. El punto central de los argumentos de Zhao es un cuidadoso análisis de los historiales y las actuaciones de 31 figuras clave del Partido durante las luchas de Tiananmen. Entre las 31 figuras se incluyen los 17 miembros del Politburó en ese momento, además de 14 «veteranos» de los

que se sabía en 1989 que seguían siendo muy influyentes en los círculos del Partido-Estado. Zhao concluye, a partir de esos datos, que hay pocas pruebas firmes que permitan atribuir a nadie de esa lista, a excepción de Zhao Ziyang, una postura fuertemente reformista. Pero, si no se trata de una lucha entre facciones, ¿cómo explicamos, pues, unas actuaciones a arranques y trompicones y las señales ambiguas lanzadas por el régimen durante las siete semanas que duró el episodio? Nuestra respuesta es clara: unos acontecimientos contingentes y los mecanismos que éstos activaron, y no la lucha entre facciones, conspiraron para limitar la respuesta del Partido-Estado al movimiento en tres momentos críticos en el desarrollo del episodio.

El primer «trompicón» a la respuesta del Gobierno a la crisis se produjo entre el 17 y el 22 de abril, cuando los preparativos del funeral y la ceremonia misma evitaron que los cargos reprimieran activamente el movimiento. El primer «arranque» de respuesta del Partido tuvo lugar inmediatamente después del funeral, con la emisión el 25 de abril del agresivo editorial del *Diario del Pueblo*. Un regreso a una línea más acomodaticia se produjo durante el periodo de dos semanas marcado por las reuniones del Banco Asiático de Desarrollo (4 de mayo) y por la cumbre sino-soviética (15-18 de mayo). Pero la planificación de la represión militar del 19 de mayo ya se estaba gestando durante la visita de Gorbachov. Lo mismo puede decirse de la decisiva «invasión» de Pekín la noche del 3 al 4 de junio. Tal y como sostiene Brooks (1998) en su autorizada obra sobre el asalto, los últimos momentos de calma en la respuesta oficial a la crisis probablemente no se debieron a nada más que a los requisitos logísticos de la campaña.

DESERCIÓN DEL RÉGIMEN EN EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL CHINO

Para aplicar el concepto de «deserción del régimen» a China es necesario entender el modo tan específico en que está estructurado el poder en la República Popular China. Aquí, el contraste entre China y Nicaragua resulta instructivo. La clase dirigente nicaragüense estuvo formada durante mucho tiempo por una coalición bastante amplia de las élites económicas de la nación (Booth, 1982; Paige, 1997). Sobre dicha base económica se superponía un conjunto nominalmente opuesto de facciones políticas, encarnadas principalmente por los partidos Conservador y Liberal Nacionalista (PLN). Dentro de esas esferas superpuestas habían

existido siempre rivalidades, tensiones y divisiones coherentes. Antes de la década de 1970, sin embargo, tales líneas divisorias confrontacionales nunca habían sido tan profundas como para amenazar la estabilidad del régimen de Somoza. No obstante, para finales del episodio del terremoto y del asesinato de Chamorro, los síntomas de desertión de las élites eran claros. Para entonces, el régimen había pasado a ser más un pasivo que un activo para la mayoría de la clase dirigente. El resultado fue la desertión gradual de un número cada vez mayor de elementos de la tradicional coalición gobernante del régimen, su reticente alineación con los sandinistas y otras fuerzas de oposición y el derrocamiento final de Somoza.

Tal y como sugiere nuestro análisis de las disputas entre facciones en 1989 en Pekín, no hubo allí nada parecido a ese modelo de desertión del régimen. Eso no significa que los estudiantes estuvieran solos. Amplios segmentos de la población china simpatizaban con los manifestantes. Entre ellos había pequeños, aunque significativos, grupos de trabajadores independientes, una saludable representación de las profesiones académicas y afines, una proporción notable, aunque desconocida, de ciudadanos ordinarios de Pekín y, durante un tiempo, incluso representantes de los medios de comunicación oficiales chinos. La ausencia clave era la de una representación significativa del segmento de la sociedad china que, desde 1949, ha controlado el Estado y, de hecho, todos los aspectos de la vida china: el Partido Comunista Chino. Aunque Zhao Ziyang, Bao Tong y otros dentro del Partido simpatizaban con los estudiantes e intentaron utilizar el movimiento de diversos modos para realizar avances en sus propias agendas, no se puede decir que ninguno de los reformadores desertara para pasarse a las filas de los insurgentes.

Si se hubieran producido desertiones significativas dentro de otro de los segmentos de la sociedad china, es posible que el curso del episodio se hubiera visto alterado. Nos referimos a los militares chinos, que se mantuvieron unánimemente leales al régimen durante la crisis, lo que produjo un corte en uno de los mecanismos clave evidentes que producen resultados revolucionarios. Brooks explica que

muchos de los activistas del Movimiento por la Democracia de mayo suponían que la profesionalización de los cuerpos de oficiales del PLA, junto con la apelación a la noble tradición de servicio al pueblo, inhibirían al ejército de acudir en defensa de Li Peng [...] El error de dicha suposición en China consistió en no tomar en consideración el poder decisivo de los cuerpos de oficiales superiores. El PLA sigue gobernado por hombres que deben su poder y sus lealtades a la facción de Deng Xiaoping dentro del Partido Comunista. Su lealtad no es algo abstracto. La mayoría de ellos sirvieron personalmente en el Segundo Ejército de Campo de Deng en la década de 1940 (1998: 206).

Por qué no llegó a surgir una solidaridad entre masas y élites en China es una cuestión que queda fuera del alcance de este capítulo. Lo que podemos decir es que ninguno de los tres mecanismos a los que recurrimos para dar cuenta del éxito de la revolución nicaragüense entraron en acción en los acontecimientos de 1989 y tampoco, de hecho, en el transcurso de los trece años que duró toda la serie de momentos democráticos que aquí hemos repasado. Si contemplamos el Partido como aquello que aporta al régimen sus cimientos socioestructurales clave, lo relevante respecto al infringimiento de los intereses de las élites es si las políticas económicas de Deng (o alguna otra reforma) socavaron de forma discernible el poder y los privilegios de que gozaban tradicionalmente los miembros del Partido. La respuesta es claramente «no».

De igual modo, en crudo contraste con la capacidad de Somoza para imponer agravios a toda una amplia e indistinta gama de objetivos, las autoridades del Partido evitaron por lo general el tipo arbitrario y cruel de represión y las políticas de autobombo que caracterizaron a Somoza. La masacre de Tiananmen podría argumentarse que constituye una excepción a tal patrón. Pero, incluso en ese caso, el régimen intentó claramente durante un periodo de semanas desactivar la situación sin recurrir a la fuerza. Cuando finalmente lo hizo, la pérdida real de vidas fue relativamente pequeña, por lo que sabemos (véase Black y Munro, 1993: cap. 15; Brook, 1998: cap. 6), lo que sugiere un grado de comedimiento coherentemente ausente en Nicaragua. Por último, a pesar del difuso apoyo internacional a los estudiantes chinos y de la mordaz condena de las medidas represivas del gobierno la noche del 3 al 4 de junio, ningún gobierno extranjero o institución internacional importante llegó a descertificar al régimen de un modo significativo.

CONCLUSIONES

¿Qué más se puede aprender al comparar estos dos casos de revolución triunfante y fallida? Mucho más, sin duda. Pero, para concluir, resaltaremos dos factores principales: el primero guarda relación con el papel de la contingencia en la dinámica de la contienda, y el segundo con las analogías entre los procesos revolucionarios y otros procesos contenciosos.

Contingencia y contexto

En contra de la larga tendencia estructural en el campo de los estudios comparativos de las revoluciones, William Sewell (1985, 1996) ha pedido que se preste más atención a aquellos acontecimientos que se sitúan en el umbral de nuestra percepción, y cita el asalto a la Bastilla (y la posterior lucha sobre el significado de tal acontecimiento) como primera prueba en su argumentación a favor de un análisis de la contienda política más próximo a los hechos. Tal y como hemos visto repetidamente, tanto en Nicaragua como en Pekín se dieron, primero, unos acontecimientos contingentes; segundo, unas decisiones estratégicas por parte de los líderes que, en ocasiones, tuvieron efectos inesperados; y tercero, una intersección de mecanismos causales que llevó a unos resultados que no eran predecibles a partir de un determinismo estructural o cultural.

Respecto a los acontecimientos contingentes, dos de ellos en particular resulta que constituyeron puntos de inflexión clave que cerraron por adelantado determinadas vías y abrieron otras:

- El terremoto de Managua y la respuesta cleptómana de Somoza a éste.
- La muerte de Hu Yaobang y su casi simultaneidad con la visita de Gorbachov.

Ambos acontecimientos dieron lugar a unas decisiones repentinas e impredecibles, a altos niveles de incertidumbre y a nuevas combinaciones de amenazas y oportunidades. En Nicaragua, el terremoto generó unas oportunidades sin precedentes para la corrupción y para el ejercicio de un poder monopolista. En China, la muerte de Hu Yaobang impuso severas limitaciones a las opciones del régimen para el control social. Ambas respuestas desencadenaron movilizaciones: la primera, por su carácter de amenaza; la segunda, por su condición de oportunidad. La movilización silenciosa de la porción de la élite empresarial nicaragüense que quedaba excluida de los contratos de reconstrucción llevó a muchos a oponerse a un régimen que había contribuido a sus intereses en el pasado, mientras que la oportunidad del funeral de Hu dio a los estudiantes de Pekín una oportunidad para aprovecharse de las limitaciones que pesaban sobre el Estado.⁵

5. Tal y como señala agudamente Fang Lizhi: lo importante no era el propio Hu Yaobang, y la atención que se le prestó fue excesiva. Pero, en China, la muerte de un líder sirve de excusa para que la gente se concentre. El Partido apenas puede pedir a la gente que no celebre el duelo por la muerte de un líder del Partido. Como los funerales son las únicas situaciones [culturalmente legítimas] en las que la gente puede concentrarse, uno aprovecha la oportunidad (citado en Brook, 1998: 21).

Pero los acontecimientos contingentes no son sólo hechos casuales. Desencadenan unos mecanismos que condicionan la dinámica subsiguiente de la contienda. Las enérgicas medidas adoptadas por Somoza fueron un agravio para una parte del pueblo que le había prestado un importante apoyo a su régimen y, así pues, provocaron la desertión de una parte cada vez mayor de la burguesía nicaragüense. En China, las dudas de las élites del Partido durante semanas respecto al uso de la fuerza fueron vistas como una oportunidad por los estudiantes. Ambos sucesos desencadenaron también otros mecanismos: el estado de sitio en Nicaragua aceleró la descertificación de Somoza por parte de la Administración Carter, mientras que, al permitir que el conflicto de Tiananmen se prolongara durante cinco largas semanas, hasta la cumbre sino-soviética, los líderes chinos dieron la apariencia de una soberanía dividida, lo que propició unos círculos cada vez más amplios de apoyo popular, pero también dio tiempo a que surgieran conflictos entre los estudiantes.

Finalmente, una gran parte de la contingencia que aparece en nuestras historias es el resultado de la concatenación de diferentes mecanismos. Para demostrar nuestro enfoque basado en mecanismos y procesos, hemos dejado por lo general de lado la cuestión de la interacción entre mecanismos (volveremos sobre ésta en el capítulo 10). Pero, aunque sólo sea una breve reflexión sobre nuestros dos casos, ésta muestra de qué modo unos mecanismos similares pueden producir unos resultados muy distintos cuando se combinan con otros mecanismos. Pensemos en la radicalización, un mecanismo que hemos visto en muchos de nuestros episodios. La exasperación de la burguesía nicaragüense se combinó con la descertificación del régimen por parte de Washington, lo que permitió que se desarrollara una poderosa coalición interclasista con los sandinistas, con base en las clases populares. Pero, en China, en ausencia de descertificación, la radicalización de una porción de los manifestantes de Tiananmen debilitó la coalición y ayudó a transformar una situación revolucionaria en un fracaso revolucionario. Igual que en los casos del antiesclavismo norteamericano y de la democratización española, ambos episodios contaron con fuertes mecanismos de radicalización, pero, en presencia de otros mecanismos, ésta condujo en un caso a un triunfo revolucionario y, en el otro, a un desastre revolucionario.

La cultura y el estudio comparativo de las revoluciones

Todo ello nos lleva a la cuestión de cuáles son las lecciones que podemos aprender a partir de éstas dos historias para el estudio comparativo de

las revoluciones. Volviendo a las generaciones de estudios de las revoluciones que hemos bosquejado al inicio, no encontramos en ninguno de ambos episodios nada parecido a la teoría de estadios rígidos de la primera generación de académicos. Tampoco hay excesivos rastros de las tensiones estructurales que identificaba la segunda generación. Ni tampoco el determinismo estructural de la tercera escuela explica, en un sentido probabilístico, los acontecimientos que hemos estudiado. Nuestra respuesta a la cuarta generación de académicos sensibles a la cultura es más matizada. Por un lado, nuestro breve resumen de los acontecimientos clave subestima en ambos casos la importancia central de los procesos culturales y de la agencia humana en los episodios estudiados. Donde nos separamos de nuestros colegas más resueltamente culturalistas es al afirmar que la historia, la cultura y los procesos interpretativos operan, no como un envoltorio externo, sino mediados por las interacciones de los principales actores de cada episodio.

Pensemos en el caso de Tiananmen. Historia, cultura y factores políticos y económicos internacionales se combinaron para moldear las interpretaciones estratégicas y las actuaciones que tenían a su disposición las autoridades chinas. Históricamente, los paralelismos entre el movimiento del Cinco de Abril y los acontecimientos que siguieron a la muerte de Hu Yaobang es imposible que pasaran desapercibidos para Deng, Li Peng y sus aliados. Los rituales y las convenciones normativas que rigen la muerte de los altos cargos del Partido funcionaron como un segundo conjunto de limitaciones estratégicas sobre el régimen. Pero a esas limitaciones históricas y culturales cabe añadir los objetivos estratégicos de quienes estaban en el poder. Tales intereses, junto con las relaciones políticas y económicas que implican para su realización, sirvieron como una última influencia sobre las interpretaciones y las actuaciones tanto de los partidarios del movimiento como de sus detractores. No se trata de que la «cultura china» actuara como un *deus ex machina*, sino del impacto de la historia, la cultura y la estrategia en las interacciones entre los combatientes que produjeron los resultados que hemos estudiado.

La historia, la cultura y los cálculos estratégicos aparecen reunidos en las apuestas simbólicas y sustantivas que se producen en torno a la cumbre sino-soviética. Sustantivamente, China esperaba dejar atrás el largo periodo de conflicto con los soviéticos y, quizás, incluso aprovecharse de las oportunidades económicas y de los mercados que se esperaba que se abrieran en una URSS en proceso de liberalización. Sin embargo, el proceso de liberalización mismo, que prometía esos nuevos mercados y que hizo posible la cumbre, también suponía peligros para el régimen. Por mucho que despreciaran a los soviéticos por haberse vuelto blandos con la disidencia, los cargos del Partido apenas podían permitirse que pareciera

que habían perdido el paso de su perpetuo rival. Simbólicamente, también las apuestas estaban altas. Después de haber criticado durante mucho tiempo a la Unión Soviética por haberse desviado de la «verdadera vía socialista», los cargos del Partido eran reacios a iniciar una sangrienta represión en medio de la gran atención de los medios de comunicación que aseguraba la cumbre. Nada habría puesto en duda la pretensión del régimen de ser un «verdadero» estado popular más que una masiva campaña de represión dirigida contra el pueblo.

Las revoluciones no son una única cosa. Una explicación satisfactoria de la dinámica contenciosa del episodio de Pekín nos obliga a prestar atención simultáneamente a los cambios estructurales a largo plazo (p. ej., la liberalización económica, las realineaciones del régimen), al enmarcamiento cultural de las interpretaciones de oportunidad y riesgo por parte de cada uno de los participantes y a la interacción estratégica a corto plazo que se produjo en torno a unos acontecimientos contingentes. Pero la estructura, la cultura y el cálculo estratégico no son externos a los mecanismos de la contienda, sino la materia prima para la acción y la interacción entre éstos. En los dos capítulos siguientes, aplicaremos esta perspectiva a otros dos procesos históricos generales: el nacionalismo y la democratización.

8

Nacionalismo, desintegración nacional y contienda política

«EL NACIONALISMO», ESCRIBE ARTHUR N. WALDRON, «ES EN GENERAL una idea poderosa y comprensible. No obstante, aunque describe situaciones generales, no es muy útil para explicar acontecimientos específicos» (1985: 427). El «adjetivo “nacionalista” se ha aplicado a personas, movimientos y sentimientos de un modo que normalmente se considera (sin más explicación) que distingue a cada uno de éstos de forma significativa de alguna otra variedad». La postura analítica de Waldron resulta ya suficiente, siempre que no tengamos interés alguno en la dinámica del nacionalismo o en su interacción con otras formas de política pública. El nacionalismo forma parte de la lucha: de la contienda política, en nuestros términos. Tal y como hemos sostenido repetidamente, no podemos entender ningún episodio de contienda política como expresión de un único discurso, una única ideología o una única forma nominalmente distinta de contienda.

Para entender por qué surge el nacionalismo, debemos entender sus variados orígenes políticos. Cabe que sepamos cuándo y por qué a veces éstos convergen para producir unos resultados nacionalistas. También debemos preguntarnos hasta qué punto los episodios nacionalistas son el resultado de factores estructurales, de limitaciones institucionales y de constantes culturales, y en qué medida surgen a partir de flujos contentiosos. Al preguntarnos todas esas cosas, es posible que encontremos que

los resultados nacionalistas se solapan con otras motivaciones, otros movimientos y otras políticas de estado que poco tienen que ver con el nacionalismo. Así pues, es probable que encontremos mecanismos similares a los que gobiernan otras formas de contienda. Como corolario, deberíamos descubrir que hay unos mecanismos similares que subyacen a lo que la historia ha categorizado como procesos contranacionalistas, como en el caso de la desintegración nacional y de la construcción de naciones-estado.

Este capítulo se centra en los procesos aparentemente contrarios de la unificación nacional y la desintegración nacional, y utiliza dos grandes episodios portentosos y desemejantes —la unificación italiana del siglo XIX y la desintegración soviética en el siglo XX— para identificar mecanismos y procesos de contienda recurrentes en una amplia variedad de escenarios nacionales y étnicos. Cuando Italia se unificó en la década de 1860, la unificación se produjo mediante un proceso aparentemente rapidísimo de anexión de una plétora de pequeños estados por parte del Piamonte-Cerdeña, lo que produjo un Estado débil, aunque centralizado, y unas élites defectuosamente integradas. Sin embargo, en los 140 años siguientes habría pocos nacionalismos separatistas —ni en la península, ni en las dos grandes islas de Sicilia y Cerdeña, con lenguas y culturas específicas.

En contraste, cuando cayó el zarismo ruso, la Unión Soviética edificó con Stalin un estado monolítico unido por un partido único en el que las lenguas regionales adquirieron estatus oficial y donde las élites políticas se formaban en Moscú y regresaban a sus regiones como agentes de Moscú. Esas mismas élites constituyeron la base de la desintegración del Estado, lo que se produjo tan rápidamente como la emergencia del Estado italiano, lo que resultó aún más sorprendente si cabe. Cómo se desintegró el monolito soviético, una vez titánico, en base a unas fronteras nacionales antes débiles constituye, en muchos aspectos, el proceso recíproco a cómo llegó a cobrar forma el débil y disperso Estado italiano.

Encontraremos mecanismos similares operando en estos dos procesos políticos ostensiblemente contradictorios. Dentro de cada uno de ellos, veremos combinaciones de espirales de oportunidades, cambios de identidad, competencia y corrección. Que unos mecanismos similares se combinen de forma distinta en contextos distintos no sorprenderá a los lectores de nuestro libro. El hecho de que éstos aparezcan en unos procesos políticos tan patentemente contrastantes como la edificación de una nación-estado y la desintegración nacional hace que la comparación resulte más interesante y más provocadora. Y resulta más provocadora porque sugiere que los modos estándar de categorizar los grandes episodios históricos dependen más de sus resultados políticos que de los procesos implicados. Resulta más interesante porque muestra que adquirimos una

mayor potencia explicativa al examinar los mecanismos que rigen toda una amplia gama de episodios contenciosos que al clasificarlos como si éstos funcionaran según leyes específicas propias.

EL NACIONALISMO EN EL DISCURSO, EL NACIONALISMO EN LA PRÁCTICA

El nacionalismo se analiza muy a menudo como un sentimiento o una creencia, pero pocas veces como una clase de contienda política. Incluso Miroslav Hroch, que identifica una fase C del nacionalismo —la fase de los movimientos nacionales de masas— contempla esas acciones de base masiva «meramente como la externalización de las formas de pensar nacionalistas aparecidas considerablemente antes del inicio de las acciones nacionalistas» (Hroch, 1985: 22-24). Igual que Mark Beissinger (próxima publicación: 9), nosotros argumentamos en contra de ese determinismo cognitivo y afirmamos, no sólo que el paso de la fase B a la fase C resulta problemático e interesante, sino que incluso las identidades nacionalistas y las predisposiciones que Hroch encuentra únicamente en la fase B se forman interactivamente en la contienda política de los episodios nacionalistas.

Y vamos aún más lejos. Aun cuando se lo describe como un «movimiento», poca atención se presta en la literatura sobre el nacionalismo a su semejanza e interacción con otras formas de contienda. Las definiciones se centran frecuentemente en la dicotomía subjetivo/objetivo del sentimiento nacional, en la imaginación de naciones y en el nacionalismo bueno como opuesto al nacionalismo malo; todas ellas propiedades discursivas, más que interactivas. Un gran número de académicos han debatido sobre la cuestión de si la nación es algo esencial o inventado (Eley y Suny, 1996) y de si ésta se corresponde con una lengua, una etnia o con grupos comunitarios. Nosotros evitamos entrar en el debate subjetivo/objetivo, estamos de acuerdo con que las naciones son algo imaginado, pero pensamos que se trata de una cuestión menos interesante que la interacción del nacionalismo con otros conflictos y otras formas de política —tanto prescritas como contenciosas— cuando éste echa raíces en distintos contextos políticos.

En términos muy generales, el nacionalismo implica las dos reivindicaciones paralelas de que naciones distintas tienen derecho a tener estados distintos y de que los gobernantes de estados distintos tienen el derecho a imponer definiciones culturales nacionales a los habitantes de dichos es-

tados. La política nacionalista, por lo tanto, se divide en dos formas interdependientes: los esfuerzos de los miembros autoidentificados de las naciones que actualmente no controlan su propio estado por adquirir un estado independiente, y los esfuerzos de los gobernantes por lograr que sus definiciones de la cultura y el interés nacionales prevalezcan dentro de su propio territorio. Evidentemente, en cada caso las disputas políticas tienen que ver tanto con quién tienen el derecho a controlar qué territorios, como con quién tiene derecho a hablar en nombre de qué naciones. Seguimos en gran parte a Haas (1986), y procedemos a partir de las siguientes definiciones:

Una nación es un cuerpo de individuos que se reivindican unidos por algún conjunto de características que los diferencian de quienes se encuentran fuera del grupo, y que luchan ya sea por crear su propio estado, ya sea por mantenerlo.¹

Una nación-estado es una entidad política cuyos habitantes afirman ser una única nación y desean seguir siéndolo.

El nacionalismo es la reivindicación de un grupo de gente de que deberían constituir una nación o de que ya la constituyen, pero esta categoría genérica se subdivide en:

- a. *Sentimiento nacional*: la pretensión de que las personas situadas a uno de los lados de una frontera categorial deberían ejercer la autodeterminación en algún momento del futuro.
- b. *Ideología nacionalista*: un cuerpo de argumentos e ideas sobre una nación defendidos por un grupo de escritores y activistas que encarnan un programa político para la consecución de una nación-estado.
- c. *Mito nacional*: el núcleo de las ideas y afirmaciones que la mayoría de los ciudadanos aceptan respecto a una nación-estado y que está por encima de sus divisiones políticas cuando se ha conseguido crear una nación-estado.

Un movimiento nacionalista (y esto lo añadimos nosotros a las definiciones de Haas) es una lucha entre (a) activistas que abrazan una ideología nacionalista y (b) estados y/u otros grupos que bien se oponen o bien son indiferentes a sus pretensiones.

1. Haas emplea el sintagma modificador «socialmente movilizado», una expresión que preferimos evitar porque se solapa con nuestro término «movilización». Tal modificador resulta crucial para la teoría de Haas porque éste abraza la idea de que el nacionalismo está relacionado con la modernidad y conduce a la racionalización.

LENGUA, ETNIA Y NACIONALISMO

Haas llega hasta aquí sin ligar el nacionalismo de forma irrevocable ni a la lengua ni a la etnia, aunque éstas constituyan frecuentemente el contenido de los sentimientos, ideologías, mitos y movimientos nacionales. Pero, igual que el nacionalismo mismo, la centralidad de tales nociones es contingente y está ligada al proceso de construcción de la nación-estado. A través de la contienda política, la lengua, la etnia y otros símbolos de especificidad categorial se convierten en formas movilizadas de identidad política.

Pensemos en la lengua. Según un antiguo dicho, una lengua es un dialecto que ha logrado tener un ejército propio. Por lo menos para la experiencia europea de los últimos pocos siglos, la correlación está clara, pero no las líneas de causación. Mientras que algunos grupos lingüísticos crearon estados y los dotaron de ejércitos, otros consolidaron y dieron forma a unas lenguas y culturas nacionales que, después, se presentaron como el origen y la justificación de fronteras y ejércitos. En estados como Francia, Inglaterra e Italia, las lenguas que se consideraron estándar y que se enseñaban en las escuelas se convirtieron en el medio de comunicación favorecido, mientras que sus parientes pobres lingüísticos, como el bretón y el auvernés, el galés y la lengua de Cornualles, el siciliano y el ladino perdieron terreno. En la parte oriental del continente, pequeños grupos de intelectuales dieron forma a unas lenguas «nacionales» a partir de antiguos dialectos y las imaginaron eternas.

Independientemente de la importancia de una lengua común para la construcción de una nación y un estado, la idea de un único grupo lingüístico por cada estado es peculiarmente reciente. Aunque la preferencia por el monolingüismo ya había surgido en Europa para 1800, la mayoría de los gobiernos no emprendieron ninguna acción drástica a favor de éste a lo largo de los 50 años siguientes, y a los movimientos nacionales de principios del siglo XIX les preocupaba menos la conformidad lingüística que la viabilidad nacional (Hobsbawm, 1990: cap. 1). Si existían unos criterios de común acuerdo que permitían clasificar a un pueblo como una nación, éstos eran tres: la asociación histórica con un estado existente o con un estado con un pasado bien prolongado; la existencia de una élite cultural establecida desde hacía tiempo; o «la capacidad probada de conquista» (Hobsbawm, 1990: 37-38). El principio de que los estados se definen por lenguas distintas no está inscrito ni en la historia ni en la naturaleza.

Tampoco ha prevalecido siempre la planificación lingüística como herramienta del poder del estado. Federico el Grande de Prusia y Catalina de Rusia hablaban en francés con sus semejantes, mientras que el manchú

siguió siendo durante mucho tiempo la lengua confidencial de los gobernantes chinos de la dinastía Qing (o Ch'ing). Cavour hablaba francés con más facilidad que italiano, mientras que el gobernante del Reino de las dos Sicilias se sentía más cómodo cuando hablaba en el dialecto local napolitano. Incluso hoy en día, el francés, el italiano y, en menor medida, el retorromano florecen junto al alemán (emparejado con numerosas variantes locales del *Schwyzerdütsch*) como lenguas completamente desarrolladas de Suiza. Las prácticas suizas revelan la naturaleza contingente de la lengua como criterio de nacionalidad.

Y tampoco han desaparecido las lenguas minoritarias en la misma medida para todos los usos en todas las naciones-estado completamente establecidas. El siciliano y el veneciano sobrevivieron durante generaciones en la Italia unificada como lenguas familiares. En muchos países recientemente independientes parece que está apareciendo una fórmula de «dos +/- una» lenguas, más que la homogeneización lingüística que es de esperar que prevaleciera (Laitin, 1992, 2000). De las principales naciones-estado europeas o derivadas de Europa, sólo Francia e Israel han convertido la pureza lingüística en un fetiche (Hobsbawm, 1990: 21).

Una ambigüedad semejante es la que relaciona la nacionalidad con las etnias. La etnia es la pretensión construida de un origen común, una cultura compartida y un destino unitario, pero, a diferencia de la nacionalidad, no confiere necesariamente a sus defensores una postura política y, además, su relación con la nacionalidad es cambiante y no esencial. «Nacionalismo y etnia están relacionados», escriben Stephen Cornell y Douglas Hartmann, «pero no son lo mismo. Lo que distingue con mayor claridad al nacionalismo de la etnia es su agenda política» (Cornell y Hartmann, 1998: 37). Al igual que otras identidades, la nacionalidad y la etnia hacen referencia a relaciones sociales, más que a atributos individuales; descansan sobre unas categorías socialmente organizadas, e implican la pretensión de unos derechos y obligaciones colectivos.

En el caso de la etnia, las pretensiones de derechos y obligaciones varían en grado y en tipo: desde el reconocimiento pasajero de la afinidad hasta la singularización legal en aras de un trato especial, negativo o positivo. Intelectuales, clérigos, profesores de lenguas, burócratas, soldados y buscadores de rentas nacionalistas se han apuntado en uno u otro momento al carro que conducía a la estrella étnica y han querido elevar ésta al rango de nacionalidad distinguiéndola de otras etnias. Otros han construido la etnia como cimiento de un estado existente que esperaban erigir a su propia imagen. Algunos otros la han ignorado cordialmente y han construido la identidad nacional sobre criterios surgidos de la vida en común, sobre la sospecha compartida de los vecinos o sobre unas fronteras creadas por el estado.

LA CONSTRUCCIÓN DE ESTADOS Y LA NACIONALIDAD

Pero, en el caso de la nacionalidad, los derechos y las obligaciones conectan entre sí a las personas que se encuentran a uno de los lados de una frontera categorial —una frontera estatal— y a los agentes del estado que defienden tal frontera. No todos los procesos de construcción de nacionalidades son premeditados. Muchos son el resultado no intencionado del desarrollo institucional o de la expansión nacional de los estados. Mucho antes de la invención del término «nacionalismo», la aparición de estados de capacidad alta y de economía de alta intensidad rehizo el mapa del mundo. Esos dos procesos gemelos estandarizaron unas lenguas nacionales, impusieron unas pocas de esas lenguas como herramientas para el comercio y para el imperio, barrieron a muchas hablas ampliamente extendidas hacia la periferia de la vida pública y produjeron unos territorios sustanciales en los que la mayoría de las personas sólo hablaban una única lengua reconocida. Al ir creando unas categorías uniformes y estándar de ciudadanos, con sus obligaciones, los estados crearon lenguas nacionales. Al crearse unas lenguas nacionales, se desarrollaron unas formas culturales nacionalmente certificadas. Al crearse dichas formas culturales, otras quedaron relegadas a la categoría de etnias, dialectos y folklore (Duara, 1996).

Los europeos del siglo XIX seguían un modelo establecido antes por los conquistadores franceses, que, bajo regímenes napoleónicos, revolucionarios y expansionistas incitaban a grupos locales de patriotas a rebelarse emulando a la nación francesa. Cuando estos triunfaban, establecían gobiernos al estilo francés en los territorios conquistados, y su deseo ya no era estimular el nacionalismo en dichas áreas, sino concederles una autonomía real. Pero la construcción de naciones resultó ser infecciosa. Después de la retirada de los franceses y de la restauración de los viejos regímenes, pequeños grupos de conspiradores —muchos de ellos, antiguos administradores para los franceses— desarrollaron ideologías de republicanismo y democracia. En un ejemplo clásico de espiral de oportunidades y moldeamiento de éstas, el nacionalismo francés *dirigido* desde el Estado dio origen a unos movimientos nacionales que *aspiraban* a un estado en los territorios definidos por los franceses y que éstos habían llevado a la desintegración estatal mediante los mismos procesos que producían nuevos estados.

El nacionalismo dirigido desde el estado incitaba al nacionalismo que aspiraba a lograr un estado de tres modos:

Primero, mediante la generación de resistencia y de reivindicaciones de autonomía política por parte de las poblaciones culturalmente específicas que vivían dentro del perímetro de un estado en proceso de nacionalización.

Segundo, haciendo proselitismo entre los ciudadanos culturalmente relacionados de estados vecinos o, por lo menos, apoyando sus aspiraciones.

Tercero, mediante la aportación de unos modelos de estado claros y ventajosos a la mirada envidiosa de los aspirantes a liderar futuras naciones ahora sin estado.

A eso siguieron otras formas más nuevas de nacionalismo dirigido desde el estado, que competían con los nacionalistas que aspiraban a crear un estado mediante la combinación de sus propios discursos con la legitimidad y los recursos militares y administrativos de unos estados ya existentes, como en el caso del Reino de Piamonte-Cerdeña, gobernado por la casa de Saboya, o en el del antiguo Imperio zarista.

Dentro de Europa, el desmembramiento de los imperios austrohúngaro y otomano generó múltiples oportunidades para ambos tipos de nacionalismo. El primero amenazaba la hegemonía de los estados e imperios tradicionales y conducía, en parte, a su destrucción y, en parte —como en el caso del Imperio turco—, a la redefinición de los estados nacionales. Fuera de Europa, los mismos modelos de formación de estados dominaron en el continente americano y en el Asia oriental. El nacionalismo que aspiraba a un estado conducía a la desintegración de los estados y a la redefinición de los estados e imperios dinásticos como naciones-estado. Veremos su interacción en los dos casos que hemos escogido para analizar en este capítulo.

NACIONALISMO Y CONTIENDA

¿Qué tiene todo esto que ver con la contienda política? Mucho, aunque es difícil darse cuenta de ello al leer gran parte de los trabajos sobre nacionalismo.

Por razones que tienen más que ver con la moda intelectual que con la historia o con la política, tanto los estudiosos tradicionales del nacionalismo, como Hayes (1966) y Kohn (1955), como sus modernos sucesores, como Anderson (1991) y Balibar (1991), se han centrado en el nacionalismo como una forma de discurso. Raras veces se han preocupado de discriminar entre los sentimientos, las ideologías y los mitos de Haas, y han

ignorado cordialmente la política de la contienda nacionalista, además de su intersección con otras formas de política. En el caso de los tradicionalistas, eso se concretaba en el estudio de las ideologías explícitas de los teóricos nacionalistas, aunque también se sondeaban a menudo los sentimientos nacionales.

En el caso de los modernistas, el nacionalismo como discurso combinaba de manera indiferenciada sentimientos, ideologías y mitos bajo el paraguas del constructivismo social. A diferencia del caso de los tradicionalistas —que, invariablemente, se centraban en los ideólogos nacionalistas—, con frecuencia resultaba difícil discernir *quién* era el que realizaba la construcción: los ideólogos, los movimientos o los propios analistas. En ambos casos, no siempre quedaba claro si la construcción se producía en la mente de las personas, en sus aulas o en la interacción con los otros significativos. En los casos en los que sí se presta atención a la contienda, las «guerras entre culturas» pasan a ocupar el lugar de la lucha política (Smith, 1996: 123), lo que elimina al nacionalismo de la política. «El constructivismo», observa Mark Beissinger, «no se ha preguntado por lo general de qué manera la acción colectiva puede ser en sí misma constitutiva de una nacionalidad» (Beissinger, próxima publicación: 10).

La literatura sobre el nacionalismo también se ha ocupado de llevar a cabo el tipo de sectorialización del mundo de la contienda política que nosotros rechazamos. Pensemos en nuestro segundo caso: la desintegración de la Unión Soviética. «La *glasnost*», escribe Mark Beissinger, «no comenzó como una eclosión nacionalista. Se convirtió en eso [...] La primera gran erupción de nacionalismo que se produjo en el periodo de la *glasnost* no tuvo lugar hasta casi un año y medio después de que se iniciara la *glasnost* [...], y no tenía nada que ver con el secesionismo que acabó dominando las agendas de los movimientos nacionalistas» (Beissinger, de próxima publicación: 47). Tal y como muestra la obra de Beissinger, aprenderemos más sobre el nacionalismo si lo conectamos con otras formas de contienda que si lo separamos para tratarlo de forma especializada.

Nuestro objeto aquí no es hacer un repaso de los nacionalismos en el mundo, sino conectar de una forma más sólida el nacionalismo con la contienda política en general. Para hacerlo, empezamos con los contextos de los movimientos nacionalistas en cada uno de nuestros dos casos tan distintos: la Italia en vísperas de la unificación nacional y la Unión Soviética en el momento en que se tambaleaba a punto de desintegrarse.

Cuando se produjo la unificación de Italia en la década de 1860, nunca se prestó atención a la cuestión de las lenguas distintas del italiano, y el modelo administrativo que se escogió estaba diseñado para anexionar al Piamonte toda un plétora dispersa e inconexa de pequeños estados. El

Estado nacional que surgió era centralizado pero débil: justo una situación que, de continuar las demás cosas igual que estaban, podría esperarse que hubiera dado origen a oleadas de movimientos periféricos de resentimiento y a movilizaciones. Pero aunque la palabra «revolución» era un término familiar en la Italia de 1860 (Grew; 1996), los movimientos nacionalistas regionales han sido débiles y esporádicos, y ni siquiera el ciclo de protestas de la década de 1960 dio lugar a una revuelta regional seria. ¿Cómo pudo Italia mantener unidas una península defectuosamente integrada y dos culturas isleñas específicas sin un Estado fuerte? El acertijo sólo puede resolverse si se examinan las interacciones políticas que rodearon al proceso de formación del Estado y los mecanismos mediante los cuales se construyó el nuevo Estado y se preservó la unidad nacional.

Por el contrario, durante más de setenta años, la Unión Soviética organizó gran parte de sus gobiernos regionales en torno a principios nacionalistas. Regiones como el Tayikistán y el Uzbekistán recibieron su nombre de sus poblaciones mayoritarias, y a las lenguas de esas nacionalidades nominales se les otorgó formalmente el mismo estatus que al ruso. Los líderes administrativos y del Partido formados en Moscú se reclutaban a partir de las supuestas nacionalidades de cada región, y los sistemas de apadrinamiento en las regiones se edificaron según líneas étnicas. Dicha organización de la política regional en torno a las nacionalidades produjo toda una alineación de aspirantes a dirigir los estados sucesores cuando la Unión Soviética se estaba desintegrando. También hizo que resultara políticamente controvertido el papel que debía desempeñar el ruso, la gran lengua de conexión, en cada uno de los territorios de la antigua Unión Soviética, excepto en el de Rusia misma.

¿Surgió alguna vez un mito nacional en el extenso Imperio soviético? ¿Eran tan fuertes los sentimientos nacionales —tanto los heredados como los contruidos por la política de nacionalidades soviética— como para aflorar a la superficie con el debilitamiento de Estado soviético? ¿O se volvieron nacionalistas los miembros del aparato comunista, formados por Moscú para gobernar sus regiones, en el proceso de la contienda? La forma en que el monolito soviético, anteriormente titánico, se volvió vulnerable a los grupos lingüísticos minoritarios es en muchos aspectos la inversa a cómo se formó el débil y disperso Estado italiano. Empezaremos por el episodio más antiguo.

ITALIA: LA CONSTRUCCIÓN DEL ESTADO SIN HEGEMONÍA

Cuando se produjo la unificación de Italia en la década de 1860, más que acomodarse a la heterogeneidad de la península y las dos islas, el rey del Piamonte, Víctor Manuel, y su primer ministro, Cavour, escogieron, al estilo francés, anexionarse el resto del país. No alcanzaron un pacto con las variadas tradiciones culturales y administrativas de las regiones anexionadas. Las consecuencias fueron, como era de prever, tempestuosas. En Roma, aún bajo el dominio papal, se tramaron conspiraciones para hacer regresar a los Borbones a Nápoles y para subvencionar al bandidaje organizado del sur continental. En Sicilia, la única forma que les quedó a los nuevos gobernantes de contener la violencia de los campesinos, el republicanismo y el bandidaje fue la instauración de un virtual estado de sitio (Riall, 1998). Aún hoy, el mapa de Italia sigue teniendo casi el mismo aspecto que en 1861, a excepción de la anexión del Véneto, de los dominios papales y de las adquisiciones de la Primera Guerra Mundial.

La mayoría de las discusiones de la unificación italiana comienzan, previsiblemente, con la cita del aforismo famosamente simplificador de Massimo d'Azeglio: «Ya hemos hecho Italia; ahora tenemos que hacer italianos.» Pero éste resulta tan engañoso como iluminador. Resulta iluminador porque es en realidad cierto que el grueso de la población de la península italiana y de las dos islas poco sabían de Italia antes de 1860, y pocos hablaban italiano antes de esa fecha. No obstante, resulta engañoso por la asunción implícita de que tal estado de cosas resultaba inusual. Si pensamos que, en la mayoría de las futuras naciones-estado, habría resultado difícil encontrar un nacionalismo popular entre las masas, la especificidad de Italia se convierte en algo más bien relativo. La unidad nacional se gestó por medio de los mismos recursos, oportunidades y mecanismos que han conferido desde entonces al Estado italiano tanto su durabilidad como su debilidad.

El paradigma clásico de los movimientos sociales nos ayuda a ver los recursos y oportunidades que hicieron que Italia se unificara en el momento en que lo hizo. Los cuatro principales fueron los siguientes:

1. En la unificación italiana se combinaron un nacionalismo dirigido desde el estado con uno que aspiraba a lograr un estado: Cavour y Víctor Manuel ya tenían un Estado que querían ampliar; los mazzinianos deseaban crear uno *ex nihilo*; y los sureños antiborbónicos —especialmente en Sicilia— tenían uno del cual querían deshacerse (Riall, 1998; Romeo, 1963). Sobre todo en Sicilia, el movimiento a

- favor de la aceptación de un conjunto de gobernantes extranjeros (el Reino de Piamonte-Cerdeña de Víctor Manuel) venía anticipado por el hundimiento de otros gobernantes extranjeros (los Borbones napolitanos).
2. El Piamonte-Cerdeña contaba con la aprobación europea de sus planes (Lyttleton, 1991: 232; Mack Smith, 1985: caps. 2-3). Cavour logró manipular las rivalidades entre los vecinos del Piamonte-Cerdeña—Francia, Prusia y Austria—y aprovecharse del interés de Gran Bretaña en contar con un contrapeso importante en el Mediterráneo de su rival, Francia.
 3. Las élites intelectual y profesional ya tenían una lengua literaria y administrativa. El italiano —al igual que muchas de las lenguas de los nacionalismos— «creaba un campo unificado para el intercambio y la comunicación por debajo del latín y por encima de las hablas vernáculos» (Anderson, 1991: 44).
 4. El nacionalismo llegó a contar con el apoyo de muchas personas cuyo interés en la unidad nacional antes de 1860 era cuestionable o inexistente, y fue producto de, y no condición para, el episodio que examinamos a continuación.

LA REVOLUCIÓN EN EL SUR

El sur ha quedado en gran parte excluido como actor primario en la historia más familiar de la unificación de Italia. Mientras que las élites del norte menospreciaban el sur como un paraíso habitado por demonios, su conquista por parte de Garibaldi estuvo precedida de una vigorosa revuelta local y desempeñó un papel clave en la descertificación del Estado borbónico de Nápoles y en la construcción del nuevo Estado. El resultado de esa revolución contra los Borbones encarna de forma especialmente intensa los mecanismos que generaron el nuevo sistema político.

Por todo el sur, el declive de la aristocracia, el fin formal del feudalismo en 1812 y las políticas de reforma agraria de los Borbones habían creado una nueva clase media de provincias. En todos los lugares de la región, los campesinos poco se habían beneficiado de las reformas de los Borbones y, de hecho, sí que habían acusado el odiado impuesto *macinato* que se les exigía. Desde 1820 en adelante, se produjeron oleadas de insurrecciones violentas pero poco efectivas, las más dramáticas en los años 1847-1848. Pero el Reino de las dos Sicilias «estaba protegido», tal y como lo expresaba un bromista inglés, «por el agua salada en tres de sus lados y por el agua

sagrada en el cuarto». Sobrevivió gracias al consentimiento de los Habsburgo, el poder dominante en la península después de 1815, y a las divisiones entre las clases propietarias de Sicilia y del continente.

En Sicilia, junto a una orgullosa nobleza insular que durante mucho tiempo había odiado la dominación de Nápoles, las reformas borbónicas crearon una nueva clase media de propietarios de tierras que tanto se sentía resentida por el control de Nápoles como se aprovechó de él para hacerse con el control de la tierra y monopolizar la administración local (Riall, 1998: cap. 1). El sentimiento autonomista y separatista se veía animado por la distancia de la capital, por la absoluta incapacidad de los Borbones para gobernar eficazmente la isla y por los pequeños grupos de demócratas de la parte oriental de la isla. Pero la misma reforma agraria que enriqueció a la clase media despojó al campesinado de los derechos comunales de los que habían dependido con el viejo régimen. «Para mediados del siglo XIX», escribe Lucy Riall, «los campesinos de Sicilia se habían convertido en una fuerza revolucionaria» (Riall, 1998: 57).

Todo ello configuraba una mezcla inestable y explosiva. Tal y como escribe Riall:

Implicaba una lucha a múltiples bandas superpuestas entre las élites tradicionales y las no tan tradicionales, los liberales, los demócratas, los autonomistas, los Borbones, los clérigos y los pobres urbanos y rurales [...] Fue en Sicilia donde empezó la revolución contra los Borbones, y fue allí donde más dramático fue el hundimiento de la autoridad política y administrativa en 1860 (Riall, 1998: 27).

Las observaciones de Riall vienen a apoyar nuestro enfoque según el cual el nacionalismo debe contemplarse en relación con la política —contenciosa o de otro tipo—; de que sus episodios más interesantes van mucho más allá de la imaginación de los intelectuales nacionalistas, y de que la contienda por la construcción de una nación es algo mucho más palpable que la «guerra entre culturas». De hecho, gran parte de los nacionalismos son resultado de la interacción de unas reivindicaciones y unos conflictos que no presentan conciencia alguna de su carácter nacionalista.

No podemos repasar aquí toda esta larga y embrollada historia. Nos centraremos en el breve ciclo de 1859-1861 en Sicilia. Durante ese periodo, la política de Cavour de anexión asistemática pasó de tener un éxito relativo a un éxito rotundo. Garibaldi y sus *mille* asombraron al mundo con su invasión de Sicilia, y Cavour —en un brillante pero cínico ataque preventivo— marchó hacia el sur, en apariencia para evitar que los camisas rojas de Garibaldi entraran en los Estados papales, pero, en realidad, para hacerse con el control de la revolución que había llevado a cabo Garibaldi. Nosotros nos centraremos en el episodio central: la conquista

de Sicilia por Garibaldi, los conflictos políticos y sociales que ésta desencadenó y la cooptación a tal victoria por parte de Cavour. Los principales grupos eran: los demócratas que apoyaban a Garibaldi; los liberales moderados de Cavour; los pobres sicilianos, que aprovecharon la oportunidad de su llegada para atacar a los terratenientes; y las clases altas y medias sicilianas, cuyo instinto inicial favorecía la autonomía, pero que acabaron apoyando la anexión. La interacción de todos esos actores revela los mecanismos que condujeron al triunfo de la unificación y a muchas de las peculiaridades del Estado nacional italiano que surgió de ésta.

SICILIA EN 1860: UN EPISODIO CONTENCIOSO

A finales de 1859, habría sido difícil imaginarse a Cavour y Víctor Manuel como gobernantes de toda la península y, sobre todo, de esa particular cultura isleña. Con los austriacos cómodamente instalados en Milán y en las fortalezas del valle del Po y con una guarnición francesa protegiendo los dominios papales, los objetivos de Cavour no pasaban de expulsar a Austria del valle de Po y lograr para el Piamonte el control del Lombardo-Véneto. Lo consiguió en 1859 provocando una guerra con Austria cuando ese país estaba más débil y burlando a los radicales milaneses que soñaban con una república. Se granjeó el apoyo de Francia con la cesión de Niza a Luis Napoleón; el de Prusia, gracias al golpe asestado a su rival, Austria; y el de Inglaterra con la idea de que una Italia independiente equilibraría el poder francés (Mack Smith, 1954: 1).

Hasta ese momento, no era más que un Estado pequeño que bregaba por adquirir un tamaño medio con el consentimiento de sus superiores: ni asomo, aquí, de contienda política, y pocos signos de nacionalismo. Pero, siempre oportunista, Cavour se anexionó los ducados del centro de Italia incitando a los demócratas locales a celebrar plebiscitos en nombre del nacionalismo italiano. Cada una de esas adquisiciones se sumó de un modo poco sistemático al Estado ya existente por medio de lo que algún bromista denominó la estrategia de «alcachofa» de Cavour (Mack Smith, 1954: 50). El sueño de Mazzini de crear una identidad italiana por medio de una catártica sublevación nacional parecía que se esfumaba gracias a un proceso gradual de ordenación de las fronteras. El cauto Cavour todavía pensaba que la unidad nacional era una quimera, pero eso era antes de la expedición de Garibaldi y de los conflictos y las reivindicaciones que ésta activó.

Sicilia fue la gran excepción al modelo de «conquista real» de la unificación italiana. Gobernada desde Nápoles durante la mayor parte de los 300 años anteriores, había gozado de un breve momento de libertad constitucional entre la derrota de Napoleón y el regreso de los Borbones, así como entre 1847 y 1848, cuando su burguesía había desempeñado un papel líder en el arranque de las revoluciones europeas de esos años (Romeo, 1950: 306). Pero, como Sicilia era, o se veía a sí misma como, una colonia de Nápoles, dicha revolución había tenido un marcado tono separatista que superaba la tradición de autonomismo presente entre las clases superiores de la isla (Riall, 1998: cap. 1; Romeo, 1963). Fue ésa la época en la que los intelectuales sicilianos empezaron a reformular la gloriosa, aunque trágica, historia de la isla de reiteradas invasiones y a publicar diccionarios del habla vernácula siciliana. Pocos sicilianos pensaban seriamente en convertirse en portadores de la bandera del nacionalismo italiano para el piamontés Víctor Manuel.

Pero, mientras que las insurrecciones municipales y los plebiscitos amañados que acompañaron a la conquista de Cavour de la Italia central fueron poco más que adjuntos de la política real, la invasión de Sicilia por Garibaldi, su rápida marcha a través de la isla y las luchas políticas que acompañaron a su llegada a Palermo constituyeron un dramático ciclo contencioso que generó nuevas identidades y forjó nuevas alianzas. El episodio lo desencadenaron tanto la revuelta autónoma de los demócratas de clase media en las ciudades como los alzamientos de los campesinos airados contra los terratenientes y contra los Borbones (Riall, 1998: cap. 2), que propiciaron el regreso a la isla de los exiliados de 1848 para ejercer de emisarios y contactar con las bandas de las colinas y organizar las actividades revolucionarias en las ciudades. Cuando la revuelta se extendió desde Palermo a los demás centros principales y al campo, esos emisarios instaron a Garibaldi a lanzar su expedición.

Sin apoyo alguno por parte de Cavour —que, de hecho, ordenó a la armada piamontesa que lo detuviera en un determinado punto— y con un ejército popular compuesto de mazzinianos, republicanos, demócratas, intelectuales en paro y aventureros, el desembarco de Garibaldi en Marsala se produjo en realidad en un momento en el que las anteriores revueltas estaban perdiendo empuje. Las noticias del desembarco provocaron una oleada aún más general de sublevaciones campesinas, incitaron a las revueltas municipales en las ciudades principales, propiciaron el hundimiento del gobierno local y de las comunicaciones locales y, de ese modo, provocaron la retirada de los Borbones al continente.

Al igual que muchos otros episodios nacionalistas de todo el mundo, la revolución siciliana no fue la representación mental homogénea de una revolución nacional. Fue una oleada de contienda política en la que partici-

paron numerosos actores cuyos objetivos distaban de ser nacionalistas, así como otros actores que se volvieron nacionalistas en el curso de la contienda. Los sicilianos se sumaron a Garibaldi y a sus *mille* partiendo de toda una diversidad de posturas y por toda una diversidad de razones: los nobles se oponían a las reformas agrarias de los Borbones, a los impuestos y a la usurpación de la autonomía de la isla; los demócratas de clase media urbana buscaban un sistema de gobierno representativo; los campesinos empobrecidos esperaban encontrar en el Garibaldi de camisa roja un libertador de las presiones de los terratenientes; había también numerosos oportunistas con tierras y con puestos administrativos que desertaron de un régimen borbónico que se hundía en cuanto dio la impresión de que Garibaldi lograría la victoria. Los nacionalistas liberales que veían en el Piamonte la mejor esperanza para alcanzar un régimen de progreso y de libertad apenas si estaban presentes al comenzar el ciclo de contienda.

Las diferentes posturas llevaron a inevitables conflictos, tanto durante la «dictadura» de Garibaldi como después, cuando los piamonteses establecieron una *luogotenenza* provisional. Mientras que los campesinos aspiraban a la propiedad de las tierras y los demócratas esperaban una asamblea constituyente capaz de conseguir para Sicilia unos mejores términos de parte de Cavour, los autonomistas aspiraban a un Estado siciliano y los terratenientes querían mantener —y, posiblemente, incrementar— su poder local. Autonomistas, demócratas y campesinos, todos salieron perdedores. Con respecto a los primeros, Cavour insinuó (falsamente, según después resultó) que él vería con buenos ojos una autonomía local si el electorado se mostraba de acuerdo con la anexión. Los demócratas también salieron derrotados con la anexión, que ligó el sur y Sicilia a las estructuras administrativas centralizadas del Piamonte, y como consecuencia del éxito político de los moderados a la hora de dividirlos (Riall, 1998: 127-128).

Con respecto a los campesinos, el gobierno de Garibaldi —todavía ocupado en controlar el sur continental— dio marcha atrás en sus promesas iniciales de distribuir las tierras al aliarse con la clase terrateniente local para acabar con la anarquía (Riall, 1998: 89-90). Por lo que respecta a estos últimos, se aprovecharon de las subastas fácilmente amañadas de las tierras de la Iglesia y de los Borbones para engrandecerse y prestaron su apoyo a la anexión para evitar la anarquía rural. Aunque pocos eran los que tenían alguna noción de nacionalismo italiano en el momento del desembarco de Garibaldi, el miedo al desorden los llevó a sumarse a la causa piamontesa. Tal y como Tancredi, el joven héroe de Lampedusa, le explica a su tío: «Si la gente como nosotros no se implica, otros [es decir, los mafiosos y los delincuentes] te darán una república» (Tomasi di Lampedusa, 1960: 42). Cuando se celebró un plebiscito, en octubre, la anexión salió ganadora por un gran margen. Una Italia apenas imaginada se hacía

realidad como resultado de un complejo juego de conflicto de clases, miedo, ambición, incertidumbre y fuerza militar.

¿Por qué aceptaron los sicilianos tan rápidamente la anexión? ¿Se sintieron entusiasmados con los halagos de Cavour? ¿Desanimados por los grandes gestos y las dudas de Garibaldi? Está claro que no mostraban un gran amor por Italia. Cuando la desintegración social pareció amenazar la propiedad, los agentes de Cavour (además de instigar las manifestaciones contra el gobierno de Garibaldi) consiguieron que los grupos de clase media y alta, paralizados por el peligro de una insurrección rural y urbana, respaldaran la anexión. Lo que había comenzado como una insurrección popular doméstica y una guerrilla liderada por los demócratas terminó, a través de un episodio de contienda, como una conquista real con el apoyo de la élite social de la isla y en forma de un plebiscito bien controlado. Tal y como le explica también a su tío el joven héroe de Lampedusa; «Si queremos que todo siga como está, es necesario que todo cambie» (Tomasi di Lampedusa, 1960: 42).

Después de hacerse con el poder en Sicilia y en el sur continental, el nuevo régimen aplicó con rigidez la economía de mercado del Piamonte, su sistema legal y su administración centralizada en las regiones conquistadas. A todo eso se añadió una serie de despiadadas incursiones militares en el campo para evitar el bandidaje y el borbonismo. En el sur continental, se destruyeron pueblos enteros que apoyaban a los bandidos insurrectos (Mack Smith, 1969: 55-59). En Sicilia, se organizaron toda una serie de operaciones militares para destruir la resistencia a la unificación (Riall, 1998: caps. 5-7). En 1866, estalló una insurrección urbana y rural de gran escala apoyada por los borbónicos, los demócratas, los pobres de las ciudades y los bandidos rurales (Riall, 1998: cap. 8).

La integración fue más que militar. El severo peso de un sistema fiscal moderno y las deudas del Piamonte a causa de la guerra con Austria se aplicaron sin alivio sobre una región que carecía de unos recursos económicos modernos (Romeo, 1950). La unión aduanera liberal abrió el sur a la penetración comercial del norte, lo que acabó con las pocas industrias incipientes que habían patrocinado los Borbones y destruyó gran parte de la vida que aportaban los mercaderes y artesanos de Palermo cuando la capital quedó reducida al estatus de una ciudad de provincias. El hecho de que la insurrección siciliana de 1866 se organizara en base a los eslóganes de «¡viva la República!» y «¡viva la religión!» indica lo reducida que era en la isla la base popular del Gobierno (Riall, 1998: 207).

Sin embargo, el resultado fue una peculiar clase de integración, con profundas consecuencias para el lugar que ocuparían Sicilia y el sur en el Estado unificado. Desde el nombramiento del gobierno de Garibaldi en adelante, la necesidad de contar con interlocutores locales para el establecimiento del nuevo gobierno, la recolección de impuestos y el control del

desorden rural acercó a la causa nacional a aquellas élites locales que antes no se habían adherido ni a los demócratas ni a los liberales moderados. Además de lograr protección para un brutal sistema de propiedad de la tierra, dichas élites se beneficiaron de las recompensas que les reportaría el control de los gobiernos locales y del gobierno regional. En algunas localidades, la élite local gobernante la conformaban en esencia miembros de una misma familia en connivencia para su enriquecimiento mutuo, así como para mantener fuera a sus enemigos (Riall, 1998: 95-100). Los nuevos gobernadores regionales nombrados por Garibaldi y sus sucesores, como señala Riall,

usaron sus poderes para seguir sus propias políticas independientes en lugar de seguir las instrucciones de Palermo [...] Algunos gobernadores usaron su considerable poder para sus propios objetivos personales [...] Los que habían sido alcaldes, electores, decuriones, *capiurbani*, *sotto-capi* e, incluso, espías reconocidos con los Borbones eran ahora presidentes o miembros de los consejos locales y comandantes de la Guardia Nacional con los demócratas (Riall, 1998: 95, 96, 99).

Cuando los desafíos de los insurgentes continuaban en pie bien entrados los años de 1860, y con una policía y unos *carabinieri* incapaces de controlarlos, el Gobierno no encontró alternativa alguna a la inclusión de élites locales de todas las franjas ideológicas. El punto culminante se alcanzó después de 1866, cuando el jefe de policía de Palermo «recuperó la práctica de los Borbones de pactar con criminales como medio para mantener el orden público». Para las élites rurales de Sicilia, «el control y la manipulación del gobierno local se volvieron centrales para su poder dentro de la comunidad en su totalidad» (Riall, 1998: 227). Esa situación socavaba la fuerza y la legitimidad del Estado nacional, a pesar de que incrementaba la dependencia de las élites locales respecto del Gobierno central.

No fue hasta 1876 que la izquierda parlamentaria llegó al poder con Depretis, pero, para entonces, lo que unía a ésta era poco más que su oposición a la derecha, su ambición de posición y poder (Lyttleton, 1991: 223) y su resentimiento por la hegemonía del Piamonte. La principal fuerza de Depretis estaba en el sur, donde la interferencia de la prefectura en las elecciones, la «transformación» de los diputados de la derecha en defensores de la izquierda a cambio de favores y toda una serie de pactos con las élites locales convirtieron las prácticas que había usado la derecha para restaurar el orden en mecanismos de consenso. No sólo los demócratas y mazzinianos de la izquierda y los católicos de todo signo, sino también los conservadores de derechas —y, por supuesto, todos aquellos que buscaban la autonomía regional—, se sentían traicionados por un régimen que había satisfecho pocas de las esperanzas de quienes habían luchado

para construirlo. Para la década de 1870, ya no se apreciaban más publicaciones de diccionarios de siciliano. Una proto-nación sin estado había dado lugar a un Estado con poca autoridad y lo había vinculado, por medio del clientelismo, las recompensas y la protección, a las élites sicilianas que podrían haber liderado una revuelta.

MECANISMOS DE UNIFICACIÓN

Sería fácil acabar aquí nuestra historia, después de mostrar que Italia se construyó, no mediante una «guerra entre culturas» ni mediante un movimiento nacionalista específico, sino mediante una combinación de maniobras políticas y militares, de conflicto de clases y de toda una diversidad de formas de contienda política. El episodio evolucionó aceleradamente hacia su culminación gracias a unos mecanismos que nos resultan ya familiares a partir de otros episodios no nacionalistas. Nos centraremos en cuatro de ellos que reaparecerán en nuestro caso de desintegración nacional en la segunda parte de este capítulo: las espirales de oportunidades, el cambio de identidad, la competencia y la correeduría.

Espirales de oportunidades

En diferentes fases de la historia —la vibrante invasión de Garibaldi, los cambios de política de Cavour, las ocupaciones de tierras por parte de los campesinos sicilianos, la adhesión de los autonomistas a la anexión— queda demostrado el mecanismo del cambio y expansión de oportunidades, un mecanismo familiar para muchos de los estudiosos de la contienda política. Las espirales de oportunidades operan mediante secuencias de cambios ambientales, interpretaciones de dichos cambios, actuación y contraactuación, que se repiten cuando una acción altera el entorno de otro actor.

La oportunidad que le ofrecía la insurrección de abril de 1860 en Sicilia convenció a Garibaldi de llevar a su ejército popular a lo que a Cavour le parecía una misión peligrosa y con pocas esperanzas de éxito. A su vez, los primeros triunfos de Garibaldi provocaron las ocupaciones de tierras de los campesinos, lo que hizo huir a policías y locales a las ciudades y debilitó el poder de los Borbones. Tales triunfos convencieron a Cavour de que era necesario sacar provecho de ambas acciones. Mack Smith resume hábilmente este momento catalizador:

El movimiento nacional no era fuerte, sino que, durante un breve momento, coincidió con un movimiento social de gran fuerza. Cuando el gobierno de los Borbones quedó paralizado por la falta de colaboración de las principales familias de cada población, la rebelión política se sumó a la revolución social y se extendió al campo desde Palermo. Eso, a su vez, provocó el hundimiento de las autoridades locales por toda la isla. La policía tuvo que huir para salvar la vida. Los feudos familiares y los agravios sociales se hicieron manifiestos y la sociedad quedó pronto en una situación de disolución más o menos completa (Mack Smith, 1954: 9).

Cambio de identidad

Pero las revoluciones no están hechas tan sólo de oportunidades. Los dramáticos acontecimientos de abril y mayo de 1860 desencadenaron un proceso de transformación de las identidades y de las afiliaciones. Mientras que antes de la expedición de Garibaldi pocos creían que fuera posible la construcción de Italia, para finales de abril el ministro británico en Nápoles señalaba «el sorprendente avance que ha experimentado la idea de la anexión y la de un Reino italiano único en los últimos seis meses» (citado en Mack Smith, 1954: 8). Es difícil que nada de eso afectara a los numerosos pobres sicilianos sin tierras, cuyas preocupaciones eran más sociales que políticas, pero su sublevación ayudó a que un gran número de terratenientes sicilianos se pasaran del autonomismo al campo realista.

Garibaldi había apostado en primera instancia por el apoyo del campesinado, «pero pronto descubrió que su única oportunidad de lograr una victoria política permanente estaba en lograr el apoyo de los propietarios de las tierras» (Mack Smith, 1969: 42), que se unieron al partido anexionista en busca de protección contra sus propios campesinos. «Por su propia lógica, pues, un movimiento que se había desarrollado a partir de la rebelión de los campesinos contra los terratenientes acabó del lado de los terratenientes y contra sus campesinos» (Mack Smith, 1969: 42) y, por lo tanto, del lado de la anexión y contra la autonomía. Su entusiasmo por Italia se enfriaría rápidamente con la ruptura de las promesas de descentralización, pero en 1860 las clases altas autonomistas se habían vuelto anexionistas (Romeo, 1950: 339).

No son sólo las élites sicilianas, sino que también el propio Cavour muestra el poder de la contienda política de la transformar las identidades. Defensor hasta 1860 de poco más que una confederación de estados italianos, contemplaba la pura unificación como una ilusión mazziniana acosada por los peligros de la intervención extranjera y la revolución republicana (Mack Smith, 1954: 23). No obstante, al llegar al norte las noticias de los triunfos de Garibaldi y recibir de Francia la palabra de que no se interferiría, la actitud de Cavour experimentaba un giro de 180° cuando

éste se refería a la hazaña de Garibaldi como «el hecho más poético del siglo» y enviaba refuerzos y armas para ayudar a la campaña (Mack Smith, 1954: 29-39). A partir de ese momento, Cavour se convirtió en pleno defensor de la anexión, dio la espalda a los Borbones y planeó la construcción de un Estado italiano unificado.

La competencia

A Cavour lo movía algo más que el entusiasmo por las hazañas y las ambiciones territoriales de Garibaldi. La competencia política entre moderados y demócratas fue un mecanismo que estuvo activo durante todo el episodio y contribuyó al paso de los cautos Cavour y Víctor Manuel a una política más agresiva. Tan pronto como llegaron a Inglaterra las noticias del desembarco de los *mille*, Mazzini se escabulló de los policías que lo vigilaban y llegó a Italia para esparcir entre los mandos de Garibaldi consejos militantes y contagiarnos sus intentos de conferir a toda la empresa un atractivo republicano.

Los consejeros de Cavour respondieron conminándolo a superar a Mazzini en su apoyo a la expedición o arriesgarse a dejar a «los rojos» un campo donde desarrollar sus planes. En Sicilia, su agente La Farina trabajó para socavar la postura radical estimulando el miedo a la revolución social. Los temores de los moderados al triunfo de los radicales también los llevaron a realizar acciones poco moderadas y, finalmente, llevaron a Cavour a dar el temerario paso de entrar en los Estados papales, aun a riesgo de desagradar a los franceses y de alienar a los católicos del nuevo Estado durante décadas.

Correduría

Desde la dictadura de Garibaldi en adelante, «las relaciones entre el Gobierno central y las élites locales tendieron a basarse más en las ganancias privadas a corto plazo que en cualquier principio de servicio público o racionalidad burocrática» (Riall, 1998: 227). Eso, junto a la criminalización de la oposición, privaba al Estado nacional de cualquier legitimidad que éste hubiera podido tener en Sicilia, pero incrementaba la dependencia de las élites locales respecto al Gobierno central. Esa situación se renovó y se perfeccionó después de la Segunda Guerra Mundial, con el sistema de poder edificado por la Democracia Cristiana (Chubb, 1982; Schneider y Schneider, de próxima publicación). El pacto implícito que los moderados piemonteses alcanzaron con las élites sicilianas a cambio

de su apoyo a la anexión fijó un modelo de correduría clientelista que regiría las relaciones norte-sur durante décadas.

Al principio de este capítulo, nos preguntábamos retóricamente «cómo un sistema político débil e ineficaz edificado a partir de un conjunto de estados pequeños, dispersos y desconectados pudo evitar violentos estallidos de separatismos regionales». Ahora podemos aventurar una hipótesis basada en la noción de correduría desarrollada en los capítulos anteriores. Como explica Lyttleton de la clase política del sur en el Estado unificado, «éstos formaban el ejército mercenario de los políticos locales [...] y seguían a cualquiera que les pudiera prometer un empleo de funcionario municipal o de inspector de impuestos. Las habilidades que cultivaban eran especialmente las del mediador» (Lyttleton, 1991: 234). Los que ascendían a la política nacional se convertían en corredores políticos entre norte y sur y utilizaban su control de las clientelas locales como valor de cambio (Lyttleton, 1991: 246; Salvemini, 1955: 283-404).

Las élites que podían lograr sus metas políticas y personales mediante la correduría con los líderes de los partidos políticos del norte puede que no fueran buenos patriotas, pero tenían poco interés en seguir los programas autonomistas o regionalistas que podrían haber desencadenado de nuevo la revolución rural. «Privados de una verdadera base masiva y casados con las antiguas formas locales y clientelistas de representación», concluye Lyttleton, «la estrategia liberal se convirtió esencialmente en la estrategia de la mediación» (Lyttleton, 1991: 250).

Las espirales de oportunidades, el cambio de identidades, la competencia y la correduría fueron algunos de los mecanismos que operaron en la creación de un Estado unificado que imponía una administración centralizada sobre una sociedad rica en diferencias regionales. Si la vida fuera simple, esas diferencias habrían generado reiterados movimientos de nacionalismo periférico.

En lugar de eso, generaron una nación-estado sin hegemonía. Críticos como Gramsci y Salvemini reprochaban los evidentes costes y las disfunciones de ese débil patrón de integración y, en particular, el hecho de que la integración se produjera gracias a las élites y a la incitación a la corrupción y de que, en los límites, se fundiera con la criminalidad (Schneider y Schneider, de próxima publicación). Eso dejó a muchos ciudadanos ordinarios del sur presa de los terratenientes, los mafiosos y los políticos corruptos.

Si miramos a la imagen general y dejamos al margen las consideraciones morales, el modelo italiano de unificación muestra un compromiso entre legitimación y fuerza del Estado, por un lado, y entre durabilidad y debilidad del Estado, por otra. Ahora nos ocuparemos de un caso en el que la fuerza del Estado era considerable pero que, en última instancia, contribuyó a la desintegración del Estado.

LA UNIÓN SOVIÉTICA Y SUS SUCEORES

En la Unión Soviética operaron unos mecanismos similares que produjeron unos resultados completamente diferentes. En este Partido-Estado antes monolítico, una espiral de oportunidades condujo rápidamente de la liberación desde arriba a los movimientos democráticos, luego a las agitaciones nacionalistas y, después, al separatismo y a la desintegración. Las identidades parcialmente creadas por las nacionalidades soviéticas y una estructura republicana organizada para implementar tal política se transformaron en ideologías nacionalistas. La competencia entre las regiones que gozaban del estatus de república y las nacionalidades de estatus inferior a ése, así como entre el Estado y las élites económicas, por quedarse con una parte de los despojos erosionaron la capacidad del centro para responder a las crisis. También en este caso hubo formas de corrección —algunas heredadas del viejo régimen, otras de nueva formación— que llenaron el vacío de un centro que se hundía. También en este caso, lo que parecía imposible unos pocos años antes llegó a verse como inevitable con un poco de visión retrospectiva.

Pero la experiencia soviética plantea un conjunto de problemas empíricos bastante distinto del que planteaba su contrapartida italiana, a saber:

1. ¿Cómo pudo desintegrarse visiblemente en cinco o seis años una economía política que parecía tan sólida, centralizada, autoritaria y rica en recursos?
2. ¿Por qué una cantidad tan grande de las reivindicaciones contenciosas iban encauzadas hacia la autoafirmación étnica y nacional?
3. ¿Cómo es que, entonces, son tantos los detentadores del poder del viejo régimen que reaparecen en posiciones de poder después de la gran transformación?

Una explicación coherente del momento crítico de la transición requiere saber qué es lo que sucedió antes (Bunce, 1999). Nuestra explicación del pasado de la Unión Soviética exagera la centralidad de la política de nacionalidades, comparada con la de control de las empresas y de la estructura del Partido. Sin pretender ni por un momento que el nacionalismo destruyó por sí solo la Unión, nos centramos en los mecanismos que otorgaron al nacionalismo su significativo lugar en el hundimiento soviético.

La Unión Soviética se formó sobre las ruinas de la guerra y la revolución. Su predecesor imperial sufrió severas pérdidas después de los bombardeos alemanes y austriacos de la Primera Guerra Mundial, con la pérdida durante el proceso del control de la Polonia rusa y de las provincias bálticas. Las huelgas de trabajadores y los motines de los soldados en 1917

se sumaron a la resistencia de la Duma (la asamblea nacional) a forzar al zar a abdicar y a que un gobierno provisional liberal-conservador se hiciera cargo del poder. Pronto empezaron a formarse contra-gobiernos insurreccionales de trabajadores y soldados en los niveles local y regional, según iban regresando del exilio los líderes bolcheviques como Lenin y Trotsky. La lucha giraba en torno a una multiplicidad de facciones y de temas, pero en noviembre de 1917 los bolcheviques habían ganado suficiente terreno como para arrebatar el poder al Gobierno provisional.

Entre 1917 y 1921, los bolcheviques se mantuvieron ocupados simplemente en mantener unido lo que quedaba del Imperio ruso. Con gran esfuerzo, Lenin, Trotsky y sus colaboradores devolvieron el control del país a los civiles gracias al emplazamiento de un Partido comunista altamente disciplinado (reclutado en parte de entre antiguos militares o militares en activo) dentro de una gran burocracia centralizada. Con el relevo de Stalin (y la expulsión de Trotsky) en 1927, la Unión Soviética pasó a una fase de industrialización mediante planes forzosos, de colectivización de la agricultura, de expansión burocrática y de despliegue cada vez más autoritario del Partido Comunista como instrumento del poder central.

La Segunda Guerra Mundial produjo una enorme conmoción demográfica, una apuesta generalizada por la autonomía y una importante centralización del poder político. Aún más que antes de la Segunda Guerra Mundial, la economía y el sistema político soviéticos de la posguerra dependían de la combinación de tres elementos: (1) el mantenimiento de un formidable poder militar, (2) una coordinación y división del trabajo a gran escala en la producción y distribución de bienes de subsistencia y (3) la inspección y el control estricto de toda expresión política. A pesar de todo, ese imponente sistema se hundió en la década de 1980.

¿Cómo llegó a suceder tal cosa? En su momento, la ayuda soviética al golpe militar de signo izquierdista en Afganistán no parecía nada más que un contratiempo más de la Guerra Fría, pero acabó resultando crucial. Mientras que los Estados Unidos hacían llegar ayuda a raudales dirigida a toda una variedad de rebeldes afganos, los militares soviéticos eran víctimas de un frustrante y humillante estancamiento. Con Leónidas Breznev, la Unión Soviética inició sus esfuerzos para estimular la economía mediante diversos mecanismos de descentralización y de devolución de poder. En 1985, el liberalizador Mijail Gorbachov alcanzó la dirección del Partido. Pronto empezó a promocionar la *perestroika*, un cambio en la economía de la producción militar a la civil, dirigido a la producción de mejores y más abundantes bienes de consumo y en la dirección de lograr una mayor productividad. De una forma indecisa, Gorbachov también avanzó hacia un programa de apertura de la vida pública: liberación de

presos políticos, aceleración de los trámites para conseguir visados de salida para los judíos, reducción del ejército y de la presencia externa de los militares y fin de la represión violenta de las reivindicaciones de autonomía política, étnica y religiosa.

La reducción de los controles centrales sobre la producción y la distribución acabó por propiciar:

- la proliferación de pequeñas empresas;
- los intentos de establecer empresas en colaboración con capitalistas extranjeros;
- un funcionamiento más abierto de los mercados negros, los mercados grises y las redes de ayuda mutua que durante mucho tiempo habían unido a individuos, familias y empresas;
- una reducción masiva de los pagos y entregas de bienes a las organizaciones centrales;
- la conversión de los stocks y plantas de propiedad estatal en redes de distribución privadas con ánimo de lucro o monopolistas, para beneficio de los gerentes ya existentes, de los emprendedores de mente ágil, y de los miembros de organizaciones que ya gozaban de un acceso preferente a los bienes más deseables, a las instalaciones o a las divisas;
- la sustitución de los medios públicos por medios de comunicación y sistemas de cambio privados.

Todo eso sucedía mientras el Gobierno intentaba generalizar y liberalizar los mercados nacionales. Como consecuencia, la capacidad del Estado para recompensar a sus seguidores disminuía visiblemente de un mes a otro. En respuesta, los cargos y directores se enfrascaron en lo que Steven Solnick llama un «asalto a la banca». En cualquier situación en la que les fuera posible redirigir valores fungibles para obtener un beneficio personal, lo hacían, cada vez con mayor frecuencia. Empezaron a «robar al Estado» (Solnick, 1998). El proceso estaba ya bien avanzado en el momento en que se hicieron visibles unos movimientos nacionalistas abiertos.

En el frente político, tuvo lugar el hundimiento paralelo e interdependiente de la autoridad central. Los resultados del programa económico de Gorbachov habían alienado no sólo a los productores que antes se habían beneficiado de la preponderancia de las empresas militares, sino también a los consumidores que no gozaban de acceso directo a las nuevas redes de distribución y a los cargos cuyo poder anterior se veía ahora en peligro. En un clásico proceso de polarización, su programa político abrió un espacio para críticos y rivales como Boris Yeltsin, quien, con base en Moscú, se hizo con el control de la Federación rusa. Los propios esfuerzos de

Gorbachov por parar los pies al amenazado *establishment* militar y de la inteligencia utilizando para ello la conciliación, de manera cauta y con equívocos, consiguieron alienar a los reformistas sin granjearle un apoyo sólido por parte de los conservadores. Al mismo tiempo, Gorbachov pretendía conseguir unos poderes de emergencia que le otorgarían libertad para avanzar en la transformación económica, lo que lo hizo entrar en conflicto por igual con los reformadores rivales, los defensores de las libertades políticas y los del viejo régimen.

Aunque la reivindicación de la garantía de las libertades religiosas y políticas dio comienzo en 1987, fueron las prisas de los líderes nacionalistas y nacionalizadores por conseguir bienes y autonomía para asegurar su posición en el nuevo régimen lo que saturó al viejo régimen. La forma de los comunistas rusos de ocuparse de las regiones no rusas había sido la cooptación de líderes regionales leales a su causa. Los integraban en el Partido Comunista; reclutaban sus sucesores entre los miembros más prometedores de la nacionalidad en cuestión, pero los entrenaban en Rusia, y enviaban a grandes cantidades de rusos a ocupar puestos en las nuevas industrias, profesiones y administraciones. La lengua y la cultura rusas se promovían como medios de administración y comunicación interregional, mientras que a los que detentaban el poder regional se les concedía una considerable autonomía, así como apoyo militar dentro de sus territorios, siempre que éstos aseguraran las aportaciones económicas, de bienes y de hombres al Estado. Cualquier individuo o grupo que pidiera libertades fuera de dicho sistema era rápidamente reprimido. Un sistema como ése sólo podía funcionar eficazmente si los líderes regionales recibían un poderoso apoyo del centro y sus rivales locales carecían de cualquier medio o esperanza de atraer el apoyo popular.

La fuerza del sistema resultó ser también su perdición. Gorbachov y sus colaboradores, simultáneamente, promovieron la apertura del debate político, redujeron la presencia militar en el control político, toleraron alternativas a la estructura de conexión comunista, realizaron gestos que apuntaban hacia la celebración de elecciones verdaderamente reñidas y aceptaron una menor capacidad para recompensar a sus seguidores fieles. Mientras eso ocurría, tanto aquellos que ejercían el poder regional como sus rivales tenían de repente poderosas razones para distanciarse del centro, para reclutar el apoyo popular, para acreditarse como los genuinos representantes de las gentes locales, para propugnar la preponderancia de sus propias nacionalidades dentro de las subdivisiones territoriales de la URSS que ocupaban y para presionar a favor de nuevas formas de autonomía. En las repúblicas bálticas y en las de las zonas meridionales y occidentales de la URSS, la posibilidad de establecer unas relaciones especiales con estados afines externos a la Unión Soviética — Suecia, Finlandia,

Turquía, Irán, la Comunidad Europea y la OTAN—ofrecía un punto de apoyo político y unas oportunidades económicas que la propia Unión Soviética era cada vez menos capaz de proporcionar.

Los horizontes temporales se contrajeron rápidamente. A gran y a pequeña escala, la gente no podía contar con las rentas de las inversiones a largo plazo en el sistema existente. Reorientaron sus ganancias a corto plazo y sus estrategias de salida. Cuando Gorbachov pretendió elaborar un nuevo tratado de la Unión, con un mayor poder para las quince repúblicas, pero preservando el predominio militar, diplomático y económico del Gobierno federal, en un referéndum en marzo de 1991, los líderes de seis repúblicas (Letonia, Lituania, Estonia, Moldavia, Armenia y Georgia, todas las cuales ya habían iniciado el proceso de declaración de independencia) boicotearon el proceso. Los resultados obtenidos en las demás repúblicas confirmaban la división entre las partes rusas y no rusas de una federación que se tambaleaba. Desde el exterior, los capitalistas en busca de aventura, los economistas del desarrollo, las instituciones financieras mundiales y potencias tales como los Estados Unidos, Turquía, Irán y la Unión Europea se esforzaban por tomar parte en la acción y/o por evitar que les salpicaran las feas consecuencias del desorden soviético.

A la vista de la desintegración étnica, el hundimiento económico, el debilitamiento de los poderes del viejo régimen y la negativa de Gorbachov a emprender una represión vigorosa, muchos observadores de la escena soviética y participantes en ésta temieron un golpe de los militares, la inteligencia y el *establishment* del Partido para revertir el curso de los acontecimientos. La historia dio la razón a dichos temores. En agosto de 1991, un oscuro Comité de Emergencia secuestró a Gorbachov, pero fracasó en su golpe de estado cuando Yeltsin lideró la resistencia en Moscú. A lo largo de los cuatro meses siguientes, Yeltsin buscó la manera de suceder a Gorbachov, no como secretario del Partido, sino como jefe de una confederación que mantuviera una parte de la autoridad económica, militar y diplomática. Incluso los esfuerzos de Yeltsin acabaron con la disolución de la Unión Soviética en una mal definida y discutible Comunidad de la que los estados bálticos se excluyeron absolutamente, mientras que otros empezaban a buscar apresuradamente el modo de salirse.

Una vez hundido el régimen soviético, los nacionalistas rusos (incluido el nacionalista oportunista que era Yeltsin) se enfrentaban a un difícil dilema. Por una parte, reclamaban el derecho de Rusia a dirigir la Federación rusa, que de hecho incluía a millones de personas de minorías no rusas. La aspiración respaldaba el principio según el cual debían prevalecer las nacionalidades titulares. Por otra parte, criticaban enérgicamente el

trato dispensado a los rusos fuera de la Federación rusa —por ejemplo, a la gran cantidad de personas que se autoidentificaban como rusos en Estonia, Lituania, Ucrania y Kazajstán—, a quienes se los trataba como minorías de segunda clase que se enfrentaban a la asimilación a la nacionalidad titular, a formas inferiores de ciudadanía y a la emigración (Barrington, 1995). No resulta sorprendente que los vecinos recién independizados acusaran a menudo a las autoridades de la Federación rusa de imperialismo.

El catálogo de acciones de protesta emprendidas entre 1987 y 1992 en todo el espacio de la Unión Soviética elaborado por Mark Beissinger identifica un cambio crucial en la movilización popular. Las manifestaciones de protesta aumentaron rápidamente en número desde 1987 a 1989, hasta alcanzar su punto máximo en 1990, para después oscilar considerablemente, aunque en dirección generalmente descendente. Las acciones violentas de las masas, por lo contrario, alcanzaron un pequeño máximo en 1989, pero remontaron con potencia en 1991 y siguieron siendo frecuentes a lo largo de 1992. Para 1992, el tema dominante en las acciones de protesta era el trazado de las fronteras entre repúblicas (Beissinger, 1998: 294-305). El cambio de temas se correspondió con el paso de unas reivindicaciones relativamente pacíficas, aunque masivas, a favor de reformas y de la representación nacional, a la lucha feroz por los derechos nacionales. Igual que sucedió en el caso de la unificación italiana, un nacionalismo que aspiraba a un estado propio (el de las repúblicas que buscaban la salida de la Unión) y un nacionalismo dirigido desde el estado (el de los líderes de las repúblicas, que aspiraban a establecer su hegemonía dentro de sus propios territorios) interactuaron fuertemente, pero con resultados opuestos.

MECANISMOS DE LA CONTIENDA

Ningún episodio de contienda en particular contiene exactamente los mismos mecanismos que otro —ni siquiera en el caso de episodios más semejantes que los dos que nosotros comparamos. En el caso soviético, las amenazas internas y las oportunidades externas tuvieron un papel mucho más prominente del que tuvieron en la unificación italiana. Pero nuestros cuatro mecanismos —espirales de oportunidades, cambio de identidades, competencia y correduría— funcionaron realmente en la desintegración soviética.

Espirales de oportunidades

En el caso soviético, se dieron varias espirales de oportunidades sucesivamente. Si observamos de cerca las contiendas nacionalistas, Beissinger identifica cuatro fases en el desarrollo de la movilización secesionista dentro de la URSS (Beissinger, de próxima publicación: 141-144). En un momento tan temprano como es 1986, surgieron demandas de autonomía y de protección no sólo en Estonia, Letonia, Lituania y Ucrania, sino también en Kazajstán. Su difusión fue en parte el resultado de un proselitismo deliberado por parte de los bálticos, pero éstas también se transmitieron mediante las informaciones de los medios de comunicación y por medio de las élites, que empezaban a adoptar una actitud de desprecio y a buscar recursos estatales para reforzar su posición (Beissinger, de próxima publicación: 139).

La emulación siguió al principio el patrón de una reacción en cadena:

La movilización no reprimida de los judíos a quienes no se permitía emigrar y de los nacionalistas rusos influyó en la decisión de los disidentes tártaros de Crimea de llevar a cabo una campaña de protestas, lo que, a su vez, influyó en los intentos de los disidentes bálticos de organizar manifestaciones, lo que, por su parte, influyó en el comportamiento de los activistas armenios, y así sucesivamente (Beissinger, de próxima publicación: 48)

Los primeros estallidos de contiendas nacionalistas dependían en gran medida de los recursos previos del grupo (p. ej., el tamaño de la población, la urbanización) y de las restricciones institucionales (p. ej.: los grupos étnicos con estatus de república eran más proclives a participar que los que tenían un estatus inferior al de república). Pero, según se iban extendiendo las contiendas, dichos factores estructural e institucional fueron perdiendo importancia, y grupos étnicos más pequeños, menos urbanos y sin república se aprovecharon del debilitamiento del centro para emular las acciones de los primeros insurgentes. Las contiendas nacionalistas se extendieron con tal rapidez que pronto cobraron la apariencia de una única «marea», en términos de Beissinger. Tal y como escribía un periodista soviético en 1990: «A veces parece como si todo el país se hubiera convertido en una única concentración, una única manifestación.» Beissinger concluye: «Finalmente, las acciones contenciosas nacionalistas se tornaron normalizadas y constituyeron una vasta marea de trastornos nacionalistas que avanzaban de modo significativo de acuerdo con una lógica propia» (Beissinger, de próxima publicación: 47-48).

Las espirales de oportunidades fueron más allá de la contienda política, hasta afectar al comportamiento de las élites y los directores: en

primera instancia, con la búsqueda del apoyo exterior de empresas lucrativas en busca de beneficios bajo un control central en decadencia; después, con la afirmación directa del derecho a la autonomía nacional por parte de los líderes regionales existentes y de sus rivales locales; por último, con la apropiación de los recursos estatales fungibles por parte de cualquiera que tuviera la posibilidad de arramblar con ellos.

El cambio de identidades

Si tenemos en cuenta la imagen anterior del sistema comunista como un bloque inamovible, el cambio de identidades se produjo con asombrosa rapidez. Aquellos que durante mucho tiempo se habían beneficiado del control comunista se retractaron de su identificación con el Partido y su legado para favorecer toda una serie de alternativas improvisadas entre las cuales las etiquetas étnicas (incluida la rusa) iban ganando cada vez más terreno. Beissinger nos relata una visita a la Moldavia soviética en 1987 en la que a él y a su esposa les asignaron tres guías: un moldavo que alababa el sistema soviético, un judío que sospechaba de la identidad judía del propio Beissinger y un ucraniano «cuyo principal objetivo parecía ser vigilar al moldavo y al judío». A su regreso en 1990, después de dos años de agitación, Beissinger se encontró con que el moldavo se había convertido en un agitador nacionalista moldavo, el judío había emigrado a Israel y el ucraniano había regresado a una Ucrania casi independiente. «Estos encuentros en Moldavia», concluye, «son una metáfora de los masivos cambios en la imagen de uno mismo que caracterizaron a la Unión Soviética en sus últimos años» (Beissinger, de próxima publicación: cap. 4).

La competencia

La competencia funcionó en dos frentes: en los intentos por lograr apoyos económicos y políticos externos, y en los intentos, vinculados a aquéllos, por hacerse con unas organizaciones y unos bienes que antes estaban firmemente controlados por el Estado. En las subdivisiones políticas que incluían a más de una población nacional bien organizada, las amenazas para aquellos que salían perdedores en la competencia por la certificación como auténticos ciudadanos de la región fueron rápidamente en aumento. Los que movían primero tenían más posibilidades de ganar. Se inició una escalada en la que cada nueva concesión del Gobierno central a algunas nacionalidades ofrecía nuevos incentivos y

sentaba precedentes para nuevas demandas por parte de otras nacionalidades, lo que amenazaba cada vez más a cualquier población que estuviera conectada entre sí y que compartiera una identidad específica pero fracasara a la hora de movilizarse eficazmente. Dentro de regiones tan heterogéneas como la de Nagorno Karabaj, un enclave principalmente armenio dentro de Azerbaiyán, los militantes de las etnias vecinas lucharon por la supremacía, sin escrúpulos a la hora de matar. Además de Azerbaiyán, también Moldavia, Georgia y Tayikistán se convirtieron en lugares insoportables a causa de los conflictos intergrupales. Entre enero de 1988 y agosto de 1989, los choques étnicos se cobraron 292 vidas, produjeron 5.520 heridos y dejaron a 360.000 personas sin hogar (Nahaylo y Swoboda, 1990: 336). Incluso en repúblicas como Bielorrusia, con pocas pretensiones de poseer una tradición nacional específica, una competitiva tendencia a seguir la corriente les llevó a imaginar una historia nacional, una tarea que pronto se quedó sin héroes nacionales que describir y hubo de sustituirlos por los animales salvajes de la región, para acabar convirtiéndose en un casi-Estado completamente dependiente de su vecino ruso.

La correduría

Puede que la correduría no se aprecie de una forma tan evidente, pero fue decisiva a tres respectos. En primer lugar, algunos gobiernos de repúblicas como Ucrania asumieron el papel de corredores de la reforma del Estado soviético para convertirlo en una confederación, algo de lo que, en estados menos autoritarios, se habrían ocupado los partidos políticos (Beissinger, de próxima publicación: 36). En segundo lugar, la correduría ayuda a explicar la notable continuidad de gobernantes a lo largo de todos los tumultos aparentemente revolucionarios. A pesar de la aparición de gánsteres y magnates procedentes de las zonas de penumbra de la sociedad soviética, por lo general las personas que dirigen los asuntos de la antigua Unión Soviética pertenecen a la misma clase de gente —y, en muchos casos, son la misma gente— que gobernaba en la década de 1980. Eso es así porque, como responsables de conectar un vasto sistema centralizado, tenían acceso privilegiado a la información, a los recursos y los demás centros de poder. Era extremadamente difícil para cualquier otra persona conseguir ventajas equivalentes a las de los cargos institucionales (véase Willerton, 1992). La tercera cuestión para la cual fue decisiva la correduría es la opuesta a la primera: una vez que los líderes regionales, los empresarios, los grupos de trabajo y los ciudadanos comunes empezaron a resistirse a entregar bienes y servicios a las

autoridades centrales, esas autoridades perdieron poder como corredores. Ya no tenían la posibilidad de redistribuir los recursos para mantener su propia posición, a sus aliados y las actividades a las que se dedicaban con mayor interés.

Así pues, las espirales de oportunidades, los cambios de identidad, la competencia y la correduría interactuaron fuertemente, pero produjeron unos resultados muy distintos de los que produjeron en la creación del Estado italiano en un lugar en el que antes había existido una enorme fragmentación política.

LA CONTIENDA EN KAZAJSTÁN

Tomemos Kazajstán como un lugar privilegiado para observar más de cerca tanto la desintegración nacional como la formación de la identidad nacional. Aunque era en apariencia un territorio poco prometedor para un nacionalismo dirigido desde el estado, tanto como para un nacionalismo que aspirara a contar con un estado propio, el Kazajstán de finales de la Unión Soviética y posterior a ésta sufrió toda una serie de luchas internas y de importantes transformaciones en nombre de reivindicaciones nacionalistas. En Kazajstán, unas vertiginosas espirales de oportunidades provocaron el cambio de las relaciones de los líderes regionales con los actores locales e internacionales simultáneamente. Cuando esos mismos líderes comenzaron a reclamar una herencia nacional específica, se produjo el cambio de identidades. La competencia por el control del territorio y de su herencia nacional llegó a ser intensa. La correduría de los antiguos funcionarios soviéticos creó las conexiones en torno a las cuales se organizó el nuevo país. Kazajstán supone un caso ejemplar de nacionalismo oportunista, aunque efectivo, dirigido desde arriba: el mismo tipo de nacionalismo que se dio ampliamente en la Unión Soviética a partir de 1985, por no mencionar en la península italiana después de 1859.

¿Qué clase de lugar es Kazajstán? Martha Brill Olcott nos resume las condiciones de fondo:

Kazajstán es un país accidental, una nación forjada a partir de una república soviética cuyas fronteras nunca fueron pensadas para ser las de un estado independiente. La independencia ha dado forma a la naturaleza de la política de Kazajstán, y no siempre de forma favorable a los principios democráticos. Aunque fue uno de los lugares en los que se produjo una de las primeras protestas de la era de la *glasnost*, los disturbios de Almaty en 1986, antes de la

independencia Kazajstán no dio los pasos hacia la democratización que sí dio el Estado vecino de Kirguizistán. A pesar de que se organizaron unos grupos políticos independientes, éstos no ejercieron una influencia real sobre el proceso político (Olcott, 1997: 201).

Este resumen preciso de Olcott requiere una explicación y un poco de historia.

El territorio que ahora denominamos Kazajstán se sitúa sobre la estepa atravesada durante siglos por las caravanas que realizaban el trayecto entre China y Europa. El Kazajstán de hoy limita con el mar Caspio, Turkmenistán, Uzbekistán, Kirguizistán y China. A través de su vasta frontera con la Federación rusa, también linda con Siberia, los Urales y la región del Volga. Con 2,7 millones de km², Kazajstán ocupa aproximadamente la misma superficie que Argentina. A lo largo de la mayor parte del último milenio, han predominado en su territorio los pastores nómadas de raza turca (la lengua kazaja contiene todo un conjunto de términos, en su mayoría despectivos, para los pueblos sedentarios, pero ninguno para los nómadas). Los pastores de Kazajstán han soportado conquista tras conquista.

Conquistada por los mongoles en proceso de expansión en el siglo XIII, la región contó con su propio Khan desde finales del siglo XV. La integración forzosa de la región en el Imperio ruso durante los siglos XVIII y XIX, seguida de una gran inmigración de granjeros de habla rusa del norte, aumentó significativamente la presencia cultural y política rusa en Kazajstán: «Aproximadamente 1,5 millones de nuevos colonos de la Rusia europea llegaron a Kazajstán a finales del siglo XIX y principios del siglo XX» (Khazanov, 1995: 157). Todos esos cambios provocaron la marginación de los pastores nómadas de la región y llevaron a muchos de ellos a convertirse en agricultores sedentarios. Los kazajos con conciencia de su identidad se beneficiaron de la Revolución bolchevique y crearon una República autónoma que duró desde 1918 a 1920. Sin embargo, dichos nacionalistas kazajos pronto acabaron sucumbiendo al poder militar soviético.

Al llegar al poder, Stalin estableció finalmente su característico modelo de gobierno de la región mediante kazajos orientados hacia Moscú. Entre 1924 y 1933, los kazajos pasaron de representar el 8 por ciento al 53 por ciento del Partido Comunista de la región (Suny, 1993: 103). El régimen de Stalin hizo de Kazajstán una República soviética completa en 1936. En esa República, las personas de titularidad nacional bien situadas —kazajos certificados— gozaban de acceso preferente a los puestos de trabajo, a la educación superior y a la pertenencia al Partido. Pero Stalin y sus sucesores también construyeron un sistema económico que convertía a los principales núcleos industriales y comerciales de Kazajstán en tributarios de los centros rusos y de Uzbekistán, en lugar de conectarlos

entre sí. El inicio de la década de 1930 trajo consigo la colectivización forzosa de la agricultura y el asentamiento en lugares fijos de los kazajos nómadas que todavía quedaban. En respuesta a las presiones, los kazajos destruyeron el 80 por ciento de sus rebaños (Suny, 1993: 107; véase también Viola, 1996). Durante la resistencia a la colectivización, una cuarta parte de la población kazaja, de unos 20 millones de personas, murió a causa de la violencia o del hambre.

Los sucesivos regímenes soviéticos enviaron técnicos, campesinos y presos políticos de Rusia, Bielorrusia, Polonia, Ucrania y el Cáucaso, y los nómadas turcos desplazados se extinguieron o huyeron a China. Poco sorprende que los hablantes rusos se concentraran alrededor de los núcleos de orientación rusa, lo que significaba que el equilibrio étnico variaba enormemente según la región dentro de Kazajistán. En 1989, sólo el 0,9 por ciento de todas las personas de etnia rusa de Kazajistán afirmaban conocer la lengua kazaja (Smith et al., 1998: 150).

Parece claro que el sistema mostraba un aspecto muy diferente si se contemplaba de abajo a arriba o de arriba a abajo. «Entre los kazajos», señala Ronald Suny, «el poder soviético era una fachada que disfrazaba la estructura real del poder local que había debajo» (Suny, 1993: 114). En las áreas rurales, en el nivel local, los líderes tradicionales se adaptaron a la presencia soviética y se acomodaron a los poderes regional y nacional. Pero esa relación transformada con los poderes regional y nacional supuso una profunda alteración de la existencia. Además, en las ciudades y en las regiones dominadas por rusos, la alteración afectó a la totalidad del modo de vida e hizo desaparecer las estructuras que habían dejado los siglos de existencia nómada.

Los kazajos mismos se dividieron en tren grandes clanes o *zhū*, a veces en competencia: la Gran Horda se concentraba principalmente en el sur de Kazajistán; la Media Horda, en la región centro-norte, y la Pequeña Horda, en el oeste. Dinmukhamed Kunaev, de etnia kazaja, se convirtió en jefe regional del Partido en 1964, se alió muy de cerca con Leónidas Breznev y acabó siendo miembro de pleno derecho del Politburó de la Unión Soviética. Kunaev propició la entrada de un cierto número de kazajos (principalmente de la Gran Horda, la suya propia) en su Administración. Por lo general, los líderes nacionales de Asia central, y entre ellos Kunaev, se opusieron a la liberalización de Gorbachov, que amenazaba sus sistemas de patrocinio y de control.

En 1986, Gorbachov sustituyó a Kunaev por Gennadi Kolbin, de etnia rusa y carente de conexión alguna con Kazajistán. Como consecuencia, los estudiantes y otros grupos se manifestaron contra el régimen en la capital, Almaty (Olcott, 1997: 205-206). «La incapacidad de Kolbin para dirigir tanto la economía kazaja, que seguía en declive, como la compleja estruc-

tura social y demográfica de Kazajstán», explica Olcott, «llevó tres años después a la sustitución de Kolbin por Nursultan Nazarbaev, individuo de etnia kazaja que había sido, desde 1984, presidente del Consejo de Ministros de la República» (Olcott, 1997: 206).

Nazarbaev trabajó con las autoridades soviéticas para iniciar la reorganización económica, pero, dentro de Kazajstán, consolidó su poder por medio de la afirmación del nacionalismo kazajo. Un decreto promovido por Nazarbaev en agosto de 1989, por ejemplo, convirtió el kazajo en lengua oficial, promocionó la enseñanza de la lengua kazaja e impuso su uso en los negocios públicos. Después, hubo de contener la resistencia de las organizaciones rusas, por un lado, y sobre todo a las organizaciones nacionalistas kazajas, por el otro. Al mismo tiempo, realizó toda una serie de intentos de organizar partidos que pudieran servir de sucesores de los comunistas y pudieran prestarle su apoyo. Todos los esfuerzos fracasaron, principalmente porque los partidos se convertían en vehículos para que los rivales desafiaran la posición dominante de Nazarbaev. Sin embargo, las elecciones de 1989-1990 volvieron a colocar en el poder, por lo general, a los titulares comunistas, desde el nivel local hasta el nacional.

El compromiso de Nazarbaev con lo que aún quedaba de la Unión Soviética no evitó su hábil cambio de bando durante el periodo de incertidumbre que siguió al golpe fallido de agosto de 1991. Tal y como informaba Francis Clines desde Moscú el 26 de agosto de ese año:

Como señal del rechazo de la República a permanecer bajo la influencia rusa ahora que el Gobierno central estaba hundiéndose, Nazarbaev dijo a la nación: «Kazajstán no será nunca el hermano pequeño de nadie.» Se aprecia un asombroso cambio de signo en el fervor por la reforma de la Unión, dado el hecho de que, hace poco más de una semana, Yeltsin y Nazarbaev eran colegas cercanos que fomentaban el tratado de la Unión. Se estaban preparando para firmar el martes pasado, dos días después de que se produjera el golpe de estado, un pacto de compromiso con el que, según afirmaba Gorbachov, comenzaba una nueva era de poder para las repúblicas (en Gwertzman y Kaufman, 1991: 556-557).

No fue el último cambio que atravesó Nazarbaev. Para noviembre de 1991, Nazarbaev estaba colaborando con Gorbachov en un fracasado último esfuerzo por crear una Unión de Estados Soberanos que incluyera a Rusia, Bielorrusia, Kirguizistán, Tayikistán, Turkmenistán, Azerbaiyán y Kazajstán. Muchos observadores pensaban, de hecho, que Gorbachov planeaba hacer de Nazarbaev su sustituto, además de presidente de la Unión.

Durante los últimos momentos de la Unión Soviética, en diciembre de 1991, Nazarbaev ganó las elecciones a la presidencia de Kazajstán. En 1992, después del hundimiento de la Unión Soviética, Nazarbaev logró

por fin crear un partido, el Partido de la Unidad de los Pueblos, que le proveía del apoyo popular (al menos de aquellos que se identificaban a sí mismos como kazajos) a sus intereses personales. Dicho partido continúa la peligrosa lucha por ejercer el poder central frente a la resistencia de Rusia, por un lado, y de la movilización nacionalista kazaja, por el otro. Cuenta con la ayuda de un Gobierno predominantemente kazajo que gestiona de cerca a los candidatos, las elecciones y los parlamentos (CSCE, 1998). En marzo de 1995, de hecho, Nazarbaev hizo anular las elecciones al Parlamento y asumió poderes de emergencia hasta la celebración de nuevas elecciones ese mismo año. Para el año 2000, había coñsolidado suficientemente su poder como para otorgarse a sí mismo un periodo presidencial vitalicio.

En una Unión Soviética en proceso de desgajamiento, los políticos regionales asumieron el nacionalismo étnico en una forma muy influenciada por las definiciones que hacía el régimen soviético de las nacionalidades titulares —incluso allí donde, como en Kazajstán, los líderes regionales pretendían mantener la pertenencia a la Unión Soviética o a la entidad sucesora de ésta. Por lo general, el nacionalismo en el Asia central dependió mucho menos de la movilización de abajo a arriba de un sentimiento nacional compartido que de la creación de arriba a abajo de unas instituciones y unas identidades nacionales. Al hablar de los estados del Asia central de Kazajstán, Kirguizistán, Uzbekistán y Turkmenistán, Graham Smith y sus colaboradores señalan que:

Además de inspirarse en las estructuras e instituciones burocráticas soviéticas, los estados del Asia central han cimentado su independencia sobre la elaboración de políticas y prácticas nacionalizadoras que pretenden afirmar la hegemonía de sus respectivas naciones titulares. A pesar de la presencia en las constituciones y actas legislativas de enunciados que garantizan la igualdad de todos los ciudadanos, las políticas y prácticas nacionalizadoras se manifiestan, entre otros, en la iconografía de los nuevos regímenes, en el estatus privilegiado concedido a las lenguas locales, en las historias recién revisadas y en la exclusión de los miembros de los grupos no epónimos de los diversos niveles de poder (Smith et al., 1998: 139).

Así pues, la lucha no se centra ni en la forma ni en los marcos culturales del régimen, sino en quién tiene el derecho de hablar en nombre de la nacionalidad titular asignada a la región por las autoridades soviéticas. Esa lucha, sin embargo, conduce a la resistencia —una forma de nacionalismo que aspira a crear un estado— de las gentes de etnia rusa y de las élites rusificadas. En nombre de ambos grupos, Rusia continúa presionando a Kazajstán por la doble nacionalidad y por la protección de la lengua rusa. Algunas figuras nacionalistas rusas, como Alexander Solzhenitsin, au-

mentan esa presión con la defensa de la formación de un Gran Rusia que incluya no sólo a Ucrania y Bielorrusia, sino también al norte de Kazajstán. Mientras tanto, algunos líderes de otras nacionalidades con conciencia de su propia identidad efectúan demandas paralelas de autonomía o, incluso, de secesión. Los cosacos, por ejemplo, han entrado en política de forma contenciosa y enérgica en el noroeste de Kazajstán.

Después de haber descendido por los rápidos creados por una corriente de descenso en picado y de desplegar unos recursos que originalmente le habían sido otorgados por el federalismo soviético, un Nazarbaev que había sido nombrado por Gorbachov continúa gobernando Kazajstán con mano dura. Su estrategia de gobierno combina un patrimonialismo despiadado en la arena doméstica con un nacionalismo pragmático en la arena internacional. Su poderosa hija se casó con el hijo de Askar Akaev, el presidente de Kirguizistán. A la vez que tolera (y posiblemente también se beneficia de) la búsqueda de rentas por parte de los cargos oficiales antiguos y presentes, Nazarbaev ha querido forjar una definición de la identidad nacional kazaja que no alienara ni a la gran minoría rusa doméstica ni a la gran potencia rusa que queda al norte.

Atento, sin duda, a la guerra civil intermitente del cercano Tayikistán, así como a la volatilidad de las facciones étnicas, lingüísticas, regionales y religiosas de las vecinas Uzbekistán y Kirguizistán (Atkin, 1997; Fane, 1996; Fierman, 1997; Huskey, 1997; Juraeva y Lubin, 1996), Nazarbaev ha manejado las divisiones étnicolingüísticas con guantes de terciopelo. Manifiesta su incertidumbre respecto a la lengua como base de la identidad política:

No acepto el concepto de una «población de habla rusa». ¿Quién de nosotros no es de habla rusa? Después de todo, todo Kazajstán habla ruso, incluido el 90 por ciento de los kazajos (Beissinger, 1995: 170).

Los únicos grupos nacionalistas que Nazarbaev ha reprimido activamente son algunos activistas rusos y el militante partido Alash, que defiende la creación de un gran estado que una a todos los pueblos turcos. Mientras tanto, el régimen resiste a las presiones exteriores (sobre todo de Rusia) para que reconozca la doble nacionalidad; recluta a inmigrantes kazajos procedentes de China, Mongolia, Irán, Turquía, Uzbekistán y Rusia, a la vez que presiona a aquellos que se identifican a sí mismos como rusos para que se declaren extranjeros o ciudadanos comprometidos con el Estado kazajo.

Sin reprimir activamente o expulsar a los miembros de las demás categorías, las autoridades titulares kazajas han tratado la nacionalidad kazaja como un sistema de patrocinio que debería conceder ventajas a quienes

desean vivir dentro de sus límites. Para aquel que pueda llegar a afirmar que controla el país, es mucho lo que está en juego. Si incluimos su porción del mar Caspio, Kazajistán contiene en potencia una enorme riqueza mineral, incluidas unas reservas de petróleo de entre 40 y 178 mil millones de barriles, lo equivalente al consumo total de petróleo de los Estados Unidos en un cuarto de siglo (Ingwersen, 1997: 1). Aunque no sea rival para Afganistán en la producción de drogas, el Kazajistán rural produce considerables cantidades de cannabis y opio. La cocaína, otras drogas y una amplia gama de valiosos productos de contrabando fluyen a través del país, mientras las bandas y los cargos se reparten los grandes beneficios. Además, antes de la crisis económica de los años de 1990, Kazajistán aportaba una porción sustancial del grano comercial de la Unión Soviética. Si el Estado llega a establecer alguna vez un sistema eficaz de impuestos y de inversión, contará con abundantes ingresos para gastar, por no mencionar las fortunas que se pueden ganar con empresas capitalistas (véase Feige, 1998).

Los aspirantes a controlar dicho Estado se encuentran profundamente divididos en categorías étnicas. A principios de la década de 1990, los demógrafos consideraban que un 44 por ciento de la población eran kazajos; un 36 por ciento, rusos, y sobre un 10 por ciento, «europeos» de otras variedades. El 10 por ciento restante pertenecía a un centenar de otras nacionalidades, de origen principalmente asiático (Naciones Unidas, 1995: I, 6). Para 1997, los cargos públicos de Kazajistán sostenían que un 50,6 por ciento de la población era kazaja, y sólo un 32,2 por ciento rusa (Smith et al., 1998: 153). La proporción de personas que se identificaban como kazajos iba en aumento gracias a la combinación del diferencial en fertilidad, la salida de rusos, la inmigración desde Asia central y (muy probablemente) el cambio en la identidad declarada de muchas personas de ancestros mixtos. No obstante, los que elaboraron el borrador de la Constitución de 1995 tuvieron que enfrentarse al hecho de que la nacionalidad predominante en el país no representaba más de la mitad de la población, y de que la lengua franca del país no era el kazajo, sino el ruso.

De hecho, muchos de quienes se consideran a sí mismos kazajos han crecido como hablantes rusos monolingües, y sólo con presiones están aprendiendo algunas nociones de kazajo. Lo máximo que pueden esperar las autoridades kazajas es que la nueva generación sea bilingüe en kazajo y en ruso. Aun así, las previsiones son sombrías si no se realiza un esfuerzo mucho mayor de transformación cultural y se disminuyen considerablemente los vínculos con Rusia. El nacionalismo kazajo no reside en una identificación ampliamente compartida de la población con una cultura unitaria. Pivota sobre la pretensión de los líderes de representar a esa población en el escenario internacional.

En Kazajstán, volvemos a observar los mecanismos de las espirales de oportunidades, el cambio de identidades, la competencia y la correduría, pero desde un ángulo muy diferente. Los líderes kazajos afirman ser comunistas, kazajos y/o gobernantes por derecho de una entidad soberana que se ha visto transformada con una velocidad vertiginosa en respuesta a los cambios en su entorno externo, sobre todo de las relaciones de Rusia con las demás repúblicas soviéticas. El cambio de identidad se produjo varias veces en el mismo proceso, según iba cambiando e iba disminuyendo la capacidad y la disposición de las autoridades centrales soviéticas a certificar y apoyar las identidades de los miembros leales a la Unión. La competencia entró dos veces en escena: en las luchas por hacerse con los recursos de Kazajstán y en las cambiantes coaliciones entre las fuerzas de Nazarbaev, Gorbachov, Yeltsin y otros líderes de repúblicas. La correduría siguió siendo crucial en los mismos dos frentes: como conexión entre la identidad kazaja y el poder del Estado dentro de Kazajstán, por un lado, y en forma de la monopolización, por lo general con éxito, por parte de Nazarbaev de las relaciones entre Kazajstán y el resto del mundo, por el otro. La ágil alternancia de Nazarbaev entre sus patrones rusos y la ausencia de patrón constituyó en sí misma un *tour de force* de correduría.

LA INTEGRACIÓN ITALIANA VERSUS LA DESINTEGRACIÓN SOVIÉTICA

Tomada como un todo, y ciertamente por sus resultados, la unificación contenciosa de Italia entre 1859 y 1870 parece un fenómeno bien distinto de la desintegración de la unidad soviética entre 1985 y 1995. Y lo fue. En el primer caso, una potencia regional poco legitimada integró a un conjunto diverso de regiones en un Estado débil pero centralizado por medio de la conquista, la contienda y la correduría, y evitó los nacionalismos separatistas durante la mayor parte de su historia unificada. En el otro caso, un Estado fuerte que aparentemente había ejercido una fuerte hegemonía sobre un extenso Imperio durante 74 años se desintegró rápidamente.

Sin embargo, ambos trascendentales episodios implicaron la interacción de un nacionalismo liderado por el estado y otro que aspiraba a la creación de un estado con la integración y la desintegración nacional. En ambos casos, reivindicaciones y conflictos que resultaría forzado definir como esencialmente nacionalistas convergieron en episodios que la historia ha etiquetado como «nacionalismos». Y, aún más importante para nuestro propósito, aunque avanzaron en direcciones opuestas, los dos episodios

implicaron algunos de los mismos mecanismos causales. Operando en diferentes contextos y en diferentes secuencias y combinaciones, produjeron unos resultados ampliamente distintos: un estado nuevo y duradero, aunque débilmente integrado, unido por la correduría, por un lado; una pléyade de estados más o menos independientes, por el otro.

Evidentemente, podríamos apuntar a otros mecanismos comunes a ambos episodios, por ejemplo: el compromiso, la amenaza a la identidad, la represión, la innovación táctica y la radicalización que hemos resaltado en otros contextos. Hemos escogido las espirales de oportunidades, el cambio de identidades, la competencia y la correduría por dos razones: en primer lugar, porque tuvieron papeles bien destacados en ambos episodios; en segundo lugar, porque ayudan a explicar algunas características desconcertantes de esos mismos episodios.

En el caso de Italia, ya no debería desconcertarnos que un conjunto de sistemas políticos tan diseminado y heterogéneo se coaligara en torno a un programa nacionalista y a una monarquía constitucional —y, especialmente, se sobrepusiera a la oposición de una Iglesia con un poder considerable. La movilización y la contramovilización de los competidores por el pastel nacional (p. ej.: Cavour, Garibaldi, Mazzini y sus respectivos seguidores) siguió la lógica de una espiral de oportunidades; provocó rápidos cambios de identidad de los activistas políticos que se habían movilizado inicialmente contra enemigos locales o regionales; implicó la competencia directa por un poder nacional internacionalmente reconocido, y dependió en gran medida de la correduría que ejercieron tanto los revolucionarios veteranos como los detentadores del poder regional. Regímenes de larga implantación como el de los Borbones en el sur de Italia quedaron descertificados por una combinación de revuelta interna y descertificación internacional. Unas alianzas temporales acabaron cristalizando en unos pactos de gobierno duraderos. Un Estado desvencijado pero duradero, con una aceptación a regañadientes pero efectiva de la prioridad de éste por encima de otras autoridades, surgió de unas luchas que fácilmente podrían haber terminado con la pérdida de territorios en favor de los estados adyacentes, con la creación de varios estados rivales con programas antitéticos o con el regreso al statu quo previo.

En la debacle de la Unión Soviética, los puntos desconcertantes que identificamos anteriormente eran:

1. ¿Cómo pudo desintegrarse visiblemente en cinco o seis años una economía política que parecía tan sólida, centralizada, autoritaria y rica en recursos?
2. ¿Por qué una cantidad tan grande de las reivindicaciones contenciosas iban encauzadas hacia la autoafirmación étnica y nacional?

3. ¿Cómo es que, entonces, son tantos los detentadores del poder del viejo régimen que reaparecen en posiciones de poder después de la gran transformación?

Las espirales de oportunidades, el cambio de identidades, la competencia y la correduría no responden totalmente a esas preguntas. No obstante, una clara comprensión de cómo funcionó la correduría en los últimos años de la Unión Soviética ayuda a explicar cómo unos líderes regionales cuyo poder dependía de la negociación entre Moscú y las circunscripciones regionales favorecidas por éste pasaron tan rápidamente de un compromiso aparentemente tenaz a la resistencia directa. El rápido ascenso de la afirmación nacional y étnica y el rápido paso de ésta a la confrontación violenta dependió de la concatenación de los cuatro mecanismos —como cuando, por ejemplo, la amenaza de una república de abandonar la Unión aumentaba la eficacia de la amenaza de otra república de abandonarla. Los detentadores del poder en el viejo régimen reaparecieron, en parte, porque se apropiaron de partes del viejo Estado, lo que no es uno de los mecanismos que hemos estudiado en profundidad en este capítulo. Pero esas mismas personas también respondieron y contribuyeron al paso de las identidades comunista y soviética a las identidades nacionales, no en términos de identidades de una gran antigüedad, sino en los términos que ponía a su disposición un Gobierno mediado por los corredores de una Unión Soviética que se desintegraba.

Aunque podríamos intentar asimilar la unificación italiana a los modelos existentes para la democratización o la formación de estados y la desintegración soviética a los modelos existentes de revolución o de declive imperial, lo que nos enseña nuestro análisis va justamente en la dirección opuesta. En lugar de considerar esos episodios en su totalidad como casos de unos procesos específicos a gran escala que funcionan según sus propias leyes, ganamos mucha más potencia explicativa si los examinamos de cerca en busca de mecanismos políticos que operan en una amplia gama de contiendas. La misma lección nos ofrece el análisis de nuestro tercer proceso de gran escala: la democratización.

9

La democratización contenciosa

LA DECOROSA SUIZA Y EL TUMULTUOSO MÉXICO FORMAN UNA EXTRAÑA pareja. No obstante, la comparación de sus vías contenciosas y erráticas hacia la democracia contribuye a vincular la democratización con la contienda política. Deja claro que, a pesar de todas las diferencias, tanto Suiza como México llegaron a los desiguales grados de democracia de los que hoy gozan mediante una intensa contienda popular. Muestra que comenzar en una u otra dirección —a través de una centralización liderada por los franceses en Suiza, y por medio de una revolución popular en México— no determina necesariamente las direcciones futuras. Subraya el hecho de que existen itinerarios sorprendentemente distintos hacia la democracia, y cada trayectoria deja unas marcas significativas en las formas de política pública que prevalecerán. Por último, identifica unos mecanismos recurrentes que aparecen de forma importante en la democratización tanto como en otros procesos políticos contenciosos.

En Suiza, en México o en cualquier otro lugar, explicar la democracia requiere identificar los mecanismos causales recurrentes que democratizan un sistema político, además de especificar las condiciones que afectan a la aparición y concatenación de dichos mecanismos (Tilly, 2000). La mayoría de las teorías de la democratización bien se detienen en la especificación de las citadas condiciones (p. ej., la modernización socioeconómica), bien pasan directamente a la descripción de cómo se ha producido

la democratización (es decir, mediante transacciones exitosas entre las élites). Este capítulo identifica algunos procesos generales (combinaciones y secuencias de mecanismos) que pertenecen al espacio analítico existente entre condiciones y descripciones. En particular, identifica procesos que (a) aíslan la política pública de las desigualdades categóricas prevalecientes y/o (b) integran las redes de confianza en la política pública. Según el precedente sentado por los capítulos anteriores, se escogen unos pocos mecanismos para prestarles una atención particular: la formación de coaliciones interclasistas, la cooptación central de los intermediarios, la disolución de las redes patrón-cliente y el mecanismo ya familiar de la correduría.

La comparación de Suiza y México también revela las serias limitaciones a que se enfrentan todas las explicaciones de la democracia desde una de las siguientes perspectivas:

- como secuencia estándar de pruebas que se pasan o se suspenden,
- como expresión de las actitudes públicas o de la cultura pública predominantes,
- como trabajo de artesanía de líderes habilidosos,
- como resultado más o menos probable del crecimiento económico,
- como combinación de varios de esos elementos.

Resaltaremos el papel de la contienda política en la democratización y señalaremos algunas paradojas y algunos puntos reveladores que ayudan a explicar las vueltas que da la democracia. A continuación, especificamos dos vías generales hacia la democratización —la de un estado débil y la de uno fuerte—, y las ilustramos ambas con los casos de Suiza y México. Por último, nos concentramos en dos procesos que contribuyen a explicar la dinámica de ambas vías y compararemos los resultados contrarios que éstos produjeron en nuestros dos casos tan poco comunes.

DEFINICIONES Y VÍAS

¿Cómo reconocemos la democratización cuando la vemos? Las definiciones que hay en funcionamiento de la democracia se dividen en tres categorías superpuestas: criterios *sustantivos* que resaltan las cualidades de las experiencias humanas y de los lazos sociales; criterios *constitucionales* que resaltan procesos legales tales como las elecciones y los referéndums; criterios basados en los *procesos políticos* que resaltan las interacciones en-

tre los actores políticamente constituidos (para un repaso y una crítica de tales criterios, véanse Bratton y van de Walle, 1997; Collier y Levitsky, 1997; Dawisha, 1997). La definición que nosotros preferimos cae de lleno dentro de la categoría que atiende a los procesos políticos. Para nuestros fines presentes:

Un régimen es democrático en la medida en que la ciudadanía se encuentra generalizada y es igual para todos y autónoma, celebra consultas vinculantes a los ciudadanos en general con respecto a las actividades del gobierno y de su personal y protege a los ciudadanos frente a actuaciones arbitrarias de los agentes del gobierno.

Preferimos una definición como ésta, basada en procesos políticos, porque: (a) capta gran parte de lo que los teóricos de la democracia, desde Aristóteles, han querido describir, sin los inconvenientes habituales de las definiciones sustantivas y constitucionales; (b) sitúa la democracia dentro de un campo de variación de las características y prácticas de los regímenes causalmente coherente y más general; (c) clarifica las conexiones causales entre contienda popular y democratización, una relación muy mal entendida pero crucial.

Los regímenes varían, entre otras cosas, en *amplitud* (la proporción de todas las personas bajo la jurisdicción del gobierno que pertenecen a los miembros del sistema político), en *igualdad* (la medida en que las personas que pertenecen a los miembros del sistema político tienen una autonomía similar y un acceso similar a los agentes y recursos del gobierno), en *consulta* (la medida en que los miembros del sistema político ejercen un control colectivo vinculante sobre los agentes, los recursos y las actividades del gobierno) y, por último, en *protección* (el blindaje de los miembros del sistema político y sus votantes frente a la actuación arbitraria de los agentes del gobierno). La amplitud, la igualdad, la consulta y la protección varían de forma parcialmente independiente. Los regímenes autoritarios populistas, por ejemplo, han diseñado normalmente una amplia e igualitaria pertenencia al sistema político que se combina con una consulta limitada y una escasa protección. Sin embargo, para simplificar las cosas, podemos combinar amplitud, igualdad, consulta y protección en un haz de variables que denominamos *consulta protegida*. Cuando la consulta protegida alcanza niveles elevados, podemos empezar a hablar de democracia. Estrictamente, pues, la democratización no es consecuencia de cambios en la política pública, sino de un tipo especial de alteración de la política pública.

Si la democracia implica, por definición, niveles altos de consulta protegida, en términos prácticos también requiere de la institución de la ciudadanía. La ciudadanía consiste, en este contexto, en derechos y obligaciones mutuos que vinculan a los agentes del gobierno a categorías en-

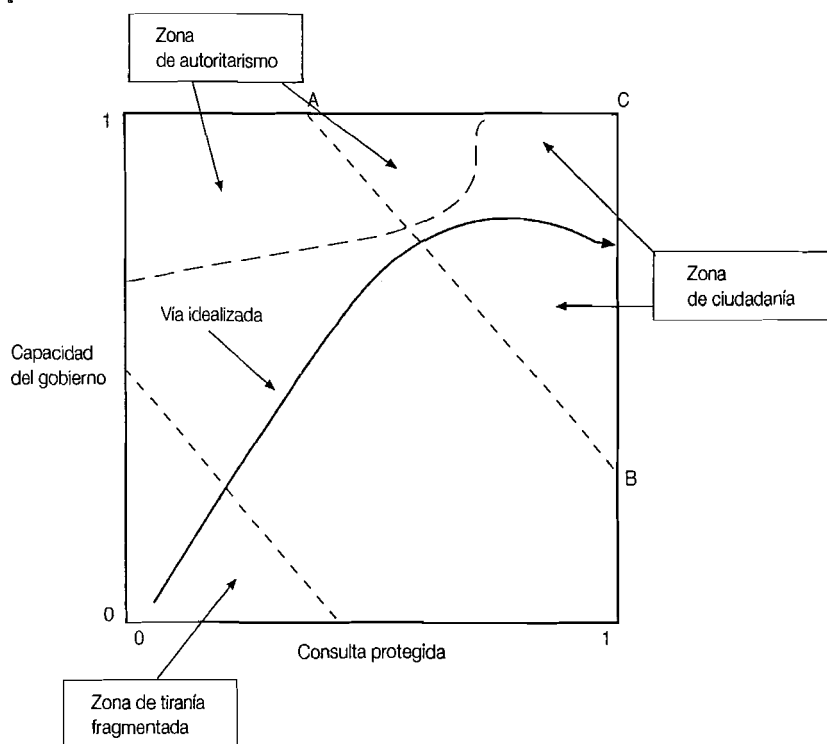


FIGURA 9.1 La democratización efectiva

teras de personas sujetas a la autoridad del gobierno; categorías que vienen definidas principal o exclusivamente por las relaciones generales con un gobierno específico, más que en referencia a unas relaciones especiales con los gobernantes o a la pertenencia a categorías basadas en rasgos imputados permanentes como la raza, la etnia, el género o la religión. La ciudadanía fortalece la amplitud y la igualdad de la participación política al definir límites entre aquellos segmentos de la población que son y no son elegibles para diferentes grados de consultas vinculantes y de protección.

La figura 9.1 esquematiza la línea de razonamiento que sigue a continuación. Allí donde prevalecen una capacidad baja del gobierno y escasa consulta protegida, la vida política transcurre en una tiranía fragmentada: con múltiples fuerzas coercitivas, déspotas de pequeña escala y competidores por el poder a mayor escala, pero sin un gobierno central eficaz.

La esquina opuesta del diagrama enmarca la zona de la ciudadanía: derechos y obligaciones mutuos que vinculan a los agentes del gobierno a categorías enteras de personas sujetas a la autoridad del gobierno; unas categorías definidas principal o exclusivamente por las relaciones con el gobierno más que en referencia a unas relaciones especiales con los gobernantes o a la pertenencia a categorías basadas en rasgos imputados permanentes como la raza, la etnia, el género o la religión.

En el punto A de la zona triangular del diagrama que representa la ciudadanía, la combinación de la consulta poco protegida con una capacidad gubernamental extremadamente alta describe un estado muy estrictamente reglamentado que podríamos llamar totalitario. La Alemania nazi ilustra los procesos políticos presentes en el ápice, o nadir, de dicho punto. En el punto B, la consulta protegida ha alcanzado su grado máximo, pero la capacidad del gobierno es tan baja que el régimen corre el riesgo de sufrir ataques internos y externos. La Bélgica del siglo XIX no llegó a tal punto, pero sí que tendió hacia él a menudo (Deneckere, 1997). El punto C —máxima capacidad gubernamental y máxima consulta protegida— es probable que se encuentre vacío a causa de la incompatibilidad de una capacidad extremadamente alta con la consulta protegida. Nuestra línea de razonamiento nos lleva a localizar una de las zonas de autoritarismo en la esquina superior izquierda del diagrama, superpuesta a la de la ciudadanía, pero sin agotarla en modo alguno. También sugiere una vía ideal para la democratización eficaz: la que concede igual peso a los incrementos de la capacidad del gobierno y a los de la consulta protegida, hasta llegar al punto en el que entramos en la zona de la ciudadanía, para desacelerar después la capacidad del estado, y acabar reduciéndola cuando se alcanza un alto grado de consulta protegida.

LA CONTIENDA Y LA DEMOCRATIZACIÓN

Todo eso nos lleva a la contienda política. Decir que la democratización significa un cambio en la red hacia la consulta protegida quiere decir, por lo menos, que: (a) algunos grupos desean que se produzca tal cambio y están dispuestos a realizar grandes esfuerzos para hacerlo efectivo; (b) dichos grupos pueden ser élites gubernamentales, contraélites, gente que lo reivindica por interés propio o alguna combinación de entre todos esos grupos; (c) es probable que otros que vean amenazados los derechos y privilegios de los que gozan se opongan; pero que (d), retrospectivamente, muchos de sus esfuerzos no los reconozcan ni los reivindicadores ni

los receptores de las reivindicaciones en forma de demandas de democracia. La democratización, en otras palabras, no es una única cosa, sino el resultado contingente de la interacción entre un cierto número de reivindicaciones y contrarrevindicaciones. La reivindicación contenciosa produce nuevos cuadros de relaciones que operan a través de la consulta protegida entre reivindicadores y contrarrevindicadores de bienes públicos. Todo eso significa que (e) al igual que nuestras trayectorias de la contienda, la democratización no es un proceso finito y lineal y que (f) las diferentes formas de contienda y los diferentes procesos contenciosos que hemos estudiado en los capítulos precedentes —los movimientos sociales, las revoluciones, la guerra, el nacionalismo, los conflictos laborales— pueden combinarse para generar consulta protegida.

Los procesos contenciosos también pueden combinarse para desviar a los sistemas políticos de la democratización, no sólo porque haya gente que se oponga a la democracia misma, sino también —y, probablemente, sobre todo— porque las reivindicaciones efectuadas en nombre de la democracia amenacen a sus intereses. Es tanta la frecuencia con la que tales contrarrevindicadores han desviado a sus países del curso de la democracia que algunos observadores bienintencionados interpretan la contienda misma como una amenaza a la democracia. Cuentan con numerosos casos que los apoyan: las luchas de la República española que llevaron a la Guerra Civil y al franquismo; la caída de la República de Weimar y el espacio que ésta dejó al nacionalsocialismo alemán; la combinación de revuelta rural y militancia que permitió la ascensión al poder de Mussolini en Italia (Linz y Stepan, 1979).

Pero se trata de casos de desvío democrático. La democracia es resultado de la contienda popular, a la cual moviliza y remodela. Dos de las características de la relación de interdependencia entre democracia y contienda nos ayudan a dar cuenta del porqué de esa impresión errónea de que son incompatibles. En primer lugar, en general, la democratización limita notablemente las formas de reivindicación pública colectiva que representan una amenaza para la vida o para la propiedad, y las sustituye por variedades de interacción muy visibles pero menos directamente destructivas. En segundo lugar, en la media de los regímenes democráticos, las amenazas y las intenciones declaradas de actuar de un cierto modo (en lugar de las acciones directas no negociables) ocupan una posición mucho más central en la política popular que la que ocupan en los regímenes no democráticos. No obstante, en realidad dichas amenazas llevan de vez en cuando al conflicto abierto, si no carecerían de credibilidad.

Nuestro problema analítico, pues, es descubrir cómo y por qué los regímenes avanzan en la red hacia la consulta protegida, sobre todo cuando dichos avances los hacen entrar en la estrecha zona de la ciudadanía y la

democracia. Nuestro problema empírico es entender cómo y cuándo la contienda política lleva hacia dicha zona. Como muchos regímenes que entran en la vía hacia la democracia se alejan después de ésta, podemos esperar que la solución a nuestro problema analítico primario nos ayude también a explicar por qué se produce la desdemocratización. Como algunos procesos espectacularmente contenciosos generan democracia, otros no, y otros lo hacen de manera frágil, el hecho de reseguir los procesos de contienda de manera comparativa nos llevará también a abordar nuestro problema analítico.

VÍAS FUERTES Y DÉBILES HACIA LA DEMOCRACIA

El avance hacia la consulta protegida se solapa con otra dimensión importante: *la capacidad del gobierno*. La capacidad es el grado de control que tienen los agentes gubernamentales sobre los cambios en la condición de las personas, las actividades y los recursos del territorio sobre el que el gobierno ejerce su jurisdicción. Excepto a muy pequeña escala, no hay democracia que sobreviva sin una sustancial capacidad gubernamental. Eso es cierto por razones tanto internas como externas. Internamente, mantener la protección, la consulta, la igualdad y la amplitud en contra de las maniobras de los actores domésticos más poderosos que tienen un incentivo para subvertirlas requiere una sustancial capacidad de gobierno. Externamente, los gobiernos que no poseen una capacidad sustancial son vulnerables a la subversión, al ataque o, incluso, a la conquista por parte de bandidos, rebeldes, guerrillas y gobiernos extranjeros.

Dentro del espacio de la figura 9.2 podemos imaginar dos trayectorias extremas que llevan de una tiranía menor a alguna clase de democracia.

Una vía de *estado débil* que comprende una expansión al inicio de la consulta protegida, seguida mucho más tarde de un fuerte aumento de la capacidad del gobierno, lo que nos lleva a entrar en la zona de la ciudadanía desde abajo. Sólo unos pocos de los estados modernos siguieron completamente esta trayectoria, porque la mayoría de los que la iniciaron sucumbieron a la conquista o a la desintegración.

Una vía de *estado fuerte* que comprende la expansión al inicio de la capacidad del gobierno, la entrada en la zona de autoritarismo, la expansión de la consulta protegida gracias a una fase autoritaria de ciudadanía, para que por fin surja un régimen menos autoritario, más democrático, pero que todavía mantiene una capacidad alta.

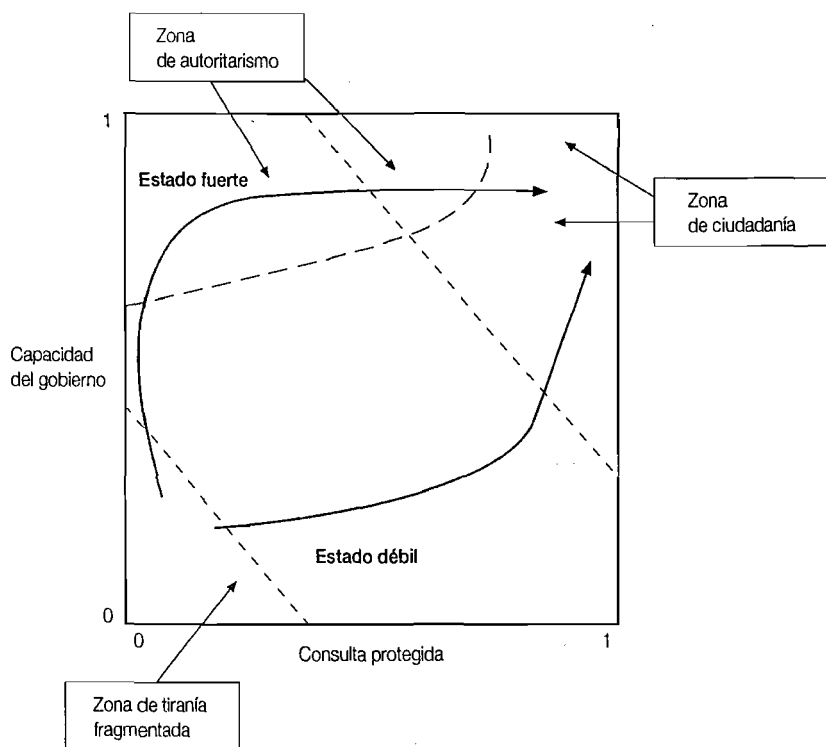


FIGURA 9.2 La vía del estado fuerte hacia la democracia versus la del estado débil

Dos breves ejemplos de desvíos de la vía hacia la democracia en los casos de la vía del estado débil y la del estado fuerte bastarán para ilustrar la cantidad de modos que existen de abandonar el camino que lleva de la tiranía a la consulta protegida. Desde la perspectiva de su enorme clase noble (aunque seguramente no desde la de sus mercaderes y campesinos), el gobierno de Polonia en el siglo XVIII temblaba ante la llegada de la consulta protegida. Gracias, después de todo, a la intervención con mano dura de las potencias vecinas, los nobles polacos elegían a su rey, a veces lo deponían, y normalmente mantenían unos ejércitos propios que sobrepasaban ampliamente al ejército real. Al tratarse de un Estado compuesto, Polonia carecía notablemente de capacidad, tanto que las rebeliones de cosacos y demás casi destruyeron el Estado a mediados del siglo XVIII. Las conquistas desde el exterior por la parte rusa, prusiana y austriaca asfixiaron la

existencia de Polonia como Estado autónomo desde 1795 hasta la Primera Guerra Mundial.

Venecia siguió una asombrosa versión de la trayectoria del estado fuerte, pero no llegó a estar próxima a la democracia hasta finales del siglo XIX. Los mercaderes, piratas y guerreros venecianos construyeron uno de los estados más depredadores y eficaces de entre los siglos X y XV y crearon un Imperio fragmentario que se extendía alrededor de gran parte del Adriático y del Mediterráneo oriental. Una estrecha y estratificada oligarquía se enriqueció con el comercio y la rapiña, pero no permitió que el grueso de la población veneciana —ni en casa, ni fuera de casa— opinara sobre tema alguno relacionado con los asuntos públicos. Los *dux* electos procedían exclusivamente de las capas más altas de los patricios venecianos. Incluso durante el relativo declive del poder comercial de Venecia después de 1600, la República de Venecia seguía siendo el instrumento de una pequeña clase dominante. Con la invasión de Napoleón en 1797, claro está, Venecia participó temporalmente del nuevo régimen italiano de instituciones representativas. La República después restaurada luchó del lado de los demócratas europeos y perdió, en 1848, para caer en manos austriacas hasta 1866. Sólo después de unirse al recién formado Reino italiano evolucionó Venecia hacia una régimen limitado pero relativamente duradero de consulta protegida.

A lo largo de los últimos dos siglos, pocos casos reales han servido de muestra a extremos tan dramáticos como los de la Polonia del Antiguo Régimen y la Venecia de los siglos XIV a XIX. En la mayoría de los casos, el curso ha sido más errático, con periodos de regresión y cambios repentinos en ambas dimensiones. La gran mayoría de las historias han entrado en un momento u otro en la zona del autoritarismo. Sin embargo, en todos los casos de democratización estuvo presente alguna versión de tres procesos críticos: el aislamiento parcial de la política pública de las desigualdades materiales, la integración parcial de las redes privadas de confianza en la política pública y el establecimiento de la consulta protegida en la rutina de la política pública. En el caso de los regímenes que siguieron la trayectoria del estado fuerte, dichos procesos implicaron el dismantelamiento del aparato del autoritarismo. En el de los regímenes que siguieron la trayectoria del estado débil, jugaron un papel central el desarrollo absoluto de la capacidad del estado y el compromiso de éste con la consulta protegida. En los casos intermedios, la transformación de una capacidad creciente del estado en un sistema político democrático generó lucha tras lucha.

La democratización, así pues, no se produjo nunca sin una intensa contienda. Pero sólo en condiciones especiales la contienda produjo movimientos en la red hacia la democracia. En las tres trayectorias idealizadas

hacia la consulta protegida —la del estado fuerte, la del estado débil y la intermedia—, estuvieron presentes el aislamiento de la política protegida respecto de la desigualdad material, la integración de las redes de confianza en la política pública y la transformación de la política pública. Dentro de cada uno de esos procesos, aparecieron repetidamente mecanismos característicos tales como la formación de coaliciones transversales entre clases.

Nosotros utilizaremos dos casos poco comunes —uno de ellos instauró una democracia rudimentaria hace más de un siglo, el otro se encuentra hoy en día en la frontera de ésta— para examinar algunos de los procesos y los mecanismos típicos de las vías del estado fuerte y el estado débil hacia la consulta protegida. En aras de nuestros objetivos analíticos, repasaremos someramente la historia inicial de nuestros dos países e ignoraremos la mayoría de los mecanismos de cambio que contribuyeron a la democratización para centrarnos en dos de los procesos que sirven de punto de contraste entre nuestros casos: el aislamiento de la política pública respecto de la desigualdad material y la integración de las redes de confianza en la política pública. Dentro de esos dos procesos, resaltamos únicamente cuatro mecanismos causales importantes: la formación de coaliciones transversales entre clases, la cooptación central de los intermediarios, la disolución de las redes patrón-cliente y la correduría.

A la entrada del siglo XXI, Suiza representa una de las democracias más antiguas del mundo. Del siglo XIX, ha mantenido una aire oligárquico y una estructura de mosaico, pero dirige sus asuntos públicos mediante la consulta de los ciudadanos, ofrece una protección sustancial de las personas que poseen la ciudadanía y, por lo general, mantiene la contienda contenida dentro de los límites de las formas prescritas y toleradas de expresión que 150 años de experiencia democrática han establecido como norma. Por el contrario, a lo largo de la mayor parte de su historia posrevolucionaria, México ha otorgado a sus instituciones casi democráticas un contenido autoritario. Aunque las elecciones han producido un relevo regular en la Presidencia y demás cargos públicos, los partidos perdedores han cuestionado con frecuencia la limpieza de las elecciones. Hasta hace poco, los partidos de la oposición eran incapaces de hacer que se tambaleara el dominio de la nación por parte de la coalición gobernante. En diversas regiones, la guerrilla bullía y, de vez en cuando, explotaba. Y los ciudadanos seguían recibiendo un trato desigual por parte de los cargos del Gobierno, desde la policía hasta los presidentes. Sólo en el año 2000 se llegó a producir la alternancia pacífica en el poder presidencial. Aun así, si comparamos la situación actual con su historia autocrática del siglo XIX, México ha avanzado hacia la democracia.

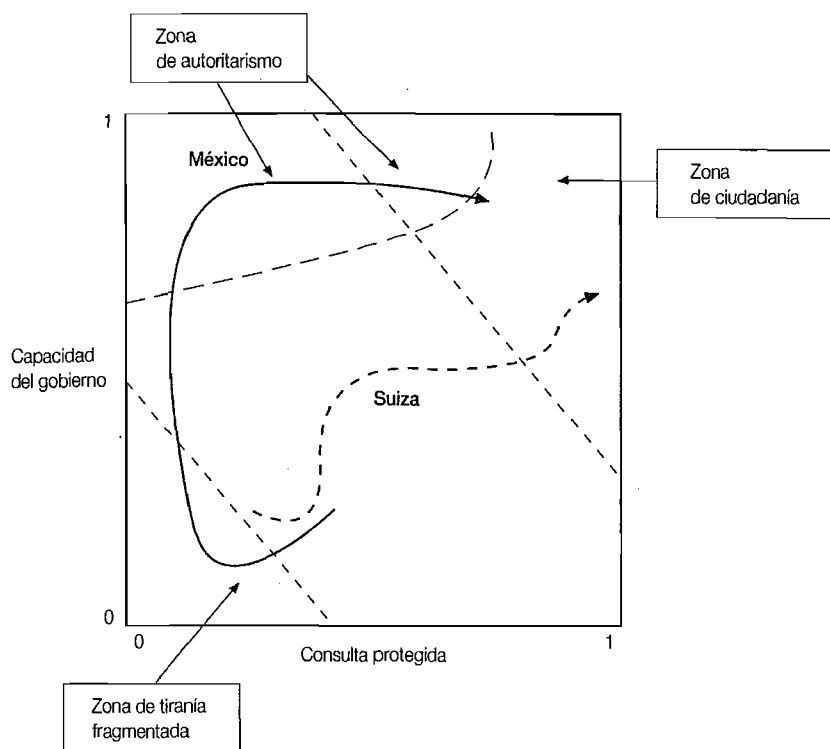


FIGURA 9.3 Las vías suiza y mexicana hacia la democracia, 1750-1990.

La comparación de Suiza y México plantea dos cuestiones acerca de los diversos caminos que llevan de la tiranía o la oligarquía a la democracia. La figura 9.3 sitúa dentro del espacio las trayectorias idealizadas de México y de Suiza desde 1750 hasta 1990. Éstas muestran que México se encuentra más próxima a la vía del estado fuerte y Suiza a la del estado débil. Ninguno de los dos países sigue de cerca la versión extrema de dichas vías que esbozamos en los casos de Polonia y Venecia. Y eso es todo lo que la figura muestra. Deja por explicar los procesos que generaron la precoz semidemocracia de Suiza en 1848 y el semiautoritarismo de México después de 1928.

PROCESOS Y MECANISMOS DE CAMBIO

¿Dónde cabe buscar las explicaciones? La democratización surge de los cambios que se producen en la interacción de tres conjuntos de relaciones sociales causalmente interdependientes pero analíticamente separables: la política pública, la desigualdad y las redes de confianza; cambios todos ellos conectados con los cambios en el entorno del régimen. En el curso de la democratización, el grueso de la población sujeta a un gobierno adquiere unos derechos vinculantes, protegidos y relativamente iguales sobre los agentes, las actividades y los recursos del gobierno. En un proceso vinculado a éste, disminuye la desigualdad entre categorías en aquellas áreas de la vida social que conforman o apoyan directamente la participación en la política pública. Por último, se produce un cambio significativo en el enclave de las redes personales en las que se apoyan las personas cuando emprenden proyectos de riesgo a largo plazo tales como el matrimonio, el comercio a larga distancia, la asociación a un gremio, la inversión o el ahorro. Dichas redes varían desde eludir la detección y control por parte del gobierno hasta la implicación en el sistema político y la presunción de que los agentes del gobierno cumplirán con sus compromisos a largo plazo. Cuando los tres conjuntos de cambios intersectan aparece una democracia efectiva y duradera. La conquista, el enfrentamiento, la revolución y la colonización aceleran a veces la democratización, no por sus propiedades peculiares, sino porque intensifican y aceleran los mismos mecanismos que favorecen las transformaciones democratizadoras de las redes de confianza, de la desigualdad entre categorías y de la política pública en el curso de un cambio gradual.

La tabla 9.1 enumera las combinaciones y secuencias de mecanismos y procesos que, en principio, según este argumento, es probable que jueguen un papel en la democratización. En este primer encuentro de nuestro esquema analítico con episodios históricos complejos, no exigiremos pruebas que demuestren que estuvieron presentes todos y cada uno de dichos mecanismos hipotéticos. Interpretaremos que los resultados son esperanzadores si se cumplen la mayoría de las siguientes condiciones:

- Los cambios en las redes de confianza y en la desigualdad entre categorías afectan a la amplitud y el carácter de la consulta protegida.
- Los cambios dentro de la política pública afectan, así mismo, a la amplitud y el carácter de la consulta pública.
- Los mecanismos y procesos de dichos cambios alteran en general la implicación de los agentes gubernamentales en las redes de confianza.

TABLA 9.1 Muestras de mecanismos y procesos que favorecen la democratización

1. Desigualdad

- disolución de los controles coercitivos que en ese momento prestan apoyo a las relaciones de explotación y al acaparamiento de oportunidades
 - educación y comunicaciones que alteran las adaptaciones que en ese momento prestan apoyo a las relaciones de explotación y al acaparamiento de oportunidades
 - educación y comunicaciones que suplantán los modelos existentes de organización, por lo que alteran la emulación de la desigualdad en la formación de nuevas organizaciones
 - igualación de bienes y/o del bienestar entre las diversas categorías presentes en la población en general
 - aislamiento de las desigualdades existentes entre las diversas categorías de la política pública
-

2. Redes de confianza

- creación de garantías externas para los compromisos del gobierno
 - incorporación y expansión de las redes de confianza existentes al sistema político
 - absorción o destrucción por parte del gobierno de las redes patrón-cliente, previamente autónomas
 - desintegración de las redes de confianza existentes
 - expansión de la población que carece de acceso efectivo a las redes de confianza para sus principales empresas de riesgo a largo plazo
 - aparición de nuevas oportunidades de riesgo a largo plazo fuera del control de las redes de confianza existentes
 - aumento sustancial de los recursos del gobierno para la reducción del riesgo y/o la compensación de pérdidas
 - cumplimiento visible por parte del gobierno de sus compromisos en beneficio de sustanciales nuevos segmentos de la población
-

3. Política pública

- formación de coaliciones entre segmentos de las clases dirigentes y actores políticos constituidos que en ese momento están excluidos del poder
 - correeduría de coaliciones entre categorías desiguales y/o redes de confianza distintas
 - cooptación central o eliminación de intermediarios políticos previamente autónomos
 - contención burocrática de las fuerzas militares previamente autónomas
 - disolución o segregación del gobierno de las redes patrón-cliente no gubernamentales
 - imposición de estructuras y prácticas de gobierno uniformes en toda la jurisdicción del gobierno
 - ciclos de movilización-represión-negociación durante los cuales actores excluidos en ese momento actúan colectivamente de maneras que amenazan la supervivencia del gobierno y/o de sus clases dirigentes, la represión gubernamental fracasa, se producen luchas y se alcanzan acuerdos que otorgan una posición política y/o derechos políticos a los actores movilizados
 - ciclos de extracción-resistencia-negociación durante los cuales los agentes gubernamentales reclaman determinados recursos que se encuentran bajo el control de redes no gubernamentales y dedicados a fines no gubernamentales, los poseedores de dichos recursos se resisten, se producen luchas y se alcanzan acuerdos en los que las personas ceden los recursos pero reciben garantías creíbles con respecto a los límites de futuras extracciones
-

- Los mecanismos y procesos de dichos cambios alteran en general el aislamiento existente entre la desigualdad entre categorías y la política pública.
- Los mecanismos y procesos de dichos cambios afectan a la amplitud, la igualdad, la influencia vinculante y la protección de la participación política.
- La confrontación, la colonización, la conquista y la revolución tienen sus efectos sobre la consulta protegida al acelerar algunos de esos mismos mecanismos y procesos.
- Unos mecanismos y procesos similares afectan las vías hacia la democratización de Suiza y México.
- No existe un esquema más simple, más potente o mejor conocido que explique claramente ambos episodios.

Complicaría excesivamente nuestro análisis profundizar en cada una de esas afirmaciones. Examinaremos dos de ellas para las vías tan diferentes de Suiza y México hacia la democratización: los efectos de los cambios en las redes de confianza y en la desigualdad categórica sobre la extensión y el carácter de la consulta protegida. Nosotros sostenemos que la combinación de (a) unas redes de confianza que pasan a implicarse en el sistema político y (b) el aislamiento de las desigualdades categóricas de su presencia en el estado —aunque no necesariamente su reducción— ayudan a producir la democratización. De un modo más preciso, afirmamos que:

- La formación de una coalición transversal entre clases (la creación de actuaciones coordinadas que traspasan una frontera importante entre clases) favorece el aislamiento de la desigualdad entre las categorías respecto de la política pública.
- La cooptación central de intermediarios (la integración de corredores previamente autónomos y de líderes de las categorías subordinadas en las coaliciones gobernantes) favorece la integración de las redes de confianza en la política pública.
- La disolución de las redes patrón-cliente (la ruptura de unas cadenas asimétricas y personalistas de relaciones que conectan a los detentadores del poder con sus subordinados) favorece igualmente la integración de las redes de confianza en la política pública.
- La correduría (la vinculación de dos o más enclaves sociales no conectados en ese momento gracias a una unidad que media sus relaciones mutuas y/o con otros enclaves) facilita los dos primeros mecanismos: la formación de coaliciones entre clases y la cooptación central de los intermediarios.

Sin embargo, esos mecanismos y procesos se combinaron de modo muy distinto en Suiza y en México. Contribuyeron a la democratización, durante mucho tiempo limitada, pero estable, de Suiza, pero todavía no han producido una democracia estable en México. En Suiza se aprecia antes una vía de estado débil en dicha dirección; en México, después, una vía de estado fuerte aún muy protestada.

SUIZA

La experiencia suiza representa un caso más del «perro que no llegaba a morder»: la transición a un gobierno de representación en presencia de sólidas diferencias lingüísticas y religiosas. Hace mucho tiempo que existen importantes diferencias entre los cantones germanoparlantes del norte y el este de Suiza, sus cantones francoparlantes de la frontera del oeste, su franja italoparlante del sur y sus enclaves rumanoparlantes del sudeste. Dentro de las regiones nominalmente germanoparlantes, existen profundas diferencias entre poblaciones en los dialectos alemanes genéricamente conocidos como *Schwyzerdütsch* que, de hecho, funcionan como lenguas predilectas para la comunicación oral. Sin embargo, con una línea confrontacional dominante basada en la religión y heredada de la Reforma, los suizos raras veces se han peleado por las diferencias lingüísticas.

Suiza es aún más remarcable por la vitalidad de sus instituciones representativas, acompañada de unas estructuras estatales considerablemente débiles. Otros regímenes similares de otras partes de Europa sucumbieron por lo general, como es el caso de Polonia, a la invasión por parte de unos vecinos con una capacidad superior (y menos democráticos). La topografía de Suiza, su capacidad para convocar la defensa militar en momentos de presión y las rivalidades entre sus poderosos vecinos le proporcionaron un espacio para respirar similar al espacio del que gozaron Liechtenstein y Andorra. Cualquier otra cosa que queramos explicar sobre el itinerario suizo hacia la democracia pasa necesariamente por hablar de una intensa lucha popular, incluida una extensa acción militar. Además, el mismo proceso que produjo un Gobierno central con una mayor capacidad generó también la democracia restringida, aunque genuina, de Suiza: comparada con lo que había antes, ésta contempla una ciudadanía relativamente amplia —aunque desigual—, la consulta vinculante de los ciudadanos y una sustancial protección de los ciudadanos frente a las acciones arbitrarias de los agentes gubernamentales. Pero la trayectoria

hacia la democracia pronto se alejó de la vía del estado fuerte, favorecida por la ocupación francesa, y la transición a la democracia se produjo mediante el encapsulamiento de enclaves de oligarquía local y de desigualdad en su sistema federal.

Después de constituir durante mucho tiempo un conjunto de feudos beligerantes dispersos dentro de sucesivos imperios alemanes, las mayoría de las áreas suizas ganaron la independencia de facto con la Paz de Basilea (1499) y de jure con el reconocimiento de la Federación en la Paz de Westfalia (1648). Su control de las rutas transalpinas de comercio, de viaje y de movimiento de tropas otorgó a los diferentes segmentos de Suiza un medio de supervivencia política y comercial, pero también los convirtió en objeto de una incesante intervención por parte de las potencias vecinas. «La peculiaridad del orden social anterior de Suiza», observaba Karl Deutsch,

se expresaba en la singularidad de sus cantones montañosos. Un cantón montañoso como Uri es un cantón agrícola con unos campesinos ricos, armados y asombrosamente informados. Se trata de una ciudad natural con montañas en lugar de murallas y pasos de montaña en lugar de puertas. También es una región agrícola que acoge un estilo urbano de gobierno que se concibe a sí mismo como una ciudad autogobernada. Más abajo, en las Tierras Medias, existe una liga de los ciudadanos de ciudades-estado tales como Berna y Zurich con los campesinos de sus propios cantones y, por lo tanto, una forma distinta de relación entre los ciudadanos urbanos y los residentes en el campo. Así pues, los derechos de las poblaciones pequeñas estaban bien establecidos y el autogobierno de tales poblaciones era bien respetado (Deutsch, 1976: 34-35).

Hasta fines del siglo XVIII, la Federación seguía siendo poco más que una débil alianza de trece cantones con fuertes vínculos con los territorios aliados de Ginebra, Grisons (Graubünden) y Vlais, y con algunos territorios sometidos (p. ej., Vaud, Lugano, Bellinzona y Valtellina). Desde el siglo XVI hasta el siglo XVIII, Suiza, por decisión propia, se mantuvo casi completamente alejada de las guerras, pero proporcionó tropas mercenarias de primera categoría a gran parte de Europa. Durante ese periodo, la política suiza funcionaba principalmente en los niveles local y cantonal: esfuerzos orientados hacia el exterior para mantener alejadas a las demás potencias, esfuerzos dirigidos hacia el interior para ocuparse de unas enormes disparidades y de las particularidades de los privilegios.

A lo largo de toda esa época, los cantones individuales presentaban un grado de deliberación democrática que resaltaba entre la casi totalidad de Europa, pero sólo una limitada capacidad estatal. «La antigua Confederación, en sus últimas décadas», señala Jonathan Steinberg,

era algo maravilloso, un mosaico de jurisdicciones superpuestas, costumbres antiguas, privilegios y ceremonias carcomidos, irregularidades en las costumbres, en la ley, en los pesos y en las medidas. A orillas del lago Luzern, la República independiente de Gersau prosperaba con sus 2.000 habitantes y gozaba de un gran prestigio entre los teóricos políticos de su momento como el Estado libre más pequeño de Europa. El famoso profesor de Gotinga Friedrich Cristoph Schlosser barajaba seriamente la idea de escribir una historia en varios volúmenes de la República bajo un aspecto «universal-histórico», como microcosmos de toda la historia europea (Steinberg, 1996: 39-40).

Conquistada por Napoleón (con la ayuda de los revolucionarios suizos) en 1798, después de recibir una nueva Constitución ese año, los suizos adoptaron por un breve periodo de tiempo una forma de gobierno más centralizada. No obstante, el Gobierno nacional seguía siendo débil. Sólo entre 1800 y 1802, se produjeron cuatro golpes de estado. Con la retirada de las tropas francesas en 1802, se desencadenaron múltiples rebeliones. Suiza se precipitó entonces hasta el borde de la guerra civil. Sólo la intervención de Napoleón y la imposición de una nueva Constitución en 1803 pudo mantener el país unido. El régimen de 1803, bautizado con el interesante nombre de la «Mediación», restauró el considerable poder de los cantones, pero sin restablecer en modo alguno el Antiguo Régimen. La remodelada Federación suiza funcionaba gracias a una Asamblea Nacional, un multilingüismo oficial, una relativa igualdad entre los cantones y la libertad de los ciudadanos para moverse de un cantón a otro.

A pesar de algunos reajustes territoriales, unos poderes centrales legislativo, judicial y ejecutivo débiles sobrevivieron a la derrota de Napoleón después de que el país volviera a encontrarse próximo a la guerra civil (un peligro que esta vez fue alejado por la intervención de la Gran Potencia) entre 1813 y 1815. Después del acuerdo de la guerra de 1815, Austria, Francia, Gran Bretaña, Portugal, Prusia, Rusia, España y Suecia aceptaban un tratado entre 22 cantones llamado el Pacto Federal y garantizaban la perpetua neutralidad de Suiza y la inviolabilidad de sus fronteras.

La Suiza del Pacto Federal funcionaba sin una burocracia permanente, sin un ejército, una moneda común, unas medidas estándar o una bandera nacional, y con múltiples barreras aduaneras internas, una capital rotativa y una riña constante entre unos representantes cantonales que no tenían derecho a desviarse de las instrucciones de sus votantes locales. Cabe resaltar la debilidad de la capacidad del Estado en los años de 1830. Alexis de Tocqueville escribía desde Berna a su amigo Claude-François de Corcelle el 27 de julio de 1836 y declaraba que:

En mi calidad de *americano*, ya he desarrollado un orgulloso desdén por la Constitución federal de Suiza, a la que yo denominaría una liga más que una

federación. Un gobierno de ese tipo es el más suave, menos poderoso, más forzado que uno pueda imaginarse, y el menos capaz de llevar a la gente a ningún lugar que no sea la anarquía. El Reino de Inglaterra es cien veces más republicano que está supuesta República. [De Tocqueville, 1983: 70]

A escala nacional, los suizos vivían en un sistema más dispuesto al veto que al cambio concertado. Con una mayoría protestante concentrada en los cantones más ricos, más industriales y más urbanos, en la política suiza comenzó a preponderar una división entre protestantes-liberales-radicales y católicos-conservadores poco antes de 1830, con bolsas de anticlericalismo en las ciudades. En las regiones dominadas por ciudades conservadoras como Basilea, el campo solía apoyar los programas liberales o radicales. En los crecientes centros de producción intensiva de capital como Zurich, el conflicto enfrentaba a una burguesía muy ligada a unos privilegios políticos oligárquicos contra una clase trabajadora en expansión que reclama cada vez más una voz en la política pública y se aliaba cada vez más con los disidentes radicales de la burguesía.

La problemática política se volvió aguda porque los alineamientos nacionales de la década de 1840 enfrentaban a los doce cantones más ricos y predominantemente liberal-protestantes contra los diez más pobres, predominantemente católico-conservadores, en una Dieta en la que cada cantón tenía un único voto (estrictamente, algunas de la unidades de cada bando, productos de anteriores particiones, eran medios cantones con medio voto cada uno, pero la relación de votos de 12 a 10 seguía vigente). Así pues, los liberales recurrieron a la retórica del patriotismo y el gobierno de la mayoría, mientras que los conservadores contraatacaron con los derechos de los cantones y la defensa de las tradiciones religiosas. Tres niveles de ciudadanía —municipal, cantonal y nacional— competían entre sí (véase Prak, 1998).

La contienda fue incesante, y a menudo de una virulenta violencia, entre 1830 y 1848. Con el desarrollo de los acontecimientos de las revoluciones belga y francesa de 1830, se produjeron revoluciones de pequeña escala en las ciudades y cantones suizos de Aargau, Lucerna, Saint Gallen, Schaffhausen, Solothurn, Thurgau, Vaud y Zurich. Después, republicanos y radicales crearon grupos militares (a menudo denominados «cuerpos libres» o *Freischärler*) e intentaron hacerse con el control de determinadas capitales cantonales por medio de las armas. Tales grupos fracasaron en Lucerna (1841), pero consiguieron situar a nuevas administraciones en el poder en Lausana (1847), Ginebra (1847) y Neuchâtel (1848).

Dada la reciente fama de formalidad de Suiza, la cronología resulta asombrosa. Durante 1831, 1832, 1833, 1834, 1839, 1841, 1847 y 1848, las luchas armadas en torno a la forma y las prerrogativas del gobierno sacu-

dieron a una u otra parte de Suiza. La mayor de las confrontaciones armadas se produjo en 1847, cuando la Dieta federal suiza ordenó la disolución de la Liga de Defensa Mutua (*Sonderbund*) formada dos años antes por los cantones católicos. Cuando los cantones católicos se negaron, la Dieta envió un ejército a Friburgo y Zug (cuyas fuerzas capitularon sin ofrecer una lucha seria) y, después, a Lucerna (donde se produjo una breve batalla). La *Sonderbund* contaba con unos 79.000 hombres armados, y la Federación con unos 99.000. La Guerra de la *Sonderbund* se zanjó con 33 muertes entre las fuerzas católicas y 60 entre los atacantes. La derrota de los católicos consolidó el dominio de los liberales en Suiza en su totalidad y condujo a la adopción de una Constitución prudentemente liberal, que seguía un modelo parecido al americano, en 1848.

El acuerdo de 1848 sólo fue posible como resultado de una clara guerra civil. No obstante, el acuerdo de paz sentó los cimientos de un largo periodo de democracia restringida pero estable en el nivel nacional. Fue el resultado de un pacto entre los cantones con una democracia relativamente directa en los niveles local y cantonal —Lucerna, Uri, Schwyz, Unterwald y Zug— y los que tenían establecidos sistemas de representación —Ginebra, Friburgo, Vaud, Berna, Solothurn, Aargau, Zurich, Schaffhausen y Ticino.

Se dan, así pues, dos paradojas: una lucha popular armada que acaba con la democracia, y una feroz oposición a la democracia nacional por parte de quienes habían practicado la democracia directa en el nivel local. La solución a la segunda paradoja ayuda a resolver también la primera. La «democracia directa» de las regiones que se oponían a la reforma federal consistía en realidad en un gobierno asambleario basado en una igualdad celosamente preservada dentro de una ciudadanía de tipo restringido. En paralelismo directo con aquellas partes de la Europa urbana en las que las ciudades gozaban de una considerable autonomía política, los ciudadanos varones de los comunes y cantones suizos tenían el derecho y la obligación de portar armas en las milicias cívicas —tanto era así que, en el siglo XIX, los votantes acreditados portaban una espada, una daga o una bayoneta como señal de su distinción. Durante siglos antes de la década de 1840, las asambleas armadas se constituían por iniciativa propia para protestar contra las actuaciones de una u otra autoridad. A veces, derrocaban un régimen por la fuerza, creaban asambleas temporales para juzgar o debater las actuaciones de las autoridades o forzaban a las autoridades mismas a convocar asambleas de ciudadanos (Head, 1995).

Tras la igualdad pública se escondían la oligarquía, el chovinismo y la coerción. Aunque en una asamblea la mayoría podía rechazar las propuestas de los cargos de un común o de un cantón, y a veces lo hacía, en la práctica, los ricos dominaban los altos cargos públicos y raras veces

permitían que llegara a expresarse en público una oposición seria a su papel. En aquellas instancias en las que la escala misma del sistema político local hacía difícil gobernar de manera rutinaria por medio de la asamblea directa, los cantones solían adoptar el veto (en el que tenía que ser una mayoría de votantes cualificados la que rechazara una propuesta formal, independientemente de cuántos votaran de hecho) o el referéndum (en el que ganaba la mayoría de votantes de una propuesta, independientemente de cuántos votaran de hecho) como sustitutos de la deliberación cara a cara, de viva voz. Independientemente de los procedimientos, las versiones suizas de la democracia directa implicaban típicamente una estrecha participación, una relativa igualdad de derechos dentro del afortunado círculo de participantes, la consulta vinculante de los participantes y una protección limitada de quienes quedaban fuera del grupo. La democracia directa suiza también llevaba asociada una fiera protección de la política local y cantonal frente a las interferencias externas. El sistema protegía no tanto la libertad individual como la autonomía colectiva.

Por el contrario, los cantones protestantes, liberales, comerciales e industrializadores que adoptaron la democracia representativa ampliaron por lo general la participación en la política cantonal y buscaron una unión nacional más fuerte para proteger y favorecer el comercio y mantener fuera de Suiza a sus poderosos vecinos. La lucha armada en Suiza entre 1830 y 1848 fue consecuencia en gran parte de los esfuerzos de los activistas urbanos para que la democracia representativa derrotara a la política oligárquica de la democracia directa. Al defender esa opción, se convirtieron sin quererlo en defensores también de un Estado central más fuerte. Pero la necesidad de forjar algún tipo de unidad nacional y la obstinada resistencia de los cantones de las montañas llevó a los ciudadanos de Zurich y Berna a integrar de un modo permanente la autonomía de los cantones dentro del nuevo acuerdo federal.

Así pues, la Constitución de 1848, alcanzada con dificultades, establecía un sistema federal, no un estado unitario según el modelo francés. Repartía la soberanía entre el Gobierno federal y los cantones. Creaba un sistema representativo bicameral al estilo americano, con igual representación de los cantones en la cámara alta, una representación aproximadamente igual de los votantes en la cámara baja y con la protección de los derechos lingüísticos locales. A pesar de su victoria en 1848, los redactores de la Constitución suiza todavía tenían que lograr que sus propuestas fueran aprobadas por una mayoría de cantones y, después, por una mayoría de votantes en un referéndum nacional. En el proceso, se perdieron las propuestas de un ejército fuertemente centralizado, un sistema escolar público nacional, un sistema viario nacional y una lengua nacional única (Ruffieux, 1983: 9).

En comparación con los modelos francés o británico de democracia del siglo XIX, el sistema federal suizo parece extraordinariamente descentralizado y heterogéneo: una Constitución característica, una lengua dominante y una ciudadanía específica para cada cantón; autoridades y pactos múltiples; una considerable combinación de la exclusividad con la capacidad para crear nichos particulares para actores políticos recientemente aceptados. «No hace tanto tiempo», señalaba Lionel Gossman en 1999, «los antiguos residentes de Basilea todavía hablaban de «ir a Suiza» igual que podían hablar de ir a Francia o a Alemania» (Gossman, 2000: 6). Los cantones suizos desarrollan numerosas actividades que otros sistemas más centralizados asignan sin ambigüedades a los agentes directos de una estructura de estado nacional. Por ejemplo, incluso el ejército nacional suizo está parcialmente bajo control cantonal: las autoridades cantonales pueden ascender a los oficiales hasta el rango de capitán. Los funcionarios y los profesores universitarios deben vivir y pagar impuestos en el cantón en el que trabajan. Así pues, cuando hablamos de la escala nacional o del Estado federal, nos referimos de forma abreviada a la actividad política en la que se hallan implicados la Dieta federal, sus agentes directos o la actuación coordinada de los cantones. Todos esos residuos de la historia política suiza han pervivido a través de todos los cambios constitucionales subsiguientes. Siguen teniendo profundos efectos sobre la contienda política dentro de Suiza (Giugni y Passy, 1997; Kriesi et al., 1981; Kriesi et al., 1995; Trechsel, 2000).

En términos de la trayectoria del Gobierno federal dentro de nuestro espacio de capacidad-protección, para finales de 1848 Suiza, a escala nacional, se había desplazado significativamente hacia una participación política ampliada, una igualdad política de grupos e individuos que se puede considerar ampliada, el mantenimiento de la consulta vinculante y de las protecciones, así como una capacidad del Estado central considerablemente aumentada. Llegados a tal punto, podemos hablar razonablemente de una ciudadanía federal suiza no autoritaria. Entre medio, el Estado federal suizo había sufrido gravosos ataques a su capacidad, las protecciones habían decaído y la guerra civil había deshecho el país. Pero en el curso de la guerra civil y después de ésta, el Estado federal elevó su capacidad hasta niveles sin precedentes, excepto, quizás, durante la hegemonía francesa entre 1798 y 1803. La historia política suiza desde 1830 a 1850 siguió una versión de la trayectoria de estado débil hacia la democracia repleta de luchas.

Concentrémonos, pues, en el periodo crítico de 1830 a 1848. Durante esos 19 años, Suiza (tomada en su conjunto) pasó de ser una incómoda Federación de cantones ariscos, desiguales, internamente oligárquicos conectada políticamente por poco más que unas exiguas instituciones

centrales, a ser una Federación semidemocrática relativamente sólida. En el trayecto, atravesó por repetidos conflictos armados, múltiples revoluciones de pequeña escala y una guerra civil que habría podido tener como final la división permanente del país.

Durante siglos antes de la década de 1840, las oligarquías locales se habían mantenido aisladas de lo que pasaba por ser el Estado nacional suizo gracias a una democracia local directa restringida (Head, 1995). Las luchas armadas en Suiza entre 1830 y 1848 fueron consecuencia en gran parte de los esfuerzos de los activistas favorables a la democracia representativa por derrotar a la política oligárquica de la democracia directa. Al hacer tal cosa, no sólo crearon un Estado central más fuerte, sino que incorporaron a dichas oligarquías en el sistema político suizo más general que estaban creando. Con eso, no aumentaron la igualdad, sino que aislaron al nuevo Estado nacional de las profundas desigualdades que marcaban la sociedad y la geografía suizas y empezaron a tejer redes de confianza que atravesaban un sistema político segmentado.

LA DESIGUALDAD SUIZA

Las desigualdades entre categorías se traducen con facilidad en diferencias en los derechos y obligaciones políticos, además de proporcionar la base para la contienda colectiva. Pero el anquilosamiento de una desigualdad entre categorías relativas al género, la religión, la raza, la clase o a cualquier otro principio divisorio es un inhibidor de la democratización. Alimenta la desigualdad en la participación política, favorece la desigualdad en los derechos y obligaciones de los ciudadanos, compromete la consulta vinculante y debilita la protección frente a actuaciones arbitrarias de los agentes del estado. Aunque la democratización no depende de la supresión de las desigualdades materiales entre la población en su totalidad, sí depende de la formación de mecanismos de amortiguación entre las principales desigualdades del día a día y la política pública. En la muy desigual Suiza de principios del siglo XIX, pues, la cuestión era qué podía dar origen a mecanismos de amortiguación entre la política pública y las profundas divisiones de lengua, religión, clase y región. En la explicación que sigue a continuación, prestamos especial atención al mecanismo de la formación de coaliciones interclasistas. Tal formación de coaliciones operó en origen en el seno de las divisiones religiosas, pero acabó superando incluso esas divisiones. Su aparición sólo fue posible gracias a la correduría de los líderes cantonales suizos.

Nos centraremos en la escala nacional. La relativa democratización de la política nacional suiza tras 1830 fue resultado en parte de las tomas regionales de poder por parte de los demócratas de diversas franjas, pero no siempre supuso la democratización de la política regional y local. En el medio cantón altamente industrial de Appenzell Ausserrhoden, por ejemplo, una Asamblea General semianual al aire libre (*Landsgemeinde*) de ciudadanos varones era la que, en última instancia, detentaba la autoridad política. Sin embargo, con el cambio de las edades habituales de escolarización y de ingreso al mundo laboral, el cantón elevó de hecho la edad mínima para la participación de los dieciséis a los dieciocho años en 1834 y, nuevamente, de los dieciocho a los veinte en 1876 (Tanner, 1982: 396). Con respecto a la edad, el cantón se desdemocratizaba.

Además, los principales cargos cantonales de Appenzell, que eran quienes, de hecho, redactaban el orden del día de la Asamblea General, procedían en una sobrecogedora proporción de las principales familias industriales y comerciales. Cuando se trataba de ocupar cargos en el gobierno de la parroquia, la población de Bühler incluía a más hombres pobres en 1810-1820 (después de que la hegemonía francesa hubiera extendido la participación política) que hacia 1840 (Tanner, 1982: 382-383). Las crecientes desigualdades materiales y políticas en los pueblos, las ciudades y los cantones podían coexistir con una creciente igualdad política en la política nacional siempre que las diferentes esferas permanecieran parcialmente aisladas entre sí.

A pequeña escala, de hecho, Suiza presentaba asombrosas combinaciones de igualdad y desigualdad. Los ciudadanos de ciudades y pueblos, los hablantes de un mismo dialecto, los miembros de una misma congregación religiosa exigían ocupar una misma posición pública. Pero mientras Suiza dependiera de la agricultura, la artesanía, el transporte transalpino y la exportación de tropas para vivir, sus gobiernos localizados adaptaban sus formas de gobierno a los patrones de desigualdad material como un guante se adapta a la mano. Durante el siglo XVIII, sin embargo, la expansión de la producción textil en las casas de campo creó nuevos tipos de trabajadores y de empresarios que escapaban a las relaciones habituales de maestros urbanos, mercaderes y terratenientes, por un lado, y artesanos y campesinos, por el otro. Para 1774, por ejemplo, en las tierras interiores de Basilea sólo el 17,6 por ciento de todos los cabeza de familia eran granjeros, el 27,3 por ciento eran jornaleros y el restante 55,1 por ciento eran productores industriales en casas y talleres (Gschwind, 1977: 369; cf. Braun, 1960).

Las tropas conquistadoras francesas y sus aliados revolucionarios suizos abolieron los gremios urbanos, pilares de la desigualdad material. Después de 1800, la instalación en las ciudades de un proceso mecanizado

de hilado del algodón dejó a un cuerpo cada vez más disidente de tejedores con telares manuales en el campo. La mecanización de los telares después de 1840 acabó a su vez con dichos tejedores. La concentración en las ciudades de la producción textil también forjó, aunque fuera a pequeña escala, la clásica conjunción de burguesía industrial y proletariado en los principales centros de producción textil de Suiza (Braun, 1965; Gruner, 1968). Los oficios organizados en gremios y sus maestros perdieron gran parte de su preponderancia en la política de dichos centros de producción. El correlato entre riqueza, posesión de tierras y poder político disminuyó.

Eso no significa que la industrialización de Suiza redujera la desigualdad material. Al contrario: a corto plazo, aumentaron los extremos de pobreza y riqueza. Pero, con el mantenimiento de la oligarquía terrateniente en el poder, dado que la industrialización había provocado un desplazamiento de la población de las granjas a los centros urbanos, el sistema suizo de política pública segmentada y basada en los privilegios quedaba cada vez más aislado de las desigualdades materiales que prevalecían. Fue precisamente contra su exclusión parcial de la política pública y contra el dominio de las élites terratenientes contra lo que se unieron comerciantes, profesionales y burguesía industrial en defensa de la reforma política. A veces, incluso se atrevieron a aliarse con los obreros radicales en una política radical. La ampliación y la nacionalización de la ciudadanía prometía un incremento de su poder frente al de las élites terratenientes, pero sólo a costa de otorgar a los trabajadores más pobres acceso directo al gobierno. De ese modo, las transformaciones de la desigualdad —y, sobre todo, de la relación de ésta con la política pública— potenciaron mínimamente la democratización de Suiza en las décadas de 1830 y 1840.

Nuestro interés aquí no está en el desarrollo, la disminución y el cambio de la desigualdad entre categorías en general, sino en su intersección con la política pública. De la lista de puntos de la tabla 9.1, la desigualdad cambiante en Suiza propició la democratización mediante tres mecanismos principales: (1) la disolución del control coercitivo en que se apoyaban en ese momento las relaciones de explotación y acaparamiento de las oportunidades; (2) el aislamiento de la política pública de las desigualdades existentes entre categorías; (3) la formación de coaliciones interclasistas. No diremos gran cosa del primer mecanismo, pero está claro que la abolición de los gremios y la expansión de la producción fabril acabó con la estrecha conexión anterior entre las instituciones gubernamentales suizas y la organización de los oficios artesanos. En ese sentido, la transformación política de Suiza no difiere demasiado de cualquier otra de las revoluciones democrático-capitalistas de la Europa occidental.

En el caso del segundo mecanismo —el aislamiento de la política pública de las desigualdades existentes entre categorías— el mantenimiento

de las instituciones políticas de Suiza basadas en el supuesto implícito de unas poblaciones locales fijas organizadas en torno a su relación con la propiedad de la tierra impidió la traducción inmediata del poder económico en poder político y viceversa y, por lo tanto, propició y perpetuó el consentimiento de las oligarquías rurales a una unidad nacional más estrecha. De ahí derivan muchas de las peculiares características de la política suiza hasta bien entrado el siglo XX: la implantación de la antigua institución del referéndum junto a formas más indirectas de representación; la exclusión de las mujeres del derecho al voto hasta una época bastante reciente; todo un conjunto de políticas diseñadas para defender la supervivencia de los modos de vida rurales. Eso compensaba el creciente dominio de la política nacional por parte de la burguesía de los cantones protestantes que habían salido victoriosos. No inhibió, ni tampoco era esa la intención, el gran aumento de la desigualdad material que produjo la industrialización de Suiza. Pero sí que dio lugar a unos mecanismos de amortiguación entre las divisiones de clase, género, lengua y religión, por un lado, y la política pública, por otro.

Nuestro tercer mecanismo, la formación de coaliciones entre clases, estuvo repetidamente presente en el proceso de constitución de la democracia suiza en el siglo XIX. La élite liberal (y predominantemente protestante) que promovió más activamente las constituciones democráticas de 1830 y 1848 no podía actuar sola. No les quedaba otra elección que buscar apoyo en contra de sus rivales católicos conservadores entre los trabajadores y los campesinos, que eran mayoría en todos los cantones pero que, hasta entonces, habían aceptado la guía de los sacerdotes, los terratenientes y los mercaderes locales. Así pues, en los cantones de Basilea y Schwyz, unas rebeliones populares apoyadas en coaliciones dirigidas contra los oligarcas urbanos ocasionaron guerras civiles de pequeña escala mucho antes de la guerra general de 1847 y produjeron como resultado la secesión formal de los medios cantones más liberales de su dependencia previa. Dichas coaliciones, a su vez, propiciaron dos resultados favorables a la democracia: el aumento del poder de los trabajadores y los campesinos en la política nacional y el fortalecimiento de la capacidad del Estado central.

Las redes de confianza suizas

Los cambios acaecidos en las redes de confianza jugaron un papel importante a la hora de propiciar la democracia en Suiza. Aquí nos centraremos en los efectos que tuvieron sobre la democratización la cooptación central de los intermediarios, la disolución de las redes patrón-cliente y la

correduría. Pero también estuvieron presentes un buen número de los demás mecanismos que enumerábamos en la tabla 9.1, como por ejemplo: la creación de garantías externas para los compromisos del gobierno y el aumento de la población que carece de acceso a las redes efectivas de confianza.

A partir de finales del siglo XVI, los suizos habían organizado gran parte de su vida dentro de los segmentos definidos por el oficio, la lengua, el dialecto y la religión. Los lazos entre patrón y cliente vinculaban entre sí a los miembros más ricos y a los más pobres de tales segmentos. La religión, particularmente, marcaba unas profundas fronteras dentro de la vida social suiza. La ciudadanía comunal y cantonal dependía a menudo de la filiación religiosa. Por ejemplo, hasta la conquista francesa en 1798, «a excepción de la mayoría de los refugiados calvinistas, los católicos o los protestantes no zwinglianos no podían convertirse en ciudadanos de Basilea, ni en la ciudad ni en el campo» (Gschwind, 1977: 423). Aunque había minorías, incluidos los judíos, que vivían en los intersticios, la filiación religiosa era tremendamente importante para la posición pública.

No obstante, durante el largo periodo que va de 1750 a 1840, la industrialización en dos fases de Suiza socavó las redes de confianza edificadas sobre la religión, la lengua, el oficio y quizás también las que se habían edificado sobre formas más antiguas de comercio transalpino. En primer lugar, la dinámica expansión de las industrias domésticas en el campo trajo consigo un gran aumento de las poblaciones rurales carentes de tierras. A continuación, después de 1820 aproximadamente, la concentración de la producción textil en las fábricas —primero para el hilado, después también para los telares— generó un desplazamiento de trabajadores a las ciudades industriales, además de un breve desarrollo y posterior declive de los telares manuales en el campo. Tanto la abolición de los gremios por parte de los franceses, como la competencia de los manufactureros que operaban al margen de los gremios establecidos socavaron las redes de oficiales que antes constituían la organización de la producción a pequeña escala (cf. Rosenband, 1999: 457).

Aunque los nuevos trabajadores procedían por lo general de antiguas familias rurales, su situación social alterada los desvinculaba de las redes rurales de reciprocidad y apadrinamiento establecidas. En las tierras interiores de Zurich, por ejemplo, los efectos graduales de la industrialización se combinaron con la lucha de los burgueses liberales para reducir el control de los ministros protestantes sobre la ley familiar, la caridad, las escuelas, el ocio de los domingos y las finanzas locales (Joris y Witzig, 1992: 26; véase también Joris, 1994). Lo más probable es que unos procesos similares erosionaran las redes de crédito y ayuda mutua entre las mujeres de los pueblos.

Antes de 1848, todos esos procesos entraron primero en funcionamiento y progresaron más en las regiones predominantemente protestantes de Suiza que en las de hegemonía católica. La industrialización inicial de Suiza se concentró en los cantones de dominio protestante como Berna y Zurich, más que en los cantones católicos como Lucerna y en las zonas de alta montaña. Los historiadores no han estudiado hasta el momento los efectos de esta diferencia sobre las redes de confianza. Además de las dificultades habituales para reconstruir las redes interpersonales a partir de fuentes históricas (véanse, por ejemplo, Bearman, 1991, 1993; Gould, 1995; Kalb, 1997), los historiadores de Suiza han de enfrentarse a los poderosos mitos de desintegración social de los que se encuentran repletos los comentarios de la época (Braun, 1965: 41-43). Aun así, podemos inferir de un modo plausible que las redes católicas de parentesco, pertenencia a la parroquia, amistad, ayuda mutua y apadriñamiento mantuvieron una mayor importancia y un mayor aislamiento de la vida política pública a gran escala que sus equivalentes protestantes. Unas diferencias semejantes parece ser que distinguían a los protestantes liberales y a los defensores del secularismo de las ciudades industriales, como por ejemplo Zurich, de los calvinistas conservadores de sus territorios agrícolas.

Así pues, nuestro análisis es el siguiente. En grandes áreas de Suiza, la industrialización rural, la proletarianización de las poblaciones rurales y, más tarde, la implosión urbana socavaron el funcionamiento de las redes de confianza que habían conectado a los grupos locales por medio del matrimonio, el crédito, la ayuda mutua, las murmuraciones y los oficios, así como mediante los lazos patrón-cliente entre las familias más ricas y las más pobres. Esos procesos activaron la mayoría de los mecanismos de destrucción enumerados bajo el rótulo de redes de confianza en la tabla 9.1: la desintegración de las redes de confianza existentes, el aumento de la población que carece de acceso a las redes de confianza efectivas para sus principales empresas de riesgo a largo plazo y la aparición de nuevas oportunidades de riesgo a largo plazo fuera del control de las redes de confianza existentes.

Al mismo tiempo —prosigue nuestra explicación— una próspera burguesía se proponía lograr gobiernos con mayor capacidad capaces de abolir las barreras aduaneras internas, crear protecciones contra la competencia externa, establecer unas medidas estándar, edificar una infraestructura comercial y extender la educación pública. Las actividades encaminadas a la construcción de dicho Estado activaron los mecanismos que vinculaban las redes de confianza a la política pública e, incluso, al Gobierno mismo. El liderazgo burgués interactuó con la capacidad creciente del Estado para (1) la creación de garantías externas para los

compromisos del Gobierno, (2) la incorporación de las redes de confianza existentes en el sistema político y su expansión, (3) la absorción por parte del Gobierno de unas redes de relaciones patrón-cliente previamente autónomas o la destrucción de éstas, (4) un aumento sustancial de los recursos del Gobierno para la reducción del riesgo o la compensación de las pérdidas y (5) un visible cumplimiento de los compromisos gubernamentales para beneficio de sustanciales nuevos segmentos de la población.

Esos mecanismos se extendieron desde el Gobierno hacia las instituciones políticas públicas que de él dependían: los partidos políticos, las elecciones, las asociaciones de intereses particulares, los sindicatos, etcétera. La incorporación de todas esas instituciones a las redes personales de confianza permite y empuja a las personas mismas a controlar las actividades del gobierno y presionar por tener una voz colectiva. El cambio de un gobierno que sirve de escudo a los privilegios y las jerarquías sociales existentes a un gobierno que actúa como punto de apoyo para la mediación —un cambio que, con toda seguridad, tuvo mucho más alcance en Francia o en Prusia que en Suiza— sirvió para disolver y transformar las redes de confianza.

Observamos, pues, un proceso general de integración de las redes de confianza y la política pública. Dentro de ese proceso, la cooptación central de los intermediarios desempeñó un papel crucial, sobre todo cuando el acuerdo que propició la Guerra de la *Sonderbund* integró a los líderes católicos y conservadores, con sus respectivos cantones, en la política nacional suiza de un modo mucho más firme al precio de contar con un sistema federal y de amplias concesiones a la autonomía cantonal. La disolución de las redes patrón-cliente se produjo a ambos lados de la frontera de la *Sonderbund*, y la industrialización, la comercialización y la creación misma de unas instituciones políticas centrales funcionaron todas en contra del viejo sistema de patronazgo dominado por los terratenientes y los sacerdotes. La correduría facilitó ambos mecanismos y tuvo un papel crucial en la conexión de las diversas partes durante el acuerdo de paz de 1848, además de proporcionar nuevas conexiones entre los ciudadanos suizos ordinarios y las instituciones políticas nacionales.

Antes de 1848, no parece que se diera una incorporación de ese tipo entre los católicos suizos, pero ya se habían producido algunos avances en esa dirección entre los protestantes principalmente, y también dentro de otros grupos, con la República helvética de 1798; avances que continuaron su camino después de aquélla. Entre 1798 y 1840, el Estado federal se convirtió sobre todo en el Estado de los protestantes. Cuanto más se resistían los católicos en general al poder federal, más se aferraban a él los protestantes. Si buscáramos pruebas detalladas de esta tendencia, éstas nos

mostrarían en principio que los protestantes estaban más dispuestos a invertir en valores respaldados por el Gobierno federal, a pagar impuestos federales, a inscribirse para el servicio militar, a darles a sus hijos carreras que dependieran del apoyo federal y a solicitar la mediación federal en las disputas de forma más enérgica que los católicos.

Nadie, por lo que sabemos, ha reunido todavía esas pruebas cruciales. En un país en el que los cantones conservaban tanto poder público, además, los suizos del siglo XIX tenían relativamente pocas oportunidades de emprender tal tarea. Sin embargo, resulta cuanto menos sugerente que durante el gobierno de Mediación de 1803-1813, los cantones principalmente protestantes de Zurich, Berna, Basilea, Solothurn, Schaffhausen, Aargau y Vaud pagaran más impuestos per cápita que sus vecinos católicos (de Capitani, 1983: 166). Esos mismos cantones también eran, con seguridad, más industriales y comerciales que sus vecinos. En conjunto, el capitalismo y el protestantismo fueron coincidentes en la Suiza del siglo XIX. El avance del capitalismo fragmentó las antiguas redes de confianza y otorgó al Estado un papel más central para las empresas tanto de los emprendedores como de los trabajadores.

También podría explicarse la historia de la democratización suiza como reflejo de la acción racional, la determinación cultural o el cambio estructural: como resultado de las astutas negociaciones entre los representantes de las élites vencedoras y derrotadas en la guerra civil durante el invierno y la primavera de 1848; como la inevitable expresión a largo plazo de la cultura cívica suiza, que sólo deja a la contingencia la dirección concreta que tomará la edificación de las instituciones; o como producto colateral característico del capitalismo avanzado. Sin embargo, la tortuosa historia que acabamos de repasar deja claro que la formación de la limitada democracia de 1848 fue el resultado de una amplia contienda popular. Los enfrentamientos militares, diplomáticos y populares que tuvieron lugar entre 1830 y 1847 casi hacen saltar en pedazos para siempre la Federación suiza. La creación de unas instituciones democráticas de escala nacional, lejos de suponer una adaptación de las prácticas democráticas de menor escala, se produjo mediante la reducción parcial de las formas de consulta que habían gobernado la vida pública en la mayoría de los cantones. La conmoción que causó la guerra civil aceleró las transformaciones de las desigualdades, de las redes de confianza y de la política pública que llevaban medio siglo produciéndose de forma esporádica. La ciudadanía y la democracia suizas, a pesar de todas sus limitaciones, surgieron como productos contingentes de la lucha popular.

MÉXICO

Aunque, exactamente, el caso de México no forma una imagen simétricamente opuesta a la de Suiza, está próximo a hacerlo. Durante los siglos en los que los suizos defendían con éxito sus cantones montañosos de las invasiones externas, México sufría la conquista, la colonización española y el diezmo de su población indígena. La *conquista*¹ duró tres siglos, atravesó por numerosas fases y no fue nunca un episodio homogéneo. Por ejemplo, aunque Cortés destruyó a los aztecas, también se alió con los enemigos indígenas de aquéllos. Aunque la Iglesia ejerció de criada para el dominio de los territorios, sus misioneros era más probable que defendieran a los indios administrados que a los criollos que explotaban su trabajo. Y aunque los Habsburgo seguían su instinto doméstico de gobernar desde el centro y otorgar una gran autonomía a los cargos regionales, los Borbones siguieron una política más centralizadora y dejaron tras de sí una estela parcheada de privilegios corporativos. Esa combinación de gobierno centralizado, autonomía provincial y privilegios corporativos estableció los débiles cimientos de toda la larga historia de revueltas, rebeliones, revoluciones, golpes y ocupaciones extranjeras que han marcado la historia moderna de México.

Primero vinieron:

- La independencia, ganada en 1821 después de once años de sangrientos conflictos que se iniciaron con la revuelta de la mayoría indio-criolla contra la élite peninsular y continuaron con la formación de un ejército profesional de independencia, que condujo a la primera «Asamblea Constitucional» de Michoacán en 1814. Ambos movimientos fracasaron y la independencia la declaró, de hecho, el conservador Agustín de Iturbide.
- Décadas de luchas entre las élites liberales y conservadoras salpicadas de oleadas de intervención y de ocupación extranjeras y de la pérdida de los territorios más ricos del país a favor de su vecino del norte.
- Un periodo de autoritarismo sólidamente atrincherado (el Porfiriato) en el que las garantías formales constitucionales y el teórico federalismo quedaban socavados por la centralización administrativa y un gobierno personalista.
- Una década revolucionaria que se inició en 1910 y estuvo dominada por las luchas entre toda una sucesión de caudillos militar-revolucionarios que asistieron al tumultuoso estallido de los pobres del campo en luchas regionales y nacionales.

1. En español en el original. [T.]

- La crisis del régimen en 1928-1929, en la que el asesinato del presidente electo Álvaro Obregón condujo a una solución pactada a mediados de la década de 1930 centrada en la formación de lo que acabaría siendo un Estado con un único partido dominante.

Todo eso generó un autoritarismo electoral de estado más o menos estable a lo largo de cinco décadas de crecimiento económico, paz interna y creciente centralización que van desde la década de 1930 a la de 1970.

Entonces, la exposición a la economía internacional, la urbanización masiva y una serie de crisis del régimen incrementaron las desigualdades, erosionaron las redes de confianza tejidas en torno al partido gobernante y abrieron el camino hacia la movilización de unos movimientos independientes de campesinos, trabajadores, gentes de la ciudad y maestros que ocasionaron el periodo de contienda democratizadora que examinaremos a continuación.

De la larga y tortuosa historia de México tras la conquista, extraeremos tres observaciones. En primer lugar, ni siquiera bajo el peso del poder borbónico y, ciertamente, tampoco después, México nunca funcionó como una sociedad unificada (Rubin, 1997). En segundo lugar, los criollos allí nacidos —y no la población indígena— lideraron el impulso hacia la independencia y dominaron la política mexicana a lo largo del medio siglo siguiente. Excepto por algunas breves y normalmente estériles incursiones en el conflicto militar, los indios de México permanecieron sujetos a la política mexicana y nunca la desafiaron. En tercer lugar, igual que en el caso de la vía de estado débil de Suiza hacia la democracia, la vía de estado fuerte de México no estaba escrita en las estrellas.

Los primeros intentos de establecer una democracia los protagonizaron las élites liberales y conservadoras que redactaron unas constituciones exquisitamente democráticas.

Dichas constituciones fueron por lo general papel mojado, o se vieron fácilmente manipuladas por los líderes centralizadores. En los poco más de cincuenta años transcurridos entre la independencia y la primera experiencia autoritaria, México fue dando tumbos de una destructiva guerra interna a otra, de un gobierno liberal a uno conservador y de una independencia insegura a sucesivas intervenciones —de los americanos en 1847 y de los franceses entre 1862 y 1867. Siguió un breve periodo proto-democrático con el indígena Benito Juárez —la llamada República Restaurada— en el que se dieron unas elecciones razonablemente libres y limpias, así como la división de los poderes ejecutivo y legislativo (Cosío Villegas, 1973). Pero con Porfirio Díaz, que ascendió al poder en 1876, la Constitución liberal aprobada en 1857 se utilizó para establecer un sistema político que, técnicamente, era representativo, liberal y federal, pero

en el que el poder estaba centralizado y los poderes legislativo y judicial repletos de amigos del presidente. El federalismo formal, que se hacía eco de las enormes dimensiones de México y de sus grandes diferencias regionales, quedó socavado por un sistema administrativo centralizado, y el presidente gobernaba prácticamente a placer. Díaz, tal y como lo expresa el sociólogo Andrés Molina Enríquez, ejercía un gobierno «integral» gracias a «la integración en la persona del presidente de los poderes efectivos [...], así como de los formales [...] y a la neutralización de las voces disidentes» (citado en Krauze, 1997: 10).

Con el estallido de la Revolución en 1910, asistimos a una repentina y espectacular entrada del conflicto de masas en la política mexicana. En dicha Revolución se combinaban el deseo liberal de un gobierno verdaderamente representativo y unas elecciones libres y limpias que llevaran a la alternancia de gobiernos, el interés por la independencia frente al dominio económico del Norte, las reivindicaciones de los trabajadores concernientes al reconocimiento de los sindicatos y a unas condiciones salariales y laborales dignas y las reivindicaciones de los campesinos relativas a los derechos sobre las tierras; todo ello, superpuesto a unos conflictos de base regional entre caudillos político-militares. Entre movimiento y contramovimiento, golpe y contragolpe y conflictos entre los generales de la «familia revolucionaria», el conflicto se prolongó durante casi una década. A éste siguió una sucesión de presidentes militares del norte de México —la llamada «dinastía de Sonora»— que centralizó el poder mediante el establecimiento de un Banco Central, la expansión de la educación pública y la profesionalización del ejército. Se mantuvieron incómodamente en el poder hasta 1928, cuando el asesinato de Álvaro Obregón provocó el miedo a un golpe de estado. La situación se resolvió con una coalición de, literalmente, cientos de pequeños partidos dentro de la familia revolucionaria (Knight, 1992: 131 y ss.) El resultado final fue la formación de un partido corporativista-personalista con un presidente fuerte, el antecedente del Partido Revolucionario Institucional, durante largo tiempo en el poder, y que reunía a los principales grupos de las élites (excluida la Iglesia) en un uso centralizado y altamente politizado de la maquinaria estatal. En un pacto más informal con la clase empresarial, se negociaron ciertas propiedades y ciertas concesiones políticas a cambio de manos libres para el ejercicio del gobierno por el partido gobernante.

Toda esa secuencia de acontecimientos dio origen a un sistema bastante estable de gobierno civil electivo sin una oposición efectiva, con poca autonomía de los grupos organizados y escasez de libertades civiles, que duró hasta bien entrado el periodo de la posguerra (Whitehead, 1995). Para resolver el problema de los reiterados golpes militares, atajar las reivindicaciones de los trabajadores y de los campesinos y unir a los grupos

surgidos de la Revolución en un frente común contra sus enemigos, la élite política de México edificó un sistema de poder basado en los siguientes elementos:

- un presidente todopoderoso elegido cada seis años, sin posibilidad de reelección, pero con derecho a elegir a su sucesor de entre los miembros de la familia revolucionaria y con un fuerte control sobre el poder legislativo y el judicial;
- un partido único (o casi único) que servía al monarca-presidente para sus múltiples funciones de control: social, electoral y político (Krauze, 1997: 243);
- un sistema federal débil que servía de correa de transmisión de las políticas del gobierno central, para la asignación del patrocinio y para el control del electorado del partido gubernamental, además de ofrecer un cierto ámbito en el que las estructuras de poder locales se desarrollaran autónomamente;
- una estructura coalicional/corporativista que pretendía representar a casi todos los principales grupos sociales en nombre de los cuales se había hecho la revolución: trabajadores, campesinos, los sectores medios y los militares;
- el uso de la movilización de las masas como herramienta del régimen, tanto para expresar sus raíces populares, como para servir de apoyo a las políticas de conflicto, junto a la tolerancia de una limitada disensión autónoma que, con frecuencia, producía ciertos intentos de reforma, cuando no directamente la cooptación.

En el centro mismo de esa estructura se encontraban toda una serie de vínculos entre el centro y la periferia que prestaba los servicios estatales a los ciudadanos y movilizaba su voto gracias a una red de cargos burocráticos y políticos y de jefes locales (vagamente denominados *caciques*²). Éstos últimos eran escogidos y controlados desde el centro y tenían la capacidad de convocar a las fuerzas represivas del Estado cuando lo consideraran necesario, pero su principal utilidad era la de distribuir los recursos estatales a cambio de ofrecer unos sólidos resultados electorales y mantener la paz social (a este respecto, eran parecidos a los líderes de las repúblicas étnicas de la Unión Soviética que vimos en el capítulo 8). A esta pirámide vertical clientelista se unía un pacto horizontal corporativista entre líderes burocráticos, del partido y de los grupos de interés a quienes mantenía unidos el deseo de preservar la frágil estabilidad alcanzada en 1928-1929 y de compartir las prebendas que proporcionaban los diversos

2. En español en el original. [T.]

cargos. El partido del Gobierno se aseguraba la continuidad gracias a una juiciosa negociación entre los grupos de las élites, a una legislación electoral diseñada para evitar que nuevos partidos entraran en la competencia a escala nacional³ y a una mezcla de represión y tolerancia de la contestación.

El pacto de 1928-1929 había reunido a los potenciales contendientes en torno a un centro, e inauguró la práctica de excluir a los líderes opositores políticamente en lugar de físicamente (Knight, 1992). La decisión estratégica de evitar el conflicto mediante la incorporación de los principales grupos de las élites a un partido único hizo que cristalizara una *camarilla*⁴ permanente alrededor del centro, algo no muy distinto del patrón recurrente de *transformismo* que observamos en el sur de Italia en el último capítulo. Dicha situación abrió espacios a la derecha y a la izquierda para que los oponentes al régimen se organizaran, pero no dejaba el suficiente espacio político ni permitía el acceso a recursos suficientes como para que éstos desafiaran seriamente al partido gobernante hasta las décadas de 1980 y 1990.

Su relativa tolerancia de la contestación distinguía al régimen mexicano de la mayoría de los demás regímenes autoritarios de Latinoamérica. A lo largo de los veinte primeros años después del estallido de la Revolución, las contiendas fueron tanto violentas como incesantes. Éstas iban desde los golpes militares liderados por triunfantes generales revolucionarios hasta los ataques al Estado secular de los *cristeros*⁵ integristas, las protestas laborales, a veces violentas, o la movilización de los campesinos en nombre de la reforma agraria con Cárdenas en la década de 1930. Por el contrario, las décadas de 1940 y 1950 fueron periodos de coexistencia relativamente pacífica, pero en los años de 1960 y 1970 asistimos a un aumento de la organización de los campesinos y los trabajadores y a la aparición de un movimiento estudiantil organizado que, en 1968, desencadenó la salvaje represión de la plaza de Tlatelalco.

Para la década de 1980, la contienda se había convertido en compañera más o menos permanente de la política rutinaria. La situación se intensificó con la grave tragedia del terremoto de Ciudad de México, que dio origen a una oleada de organización autónoma de las comunidades, así como con la escisión dentro del partido gobernante que provocó la formación

3. Las disposiciones electorales clave parece que iban destinadas a evitar que los partidos pudieran presentar listas de candidatos locales si no podían demostrar un mínimo grado de implantación nacional. La revisión de esas disposiciones electorales facilitó los triunfos locales y regionales del PRD y del PAN y, por lo tanto, la victoria de éste último en las elecciones presidenciales del año 2000. Para una exposición resumida, véase Cadena-Roa, 1999.

4. En español en el original. [T.]

5. En español en el original. [T.]

del progresista Partido Revolucionario Democrático (PRD) con Cuauhtémoc Cárdenas, hijo del presidente reformador de México de los años de 1930. Aunque se ha prestado mayor atención a la oposición de los sectores populares, uno de los grupos clave que comenzaron a alejarse del régimen en esos años fue el de los sectores internacionales de la comunidad económica, escandalizados por la nacionalización del sector bancario en 1982.

Siempre que no amenazara la hegemonía del PRI, se permitía un alto grado de contestación social, que incluso resultaba útil. Aun en los casos en los que las protestas iban demasiado lejos, la represión era rápida, pero a menudo iba acompañada de reformas concomitantes. Las élites del PRI preferían sobornar a los sujetos de las campañas de protesta que dejarlos abiertos a la oposición política. «Los líderes del PRI», escribían Anderson y Cockcroft en 1972, «intentan sistemáticamente lograr que los disidentes ofrezcan al menos un apoyo parcial y cualificado al Partido y, a cambio de dicho apoyo limitado, están dispuestos a escuchar a los disidentes y a hacerles ciertas concesiones» (Anderson y Cockcroft, 1972: 232). Un cierto tipo de contienda política se convirtió en uno de los mecanismos de la incompleta democratización de México que permitía al partido gobernante utilizar el Estado para aumentar su dominio y evitar la formación de una oposición concentrada.

Desde la década de 1960, las formas democráticas establecidas por el pacto fundacional del México moderno han comenzado a romper el caparazón autoritario. Movimientos de campesinos y grupos indígenas, de trabajadores y de la clase media urbana, grupos de empresarios y partidos de oposición: los mexicanos comenzaron a ampliar los límites de la participación democrática. El derecho al voto y los derechos civiles se ampliaron cuando los grupos externos a la familia corporativista gubernamental produjeron una sociedad civil vital y considerablemente contenciosa, simbolizada, por una parte, por las asambleas de barrio formadas tras el terremoto de Ciudad de México y, por otra, por la prolongada semi-insurgencia de Chiapas en la década de 1990. Partiendo de la coalición centrista que ocupaba el espacio político a la derecha y a la izquierda, a regañadientes las élites del Estado han ido cedido terreno político a ambos lados y, a la vez, se han alejado económicamente de sus raíces populistas y han negociado, con reticencias, con los grupos autónomos de la periferia (Cornelius, Eisenstadt y Hindley, 1999; Rubin, 1997).

El periodo que va de 1988 hasta el presente ha visto converger a los grupos de la oposición en dos potentes partidos de base nacional: el PRD, de centro-izquierda, y el Partido de Acción Nacional (PAN), de centro-derecha. El primero obtuvo la mayoría en la legislatura en la década de 1990, mientras que el segundo ganó la Presidencia en la carrera electoral a

tres bandas del año 2000. Cada uno de ambos partidos cuenta con fuertes reductos regionales, pero ambos extraen su fuerza de toda una variedad de circunscripciones y practican una política de coaliciones internas. Entre ambos han llegado a conformar algo parecido al típico patrón democrático-capitalista de derechas contra izquierdas, opuesto al monopolio centrista instaurado por el PRI durante los años de 1930.

Mecanismos de cambio en México

La democratización parcial, aunque definitiva, de Suiza se produjo en dos décadas, a pesar de la exclusión del derecho al voto de la mitad de su población adulta. ¿Por qué la de México ha llevado desde 1910, a pesar de la inclusión en el electorado de ambas mitades de su población adulta, de un sistema de partidos ahora competitivo y de un sólido tejido de contienda política? Una respuesta poco adecuada sería decir que el autoritarismo es una cosa pegajosa, incluso en el caso del tipo electoral que se instauró en México. Pero el hecho de que los fenómenos tengan un origen no explica su persistencia o, ni siquiera, los cambios que se producen dentro de éstos. Una respuesta más historiada sería decir que la solución inicial a los problemas de México forjó determinados cauces por los que después fluyeron automáticamente los desarrollos posteriores. Pero si la dependencia de una vía fuera explicación suficiente, ¿por qué no siguió México el primer instinto liberal de sus liberadores criollos, o las vías de sus ocupantes franceses o norteamericanos? La trayectoria de México se explica mejor en términos de la interacción entre los cambios en la desigualdad, en los mecanismos de la confianza y en la utilización de la política pública por parte de nuevos actores sociales.

Una vez más, insistimos en la importancia de cuatro mecanismos relevantes: la formación de coaliciones entre clases, la cooptación central de los intermediarios, la disolución de las redes patrón-cliente y la correduría. En el caso de México, la formación de coaliciones entre clases estuvo presente, y propició el aislamiento de unas fuertes desigualdades categoriales de la política pública. Tanto la cooptación central de los intermediarios como la disolución de las redes patrón-cliente, cuando se produjeron, favorecieron la integración de las redes de confianza en la política pública. La correduría, sin embargo, produjo en México alianzas antidemocráticas al menos con la misma frecuencia con que sirvió de impulso al régimen hacia la democracia. A diferencia del acuerdo que se produjo en Suiza tras la Guerra de la *Sonderbund*, la salida de México de su propia revolución situó en el poder a una oligarquía sobre la base de un gigantesco sistema de patronazgo y una amplia utilización del Estado para conseguir rentas.

También excluyó a la mayoría de la enorme población india y a las redes de confianza de base india de la política pública. Dicho pacto planteó serios obstáculos a una mayor democratización.

Nosotros no buscamos el origen del moderno sistema de gobierno mexicano en 1910, como hacen la mayoría de los observadores. En lugar de eso, nosotros situamos dicho origen en 1928, con el asesinato de Obregón, cuando —para proteger las conquistas de la Revolución de sus enemigos— se alcanzó un pacto que instauraba la paz social mediante la inclusión de casi todos los principales grupos de élite dentro de la familia revolucionaria, con la Iglesia en los márgenes. Dicho pacto instauraba un sistema de organizaciones corporativistas liderado por el Estado para fundir a dichos actores a escala nacional, y ampliaba la jerarquía vertical de dependencias clientelistas para integrar a una periferia muy variada y ampliamente dispar en el centro gracias a la capacidad expandida del Estado.

No se trataba de utilizar un disfraz estatista para una conspiración derechista. No mucho después del establecimiento del sistema, el presidente Lázaro Cárdenas incluyó a los campesinos en la coalición del PRI (aunque en un nivel subalterno) con una arrolladora reforma agraria y un sistema de cooperativas financiadas por el Estado (*ejidos*⁶) que vinculaba eficazmente a los campesinos al régimen y se anticipaba a la creación de organizaciones autónomas propias (Sanderson, 1984). La incorporación de los campesinos contuvo las insurrecciones rurales durante las siguientes generaciones y creó un sector agrícola con una alta intervención estatal. Al mismo tiempo, el régimen mantuvo vinculados a los obreros mediante una federación sindical corporativista, se acercó más a los empresarios e incluso firmó la paz con la Iglesia católica. Con una delicada actuación en busca del equilibrio, mucho más apoyada en la distribución de los beneficios que de la represión, el Partido-Estado desarrolló una elaborada red territorial-clientelista. La red pasó a ser crucial «para procesar directamente enormes porciones de las relaciones entre los gobernantes y los gobernados, además de para estructurar el funcionamiento interno de las instituciones corporativistas mismas» (Heredía Rubio, 1997: 10). También desvió el desarrollo político de México de la vía hacia la democratización durante más de cinco décadas.

En términos de nuestro primer proceso clave —el aislamiento de la política pública respecto de la desigualdad entre las categorías—, lo que sucedió con la creación del PRI fue:

6. En español en el original. [T.]

- la implicación directa del Estado a la hora de afinar un sistema social y territorial altamente desigual con transferencias sistemáticas desde las regiones ricas más hacia las más pobres y desde los terratenientes y los sectores industriales no dependientes hacia los campesinos y los trabajadores;
- la utilización igualmente extensiva del Estado para excluir de una participación efectiva a aquellos sectores de la población que quedaban fuera de su amplia coalición o a aquellos grupos políticos que se oponían a su hegemonía.

En términos de nuestro segundo proceso clave —la integración de las redes de confianza en la política pública—, se dio lo siguiente:

- la conexión del Estado con las redes de confianza privadas por medio de unos poderosos corredores gracias al clientelismo vertical y al corporativismo horizontal, lo que, paradójicamente, socavó la política pública, excepto si ésta venía diseñada por el Estado;
- la exclusión de amplios segmentos de la población —paternalísticamente etiquetados de indios— y de sus redes de confianza de la política pública;
- la creación de determinados enclaves autónomos frente a la interferencia política en los sectores académico, empresarial y de la banca (Heredía Rubio, 1997).

Irónicamente, la integración parcial de las redes de confianza en el funcionamiento ordinario del Estado impidió que esas mismas redes de confianza (así como las categorías que quedaban excluidas) se integraran en la política pública externa al Estado. Esa combinación de igualdad social de influencia estatal, desigualdad política creada por el Estado y redes de confianza mediadas por corredores mantuvo ininterrumpidamente en el poder a la élite del PRI durante siete décadas.

Pero, aunque la sociedad mexicana no se vio sacudida durante todo ese periodo por ninguna conmoción, como pudieran ser la conquista, la colonización o la revolución, el sistema comenzó a declinar en la década de 1960. Cuatro tipos de cambios afectaron profundamente a la desigualdad, a las redes de confianza, a la política pública y, por consiguiente, a la democratización:

En primer lugar, alimentados por el *boom* del petróleo y por la prosperidad reflejada de su vecino del norte, los cambios económicos de la posguerra produjeron una gran oleada migratoria del campo a las ciudades. Allí, los antiguos campesinos, liberados de las obligaciones hacia los

caciques locales, y una nueva clase media —técnicamente formada y más orientada al mercado que hacia el Estado— redujeron la dependencia del sistema del PRI. Sobre todo en el norte de México, donde el crecimiento económico independiente era más fuerte, esa nueva clase media produjo un potente partido conservador, el PAN, que se hizo con unas sólidas parcelas de poder tanto entre los católicos practicantes como entre las organizaciones empresariales de esa región. Pero, incluso dentro del partido gobernante, se creó una élite ansiosa por encontrar soluciones tecnocráticas a los problemas de la nación e inquieta frente a las instituciones de poder del PRI, destinadas a generar rentas.

En segundo lugar, el crecimiento económico y la gestión tecnocrática fueron acompañados de una mayor implicación en la economía internacional. El capital y las finanzas internacionales —antes en gran medida excluidos por las administraciones previas— estimularon el crecimiento económico de México durante los años de 1960. Cuando las dañinas crisis financieras de 1982 y 1995 golpearon el país, el Gobierno se vio forzado a recortar severamente el gasto público. Los recortes tuvieron efectos devastadores sobre las rentas individuales y sobre la capacidad de las estructuras corporativas del PRI para proporcionar el patrocinio del que dependía el poder del Partido. (Cook, Middlebrook y Molinar Horcistas, 1994; Hellman, 1994a). La firma del Acuerdo Norteamericano de Libre Comercio el 1 de enero de 1994 culminó ese proceso de liberalización económica. Todos esos cambios socavaron la eficacia de las estructuras corporativistas y clientelistas del PRI y las sustituyeron por una relación menos mediada entre el mercado y los ciudadanos (Fox, 1994).

En tercer lugar, tanto el desarrollo económico como la internacionalización abrieron la sociedad mexicana al intercambio cultural y político transnacional. No se trata de un simple reflejo de la liberalización económica. Tanto el movimiento estudiantil que estalló en 1968 como la oleada de movimientos ciudadanos que tomó fuerza en la década de 1970 precedieron a la liberalización. Pero la internacionalización expuso a las compañías mexicanas, favorecidas por el Estado, a la competencia. El intercambio internacional llevó a la política y a la criminalidad mexicanas a la prensa internacional, pero también bombeó recursos culturales y políticos hacia el interior del país. Por ejemplo, en Oaxaca, una región muy pobre pero con una gran tensión política, la migración a los Estados Unidos está en la base de uno de los movimientos sociales más innovadores: el Frente Indígena Oaxaqueño Binacional, con base en California y en Oaxaca.

En cuarto lugar, y como consecuencia, el régimen mismo se volvió cada vez más susceptible a las presiones internacionales. Un ejemplo: mien-

tras que en 1968 la policía se había mostrado tan indiferente a la mirada de los equipos de prensa reunidos para las Olimpiadas de ese año como para masacrar a cientos de estudiantes en la plaza de Tlatelalco, en 1994 el Gobierno se abstuvo de reprimir la rebelión en Chiapas, en parte debido al temor a las reacciones internacionales (Hellman, 1999). De un modo menos drástico, esa misma apertura a la mirada internacional impulsó al Gobierno a aceptar toda una serie de reformas electorales y de observadores internacionales que hicieron posible que los partidos de la oposición plantaran cara eficazmente en las elecciones nacionales y las acabaran ganando (Cadena-Roa, 1999).

Las desigualdades en México

La literatura sobre el neoliberalismo en México ha subrayado los devastadores efectos de éste sobre amplios sectores de la población mexicana. Las reducciones del gasto público inducidas por el Banco Mundial se tradujeron en gran medida en la reducción de las transferencias de pagos a los productores agrícolas pobres y en la reducción de los salarios reales de los trabajadores de sectores no organizados. Pero lo que convirtió ese repentino impacto salarial en algo políticamente explosivo fue el hecho de que atacaba el corazón de las políticas estatales que durante décadas habían mantenido la aquiescencia de la clase baja urbana y de los sectores rurales. Con la liberalización, los salarios reales se hundieron incluso en sectores fuertemente sindicalizados como la producción y el refinamiento de petróleo. Incluso los funcionarios y los profesores universitarios vieron como sus ingresos descendían sustancialmente.

Los pequeños granjeros sintieron especialmente las consecuencias de esas políticas. En el sector exportador de la producción de café, el Estado retiró su agencia de comercialización, INMECAFÉ, del mercado, lo que dejó a miles de pequeños productores sin protección frente a los intermediarios y frente al hundimiento de los precios mundiales del café que tuvo lugar en la década de 1980 (Snyder, 1999). Después, el advenimiento de la NAFTA [Zona de Libre Comercio del Atlántico Norte] en 1994, dejó a los pequeños productores de maíz y frijoles expuestos a la competencia de las importaciones norteamericanas, más baratas. Mientras que los grandes productores de frutales, melones y tomates de regadío se beneficiaron del libre acceso a los mercados norteamericanos, la suspensión de la protección estatal de los precios agrícolas tuvo efectos especialmente devastadores para los pequeños productores que habían formado parte de la confederación campesina del PRI y expuso ésta a la competencia de otros grupos autónomos.

El declive de la red corporativista y clientelista del PRI disminuyó el poder de los corredores que habían ejercido previamente de mediadores en la distribución de bienes y servicios del Estado. Eso abrió nuevas posibilidades de movilización en torno a categorías identitarias antes no reconocidas en las relaciones entre el centro y la periferia del Estado mexicano. La población indígena de México está dividida en cientos de grupos étnicos, cada uno con su propia área, con lenguas y tradiciones propias. Esa fragmentación encajaba bien con el sistema vertical de poder del PRI, en el que muchos caciques locales tenían raíces indígenas o, por lo menos, utilizaban su posición dentro de la maquinaria nacional del PRI para proteger y mejorar los intereses de sus partidarios locales (Rubin, 1997: cap. 3). Las relaciones eran verticales e implícitamente competitivas. Existían pocos incentivos para que surgieran alianzas indígenas translocales o para identificar intereses comunes. Con la decadencia del sistema corporativista/clientelista del PRI, se abrieron nuevas oportunidades para la integración de grupos locales y aparecieron nuevos espacios para la formación de alianzas translocales. Todo eso nos lleva a ocuparnos de las redes de confianza.

Las redes de confianza mexicanas

Antes de la Revolución, México se caracterizaba por unas redes de confianza fuertemente locales y corporativistas instituidas por el patrón segmentario de la colonización española, reforzadas por el sistema de haciendas y exacerbadas por el largo periodo de desórdenes que siguió a la Revolución de 1910. La instauración del sistema del PRI en la década de 1930 fue importante sobre todo porque éste conectó las redes locales y regionales dentro de un sistema corporativista/clientelista por medio de corredores que, como consecuencia, gozaban de un poder excepcional. Las redes de confianza de México se bifurcaron: las redes indias quedaron casi por completo fuera del sistema, mientras que las que conectaban con el Estado se construyeron en torno a las estructuras corporativistas y clientelistas del partido del Gobierno. Los corredores adquirieron su poder gracias a la mediación entre los agentes estatales y sus clientelas locales. Con la organización de redes de confianza dentro del Estado y a través de éste, los políticos mexicanos crearon unas barreras que dificultaban el desarrollo de redes autónomas y alternativas (Fox, 1994). Dicho proceso inhibía la creación de vínculos entre las redes de confianza y la política pública fuera de aquellos que venían manipulados por el Estado mismo.

La nueva élite tecnocrática que heredó los niveles superiores del PRI y del poder estatal en la década de 1970 y su respuesta neoliberal a las crisis

financieras de la década de 1980 empezaron a desmontar esas redes de confianza sustentadas por el Estado. Según el Estado iba retirándose de los sectores clave de la actividad económica, iba abriéndose a la competencia electoral e iba aceptando, a regañadientes, la presencia de gobernadores y alcaldes externos al PRI, los líderes de las organizaciones vinculadas al PRI iban perdiendo la certeza de que sus lazos con el Partido pudieran asegurarles el futuro; sus clientes iban perdiendo la seguridad en que sus votos les reportarían una seguridad económica, y comenzaron a desarrollarse unas nuevas redes independientes. Los lazos patrón-cliente que había instituidos comenzaron a disiparse.

En los sectores obrero, campesino y en el de los barrios, organizaciones populares autónomas empezaron a desafiar a los brazos oficiales corporativistas del partido gobernante y a utilizar su poder de movilización para negociar beneficios para sus partidarios (Hellman, 1994b). Aparecieron las organizaciones de empresarios como actores autónomos del juego político que ofrecían apoyo financiero al PRI en el nivel nacional, pero apoyaban a los candidatos del PAN en las elecciones locales y de gobernadores. En el sector obrero, aparecieron nuevos grupos como la FAT (Federación Autónoma del Trabajo) que desafiaban a la oficial Confederación Mexicana del Trabajo. Incluso dentro de ésta última, la vieja guardia que aún se consideraba parte de la familia revolucionaria empezó a verse reemplazada por organizadores obreros más militantes y más profesionales.

Así pues, en la política pública mexicana se ha dado una profunda ironía. Muchos de los nuevos líderes de la oposición mexicana aprendieron su oficio en la política de patrón-cliente del PRI. Cuando han creado sus partidos opositores y sus organizaciones independientes, generalmente han creado, o incluso les han transferido, sus propias redes patrón-cliente. También han buscado clientes de entre los sectores previamente excluidos de la población. Pero su actuación misma ha iniciado un proceso de sustitución de unas cadenas patrón-cliente dominadas por el Gobierno por otras redes de confianza autónomas. En la medida en que tal fenómeno crea conexiones entre unas redes de confianza extensas y la política pública, ha contribuido a la democratización.

Una vez que empezó a fallar el eje del control por parte del Estado de las redes de confianza, no sólo las políticas neoliberales, sino también unas políticas sociales selectivas diseñadas para absorber a la disidencia, pasaron a constituir oportunidades para que organizaciones autónomas ganaran acceso a los recursos del Estado. El programa de solidaridad PRONASOL, instaurado por el Gobierno de Salinas para proporcionar infraestructuras y servicios sociales, centraba sus objetivos en las regiones del país vinculadas a la oposición. Allí donde fue posible, el control de las

inversiones del PRONASOL en sus áreas se cedió a las élites políticas locales, pero en todos los demás lugares también accedieron al programa grupos independientes (Fox y Aranda, 1996). En Oaxaca, se concedió autoridad a las formas indígenas de autogobierno gracias a una reforma constitucional de nivel estatal derivada en parte del desafío de la rebelión zapatista en Chiapas.

El clientelismo no ha desaparecido de la política mexicana al volverse más competitivo. En áreas del sur, por ejemplo, incluso en presencia de la insurrección zapatista, los gobernadores todavía tienen la posibilidad de manipular los recursos públicos para obtener beneficios políticos (Heredia Rubio, 1997). Continúa abierta la cuestión de si México acaba por emerger como un régimen democrático de capacidad alta, el último estadio de nuestra «vía del estado fuerte». No obstante, su política pública empieza a presentar algo así como la combinación de diferentes formas prescritas, toleradas y prohibidas de contienda que observamos en los sistemas democráticos. Algunos de los desafiadores empiezan a utilizar con éxito formas de contienda heredadas tal y como éstas aparecen en la actualidad; otros las amplían para otorgarles nuevos usos; y otros intentan instaurar un nuevo sistema político.

COMPARACIONES Y CONCLUSIONES

Tal y como se prometía, las macrohistorias de la democratización en Suiza y en México siguen trayectorias fundamentalmente diferentes hacia destinos significativamente distintos. Suiza se aproxima tanto a nuestra trayectoria idealizada del estado débil como cualquier otro estado viable que pueda existir, y México ofrece una aproximación bastante buena a nuestra trayectoria idealizada del estado fuerte. A pesar de toda su oligarquía y sus particularidades, Suiza vive ahora con un régimen democrático relativamente estable. Mientras tanto, México, al avanzar hacia la zona de ciudadanía y democracia, experimentó un declive de la capacidad del Estado y sufrió graves problemas de criminalidad y corrupción, con la consecuente reacción de signo derechista.

Suiza y México han llegado a sus respectivas situaciones políticas actuales por medio de unas relaciones bien diferentes con el sistema internacional: Suiza hace tiempo que se encuentra envuelta por éste y, no obstante, se mantiene gracias a las presiones cruzadas de múltiples grandes potencias; México, que durante mucho tiempo vivió a la sombra del gigante capitalista situado al norte, se encuentra ahora unido económicamente

a éste por medio del Acuerdo Norteamericano de Libre Comercio. Después de siglos de exportar la guerra y de solucionar las cuestiones locales por la fuerza de las armas, la Suiza del siglo XIX alcanzó la gesta históricamente extraña de someter sus fuerzas militares al control civil. Incluso hoy en día, no es cierto que los gobernantes mexicanos hayan subordinado eficazmente sus fuerzas militar y policial al control civil. No obstante, con respecto a la temporización relativa y al alcance de los cambios en la capacidad del Estado y en la consulta protegida, la historia global de México desde 1800 se parece más a las vías iniciales de los países que ahora podemos calificar de democráticos que el raro itinerario suizo.

Sin embargo, hay dos niveles en los que nuestra comparación de Suiza y México contribuye a la explicación de la democratización en general. En un nivel, encontramos que la alteración de las desigualdades, las redes de confianza y la política pública interactuaron, como era de esperar, para producir los cambios que hicieron que Suiza y México avanzaran hacia la ciudadanía y la democracia. En términos más precisos, nuestro estudio identifica tres enclaves cruciales de cambio: (1) en la zona de contacto de la desigualdad con la política pública; (2) en la zona de contacto de las redes de confianza con la política pública; (3) en el interior de la política pública misma. Con ello no queremos afirmar que la transformación económica y los cambios en la opinión pública sean irrelevantes para la democratización, sino tan sólo sostener que, en la medida en que éstos han propiciado la democratización, han operado en gran medida o exclusivamente a través de la alteración de las desigualdades, de las redes de confianza, de la política pública y de la interrelación entre éstas.

En un segundo nivel, encontramos que existen ciertos mecanismos recurrentes en la democratización suiza y en la mexicana. La tabla 9.1 (p. 305) enumeraba un gran número de mecanismos que parecía probable que aparecieran en la democratización, divididos por su impacto relativo en las desigualdades, las redes de confianza y la política pública. Nuestro análisis ha seleccionado sólo cuatro de esos mecanismos: la formación de coaliciones interclasistas, la cooptación central de los intermediarios, la disolución de las redes patrón-cliente y la ya familiar correduría. Pocos analistas políticos se sorprenderán al saber que la correduría resulta decisiva. Aun así, resulta clarificador del proceso de democratización en general, y de las diferencias entre México y Suiza en particular, reconocer el papel tan crucial que desempeñan en la democratización las actividades de correduría que reducen la importancia relativa de los vínculos particulares entre sujetos y gobernantes y conectan categorías enteras de la población sujeta al estado con los agentes del estado.

De nuestro análisis de la contienda y de la democratización en México y en Suiza se desprenden dos potentes conclusiones:

1. ambas interactúan incesantemente: los órdenes políticos democráticos se forman por medio de la contienda política y remodelan la contienda política al formarse;
2. el mismo conjunto de mecanismos que explica las acciones, la movilización y las trayectorias de la contienda política explica también ese extraño conjunto de cambios políticos que da lugar a la democracia.

La democratización no es un fenómeno *sui generis* que deba analizarse al margen de las formas de contienda política y sólo se roce con éstas en ciertos momentos de la transición, peculiares y peligrosos. Tampoco la democratización es una simple cuestión de élites que deciden en nombre de una sociedad cuándo y cómo hay que ser más democráticos, tal y como algunos estudiosos de la democratización parecen creer. Eso es lo que ocurrió en México en la década de 1930, con el consecuente desvío de la vía democrática que hemos observado. La democratización se produce por medio del mismo tipo de mecanismos que hemos encontrado en los movimientos sociales, en los ciclos de contienda, en las revoluciones y en el nacionalismo.

Mecanismos similares —aunque en diferentes combinaciones— aparecen en otras formas de contienda que suelen aislarse para ser estudiadas por separado. Éstos pueden concatenarse en patrones similares a través de formas de contienda nominalmente distintas. En el capítulo 10 aplicaremos algunas de las combinaciones que se nos han presentado a partir de una u otra de las formas de contienda que hemos examinado a otras de carácter nominalmente distinto.

10

Conclusiones

HEMOS CUMPLIDO LO PROMETIDO—AL MENOS EN PARTE. HEMOS PASADO de la agenda estática estándar para el estudio de los movimientos sociales, con su tendencia a tratar a los actores, principalmente occidentales, de uno en uno, a una explicación más dinámica y relacional de la contienda política dentro y a través de las diversas regiones del mundo. Aunque los principales casos ilustrativos los hemos extraído de episodios de transgresión, hemos subrayado la incesante interacción entre las formas contenida y transgresiva de contienda. Hemos insistido en la utilidad de escoger entre los enfoques culturalista, racionalista y estructuralista de la contienda política, pero hemos adoptado puntos de vista de los tres cuando lo hemos encontrado útil. Hemos presentado un programa de investigación centrado en la detección de mecanismos y procesos sólidos en los episodios contenciosos.

También hemos difuminado las fronteras establecidas entre actores, movilización y trayectorias para encontrar que en las tres categorías aparecen mecanismos y procesos similares. Hemos desarrollado y hemos ilustrado nuestros argumentos mediante quince episodios ampliamente divergentes y nos hemos esforzado por atravesar las fronteras que separan a tipos ostensiblemente distintos de contienda—democratización, nacionalismo, movimientos sociales, revoluciones, etcétera— por medio de la identificación de unos mecanismos y unos procesos similares dentro de

todos ellos. Por último, hemos evitado la pretensión de crear un modelo general aplicable a todos los episodios contenciosos o a familias particulares de éstos.

Recordemos ahora el recorrido que ha seguido nuestra obra. La primera parte (capítulos 1-3) repasaba los análisis existentes de la acción y los actores contenciosos, la movilización/desmovilización y las trayectorias y evaluaba los puntos fuertes y débiles de los enfoques predominantes de las diversas formas de contienda. Allí se señalaba la necesidad de unos análisis más dinámicos y más relacionales y de unas analogías más causales, pero no se satisfacía dicha necesidad. La segunda parte (capítulos 4-6) mantenía las distinciones entre acción, movilización y trayectorias, pero agrupaba pares de episodios complejos para identificar en ellos mecanismos y procesos similares.

Para el final de la segunda parte, había quedado bien clara la arbitrariedad de las distinciones entre actores/acción, movilización y trayectorias, y manifiesto el valor de buscar mecanismos y procesos explicativos. En ese punto, el análisis cobraba un cierto dinamismo y una cierta capacidad para tratar más de una acción simultáneamente enfatizando los mecanismos relacionales, aunque se seguía reconociendo la importancia de los mecanismos cognitivos y ambientales.

La tercera parte (capítulos 7-9) abandonaba las distinciones entre acción, movilización y trayectorias a favor del establecimiento de comparaciones entre episodios contrastados que implicaran revolución, nacionalismo o democratización. Esos capítulos no pretendían producir nuevos modelos generales para dichos fenómenos ni ofrecer una explicación completa de los episodios examinados. Más bien mostraban que existen unos mecanismos y procesos similares que desempeñan un papel significativo en episodios bastante dispares pero que producen unos resultados globales diversos en función de su secuenciación, su combinación y su contexto.

Hemos andado mucho hasta llegar aquí, pero aún nos queda camino. En este capítulo, esperamos hacer cuatro cosas. En primer lugar, resumir las conclusiones centrales de los capítulos previos y especificar sus implicaciones parciales. En segundo lugar, bosquejar tres procesos sólidos adicionales para ilustrar el tipo de marcos explicativos que se sigue de nuestro programa alternativo. En tercer lugar, volver sobre la cuestión general del alcance explicativo, especular sobre la amplitud de aplicación de nuestro enfoque. Por último, apuntaremos los límites de nuestro enfoque y enumeraremos los desafíos que aún tenemos pendientes, nosotros y los demás estudiosos de la contienda política.

QUÉ PRETENDEMOS HABER LOGRADO

¿Qué hemos conseguido? En primer lugar, hemos delineado explicaciones parciales de algunos aspectos recurrentes y sorprendentes de la contienda política. Tomemos, por ejemplo, la frecuencia con la que una acción prolongada durante largo tiempo cambia repentinamente de dirección en el curso de un episodio prolongado de contienda: se hunde un régimen, un grupo guerrillero llega al poder, un conjunto de activistas pasa del terror a la colaboración. En las explicaciones estándar de la contienda política, tales inversiones del curso de los acontecimientos suelen ser el resultado de una o ambas de dos situaciones. Primera, siguiendo la analogía de una olla de vapor que acumula gradualmente presión para explotar cuando ésta alcanza un límite intolerable, existe algún tipo de tensión que se acumula hasta que supera un punto crítico. Segunda, los participantes en algún tipo de causa colectiva experimentan una conversión cognitiva y actúan según ésta, quizás porque algún acontecimiento visible cristaliza lentamente y da lugar a nuevas interpretaciones, quizás porque un nuevo líder articula un punto de vista diferente.

No hemos negado que ambas situaciones se presentan a veces en la contienda. Más bien hemos sostenido que el efecto de punto crítico aparece pocas veces y que la conversión cognitiva depende en parte, de forma característica, de cambios relacionales y ambientales. Es más, unos cuantos de nuestros episodios muestran que tales cambios de dirección son el resultado de la activación de mecanismos y procesos relaciones tales como la correduría, la certificación y la formación de coaliciones transversales entre clases. Así pues, la descertificación del régimen de Somoza por parte de los gobiernos de Costa Rica, Venezuela, Panamá, México y los Estados Unidos a finales de la década de 1970 impulsó las deserciones del régimen además de propiciar el apoyo a la oposición sandinista. De modo semejante, la correduría, la certificación y la formación de coaliciones transversales entre clases jugaron todos ellos un papel significativo en la escalada de la confrontación hindú-musulmana descrita por Beth Roy. No hace falta negar la acumulación de ultrajes o de alteraciones de la conciencia para reconocer la centralidad de los mecanismos y los procesos relacionales en esas rápidas mutaciones.

Nuestra segunda contribución es la introducción de un análisis relacional más dinámico en un campo a menudo abrumado por explicaciones estáticas e individualistas. Para ser más exactos, los analistas de la contienda política hace tiempo que han descrito procesos dinámicos y cambios en las relaciones sociales. Pero lo han hecho en gran medida en explicaciones marginales y en narrativas descriptivas más que en sus principales esque-

mas explicativos. Los modelos predominantes han continuado siendo estáticos y se han concentrado en estudiar a los actores de uno en uno y reconstruir a dichos actores como entes autopropulsados. Las culpa es en parte nuestra, por supuesto. Nuestros propios modelos anteriores especificaban mucho más unas casillas estáticas que las flechas dinámicas que ponen a dichas casillas en conexión. También funcionaban mejor para explicar las acciones de los actores —individuales o colectivos— uno por uno.

La identificación explícita de mecanismos y procesos relacionales propicia un análisis más dinámico de la contienda. Compárense nuestros análisis de las trayectorias en los capítulos 2 y 6. En la sección del capítulo 2, en la que se discutía la experiencia italiana de posguerra a la vista de los modelos disponibles de la evolución de los movimientos y de los ciclos de protesta, quedaba claro que cuando se hacía encajar ese episodio complejo en dichos modelos se oscurecían los hechos contingentes presentes en su evolución, obteníamos escasa guía a la hora de identificar los momentos críticos, nos veíamos forzados a centrarnos en los actores uno por uno y nos quedaba poco espacio, si alguno, para la interacción estratégica. Con la comparación en el capítulo 6 de la movilización antiesclavista norteamericana y de la salida española del régimen de Franco, intentamos remediar esas deficiencias. En dicha comparación, llamamos la atención sobre los cambios de identidad, la correduría, la polarización y la convergencia como causas clave del cambio de trayectoria de ambos episodios.

Y ésta es nuestra tercera pretensión: haber superado las barreras que separaban a variedades ostensiblemente diferentes de tipos de contienda. Empezamos quejándonos de la segmentación existente entre los estudios de las guerras, las revoluciones, los movimientos sociales y otras formas de contienda política. Respondimos a nuestras quejas con la búsqueda deliberada de mecanismos y procesos causales similares en formas específicas de política. La correduría, por ejemplo, aparecía de forma prominente en los seis episodios de la segunda parte: los Mau Mau y la Revolución Amarilla de las Filipinas, el conflicto hindú-musulmán en el Asia meridional y la transición sudafricana hasta abandonar el régimen de apartheid, las luchas norteamericanas en torno a la esclavitud y el fin del régimen de Franco en España. En todos esos mismos episodios, encontramos con frecuencia procesos que combinaban de varias formas el cambio de identidad, el cambio de objeto, la certificación y la apropiación social; por ejemplo: en la formación de una oposición concertada al régimen de Marcos. Si dichos procesos resultan ser tan sólidos como pensamos, y aparecen en tipos tan distintos de contienda, deberían servir de guía a los futuros investigadores para comparar la dinámica de la contienda en todos esos tipos de contienda política.

IMPLICACIONES METODOLÓGICAS

En esos capítulos hemos prestado poca atención explícita a la metodología, pero nuestros análisis tienen importantes implicaciones metodológicas. Resaltaremos cuatro de ellas: (1) la degradación y el realce, simultáneamente, de los episodios contenciosos en cuanto objeto de estudio; (2) la reorientación de las explicaciones, que pasan de centrarse en los episodios a centrarse en los mecanismos y los procesos; (3) una mejor especificación e integración operativa de los mecanismos cognitivos, relacionales y ambientales; (4) la reconciliación de la contingencia con la explicación.

La degradación y el realce, simultáneamente, de los episodios contenciosos en cuanto objeto de estudio. La degradación consiste en la negación de una realidad sui generis de dichos episodios. Como entidades convencionales o arbitrarias, los acontecimientos que denominamos revoluciones, movimientos sociales, guerras o incluso huelgas se forman como construcciones retrospectivas de observadores, participantes y analistas. No tienen una esencia, una historia natural o una lógica automotivadora. Además, se solapan con otros procesos más rutinarios, lo que supone una razón añadida para evitar la segmentación en su estudio. Por ejemplo, si nos hubiéramos centrado tan sólo en el movimiento abolicionista en la lucha antiesclavista americana, habríamos ignorado la crucial creación de tensiones entre los actores políticos constituidos y la consiguiente formación en el Congreso de la coalición que destruyó el compromiso entre sectores e hizo realidad el objetivo largo tiempo frustrado de la abolición.

Además, cabe también elevar en importancia a los episodios. Una vez que reconocemos que los hemos extraído de su contexto histórico y social, debemos explicitar los procedimientos y los criterios que marcan su inicio, su final, sus fronteras y sus participantes. Eso requiere desarrollar una cierta experiencia a la hora de delinear qué acontecimientos cabe comparar. Nos enfrentamos a dos retos específicos:

- El primero es distinguir los episodios de contienda —sean *contenidos* o *transgresivos*— de la *política prescrita* o más rutinaria. En este libro nos hemos centrado en los episodios transgresivos, pero sin ofrecer un conjunto de herramientas operativas para demarcar los episodios contenciosos. Ése sigue siendo uno de los desafíos clave que esperan a quienes adopten nuestro programa. Regresaremos sobre dicho desafío más adelante en este capítulo.
- El segundo desafío se centra en lograr una mejor comprensión del proceso por el cual se aplican los tipos convencionales de episodios

a cada episodio en particular. El proceso por el cual un episodio dado llega a considerarse una revolución, un movimiento social, una guerra, una huelga o cualquier otra categoría de episodios tiene un peso político y unas consecuencias. Etiquetas como éstas afectan no sólo al modo en que los analistas posteriores explican los episodios, sino también a la forma de comportarse de los participantes y a cómo reaccionan las terceras partes. Así pues, los procesos sociales que asignan una etiqueta a los episodios y los agrupan en una categoría también pertenecen a nuestra agenda.

La reorientación de las explicaciones para pasar de los episodios a los mecanismos y los procesos. Aunque nuestros análisis siguen contemplando los episodios como las unidades de observación, también recomiendan abandonar cualquier intento de explicar todas las características más destacadas de episodios enteros. Por consiguiente, descartan el procedimiento habitual de subsumir los episodios bajo modelos generales para demostrar que el modelo no encaja con alguna de las principales características del episodio y después modificar el modelo general para aumentar el número de casos que encajan en él. Nuestros análisis no dejan demasiadas esperanzas de ganar en potencia explicativa comparando episodios enteros con unos modelos invariables de los movimientos sociales, las huelgas, las revoluciones o demás formas recurrentes de contienda, y mucho menos con modelos invariables de la contienda en todas sus permutaciones.

Nosotros recomendamos más bien la explicación de una selección de características de los episodios (por ejemplo, por qué se producen cambios rápidos de identidad en todo un abanico de episodios que son, por lo demás, dispares) o la explicación de procesos recurrentes en familias de episodios (por ejemplo, cómo y por qué la formación de alianzas interclasistas genera o amplía con frecuencia las situaciones revolucionarias). En cualquiera de sus dos modalidades, la explicación consiste en la identificación de mecanismos clave y de su combinación en procesos transformadores. Nuestro análisis de la democratización mexicana, por ejemplo, no nos proporciona en absoluto una explicación comprehensiva de los conflictos políticos de México desde 1980 hasta el año 2000, pero sí muestra cómo la correduría dio lugar a significativas realineaciones que otros observadores han atribuido a menudo a cambios en la mentalidad o a los efectos de las presiones externas.

La especificación e integración de mecanismos cognitivos, relacionales y ambientales. Partiendo de la idea de que los teóricos de la contienda política han menoscabado la dinámica relacional, nosotros hemos enfatizado deliberadamente los mecanismos relacionales. Sin embargo, nuestros aná-

lisis concretos han recurrido repetidamente a combinaciones de mecanismos relacionales con mecanismos cognitivos y/o ambientales. El mecanismo que hemos denominado «agravios impuestos repentinamente», por ejemplo, implica tanto unas relaciones alteradas entre los actores como una cognición alterada para al menos uno de los actores. En los desastres y en las guerras, el mismo mecanismo implica normalmente un cambio en las conexiones entre los actores y sus entornos.

En tales circunstancias, no está en principio claro si lo que estamos observando son dos o tres mecanismos que normalmente aparecen unidos o si hemos descubierto una combinación suficientemente invariable de cambios cognitivos, relacionales y ambientales que justifica que tratemos el conjunto como un único proceso sólido. Tampoco podemos decidir en general y de antemano cómo interactúan los elementos —si, por ejemplo, los cambios cognitivos siempre preceden a los cambios relacionales o viceversa. La interacción entre mecanismos cognitivos, relacionales y ambientales presenta problemas urgentes para la teoría y para la investigación de la contienda política.

Se trate de mecanismos relacionales, cognitivos o ambientales, un desafío más básico que, por lo general, hemos evitado en este libro es la especificación operacional de los diversos mecanismos que hemos descrito en nuestros análisis. Al igual que con el concepto de episodio, sólo hemos ofrecido unas definiciones analíticas generales de los mecanismos, y hemos dejado los detalles de la operacionalización para estudios posteriores. Aunque nos sentimos cómodos con tal decisión, no podemos insistir lo suficiente en la importancia de ese reto metodológico para la viabilidad última de nuestro programa. En ausencia de unos marcadores empíricos claros y consensuados para cualquier mecanismo dado, el programa corre el riesgo de degenerar en el mismo tipo de ejercicio de narrativa plausible y *post hoc* del que ha pecado con frecuencia el análisis de la contienda. Volveremos a hablar de este reto crucial más adelante en este capítulo.

Contingencia y mecanismos. Por último, la contingencia mina nuestra vía analítica, igual que la de cualquier académico que rechace una explicación determinista, sea ésta estructural, cultural o individualista, de la contienda. En más de una ocasión hemos concluido que *x* no habría sucedido si los actores *y* no hubieran hecho lo que hicieron en el momento *z*. ¿Se acuerdan del papel del terremoto de Managua en la carrera hacia la revolución nicaragüense o el efecto catalizador de la muerte de Hu Yaobang en los acontecimientos de China? Ambos acontecimientos eran imprevisibles, pero es posible entender su manera de operar a través de nuestros mecanismos, por ejemplo, a través de la atribución de amenaza y oportunidad. El terremoto de Managua se interpretó simultáneamente como una

oportunidad para una mayor corrupción del Gobierno, por parte de Somoza, y, en respuesta a la actuación del régimen, como una amenaza a los intereses de importantes sectores de la burguesía nicaragüense. El funeral de Hu proporcionó a los estudiantes una oportunidad para innovar en relación con una forma familiar acción colectiva y utilizar unos guiones culturalmente legitimados para criticar al régimen.

La contingencia también opera a través de la intersección de nuestros mecanismos de formas que no son predecibles de antemano. Recuérdese el papel que desempeñó la radicalización en los episodios español y de preguerra analizados en el capítulo 6: la radicalización del movimiento nacionalista vasco al aproximarse la muerte de Franco amenazaba con provocar la represión y la militarización, una amenaza que se combinó con la correduría y la formación de coaliciones para producir la convergencia de los moderados del Gobierno y los de la oposición, lo que llevó a éstos a forjar una transición pactada hacia la democracia. A la inversa, el desarrollo de la controversia antiesclavista en Norteamérica condujo a la radicalización al combinarse con el cambio hacia el oeste en los desplazamientos de los colonos del norte que iban en busca de tierras y la correduría de una nueva coalición entre los políticos del norte y del oeste en el seno del nuevo Partido Republicano. Dos casos de radicalización: uno llevó a la convergencia y el otro a la guerra civil. La contingencia de los resultados de la interacción de diferentes mecanismos de la contienda sigue siendo uno de los principales puntos de la agenda de nuestro programa.

UN NUEVO PROGRAMA DE INVESTIGACIÓN PARA LA CONTIENDA POLÍTICA

Así pues, ¿qué clase de programa recomendamos a los estudiosos de la contienda política? El programa tiene un lado negativo y otro positivo. Para no perdernos en los detalles, presentaremos el programa de forma esquemática.

Negativo

- Abandonar los intentos de probar que el racionalismo, el culturalismo o el estructuralismo explican episodios particulares.
- Abandonar los intentos de explicar los acontecimientos haciéndolos encajar en el modelo clásico de los movimientos sociales o en

cualquier otro modelo general invariable; por ejemplo: pasar del modelo invariable de los ciclos de protestas que tocamos en el capítulo 2 a la identificación de mecanismos y procesos que, bajo determinadas condiciones, generan trayectorias en forma de ciclo; compararlos con los que generan trayectorias con formas diferentes; comparar los correlatos y los momentos de transición críticos que aparecen en cada uno de ellos.

- Abandonar la crítica de los modelos estándar que van añadiendo nuevos elementos o que, simplemente, modifican sus características principales; por ejemplo, olvidarse de añadir variables a los modelos generales que existen de la revolución para acomodarlos a nuevos casos.
- Abandonar los esfuerzos por especificar las condiciones necesarias y/o suficientes de clases enteras de episodios mediante comparaciones que estudian la presencia o no de elementos concretos o mediante análisis correlacionales; por ejemplo: en los estudios de las oleadas de huelgas, pasar de identificar las condiciones iniciales en que éstas se dan a explicar su dinámica.

Utilizar moderadamente esos mismos métodos, principalmente para especificar qué es lo que cabe estudiar; por ejemplo: después de demostrar mediante la regresión o cualquier otro mecanismo basado en la correlación que la movilización se presenta típicamente en enclaves sociales establecidos, intervenir con diferentes métodos para determinar qué mecanismos dinámicos e interactivos delinean habitualmente el proceso de movilización.

Positivo

- En todo un espectro de casos, identificar y comprobar la presencia de marcadores operacionales para mecanismos particulares; por ejemplo: formular poderes [*proxies*] para la deserción de las élites y comprobar su presencia en todo un espectro de situaciones revolucionarias.
- Identificar, estudiar y comparar los procesos compartidos por diversos episodios: secuencias y combinaciones de mecanismos frecuentemente recurrentes; por ejemplo: teorizar y explicar la polarización como un proceso común estudiando de cerca su recurrencia en toda una variedad de episodios contenciosos.
- Especificar cómo funcionan mecanismos particulares mediante el examen de pruebas procedentes de múltiples episodios; por ejemplo: criticar y mejorar la explicación del cambio de identidad que aparece en este volumen confrontando nuestra formulación con nuevos ejemplos bien documentados.

- Cuando se pretenda explicar episodios enteros, especificar qué tienen éstos de distintivo y, por lo tanto, qué es lo que requiere una explicación, identificar los mecanismos y procesos que dieron lugar a dichas características distintivas y, después, aportar solidez a tal identificación con la comparación con al menos otro episodio que difiera del primero en esa característica distintiva; por ejemplo: ampliar nuestra comparación de la democratización en Suiza y México a nuevos episodios, no con la esperanza de que esos episodios se parezcan mucho a ninguno de los dos casos, sino con la hipótesis de que los mecanismos que afectan a la interacción de la política pública con las redes de confianza afectarán de modo significativo a la democratización o a la ausencia de ésta.
- Tomar una categoría de episodios que la gente haya considerado *sui generis*, identificar qué hay de problemático en esos episodios y, después, especificar los mecanismos y procesos que originaron esas características problemáticas; por ejemplo: aplicar el tipo de análisis que hemos presentado para las revoluciones, el nacionalismo y la democratización a episodios de guerra entre estados, guerra civil, conflicto industrial o movimientos sociales.

TRES PROCESOS SÓLIDOS

Eso es todo por lo que respecta a la representación esquemática de nuestro programa. El reto de este capítulo consiste en superar las afirmaciones esquemáticas para demostrar la utilidad del enfoque forjado en este libro. Recuérdese que en la segunda parte procedimos caso por caso a descubrir mecanismos recurrentes en una amplia variedad de casos. En la tercera parte pasamos a discutir unos procesos macrohistóricos muy amplios —la revolución, el nacionalismo y la democratización— para encontrar en ellos la presencia de muchos de nuestros mecanismos. Pero esas formas familiares de contienda no arrojan luz sobre nuestra postura respecto a la crucial cuestión de las explicaciones específicas de casos versus las explicaciones más generales. La clave para equilibrar las exigencias de ambos tipos de explicaciones está en la elucidación de unos procesos sólidos en los que se encuentren combinados un mismo conjunto de mecanismos, o un conjunto similar.

Empezamos este libro con una advertencia: los lectores que busquen explicaciones nomológico-deductivas de la contienda política mejor que acudan a otro lugar. ¿Debería entenderse que nuestro programa propone

que cada episodio está hecho de un conjunto exclusivo de mecanismos y procesos que le dan forma? ¿Nos hemos limitado acaso a redescubrir la historia narrativa y aplicarle un vocabulario nuevo y científico? Creemos que no. Aunque estemos convencidos de la futilidad de deducir unas explicaciones generales nomológico-deductivas de la contienda, pensamos que nuestro programa —si tiene éxito— desvelará unos conjuntos recurrentes de mecanismos que se combinan en unos procesos sólidos que, a su vez, son recurrentes en un sorprendente número de episodios, y de una gran cantidad de tipos. Si logramos validar esta afirmación, habremos sugerido una nueva vía para el análisis de la contienda política. No se trata ni de la vía que consiste en imponer unas mismas leyes generales sobre todas las contiendas del mundo, ni la que radica en describir diferentes casos centrándose en cada uno de ellos independientemente, sino que se trata de operar mediante la comparación de episodios de contienda a la luz de los procesos que animan su dinámica.

Los orígenes de la contienda han recibido tanta atención por parte de los académicos en el curso de los años que nosotros, en el capítulo 2, pudimos utilizar con seguridad la movilización para avanzar un esbozo provisional de nuestro modo de proceder. La movilización, sosteníamos allí, se puede contemplar mejor como un compuesto de: atribución de oportunidades y amenazas; apropiación social de enclaves, identidades y organizaciones existentes; e innovación en torno a formas familiares de contienda. Los estudios de las partes segunda y tercera, en lo fundamental, no nos llevaron a revisar nuestra imagen del modo de operar de la movilización. Pero la contienda política (tal y como hemos repetido una y otra vez) no empieza ni termina con la movilización y la desmovilización. No se limita a los orígenes de la lucha. En los capítulos intermedios, episodio por episodio, trabajamos para descubrir un conjunto más amplio de procesos sólidos centrándonos caso por caso en los mecanismos. Nuestro objetivo era interrogar a un amplio espectro de episodios para averiguar si éstos se concatenan en unas combinaciones recurrentes de mecanismos —procesos sólidos— que acarrearán determinadas consecuencias en un número significativo de casos.

Los análisis eran francamente exploratorios, pero los quince casos que hemos revisado en nuestro libro apuntan a una cierta cantidad de tales procesos. En este capítulo de conclusión, nos ocuparemos de tres procesos clave que concurren de forma aproximadamente igual en una amplia variedad de episodios de contienda:

- *La constitución de nuevos actores políticos y de nuevas identidades* en los episodios contenciosos.
- *La polarización* de los grupos políticos que intervienen en dichos episodios.

- *El cambio de escala* de la contienda política, que pasa del campo local al translocal (o, incluso, internacional), con los cambios en los actores y en el carácter de la interacción entre éstos que eso implica.

Comenzamos nuestra investigación en el capítulo 2 con tres casos de referencia: la lucha norteamericana por los derechos civiles, la Revolución Francesa y la contienda estudiantil italiana. Regresaremos a esos tres casos para demostrar que nuestro programa puede desvelar nuevos aspectos, incluso en casos que ya nos son familiares. En consonancia con el espíritu exploratorio de nuestro libro, damos también un paso adelante aplicando esos procesos a tres nuevos episodios del mundo de la contienda política. Aunque nuestra pretensión no es interrogar a dichos casos de un modo tan completo como hicimos con los quince casos previos, encontraremos pruebas, no obstante, de los mismos procesos, compuestos de los mismos mecanismos encadenados, que exploramos en nuestros casos de referencia.

**TABLA 10.1. Tres procesos sólidos
y seis casos ilustrativos**

Procesos sólidos	Casos ilustrativos	
	De referencia	Nuevos
Constitución de actores	Derechos civiles norteamericanos	Revolución Cultural china
Polarización	Revolución Francesa	Guerra de las Molucas, 1999
Cambio de escala	Movimiento estudiantil francés/italiano	Genocidio de Ruanda, 1994

La tabla 10.1 muestra los tres procesos sólidos y los seis casos que utilizaremos para ilustrarlos.

LA CONSTITUCIÓN DE ACTORES

A lo largo de todo este volumen hemos insistido en la distinción entre contienda contenida y transgresiva. La contienda contenida la libran actores políticos constituidos (es decir, autodefinidos y públicamente reconocidos). Por el contrario, la contienda transgresiva normalmente introduce actores previamente desorganizados o apolíticos. ¿Cómo llegan a constituirse esos nuevos actores? Los actores políticos nuevos pueden surgir de diversos modos, algunos de ellos altamente institucionalizados.

Muchos sistemas electorales, por ejemplo, incluyen rutinas estándar para la creación de nuevos partidos políticos. Durante largos periodos de la historia, se han formado nuevos entes militares por medio de procedimientos bien establecidos para el reclutamiento de fuerzas armadas. Sin embargo, aquí nos concentramos en lo que parece ser otro proceso sólido por medio del cual segmentos de la población civil adquieren un nombre y una posición política pública. La figura 10.1 esquematiza tal proceso de constitución de actores.

Los primeros dos mecanismos que vincula la figura resultarán familiares al lector a causa del capítulo 2. Esos mecanismos —la apropiación social y la acción innovadora— definen los nexos dinámicos últimos del proceso de movilización aquí delineado. La apropiación allana el camino a la acción innovadora gracias a la reorientación de un grupo existente hacia una nueva concepción de su objetivo colectivo. Pero, para que se realice completamente el proceso de movilización inicial, esa disposición a actuar debe traducirse en acción colectiva innovadora. Una vez que eso sucede, podemos decir que el grupo en cuestión está actuando contenciosamente. Es importante darse cuenta de que dicha acción no implica necesariamente un cambio en la identidad colectiva del grupo. En los episodios que hemos examinado, la apropiación social y la acción innovadora a menudo activan dos mecanismos adicionales que traen como consecuencia la constitución pública de nuevos actores y de las identidades colectivas a éstos asociadas. Esos dos mecanismos adicionales y ahora ya familiares son:

- la certificación: la validación de los actores, de sus actuaciones y de sus reivindicaciones por parte de partes externas, especialmente de las autoridades, y su inverso: la descertificación;
- la formación de categorías: la creación de un conjunto de enclaves que comparten una frontera que los distingue a todos ellos como un todo y los relaciona con al menos un conjunto de enclaves visiblemente excluidos por la frontera.

El nexo causal entre la acción innovadora y la certificación/descertificación es inmediato. Después de violar las expectativas de comportamiento de otras de las partes en un conflicto en proceso de desarrollo, los grupos insurgentes provocan típicamente intensos esfuerzos de interpretación por parte de los otros afectados, que buscan restaurar la inteligibilidad de un ambiente que se ha vuelto menos cierto y predecible a consecuencia de la acción innovadora. Tales esfuerzos a menudo guardan relación con diversas cuestiones, pero normalmente se centran en los intentos de afirmar públicamente la legitimidad (certificación) o ilegitimidad (descertifica-

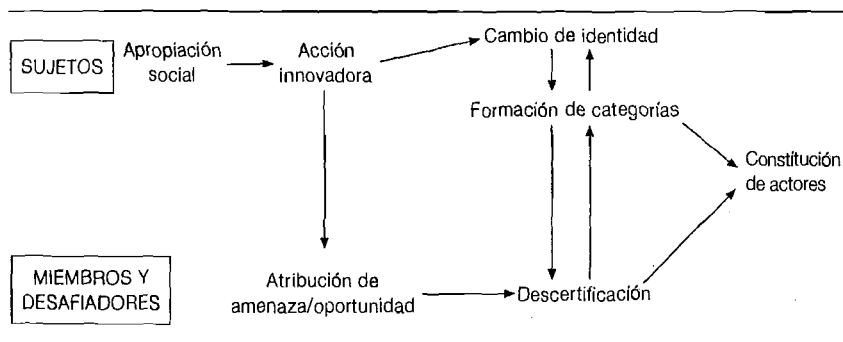


FIGURA 10.1 La constitución de actores a través de la interacción contenciosa

ción) de la identidad imputada al actor insurgente y, por extensión, de las reivindicaciones planteadas por el actor. Por su parte, este último actor difícilmente se mantiene pasivo a la vista de tales intentos de certificación y descertificación. Por el contrario, el grupo emergente se encuentra enfrascado a la vez en sus propios esfuerzos públicos (e internos) por reconstituir la identidad y el propósito del grupo, en parte mediante intentos de redefinir sus relaciones con los otros actores de su entorno. El resultado típico de este proceso es la formación de una nueva categoría de actor, el cambio de identidad por parte del grupo insurgente y una significativa reconstitución de las relaciones entre un conjunto más amplio de actores que incluye también un campo emergente de contienda política.

Los derechos civiles en los Estados Unidos

En el capítulo 2 ofrecíamos una breve reinterpretación del surgimiento del conflicto por los derechos civiles en la Norteamérica de posguerra. Aquí nos concentraremos en un punto de inflexión crucial de la lucha: el boicot a los autobuses en Montgomery, que puso en marcha la fase transgresiva del episodio e introdujo en la escena política norteamericana un importante actor nuevo: el movimiento por los derechos civiles.

La decisión de proseguir con el boicot y llevarlo más allá de la idea inicial de una acción de un día sumergió a la ciudad en un conflicto divisorio y dio inicio a un periodo de intensa contestación local respecto al significado del boicot y a la identidad de los principales combatientes. Dada la postura simpatizante que adoptaron los medios de comunicación nacionales en el tratamiento de la cuestión, el debate se extendió rápidamente

fuera de Montgomery. Las representaciones clave de los combatientes como adversarios surgieron al inicio del episodio.

Las cartas publicadas en el *Montgomery Advertiser* articulaban el punto de vista pro segregacionista de la lucha. El 9 de enero de 1956, el diario publicaba una carta de la señora George Foster en la que se afirmaba que era «el miedo» y no la insatisfacción con el statu quo racial lo que se escondía detrás de la decisión de los negros de la localidad de no subir a los autobuses. «Hay», afirmaba Foster, «muchos negros [...] que quieren usar el autobús pero tienen miedo de hacerlo. ¿De dónde procede el miedo de esa gente y quién se lo está provocando?» (citado en Burns, 1997: 118). Otro observador blanco exponía brevemente la respuesta que la mayoría tenía a la pregunta de la señora Foster: la población negra de Montgomery era simplemente «un atajo de gente acobardada controlada por ese frente comunista que es la NAACP». (Burns, 1997: 116). Reticentes a creer que los negros locales —«nuestros negros», para citar una expresión que se repetía a menudo en las cartas— se sintieran motivados a montar su propia campaña, o que fueran capaces de ello, el boicot se atribuía a oscuras fuerzas externas a menudo asociadas a una NAACP dominada por comunistas. Por su parte, los líderes políticos sureños no eran sino bravos y serviciales defensores del «estilo de vida sureño» y víctimas de la subversiva «agitación externa».

Pero en las cartas a los diarios del norte y en los comentarios de los editoriales nacionales sobre el boicot apareció rápidamente una explicación alternativa de la campaña y de sus principales adversarios. En contraste con el punto de vista segregacionista, esta alternativa liberal sostenía que el boicot y el movimiento más general eran un valiente esfuerzo popular de la comunidad negra por reconducir décadas de trato opresivo. En un escrito de 1956, Eleanor Roosevelt sostenía que «la protesta de los autobuses [...] ha sido uno de los logros más remarcables que se han visto nunca en este país de una gente que lucha por sus propios derechos» (citado en Burns, 1997: 314).

El religioso Harry Emerson Fosdick coincidía con esa opinión y decía que «Montgomery, Alabama, se ha convertido en uno de los lugares más significativos del mundo [...] El prejuicio racial y la discriminación constituyen una fundamental negación del evangelio cristiano [...] La protesta digna, resuelta y pacífica de los negros de Montgomery contra la desigualdad y la injusticia es un regalo de Dios a nuestro país, y una lección que tanto el norte como el sur debemos aprender» (citado en Burns, 1997: 315-316). Fosdick invocaba el mismo enemigo general —el comunismo— que invocaban los segregacionistas, sólo que esta vez acusaba a los defensores del «estilo de vida sureño» de ser cómplices de los comunistas, aunque fuera inconscientemente.

Estos dos intentos diametralmente opuestos de certificar (liberales del norte) o descertificar (segregacionistas del sur) la campaña contra la segregación llegaron a dominar los debates públicos sobre el boicot. Pero los participantes en el boicot no permanecieron pasivos ante esa amplia lucha «definicional». Las figuras asociadas a la campaña —Martin Luther King jr. de forma muy notable— llevaron a cabo su propia tarea para otorgar significado al movimiento. Una gran parte de esa tarea es lo que Jane Janson (1998) llama «bautizar al grupo». Nosotros preferimos llamarlo formación de categorías. Después de haberse constituido en una campaña permanente, ¿a qué nombre responderían los insurgentes? Sus acciones habían hecho que las identidades convencionales —miembros de esta o aquella congregación, «nuestros negros», etcétera— resultaran inadecuadas como descriptores colectivos del grupo emergente. En marzo de 1956, King, en unas declaraciones profusamente citadas, enunció una nueva definición de los «negros» de Montgomery. King dijo:

Nuestra protesta no violenta en Montgomery es importante porque está demostrándoles a los negros, del norte y del sur, que muchos de los estereotipos que habían sostenido respecto a sí mismos y a los demás negros no son válidos [...] En Montgomery avanzamos en una nueva dirección. Montgomery significa una nueva actitud. Nuestro cansado reportero, cuando le pidieron que dijera unas palabras sobre Montgomery en una comida en Birmingham, se levantó y dijo una frase: «Montgomery ha hecho que me sienta orgulloso de ser un negro» (citado en Burns, 1997: 244).

La imagen de «un nuevo negro» se invocaba en un sinfín de declaraciones de los líderes del movimiento durante todo el periodo del boicot y después. La implicación estaba clara: el movimiento era algo más que un intento instrumental de cambiar las leyes que regulan el modo de sentarse en los autobuses en Montgomery; era, en un sentido más general, la expresión de una nueva identidad colectiva de los negros del sur. Así pues, además de ilustrar el crucial mecanismo de la formación de categorías, esas declaraciones también nos proporcionan un claro ejemplo, cargado de consecuencias, de un «cambio de identidad» en función de la interacción contenciosa.

Antes del conflicto, los afroamericanos apenas eran conscientes de compartir una identidad racial, sino que la naturaleza de la conciencia de dicha identidad a menudo se complicaba con la intervención de otras identidades (clase, región, género, oscuridad de la piel) que tendían a dividir más que a unificar a la población. Para muchos, el advenimiento del movimiento reordenó eficazmente esas identidades, e hizo pasar a primer plano la identidad racial y silenció las divisiones dentro de la comunidad

negra, aunque no las suprimió. Uno de los legados más importantes y de mayores consecuencias que el movimiento y la campaña de Montgomery ayudaron a crear ha sido el de una fuerte y duradera conciencia racial.

Podemos apreciar el mismo proceso general de constitución de actores en algunos de nuestros otros casos: por ejemplo, en la rebelión Mau Mau, que puso en marcha las luchas entre las partes, tanto en Kenia como en Inglaterra, por la formación de categorías y por la certificación. Sin embargo, mientras que Montgomery dio lugar al surgimiento de dos discursos públicos opuestos, ambos con una gran resonancia, el movimiento Mau Mau sólo produjo un discurso: el oficial. Así, mientras que se constituía un nuevo actor, los Mau Mau, gracias a la formación y la difusión de dicho discurso, la naturaleza demonizante de la caracterización descertificó eficazmente al movimiento y lo condenó desde el principio. Hace falta una prueba más exigente para ver si el esquema de la constitución de actores que hemos bosquejado para los activistas estadounidenses a favor de los derechos humanos es aplicable a otros casos.

La Revolución Cultural

En su fascinante explicación del inicio de la Revolución Cultural de 1966 en Pekín, Andrew Walder (2000) nos ofrece otro claro ejemplo del proceso de constitución de actores. En una postura coherente con los acontecimientos de Montgomery, Walder sostiene que los cambios de identidad no tanto movieron a la acción en Pekín como se desarrollaron como consecuencia lógica de la interacción contenciosa en un contexto político muy arriesgado e incierto. Vale la pena citar extensamente a Walder sobre esta cuestión:

Las explicaciones estructurales de las diversas facciones de la Revolución Cultural china de 1966 en Pekín asumen que los intereses y las identidades que motivaron la acción colectiva estaban formados antes de que se desencadenara el movimiento. Sin embargo, la secuencia de acontecimientos por la cual aparecieron las facciones de estudiantes en Pekín durante la segunda mitad de 1966 no es coherente con las explicaciones estructurales [...] Las facciones no se formaron hasta que los participantes emprendieron sus primeras acciones en unas circunstancias políticas ambiguas que variaban ampliamente de una escuela a otra. Tales opciones individuales provocaron la división de los grupos de estatus y las redes políticas locales existentes y, a su vez, impusieron unas nuevas identidades políticas de consecuencias potencialmente severas para los activistas del movimiento que lideraban facciones opuestas. Dichas identidades limitaron las opciones de elección, definieron claramente los intereses por primera vez y, por consiguiente, sirvieron de base para la formación de grupos y para el conflicto (Walder, 2000: 1).

La explicación de Walder encaja con el proceso delineado en la figura 10.1 (p. 352). Las acciones iniciales emprendidas por los disidentes de la Universidad de Pekín en mayo de 1966 se interpretaron claramente como una amenaza para la organización del Partido en la universidad, que respondió a ellas como a un «ataque faccional carente de principios» a la legítima autoridad del Partido. Pero, cuando el 2 de junio los carteles que habían servido para lanzar el ataque de los disidentes aparecían impresos en el *Diario del pueblo* y eran alabados en el editorial, quedaba claro que los cargos más elevados, incluido el propio Mao, contemplaban el ataque como una oportunidad para revisar los compromisos revolucionarios de los líderes universitarios nominales del Partido. Tal certificación por parte de las élites de los disidentes de la Universidad de Pekín puso en marcha esfuerzos similares en toda una pléyade de otras universidades y otros institutos de la ciudad, lo que, a su vez, desencadenó la mezcla de mecanismos que aparecen en la figura 10.1.

En todas las instituciones afectadas proliferaron unas tremendas batallas por la certificación/descertificación, lo que enfrentó a los disidentes contra los cargos de Partido, mientras que otros «comités de revisión» externos y otras élites del Partido-Estado se sumaban a la refriega cuando tenían ocasión. La intensidad de esos episodios y las apuestas, a menudo a vida o muerte, en ellos presentes implicaron forzosos cambios de identidad y de intereses de grandes consecuencias cuando las facciones emergentes luchaban para defenderse de las caracterizaciones de las facciones enemigas, igualmente emergentes. Los psicólogos sociales utilizan el término «invención del otro» para expresar el proceso mediante el cual unos intentan moldear la conducta de un «otro» dado describiéndolo de un cierto modo. Como en muchos ejemplos de contienda, la Revolución Cultural puso en marcha esos conflictos competitivos de invención del otro. De ellos surgieron unas nuevas identidades colectivas y todo un conjunto de nuevos actores políticos constituidos.

Finalizaremos la discusión de este proceso con una predicción específica extraída de nuestra comparación de todos los casos aquí revisados. Mientras que creemos que el proceso de constitución de actores es probable que esté presente en toda una amplia variedad de episodios contenciosos, siguiendo a Walder, planteamos la hipótesis de que éste aparecerá con mayor probabilidad y tendrá mayores consecuencias en aquellos casos en los que los riesgos asociados al conflicto y la incertidumbre de sus resultados sean ambos muy altos. Veremos que lo mismo es cierto en el caso de nuestro segundo proceso: la polarización.

LA POLARIZACIÓN

Por polarización entendemos la ampliación del espacio político y social entre los reivindicadores presentes en un episodio contencioso y la gravitación hacia uno, el otro o ambos de los extremos de determinados actores previamente no comprometidos o moderados. Cuando se produce, la polarización es un factor importante en los episodios contenciosos, porque deja vacío el centro moderado, impide la recomposición de las coaliciones previas, genera nuevos canales para coaliciones futuras, carga incluso las cuestiones políticas más concretas de un contenido ideológico que puede bloquear su solución y conduce a la represión, al conflicto armado y a la guerra civil.

En el curso de estos capítulos nos hemos encontrado con toda una variedad de ejemplos de procesos de polarización. La polarización aparecía de manera muy explícita en el capítulo 6, donde destruía al partido *whig*, arrastraba a los proponentes y a los oponentes de la esclavitud a campos armados separados y llevaba a una guerra civil. En la democratización española, ésta unía a oponentes y defensores del régimen en una democratización consensuada por miedo al golpe militar. La polarización también aparecía de forma prominente en Nicaragua, en la revuelta Mau Mau, en las Filipinas, en Suiza y en todos los demás lugares.

La polarización combina los mecanismos de las espirales de oportunidades/amenazas, la competencia, la formación de categorías y la omnipresente correduría. Tomemos el caso de Suiza entre 1830 y 1848. En 1830, las identidades comunales y cantonales constituían la sustancia de la política pública, y la identidad nacional raras veces proporcionaba la respuesta a la pregunta «¿quién eres?», ni siquiera en los casos en los que de lo que se trataba era de las relaciones con las potencias extranjeras. Sin embargo, desde la formación de la católica *Sonderbund* en 1845, las divisiones entre los conservadores católicos y una alianza liberal se volvieron más profundas, hasta llegar al punto de la guerra civil. Esa polarización creó una nueva frontera en razón de la cual negociaron los redactores de la Constitución de 1848. Ni por un momento dicha frontera suprimió todas las diferencias entre los diversos actores ya constituidos presentes a ambos lados de ésta. Pero la combinación de la competencia con las espirales de oportunidades/amenazas, que llevó a la formación de categorías y a la correduría —una vez más, de importancia crítica en ambos bandos— polarizó el sistema político suizo hasta el punto del letal conflicto de 1847.

En esta sección, regresamos a nuestro segundo caso de referencia, la Francia revolucionaria, para ilustrar la potencia de nuestro programa y compararlo brevemente con otro caso totalmente diferente (el conflicto

civil de las Molucas en 1999 en Indonesia) para mostrar la amplia presencia de la polarización en la contienda política. A pesar de las grandes diferencias de alcance, escala, actores y resultados, son los mismos mecanismos los que aparecen en cada uno de ambos casos.

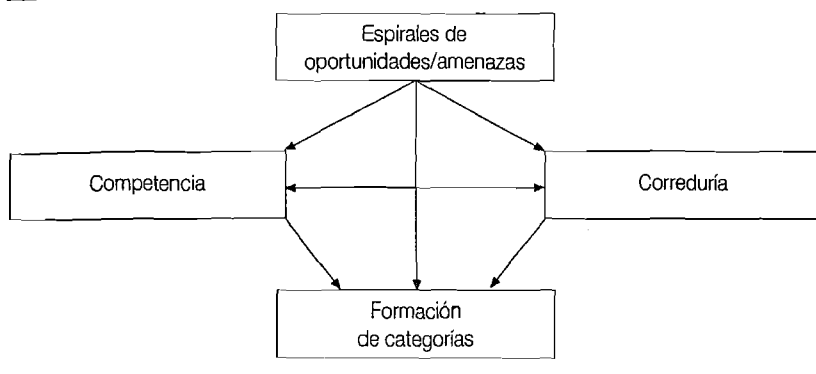
Una revolución que devora a sus hijos

El caso más celebrado de polarización en la historia occidental —que ha proporcionado a muchos autores casi una plantilla para proponer modelos para futuras revoluciones— fue la división entre los jacobinos de la Montaña en la Convención de 1792-1793 y sus antiguos camaradas, los girondinos. Desde entonces, los participantes en tal acontecimiento, así como generaciones de historiadores, han reificado las divisiones y, en algunos casos, han visto en ellas la fuente de las líneas divisorias confrontacionales permanentes de la política francesa (véase el repaso que hace Sydenham, 1961: cap.1). A veces se olvida que sólo hacía un año que los dos grupos se habían unido contra la monarquía y contra los *feuillanats* que la apoyaban, y que ambos grupos habían surgido de una división dentro de los clubes jacobinos en agosto-septiembre de 1792 (Higonn, 1998: 35). En otras palabras, la polarización no está escrita en las estrellas de la cultura política francesa. Fue un proceso que se siguió de la política interactiva de la revolución.

En dicho episodio, la derecha y la izquierda de la Convención competían por el apoyo de una Llanura indecisa y poco clara en su discurso. La formación de categorías se produjo con la cristalización de facciones en torno a unos líderes y unos temas. La espiral de oportunidades que propiciaron los actores que operaban en las calles elevó la tensión entre los dos grupos de diputados, cada vez más compactados. La correduría produjo la coalición que permitió a los jacobinos liquidar a sus enemigos girondinos. Volvemos sobre el proceso para ilustrar el funcionamiento conjunto de los mecanismos que operan en la polarización.

Lo primero que hay que dejar claro es que los girondinos no eran tan inherentemente moderados como sus posteriores defensores los describieron (Lamartine, 1848; Tierchant, 1993). Eran más arriesgados a la hora de hacer la guerra que un vacilante Robespierre, y estaban tan dispuestos como sus futuros enemigos a utilizar la violencia de los *sans-culotte* contra el rey y como trampolín hacia el poder. La amenaza de una Comuna de París de izquierdas, controlada por los *sans-culotte*, fue lo que motivó el deseo de los girondinos de proteger las conquistas de la revolución deteniendo el giro de ésta hacia la izquierda.

La brecha abierta en agosto respecto a la monarquía se hizo aún más profunda en septiembre, con la masacre en París de 1.400 presos (Schama,

**FIGURA 10.2 La polarización**

1989: 630-637). Robespierre interpretó impertérrito el acontecimiento como «un movimiento popular, y no un disturbio sedicioso, como ridículamente se lo ha visto» (citado en Higonnet, 1998: 38). La partición se hizo irrevocable con el arresto, la condena y la ejecución del rey, a pesar de la objeción de los girondinos, en diciembre y enero (Patrick, 1972: 39, cap. 4). Aunque estaban de acuerdo con la culpabilidad del rey, muchos girondinos dudaban de que la Convención tuviera poderes para juzgarlo, cuando dos tercios apoyaban una «consulta popular» para decidir sobre la sentencia y el 70 por ciento había votado a favor del perdón, contra el 95 por ciento de la Montaña, que había votado a favor de la ejecución (para datos precisos sobre las votaciones, véase Patrick, 1972: 78, 93, 96).

Los argumentos de los girondinos a favor de un referéndum y en contra de la ejecución estaban constitucionalmente fundados y eran políticamente prudentes. Pero, dada la creciente tensión en las provincias, dadas las derrotas y las deserciones del ejército y la casi suspensión del abastecimiento de grano a las ciudades, los llamamientos de los girondinos a la legalidad y a la moderación eran susceptibles de ser enmarcados por sus oponentes como derrotistas, si no de hecho traidores. En un París repleto de agitadores callejeros en las esquinas y periodistas sensacionalistas, sus pretensiones «apenas si alcanzaban el entusiasmo revolucionario del que la República tenía que obtener su fuerza motriz si quería sobrevivir» (Patrick, 1972: 72). La polarización surgió de las interpretaciones diferentes de los acontecimientos revolucionarios que estaba experimentando Francia.

La fuerza motriz del entusiasmo revolucionario iba cada vez más ligada a la política de los jacobinos: misiones para reprimir las revueltas provinciales, medidas económicas radicales para controlar las ciudades

y el abastecimiento de las ciudades (al empeorar la guerra en las fronteras), sonoras denuncias de aristócratas y traidores. El partido dudaba al principio sobre si hacer la guerra a los vecinos de Francia. También comenzó siendo económicamente liberal. Pero al volverse desesperada la situación militar y desfallecer la economía, Robespierre y sus colegas se volvieron cada vez más militantes. La presión del frente provocó una *levée en masse* y medidas punitivas contra los oficiales reticentes. Las rebeliones en las provincias llevaron a una salvaje represión y a sospechar del federalismo. La depresión económica, por último, inspiró medidas de control de los precios y los abastecimientos que requerían un potente aparato de estado, así como la represión de los especuladores y los acaparadores. La guerra, las rebeliones y la coerción económica llevó a identificar a los oponentes con los extranjeros, los traidores, los especuladores y los acaparadores.

Las políticas jacobinas encontraron su base entre las masas en el reivindicativo y agresivo grupo de asambleas de la Sección Parisina. A pesar de constituir una pequeña minoría, en el mejor de los casos, cuando se las estimulaba con la propaganda adecuada y recibían el apoyo de aliados dentro de la Convención, esas secciones eran capaces de movilizar a barrios enteros, sobre todo en los *quartiers* pobres del norte y el este de la ciudad. En agosto, habían sacado a miles de personas a la calle para derrocar la monarquía. En enero y febrero de 1793, concentraron su rabia en la ejecución del rey. En marzo se produjeron enfrentamientos generalizados por la comida y ataques a grupos de girondinos. Tales conflictos acarrearón la vuelta al control del mercado de grano y un cambio en el enfoque económico de los jacobinos, que se acercaron a los radicales *enragés* que animaban a las secciones.

Al salir de la primavera y entrar en el verano, las secciones se volvieron más militantes (Higonnet, 1998: 55). Para finales de mayo se sentían suficientemente fuertes como para tomar la Comuna, y el 2 de junio rodearon la Convención y pidieron la expulsión y el arresto de los líderes girondinos. Después de dudarlo, los asustados diputados de la Llanura se sumaron a los de la Montaña para expulsar a 39 líderes girondinos. Algunos escaparon, para fomentar la rebelión en unas provincias ya intranquilas; otros fueron sometidos a arresto domiciliario; la mayoría de ellos fueron ejecutados pocos meses después. Fueron víctimas del sistema de terror organizado que se convertiría en el gobierno efectivo de Francia al año siguiente.

Lo sorprendente de todo este sangriento episodio es la gran cantidad de interacción que dio origen a los actores que más tarde se entenderían como si hubieran estado presentes desde el principio. Guenniffey escribe:

En realidad, el jacobinismo no fue nunca un partido, ni siquiera una facción. Formaba un espacio en el que luchaban partidos y facciones por reclamar la legitimidad que tal espacio representaba y, una vez legitimados, perseguir sus propios fines particulares y diversos. El jacobinismo no era una pieza más del tablero revolucionario. Era el tablero mismo, el escenario en el que se representó la obra de la Revolución hasta 1794 (Guenniffey, 2000: 220).

Aunque el término *Montagne* se acuñó en octubre de 1791, «los *montagnards* sólo llegaron a ser significativos cuando se enfrentaron a la Gironda y a sus ataques en el otoño de 1792» (Soboul, 1980: 7). Después, «lograron cohesionarse en torno a la implacable decisión de juzgar, condenar y ejecutar al rey» (Lewis-Beck et al., 1998: 531) y se fueron volviendo cada vez más radicales a lo largo de los seis meses siguientes. A pesar de no constituir nunca más que una minoría dentro de la Convención, el radicalismo de la Montaña aumentó en respuesta a la reacción moderada de los girondinos ante el arresto del rey, a la situación desesperada de las fronteras y de las provincias y a las demandas de unas secciones cada vez más estridentes. Su éxito, en última instancia, no se derivó del control de los instrumentos del terror —para eso habría que esperar a la derrota de sus enemigos. Dependió de su habilidad para convencer, convertir y coartar a un número suficiente de los diputados no comprometidos de la Llanura —y no siempre a los mismos en absoluto— para que votaran en el mismo sentido que ellos (Lewis-Beck et al., 1988: 530). La polarización surgió de la formación de categorías, de la corredería y de la competencia. Esos mecanismos, a su vez, respondían a una espiral de oportunidades y amenazas regida por la carestía, la desertión y la invasión extranjera.

¿Y qué ocurre con los girondinos? Si la identidad de los *montagnards* cristalizó en respuesta a la coyuntura internacional y provincial y a los movimientos de las multitudes a comienzos de 1793, no está claro que los girondinos tuvieran identidad alguna hasta que se convirtieron en víctimas de la Revolución. Es cierto que las víctimas últimas votaron juntas en relación a numerosas cuestiones, pero tal cohesión distaba mucho de ser estricta. En seis importantes votaciones que han quedado registradas (cuatro de ellas relativas a la sentencia del rey), menos del 70 por ciento de los supuestos girondinos entraban dentro de la categoría de una derecha «coherente», sólo un 10 por ciento más que los miembros de la Llanura (Lewis-Beck et al., 1988: 531). Fue sólo según iba aproximándose el destino de los girondinos —con las votaciones sobre el enjuiciamiento de Marat, en abril, y sobre el restablecimiento del Comité de los Cuarenta, en mayo— cuando surgieron unas voces moderadas casi unánimes a partir de la categoría «girondino» (Lewis-Beck et al., 1988: 534). «El grupo», con-

cluía Sydenham, «se convirtió en una entidad sólo en el momento de su declive» (Sydenham, 1961: 176).

Aun cuando estaban en prisión o habían escapado a las provincias, la polarización continuó, ya que la persecución reportó dividendos políticos a los jacobinos, ahora dominantes. El Comité de Salud Pública, dirigido por los jacobinos, buscaba en principio un pacto que les permitiera salvar las apariencias (Sydenham, 1961: 21). Pero, según la situación militar seguía degenerando y la revueltas iban en aumento en las provincias, las acusaciones del Comité fueron endureciéndose y el número de acusados fue creciendo. Se arrestó a 75 diputados más, y a los 21 originales se los ejecutó a finales de octubre (Sydenham, 1961: 28).

La polarización entre los *montagnards* y los girondinos fue el resultado de toda una serie de mecanismos en concatenación:

- la competencia, cuando unos y sus oponentes pujaban por captar aliados entre los diputados no comprometidos de la Llanura;
- las espirales de oportunidades/amenazas que surgieron de la combinación del apoyo ofrecido a los jacobinos por las secciones y las amenazas de la sedición en las provincias y de los ataques del extranjero;
- la formación de categorías, cuando los *montagnards* formularon la identidad categorial de republicano en torno a sus propias creencias y excluyeron las de sus enemigos;
- la correduría, cuando los jacobinos mediaron entre los miembros dudosos de la Llanura, por un lado, y los salvajes ataques violentos de las calles que podrían haberlos alcanzado si no hubieran asumido su liderazgo.

Todos esos mecanismos se unieron el 2 de junio de 1793 cuando, rodeados por los militantes bien armados de la Sección y seguidos por una Llanura aterrorizada por las consecuencias que podían seguirse si no los condenaban, los jacobinos exigieron la expulsión y la exterminación de sus oponentes. La polarización de 1792-1793 fue el resultado, no de las divisiones temperamentales de los franceses o de la naturaleza misma de las revoluciones, sino de la dinámica de la contienda.

Los contendientes de las comunidades de las Molucas

La Indonesia oceánica de finales del siglo XX puede que parezca una pobre compañera para la Francia hexagonal de finales del siglo XVIII, y así es.

Después de llamar la atención de Occidente por primera vez por el lucrativo comercio de especias, Indonesia tal y como la conocemos hoy fue creada por los holandeses en torno a Java, las Molucas¹ y el sur y el oeste de Sumatra entre 1850 y 1910. No apareció movimiento nacionalista indígena alguno hasta 1930, cuando Sukarno se convirtió en su líder ampliamente reconocido. La ocupación japonesa durante la Segunda Guerra Mundial aumentó el sentimiento nacionalista, así como el prestigio de Sukarno (Kahin, 1952). Al final de la guerra, el país aparecía como una versión extrema de nuevo estado heterogéneo creado por el colonialismo, compuesto, literalmente, por miles de islas, con un amplio abanico de lenguas y dividido entre varias versiones del islam, enclaves animistas en el campo y un 15 por ciento de minoría cristiana. A pesar de eso, no aparecieron movimientos separatistas serios hasta el final de la era Suharto, a excepción de los que lo hicieron en las Molucas cristianas.

Como presidente, Sukarno mantuvo unido el país gracias a su carisma, su prestigio internacional en el Tercer Mundo y una actuación que perseguía un delicado equilibrio. Una parte de esa actuación en pos del equilibrio consistía en tener a mano al ejército; otra parte, en mantener en el juego al poderoso Partido Comunista (PKI), una estrategia que le granjeaba el apoyo de chinos y soviéticos, pero irritaba a los militares y asustaba tanto a los líderes musulmanes internos como a las potencias occidentales externas. Todas esas presiones convergieron sobre Sukarno con el golpe militar y las masacres masivas de 1965, en las que cientos de miles de personas fueron asesinadas bajo pretexto de la purificación religiosa del comunismo y con las que quedó establecido el «Nuevo Orden» del general Suharto (Anderson, 1966).

El régimen cleptocrático de Suharto duró más de tres décadas. Alimentado por el petróleo y las reservas de gas natural, por la energía empresarial de la minoría china en el interior y por el patrocinio de las potencias occidentales en el exterior, éste se apoyaba en el poder militar, en un partido gobernante de mera fachada, el Golkar, y en el creciente mercado mundial de productos de producción barata del sudeste asiático y de petróleo, cada vez más lucrativo (Sidel, 1998: 160). En el proceso, el régimen se volvió famosamente corrupto y peligrosamente ineficiente. Para la década de 1990, el ejército que se había hecho con el poder en los años de 1960 había degenerado en un imperio comercial y su energía marcial se había agotado con la ocupación de Timor Oriental. Cada uno de los mandos militares tenía su propio negocio y su red de extorsión (Kammen, 1999). El

1. Tenemos que expresar nuestro agradecimiento a Gerry Van Klinken, de cuyo artículo no publicado «Las guerras de las Molucas en 1999» hemos extraído gran cantidad de información para esta discusión.

poder de Suharto provenía en parte del comercio internacional, en parte de los monopolios locales y en parte de las comisiones sobre casi todas las inversiones extranjeras. Su reinado terminó abruptamente con la crisis financiera asiática de mediados de los años de 1990 (Sidel, 1998: 162-165).

Dicha crisis fue severa en toda Asia, pero golpeó con especial dureza a Indonesia porque coincidió con una crisis política. Como consecuencia, se hundieron numerosos negocios, se desataron disturbios incontrolados en las calles de Yakarta y se iniciaron las luchas entre comunidades en las provincias remotas. La violencia comenzó en la misma Yakarta y se extendió de los estudiantes a la «masa». Rápidamente, tomó como objetivo los negocios y las instituciones de los chinos (Siegel, 1998). Desde allí se extendió a todo el archipiélago (Robinson, 1998; Rutherford, 1999; Van Klinken, de próxima publicación) y reavivó antiguos fuegos —como la insurgencia de Timor Oriental, que ya duraba 25 años— y encendió otros nuevos, como el de las Molucas. Desde finales de 1998 hasta principios del 2000, se desataron oleadas de luchas entre los cristianos y los musulmanes de ese reguero de islas, y las estimaciones más optimistas calculan que entre 3.000 y 4.000 personas murieron y entre 123.000 y 370.000 se vieron desplazadas por la violencia, el miedo y la intimidación (Van Klinken, de próxima publicación: 3).

Gran parte de la violencia de las Molucas la protagonizaron pandillas de jóvenes, tanto en Ambon, la capital de la provincia, como en el campo. Pero también se acusó a las élites locales, afincadas en Yakarta, de ser protagonistas del conflicto, de aprovecharse del vacío de poder que se produjo en la capital para obtener ventajas a nivel local y de defender a sus respectivos grupos religiosos de lo que se afirmaba que eran los ataques de los demás. Entre los actores externos se cuentan los guerreros islámicos que acudieron desde Java para ayudar a sus correligionarios y los secuaces cristianos que habían perdido la batalla contra sus competidores musulmanes en Yakarta y que venían a casa a traer la pólvora para sus hermanos. Pero las bandas de secuaces cristianos fueron las responsables de gran parte de la peor violencia, e incluso las unidades enviadas para restaurar el orden estuvieron implicadas, «ya que las fuerzas armadas reproducían la misma división en facciones que se apreciaba en la sociedad» (Van Klinken, de próxima publicación: 33).

Resultaba fácil ver los orígenes del conflicto en la alta tasa de desempleo y de desintegración social, los conflictos étnicos y centro-periferia, las tensiones entre comunidades y la rivalidad entre localidades. Las Molucas urbanas tenían una proporción excepcionalmente alta de jóvenes a fines de la década de 1990, junto con una alta tasa de desempleo. Los conflictos entre el centro y la periferia heredados del Nuevo Orden resultaron exacerbados por el hundimiento del sistema de patronazgo del Golkar tras la caída de

Suharto. Una alta tasa de inmigración de musulmanes y la invasión por parte de éstos del provechoso sector funcional amenzaba la posición antes privilegiada de los cristianos en la región. Es posible estructurar una explicación creíble para el argumento de que el conflicto de las Molucas representaba «el resurgimiento de un [...] patrón político que era anterior a la llegada del estado moderno centralizado, un patrón que se caracterizaba por la existencia de numerosos pequeños centros de poder con bases muy locales» (Van Kinken, de próxima publicación: 18).

Los lectores que nos han seguido hasta aquí adivinarán que, más que investigar las causas estructurales de la contienda, lo que nosotros buscamos son los mecanismos y los procesos que desencadenaron su inicio, crearon los objetos de disputa, formaron las alineaciones y polarizaron a los contendientes. En una región en la que la mayoría de las instituciones sociales guardan relación con la Iglesia, el proceso de movilización se vio apoyado por muchos de los mecanismos que ya nos son familiares. Por ejemplo, tomemos en consideración la apropiación social, uno de los primeros mecanismos que delineamos. Las organizaciones religiosas de la comunidad eran las únicas que no habían sido completamente corporativizadas por el Nuevo Orden, y se convirtieron en refugio para la articulación de cualquier tipo de interés: económico, étnico, etcétera. Ésa es la razón por la cual se convirtieron en centros de movilización cuando el régimen se hundió.

Aquí nos centraremos en el proceso de la polarización, apoyado —igual que en la Francia revolucionaria— por las espirales de oportunidades/amenazas, por la competencia, por la formación de categorías y por la corredería:

Espirales de oportunidades/amenazas: Cuando, en octubre de 1998, se desencadenó el enfrentamiento entre cristianos y musulmanes en Yakarta, en las lejanas Molucas se produjo una reacción casi inmediata. Los jóvenes cristianos que simpatizaban con las víctimas de los disturbios de Yakarta atacaron mezquitas y tiendas, pero también edificaron sus ataques como una defensa contra los «recién llegados» musulmanes. Los antiguos políticos del Golkar aprovecharon pronto las oportunidades que ofrecía el hundimiento de la autoridad para reclutar a defensores en nombre de la comunidad.

La amenaza musulmana la encarnaba el sentimiento entre los cristianos de que el gobernador musulmán Saleh Latuconsina estaba llenando los puestos de funcionario, predominantemente cristianos, de musulmanes. En octubre de 1998, justo antes de que dieran comienzo los enfrentamientos, un panfleto anónimo afirmaba que el gobernador planeaba reemplazar la totalidad de los 38 funcionarios superiores por musulmanes

(Van Klinken, de próxima publicación: 22). Muchos piensan que ése fue el desencadenante de la totalidad del episodio violento.

Competencia: La competencia electoral fue uno de los desencadenantes de las luchas. Bajo el Nuevo Orden, las Molucas habían sido un coto del Golkar, que regularmente ganaba con mayorías de hasta el 70 por ciento del electorado. La caída de Suharto en 1998 provocó la dispersión de las élites políticas locales y las llevó a buscar desesperadamente, por todas partes, fuentes de apoyo locales. Así dio comienzo una espiral de competencia política que, en ausencia de unas líneas divisorias confrontacionales legítimas, pronto recurrió a la religión como fuente de alineamientos electorales (Van Klinken, de próxima publicación: 26).

Formación de categorías: Los cristianos y los musulmanes de las Molucas entraron en el periodo divididos en categorías claramente definidas. Mientras que el norte de las Molucas es musulmán en sus dos tercios, la ciudad de Ambon, la capital, es protestante en sus tres quintas partes (citado por Van Klinken a partir del censo de 1971: 15). Algunos pueblos presentan tal segregación que incluso las fuentes son cristianas o musulmanas. La desigualdad categórica está muy marcada en las profesiones, con unos asentamientos fuertemente protestantes bien instalados en el funcionariado y unos asentamientos fuertemente musulmanes concentrados en el sector privado. Las líneas de separación entre las categorías se volvieron más profundas cuando la extensión del conflicto expulsó a cristianos y musulmanes de sus áreas de residencia, a veces por miedo. Para enero del 2000, escribe Van Klinken, «toda la isla de Ambon estaba [...] segregada en áreas blancas (musulmanas) y rojas (cristianas), con soldados fuertemente armados que vigilaban los puntos de paso». Los luchadores de cada bando llevaban cintas de colores que los identificaban como musulmanes o cristianos y que recuerdan más a los colores de un partido político que a los de una religión.

Correduría: Grupos religiosos e indígenas, los contendientes por los empleos burocráticos, los jóvenes en paro, los notables de los pueblos, los pandilleros cristianos de Yakarta y los militantes musulmanes de otras partes de Java. En un tiempo asombrosamente corto, todos ellos se unieron en coaliciones poco firmes creadas dentro del marco de la religión por la acción de operadores políticos, algunos de ellos vinculados al mundo de la clan-destinidad. Una vez que el conflicto quedó militarizado y las tropas separaron a los grupos en competencia, incluso los cristianos y los musulmanes que vivían antes juntos fueron físicamente separados y se vieron forzados a remodelar sus vidas respetando las líneas de separación de las comunidades. Como en la Francia revolucionaria, la polarización en las guerras de las Molucas de 1999 fue producto de las espirales de oportunidades/amenazas, la formación de categorías, la competencia y la correduría.

EL CAMBIO DE ESCALA

El último proceso que abordamos es el del *cambio de escala*. Por cambio de escala entendemos un cambio en el número y en el nivel de las acciones contenciosas coordinadas que conduce a una contienda más generalizada que incluye un abanico más amplio de actores y que sirve de puente entre sus diversas reivindicaciones e identidades (no nos ocupamos aquí del cambio a una escala menor, mediante el cual unas acciones contenciosas coordinadas y generalizadas se fragmentan; éste implica mecanismos similares en concatenaciones diferentes). La gran mayoría de acciones contenciosas nunca superan el contexto local, categorial o institucional en el que primero aparecen. Pero en los principales episodios de contienda política, casi por definición, debe existir al menos un cierto grado de cambio de escala. En todos nuestros casos, podemos apreciar que hay nuevos incidentes que siguen al estallido de la contienda; nuevos actores que se adhieren a formas de conflicto aventuradas por sus predecesores; reivindicaciones e identidades más generales que cristalizan a partir de las interacciones que se dan entre los contendientes.

Consideremos los dos casos siguientes, tomados al azar de entre nuestro abanico de episodios: el «gran miedo» de amplios sectores de la población de las provincias de Francia después de los acontecimientos de julio de 1789 en París —un pánico bien extendido que incluye historias de merodeadores al acecho— y la adopción y la diseminación de la juramentación radical como herramienta para el compromiso y la movilización durante la revuelta Mau Mau de Kenia. Nuestro reto consiste en examinar de qué forma los mecanismos y los procesos que caracterizan a la contienda en una determinada escala la hacen cambiar a una nueva escala y si, por ejemplo, el mismo tipo de mecanismos que rigen el cambio de escala del nivel local al nivel nacional aparecen también en la contienda transnacional.

Muchos de nuestros mecanismos actúan como puente entre diferentes niveles. La innovación táctica se produce en la escala local pero, cuando arraiga, va seguida de la difusión a una escala mayor. La certificación produce a veces cambios en grupos reducidos, tanto como en países enteros. La democratización, por el contrario, depende por definición de la presencia de un gobierno y un sistema político y, por lo tanto, pertenece a escalas que van desde la comunidad a regiones enteras del mundo. Aunque los escritores nacionalistas pueden incubar sus ideologías en su mente, como movimiento, el nacionalismo requiere una escala mayor.

Los grandes episodios de contienda no sólo extienden el conflicto de un lugar a otro, sino que cuando varía la escala de la contienda y el espectro

de actores extiende el sentido de ésta a los participantes, cambian los oponentes y las terceras partes. Recuérdese el movimiento Solidaridad en Polonia en 1981. Empezó como una huelga en el astillero Lenin de Gdansk y se extendió a todas las plantas de la costa báltica. Al extenderse, la solidaridad entre grupos de trabajadores se convirtió en el símbolo y la clave del éxito del movimiento. El cambio de escala no sólo extiende el conflicto, sino que crea nuevos marcos en torno a los cuales se organiza el conflicto y eleva las apuestas del juego.

Consideramos que el cambio de escala es un proceso sólido que consta de dos vías diferentes a veces ligadas entre sí: la vía que podemos denominar de difusión/emulación y una vía de creación de corredurías/coaliciones. Ambas vías conducen a un cambio de escala a través de un mecanismo común que nosotros llamamos atribución de similitud. La figura 10.3 representa los dos procesos juntos.

La *difusión* implica la transferencia de información por las líneas establecidas de interacción, mientras que la *correduría* implica la vinculación de dos o más enclaves sociales antes desconectados. Ambos mecanismos operan en todo un número de nuestros casos. Así, por ejemplo, en la diseminación de los Mau Mau por Kenia aparecen claramente tanto la difusión como la correduría. Aquí, sin embargo, prestaremos atención a una significativa diferencia en el patrón que siguen la contienda y la diseminación de ésta en función de si es la difusión o es la correduría el mecanismo que tiende a predominar en la mediación. La contienda que se extiende principalmente por medio de la difusión se mantendrá siempre dentro de una escala geográfica y/o institucional más restringida que la que se extiende mediante la correduría. ¿Por qué? Porque no trascenderá las líneas de interacción típicamente segmentadas que caracterizan la vida social. Así pues, por ejemplo, el primer caso de juramentación radical en Olenguruone y en su entorno inmediato parece que se diseminó por medio de la difusión. La campaña más general de juramentos radicales que precedió a la declaración del estado de emergencia implicó la correduría, además de la difusión. La correduría y la formación de coaliciones unió a actores previamente segmentados en un conflicto en proceso de expansión.

A pesar de que la difusión y la correduría son mecanismos diferentes, ambos operan por medio de dos mecanismos adicionales que aparecen en la figura 10.3. El primero, la *atribución de similitud*, lo definimos como «la identificación mutua de actores de diferentes enclaves como suficientemente similares entre sí para justificar la acción conjunta». Este mecanismo es el que hace tiempo que los estudiosos de la difusión subrayan como el mediador entre la información y la adopción (Strang y Meyer, 1993; McAdam y Rucht, 1993). La idea es bastante simple. La información por sí sola no llevará a nadie a adoptar una nueva idea, un nuevo

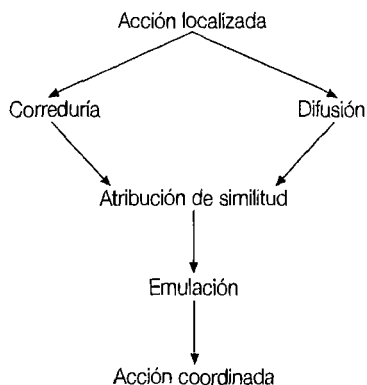


FIGURA 10.3 Cambio de escala

objeto cultural o una nueva práctica de comportamiento. Tal cosa, por su parte, depende de que exista al menos una mínima identificación entre el innovador y el que realiza la adopción.

¿Cuáles son los factores que hacen más probable que se dé tal identificación? Ésta es consecuencia, en primer lugar, de intentos deliberados por parte de los aspirantes a corredores de enmarcar las reivindicaciones y las identidades de distintos actores como algo suficientemente similar para justificar la formación de una coalición. Esos intentos deliberados de correduría se aprecian continuamente en la contienda política: en la formación de una coalición clerical-monárquica-regionalista contra París en la revuelta de La Vendée en Francia en 1793; en la campaña electoral de Fremont-Hombre Libre-Suelo Libre de los republicanos en 1856, en la Norteamérica de antes de la Guerra Civil; en la invención de la categoría compuesta de «gente de color» para vincular a los afroamericanos con los latinos en los Estados Unidos. Los emprendedores dentro de los movimientos que desean incrementar su atractivo para grupos dispares o previamente desconectados trabajan constantemente para encontrar paralelismos entre el grupo al que representan y los objetivos sobre los que intentan influir.

La atribución de similitud no tiene por qué ser un proceso estratégico y deliberado. Un segundo factor que incita a la identificación entre diferentes actores es el concepto de «equivalencia institucional» de Strang y Meyer (1993). Dichos autores subrayan la tendencia de los políticos de dominios institucionales particulares (p. ej.: planificación urbana) a identificarse con sus homólogos de otros países, lo que facilita la diseminación de las innovaciones en política. En la historia de la contienda política,

de actores extiende el sentido de ésta a los participantes, cambian los oponentes y las terceras partes. Recuérdese el movimiento Solidaridad en Polonia en 1981. Empezó como una huelga en el astillero Lenin de Gdansk y se extendió a todas las plantas de la costa báltica. Al extenderse, la solidaridad entre grupos de trabajadores se convirtió en el símbolo y la clave del éxito del movimiento. El cambio de escala no sólo extiende el conflicto, sino que crea nuevos marcos en torno a los cuales se organiza el conflicto y eleva las apuestas del juego.

Consideramos que el cambio de escala es un proceso sólido que consta de dos vías diferentes a veces ligadas entre sí: la vía que podemos denominar de difusión/emulación y una vía de creación de corredurías/coaliciones. Ambas vías conducen a un cambio de escala a través de un mecanismo común que nosotros llamamos atribución de similitud. La figura 10.3 representa los dos procesos juntos.

La *difusión* implica la transferencia de información por las líneas establecidas de interacción, mientras que la *correduría* implica la vinculación de dos o más enclaves sociales antes desconectados. Ambos mecanismos operan en todo un número de nuestros casos. Así, por ejemplo, en la diseminación de los Mau Mau por Kenia aparecen claramente tanto la difusión como la correduría. Aquí, sin embargo, prestaremos atención a una significativa diferencia en el patrón que siguen la contienda y la diseminación de ésta en función de si es la difusión o es la correduría el mecanismo que tiende a predominar en la mediación. La contienda que se extiende principalmente por medio de la difusión se mantendrá siempre dentro de una escala geográfica y/o institucional más restringida que la que se extiende mediante la correduría. ¿Por qué? Porque no trascenderá las líneas de interacción típicamente segmentadas que caracterizan la vida social. Así pues, por ejemplo, el primer caso de juramentación radical en Olenguruone y en su entorno inmediato parece que se diseminó por medio de la difusión. La campaña más general de juramentos radicales que precedió a la declaración del estado de emergencia implicó la correduría, además de la difusión. La correduría y la formación de coaliciones unió a actores previamente segmentados en un conflicto en proceso de expansión.

A pesar de que la difusión y la correduría son mecanismos diferentes, ambos operan por medio de dos mecanismos adicionales que aparecen en la figura 10.3. El primero, la *atribución de similitud*, lo definimos como «la identificación mutua de actores de diferentes enclaves como suficientemente similares entre sí para justificar la acción conjunta». Este mecanismo es el que hace tiempo que los estudiosos de la difusión subrayan como el mediador entre la información y la adopción (Strang y Meyer, 1993; McAdam y Rucht, 1993). La idea es bastante simple. La información por sí sola no llevará a nadie a adoptar una nueva idea, un nuevo

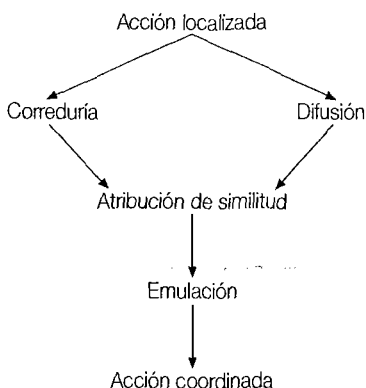


FIGURA 10.3 Cambio de escala

objeto cultural o una nueva práctica de comportamiento. Tal cosa, por su parte, depende de que exista al menos una mínima identificación entre el innovador y el que realiza la adopción.

¿Cuáles son los factores que hacen más probable que se dé tal identificación? Ésta es consecuencia, en primer lugar, de intentos deliberados por parte de los aspirantes a corredores de enmarcar las reivindicaciones y las identidades de distintos actores como algo suficientemente similar para justificar la formación de una coalición. Esos intentos deliberados de correduría se aprecian continuamente en la contienda política: en la formación de una coalición clerical-monárquica-regionalista contra París en la revuelta de La Vendée en Francia en 1793; en la campaña electoral de Fremont-Hombre Libre-Suelo Libre de los republicanos en 1856, en la Norteamérica de antes de la Guerra Civil; en la invención de la categoría compuesta de «gente de color» para vincular a los afroamericanos con los latinos en los Estados Unidos. Los emprendedores dentro de los movimientos que desean incrementar su atractivo para grupos dispares o previamente desconectados trabajan constantemente para encontrar paralelismos entre el grupo al que representan y los objetivos sobre los que intentan influir.

La atribución de similitud no tiene por qué ser un proceso estratégico y deliberado. Un segundo factor que incita a la identificación entre diferentes actores es el concepto de «equivalencia institucional» de Strang y Meyer (1993). Dichos autores subrayan la tendencia de los políticos de dominios institucionales particulares (p. ej.: planificación urbana) a identificarse con sus homólogos de otros países, lo que facilita la diseminación de las innovaciones en política. En la historia de la contienda política,

apreciamos equivalencia institucional en el efecto canalizador de la producción en serie sobre la acción industrial. Los trabajadores de las unidades de producción en serie con unas relaciones similares con la dirección encontrarán más fácil unir sus luchas con las de otros que se encuentran en una situación similar que, por ejemplo, con los trabajadores manuales que trabajan en talleres aislados. Otro factor presente en la atribución de similitud es que, a menudo, en el desarrollo de actuaciones colectivas específicas se revelan unas reivindicaciones similares. La equivalencia institucional y la similitud revelada se unieron en la veloz difusión de las acciones colectivas por todos los regímenes de estado socialista constituidos de la Europa oriental en 1989.

El último mecanismo que media en el cambio de escala es la *emulación*: «acción colectiva modelada a imagen de las acciones de otros». Aunque se trata de un mecanismo directo, su inclusión en la figura 10.3 subraya un punto importante. La conciencia de las acciones previas, ni siquiera cuando existe una fuerte identificación con el actor de éstas, no garantiza una acción emuladora por parte del grupo observador. A veces, los grupos conocen y se identifican fuertemente con una acción contenciosa de otro grupo y, no obstante, se abstienen de llevar a cabo una acción emuladora por miedo o por el sensato deseo de comprobar la reacción de las autoridades antes de actuar. La acción emuladora constituye en sí misma un logro significativo y, por lo tanto, es correcto describirla como un mecanismo distinto de los demás.

Aunque la difusión y la correduría a menudo aparecen combinados en los grandes episodios, existen significativas diferencias en el carácter del cambio de escala en función de cuál de los dos mecanismos sea el que predomine como desencadenante. La contienda que se extiende por medio principalmente de la difusión puede que sea violenta y enérgica (como los disturbios de la década de 1960 en los ghettos de los Estados Unidos), pero casi siempre tendrá menor alcance y será menos general que la contienda que se extiende mediante la correduría. ¿Por qué? Porque a la vía de la difusión le costará trascender las líneas típicamente segmentadas de interacción que caracterizan la vida social. La correduría, por definición, une a diversos actores con marcos y formas de acción que atraviesan esas líneas segmentadas.

Siguiendo con la misma línea de razonamiento, la difusión será más habitual que la correduría en la extensión de la contienda. Más habitual porque los actores que se encuentran conectados mediante las líneas establecidas de interacción es probable que ya se atribuyan una determinada similitud, y todavía más habitual porque la difusión requiere una inversión mucho menor de tiempo, de iniciativa y de transformación de marcos que la correduría. De ahí se sigue que la correduría, aunque menos ha-

bitual que la difusión, es posible que tenga mayores consecuencias en su impacto sobre los episodios de contienda. En la medida en que los lazos creados por medio de la correduría contribuyen a que grupos previamente desconectados se contemplen a sí mismos como similares entre sí, la contienda puede extenderse con rapidez más allá de las estrechas fronteras geográficas, institucionales y/o categoriales y producir unas nuevas identidades que son más duraderas que los incidentes que las originan.

Para tomar tan sólo un caso bien conocido de eso, gracias a la correduría de toda una serie de vínculos entre el movimiento por los derechos civiles del sur y los campus de los colegios universitarios blancos del norte, el proyecto Verano por la Libertad de 1964 puso en marcha una significativa «revolución más allá de la raza», al incitar a muchos grupos aparentemente dispares (p. ej.: estudiantes universitarios blancos, mujeres, hispanos y, en última instancia, también gays y lesbianas, etcétera) a identificarse con la Norteamérica negra y a aprender de ella.

El cambio de escala de los estudiantes

La vía de la difusión y la de la correduría se unieron como si de una atracción eléctrica se tratase, aunque fuera de una forma imperfecta, en el proceso de cambio de escala de los movimientos estudiantiles de finales de los años de 1960. Es evidente que hubo difusión y emulación, dada la casi simultaneidad del movimiento en muchas universidades y países, así como el uso de símbolos y formas de acción similares. Pero hubo, además, correduría.

Vimos en el capítulo 2 cómo el movimiento estudiantil italiano se organizó por medio de una serie de ocupaciones locales de facultades en el invierno y la primavera de 1967-1968. El localismo no fue una barrera para la diseminación del movimiento. Éste se produjo de manera casi simultánea en Milán y en Trento, en Pisa y en Florencia, en Roma y en Nápoles. Cuando finalizaron las ocupaciones, los entusiastas veteranos se fueron a casa de vacaciones y esparcieron su mensaje entre los hermanos y hermanas más jóvenes, que imitaron a los mayores en los institutos. La correduría no fue tan sólo vertical. Cuando terminó el año académico, los grupos de estudiantes que habían organizado los grupos de votación en las asambleas de ocupación fueron a establecer contacto con almas gemelas en otras universidades y llevaron su movimiento a otros sectores —por ejemplo, los suburbios de la periferia urbana. Lo que empezaron siendo redes locales de grupos dentro de las universidades se convirtieron en todo un conjunto de organizaciones extraparlamentarias nacionales, cada una de ellas con sus propios estatutos, sus sucursales locales, su periódico,

su forma característica de acción y sus *servizi d'ordine* (cuerpos paramilitares de vigilantes de manifestaciones).

Cuando los estudiantes empezaron a organizarse a escala nacional, el marco pasó de la cuestión local de la reforma de la universidad a convertirse en un desafío más general a las autoridades universitarias y a la sociedad de consumo y en ataques al régimen político. En ningún otro lugar el giro tuvo un carácter tan marcado como en la Francia de mayo de 1968, cuando, gracias a la dureza de la policía francesa, una disputa local entre los estudiantes y los administradores de la nueva Universidad de Nanterre electrizó a los estudiantes de todo el país y desencadenó una huelga de la clase trabajadora que paralizó la economía.

El cambio de escala fue también transnacional. Los jóvenes alemanes que habían estudiado en los Estados Unidos volvieron a su país con emocionantes noticias sobre las revueltas de estudiantes en Columbia y Berkeley (McAdam y Rucht, 1993). Los jóvenes comunistas franceses que habían estado en Italia intentaron agitar un imperturbable PCF con las reformas que estaban animando su partido hermano al mismo tiempo. Los italianos que estudiaban en Frankfurt volvieron a casa gritando los mensajes de Adorno y Marcuse. Esos candidatos a corredores nunca lograron construir una coalición estudiantil transnacional, pero difundieron la energía y las tácticas del movimiento estudiantil norteamericano a la Europa occidental y, dentro de Europa, contribuyeron a crear una nueva identidad política estudiantil.

El cambio de escala entre países se ve normalmente impedido por la impermeabilidad de las fronteras, la resistencia de los gobiernos y la falta de confianza entre gentes de culturas distintas. Pero en el mundo de hoy puede que eso esté cambiando, ya que la difusión/emulación y la creación de coaliciones/correduría se combinan en la formación de movimientos sociales transnacionales. La televisión global, el aumento de la inmigración y el abaratamiento de los transportes aseguran que los movimientos que estallan en una parte del mundo se perciban con rapidez y se emulen en todas las demás partes. Se están construyendo deliberadamente nuevos tipos de alianzas en las áreas de los derechos humanos, el medioambiente y la causa de la mujer por parte de «redes de activistas transnacionales» (Keck y Sikkink, 1998). Tanto la difusión como la formación de coaliciones aparecen con frecuencia en la oposición a instituciones internacionales cada vez más poderosas como la Unión Europea, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio, que no sólo son objetivos de la contienda transnacional, sino también escenarios en los que puede darse la correduría (Tarrow, 2001).

El genocidio de Rwanda

El cambio de escala a menudo desempeña un papel significativo en la violencia colectiva. Ataques aislados a individuos o contra la propiedad sufren una escalada que da lugar a una destrucción extendida, al menos parcialmente coordinada, de escala regional o nacional. El genocidio de Rwanda en 1994 nos ofrece un escalofriante ejemplo (Des Forges et al., 1999; Grimshaw, 1999; Jones, 1995; Mamdani, 2001; Newbury y Newbury, 2000; Uvin, 1998). En julio de 1973, el oficial superior rwandés general Juvénal Habyarimana se hizo con el poder mediante un golpe relativamente poco cruento. Pronto estableció un régimen de partido único que duró dos décadas. Habyarimana, un hutu del noroeste, se enfrentaba a la oposición de fuerzas militares de base tutsi afincadas en Uganda y a lo largo de la frontera norte de Rwanda, así como a la de los líderes políticos hutu del sur.

Después de unas primeras incursiones tras la frontera, el Frente Patriótico de Rwanda, de base tutsi, lanzó una invasión desde el norte a finales de 1990. Fracasó, pero repitió el intento al año siguiente. La última ofensiva del FPR avanzaba, con los refugiados (principalmente hutu) por delante, según iba ocupando territorio rwandés. En respuesta, el régimen de Habyarimana fue respaldando cada vez más el programa, previamente rechazado, que proponía Poder Hutu. En 1990, fuera de las áreas controladas por el FPR, dieron comienzo las masacres de tutsi y de hutu acusados de colaborar con el FPR. Las fuerzas paramilitares del Gobierno y los escuadrones de la muerte de Poder Hutu, más autónomos, se encargaban de los asesinatos.

El 6 de abril de 1994, el avión del presidente Habyarimana estaba a punto de aterrizar en la capital rwandesa, Kigali, cuando alguien lo abatió con sofisticados misiles. En el atentado, no sólo falleció el presidente, sino también el jefe de personal del ejército de Rwanda, general Nsabimana, el presidente de Burundi, Cyprien Ntaryamira, y algunas otras figuras. Habyarimana y Ntaryamira regresaban de una reunión de jefes de estado africanos en Dar es Salaam, Tanzania, donde los participantes habían discutido (y, quizás, aprobado) la instauración de un gobierno de transición de base amplia en Rwanda. Tanto dentro como fuera de Rwanda, había un buen número de poderosos que tenían razones para oponerse a dicho acuerdo.

Con el asesinato de Habyarimana, en un día, dio comienzo una de las mayores masacres del siglo XX. Desde el principio, los militares y los activistas de Poder Hutu situaron entre sus objetivos no sólo a la minoría tutsi, sino también a sus rivales hutu más prominentes. Sin embargo, el cambio de escala se produjo cuando la participación en los asesinatos se extendió de unos especialistas bien establecidos a grandes cantidades de

civiles que nunca antes habían matado. «Al principio», en palabras de Alison Des Forges,

los asaltantes operaban por lo general en grupos reducidos y mataban a sus víctimas allí donde las encontraban: en sus casas, en la calle o en las barreras. Pero, ya el 7 de abril mismo, grupos más numerosos aprovecharon la oportunidad para realizar una matanza más intensiva, mientras que los tutsi —y algunos hutu— huían aterrorizados a las iglesias, las escuelas, los hospitales y las oficinas del Gobierno que les habían ofrecido refugio en el pasado. En el distrito de Gisenyi, en el noroeste, la milicia asesinó a unas 50 personas en el seminario de Nyundo, a 43 en la iglesia de Busogo y a unas 150 en la parroquia de Bursasamana (Des Forges et al., 1999: 209).

Las masacres continuaron de la misma forma, con un Interahamwe (los miembros de las milicias hutu creadas en origen por el presidente muerto, Habyarimana) especialmente activo a la hora de perseguir y asesinar a sus presuntos enemigos. Al final, cientos de miles de civiles participaron en las matanzas de tutsi y de los hutu acusados de alinearse con los tutsi. Diez días después de la muerte de Habyarimana, los ataques a los tutsi habían experimentado una escalada que los había hecho pasar de unos asesinatos esporádicos localizados a un baño de sangre nacional. El cambio de escala se produjo con rapidez, y con efectos devastadores.

El cambio de escala en Rwanda puso en conexión a los asesinos comprometidos con los miembros asustados de la población en general. Aunque unas milicias y unos activistas de Poder Hutu previamente desconectados constituyeron los eslabones clave entre los enclaves de los asesinatos,

cientos de miles de otras personas escogieron participar a regañadientes en el genocidio, alguno sólo bajo coacciones o por miedo de su propia vida. A diferencia de los fanáticos que nunca cuestionaron su elección inicial, esas personas tuvieron que decidir repetidamente si participaban o no participaban, y sopesar en cada ocasión el tipo de acción que se planteaba, la identidad de la víctima propuesta, la recompensa de participar y los costes de no participar. Como los ataques los incitaban o los ordenaban autoridades supuestamente legítimas, las personas recelosas lo tenían más fácil para cometer crímenes y para creer, o fingir que creían, que no habían hecho nada malo (Des Forges et al., 1999: 1-2).

La difusión y la correduría trabajaron juntos para producir esos resultados. La noticia de la muerte de Habyarimana y la temprana venganza contra los supuestos conspiradores se extendieron mediante redes interpersonales y gracias a los medios de comunicación —especialmente a través de la emisora de radio de Poder Hutu: Mille Collines. Alertadas, las

unidades de autodefensa que había creado el régimen de Habyarimana para resistir el avance del FPR pasaron a la acción. Lo mismo hicieron las redes conectadas de activistas de Poder Hutu. Sin embargo, más que ningún otro, las milicias del Interahamwe proporcionaron los corredores que conectaron las localidades entre sí y con el aparato asesino en general. Dichos corredores reforzaron la definición del FPR y de sus partidarios como una amenaza común, la definición de los patriotas hutu ordinarios como una población amenazada, la de la masacre como una respuesta aceptable, e incluso necesaria, y la del Gobierno como partidario de dar muerte a los traidores y a quienes no los asesinaran. Así pues, tanto la difusión como la correduría favorecieron la atribución de similitud en ambos bandos del conflicto, lo que, a su vez, favoreció la acción coordinada. El resultado fue el genocidio.

El cambio de escala es un proceso moderadamente complejo dentro del cual la importancia relativa de la difusión y la correduría varía, pero donde el paso por la atribución de similitud y la emulación produce regularmente la transición de una coordinación de la acción de escala local a una coordinación a gran escala. Igual que la constitución de actores y la polarización, el cambio de escala funciona de forma similar en toda la gama de contiendas políticas, aunque, en conjunción con otros mecanismos y procesos, puede producir cualquier resultado, desde una oleada de huelgas hasta una matanza. En este sentido, la constitución de actores, la polarización y el cambio de escala reúnen todos ellos las condiciones para ser considerados procesos sólidos.

REVISIÓN DE LAS CONDICIONES DE ALCANCE

Insistiremos en el estatus explicativo que atribuimos a ese tipo de procesos. No constituyen un modelo general de la contienda. Tampoco debería contemplárselos como unos modelos determinantes, ni siquiera para las características más restringidas de las contiendas a las que se aplican. Más bien, definen unas vías dinámicas comunes que dan forma a características particulares de la contienda. Así pues, la figura 10.1 (p. 352) delinea una vía dinámica común hacia la constitución de nuevos actores mediante la interacción contenciosa; la figura 10.2 (p. 359), la exacerbación de las líneas divisorias confrontacionales dentro de una trayectoria contenciosa; y la figura 10.3 (p. 369), un conjunto de mecanismos encadenados que muy a menudo median en la diseminación de la contienda, y así sucesivamente.

Todo eso deja sin responder una importante pregunta: ¿cuál es el alcance que atribuimos a esos marcos parciales? Aunque hemos insistido en la amplitud de nuestros casos, nuestra selección de episodios en realidad maximizaba la variación respecto a dos únicas dimensiones de la contienda, y mantenía muchas otras dimensiones constantes. Nuestro objetivo era maximizar la amplitud de la distribución geográfica y de la forma nominal del episodio (es decir, si se trata de un movimiento social, de una revolución o de un episodio de democratización). Sin embargo, con respecto a al menos tres dimensiones, queríamos mantener más o menos constantes las características más destacadas de la contienda. De un modo abrumador, nuestros casos han sido episodios *nacionales* de *contienda transgresiva* localizada de lleno en el *reino institucional* de la política. La decisión de reducir la variación respecto a esas tres dimensiones ha sido práctica y, dada de antemano la ambigüedad del alcance de nuestra empresa, creemos que ha sido también sensata. No obstante, eso deja en el aire cuál es el alcance efectivo de nuestro análisis. En esta sección discutiremos cada una de las condiciones de alcance en vistas a clarificar nuestras pretensiones explicativas. Nuestra pretensión: nuestro programa tiene un alcance más amplio incluso de lo que sugieren nuestros casos.

Escala: Nuestros casos han sido por lo general de escala nacional y han implicado conflictos cuya resolución afectaría a las relaciones sociales, políticas y económicas en toda la extensión territorial de las naciones en cuestión (incluso, como en el caso de la unificación italiana, cuando de lo que se trataba era del alcance de la autoridad nacional). Eso, evidentemente, no significa que el conflicto sea igualmente intenso en todas las regiones de la nación afectada. Aunque sus implicaciones fueran de importancia crítica para toda la nación filipina, la Revolución Amarilla se limitó abrumadoramente a la capital y sus alrededores. Lo mismo podría decirse del movimiento estudiantil chino de 1989. Aunque hubo otras protestas lideradas por los estudiantes en muchas otras ciudades chinas durante e inmediatamente después de la ocupación de la plaza de Tiananmen, Pekín seguía siendo el enclave de las acciones más significativas y de mayores consecuencias en el curso del episodio.

Los ejemplos, de hecho, ponen de manifiesto lo que queremos expresar respecto a la escala: la noción de una escala distintivamente *nacional* de la contienda es ilusoria. La contienda nacional puede ser abrumadoramente local en la localización de la acción (p. ej., en el caso de Tiananmen). Incluso en los casos en los que la acción se encuentra más dispersa geográficamente, la contienda nacional consiste en un agregado de conflictos locales. Así pues, lo que hace que un conflicto sea nacional no es la localización de la acción, sino las implicaciones sociales/políticas más amplias

de la lucha. Pero, como el nuestro es un programa para el estudio de la acción contenciosa o, más precisamente, de la interacción, debería ser de aplicación en cualquier lugar en que se produjera tal tipo de acción. Nuestra apuesta es que nuestro enfoque se aplica tanto a casos de conflictos en los que lo que está en juego es exclusivamente local, como a los tipos de episodios de significación nacional que hemos resaltado en este libro.

Contienda transgresiva vs. contienda contenida: Además de ser de escala «nacional», todos nuestros casos eran de la variedad transgresiva más que de la contenida. Es decir, todos implicaron la participación de actores políticos de nueva constitución y de formas de acción innovadoras. Pero, tal y como la definimos en el capítulo 2, la designación general de «contienda política» es aplicable tanto a la contienda transgresiva como a la contenida. Entonces, ¿por qué nos concentramos únicamente en la primera? En un sentido, la pregunta está mal enmarcada. La mayoría de nuestros casos se iniciaron como episodios de contienda contenida que, al final, evolucionaron hacia episodios transgresivos más amplios. Así pues, no hemos ignorado realmente la dinámica de la contienda contenida en nuestra selección de casos. Sin embargo, es cierto que nuestra muestra no incluye ejemplos de contienda exclusivamente contenida. La pregunta es: ¿nuestro enfoque habría funcionado también si lo hubiéramos aplicado a casos de ese tipo? Estamos convencidos de que sí.

Pensemos en el periodo de contienda contenida que precedió y ayudó a desencadenar la posterior fase transgresiva de la lucha por los derechos civiles en Norteamérica. Si limitamos nuestra atención a un periodo de 10 años después de la Segunda Guerra Mundial, queda claro que se está produciendo un significativo episodio de contienda, pero que todos los combatientes clave son actores políticos constituidos que utilizan medios de contienda bien establecidos. Nuestro enfoque explicativo debería aplicarse igual de bien a ese periodo de contienda más contenida.

El inicio de la Guerra Fría constituyó el proceso de cambio social clave que contribuyó a desencadenar el episodio. Por su parte, las organizaciones por los derechos civiles establecidas se dieron cuenta de la oportunidad estratégica que les brindaba la Guerra Fría. Al buscar un decidido paralelismo entre las políticas de Jim Crow y la supresión de las libertades en el bloque soviético, los líderes establecidos pretendían mover a la acción a un *establishment* federal reacio enmarcando la reforma de los derechos civiles como herramienta de la lucha norteamericana contra el comunismo. Ese esfuerzo retórico iba unido a un asalto legal a la segregación cada vez más enérgico, en el cual la NAACP asumió el liderazgo en la identificación y el seguimiento de casos diseñados para erosionar progresivamente los fundamentos legales de Jim Crow.

En ese contexto, los cargos del Gobierno empezaron a tratar el racismo doméstico como una amenaza para las relaciones exteriores de los Estados Unidos; las organizaciones pro derechos civiles resaltaron la cuestión; los políticos sureños reaccionaron a la amenaza con la movilización en nombre de los derechos de los estados; y el Tribunal Supremo de los Estados Unidos empezó a derogar las leyes que favorecían la segregación. Casi todas esas formas ya familiares de interacción tuvieron lugar en la zona de la contienda contenida, antes de que el movimiento por los derechos civiles tomara la forma más transgresiva que analizamos en el capítulo 2.

Incluso una lectura convencional como ésta de los orígenes del conflicto por los derechos civiles de los años de la posguerra debería servir para clarificar la cuestión. El proceso de movilización que delineamos en el capítulo 2 encaja bien con el tema. Unos procesos amplios de cambio social —sobre todo la Guerra Fría— desestabilizaron el sistema de política racial y desencadenaron procesos innovadores de interpretación y acciones innovadoras por parte de los tres conjuntos de actores constituidos que hemos considerado aquí. A su vez, cada nueva acción reforzaba el sentimiento compartido de incertidumbre en que se apoya la contienda, a la vez que inspiraba acciones de respuesta de las otras partes en el conflicto. El proceso iterativo e interactivo de la contienda había dado comienzo, y mucho antes de que los sucesos de Montgomery impulsaran a Martin Luther King jr. a concentrar la atención de toda la nación.

Los enclaves institucionales de la contienda: La última condición restrictiva que reflejan nuestros casos guarda relación con el enclave institucional de la contienda. Todos los episodios los hemos presentado dentro de un contexto expresamente político, es decir, un contexto que, según lo definimos en el capítulo 2, incluye «por lo menos a un gobierno [...] como reivindicador, objeto de las reivindicaciones o parte en las reivindicaciones». Pero, ¿existen casos de contienda que impliquen a actores no estatales que queden fuera del alcance de nuestro enfoque? Tenemos el presentimiento de que nuestro marco puede adaptarse con facilidad al análisis de la contienda dentro de cualquier sistema de poder formalmente institucionalizado. Puede tratarse de una empresa, una industria, una asociación voluntaria local, una iglesia o una denominación entera. El modelo genérico sólo requiere que el analista sea capaz de identificar por lo menos a un miembro y a un desafiador activamente enfrascado en la contestación relativa a la forma de un ámbito institucional u organizativo dado. De hecho, ya existe un cuerpo significativo de estudios empíricos que parecen atestiguar la importancia del mismo tipo de procesos y mecanismos dinámicos en el desarrollo de la contienda en toda una diversidad de entornos organizativos/institucionales de ese tipo.

En su libro *The Transformation of Corporate Control* [La transformación del control corporativo], Neil Fligstein (1990) nos ofrece una explicación histórica del surgimiento de la «estrategia financiera» en las empresas norteamericanas que encaja bien con el proceso de movilización que bosquejamos en el capítulo 2. Fligstein ve varios procesos desestabilizadores de cambio —incluidas algunas decisiones clave de los tribunales— que desencadenan procesos interpretativos dentro de las empresas que llevan a acciones colectivas innovadoras por parte de los desafiantes de los ámbitos financiero y de la comercialización que luchan por arrebatarse el control a la élite industrial tradicionalmente dominante. Otros analistas han identificado procesos contenciosos en la industria de los servicios sanitarios, así como en otros ámbitos (p. ej.: Rao, Morrill y Zald, 2001).

Los ejemplos empíricos como éstos podrían multiplicarse. Cuando van unidos a la creciente apelación teórica a favor de unos enfoques más dinámicos, culturales y relacionales para el estudio del cambio y el conflicto organizativo/institucional, la implicación debería estar clara (Brint y Karabell, 1991; Davis y McAdam, 2001; Fligstein, 1996; Friedland y Alford, 1991; Hirsch, 1986; Katzenstein, 1998; Kurzman, 1998; Morrill, 1996; Rao, Morrill y Zald, 2000; Zald y Berger, 1978). La contienda no es nada peculiar del ámbito de la política. Es un fenómeno genérico inextricablemente unido al establecimiento de unas relaciones de poder institucionalizadas. Tanto si ese poder se esgrime con fines políticos formales o con fines institucionales de otro tipo —económicos, culturales o religiosos—, la contienda es inevitable. Por eso, en última instancia, no vemos razón alguna para limitar la aplicación de nuestro enfoque al dominio de la política en sentido estrecho.

¿QUÉ VIENE A CONTINUACIÓN?

Los dos secciones previas deberían haber clarificado nuestra agenda. Los procesos sólidos que delineamos más arriba ilustran ampliamente el tipo de marcos analíticos parciales por el que apostamos. La discusión de las poco estrictas condiciones de alcance revela la amplitud a la que aspiramos para nuestras comparaciones. ¿Acaso ya hemos llegado adonde queríamos? Aún estamos lejos. Seguramente, resultará que nuestros argumentos y nuestro programa están equivocados en muchos puntos. Mejor: esperamos difundir un nuevo conocimiento, no codificar información antigua. Igual que harán otros sin duda, nosotros intentamos abrazar algunos de los muchos desafíos identificados, pero no resueltos, que plantea la

formulación preliminar que hemos ofrecido aquí. Nos concentraremos en cuatro de ellos.

Dicen los arquitectos que el demonio está en los detalles; en este caso, en los detalles metodológicos. Nuestros análisis recurren al despliegue plausible, aunque todavía no sistemático, de diversos mecanismos explicativos. No hemos demostrado en ningún lugar la realidad empírica de ninguno de esos mecanismos. Uno de los grandes desafíos que nos esperan consiste, pues, en la operacionalización y la sistemática interrogación empírica de esos y otros mecanismos candidatos.

Existe un segundo desafío operativo que hemos esquivado hasta este momento. Aunque hemos concedido una importancia central al concepto de «episodio contencioso», no hemos acertado a delinear sus características empíricas. Como analistas, ¿de qué forma agrupamos dichos episodios? ¿Deberíamos apoyarnos en las percepciones compartidas por los combatientes o, como analistas, deberíamos intervenir y definirlos en función de las características que se siguen de nuestra teoría? Planteamos estas cuestiones, no para responderlas, sino para resaltar el importante desafío que suponen. Si vamos a hacer de los episodios la unidad fundamental de observación, mejor será que seamos capaces de encontrar un modo fiable de identificar tales episodios.

Un tercer desafío importante, de tipo más conceptual, es el que afronta cualquiera que atienda a nuestra llamada. Sin negar la eficacia de los mecanismos cognitivos o ambientales, las explicaciones que hemos propuesto para la contienda política resaltan los mecanismos relacionales. Los analistas de la persuasión tanto fenomenológica como racionalista, por el contrario, han insistido por lo general en los mecanismos cognitivos, y han tratado las circunstancias relacionales o ambientales como imperativos y/o recursos. Otros analistas se han concentrado en los mecanismos ambientales. Las versiones extremas de la teoría de la movilización de recursos y de la ecología organizativa caen dentro de esa categoría. A pesar de nuestra insistencia en los mecanismos relacionales, cualquier teoría adecuada de la contienda tendrá que integrar mecanismos ambientales, cognitivos y relacionales de un modo más firme de lo que lo hace este volumen. Incluso aquellos que acepten nuestro programa tendrán que revisar los interrogantes con los que se iniciaba este libro, a saber: cómo y en qué medida los mecanismos cognitivos median los efectos ambientales y relacionales.

Nuestro último reto, pero no el menos importante. Cuando empezamos a trabajar en este libro, nos imaginábamos que organizaríamos toda la empresa en torno a un análisis bien desarrollado de las variaciones de los gobiernos, los regímenes y los sistemas políticos. Pronto nos dimos cuenta de que, si hacíamos eso, el análisis se volvía insoportablemente

complejo. En nuestros casos aparecen aquí y allá restos de especulación en torno a las diferencias entre estados democráticos y no democráticos, fuertes y débiles, y entre varias formas de represión, tolerancia y facilitación por parte de los gobiernos, pero, en general, el análisis estándar de la estructura política ha desaparecido de este libro. Como consecuencia, el modelo del sistema político que hemos adoptado al inicio como marco heurístico no se ha visto modificado por el análisis relacional y dinámico central de nuestra empresa. Los gobiernos han aparecido repetidamente en los análisis como actores poderosos, pero no como las entidades dinámicas, contestadas y continuamente recreadas que sabemos que son. Así pues, para desarrollar completamente nuestra perspectiva, hará falta una descripción más satisfactoria de los actores estatales en términos más dinámicos y relacionales.

HISTORIA, CULTURA Y CONOCIMIENTO LOCAL

Para finalizar, permítasenos que hagamos explícito un problema que afrontan los estudiosos más preocupados por la interpretación de episodios, países y periodos de la historia en particular que por los patrones generales de la contienda. Considérese el profundo desafío que supone intentar conciliar las circunstancias y las características de cualquier episodio social particular con el deseo de dar forma a una comprensión más general de la vida social. Es un reto desalentador, que se puede traducir en la siguiente y cruda pregunta: ¿pueden las particularidades de la historia, la cultura y el conocimiento local conciliarse con un interés más general en los mecanismos cognitivos, relacionales y ambientales? A pesar de todas las dificultades inherentes a este acto de conciliación analítica, acabamos este libro igual que lo comenzamos: seguros de que nuestro programa es tan relevante para la interpretación de procesos sociales específicos como para los mecanismos y procesos generales en los que se ha centrado este volumen. Los analistas que pretenden explicar episodios particulares lo hacen, de hecho, identificando principios explicativos que van más allá de dichos episodios. Nosotros proponemos que tales principios sean mecanismos y procesos.

¿Y qué sucede con la particularidad de la cultura? Si consideramos la cultura como las comprensiones compartidas y sus representaciones en símbolos, objetos y prácticas, nuestra explicación empírica de los episodios contenciosos rebosa cultura. En el caso de los Mau Mau, por ejemplo, la

eficacia de la correduría dependía de la larga resonancia cultural del juramento, como creencia y como práctica. Se trataba de la encarnación particular de un proceso general. En el desarrollo del ciclo de protestas norteamericano de la década de 1960, los lazos ideológicos creados por el proyecto Verano de la Libertad también facilitaron la correduría, pero de un modo dependiente de las rutinas y las relaciones de la cultura norteamericana. La comprensión y las prácticas que facilitaron la correduría en ambos casos no podían ser más diferentes, pero el concepto general de correduría ayuda a explicar cómo ésta se encarnó en cada caso.

Merece la pena subrayarlo: nuestra apuesta es que unas comprensiones y unas prácticas culturales *particulares* pueden producir efectos bastante *generales* por medio de la intervención de nuestros mecanismos y procesos, y que el análisis de éstos últimos facilita la comprensión de cómo la cultura está imbricada en los episodios contenciosos.

Además, las particularidades históricas y culturales de un episodio dado de hecho animan, más que desaniman, a una comprensión más general de la dinámica y la representación de la contienda. Cuando se las contempla a la luz del análisis comparativo, las comprensiones culturales rara vez son particulares. Dos ejemplos de tal relación nos servirán de argumento. El primero tiene que ver con la reificación de las diversas formas contenciosas: movimientos sociales, revoluciones, nacionalismo, democratización y similares. Hemos criticado esa reificación académica, pero las formas en cuestión han alcanzado una posición cultural que las convierte en potentes modelos para los actores del mundo real.

Los actores que se lanzan a realizar reivindicaciones contenciosas tienen a su disposición como modelo los episodios previos, junto con las historias concomitantes a cada modelo. En 1848, los revolucionarios europeos ya sabían de la Revolución Francesa de 1789-1799, y (como comentaba sarcásticamente Marx en *El 8 de Brumario de Luis Bonaparte*) podían incluso intentar volver a representar el año 1789, 1792 o 1795. Para los actores, el hecho de describir su acción como una revolución, una guerra, una democratización o un movimiento social hace que concentren su atención, y la de los demás actores, en ciertos modelos, a la vez que disminuye la relevancia de otros modelos que, en principio, podrían desempeñar la misma función. Los precedentes históricos son importantes, pero no está más allá de nuestras capacidades el intentar entender cómo y con qué efectos dichos precedentes limitan los mecanismos y los procesos de la contienda.

Iremos aún más lejos. Un cierto número de los mecanismos que han resultado importantes para nuestras explicaciones dependen de hecho de la existencia de modelos, historias y prácticas asociadas a episodios previos comprendidos dentro de una misma familia. La certificación y la descerti-

ficación son los ejemplos más obvios: las agencias certificadoras siempre operan a partir de unas concepciones previamente establecidas de los actores políticos válidos. La certificación por parte de las Naciones Unidas de una nueva nación (p. ej.: Timor Oriental) como entidad independiente posee dicho carácter, pero también la designación de un régimen por parte de otras agencias internacionales como democrático, estable, económicamente saludable, respetuoso con los derechos humanos, o la designación de un régimen como fallido respecto a alguno de esos puntos.

Otros mecanismos implican la invocación de modelos, historias y creencias previamente existentes que hacen que la balanza se incline en una u otra dirección. Los agravios repentinamente impuestos, por ejemplo, no surgen del aire en respuesta a algún tipo de intervención externa. La gente aplica sobre tales acontecimientos las plantillas culturalmente disponibles y, al hacerlo, modifica dichas plantillas. Ciertos tipos de marcos culturales —«marcos maestros» en la formulación de Snow y Benford (1992)— alcanzan una gran resonancia en un gran número de casos de contienda. Abrazar la idea de que existen unos mecanismos y procesos sólidos que atraviesan episodios contenciosos, países y periodos de la historia no significa rechazar la idea de que la cultura y el conocimiento local moldean la contienda, sino proponer una estrategia para conciliar ambos a medio camino entre la celebración de las particularidades y el establecimiento de leyes generales. Al insertar nuestras categorías analíticas en las particularidades históricas de cada episodio que estudiamos, nuestra apuesta es que los analistas sabrán discernir los procesos dinámicos más generales que alimentan típicamente la contienda.

Nuestro trabajo representa un punto de inicio, y nada más que eso.

Bibliografía

- Adell Argilés, R. (1989): *La Transición Política en la Calle. Manifestaciones Políticas de Grupos y Masas. Madrid 1976-1987*, Madrid, Universidad Complutense.
- (1998): «El estudio de la movilización, como indicador de participación sociopolítica: parámetros analíticos y significado», trabajo no publicado presentado en el Sexto Congreso Español de Sociología.
- Aguilar Fernandez, P. (1995): *La memoria histórica de la guerra civil española (1936-1939): Un proceso de aprendizaje político*, Madrid, Centre de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales.
- (1997): «Collective Memory of the Spanish Civil War: The Case of the Political Amnesty in the Spanish Transition to Democracy», *Democratization* 4: 88-109.
- Alberoni, F. (1968): *Statu nascenti*, Bolonia, Il Mulino.
- Anderson, B. (1966): «The 1965 Coup in Indonesia: A Preliminary Analysis of the October 1, 1965, Coup in Indonesia», monográfico no publicado, Cornell University.
- (1991): *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, VERSO, ed. revisada.
- (1998): *The Spectre of Comparisons*, Nueva York y Londres, Monthly Review Press.
- Anderson, B. y Cockcroft, J. D. (1972): «Control and Co-optation in Mexican Politics», en J.D. Cockcroft, A.G. Frank y D.L. Johnson (eds.), *Dependence and Underdevelopment: Latin America's Political Economy*, Nueva York, Doubleday.
- APSR (American Political Science Review) (1995): «Review Symposium: The Qualitative-Quantitative Disputation: Gary King, Robert O. Keohane, and Sidney Verba's «Designing Social Inquiry», *American Political Science Review* 89: 454-481.
- Atkin, M. (1997): «Thwarted Democratization in Tajikistan» en Karen Dawisha y Bruce Parrott (eds.), *Conflict, Cleavage, and Change in Central Asia and the Caucasus*. Democratization and Authoritarianism in Postcommunist Societies: 4, Cambridge, Cambridge University Press.
- Arkins, G. P. (1977): *Latin America in the International Political System*, Nueva York, Free Press.
- Azurmendi, M. (1998): *La Herida patriótica: La cultura del nacionalismo vasco*, Madrid, Taurus.
- Baer, M. (1992): *Theatre and Disorder in Late Georgian London*, Oxford, Oxford University Press.
- Balibar, E. (1991): «The Nation Form: History and Ideology», en Etienne Balibar e Immanuel Wallerstein (eds.), *Race, Nation, Class: Ambiguous Identities*, Londres, Verso.
- Barnes, G. H. (1957): *The Antislavery Impulse, 1830-1844*, Gloucester, MA, Peter Smith.
- Barnett, D. L. y Njama, K. (1966): *Mau Mau from Within*, Nueva York, Monthly Review Press.
- Barrington, L. (1995): «The Domestic and International Consequences of Citizenship in the Soviet Successor States», *Europe-Asia Studies* 47: 731-763.
- Bates, R. H., Grief, A., Levi, M., Rosenthal, J.-L. y Weingast B. R. (1997): *Analytic Narratives*, Princeton, NJ, Princeton University Press.
- Beannan, P. S. (1991): «Desertion as Localism: Army Unit Solidarity and Group Norms in the U.S. Civil War», *Social Forces* 70: 321-342.
- (1993): *Relations into Rhetorics. Local Elite Social Structure in Norfolk, England, 1540-1640*, New Brunswick, Rutgers University Press.

- Beissinger, M. (1995): «The Persisting Ambiguity of Empire», *Post-Soviet Affairs* 11: 149-184.
- (1996): «How Nationalisms Spread: Eastern Europe Adrift the Tides and Cycles of Nationalist Contention», *Social Research* 63: 97-146.
- (1998): «Event Analysis in Transitional Societies: Protest Mobilization in the Former Soviet Union», en Dieter Rucht, Ruud Koopmans y Friedhelm Neidhardt (eds.), *Acts of Dissent. New Developments in the Study of Protest*, Berlin, Sigma.
- (próxima publicación): *The Tides of Nationalism: Order, Event, and the Collapse of the Soviet State*, manuscrito no publicado, University of Wisconsin-Madison.
- Bensel, R. (1990): *Yankee Leviathan: The Origins of Central State Authority in America, 1859-1877*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Berman, B. y Lonsdale, J. (1992): *Unhappy Valley: Conflict in Kenya and Africa*, Londres, James Curry.
- Bermeo, N. (1997): «Myths of Moderation: Confrontation and Conflict during Democratic Transitions», *Comparative Politics* 27: 305-322.
- (1997): «The Power of the People» Madrid, documento de trabajo 1997/97, Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones.
- Bier, A. G. (1980): *Crecimiento urbano y participación vecinal*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Black, G. (1981): *Triumph of the People: The Sandinista Revolution in Nicaragua*, Londres, Zed Press.
- Black, G. y Munro, R. (1993): *Black Hands of Beijing*, Nueva York, John Wiley and Sons, Inc.
- Blyth, S. (1999): «Spain 1974-77; Democratic Opposition, Neighbourhood Associations and Civil Society», trabajo no publicado, University of Wolverhampton School of Languages and European Studies.
- Booth, J. A. (1982): *The End and the Beginning: The Nicaraguan Revolution*, Boulder, CO, Westview Press.
- Bose, S. y Jalal A. (1998): *Modern South Asia. History, Culture, Political Economy*, Londres, Routledge.
- Boudreau, V. (próxima publicación): *At the Margins of the Movement: Grassroots and Cadre in Philippine Protest*, Manila, Ateneode Manila University Press.
- Brass, P. R. (1994): *The Politics of India Since Independence*, Cambridge, Cambridge University Press, *The New Cambridge History of India*, IV-1, 2ª ed.
- (1996): ed. *Riots and Pogroms*, Nueva York, New York University Press.
- (1997): *Theft of an Idol. Text and Context in the Representation of Collective Violence*, Princeton, Princeton University Press.
- Braun, R. (1960): *Industrialisierung und Volksleben*, Zurich, Rentsch.
- (1965): *Sozialer und kultureller Wandel in einem ländlichen Industriegebiet*, Zurich, Rentsch.
- Brewer, J. (1979-80): «Theater and Counter-Theater in Georgian Politics: The Mock Elections at Garrat», *Radical History Review* 22: 7-40.
- Brint, S. y Karabell, J. (1991): «Institutional Origins and Transformations: The Case of American Community Colleges» pp. 337-60, en Walter W. Powell y Paul DiMaggio (eds.), *The New Institutionalism in Organizational Analysis*, Chicago, University of Chicago Press.
- Brinton, C. (1938): *The Anatomy of a Revolution*, Nueva York, Norton.
- Brook, T. (1998): *Quelling the People*, Stanford, Stanford University Press.
- Buijtenhuijs, R. (1982): *Essays on Mau Mau*, Leiden, African Studies Centre.
- Bunce, V. (1981): *Do New Leaders Make a Difference? Executive Succession and Public Policy under Capitalism and Socialism*, Princeton, Princeton University Press.
- (1999): *Subversive Institutions. The Design and the Destruction of Socialism and the State*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Burns, S., ed. (1997): *Daybreak of Freedom*, Durham, University of North Carolina Press.
- Burt, R. S. (1992): *Structural Holes. The Social Structure of Competition*, Cambridge, Harvard University Press.
- Burt, Ronald S. y Knez, M. (1995): «Kinds of Third-Party Effects on Trust», *Rationality and Society* 7: 255-292.
- Butsch, R. (1995): «American Theater Riots and Class Relations, 1754-1849», *Theatre Annual* 48: 41-59.
- (2000): *The Making of American Audiences: From Stage to Television, 1750-1990*, Cambridge: Cambridge University Press.

- Buxó i Rey, M. J. (1995): «El imaginario étnico en Cataluña», *Antropológico* n° 18: 119-132.
- Cadena-Roa, J. (1999): «State Pacts, Élites, and Social Movements in Mexico's Transition to Democracy», trabajo no publicado; UNAM.
- Calhoun, Craig (1994): *Neither Gods nor Emperors: Students and the Struggle for Democracy in China*, Berkeley, University of California Press.
- (1995): «"New Social Movements" of the Early Nineteenth Century», en Mark Traugott (ed.), *Repertoires and Cycles of Collective Action*, Durham, NC, Duke University Press. (Traducción castellana, «Los "nuevos movimientos sociales" de comienzos del siglo XIX», en M. Traugott (ed.), 1995.)
- Carr, R. (1980): *Modern Spain, 1875-1980*, Oxford, Oxford University Press. (Trad. castellana: *España, de la restauración a la democracia (1875-1980)*, Barcelona, Ariel, 1999.)
- Carson, C. (1981): *In Struggle: SNCC and the Black Awakening of the 1960s*, Cambridge, Harvard University Press.
- Cerulo, K. A. (1997): «Identity' Construction: New Issues, New Directions», *Annual Review of Sociology* 23: 385-409.
- Charney, C. (1999): «Civil Society, Political Violence, and Democratic Transitions: Business and the Peace Process in South Africa 1990 to 1994», *Comparative Studies in Society and History* 41: 182-206.
- Chaturvedi, J. y Chaturvedi, G. (1996): «*Dharma Yudh*: Communal Violence, Riots, and Public Space in Ayodhya and Agra City: 1990 and 1992», en Paul R. Brass (ed.), *Riots and Pogroms*, Nueva York, New York University Press.
- Christian, S. (1986): *Revolution in the Family*, Nueva York, Vintage Books.
- Chubb, J. (1982): *Politics, Power and Poverty in Southern Italy: A Tale of Two Cities*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Collier, D. y Levitsky, S. (1997): «Democracy with Adjectives: Conceptual Innovation in Comparative Research», *World Politics* 49: 430-451.
- Congressional Research Service (1979): «Human Rights and United States Foreign Assistance: Experiences and Issues in Policy Implementation», informe al comité de relaciones exteriores, Senado de los Estados Unidos, Washington, DC, Government Printing Office.
- Connor, W. (1994): *Ethnonationalism. The Quest for Understanding*, Princeton: Princeton University Press. (Trad. castellana: *Etnonacionalismo*, Madrid, Trama Editorial, 1998.)
- Cook, M. L., Middlebrook, K. J. y Molinar Horcasitas, J. (eds.) (1994): *The Politics of Economic Restructuring: State-Society Relations and Regime Change in Mexico*, La Jolla, CA, Center for U.S.-Mexican Studies.
- Cooper, F. (1996): *Decolonization and African Society*, Cambridge, UK, Cambridge University Press.
- Copland, I. (1998): «The Further Shores of Partition: Ethnic Cleansing in Rajasthan 1947», *Past and Present* 160: 203-239.
- Cornelius, W., Eisenstadt, T. A. y Hindley J. (eds.) (1999): *Subnational Politics and Democratization in Mexico*, La Jolla, Center for U.S.-Mexican Studies.
- Cornell, S. y Hartmann, D. (1998): *Ethnicity and Race. Making Identities in a Changing World*, Thousand Oaks, CA, Pine Forge.
- Cosío Villegas, D. (1973): *La Constitución de 1857 y sus críticos*, Ciudad de México, S.E.P.
- Crofts, D. W. (1989): *Reluctant Confederates: Upper South Unionists in the Secession Crisis*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- Crouch, C. y Pizzorno A. (1978): *The Resurgence of Class Conflict in Western Europe after 1968*, 2 vols., Londres, Macmillan. (Trad. castellana: *El resurgimiento del conflicto de clases en la Europa occidental después de 1968*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, 1991.)
- Cruz, R. (ed.) (1997): *El anticlericalismo*, Madrid, Marcial Pons.
- CSCE (Commission on Security and Cooperation in Europe) (1998): *Political Reform and Human Rights in Uzbekistan, Kyrgyzstan and Kazakhstan*, Washington, DC, CSCE.
- Daniel, E. V. (1996): *Charred Lullabies. Chapters in an Anthropography of Violence*, Princeton, Princeton University Press.
- Davis, D. B. (1969): *The Slave Power Conspiracy and the Paranoid Style in American Politics*, Baton Rouge, Louisiana State University Press.
- Davis, G. K. y McAdam, D. (2001): «Corporations, Classes, and Social Movements after Managerialism», *Research in Organization Behavior* 22: 195-238.
- Davis, N. Z. (1975): *Society and Culture in Early Modern France*, Berkeley, University of California Press. (Trad. castellana: *Sociedad y cultura en la Francia moderna*, Barcelona, Ed. Crítica, 1993.)

- Davis, R. H. (1996): «The Iconography of Rama's Chariot», en David Ludden (ed.), *Contesting the Nation: Religion, Community, and the Politics of Democracy in India*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.
- Dawisha, K. (1997): «Democratization and Political Participation: Research Concepts and Methodologies», en Karen Dawisha y Bruce Parrott (eds.), *The Consolidation of Democracy in East-Central Europe. Authoritarianism and Democratization in Postcommunist Societies*, vol. 1., Cambridge, Cambridge University Press.
- de Capitani, F. (1983): «Vie et mort de l'Ancien Régime», en Jean-Claude Favez (ed.), *Nouvelle Histoire de la Suisse et des Suisses*, vol. 2., Lausana, Payot.
- de Miguel, A. (1976): «Spanish Political Attitudes 1970», en Stanley G. Payne (ed.), *Politics and Society in Twentieth-Century Spain*, Nueva York, New Viewpoints.
- della Porta, D. (1990): *Il terrorismo di sinistra*, Bologna, Il Mulino.
- (1998): «Police Knowledge and Protest Policing: Some Reflections on the Italian Case», en Donatella della Porta y Herbert Reiter (eds.), *Policing Protest. The Control of Mass Demonstrations in Western Democracies*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Deneckere, G. (1997): *Sire, hot volk wort. Sociaal protest in België (1831-1918)*, Amberes, Baarn; Gante, Amsab.
- Des Forges, Alison, et al. (1999): *Leave None to Tell the Story. Genocide in Rwanda*, Nueva York, Human Rights Watch.
- de Tocqueville, A. (1983): *Correspondance d'Alexis de Tocqueville et de François de Corcelle*, París, Gallimard, Oeuvres Completes, t. XV.
- Deutsch, K. (1976): *Die Schweiz als ein paradigmatischer Fall politischer Integratiion*, Berna, Haupt.
- DiMaggio, P. (1988): «Interest and Agency in Institutional Theory», pp. 3-21 en Lynn G. Zucker (ed.), *Institutional Patterns and Organizations: Culture and Environment*, Cambridge, MA, Ballinger.
- DiMaggio, P. y Powell, W. W. (1991): «Introduction», pp. 1-37 en Walter W. Powell y Paul DiMaggio (eds.), *The New Institutionalism in Organizational Analysis*, Chicago, University of Chicago Press.
- di Palma, G. (1990): *To Craft Democracies: An Essay on Democratic Transitions*, Berkeley, University of California Press.
- Dix, R. H. (1984): «Why Revolutions Succeed and Fail», *Polity* 16: 423-446.
- Duara, P. (1996): «Historicizing National Identity, or Who Imagines What and When», en Geoff Eley y Ronald Grigor Suny (eds.), *Becoming National: A Reader*, Nueva York, Oxford University Press.
- Durán Muñoz, R. (1997): «Acciones colectivas y transiciones a la democracia: España y Portugal. 1974-1977», tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid (pendiente de publicación como *Contención y transgresión. Las movilizaciones sociales y el Estado en las transiciones española y portuguesa*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales).
- Edgerton, R. B. (1989): *Mau Mau: An African Crucible*, Nueva York, The Free Press.
- Edles, L. D. (1998): *Symbol and Ritual in the New Spain: The Transition to Democracy in the New Spain*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Eisinger, P. (1973): «The Conditions of Protest Behavior in American Cities», *American Political Science Review* 67: 11-28.
- Elias, N. y Scotson, J. L. (1994): *The Established and the Outsiders: A Sociological Enquiry into Community Problems*, Londres, Sage. 2º ed.
- Eley, G. y Suny, R. G. (eds.) (1996): *Becoming National: A Reader*, Nueva York, Oxford University Press.
- Elster, J. (1989): *Nuts and Bolts for the Social Sciences*, Cambridge, Cambridge University Press. (Trad. castellana: *Tuercas y tornillos: una introducción a los conceptos básicos de las ciencias sociales*, Barcelona, Gedisa, 1990.)
- Fane, D. (1996): «Ethnicity and Regionalism in Uzbekistan. Maintaining Stability through Authoritarian Control», en Leokadia Drobizheva, Rose Gottemoeller, Catherine McArdle Kelleher y Lee Walker (eds.) *Ethnic Conflict in the Post-Soviet World. Case Studies and Analysis*, Armonk, Nueva York, M.E. Sharpe.
- Farhi, F. (1990): *States and Urban-Based Revolutions: Iran and Nicaragua*, Urbana, University of Illinois Press.
- Feige, E. (1998): «Underground Activity and Institutional Change: Productive, Protective, and Predatory Behavior in Transition Economies» en Joan M. Nelson, Charles Tilly y Lee Walker (eds.), *Transforming Post-Communist Political Economies*, Washington, National Academy Press.

- Fellman, M. (1979): «Rehearsal for the Civil War: Antislavery and Proslavery at the Fighting Point in Kansas, 1854-1856», en Lewis Perry y Michael Fellman (eds.), *Antislavery Reconsidered: New Perspectives on the Abolitionists*, Baton Rouge, Louisiana State University Press.
- Fierman, W. (1997): «Political Development in Uzbekistan: Democratization?», en Karen Dawisha y Bruce Parrott (eds.), *Conflict, Cleavage, and Change in Central Asia and the Caucasus. Democratization and Authoritarianism in Postcommunist Societies*: 4, Cambridge, Cambridge University Press.
- Finer, S. E. (1997): *The History of Government from the Earliest Times*, 3 vols., Oxford, Oxford University Press.
- Fishman, R. M. (1990): *Working-Class Organization and the Return to Democracy in Spain*, Ithaca, Cornell University Press. (Trad. castellana: *Organización obrera y retorno a la democracia en España*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1996.)
- Fligstein, N. (1990): *The Transformation of Corporate Control*, Cambridge, Harvard University Press.
- (1996): «Markets as Politics: A Political Cultural Approach to Market Institutions», *American Sociological Review* 61: 656-673.
- Foner, E. (1995): *Free Soil, Free Labor, Free Men: The Ideology of the Republican Party Before the Civil War*, Oxford, Oxford University Press.
- Foran J. (1990): «A Theory of Third World Social Revolution», trabajo presentado en las reuniones de la International Sociological Association, Madrid, España, julio de 1990.
- (1993): «Theories of Revolution Revisited: Toward a Fourth Generation?», *Sociological Theory* 11: 1-20.
- (1997): «The Future of Revolutions at the *fin-de-siècle*», *Third World Quarterly* 18: 791-820.
- Fox, J. (1994): «The Difficult Transition from Clientelism to Citizenship: Lessons from Mexico», *World Politics* 46: 151-184.
- (1995): «Governance and Rural Development in Mexico: State Intervention and Public Accountability», *Journal of Development Studies* 32: 1-30.
- Fox, J. y Aranda, J. (1996): *Community Participation in Oaxaca's Municipal Funds Program*, La Jolla, Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, San Diego, Monograph Series, n.º. 42.
- Franzosi, R. (1995): *The Puzzle of Strikes. Class and State Strategies in Postwar Italy*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Fredrickson, G. M. (1971): *The Black Image in the White Mind*, Middletown Ct, Wesleyan University Press.
- (1981): *White Supremacy. A Comparative Study in American and South African History*, Oxford, Oxford University Press.
- Freitag, S. B. (1996): «Contesting in Public: Colonial Legacies and Contemporary Communalism», en David Ludden (ed.), *Contesting the Nation. Religion, Community, and the Politics of Democracy in India*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.
- Friedland, R. y Alford, R. R. (1991): «Bringing Society Back In: Symbols, Practices, and Institutional Contradictions» pp. 232-62, en Walter W Powell y Paul DiMaggio (eds.), *The New Institutionalism in Organizational Analysis*, Chicago, University of Chicago Press.
- Fundación FOESSA (1970): *Informe sociológico sobre la situación social de España*, Madrid, Editorial Euramerica.
- Furedi, F. (1973): «The African Crown in Nairobi: Popular Movements and Élite Politics», *Journal of African History* 14 (nº 1).
- (1974a) «Olenguruone in Mau Mau Historiography», trabajo presentado en la Conferencia de un Día sobre la rebelión Mau Mau, Institute of Commonwealth Studies, 29 de marzo, 1974.
- (1974b): «The Social Composition of the Mau Mau Movement in the White Highlands», *Journal of Peasant Studies* 1 (nº 4).
- Gambetta, D. (1988): «Can We Trust Trust?», en Diego Gambetta (ed.), *Trust. Making and Breaking Cooperative Relations*, Oxford, Blackwell.
- (1993): *The Sicilian Mafia. The Business of Private Protection*, Cambridge, Harvard University Press.
- (1998): «Concatenations of Mechanisms», en Peter Hedström y Richard Swedberg (eds.), *Social Mechanisms. An Analytical Approach to Social Theory*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Gamson, W. A. (1989): *Power and Discontent*, Homewood, Dorsey, ed. revisada.
- (1990): *The Strategy of Social Protest*, Belmont, California, Wadsworth, 2ª ed.
- (1992): *Talking Politics*, Cambridge, Cambridge University Press.

- Gamson, W. A., Fireman, B. y Rytina, S. (1982): *Encounters with Unjust Authority*, Homewood, Ill., Dorsey.
- Garmendia, J. A., Parra Luna, F. y Pérez-Agote, A. (1982): *Abertzales y vascos: Identificación vasca y nacionalista en el País Vasco*, Madrid, Akal.
- Geddes, B. (1990): «How the Cases You Choose Affect the Answers You Get: Selection Bias in Comparative Politics», en James A. Stimson (ed.), *Political Analysis 2*, Ann Arbor, University of Michigan Press.
- Genovese, E. (1969): *The World the Slaveholders Made: Two Essays in Interpretation*, Nueva York, Random House.
- (1992): *The Slaveholders' Dilemma: Freedom and Progress in Southern Conservative Thought, 1820-1860*, Columbia, University of South Carolina Press.
- Gerth, H. H. y Mills, C. W. (1946): *From Max Weber: Essays in Sociology*, Nueva York, Oxford University Press.
- Ghosh, A. (1992): *In an Antique Land. History in the Guise of a Traveler's Tale*, Nueva York, Vintage.
- Gienapp, W. E. (1987): *Origins of the Republican Party*, New York, Oxford University Press.
- Ginsborg, P. (1989): *Storia d'Italia dal dopoguerra a oggi. Società e politica 1943-1988*, Turín, Einaudi, 2 vols.
- Giugni, M. y Passy F. (1997): *Histoires de mobilisation politique en Suisse. De la contestation à l'intégration*, París, L'Harmattan.
- Godechot, J. (1965): *La prise de la Bastille*, París, Gallimard.
- Goldstone, J. (1980): «Theories of Revolution: The Third Generation», *World Politics* 32: 425-453.
- (1980): «The Weakness of Organization», *American Journal of Sociology* 85: 1017-1042.
- (1991): *Revolution and Rebellion in the Early Modern World*, Berkeley, University of California Press.
- (1998): «Social Movements or Revolutions? On the Evolution and Outcomes of Collective Action», en Marco Guigni, Doug McAdam y Charles Tilly (eds.), *From Contention to Democracy*, Boulder, CO, Rowman and Littlefield.
- Goodwin, J. (1994): «Old Regimes and Revolutions in the Second and Third Worlds: A Comparative Perspective», *Social Science History* 18: 575-604.
- (1994): «Toward a New Sociology of Revolutions», *Theory and Society* 23: 731-766.
- Goodwin, J., Jasper, J., Tilly, Ch. et al. (1999): «Mini-Symposium on Social Movements», *Sociological Forum* 14: 27-136.
- Gossman, L. (2000): *Basel in the Age of Burckhardt. A Study in Unseasonable Ideas*, Chicago, University of Chicago Press.
- Gould, R. V (1995): *Insurgent Identities*, Chicago, University of Chicago Press.
- (1998): «Political Networks and the Local/National Boundary in the Whiskey Rebellion», en Michael P Hanagan, Leslie Page Moch y Wayne te Brake (eds.), *Challenging Authority. The Historical Study of Contentious Politics*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- (1999): «Collective Violence and Group Solidarity: Evidence from a Feuding Society», *American Sociological Review* 64: 356-380.
- Granovetter, M. (1973): «The Strength of Weak Ties», *American Journal of Sociology* 78: 1360-1380.
- Granovetter, M. y Tilly, Ch. (1988): «Inequality and Labor Processes», en Neil J. Smelser (ed.), *Handbook of Sociology*, Newburv Park, CA: Sage.
- Greif, A. (1994): «Cultural Beliefs and the Organization of Society: A Historical and Theoretical Reflection on Collectivist and Individualist Societies», *Journal of Political Economy* 102: 912-950.
- Greif, A., Milgrom, P. y Weingast, B. R. (1994): «Coordination, Commitment, and Enforcement: The Case of the Merchant Guild», *Journal of Political Economy* 102: 745-775.
- Grew, R. (1996): «The Paradoxes of Italy's Nineteenth-Century Political Culture», en Isser Woloch (ed.), *Revolution and the Meanings of Freedom in the Nineteenth Century*, Stanford, CA, Stanford University Press.
- Grimshaw, A. D. (1999): «Genocide and Democide», *Encyclopedia of Violence, Peace, and Conflict* 2: 53-74, San Diego, Academic Press.
- Gruner, E. (1968): *Die Arbeiter in der Schweiz im 19. Jahrhundert*, Berna, Francke.
- Gschwind, F. (1977): *Bevölkerungsentwicklung und Wirtschaftsstruktur der Landschaft Basel im 18. Jahrhundert*, Liestal, Kantonale Drucksachen- und Materialzentrale.
- Guenniffey, P. (2000): *La politique de la Terreur. Essai sur la violence revolutionnaire, 1789-1794*, París: Fayard.

- Gumperz, J. J. (1982): *Discourse Strategies*, Cambridge, Cambridge University Press
- Gunther, R. (1992): «Spain: The Very Model of the Modern Elite Settlement», en John Higley y Richard Gunther (eds.), *Elites and Democratic Consolidation in Latin America and Southern Europe*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Gunther, R., Sani G. y Shabad, G. (1986): *Spain After Franco: The Making of a Competitive Party System*, Berkeley: University of California Press.
- Gurr, T. R. y Harff, B. (1994): *Ethnic Conflict in World Politics*, Boulder, CO, Westview.
- Gwertzman, B. y Kaufman M. T. (eds). (1991): *The Collapse of Communism*, edición revisada, Nueva York, Random House.
- Haas, E. B. (1986): «What is Nationalism and Why Should We Study It?», *International Organization* 40: 707-744.
- (1997): *Nationalism, Liberalism, and Progress*, Ithaca, Cornell University Press.
- Hall, P. (1986): *Governing the Economy: The Politics of State Intervention in Britain and France*, Nueva York, Oxford University Press. (Trad. castellana: *Organizando la economía: implicaciones políticas de la intervención...*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, 1993.)
- Hayes, C. (1966): *Essays on Nationalism*, Nueva York, Macmillan.
- Head, R. C. (1995): *Early Modern Democracy in the Grisons. Social Order and Political Language in a Swiss Mountain Canton, 1470-1620*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Hechter, M. y Kanazawa S. (1997): «Sociological Rational Choice Theory», *Annual Review of Sociology* 23: 191-214.
- Hedman, E.-L. E. (1998): *In the Name of Civil Society: Contesting Free Elections in the Post-Colonial Philippines*, disertación de doctorado, Department of Government. Cornell University.
- Hedstrom, P., Sandel, R. y Stern, Ch. (2000): «Mesolevel Networks and the Diffusion of Social Movements: The Case of the Swedish Social Democratic Party», *American Journal of Sociology* 106: 145-172.
- Hedstrom, P. y Swedberg R. (eds.) (1998): *Social Mechanisms. An Analytical Approach to Social Theory*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Hellman, J. A. (1983): *Mexico in Crisis*, Nueva York, Holmes and Meier.
- (1994a): *Mexican Lives*, Nueva York, The New Press.
- (1994b): «Mexican Popular Movements, Clientelism and the Process of Democratization», *Latin American Perspectives* 21: 124-142.
- (1999): «Real and Virtual Chiapas: Magic Realism and the Left», en Leo Panitch y Cohn Leys (eds.), *Necessary and Unnecessary Utopias: Socialist Register 2000*, Rendlesham, Merlin.
- Heredia Rubió, B. (1997). «Clientelism in Flux: Democratization and Interest Intermediation in Contemporary México», Documentos de Trabajo del Centro de Investigación y Docencia Económicas, n° 31.
- Higonnet, P. (1985): «The Social and Cultural Antecedents of Revolutionary Discontinuity: Montagnards and Girondins», *English Historical Review* C/396: 513-544.
- (1998): *Goodness Beyond Virtue: Jacobins During the French Revolution*, Cambridge, Harvard University Press.
- Hirsch, P. M. (1986): «From Ambushes to Golden Parachutes: Corporate Takeovers as an Instance of Cultural Framing and Institutional Regeneration», *American Journal of Sociology* 91: 801-937.
- Hobsbawm, E. J. (1990): *Nations and Nationalism since 1789. Programme, Myth, Reality*, Cambridge, Cambridge University Press. (Trad. castellana, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1995.)
- Hroch, M. (1985): *Social Preconditions of National Revival in Europe: A Comparative Analysis of the Social Composition of Patriotic Groups among the Smaller European Nations*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press.
- Hunt, L. (1984): *Politics, Culture, and Class in the French Revolution*, Berkeley: University of California Press.
- (1992): *The Family Romance of the French Revolution*, Berkeley, University of California Press.
- Huskey, Eugene (1997): «Kyrgyzstan: The Fate of Political Liberalization», en Karen Dawisha y Bruce Parrott (eds.), *Conflict, Cleavage, and Change in Central Asia and the Caucasus. Democratization and Authoritarianism in Post-communist Societies*: 4. Cambridge, Cambridge University Press.
- Ingwersen, M. (1997): «Into the Steppe of Genghis Khan Ride the Conquerors of a Sea's Oil Bounty», *Christian Science Monitor*, electronic edition, 18 de agosto, 1997.
- Jarman, N. (1997): *Material Conflicts. Parades and Visual Displays in Northern Ireland*, Oxford, Berg.

- Jenson, J. (1998): «Social Movement Naming Practices and the Political Opportunity Structure», documento de trabajo 1998/114, Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones, Madrid.
- Johnson, Ch. S. (1941): *Growing Up in the Black Belt*, Washington, DC, American Council on Education.
- Johnston, H. (1991): *Tales of Nationalism: Catalonia 1939-1979*, New Brunswick, NJ, Rutgers University Press.
- Jones, B. (1995): «Intervention Without Borders: Humanitarian Intervention in Rwanda, 1990-1994», *Millennium. Journal of International Affairs* 24: 225-249.
- Joris, E. (1994): «Auswirkungen der Industrialisierung auf Alltag und Lebenszusammenhänge von Frauen im Zürcher Oberland (1820-1940)», en Joseba Agirreazkuenaga y Mikel Urquijo (1994): eds. *Historias Regionales-Historia Nacional: La Confederación Helvética*. Bilbao, Servicio Editorial, Universidad del País Vasco.
- Joris, E. y Witzig, H. (1992): *Brave Frauen, Aufmüpfige Weiber. Wie sich die Industrialisierung auf Alltag und Lebenszusammenhänge von Frauen auswirkte (1820-1940)*, Zurich, Chronos.
- Juraeva, G. y Eubin, N. (1996): «Ethnic Conflict in Tajikistan», en Eekadia Drobizheva, Rose Gottemoeller, Catherine McArdle Kelleher y Lee Walker (eds.), *Ethnic Conflict in the Post-Soviet World. Case Studies and Analysis*, Armonk, NY, M.E. Sharpe.
- Kahin G. McT. (1952): *Nationalism and Revolution in Indonesia*, Ithaca, NY, Cornell University Press.
- Kakar, S. (1996): *The Colors of Violence. Cultural Identities, Religion, and Conflict*, Chicago, University of Chicago Press.
- Kammen, D (1999): «Notes on the Transformation of the East Timor Military Command and its Implications for Indonesia», *Indonesia* 67: 61-76.
- Karl, T. L. (1990): «Dilemmas of Democratization in Latin America», *Comparative Politics* 23: 1-23.
- Kattenburg, Paul (1980): *The Vietnam Trauma in American Foreign Policy, 1945-1975*, New Brunswick, NJ, Transaction.
- Katzenstein, M. F. (1998): *Faithful and Fearless: Moving Feminism into the Church and the Military*, Princeton, Princeton University Press.
- Katzenstein, P. J. (1984): *Corporatism and Change: Austria, Switzerland, and the Politics of Industry*, Ithaca, NY, Cornell University Press. (Trad. castellana: *Corporativismo y cambio. Austria, Suiza y políticas industriales*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, 1987.)
- Keck, M. y Sikkink K. (1998): *Activists Beyond Borders: Transnational Activist Networks in International Politics*, Ithaca, NY, Cornell University Press.
- Keddie, N. R. (ed.) (1995): *Debating Revolutions*, Nueva York, New York University Press.
- Khazanov, A. M. (1995): *After the USSR. Ethnicity, Nationalism, and Politics in the Commonwealth of Independent States*, Madison, University of Wisconsin Press.
- King, M. L. jr. (1963): *Why We Can't Wait*, New York, Harper and Row.
- King, G., Keohane, R. O. y Verba, S. (1994): *Designing Social Inquiry: Scientific Inference in Qualitative Research*, Princeton, Princeton University Press. (Trad. castellana: *El diseño de la investigación social: la inferencia científica en los estudios cualitativos*, Madrid, Alianza Editorial, 2000.)
- Klandermans, B. (1994): «Transient Identities: How Activists Changed During the Life Cycle of the Dutch Peace Movement», en Enrique Laraña, Hank Johnston y Joseph R. Gusfield (eds.), *New Social Movements: From Ideology to Identity*, Philadelphia, Temple University Press.
- Knight, A. (1992): «Mexico's Elite Settlement: Conjunction and Consequences», en John Higley y Richard Gunther (eds.), *Élites and Democratic Consolidation in Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1993): «State Power and Political Stability in Mexico», en Neil Harvey (ed.), *Mexico: Dilemmas of Transition*, Londres and Nueva York, Institute of Latin American Studies y British Academic Press.
- Kohn, H. (1955): *Nationalism: Its Meaning and History*, Princeton, Princeton University Press. (Trad. castellana: *Historia del nacionalismo*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1984.)
- (1956): *Nationalism and Liberty. The Swiss Example*, Londres, George Allen and Unwin.
- Krauze, E. (1998): *Mexico: Biography of Power; A History of Modern Mexico, 1810-1996*, Nueva York, Harper.
- Kriesi, H., Koopmans, R., Duyvendak, J. W. y Giugni, M. (1995): *New Social Movements in Western Europe. A Comparative Analysis*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Kriesi, H., Levy, R., Ganguillet, G. y Zwicky, H. (1981): *Politische Aktivierung in der Schweiz, 1945-1978*, Diessenhofen, Verlag Rüegger.

- Kurzman, Ch. (1998): «Organizational Opportunity and Social Movement Mobilization: A Comparative Analysis of Four Religious Movements», *Mobilization* 3: 23-49.
- Laitin, D. (1992): *Language Repertoires and State Construction in Africa*, Nueva York, Cambridge University Press.
- (1998): *Identity in Formation. The Russian-Speaking Populations in the Near Abroad*, Ithaca, Cornell University Press.
- (1999): «The Cultural Elements of Ethnically Mixed States: Nationality Re-formation in the Soviet Successor States», en George Steinmetz (ed.), *State/Culture. State Formation after the Cultural Turn*, Ithaca, Cornell University Press.
- (2000): «Language Conflict and Violence: Or the Straw That Strengthened the Camel's Back», en Paul C. Stern y Daniel Druckman (eds.), *International Conflict Resolution After the Cold War*, Washington, DC, National Academy Press.
- Lamartine, A. de (1848): *Histoire des Girondins*, 5 vols., París: Furne.
- Lande, C. I. H. (1986): «The Political Crisis», en John Bresnan (ed.), *Crisis in the Philippines: The Marcos Era and Beyond*, Princeton: Princeton University Press.
- (1987): «Introduction: Retrospect and Prospect», en Carl H. Lande (ed.) *Rebuilding a nation*, Washington, DC, Washington Institute Press.
- Lawson, S. F. (1976): *Black Ballots: Voting Rights in the South 1944-1969*, Nueva York, Columbia University Press.
- Lewis-Beck, M. S., Hildreth, A. y Spitzer, A. B. (1988): «Was There a Girondist Faction in the National Assembly?», *French Historical Studies* 15: 519-536.
- Lichbach, M. I. (1987): «Deterrence or Escalation? The Puzzle of Aggregate Studies of Repression and Dissent», *Journal of Conflict Resolution* 31: 266-297.
- (1995): *The Rebel's Dilemma*, Ann Arbor, University of Michigan Press.
- (1998): «Contending Theories of Contentious Politics and the Structure-Action Problem of Social Order», *Annual Review of Political Science* 1: 401-424.
- Lichbach, M. I. y Zuckerman, A. S. (eds.) (1997): *Comparative Politics. Rationality, Culture, and Structure*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Lindenberger, T. (1995): *Strassenpolitik. Zur Sozialgeschichte der öffentlichen Ordnung in Berlin 1900 bis 1914*, Bonn, Dietz.
- Linz, J. (1967): «The Party System of Spain: Past and Future», en Seymour Martin Lipset y Stein Rokkan (eds.), *Party Systems and Voter Alignments: Cross-National Perspectives*, Nueva York, The Free Press.
- (1970): «An Authoritarian Regime: Spain», en Eric Allardt and Stein Rokkan (eds.), *Mass Politics*, New York: The Free Press.
- (1973): «Opposition In and Under an Authoritarian Regime: The Case of Spain», en Robert Dahl (ed.), *Regimes and Oppositions*, New Haven: Yale University Press.
- (1979): «From Great Hopes to Civil War», en Juan Linz y Alfred Stepan (eds.), *The Breakdown of Democratic Regimes: Europe*, Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Linz, J. y Montero, J. R. (1999): «The Party Systems of Spain: Old Cleavages and New Challenges», estudio/documento de trabajo 1999/138, Madrid, Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones.
- Linz, J. y Stepan, A. (eds.) (1979): *The Breakdown of Democracy*, Baltimore, Johns Hopkins Press.
- (1996): *Problems of Democratic Transition and Consolidation: Southern Europe, South America and Post-Communist Europe*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Lipset, S. M. (1960): *Political Man: The Social Bases of Politics*. Nueva York, Doubleday. (Trad. castellana: *El hombre político: las bases sociales de la política*, Madrid, Tecnos, 1987.)
- Lonsdale J. (2000): «Kenyatta's Trials: Breaking and Making an African Nationalist», en Peter Coss (ed.), *The Moral World of the Law*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Lowi, T. (1971): *The Politics of Disorder*, New York, Norton.
- Ludden, D. (ed.) (1996): *Contesting the Nation. Religion, Community, and the Politics of Democracy in India*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.
- Lumley, R. (1990): *States of Emergency: Cultures of Revolt in Italy from 1968 to 1970*, New York, Verso.
- Lyttleton, A. (1991): «The Middle Classes in Liberal Italy», en John A. Davis y Paul Ginsborg (eds.), *Society and Politics in the Age of the Risorgimento*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Mack Smith, D. (1954): *Cavour and Garibaldi 1860: A Study in Political Conflict*, Cambridge, Cambridge University Press.

- (1968): (ed.) *The Making of Italy, 1796-1870*. New York, Walker and Co.
- (1969): *Italy, A Modern History*, ed. revisada, Ann Arbor, University of Michigan Press.
- (1985): *Cavour*, New York, Knopf.
- Madan, T. N. (1997): «Religion, Ethnicity, and Nationalism in India», en Martin E. Marty y R. Scott Appleby (eds.), *Religion, Ethnicity, and Self-Identity. Nations in Turmoil*, Hanover, NH, University Press of New England/Salzburg Seminar.
- Malefakis, E. E. (1970): *Agrarian Reform and Peasant Revolution in Spain: Origins of the Civil War*, New Haven, Yale University Press. (Trad. castellana: *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Barcelona, Ariel, 1982.)
- (1982): «Spain and its Francoist Heritage», en John W. Herx (ed.), *From Dictatorship to Democracy*, Westport, CT, Greenwood.
- Mamdani, M. (1996): *Citizen and Subject. Contemporary Africa and the Legacy of Late Colonialism*, Princeton: Princeton University Press.
- (2001): *When Victims Turn Killers: Colonialism, Nativism, and the Genocide in Rwanda*, Princeton, Princeton University Press.
- Maravall, J. M. (1978): *Dictatorship and Political Dissent: Workers and Students in Franco's Spain*, New York, St. Martin's.
- Marks, G. T. (ed.) (1971): *Racial Conflict*, Little, Brown.
- Marks, M. P. (1993): «The Formation of European Policy in Post-Franco Spain: Ideas, Interests, and the International Transmission of Knowledge», disertación de doctorado no publicada, Cornell University, Ithaca, New York.
- Marx, A. W. (1998): *Making Race and Nation. A Comparison of the United States, South Africa, and Brazil*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Marx, K. (1973): «The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte», en David Fernbach (ed.), *Surveys from Exile*, Londres, Allen Lane and New Left Review. (Trad. castellana: *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, Barcelona, Ariel, 1982.)
- Maxwell, K. (ed.) (1983): *The Press and the Rebirth of Iberian Democracy*, Westport, CT, Greenwood.
- Mays, B. y Nicholson, J. W. (1969): *The Negro's Church*, New York: Arno Press and the New York Times.
- McAdam, D. (1982): *Political Process and the Development of Black Insurgency 1930-1970*, Chicago, University of Chicago Press.
- (1983): «Tactical Innovation and the Pace of Insurgency», *American Sociological Review* 48: 735-754.
- (1999): *Political Process and the Development of Black Insurgency, 1930-1970*, ed. revisada, Chicago, University of Chicago Press.
- McAdam, D. y Rucht, D. (1993): «The Cross-National Diffusion of Movement Ideas», *The Annals* 528: 56-74.
- McAdam, D. y Sewell, jr, W. H.. (2001): «It's About Time: Temporality in the Study of Contentious Politics», en Ronald Aminzade et al., *Silence and Voice in the Study of Contentious Politics*, Cambridge: Cambridge University Press.
- McAdam, D. y Tarrow S. (2001): «Charles Tilly: Big Structures, Large Processes, Enormous Headaches», *Journal of Complex Triangulations* 14: 1995-2000.
- McAdam, D., Tarrow, S. y Tilly, Ch. (1997): «Toward an Integrated Perspective on Social Movements and Revolutions», en Mark Irving Lichbach y Alan S. Zuckerman (eds.), *Comparative Politics*, Cambridge, Cambridge University Press.
- McCarthy, J. y Zald, M. N. (1973): *The Trend of Social Movements in America: Professionalization and Resource Mobilization*, Morristown, NJ, General Learning Corporation.
- (1977): «Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory», *American Journal of Sociology* 82: 1212-1241.
- (1987): (ed.), *Social Movements in an Organizational Society*, New Brunswick y Oxford, Transaction Press.
- McTeam, D. (2000): «Improbable but Fruitful Collaborations», *Review of Social Anomalies* 14: 237-261.
- Meier, A. y Rudwick, E. (1973): *CORE*, Nueva York, Oxford University Press.
- Merton, R. K. (1968): «The Self-Fulfilling Prophecy», en *Social Theory and Social Structure*, Nueva York, The Free Press.
- Michels, R. (1962): *Political Parties. A Sociological Study of the Oligarchical Tendencies of Modern Democracy*, Nueva York, The Free Press.

- Minnaar, A. (1992): *Patterns of Conflict. Case Studies of Conflict in Natal*, Pretoria, Human Sciences Research Council.
- Montero, J. R. (1997): «Secularization and Cleavage Decline: Religiosity, Electoral Behaviour, and Generational Change in Spain», presentado en las sesiones conjuntas del ECPR, Berna.
- Moore, B., jr. (1966): *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Boston, Beacon Press. (Trad. castellana: *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, Barcelona, Península, 1991.)
- Morlino, L. (1998): *Democracy Between Consolidation and Crisis: Parties, Groups, and Citizens in Southern Europe*, Oxford, Oxford University Press.
- Morrill, C. (1996): *The Executive Way*, Chicago, University of Chicago Press.
- Morris, A. (1984): *The Origins of the Civil Rights Movement: Black Communities Organizing for Change*, New York, The Free Press.
- Myers, D. J. (2000): «The Diffusion of Collective Violence: Infectiousness, Igg Susceptibility and Mass Media Networks», *American Journal of Sociology* 106: 173-208.
- Nahaylo, B. y Swoboda, V. (1990): *Soviet Disunion. A History of the Nationalities Problem in the USSR*, Nueva York, The Free Press.
- Newbury, D. y Newbury, C. (2000): «Bringing the Peasants Back In: Agrarian Themes in the Construction and Corrosion of Statist Historiography in Rwanda», *American Historical Review* 105: 832-877.
- Nirenberg, D. (1996): *Communities of Violence. Persecution of Minorities in the Middle Ages*, Princeton, Princeton University Press. (Trad. castellana: *Comunidades de violencia*, Barcelona, Península, 2001.)
- O'Donnell, G. y Schmitter, P. C. (1986): *Transitions from Authoritarian Rule: Tentative Conclusions about Uncertain Democracies*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Oi, J. C. (1991): *State and Peasant in Contemporary China: The Political Economy of Village Government*, Berkeley, University of California Press.
- Olcott, M. B. (1997): «Democratization and the Growth of Political Participation in Kazakhstan», en Karen Dawisha y Bruce Parrott (eds.), *Conflict, Cleavage, and Change in Central Asia and the Caucasus. Democratization and Authoritarianism in Postcommunist Societies*: 4, Cambridge, Cambridge University Press.
- Oliver, Pamela (1989): «Bringing the Crowd Back In: The Nonorganizational Elements of Social Movements», en *Research in Social Movements, Conflict and Change* 11: 1-30, Greenwich, CT, JAI, 1-30.
- Oliver, P. E. y Myers, D. J. (1999): «How Events Enter the Public Sphere: Conflict, Location and Sponsorship in Local Newspaper Coverage of Public Events», *American Journal of Sociology* 105: 38-87.
- Olson, M., jr. (1965): *The Logic of Collective Action*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- (1982): *The Rise and Decline of Nations. Economic Growth, Stagflation, and Social Rigidities*, New Haven, Yale University Press. (Trad. castellana: *Auge y decadencia de las naciones*, Barcelona, Ariel, 1986.)
- Ozouf, M. (1988): *Festivals and the French Revolution*, Cambridge, MA, Harvard University Press.
- Paige, J. M. (1997): *Coffee and Power*, Cambridge, MA, Harvard University Press.
- Parsa, M. (1995): «Conversion or Coalition: Ideology in the Iranian and Nicaraguan Revolutions», *Political Power and Social Theory* 9: 23-60.
- (2000): *States, Ideologies & Social Revolutions. A Comparative Analysis of Iran, Nicaragua, and the Philippines*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Patrick, A. (1972): *The Men of the First French Republic: Political Alignments in the National Convention of 1792*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Payne, Ch. M. (1995): *I've Got the Light of Freedom. The Organizing Tradition and the Mississippi Freedom Struggle*, Berkeley, University of California Press.
- Payne, S. G. (1987): *The Franco Regime, 1936-1975*, Madison: University of Wisconsin Press. (Trad. castellana: *El régimen de Franco, 1936-1975*, Madrid, Alianza Editorial, 1987.)
- Pérez Díaz, V. (1990): «The Emergence of Democratic Spain and the 'Invention' of a Democratic Tradition», estudio/documento de trabajo 1990/1, Madrid, Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones.
- (1993): *The Return of Civil Society: The Emergence of Democratic Spain*, Cambridge, Harvard University Press. (Versión castellana: *El retorno de la sociedad civil*, Madrid, Instituto de Estudios Económicos, 1987.)

- Pérez-Agote, A. (1987): *El nacionalismo vasco a la salida del franquismo*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Piven, F. F. y Cloward R. (1977): *Poor People's Movements: Why They Succeed, How They Fail*, Nueva York, Vintage Books.
- Plotz, J. M. (2000): *The Crowd: British Literature and Public Politics*, Berkeley, University of California Press.
- Poole, J. y Rosenthal, H. (1997): *Congress: A Political-Economic-History of Roll Call Voting*, Nueva York, Oxford University Press. (Trad. castellana: *El triunfo de la democracia en España, 1969-1982*, Barcelona, Plaza y Janés, 1986.)
- Prak, M (1998): «Burghers into Citizens: Urban and National Citizenship in the Netherlands during the Revolutionary Era (c. 1800)», in Michael P. Hanagan y Charles Tilly (eds.), *Expanding Citizenship, Reconfiguring States*, Lanham, MD, Rowman and Littlefield.
- Preston, P. (1986): *The Triumph of Democracy in Spain*, Nueva York, Methuen.
- Przeworski, A. (1986): «Some Problems in the Study of the Transition to Democracy», en Guillermo O'Donnell, Philippe C. Schmitter y Laurence Whitehead (eds.), *Transitions from Authoritarian Rule: Comparative Perspectives*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Ragin, Ch. C (1987): *The Comparative Method. Moving Beyond Qualitative and Quantitative Strategies*, Berkeley, University of California Press.
- (1994): *Constructing Social Research, The Unity and Diversity of Method*, Thousand Oaks, California, Pine Forge.
- (2000): *Fuzzy-Set Social Science*, Chicago, University of Chicago Press
- Raines, H. (1983): *My Soul is Rested: Movement Days in the Deep South Remembered*, Nueva York, Penguin Books.
- Rao, H., Morrill, C. y Zald, M. (2001): «Power Plays: Social Movements, Collective Action and New Organizational Forms», *Research in Organization Behavior*. Próxima publicación.
- Rancière, J. (1992): *Les mots de l'histoire. Essai de poétique du savoir*, París, Seuil.
- Ransom R. L. (1989): *Conflict and Compromise: The Political Economy of Slavery, Emancipation and the American Civil War*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Reinares, F. (1987): «The Dynamics of Terrorism During the Transition to Democracy in Spain», en Paul Wilkinson y Alasdair M. Stewart (eds.), *Contemporary Research on Terrorism*, Aberdeen, Aberdeen University Press.
- Riall, L. (1998): *Sicily and the Unification of Italy: Liberal Policy and Local Power, 1859-1866*, Oxford, Oxford University Press.
- Riker, W. (1982): *Liberalism Against Populism*, San Francisco, Freeman.
- Ringmar E. (1996): *Identity, Interest and Action. A Cultural Explanation of Sweden's Intervention in the Thirty Years War*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Robinson, G. (1998): «*Rawan* is as *Rawan* Does: The Origins of Disorder in New Order Aceh», *Indonesia* 66: 128-155.
- Romeo, R. (1950): *Il Risorgimento in Sicilia*, Bari, Laterza.
- (1963a): *Mezzogiorno e Sicilia nel Risorgimento*, Nápoles, Edizioni Scientifiche Italiane.
- (1963b): *Risorgimento e capitalismo*, Bari, Laterza.
- Rosberg, C. G., jr., y Nottingham, J. (1966): *The Myth of «Mau Mau»: Nationalism in Kenya*, Nueva York, Praeger.
- Rosenband, L. N. (1999): «Social Capital in the Early Industrial Revolution», *Journal of Interdisciplinary History* 29: 435-458.
- Rosenthal, N. B. y Schwartz M. (1990): «Spontaneity and Democracy in Social Movements», en Bert Klandermans (ed.), *Organizing for Change: Social Movement Organizations in Europe and the United States. International Social Movement Research 2*, Greenwich, CT, JAI.
- Roy, B. (1994): *Some Trouble with Cows. Making Sense of Social Conflict*, Berkeley, University of California Press.
- Rubin, J. W. (1997): *Decentering the Regime: Ethnicity, Radicalism, and Democracy*, Durham, NC, Duke University Press.
- Russell, D. (1974): *Rebellion, Revolution and Armed Force* Nueva York, Academic Press.
- Rutherford, D. (1999): «Waiting for the End in Biak: Violence, Order, and a Flag Raising», *Indonesia* 67: 40-59.
- Rutten, R. (1991): «Class and Kin: Conflicting Loyalties on a Philippine Hacienda», en Frans Husken and Jeremy Kemp (eds.), *Cognition and Social Organization in Southeast Asia*, Leiden, KITLV Press.

- (1994): «Courting the Workers' Vote in a Hacienda Region: Rhetoric and Response in the 1992 Philippine Elections», *Pilipinas* 22: 1-34.
- (1996): «Popular Support for the Revolutionary Movement CPP-NPA: Experiences in a Hacienda in Negros Occidental 1978-1995», en Patricio N. Abinales (ed.), *The Revolution Falters: The Left in Philippine Politics After 1986*, Ithaca, Cornell University Southeast Asia Program Publications.
- Salvati, M. (1981): «May 1968 and the Hot Autumn of 1969: The Responses of Two Ruling Classes», en Suzanne Berger (ed.), *Organizing Interests in Western Europe*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Salvemini, G. (1955): *Scritti sulla questione meridionale, 1896-1955*, Turín, Einaudi.
- Sanderson, S. R. W. (1984): *Land Reform in Mexico: 1910-1980*, Orlando, FL, Academic Press.
- Saul, J. S. (1994): «Globalism, Socialism and Democracy in the South African Transition». *Socialist Register* 1994: 171-202.
- Schama, S. (1989): *Citizens: A Chronicle of the French Revolution*, Nueva York, Knopf.
- Schneider, J. C. y Schneider, P. T. (en preparación): *Reversible Destiny: Mafia, Antimafia, and the Struggle for Palermo*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press.
- Seidman, G. W. (1993): «No Freedom without the Women': Mobilization and Gender in South Africa 1970-1992», *Signs* 18: 291-320.
- (1994): *Manufacturing Militance. Workers' Movements in Brazil and South Africa 1970-1985*, Berkeley, University of California Press.
- (1999): «Gendered Citizenship. South Africa's Democratic Transition and the Construction of a Gendered State», *Gender and Society* 13: 287-307.
- (2000): «Blurred Lines: Nonviolence in South Africa», *PS. Political Science & Politics* 33: 161-168.
- Selbin, E. (1993): *Modern Latin American Revolutions*. Boulder, CO, Westview Press.
- Sewell, R. H. (1976): *Ballots for Freedom: Antislavery Politics in the United States; 1837-1860*. Nueva York, W.W. Norton.
- Sewell, W. H., jr. (1985): «Ideologies and Social Revolutions: Reflections on the French Case», *Journal of Modern History* 57: 57-85.
- (1994): *A Rhetoric of Bourgeois Revolution: The Abbé Sieyès and «What is the Third Estate»*, Durham, NC, Duke University Press.
- (1996): «Historical Events as Transformations of Structures: Inventing Revolution at the Bastille», *Theory and Society* 25: 841-881.
- Share, D. (1986): *The Making of Spanish Democracy*, Nueva York, Praeger.
- Sidel, J. T. (1998): «Macet Total: Logics of Circulation and Accumulation in the Demise of Indonesia's New Order», *Indonesia* 66: 160-194.
- Siegel, J. T. (1998): «Early Thoughts on the Violence of May 13 and 14, 1998 in Jakarta», *Indonesia* 66: 76-06.
- Silbey, J. (1967): *The Transformation of American Politics, 1840-1860*, Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall.
- (1985): *The Partisan Imperative: The Dynamics of American Politics Before the Civil War*, Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall.
- Skocpol, T. (1979): *States and Social Revolutions*, Princeton: Princeton University Press.
- Smith, A. D. (1990): «The Supersession of Nationalism?», *International Journal of Comparative Sociology* 31: 1-31.
- (1996): «The Origins of Nations», en Geoff Eley y Ronald Grigor Suny (eds.), *Becoming National: A Reader*, Nueva York: Oxford University Press.
- Smith, G., Law, V., Wilson, A., Bohr, A. y Allworth, E. (1998): *Nation-building in the Post-Soviet Borderlands. The Politics of National Identity*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Snow, D. y Benford, R. (1988): «Ideology, Frame Resonance, and Participant Mobilization», en Bert Klandermans, Hanspeter Kriesi, y Sidney Tarrow (eds.), *From Structure to Action: Social Movement Participation Across Cultures*, Greenwich, CT, JAI.
- (1992): «Master Frames and Cycles of Protest», en Aldon Morris y Carol McC. Mueller (eds.), *Frontiers in Social Movement Theory*, New Haven, Yale University Press.
- Snow, D. A., Rochford, E. B., jr., Worden, S. K. y Benford, R. D. (1986): «Frame Alignment Processes, Micromobilization, and Movement Participation», *American Sociological Review* 51: 464-481.
- Snyder, R. (1999): «After the State Withdraws: Neoliberalism and Subnational Authoritarian Regimes in Mexico», en Wayne A. Cornelius, Todd A. Eisenstadt y Jane Hindley (eds.), *Subnational Politics and Democratization in Mexico*, La Jolla, CA, Center for U.S.-Mexican Studies.

- Soboul, A. (1980): «Introduction», *Actes du Colloque: Girondins et Montagnards*, París: Société des Etudes Robespierres.
- Solnick, S. L. (1998): *Stealing the State: Control and Collapse in Soviet Institutions*, Cambridge, Harvard University Press.
- Spencer, J. (1975): «KAU and 'Mau Mau': Some Connections», trabajo no publicado.
- (1977): *The Kenya African Union 1944-1953: A Party in Search of a Constituency*, trabajo de doctorado, Columbia University.
- (1983): *James Beantabb, Freedom Fighter*, Nairobi, Stellascope Publishing Co.
- Steinberg, J. (1996): *Why Switzerland?* 2ª ed., Cambridge, Cambridge University Press.
- Steinberg, M. W. (1999): *Fighting Words. Working-Class Formation, Collective Action, and Discourse in Early Nineteenth-Century England*, Ithaca, Cornell University Press.
- Stinchcombe, A. L. (1991): «The Conditions of Fruitfulness of Theorizing About Mechanisms in Social Science», *Philosophy of the Social Sciences* 21: 367-388.
- (1998): «Monopolistic Competition as a Mechanism: Corporations, Universities and Nation-States in Competitive Fields» en Peter Hedstrom y Richard Swedberg (eds.), *Social Mechanisms. An Analytical Approach to Social Theory*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1999): «Ending Revolutions and Building New Governments», *Annual Review of Political Science* 1: 49-74.
- Strang, D. y Meyer, J. W. (1993): «Institutional Conditions for Diffusion», *Theory and Society* 47: 242-243.
- Suny, R. G. (1993): *The Revenge of the Past. Nationalism, Revolution, and the Collapse of the Soviet Union*, Stanford, Stanford University Press.
- (1995): «Ambiguous Categories: States, Empires, and Nations», *Post-Soviet Affairs* 11: 185-196.
- Sydenham, M. J. (1961): *The Girondins*, Londres, The University of London, Athlone Press.
- (1974): *The First French Republic; 1792-1804*, Berkeley, University of California Press.
- Tambiah, S. J. (1996): *Leveling Crowds. Ethnonationalist Conflicts and Collective Violence in South Asia*, Berkeley, University of California Press.
- (1997): «Friends, Neighbors, Enemies, Strangers: Aggressor and Victim in Civilian Ethnic Riots», *Social Science and Medicine* 45: 1177-1188.
- Tanner, A. (1982): *Spulen - Weben - Sticken. Die Industrialisierung in Appenzell Ausserrhoden*, Zurich, Juris Druck.
- Tarrow, S. (1989): *Democracy and Disorder: Protest and Politics in Italy 1965-1974*, Oxford, Oxford University Press.
- (1998): *Power in Movement*, 2ª ed., Cambridge, Cambridge University Press.
- (2001): «Transnational forties», *Annual Review of Political Science* 4, en preparación.
- Tierchant, H. (1993): *Hommes de la Gironde ou la Liberté éclairée*, Burdeos, Dossiers d'Aquitaine.
- Tilly, Ch. (1964): *The Vendée*, Cambridge, Harvard University Press.
- (1978): *From Mobilization to Revolution*, Reading, MA, Addison-Wesley.
- (1993): *European Revolutions, 1492-1992*, Oxford, Blackwell. (Trad. castellana: *Las revoluciones europeas, 1492-1992*, Barcelona, Crítica, 1995.)
- (1995): «State-Induced Violence 1900-1999», *Political Power and Social Theory* 9: 161-179.
- (1997): «Parliamentarization of Popular Contention in Great Britain, 1758-1834», *Theory and Society* 26: 245-273.
- (2000): «Processes and Mechanisms of Democratization», *Sociological Theory* 18: 1-16.
- (2001): «Mechanisms in Political Processes», *Annual Review of Political Science* 4, en preparación.
- Tomasi di Lampedusa, G. (1960): *Il gattopardo*. Milán: Feltrinelli. (Trad. castellana: *El gattopardo*, Madrid, Cátedra, 1989.)
- Traugott, M. (ed.) (1995): *Repertoires and Cycles of Collective Action*, Durham, NC, Duke University Press. (Trad. castellana: *Protesta social. Repertorios y ciclos de la acción colectiva*, Hacer, Barcelona, 2002.)
- Trechsel, A. (2000): *Feuerwerk Volksrechte. Die Volksabstimmungen in den schweizerischen Kantonen 1970-1996*, Basilea, Helbing and Lichtenhahn.
- Turner, V. (1982): *From Ritual to Theatre: The Human Seriousness of Play*, Nueva York, Performing Arts Journal Publications.
- United Nations (1995): *Kazakhstan. The Challenge of Transition. Human Development Report 1995*, www.undp.org/undp/rbec/nhdr/Kazakhstan.
- Uvin, P. (1998): *Aiding Violence. The Development Enterprise in Rwanda*, West Hartford, CT, Kumarian Press.

- van Klinken, G. (2001): «The Maluku Wars of 1999: Bringing Society Back In», *Indonesia*, en preparación.
- Vilas, C. (1986): *The Sandinista Revolution: National Liberation and Social Transformation in Central America*, Nueva York, Monthly Review Press.
- Viola, Lynne (1996): *Peasant Rebels under Stalin. Collectivization and the Culture of Peasant Resistance*, Nueva York, Oxford University Press.
- Volkov, V. (1999): «Violent Entrepreneurship in Post-Communist Russia», *Europe-Asia Studies* 51: 741-754.
- Walder, A. G. (1986): *Communist Neo-Traditionalism: Work and Authority in Chinese Industry*, Berkeley, University of California Press.
- (2000): «Identities and Interests in the Beijing Red Guard Movement: Structural Explanation Reconsidered», trabajo no publicado, Department of Sociology, Stanford University.
- Walder, A., Li, B. y Treiman, D. J. (2001): «Politics and Life Chances in State Socialist Regimes: Dual Career Path into Urban Chinese Élite, 1949-1996», *American Sociological Review*, en preparación.
- Waldron, A. N. (1985): «Theories of Nationalism and Historical Explanation», *World Politics* 37: 416-433.
- Walton, J. (1984): *Primitive Rebels: Comparative Studies of Revolution and Underdevelopment*, Nueva York, Columbia University Press.
- Wasserstrom, J. N. (1995): «Bringing Culture Back In and other Caveats: A Critique of Jack Goldstone's Recent Essays on Revolution», en Nikki R. Keddie (ed.), *Debating Revolutions*, Nueva York, New York University Press.
- (1991): *Student Protests in Twentieth-Century China: The View from Shanghai*, Stanford, Stanford University Press.
- Weeklev, K. (1996): «From Vanguard to Rearguard: The Theoretical Roots of the Crisis of the Communist Party of the Philippines», en Patricio N. Abinales (ed.), *The Revolution Falters: The Left in Philippine Politics After 1986*, Ithaca, Cornell University Southeast Asia Program Publications.
- Weingast, B. (1999): «Political Stability and Civil War: Institutions, Commitment, and American Democracy», en Robert Bates et al., *Analytic Narratives*, Princeton, Princeton University Press.
- Whitehead, L. (1995): «An Elusive Transition: The Slow Motion Denise of Authoritarian Dominant Party Rule in Mexico», *Democratization* 2: 24-36.
- Wickham-Crowley, T. (1989): «Winners and Losers and Also-Rans: Toward a Comparative Sociology of Latin American Guerrilla Movements», en Susan Eckstein (ed.), *Power and Popular Protest: Latin American Social Movements*, Berkeley, University of California Press.
- (1992): *Guerrillas and Revolution in Latin America: A Comparative Study of Insurgents and Regimes since 1956*, Princeton, Princeton University Press.
- (1994): «Elites, Elite Settlements, and Revolutionary Movements in Latin America 1950-1980», *Social Science History* 18: 543-574.
- Willerton, J. P. (1992): *Patronage and Politics in the USSR*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Youngblood, R. L. (1982): «Structural Imperialism: An Analysis of the Catholic Bishops' Conference of the Philippines», *Comparative Political Studies* 15:29-56.
- (1987): «Church and State in the Philippines: Some Implications for United States Policy», en Carl H. Lande (ed.), *Rebuilding a Nation*. Washington, DC, Washington Institute Press.
- (1990): *Marcos Against the Church: Economic Development and Political Repression in the Philippines*, Ithaca, Cornell University Press.
- Zald, M. N. y Berger, M. A. (1978): «Social Movements in Organizations: Coup d'Etat, Insurgency, and Mass Movements», *American Journal of Sociology* 83: 823-861.
- Zhao, D. (1997): «Decline of Political Control in Chinese Universities and the Rise of the 1989 Chinese Student Movement», *Sociological Perspectives* 40: 159-182.
- (1998): «Ecologies of Social Movements: Student Mobilization during the 1989 Prodemocracy Movement in Beijing», *American Journal of Sociology* 103: 1493-1529.
- (2000): *The Power of Tiananmen*, Chicago, University of Chicago Press.
- Zolberg, A. R. (1972): «Moments of Madness», *Politics and Society* 2: 183-207.

Índice onomástico y de materias

Abolicionista, movimiento
en la Norteamérica de preguerra, 179-183

Acción colectiva
en la agenda clásica de los movimientos sociales,
15-19

Acción colectiva
efectos de la movilización de las identidades
sobre la, 60;
emulación en la, 370;
en el movimiento estudiantil italiano
(1967-1968), 68-73;
en la contienda contenida en Kenia, 103-106;
equivalencia institucional y similitud revelada
en la, 370;
factores que guían el curso de, 53;
formación de identidades en la Norteamérica de
preguerra, 185;
formas rituales de, 53;
innovadora en Francia (1789), 65-66;
innovadora, 53-54;
para la movilización, 351-352;
que conduce a la contienda transgresiva en
Kenia, 107-111

Acción innovadora
en el movimiento por los derechos civiles, 53-
54;
en la Revolución Francesa, 65-66;
la apropiación allana el camino para la, 351;
vínculos con la certificación/descertificación, 351

Acción
cambio de escala en la acción contenciosa, 367-
368;
construcción social de la, 63;
contenciosa, 80;
emuladora, 370;
en la contienda política, 146-151.
Véase también acción colectiva; interacción

Actores colectivos
creados por los corredores, 157-158;

organización, deliberación y negociación de los,
66-68

Actores contenciosos
interacciones entre los, 66-67;
uso de la correduría por los, 111

Actores políticos
compuesto de, 13;
constitución en episodios de contienda, 349-352;
en los órdenes políticos, 161-162;
papel de la correduría entre, 158;
surgimiento de nuevos, 350-351

Actores
certificados y descertificados, 133;
constitución por medio de la interacción
contenciosa, 350-352;
efectos de flancos radicales sobre los, 76;
en el movimiento anti-Marcos, 125-126;
en el movimiento por los derechos civiles, 50-51;
en interacción continua, 81;
en la contienda política, 11-12, 61-62, 145-151;
en la revuelta siciliana y la anexión a Italia, 264-
266;
en los episodios, 32-34;
formación de la identidad de los, 146-148, 156-
157;
formación y transformación en la contienda
política, 61;
interacción entre, 145-146;
interacciones con los otros, 61, 151;
reivindicaciones de los, 152-154;
validados por la certificación, 133, 161, 175-
176, 226, 351

Actuaciones
dentro de los repertorios, 152-153

Adell Argilés, Ramón, 204

Advani, Lal, 164

Agentes de difusión
en la revuelta de Olenguruone, 113-114
Aguilar Fernández, Paloma, 199

- Akacv, Askar, 287
- Alcance, condiciones de
en el estudio de la contienda política, 36
- Amenazas
interpretación y atribución de las, 52-53.
Véase también Atribución de amenazas y
oportunidades; Oportunidades/amenazas,
espirales de
- Analogías causales, 81-82
- ANC. Véase Congreso Nacional Africano
- Anderson, Benedict, 119-120
- Anderson, Bo, 327
- Antiesclavismo político
efectos de los cambios sociales sobre el, 184-186;
surgimiento del, 184
- Apropiación social
acción innovadora con, 351;
como mecanismo causal, 100;
en el movimiento por los derechos civiles, 47-48,
51-52;
en la Revolución Amarilla filipina, 125-128;
en la Revolución Francesa, 65-68
- Aquino, Benigno, 117, 122-124, 134, 224
- Aquino, Cory, 118-119
- Arias Navarro, Carlos, 198
- Asesinato
de Benigno Aquino, 117, 122-124, 134, 224;
de Carrero Blanco, 178, 190-191, 198;
de Chamorro, 223-225;
de Indira Gandhi, 123;
relacionados con la resistencia kikuyu, 109-110
- Asociación Central Kikuyu (KCA [Kikuyu Central
Association]), 109, 113-114
- Asociación de Propietarios de Tierras Kikuyu
Ocupas de las Montañas
(Kikuyu Highlands Squatters Landlords
Association), 108
- Asociación Nacional para el Avance de la Gente de
Color (NAACP [National Association for the
Advancement of Colored People]), 46, 51, 74,
377
- Asociación para la Mejora de Montgomery (MIA
[Montgomery Improvement Association]), 44
- Atribución de similitud
definición, 369;
en el cambio de escala, 368-369;
en el genocidio de Ruanda, 375;
en las acciones colectivas, 370
- Atribución de amenazas y oportunidades
como mecanismo causal, 100;
en el movimiento por los derechos civiles, 50-51;
en la Kenia de posguerra, 104-106;
en la Revolución Francesa, 63-68
- Autoritarismo
en España, 195-198;
en México, 328;
impone pertenencia al orden político, 86
- Banco de América (BANAMERICA), Nicaragua, 220
- Banco Nicaragüense (BANIC), 220
- BANDILA. Véase La Nación Unida en Espíritu y
Misión
- BANIC. Véase Banco Nicaragüense
- Bao Tong, 242-243, 245
- BAYAN. Véase La Nueva Alianza Nacionalista
- BC. Véase Conciencia Negra
- Beissinger, Mark, 259, 277-280
- Berman, Bruce, 101, 114
- Bermeo, Nancy, 199
- Bharatiya Janata Party (BJP), India, 149, 152, 164-
165
- Bier, Alice Gail, 197
- Biko, Steve, 168
- BISIG. Véase Federación para el Avance del
Pensamiento y la Praxis Socialistas
- BJP. Véase Bharatiya Janata Party
- Black, George, 220, 221, 233, 236, 243
- Blyth, Stuart, 197-198
- Booth, John A., 222, 226-227
- Botha, P. W., 168
- Boudreau, Vincent, 125-126, 132
- Brass, Paul, 143
- Brezhnev, Leonid, 274, 284
- Brook, Timothy, 244
- Brooks, Preston, 177
- Bunce, Valerie, 90-91
- Burns, Stewart, 353-354
- Buthelezi, Mangosuthu, 169-171
- Butler, Andrew, 177
- Cambio social, proceso de
en la Revolución Amarilla filipina, 119-122
- Cambio social, procesos de
en Kenia tras la Segunda Guerra Mundial, 102-
104
- Capacidad gubernamental
definición, 299;
la consulta protegida intersecciona con la, 298-
299
- Cárdenas, Cuauhtémoc, 327
- Cárdenas, Lázaro, 326, 329
- Cardinal Sin, Jaime, 118, 123-124, 125
- Carrero Blanco, Luis, 178, 190, 198
- Carter, administración, 122, 227, 248
- Categorías
creación de nuevos pares de, 143;
transformación en Sudáfrica de las, 155
- Categorías, formación de
cambio de objeto depende de la, 160-161;
el préstamo como, 158-159, 175;
en la contienda política, 140, 175-176;
en la polarización, 357, 359;
en la Revolución Francesa, 362;
en las Molucas, 366;
en los conflictos hindú-musulmanes, 164-167;
en Sudáfrica (1980-1995), 167-174;

- encuentros como, 158-159, 175;
 identidades creadas por la, 158;
 incremental, 159;
 invención como, 158-159, 175;
 submecanismos en la, 158
- Cavour, Camillo, 261, 264-266, 269-271
- CBCP. Véase Conferencia de Obispos Católicos de las Filipinas
- CCOO. Véase Comisiones Obreras
- CEOE. Véase Confederación Española de Organizaciones Empresariales
- Certificación
 de los estudiantes disidentes por las élites chinas, 356;
 diferencias en los episodios de Kenia y las Filipinas, 133-135;
 efecto sobre la Revolución Amarilla filipina, 134;
 en la contienda política, 140, 163-164, 174-176;
 en los conflictos hindú-musulmanes, 164-167;
 en Sudáfrica (1980-1995), 167-174;
 valida los actores, 135, 161, 175-176, 226, 351
- Ciclo de protestas, modelo del, 6, 71-73
- Ciclo político, teoría del, 71-73
- Ciudadanía en la democracia, 295-296
- Clientelismo en la política mexicana, 335
- Clines, Francis, 285
- Club Makati de Empresarios (Makati Business Club), Filipinas, 121
- Coaliciones entre clases, formación de
 efectos de la, 306;
 en México, 328;
 en Suiza, 314, 317
- Coaliciones políticas
 correría en Sudáfrica de las, 167-168
- Cockcroft, James D., 327
- Coleman, James, 27
- Colonos blancos, Kenia
 efectos de la inmigración de la posguerra de, 102-106;
 miedo de ataques kikuyu, 109
- Comisiones Obreras (CCOO), España, 192, 196, 203
- Comité Coordinador No Violento Estudiantil (SNCC [Student Nonviolent Coordinating Committee]), 74
- Comparación por parejas
 análisis de los sistemas más similares y más diferentes, 88;
 basada en las pruebas cualitativa, 88-89;
 con fundamentos comunes, 89-90;
 de fundamentos no comunes, 88-92
- Competencia
 atribución de amenaza-oportunidad surgida de la, 104
 en Kazajstán, 289;
 en la creación de la Italia unificada, 271-272, 290;
 en la desintegración de la Unión Soviética, 273, 280-281, 290-291;
 en la polarización, 357-359;
 en la Revolución Francesa, 362;
 en las Molucas, 366;
 por el poder, 73-74;
- Conciencia Negra [Black Consciousness], 168
- Confederación Española de Organizaciones Empresariales (CEOE), 192
- Conferencia de Empresarios de las Filipinas, 121
- Conferencia de Obispos Católicos de las Filipinas (CBCP [Catholic Bishops' Conference of the Philippines]), 120-121, 124
- Conferencia del Liderazgo Cristiano del Sur (SCLC [Southern Christian Leadership Conference]), 44
- Confianza, redes de
 cambios afectan a la consulta protegida, 304-305;
 factores que propician la integración de las, 306;
 exclusión tras la revolución, 329;
 como conjunto de relaciones sociales, 304;
 como enclave de cambio, 336;
 suizas, 317-318
- Confianza, redes de, México
 integración en la política pública, 330;
 locales y corporativistas antes de la Revolución, 333
 surgimiento de redes de confianza autónomas, 334-335;
- Conflictos
 bajo Garibaldi en Sicilia, 266;
 entre facciones del Partido Comunista Chino (PCC) (1973-1977), 232-233;
 hindú-musulmanes, 141-152, 155, 163-167
- Confrontaciones
 como episodios únicos, 31
- Congreso de la Igualdad Racial (CORE [Congress of Racial Equality]), 74
- Congreso de Sindicatos del Este de África (EATUC [East Africa Trade Union Congress]), 105
- Congreso de Sindicatos Sudafricanos (COSATU [Congress of South African Trade Unions]), 168, 170-171
- Congreso Nacional Africano (ANC [African National Congress]), 168-174;
 efecto del aumento de poder del, 172-173
- Consejo Superior de Iniciativa Privada (COSIP, más tarde COSEP),
 Nicaragua, 221-222
- Consejos de Ciudadanos Blancos, 53
- Constitución de actores
 en el movimiento por los derechos civiles de EE.UU., 352-355
 en la rebelión Mau Mau, 355;
 en la Revolución Cultural de China, 355-356;
- Constituciones
 mexicana, 323;
 suiza (1798, 1803, 1848), 309, 312-313;
 regla de los tres quintos en la Constitución de los EE.UU., 181

Construcción social

- enfoque de los modernistas de la, 259

Consulta protegida

- avances hacia la, 187-188;
- en la democratización, 295-297;
- en los regímenes, 295;
- factores que afectan a la, 304;
- formas y procesos de producción contenciosa, 298;
- vías de estado fuerte y estado débil hacia la, 301-303

Contienda política

- actores en, 61-62, 151;
- agenda de los movimientos sociales para explicar la, 17-20;
- cambio de dirección a partir de mecanismos y procesos activados, 341;
- cambio de escala en la, 375;
- cambio de rumbo en las explicaciones estándar de la, 341-342;
- componentes de, 13;
- construida sobre identidades incrustadas y distantes, 156;
- contenida, 8;
- correduría en la, 369;
- culturalismo en, 62-63;
- definición, 5;
- en el régimen autoritario español, 195-198;
- en la Revolución Francesa, 60-63;
- en México, 326;
- en Suiza, 313;
- equivalencia institucional en la, 369-370;
- evolución en Kenia, 107-111;
- identidades políticas en la, 149-150;
- introducción de un análisis dinámico en la, 341;
- marco dinámico para la movilización en la, 48-49;
- marco dinámico para la, 47-49;
- mecanismo transformadores de las identidades en la, 174;
- mecanismos ambientales en la, 27;
- mecanismos causales recurrentes en la, 14-15, 36-38;
- mecanismos cognitivos en la, 27;
- mecanismos relacionales en la, 27-28;
- movilizadora de las identidades, 61;
- naturaleza episódica de la, 5;
- nuevo programa de la investigación para la, 346-348;
- oportunidad en la, 269;
- papel de la certificación en la, 175-176;
- para transformar identidades, 270-271;
- polarización en la, 357-359;
- racionalismo en la, 62;
- revolución siciliana como, 265-266;
- transgresiva, 8;
- utilización de la agenda clásica de los movimientos sociales para analizar la, 46-47

Contienda

- análisis empíricos de, 92-93;
- basada en identidades incrustadas o distantes, 156;
- contenida, 6-9, 80, 350;
- da forma a los acontecimientos en China y Nicaragua, 248;
- difusión en España de la, 198-200;
- diseminada por difusión, 370;
- diseminada por medio de la correduría, 368-370;
- ejemplos de episodios de, 6;
- en Suiza (décadas de 1830 y 1840), 310;
- enclave institucional de la, 378;
- entre las élites y popular en China, 230-231;
- episodios de contienda nacional, 9;
- escalada en Kenia, 107-111;
- explicaciones de la, 22-24;
- fase contenida del movimiento por los derechos civiles, 42;
- innovadora, 53-54;
- interacción social como base para la, 140;
- interdependencia de la democracia con la contienda popular, 298;
- mecanismos de la contienda revolucionaria, 219-220;
- papel de la correduría en la diseminación de, 370-371;
- puede generar consulta protegida, 298;
- tolerancia en México de la, 326;
- transgresiva y contenida, 377;
- transgresiva, 6-9, 13, 80, 350;
- transición a la fase transgresiva del movimiento por los derechos civiles, 32-44;
- transnacional, 372;
- tratamientos de la, 80-81.
- Véase también Episodios de contienda; Contienda política.

Contingencia

- papel en el análisis mediante mecanismos, 345;
- papel en la dinámica de la contienda, 247-248

Convergencia

- con radicalización en España, 204-205;
- con radicalización en los Estados Unidos, 189

Cooptación

- de intermediarios, 306;
- de intermediarios en México, 328;
- de intermediarios en Suiza, 317-318, 320

CORE. Véase Congreso de la Igualdad Racial

Cornell, Stephen, 256

Correduría

- como facilitadora de la política pública, 306;
- como mecanismo causal, 100;
- como mecanismo relacional, 27-28;
- definición, 27-28, 111, 157-158;
- diferencias en los episodios de Kenia y las Filipinas, 132-133;

- el cambio de objeto depende de la, 160-161;
- en el cambio de escala, 368;
- en el genocidio rwandés, 374-375;
- en Kazajstán, 289;
- en la contienda política, 140, 174-176, 368-369;
- en la creación de la Italia unificada, 271-272;
- en la desintegración de la Unión Soviética, 273, 281-282, 291;
- en la diseminación de la contienda, 370;
- en la formación de una coalición interclasista en Suiza, 314
- en la polarización, 357-358;
- en la promoción de la democracia suiza, 317-318, 320;
- en la Revolución Amarilla filipina, 125-128;
- en la Revolución Francesa, 362;
- en la transición española a la democracia, 179;
- en las Molucas, 366;
- en los conflictos hindú-musulmanes, 164-167;
- en México, 328-329, 344;
- en Sudáfrica (1980-1995), 167-174;
- entre grupos en la Norteamérica de preguerra, 180;
- funciones de, 174;
- papel en la democratización, 336-337;
- papel en la transición española, 202, 205;
- papel en las huelgas, 166-167;
- papel potencial de la, 76
- COSATU. Véase Congreso de Sindicatos Sudafricanos
- COSIP. Véase Consejo Superior de Iniciativa Privada
- Costa Rica, 227
- CPP. Véase Partido Comunista de las Filipinas
- Cuba, 218
- Culturalismo
 - en la contienda política, 62-63
- Chamorro, Pedro Joaquín, 221-224
- Chen Xitong, 239
- Chiapas, rebelión de, México, 327, 332-333
- China
 - campana anti-Mao (1978), 234-235;
 - contienda entre las élites y popular en, 230;
 - contienda popular en la Revolución Cultural, 355-356;
 - deserción del régimen en el movimiento estudiantil, 244-246;
 - episodios democráticos (1976-1986), 232-237;
 - papel de la contingencia en la contienda, 247-248;
 - reformas de Gengshen, 236-237
- D'Azeglio, Massimo, 261
- De Flesselles, Jacques, 59
- De Klerk, F. W., 169
- De Launey (marqués), 59
- Democracia
 - consulta protegida en la, 295-297;
 - definición como un proceso político, 294-296;
 - definición, 86;
 - desvíos de la, 298, 300-301;
 - directa en Suiza, 311, 314;
 - en Nicaragua, 217;
 - Kenia como democracia parlamentaria, 101-102;
 - límites de las explicaciones de la, 294;
 - papel de la capacidad gubernamental en la, 298;
 - representativa en Suiza, 311-313;
 - transición en España a la, 177-178
- vías fuerte y débil hacia la, 299-300;
- Véase también Democráticos, episodios
- Democratización
 - como alteración de la política pública, 295;
 - como episodio contencioso, 38-39;
 - efectiva, 295-296;
 - enclaves de cambio que conducen a la, 335-336;
 - factores que aceleran la, 304;
 - la desigualdad inhibe la, 314;
 - procesos y mecanismos que propician la, 304-306
- Democratización, México
 - cambios que condujeron a la, 329-330;
 - marco temporal de la, 328;
 - obstáculos a la, 329
- Democratización, Suiza
 - con transformación de la desigualdad, 316-317;
 - marco temporal de la, 328
- Deng Xiaoping, 239-242
- Depretis, Agostino, 268
- Derechos civiles, Estados Unidos, 53-54, 352-355
- Derechos civiles, movimiento por los
 - agenda clásica de los movimientos sociales para el estudio del, 20-21;
 - en Greenwood, Mississippi, 20-21;
 - explicación estática del, 42-45;
 - factores que influyeron en el surgimiento del, 50-51;
 - fase de contienda contenida, 41-42;
 - fase transgresiva del, 42-44, 50;
 - innovación en el, 53-54;
 - mecanismos dinámicos en el, 47-48
- Des Forges, Alison, 374
- Desafiadores
 - apropiación de las organizaciones existentes, 48, 51-52;
 - en interacción continua, 81
- Descertificación
 - ausencia en China, 248;
 - definición, 226;
 - diferencias en los episodios de Kenia y las Filipinas, 133-135;
 - efecto sobre la Revolución Amarilla filipina, 134;
 - efecto sobre la revuelta Mau Mau, 133;
 - en el proceso nicaragüense de deserción del régimen, 218-219, 225-229
- Descolonización
 - después de la Segunda Guerra Mundial, 161-162;
 - en la Kenia de después de la Segunda Guerra Mundial, 104-105

- Desigualdad
 aislamiento en México a partir de la desigualdad
 categórica, 329-330;
 cambios que afectan a la consulta protegida,
 304-305;
 como conjunto de relaciones sociales, 304;
 efectos de la formación de coaliciones entre
 clases sobre la, 306;
 material en Suiza, 314-317
- Desintegración, Unión Soviética, 273, 280-282,
 289-291
- Deutsch, Karl, 308
- Díaz, Porfirio, 323
- Difusión
 de la contienda nacionalista soviética, 279-280;
 en el cambio de escala, 368;
 en el genocidio de Rwanda, 374-375;
 en la diseminación de la contienda, 368;
 en las trayectorias de la contienda, 74-76
 difusión/emulación, vía de
 que conduce al cambio de escala, 368-369
- Dingxin Zhao, 243
- Disolución
 de las redes patrón-cliente mexicanas, 328;
 de las redes patrón-cliente suizas, 317;
 de las redes patrón-cliente, 306
- Douglas, Stephen A., 184, 188
- EATUC. Véase Congreso de Sindicatos del Este de
 África
- Edgerton, Robert B., 101
- Eisenhower, administración, 51
- Elias, Norbert, 158-159
- Elster, Jon, 26
- Empresas Filipinas por el Progreso Social (PBSP
 [Philippine Business for Social Progress]), 121
- Emulación
 definición, 370;
 en el cambio de escala, 369, 370;
 en la acción colectiva, 370;
 vía de la difusión/emulación, 368-369
- Enclaves sociales
 correduría vinculada a los, 157, 174
- Encuentros en la formación de categorías, 158-159,
 175
- Enfoques culturales
 para el estudio de la contienda política, 23, 62-
 63
- Engels, Friedrich, 214
- Enmarcamiento
 de la Revolución Francesa, 64-66;
 en la agenda clásica de los movimientos sociales,
 17-19;
 esfuerzos de los movimientos maduros, 52-53
- Enmarcamiento, procesos de, 17-19
- Enrile, Juan Ponce, 118
- Episodios de contienda
 apropiación social en los, 51-52;
 con cambio de escala, 349-350, 367;
 contenidos, 9;
 definición, 92;
 factores que contribuyen al surgimiento de, 105;
 geografía y formas de los, 82-84;
 mecanismos y procesos causales en los, 30-34;
 movilización en los, 30-31;
 nacionales, 9;
 nuevos actores políticos e identidades en los,
 349-350;
 polarización en los, 30, 357;
 procesos en los, 30-31;
 transgresivos, 9
- Episodios democráticos
 en Pekín (1986), 237-238;
 movimiento Cinco de Abril en China, 232-234,
 238, 249;
 movimiento del Muro de la Democracia en
 China, 234-236;
 movimiento estudiantil chino (1989), 238-241
- Episodios
 definición de episodios causales, 26;
 definición, 93;
 movilización en los, 30-31;
 polarización en los, 30-31;
 procesos en los, 29-30
- Escala
 del repertorio contencioso, 156;
 nacional, 376-377
- Escala, cambio de
 definición, 367;
 emulación en el, 369, 370;
 en el genocidio de Rwanda, 373-378;
 en la contienda política, 375;
 en las acciones contenciosas, 367-368;
 en los movimientos estudiantiles (década de
 1960), 372-373;
 transnacional, 372;
 vía de la correduría/formación de coaliciones
 que conduce al, 368-369;
 vía de la difusión/emulación que conduce al,
 368-369
- Esclavitud
 pacto institucional en la preguerra sobre la,
 180-183;
 regulación en el nivel estatal de la, 181-182
- España
 autoritarismo en, 193-198;
 cambio de identidad, 200-205;
 contención de la contienda en, 191-193;
 correduría en, 179-180, 202, 205;
 difusión de la contienda en, 198-200;
 radicalización y convergencia en, 204-205;
 transición a la democracia, 177-178, 191-205
- Estado
 capacidad del, 85
 vía del estado fuerte, 299-300;
 vía del estado débil, 299-300

Estados Unidos

- cambio de identidad en los, 185-187;
- cambio estructural en los, 185;
- correduría y radicalización en los, 187-189;
- derechos civiles, 54, 352-355;
- facción antiesclavista del Partido Republicano, 184;
- Free Soil Party [Partido Tierra Gratis], 184-189;
- inmigración (1845-54), 185;
- movimiento Know-Nothing [No-Sé-Nada], 185;
- radicalización y convergencia en los, 181

Estados, construcción de

- en Italia, 261-272;
- en la Revolución Francesa, 64-65;
- lengua en la construcción de, 255-256;
- papel de la nacionalidad en la, 257-260

Estandarización

- del incremento de la capacidad del estado, 85

Estructurales, análisis, 22-23

Estudiantiles, movimientos

- chino, 241;
- español, 197;
- italiano, 69-73;
- mexicano, 326

ETA. Véase Euzkadi Ta Askatasuna

Etnia

- dentro de Kazajstán, 284;
- distinta de nacionalismo, 231-232
- relación con nacionalidad, 256

Euzkadi Ta Askatasuna (ETA), España, 176, 196-199, 204-205

Falange, España, 198

Fang Lizhi, 237-238, , 247n5

FAT. Véase Federación Autónoma del Trabajo

Federación Autónoma del Trabajo (FAT), México, 334

Federación de Granjeros Libres, Filipinas, 127

Federación de Organizaciones Populares (KASAMA [Kalipunan ng mga Samahan ng Mamamayan]), Filipinas, 126

Federación para el Avance del Pensamiento y la Praxis Socialistas (BISIG [Bukluran para sa Ikauunlad ng Sosyalistang Isip at Gawa]), Filipinas, 126

Federal, sistema

- en México, 325;
- en Suiza, 313

Fellman, Michael, 187

Feministas sudafricanas, 173

Fenomenológicos, enfoques, 22-23

Filipinas

- correduría, 125-128;
- democracia caciquista en, 119;
- formación de coalición entre clases, 224-225;
- incertidumbre en, 123-125;
- organización paraguas anti-Marcos, 125-128

Fligstein, Michael, 379

FMI. Véase Fondo Monetario Internacional (FMI)

Fondo Monetario Internacional (FMI), 228

Foner, Eric, 184, 186, 189

Fosdick, Harry Emerson, 354

Franco, Francisco, 177-178, 193-195, 201-202

FRAP. Véase Frente Revolucionario Antifascista Patriótico

Fredrickson, George M., 186

Free Soil Party [Partido de la Tierra Gratis], Estados Unidos, 184-189

Freitag, Sandra, 166

Frente Democrático Unido (UDF [United Democratic Front]), Sudafrica, 168, 170

Frente Patriótico de Rwanda (RPF), 373

Frente Revolucionario Antifascista Patriótico (FRAP), España, 199-204

Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), 216-219

acción insurgente (1977), 226-227;

ayuda de Costa Rica al, 227-228;

incursión exitosa del (1974), 224-225

FSLN. Véase Frente Sandinista de Liberación Nacional

Furedi, Frank, 112-114

Gamson, William, 7

Garibaldi, Giuseppe, 262-270

Garrison, William Lloyd, 184

Ghosh, Amitav, 137-138, 157, 159

Gobierno directo

en el incremento de la capacidad del estado, 85

Gobiernos

de la democracia directa suiza, 311-312;

forma suiza de, 309

que gobiernan según identidades políticas, 148;

Goldstone, Jack, 247-248

Goodwin, Jeff, 219

Gorbachov, Mijail, 240, 247, 274-277, 284-287

Gossman, Lionel, 313

Gramsci, Antonio, 69, 272

Granovetter, Mark, 27, 114

Greenwood, David, 194n3

Griffiths, James, 106

Grupo de Acción, Kenia, 115-117

Grupo de los Cuarenta (Anake wa Forty), Kenia, 116-117

Grupo de los Doce, Nicaragua, 222, 228

Grupos étnicos, México, 333

Guenniffey, Patrice, 360-361

Guerra

como contienda política, 55-56

Guerra Civil Norteamericana

acontecimientos precedentes de la, 180-189;

mecanismos ambientales, cognitivos y

relacionales en la, 27

Gunther, Richard, 224-225, 228, 235-236

Haas, Ernst, 254-255
 Habyarimana, Juvénal, 373-375
 Hiall, Perer, 90
 Hardy, Siméon-Prosper, 3, 91
 Hartmann, Douglas, 256
 Hedman, Eva-Lotta, 121-122, 126, 127-128, 132
 Hedsröin, Peter, 26-27
 Hindú-musulmán, conflicto
 actores, identidades y acciones en el, 146-151;
 en Panipur, India, 141-144;
 interacciones en el, 155;
 mecanismos en intersección en el Asia
 meridional en el, 164-167
 Hroch, Miroslav, 253
 Hu Yaobang, 237-239, 242, 247-249
 Huelgas, oleadas de
 en la contienda política, 56

Identidad, cambio de
 en Kazajstán, 288-289;
 en la anexión de Sicilia, 270-271;
 en la creación de la Italia unificada, 270-272, 290;
 en la desintegración de la Unión Soviética, 273-
 274, 280, 291;
 en la transición española, 200-202;
 en los Estados Unidos, 185-187

Identidades políticas
 afirmaciones sobre las, 60-61;
 en la vida social y en la contienda política, 150;
 formación de las, 61;
 gobiernos que gobiernan según las, 148-149;
 incrustadas y distantes, 149;
 lenguaje como, 255-256

Identidades
 carácter social de las, 161;
 ciudadanía como, 150;
 como relaciones sociales, 148-149;
 contienda política edificada sobre identidades
 incrustadas y distantes, 156;
 de los actores, 146-151;
 distantes, 149, 156;
 distribución de las identidades contenciosas,
 150-151;
 en el conflicto hindú-musulmán, 144-145;
 en la contienda política, 146-151;
 en la creación de republicanos franceses, 64-65;
 familiares, 149;
 incrustadas, 149, 156;
 modificadas en la interacción social, 139;
 puntos de vista diferentes sobre las, 144-146;
 religiosas, 149

Identidades, formación de las
 creadas por formación de categorías, 158-159;
 de los actores de la Revolución Francesa, 60-68;
 en la Norteamérica de preguerra, 185;
 mecanismo de formación de las identidades
 políticas, 30

Iglesia católica, Filipinas, 120-125

Igualdad
 en la pertenencia al orden político, 86;
 en los regímenes, 295;
 en Suiza, 315-316

Incertidumbre
 acerca de la política filipina, 123-125;
 como factor en episodios de contienda, 106;
 efecto en la Revolución Francesa, 65-66;
 en Kenia, 105-106, 111-112;
 en relación con el golpe fallido en Rusia, 285

INDE. Véase Instituto Nicaragüense de Desarrollo

Industrialización en Suiza
 cambio de población con la, 316, 318;
 concentración de la primera, 319;
 inicios de la, 315-316;
 socavamiento de las redes de confianza por la,
 317-318

Información, difusión de la, 368

Infringimiento de los intereses de las élites,
 Nicaragua, 218, 220-222

INMECAFÉ. Véase Instituto Mexicano del Café

Inmigración, Estados Unidos (1845-1854), 185

Institucional, equivalencia, 369-370

Instituto Mexicano del Café (INMECAFÉ),
 México, 332

**Instituto Nicaragüense de Desarrollo (INDE), 221-
 222**

Instrumentalización
 con incremento de la capacidad del estado, 85

Integración
 de las redes de confianza mexicanas, 330;
 de las redes de confianza y la política pública
 suizas, 319-320;
 de los mecanismos causales italianos, 289-290.
 Véase también Desintegración

Interacción social
 como base de la contienda, 140;
 efecto alterador de la, 62;
 identidades modificadas en la, 139

Interacciones
 cognitivas, 53;
 contenciosas, 79-81, 152;
 de los actores en la revolución siciliana, 264-266;
 distribución según interacción-resultados, 153-
 155;
 en la Revolución Cultural china, 325-326;
 estratégicas, 154-155;
 los repertorios limitan las, 53;
 paso de las no contenciosas a las contenciosas,
 155-156;
 repertorios de la interacción contenciosa, 152-157.
 Véase también Social, interacción

Internacionalización
 efectos sobre el cambio democrático en México,
 331

Invencción
 papel en la formación de categorías, 158-159,
 174-175

Italia

- cambio de identidad en el proceso de unificación, 270-271, 290;
- construcción del Estado en, 261-272;
- correduría en el proceso de unificación, 271-272;
- hegemonía del Piamonte tras la unificación, 267-269;
- integración de mecanismos causales en, 290;
- movilización en el proceso de unificación, 290;
- oleadas de contienda en (década de 1960), 32-34;
- proceso de unificación en, 261-266, 270-272, 290;
- unificación (1859-1870), 259-267, 289-290.

Véase también Sicilia

IAJA. Véase Justicia para Aquino, Justicia para Todos (Justice for Aquino, Justice for All)

JOC. Véase Juventudes Obreras Católicas

Juárez, Benito, 323

Justicia para Aquino, Justicia para Todos (IAJA [Justice for Aquino, Justice for All]), Filipinas, 127-128

Juventudes Obreras Católicas (JOC), España, 197

Kakar, Sudhir, 164-165

KASAMA. Véase Federación de Organizaciones Populares (Kalipunang mga Samayan ng Mamamayan)

Karzenstein, Peter, 89-90

KAU. Véase Unión Africana de Kenia (Kenya African Union)

Kazajstán

- como república soviética, 284;
- geopolítica de, 282-283;
- represión de algunos grupos nacionalistas en, 287;
- resistencia a la colectivización soviética, 284

KCA. Véase Asociación Central Kikuyu (Kikuyu Central Association)

Kenia

- atribución de amenaza y oportunidad en, 104-106;
- certificación y descertificación en, 133-135;
- como democracia parlamentaria, 101-102;
- corredores y correduría, 132-133, 174;
- descolonización en, 102;
- escalada de la contienda en, 107-111;
- incertidumbre en, 105-106, 111;
- movilización de la contienda contenida en, 106;
- movilización en, 104-106;
- nacionalismo en, 104-105, 110;
- política contenida de Kenyatta y la KAU, 109-110;
- política multirracial en, 105;
- procesos de cambio en, 102-104;
- solidaridad en, 115.

Véase también Kikuyu, pueblo; Mau Mau, revuelta, Kenia

Kennedy, administración, 51

Kenyatta, Jomo, 100, 105-106, 107-108, 174;

efectos de la descertificación de, 133

Kerkvliet, Benedict, 129

Kikuyu, pueblo

- acción colectiva de los ocupas de Olenguruone (década de 1940), 107-110;
- campaña de juramentación de los ocupas de Olenguruone, 109, 113;
- diseminación de la campaña de juramentación en Nairobi, 114-117;
- factores de disrupción de la vida del, 103

King, Martin Luther, jr., 44, 52, 54, 354

Koinange (jefe kikuyu), 115

Kolbin, Gennadi, 284

Kubai, Fred, 106, 115-117

Kunaev, Dinmukhamed, 284

La Farina, Giuseppe, 271

Ladner, Joyce, 20-21

Lampedusa, Tomasi di, 266-267

Lande, Carl, 134

Lenguas

- como base de la identidad política, 287;
- como identidad política, 255-256;
- creación por parte de los estados de lenguas nacionales, 257;
- en tiempos de la unificación italiana (década de 1860), 259-260, 262;
- lengua estatal de Kazajstán, 285, 289;
- minoritarias, 255-256

Lenin, V. I., 274

Lennox-Boyd, Alan, 101

Li Peng, 239

Lincoln, Abraham, 188

Linz, Juan, 196, 205

Lonsdale, John, 101, 106, 110, 114

Ludden, David, 147

Luis XVI (rey de Francia), 57

Lyttleton, Adrian, 272

Mack Smith, Denis, 269-270

Macleod, Ian, 101-102

Macmillan, Harold, 101

Mandela, Nelson, 169, 173

Mao Zedong, 232-234

Maravall, José María, 197, 199

Marcos, Ferdinand, 117-125, 134

Marx, Anthony W., 168

Marx, Karl, 214, 382

Mau Mau, revuelta, Kenia, 6-7

- apropiación social y correduría en la, 111-112;
- certificación y descertificación en la, 133-135;
- desarrollo de diferentes facciones durante la, 103;
- diferencias con la Revolución Amarilla filipina, 99-100;
- efecto de la descertificación sobre la, 133-134;
- escalada de la (1952), 100

- interpretaciones en competencia de las amenazas y oportunidades, 104;
 orígenes del movimiento, 102-103;
 resultados de la correduría en la, 132
- Mazzini, Giuseppe, 264, 271
- McCarthy, John, 17
- Mecanismos
- agravios impuestos repentinamente como, 345;
 - ambientales, 27, 64, 344-345;
 - atribución de amenaza y oportunidad, 100;
 - certificación como, 351;
 - cognitivos, 27, 344-345;
 - competencia por el poder como, 73-74;
 - correduría, 100;
 - cuestión de la interacción de los, 248
 - de la formación de identidades políticas, 30;
 - definición, 26-27;
 - del proceso de movilización, 29-30;
 - difusión como, 74-75;
 - en relación a los procesos, 13-14, 29-30;
 - énfoques sobre los, 26-27;
 - especificación operacional de los, 345;
 - formación de categoría como, 351;
 - función de los, 26-27;
 - que propician la democratización, 304-306;
 - radicalización como, 74-76;
 - reconocimiento de los, 28;
 - recurrentes, 14-15, 35-38;
 - relacionales, 27-28, 344-345;
 - represión como, 74-76.
- Véase también Atribución de amenaza y oportunidad; Correduría; Formación de categorías; Certificación; Difusión; Cambio de objeto; Represión; Agravios impuestos repentinamente
- Mediación
- del repertorio contencioso, 156
- Merton, Robert, 26
- Metodología de los análisis de la contienda política, 343-346
- México
- ausencia de igualdad entre las categorías en, 329-330;
 - autoritarismo en, 328;
 - clientelismo en, 334-335;
 - constituciones de, 323-324;
 - cooptación de los intermediarios en, 328;
 - correduría en, 328, 333-334, 344;
 - crecimiento económico (década de 1960), 331;
 - democratización de, 328-332, 336-337;
 - disolución de las redes patrón-cliente, 328;
 - formación de coaliciones entre clases en, 328;
 - movimiento estudiantil (1968), 331-332;
 - movimientos ciudadanos (década de 1970), 331;
 - oligarquía post-revolucionaria, 328;
 - rebelión de Chiapas, 327, 332, 335;
 - redes de confianza en, 330;
 - sistema federal de, 323-324;
 - sociedad civil en, 327;
 - tolerancia de la contienda en, 325-326;
- Véase también Partido Revolucionario Institucional (PRI); Partido de Acción Nacional (PAN); Partido de la Revolución Democrática (PRD); Pública, política, México; redes de confianza, México
- MLA. Véase Asociación para la Mejora de Montgomery (Montgomery Improvement Association)
- MIL. Véase Movimiento Ibérico de Liberación
- Minnaar, Anthony, 170-171
- Mito nacional, 254
- Moncloa, Pactos de la, 203
- Montero, José Ramón, 204
- More, Barrington, 89
- Movilización
- atribución de amenaza y oportunidad en la, 104-105;
 - condiciones desencadenantes en China y en Nicaragua, 246-247;
 - de la contienda contenida en Kenia, 105-106;
 - de la derecha en España, 204-205;
 - de los nacionalistas en Kenia, 104-105;
 - en el movimiento estudiantil italiano (1967-68), 32-34, 68-70;
 - en España, 196-198;
 - en la Kenia de posguerra, 104-105;
 - en la Revolución Amarilla filipina, 117;
 - en la unificación italiana, 289-290;
 - en los episodios, 32;
 - en Montgomery, Alabama, 42-47;
 - marco dinámico para la, 47-49, 55-56;
 - mecanismos y procesos en la, 14, 29-30;
 - necesidad de acción colectiva para la, 351;
 - secesionista soviética, 279.
- Véase también Atribución de amenaza y oportunidad
- Movilización, estructuras de
- en la agenda clásica de los movimientos sociales, 16, 18-20, 55
- Movimiento Ibérico de Liberación (MIL), España, 199
- Movimiento Nacional por unas Elecciones Libres (NAMFREL [National Movement for Free Elections]), Filipinas, 128
- Movimientos sociales, agenda de los análisis de la contienda política en la clásica, 46-47;
- clásica, 16-21, 44-45;
 - en la unificación italiana, 261-262
- tratamiento de las interacciones en la clásica, 80-81;
- Multirracial, política en las colonias africanas británicas de la posguerra, 104-105
- Mungai, J. M., 115-117
- Munro, Robin, 233, 235-237, 242-243
- Muro de la Democracia, movimiento del, China (1978), 234-236

- NAACP. Véase Asociación Nacional para el Avance de la Gente de Color (National Association for the Advancement of Colored People)
- Nación Unida en Espíritu y Misión (BANDILA [Bayan Nakiisa so Diwa at Layanin]), Filipinas, 127
- Nación
definición, 254
- Nacionalidad
en el gobierno y la política regionales soviéticos, 260;
kazaja, 287-288;
personas conectadas por derechos y obligaciones, 256-257;
relacionada con la etnia, 256
- Nacionalismo
apoyo en Italia al, 262;
aspiración a un estado de los rusos étnicos, 286-287;
aspirante a un estado, 258;
como episodio contencioso, 38;
definición, 254;
dirigido desde el Estado y aspirante a un estado en la Unión Soviética, 273;
dirigido desde el estado y aspirante a un estado, 257;
distinto de etnia, 256;
en el Asia central, 285-287;
en el periodo de la *glasnost*, 259;
en Indonesia, 362-363;
en Kazajstán, 282-287, 288-289;
en la Kenia de posguerra, 104-105, 110-111;
hindú, 163;
ideología nacionalista, 254;
italiano aspirante a un estado y dirigido desde el estado, 261-262, 290;
papel en el hundimiento de la Unión Soviética, 273;
reivindicaciones del, 253-254
- Nación-estado
definición, 254;
redefinición de estados e imperios como, 258;
la Italia unificada como, 272
- NAFTA. Véase Tratado de Libre Comercio Norteamericano (North American Free Trade Agreement)
- NAMFREL. Véase Movimiento Nacional por unas Elecciones Libres (National Movement for Free Elections)
- Nazarbaev, Nursultan, 284-287
- Necker, Jacques, 3, 4, 57-59
- Nicaragua
descertificación del régimen de Somoza, 341;
en situación revolucionaria (década de 1970), 217-218;
estados extranjeros retiran apoyo a, 226-229;
formación de coalición entre clases, 224;
infringimiento de los intereses de las élites en, 219-222;
papel de la contingencia en la contienda, 246-248;
trayectoria de la revolución en, 217-219
- Nixon, Richard M., 6-7
- Nottingham, John, 101
- NPA. Véase Nuevo Ejército Popular (NPA [New People's Army])
- Nueva Alianza Nacionalista (BAYAN [Bagong Alyansa Makabayan]), Filipinas, 126
- Nuevo Ejército Popular (NPA [New People's Army]), Filipinas, 129-131
- O'Donnell, Guillermo, 179
- Objeto, cambio de
definición, papel y casos de, 161-161;
efecto sobre los repertorios de la contienda, 159;
en la contienda política, 140, 174-176;
en los conflictos hindú-musulmanes, 164-167;
en Sudáfrica (1980-1995), 167-174;
función del, 175
- Obregón, Álvaro, 324, 329
- OEA. Véase Organización de Estados Americanos
- Olcott, Martha Brill, 282-283, 284-285
- Olson, Mancur, 16
- Oportunidad
en la contienda política, 269;
interpretación y atribución de, 52.
Véase también Oportunidad política
- Oportunidad política
en la agenda clásica de los movimientos sociales, 16-20
- Oportunidades/amenazas, espirales de
en Kazajstán, 288-289;
en la desintegración de la Unión Soviética, 273, 278-280, 290-291;
en la polarización, 357-358;
en la Revolución Francesa, 358, 361-362;
en la unificación italiana, 269-270, 290;
en las Molucas, 365-366
- Opus Dei, España, 198
- Organización de Estados Americanos (OEA), 228
- Paige, Jeffrey M., 223
- PAN. Véase Partido de Acción Nacional
- Parks, Rosa, 42-43, 50
- Partido Comunista Chino (PCCCh)
conflicto entre facciones en el (1973-1977), 231-233;
ilegalización de organizaciones (1980), 236-237;
penetración en la sociedad china, 230-231, 245
- Partido Comunista de las Filipinas (CPP [Communist Party of the Philippines]), 129-131
- Partido Comunista Español (PCE), 203
- Partido Comunista Filipino, 117

- Partido Comunista Indonesio (PKI [Partai Komunis Indonesia]), 363
- Partido de Acción Nacional (PAN), México, 326n3, 327, 331, 334
- Partido de la Revolución Democrática (PRD), México, 326n3, 327
- Partido de Liberación Nacional (PLN), Nicaragua, 222, 244-245
- Partido de Unidad Popular, Kazajistán, 286
- Partido Inkatha por la Libertad (Inkatha Freedom Party), Sudáfrica, 169-171
- Partido Nacional (NP [National Party]), Sudáfrica, 167-169
- Partido Revolucionario Institucional (PRI), México, 324-328;
declive de la red corporativista del, 333-334;
desafíos al, 333-334;
incorporación de los campesinos al, 329;
instalación del sistema corporativista (década de 1930), 333;
mecanismos para reforzar el poder del, 329-330
- Partido Socialista Obrero Español (PSOE), 192, 201, 206
- Payne, Charles, 20-21, 203
- Payne, Stanley, 190
- PBSP. Véase Empresas Filipinas por el Progreso Social (Philippine Business for Social Progress)
- PCCh. Véase Partido Comunista Chino
- PCE. Véase Partido Comunista Español
- Penetración
del incremento de la capacidad del estado, 85-86
- Pérez Díaz, Víctor, 190-191, 199-200, 202-203
- Piamonte
anexiones en vistas a formar una Italia unida, 264-267;
anexiones sucesivas de pequeños estados por Cavour, 264
- PKI. Véase Partido Comunista Indonesio (Partai Komunis Indonesia)
- PLN. Véase Partido de Liberación Nacional
- Polarización
combinación de mecanismos, 357-358;
definición, 357;
ejemplos de, 357-358;
en el movimiento estudiantil italiano (1967-1968), 69-70;
en la Norteamérica de preguerra, 203;
en la Revolución Francesa, 358-362;
en los episodios, 31
- Política
característica de Suiza, 316-317;
caracterización de gran parte de la, 5;
de masas y de élite en China, 242;
efectos del abolicionismo en Norteamérica sobre la, 184;
formas nacionalistas de, 253-254;
institucionalizada, 6-7;
no institucionalizada, 6-7;
racial, 45-46.
Véase también Política pública
- Política pública
cambios que afectan a la consulta protegida, 304-305;
como conjunto de relaciones sociales, 304;
como enclave de cambio, 355-356;
componentes de la, 12-13;
correduría como facilitadora de la, 306;
desigualdad suiza entra en intersección con la, 315-316;
redes de confianza en Suiza ligadas a la, 319-320
- Política pública, México
aislamiento de la desigualdad entre categorías, 329-330;
exclusión de las redes de confianza tras la revolución de la, 329;
integración de las redes de confianza en la, 330;
surgimiento de redes de confianza autónomas, 334
- PRD. Véase Partido de la Revolución Democrática
- Prestamos en la formación de categorías, 158-159, 175
- PRI. Véase Partido Revolucionario Institucional
- Procesos causales
definición, 25;
recurrentes, 36
- Procesos de cambio
en la Kenia posterior a la Segunda Guerra Mundial, 102-104;
en la Revolución Amarilla filipina, 119-122
- Procesos
como cadenas causales, 29;
contenciosos, 298;
continuados, 9-10;
definición, 29;
episódicos, 9-10;
mecanismos causales en los procesos sociales, 13-14;
políticos, 17-18;
que propician la democratización, 304-306;
relación con los mecanismos, 29-30
- Programa Nacional de Solidaridad (PRONASOL), México, 334-335
- PRONASOL. Véase Programa Nacional de Solidaridad
- Protección
ofrecida por los regímenes, 295
- PSOE. Véase Partido Socialista Obrero Español
- Racionalismo
en contienda política, 62
- Racionalistas, análisis, 22-25, 62-63, 80
- Radicalización
de los manifestantes chinos (1989), 248-249;
en el episodio antiesclavista norteamericano, 248;
en el episodio de democratización español, 248;
en las trayectorias de la contienda, 74-76;
facilita la convergencia en España, 204-206

- Ramaphose, Cyril, 169
- Ramos, Fidel, 118
- Rashriya Swayamsevak Sangh (RSS), India, 163
- Reagan, administración, 134-135
- Recursos, movilización de
 - bases para una teoría de la, 47-48;
 - modelos de, 16
- Redes
 - actores en las, 146-147;
 - mexicanas patrón-cliente, 328.
 - Véase también Confianza, redes de
- Régimen, deserción del
 - agravios repentinamente impuestos en la, 218-219, 222-225;
 - descertificación en la, 218, 225-228;
 - en el movimiento estudiantil chino, 244-246;
 - en Nicaragua, 217-218;
 - infringimiento de los intereses de las élites en la, 218-222
- Regímenes
 - amplitud de los, 296;
 - efectos de la retirada de apoyo sobre los, 226;
 - incrustados en la validación, 226;
 - variación de los, 295
- Reivindicación
 - por parte de los actores, 151;
 - el cambio de objeto se centra en la, 175;
 - participantes en la reivindicación pública, 152-153
- Relaciones sociales
 - cambio de objeto activa las, 175;
 - desigualdad como, 304;
 - en la contienda política, 156-157;
 - nacionalidad y etnia hacen referencia a las, 256;
 - política pública como, 304;
 - redes de confianza como, 304
- Ren Wanding, 235
- Repertorios
 - actuaciones dentro de los, 138;
 - evolución y acción limitadora de los, 49;
 - forma dinámica de los, 48-50;
 - heredados, 49;
 - modificaciones en los, 138;
 - parlamentarización propicia cambios en los, 144-145;
 - transgresivos, 48-49
- Repertorios contenciosos, 152-156;
- efectos del cambio de objeto sobre los, 154-160;
- particularismo de los, 156
- Repertorios de contienda
 - en la agenda clásica de los movimientos sociales, 16-20;
 - efectos del cambio de objeto sobre los, 159-160
- Represión
 - en Kazajstán, 287-288;
 - en las trayectorias de la contienda, 74-76
- República Popular China (RPCh).
 - Véase China
- Revolución Amarilla filipina
 - apropiación social y correduría en la, 125-128;
 - atribución de oportunidades y amenazas en la, 122-125;
 - ausencia de los insurgentes comunistas en la, 128-131;
 - certificación y descertificación en la, 133-135;
 - diferencias con la revuelta Mau Mau, 99-100;
 - efectos de la certificación y la descertificación en la, 134;
 - procesos de cambio en la, 133-135;
 - resultados de la correduría en la, 131-132
- Revolución Cultural, China, 355-356
- Revolución Francesa
 - actores forman nuevas identidades, 60-68;
 - mecanismos ambientales desencadenantes, 64;
 - política transgresivas en la, 59
- Revolución, México (1910), 324
- Revoluciones
 - como episodios contenciosos, 39-40;
 - en Francia (1789), 57-60;
 - estudios comparativos de las, 214-216;
 - explicación completa de las, 215;
 - proceso de deserción del régimen en las, 218-219;
 - trayectoria en Nicaragua, 217-219;
 - trayectorias en las historias naturales de las, 213-214
- Revuelta de Dixiecrat (1948), 54
- Riall, Lucy, 263
- Ringmar, Erik, 161
- Roosevelt, Eleanor, 353
- Rosberg, Carl G., jr., 101
- Roy, Beth, 141-144, 151
- RPF. Véase Frente Patriótico de Rwanda (Rwanda Patriotic Front)
- RSS. Véase Rashtriya Swayamsevak Sangh, India
- Ruttten, Roseanne, 129-130
- Salvemini, Gaetano, 272
- Sani, Giacomo, 195
- SCLC. Véase Conferencia del Liderazgo Cristiano del Sur (Southern Christian Leadership Conference)
- Scorson, John, 158-159
- Schmitter, Philippe, 179
- Segundo Gran Despertar, 183-185
- Seidman, Gay, 172-173
- Sentimiento nacional, 254
- Sewell, Richard H., 186
- Sewell, William H., jr., 247
- Shabad, Goldie, 195
- Sicilia
 - anexionada al Piamonte, 266;
 - conquista de Garibaldi de, 263-265, 269;
 - gobierno de Garibaldi en, 266-268;
 - revuelta de los nativos en, 262-265;
 - insurrección (1866), 267-268
- Sistema político
 - actores políticos dentro del, 161-162;

- dimensiones del, 86;
- modelo simple del, 11-13
- Situaciones revolucionarias
 - definición, 217-218;
 - del movimiento estudiantil chino, 229;
 - en Latinoamérica tras la Segunda Guerra Mundial, 218
- Slovo, Joe, 169-170
- Smith, Graham, 286
- SNCC. Véase Comité Coordinador No Violento Estudiantil (Student Non-violent Coordinating Committee)
- Sociedad civil, México, 327
- Solidaridad
 - de las comunidades de Kenia, 115-116;
 - prácticas kikuyu para generar, 107-109
- Solidaridad, movimiento, Polonia, 368
- Solnick, Steven, 275
- Somoza Debayle, Anastasio, 216-217, 219-221
- Somoza, régimen de, Nicaragua
 - amplias coaliciones en, 220;
 - derrocamiento (1979), 216-219;
 - disociación gradual del, 221-222;
 - estado de sitio, 224-227;
 - factores desestabilizadores del, 226-229
 - ley marcial bajo el, 222
- Spencer, John, 115
- Stalin, Josef, 274, 283
- Steinberg, Jonathan, 308-309
- Stinchcombe, Arthur, 26
- Suárez, Adolfo, 191-192
- Sudáfrica
 - cambio de objeto en, 167-174;
 - correduría en, 167-174;
 - feminismo en, 172-173;
 - formación de categorías en, 167-175;
 - mecanismos de identidad en, 167-174;
 - papel de las mujeres en la política de, 172-173;
 - sistema de apartheid en, 167, 171
- Suharto, 363-365
- Suiza
 - formación de coalición entre clases en, 316-317;
 - efecto de la urbanización en, 316;
 - papel de la religión en, 318;
- Sukarno, 363
- Sumner, Charles, 177, 189
- Suny, Ronald, 287
- Swedberg, Richard, 26-27
- Tambiah, Stanley, 143, 152
- Televisión Central China (TVCCCh), 239
- Tiananmen, Plaza, episodio de (1989), China, 237-249
- Tilly, Charles, 216, 217-218
- Tocqueville, Alexis de, 309-310
- Torrijos, Omar, 228
- Tratado Norteamericano de Libre Comercio (NAFTA [North American Free Trade Agreement]), 331, 332
- Trayectoria
 - de la revolución de Nicaragua, 216-219;
 - en las historias de las revoluciones, 213-215
- Trayectorias de la contienda
 - difusión, represión y radicalización en las, 74-77;
 - en el movimiento estudiantil italiano (1967-1968), 68-70;
 - tratamientos disponibles de las, 80
- Trotsky, Leon, 274
- Truman, administración, 51
- Truman, Harry S., 50
- TVCCCh. Véase Televisión Central China
- UCD. Véase Unión de Centro Democrático
- UDEL. Véase Unión Democrática de Liberación
- UDE. Véase Frente Democrático Unido (United Democratic Front)
- UGT. Véase Unión General de Trabajadores
- Unión Africana de Kenia (KAU [Kenya African Union])
 - campaña de peticiones relacionadas con la tierra de la, 106;
 - formación de la, 104-105;
 - política contenida de la, 109-110
- Unión de Centro Democrático (UCD), España, 192, 206
- Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Véase Unión Soviética
- Unión Democrática de Liberación (UDEL), Nicaragua, 221, 225
- Unión General de Trabajadores (UGT), España, 192
- Unión Soviética
 - contrienda nacionalista en la, 279-280;
 - desintegración (1985-1995), 289-291;
 - efecto de la reducción de los controles centrales, 274-275;
 - formación de la, 273-274;
 - introducción de la perestroika, 274-275;
 - mecanismo de la contienda en el hundimiento de la, 278-289;
- Verano de la Libertad (1964), Estados Unidos, 371
- Víctor Manuel
 - como rey de Italia, 261-262;
 - como rey del Piamonte, 261-262, 265
- Vida social
 - identidades incrustadas y distantes en la, 149-150;
 - vinculada a la contienda política, 156
- Violencia colectiva
 - cambio de escala en la, 372-375
- Wade, Ben, 177
- Walder, Andrew, 355-356
- Waldron, Arthur N., 251
- Walsh, Edward, 223-224
- Walton, John, 103
- Warland, Rex, 223-224
- Waruhiu (jefe kikuyu), 100, 110
- Weekley, Kathleen, 129, 131
- Wei Jingsheng, 235

Weingast, Barry 179, 180-181, 182

Wickham-Crowley, Timothy, 216, 218

Yeltsin, Boris, 275, 277

Zald, Mayer, 17

Zhao Ziyang, 239-240, 242-244, 245

Zhu Houze, 237-238

Zhou Enlai, 232-233, 239